ARO SÁINZ DE LA MAZA

EL VERDUGO DE GAUDÍ

Serie Milo Malart

booket

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
Nota del autor
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En la fachada del emblemático edificio de La Pedrera de Gaudí aparece colgado un cuerpo en llamas a pocos días de la consagración de la Sagrada Familia por el papa. Cuando los investigadores del crimen se encuentran en un callejón sin salida, el inspector Milo Malart —apartado del servicio por un expediente disciplinario— es reincorporado al Departamento de Homicidios para ayudar a aclarar el brutal asesinato. Tras analizar las pruebas, Milo sospecha que la ciudad se enfrenta a un asesino en serie cuya venganza no ha hecho más que comenzar. Al principio, sus ideas provocan incredulidad y rechazo en el Departamento, pero la sucesión de nuevos crímenes atroces va a confirmar la peor de las pesadillas.

El Verdugo de Gaudí

Serie Milo Malart

Aro Sáinz de la Maza

Ediciones Destino

Para Beatriz, claro

«La
alegría
fecunda.
El dolor
engendra.»

WILLIAM BLAKE

Prólogo

Barcelona, 10 de junio de 1990

El joven se encogió sobre la losa. Temblaba. Desde que había salido del centro se sentía anulado, sin voluntad. Perdido. Como una carcasa sin espíritu. Las pesadillas se reproducían una y otra vez en su mente, oía las voces, revivía las órdenes. Igual que dos días atrás cuando, desorientado, sus piernas lo habían conducido como un autómata al camposanto. No sabía qué hacía allí desde entonces, en aquella estancia reducida, rodeado de nichos a izquierda y derecha, unos encima de los otros, cada cual con el nombre de un familiar y las fechas de nacimiento y muerte labradas en la piedra. Necesitaba instrucciones, un sentido. Pero la única persona que se los podía facilitar se había quedado atrás, en la casa, y sin ella su vida carecía de fuego. Echaba de menos su fuerza. Requería con urgencia que le marcara el rumbo.

Y que lo perdonara.

Se incorporó despacio en la oscuridad hasta quedar de rodillas. Una idea cobró forma poco a poco en su cerebro. Seguiría los pasos del genio. Crearía una obra para alabarlo, para conseguir su redención. Algo sublime, algo que lograse que se sintiera orgulloso de él. La epifanía lo inundó de paz. Hoy era el primer aniversario, pero también la fecha que marcaría el inicio de su camino. De su nuevo camino. Ahora, solo tenía que buscar piezas de desecho, rotas, inservibles. Sabría cómo aprovecharlas. Pero antes, debía liberar a su ángel del monstruo, obtener de nuevo su favor. Ansiaba su mandato para ponerse en marcha. Solo así desaparecería la debilidad. Y recuperaría el fuego.

Se levantó con decisión.

—Nadie va a detenerme. Nadie —dijo, la voz rasposa.

Abandonó la reducida estancia. La noche lo acogió con los brazos abiertos.

Ya notaba cómo se avivaba su calor interno. La lava.

1

Y saltó.

En el aire, su cuerpo no describía ningún arco prodigioso. Tampoco caía con bella elegancia. Como un fardo, se limitaba a precipitarse al vacío, desmadejado, agitando brazos y piernas como un pelele mientras se aproximaba con vertiginosa velocidad a las afiladas rocas del fondo. Entretanto, el mar, embravecido, estrellaba con saña sus olas contra el acantilado, y Milo Malart tuvo la impresión de que no le aguardaba precisamente para acogerlo en su seno, sino más bien con la indiferencia de recibir una nueva descarga de basura, otra más. Como al resto del mundo, al mar le traía sin cuidado su salto.

Un segundo, dos, y su cabeza reventaba por el impacto, salpicando de sangre la superficie húmeda de las rocas. Al instante, una poderosa ola barría el escenario y lo dejaba limpio de nuevo. La sangre efímera. La sangre de un inútil.

—Jodida vida —murmuró, abriendo los ojos.

Retrocedió un par de pasos.

Su móvil comenzó a sonar. Llevaba así todo el día. Como en las anteriores ocasiones, Milo no hizo ningún gesto para atender la llamada.

Cerca del abismo, observó la belleza del azul, cómo se retorcía entre coronas blancas, su potencia hipnotizadora. Era un espectáculo que siempre, desde los tiempos de su infancia, cuando se situaba en el mismo lugar, le había conferido una energía inexplicable. Fuerza. Lucidez. Sin embargo hoy, subido a lo más alto de Punta Gran, allí donde la tramontana empujaba sus rachas con mayor ferocidad de todo el Alt Empordà, su ritual no surtía efecto.

Bloqueado, cerró los ojos de nuevo. El móvil dejó de sonar.

Debía ponerse en su piel, pensar y sentir como Marc. Y para ello, el método escogido daba igual: un salto al vacío, un disparo en la boca..., el resultado era el mismo. Fin de la partida. *Game over*. ¿Por qué lo había hecho? Le había cogido su HK, su arma como inspector del Grupo Especial de Homicidios, y se había volado los sesos. ¿Por qué? La pregunta le machacaba una y otra vez. ¿Por qué un adolescente de quince años decidía de pronto poner fin a sus días? ¿Realmente había llegado a la conclusión de que todo había terminado, de que no valía la pena continuar? Todo era un maldito despropósito.

De súbito, una ráfaga de viento le hizo trastabillar. Sin inmutarse, recuperó la vertical. Tampoco le hubiera importado precipitarse peñas abajo. *Tú sí tienes motivos, pero eres un cobarde*. Inspiró hondo. De nuevo, se obligó a ponerse en su piel.

Estoy en casa de Irene y Milo, en la sala. Ellos están en el dormitorio, discutiendo. Voy a coger su pistola. La ha dejado por descuido en el mueble junto a la puerta de entrada. Con ella en la mano me acerco a la ventana. Tengo la visión borrosa y solo percibo sombras más allá del cristal. Es la adrenalina. Noto la respiración acelerada, como el pulso. Me acerco el arma, mi mano tiembla. Sé lo que voy a hacer y estoy temblando. Soy el verdugo y la víctima en la misma persona. Por fin soy algo. Pero no basta. No hay esperanzas para mí. ¿Por qué esperar? Oigo mis latidos. Es el último sonido, el que anuncia que la partida ha finalizado.

El móvil volvió a sonar.

Me introduzco el cañón en la boca, y disparo. La detonación es seca. Ya está. El arma cae de mi mano y llega al suelo antes que mi cuerpo. La cabeza sale despedida hacia atrás por el impacto y yo, como una marioneta a quien le han cortado los hilos, me desplomo, sin vida, hasta caer de espaldas sobre el parquet. En las paredes, sangre. Sangre en el techo y los muebles. Sangre en el suelo, formando un charco por el torrente que surge, a borbotones, de la parte superior de mi cráneo.

Milo se llevó las manos al rostro. Tras oír el disparo, salió de la habitación y vio a Marc tirado en el suelo, como un muñeco roto. Pero su sangre no era la de un inútil. *Sin esperanzas.* Era joven, con el futuro a sus pies. *¿Por qué esperar?* Lo tenía todo,

familia, oportunidades, pero nada le fue suficiente. *No me importa lo que tengo*. Irene chillaba y él, consciente de lo absurdo de su acto, le tomó el pulso. *Estoy cansado de disimular*. La cabeza destrozada y él le tomaba el pulso. De locos. *No soporto la vergüenza.* Para echarse a reír y no parar. *No soy nada*. Irene no cesaba con sus gritos y él permanecía quieto, arrodillado junto a su cadáver, incapaz de reaccionar. *Voy a daros una lección*. Un instante eterno, grotesco.

El móvil sonó otra vez. *No soporto la vergüenza*. Exasperado, Milo abrió el teléfono.

—¿Qué? —gritó.

—¿Dónde estás? ¡Llevo todo el día intentando dar contigo! —exclamó Susana Cabot, jueza de instrucción de Barcelona. Una buena amiga, antigua amante, y un halcón en su trabajo—. Dime, ¿dónde diablos estás?

—En el cementerio, visitando a Marc. ¿Y por qué tengo que darte explicaciones? Estoy expedientado, ¿recuerdas? De vacaciones forzosas. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Susana Cabot guardó unos instantes de silencio. Al cabo, soltó:

—A mí no me vendas motos, ¿acaso tu sobrino está enterrado en un túnel de viento?

Milo hizo una mueca. A la jueza era difícil colarle una trola. Haciendo pantalla con la mano sobre el móvil para evitar el ruido de la tramontana, reconoció:

—Vale, iba a ir a Montjuïc, pero me he escapado a Port de la Selva. Iré luego.

—Eso está bien, hay que reconciliarse con los muertos.

—Y ahora que cuento con tu aprobación, ¿podríamos dejar para otro rato esta charla? Me pillas en un mal momento. Te llamo más tarde, o mejor mañana...

—No —interrumpió ella—, te necesito en Barcelona, ahora mismo. ¿No has leído la prensa, visto las noticias?

—De algo me he enterado a pesar de mi retiro. —Se apretó el puente de la nariz—. Te refieres a lo de La Pedrera, a lo ocurrido hace unos días.

—Cuatro días, Milo. La madrugada del sábado al domingo 4 de julio. Han transcurrido ya cuatro días y nadie del Departamento de Homicidios tiene la menor idea de quién puede haber llevado a cabo esa atrocidad. Estamos en blanco, y la ciudad entera está a punto de arder. Ni te imaginas las presiones que estoy soportando.

—¿Arder? Curiosa asociación de ideas.

—Inspector Malart, no es momento para sarcasmos. Te hablo como jueza. Dime lo que sabes del asunto.

Milo intentó hacer memoria. Un hombre había aparecido colgado en la fachada de la Casa Milà, conocida también como La Pedrera, en pleno paseo de Gracia. El asesino había utilizado cable de acero para atarle por las muñecas, lo había suspendido desde el balcón del primer piso y luego le había prendido fuego. Cuando llegaron los bomberos, la víctima ya estaba calcinada.

—Si no recuerdo mal, fue identificado como un alto cargo de La Caixa, un *exconseller*, creo que de Cultura; un tipo que sonaba en las quinielas como alcaldable. No me acuerdo de su nombre. Hay que reconocer que el asesino tuvo valor para...

—Sí, en el centro, en la mismísima milla de oro de Barcelona, y en un edificio de Gaudí. Es demencial. ¿Quién puede haber hecho una cosa así? Algún chiflado, sin duda. Nadie en su sano juicio se tomaría tantas molestias para matar a un ser humano.

—O todo lo contrario. ¿Sabéis ya cómo se las ingenió para colgar el cuerpo?

—Lo sabemos, hizo una actuación para nosotros ante las cámaras de vigilancia. Lo registraron mientras se subía a la acera con un vehículo de esos con plataforma elevadora que utilizan los de Parques y Jardines para podar los árboles. Algún imbécil lo dejó aparcado a pocas manzanas. El asesino le hizo un puente, lo condujo hasta La Pedrera, y lo situó bajo la terraza escogida. Después, subió la víctima a la plataforma, la alzó hasta el primer piso, y la colgó en el forjado del balcón. Acto seguido, la regó con líquido inflamable, se entretuvo con ella unos segundos, algo que nos desconcertó en un principio, y luego bajó. Una vez en la acera, encendió un mechero Zippo y se lo lanzó. El cuerpo ardió como una tea.

—Mala muerte. ¿La víctima estaba drogada?

—Lo desconocemos, el fuego eliminó todos los fluidos del cuerpo. Lo que los forenses sí han podido concluir es que estaba viva antes de arder.

Milo desvió la vista hacia el mar. Un instante y distinguió no muy lejos un ave, probablemente un cormorán, flotando sobre los vaivenes de las olas. Desplegaba las alas, como intentando alzar el vuelo, y luego las volvía a replegar.

—Si tenéis la grabación de las cámaras, sabréis su aspecto.

—Diestro, de complexión atlética, alrededor de setenta kilos y una altura que ronda el metro ochenta. Vestía como un motorista, de negro de pies a cabeza: guantes, mono, botas de suela gruesa y casco con visor tintado, lo que nos impide precisar con certeza que se trate de un varón; pero por su forma de correr suponemos que es un hombre. Su edad es también imprecisa, entre veinte y cuarenta años. Lo que no ignoramos es que, además de sangre fría, tiene un especial sentido del humor. Saludó a la cámara, o se despidió, agitando una mano.

Milo clavó los ojos en el cormorán. Seguía moviendo las alas sin lograr despegar. Con las plumas empapadas, lo vio debatirse sobre el mar de fondo, sacudir el cuello.

—¿Y qué hizo con el vehículo? —preguntó.

—Lo condujo hasta la esquina de arriba y lo abandonó. Las cámaras lo perdieron mientras cruzaba el paseo a la carrera y supusimos lo más lógico: que se había subido a algún vehículo propio para largarse de allí.

—¿Pero?

—El tipo regresó, se situó en el chaflán de enfrente, según dedujimos por el ángulo de grabación, y se dedicó a filmar la agonía de la víctima desde la distancia.

—Y esto lo sabéis porque la filmación de marras ha aparecido.

—En internet. Intentamos detener su difusión, pero llegamos tarde; las cadenas de televisión ya se la habían bajado y la han reproducido hasta la saciedad, ¿no la has visto? El muy cabrón, cuando se entretuvo con la víctima antes de descender, resulta que la estaba filmando en primer plano. Y luego, siguió grabando hasta

la llegada de los bomberos. ¿Entiendes ahora por qué es tan urgente que regreses hoy mismo y nos ayudes en este caso?

No respondió. Seguía inmóvil, atento al cormorán. El ave continuaba pugnando por levantar el vuelo y conjeturó que debía de tener una pata trabada en algún sedal o trozo de red.

Trabado. Marc. ¿Con qué?

—¿Milo, estás ahí? ¡Solo oigo el puñetero viento! ¿Milo?

—Aquí estoy, no me he dormido.

—No entiendo cómo aguantas ese ventarrón, dicen que trastorna.

—Ya no viene de ahí —dijo, distraído—. ¿Instruyes tú el caso?

—Me cogió de guardia —respondió la jueza—. En días como estos me hubiera gustado no haber dejado Menores. Maldita sea mil veces mi mala suerte.

—La suerte depende de uno mismo —citó sin darse cuenta.

—¿Cómo dices?

—¿Testigos?

—A docenas. Pero salvo un par, inservibles. Ocurrió a las 5.40 de la madrugada y ya sabes la fauna que circula a esas horas por la ciudad. Borrachos, colgados...

—Susana, no puedo volver. Estoy suspendido de empleo y sueldo y a la espera de juicio. Me han retirado el arma y la placa, y no cuento con muchos amigos en el Cuerpo.

—¿Y eso te importa? ¿Desde cuándo?

—Te digo que no puedo. Estoy... digamos que reinventándome. Debo solucionar un tema personal y...

—¡Eres un bastardo egoísta, me tienes harta con tus rarezas! ¡Te pido colaboración y me sales con paridas! ¡Reinventándote! ¿Se puede saber qué coño es eso? Me parto la cara moviendo hilos para resolver tu suspensión, ¿y así me lo pagas? ¿Soltándome recetas de tus libros de autoayuda?

Sorprendido por aquel estallido de rabia, aguardó a que Susana recuperara la calma.

—Mira, inspector Malart...

—¿Vuelves a hablarme como jueza?

—Como jueza y como amiga. Hay un detalle del caso que no ha trascendido. Antes de quemarlo vivo, el asesino lo tuvo encerrado cinco días; y durante ese periodo de tiempo, lo mantuvo... sin comer, sin beber. Es la conclusión a la que han llegado los forenses. Cinco días. Un ser humano puede aguantar semanas sin comer; pero sin ingerir líquidos, no resiste más de cuatro días, cinco a lo sumo. Y lo retuvo en esas condiciones justo cinco días. ¿Entiendes lo que te digo? La víctima fue torturada de forma limpia, sin marcas ni violencia. El asesino tomó asiento, se dedicó a esperar, y la dejó morir de sed. Y cuando la tuvo a punto, debilitada hasta el límite de la resistencia humana, la colgó en una de las joyas arquitectónicas de la ciudad y la quemó viva. Nos las tenemos con un sádico, Milo, con un maldito sádico.

—¿Y el móvil?

—Estamos a oscuras. Eduard Pinto, la víctima, está más limpio que una patena. Hemos repasado su vida profesional y personal de arriba abajo y nada. Casado, dos hijos, sin amantes ni escándalos, de economía más que adinerada..., un santo varón. No se le conocen vicios ni debilidades. Nada de nada. Y su entorno solo habla maravillas de él.

—Cuesta de creer, no sería de este mundo. ¿Habéis indagado en su ámbito político?

—Por supuesto. Pero nadie le hace algo así a un rival, no tiene sentido.

—¿Me estás diciendo que valoráis la posibilidad de que fuera elegido al azar?

La jueza dejó transcurrir unos segundos antes de responder.

—Por ahora —dijo, la voz contenida—, lo descartamos. Nadie quiere ni plantearse que podamos encontrarnos ante un oportunista. Que lo vuelva a repetir es... es impensable.

—Ya veo, tienes las manos atadas. Alguien de Interior se ha puesto muy nervioso y ni hablar de llevar a cabo un discreto despliegue por otros edificios de Gaudí. Y menos, a tres semanas de la visita del Papa. ¿Ando muy equivocado?

—Milo, estamos en plena temporada. No podemos rodear de agentes las principales atracciones turísticas de Barcelona. ¡Si solo

la Sagrada Familia atrae a más de dos millones y medio de turistas! ¿Te imaginas lo que supondría para la imagen de la ciudad ese discreto despliegue del que hablas? El daño, a ojos del mundo, sería irreparable.

Milo se mordió los labios para no decir lo que opinaba sobre aquello.

—Tiene que haber algo en el expediente de Eduard Pinto —prosiguió la jueza—, algo que de momento no hemos sabido encontrar, que justifique un asesinato tan cruel.

—¿Por qué hacemos las cosas? Es la pregunta del millón. No siempre hay respuesta.

—No —insistió ella—, coincido con los responsables de la investigación. Se trata de un caso aislado, de un ajuste de cuentas. El problema es que no damos con la clave que nos lleve al asesino. Y ahí es donde me haces falta. Necesito tu cabeza, tu maldita parabólica.

—O sea, a alguien con mentalidad demente para que atrape a otro demente.

—No, para que investigues lo que a otros inspectores les pueda haber pasado por alto.

—¿Bromeas? Sería como echarme de cabeza a los lobos.

—Como si es al circo romano. Es tu problema, no el mío. ¿Te preocupa tu reputación?

—Siempre he admirado tu sutilidad a la hora de manejar situaciones, jueza.

—Déjate de sarcasmos. La gente tiene que saber que podemos detener a ese tipo o será el caos —declaró ella con firmeza—. Por eso necesito disponer de los mejores inspectores. Y tú eres uno de ellos, uno con un talento muy especial; el único al que no le importa llegar hasta el final sean cuales sean las consecuencias.

—El único lo suficientemente idiota.

Al otro lado de la línea oyó un bufido de impaciencia.

—Hace tres años tu intervención fue clave para resolver el caso de la Asesina de Gracia; y un año después, en contra de todos los que creían tener al sospechoso principal, señalaste al verdadero Asesino del Parking. De idiota, nada.

—Pura chiripa.

—Te avalan los hechos. Sabes unir los puntos, cazar detalles que a otros les pasan desapercibidos. Ves con claridad el lado oscuro de la gente y, en este caso, aunque luego me tenga que comer con patatas mis palabras, nos puede beneficiar contar con alguien que no crea en el ser humano. Sí, tus métodos son poco ortodoxos, ¿y qué? Funcionan. Es lo que hay. La presión de los medios va a ser salvaje, como ya lo está siendo la de la clase política. Las elecciones de septiembre están a un paso y ya ha empezado el baile de sillas. Y lo siento, pero no confío al cien por cien en el actual equipo de investigación. Las medallas, ahora, no deben ser el aliciente. Por eso creo que tú eres el hombre indicado. A ti no te gusta la política y sé, no me lo vas a negar, que te encanta este trabajo del demonio.

—Ahora sí que me he dormido, señoría.

—¡Por Dios, corta ya ese rollo del sarcasmo!

Milo apartó el teléfono y volvió a fijar la vista en el cormorán. Permanecía quieto, alejándose poco a poco, impulsado por la fuerza del oleaje. Recuperando las fuerzas.

Se acercó de nuevo el móvil. Lo protegió del viento con la otra mano y dijo:

—Me gustaría saber dos cosas. La primera, quién está al mando del caso; y la segunda, qué hilos son esos que dices que has movido.

—Empezaré por la última. Después de un duro tira y afloja, el comisario jefe Bastos accede a retirar temporalmente tu suspensión; solo pone dos condiciones. Y sobre lo otro, es una mala noticia: el caso lo lleva el inspector jefe Singla, creo que sois uña y carne.

—Sí, en nuestro último encuentro acabó con el pómulo fracturado. —Hizo una pausa—. Susana, nada de todo esto va a salir bien.

—Solo te pido tu sombrío par de ojos en la investigación, no que te cases con él.

—¿Y cuáles son esas dos condiciones? Intuyo que no me van a gustar.

La jueza se aclaró la garganta, tomó aire, y contestó:

—Una: te someterás a tratamiento psicológico durante un periodo no especificado. Y dos: tendrás un canguro en tu investigación, te acompañará alguien del Grupo. Si accedes a ambas condiciones, tu suspensión será congelada hasta el juicio y recuperarás de inmediato la placa y el arma, así como el sueldo. Pero el comisario jefe Bastos ha sido muy tajante al respecto: a la primera que te desmandes, fuera. Y esta vez, de forma definitiva.

—Por eso me pone a un canguro, para controlar mis pasos, y a un loquero, para que haga otro tanto con mi cabeza.

—Lo vas entendiendo. Te espero en mi despacho esta noche a las nueve en punto. Y oye, no te reinventes mucho; no me gustaría que te estropearas.

—Mejor por la mañana, señoría. A la misma hora. Y una última cosa: doy por sentado que tendré absoluta libertad de movimiento, ¿será así?

—Sin problemas.

Milo cortó la comunicación.

En el acto, se arrepintió de haber aceptado. No tenía ningunas ganas de regresar al Grupo. De volver a sentirse un bicho raro. De soportar los comentarios soterrados, las miradas de soslayo. Sacudió la cabeza. La jueza estaba equivocada. No le gustaba aquel trabajo, ni lo que le obligaba a revivir una y otra vez; las sombras, los temores a traspasar la fina línea de la cordura. Pero ya estaba harto de permanecer en el dique seco, dedicándose a matar el tiempo y poco más. Dos meses desorientado, con aquella odiosa sensación de aislamiento, eran más que suficientes. Echaba de menos la actividad, saberse útil. Un sentido que dar al paso de las horas. Por no hablar del sueldo. Necesitaba el dinero.

Cabeceando con desgana, buscó el ave con la mirada. Había desaparecido. Hizo visera con la mano para tratar de divisarla. Ni rastro. ¿Se había rendido, logrado levantar el vuelo? ¿Realmente la había visto o solo habían sido figuraciones suyas? Dio un paso hasta situarse de nuevo en la linde del acantilado.

Miró hacia abajo y contempló las aristas de las rocas, sus cantos como cuchillos. Sí, a falta de un arma, serían tan letales

como un disparo en la boca. La cabeza reventada. Marc no pudo librarse de lo que le había trabado y eligió una opción. Detrás de su indiferencia latía el sinsentido, la frustración. Y él no lo supo ver. No supo descorrer las cortinas y atisbar en su interior. Fue tan invisible para él como para todos. Y le falló. Maldita invisibilidad.

No soporto la vergüenza.

Comenzó a sentir vértigo. Ya no estaba tan seguro de querer saber las respuestas. Con un nudo en la garganta, se dijo que a él también le estaba trabando algo. Si no se libraba de aquella ligazón, acabaría en el fondo. Debía averiguar qué le había empujado a volarse la tapa de los sesos. O quién. Dio media vuelta y descendió del promontorio.

Se subió al viejo y abollado Volkswagen y arrancó. Condujo por la sinuosa carretera que bordeaba la costa y atravesó el pueblo. Luego, aceleró hacia la autopista. Una vez en la vía rápida, ocupó el tercer carril. A lo lejos vislumbró la silueta del hospital psiquiátrico donde tuvo que ingresar a su padre. Contrajo las mandíbulas y pisó el gas con fuerza. El tráfico en dirección norte iba cargado, en contraste con el casi inexistente de los que se dirigían, como él, hacia el sur. Avanzó con rapidez mientras caía el atardecer. Medio aletargado por el zumbido del motor, circuló con la impresión de resbalar por un inmenso y suave tobogán que lo conducía a la ciudad.

Más adelante, después de pagar en el segundo de los dos peajes, distinguió en el cielo unas alargadas nubes teñidas de rojos y calabazas. Y debajo, inflados por el aplastante calor húmedo, unos negros y densos nubarrones de polución que permanecían suspendidos sobre la urbe. Fluyendo hacia la oscuridad, tuvo de pronto la extraña sensación de que se adentraba por la boca abierta de un enorme animal salvaje. Una boca de pesadilla.

Sacudió la cabeza y siguió avanzando. Solo era Barcelona.

Aparcó en el paso de peatones, justo en la esquina de paseo de Gracia con Provenza, y bajó del coche. A aquellas horas la gente todavía inundaba de forma masiva las aceras. Echó un vistazo y,

por las vestimentas, distinguió que la mayoría eran turistas. Bermudas, calcetines y sandalias, y faldas cortas y chanclas. Todos con cámara en ristre, curioseaban las lujosas tiendas, señalaban los escaparates y sorteaban los distintos mendigos que salían a su encuentro con la mano extendida. Por contra, resultaba fácil identificar a los residentes de la ciudad; pocos, para su sorpresa. Sin hacer caso de las tiendas, mantenían la mirada fija al frente o bien caminaban con los ojos clavados en el suelo, como avergonzados por su palidez extrema, casi enfermiza, en contraste con la piel roja, requemada por el sol, de los foráneos.

Cruzó el lateral de la calzada y se situó ante la Casa Milà.

De un vistazo comprobó que no quedaban rastros del suceso. Ni cintas balizadoras de la policía ni marcadores de la Científica, ni siquiera las huellas del fuego en la pared bajo el balcón del primer piso. El turismo era una de las primeras fuentes de ingresos de la ciudad y había que mimarlo, no asustarlo. La gente, entre risas y exclamaciones de admiración, desfilaba por el mismo lugar donde había ardido vivo Eduard Pinto. Algunos sacaban fotos.

Milo se encogió de hombros. Él no estaba allí para juzgar, sino para trabajar.

A fin de tener mejor perspectiva, atravesó la calzada central del paseo y se alejó hasta situarse en la esquina opuesta. Desde allí, elevó la vista y, una vez más, se asombró por la belleza de la insólita construcción. Majestuosa, única, excepcional. Una de las obras más emblemáticas, personales e imaginativas de Antoni Gaudí. «La manifestación atormentada de un alma catalana», recordó que dijo Dalí sobre el edificio escultura.

Contempló las cinco plantas, las ondulaciones de la fachada. Parecía como si una fuerza mágica diera forma a aquel bloque enorme, imprimiéndole movimiento. Todo en aquel edificio semejaba fluir, desde los hierros forjados de los balcones, simulando raíces, flores y plantas trepadoras, hasta las superficies redondeadas que huían de la línea recta. En la azotea sobresalían las chimeneas; por la combinación de los sifones con los cascos que las coronaban, se asemejaban a soldados embozados, con yelmos. Sus rostros estaban perforados de tal manera que producían el

fantasmal efecto de tener las cuencas negras, sin ojos.

Bajó la vista al balcón del primer piso, situado en el lateral que daba al paseo de Gracia, justo al romper la esquina. Unos árboles le tapaban en parte la visión y tuvo que desplazarse varias veces, sin éxito, para lograr verlo sin obstáculos. Se sintió desconcertado. A falta de comprobarlo en la comisaría, se encontraba más o menos en la misma posición que el asesino cuando grabó a su víctima. Entonces, *¿por qué la colgó allí?* Las ramas interferían parcialmente, y hubiera sido más sencillo colgarla en la fachada al disponer la acera de más espacio donde estacionar el vehículo de Parques y Jardines. Si lo que pretendía el asesino era causar la máxima repercusión al filmar la agonía de Eduard Pinto, ¿por qué había elegido un balcón lateral con la visión reducida desde el otro lado del paseo a causa de los árboles?

Negó con un gesto. Aquello no tenía sentido. Se preguntó qué había tras ese balcón.

Con el semáforo en rojo, cruzó el paseo y se dirigió hasta la enorme verja de hierro de la entrada. Asió el tirador. Cerrada. Pegó la cara al cristal para escudriñar si algún vigilante se hallaba en el vestíbulo. Nadie. Reprimiendo un gesto de frustración, leyó en un letrero que el horario de visitas había finalizado. Tendría que esperar a las nueve de la mañana.

Retrocedió unos pasos hasta situarse en el vértice de la esquina. Miró a su izquierda, hacia el balcón del primer piso que daba al lateral del paseo, y luego al frente, al balcón de la fachada. Gracias a la tenue iluminación interior, y a la ausencia de persianas, observó que ambos ocupaban el mismo espacio. Desde su posición, no atisbó paredes ni tabiques, solo columnas bajo un techo que imitaba, en yeso, la superficie del mar rizada por el viento.

Sonó la estridente sirena de una ambulancia y, en un acto reflejo, giró la cabeza.

—¡Pero qué...! —exclamó, acercándose en dos zancadas hasta el Volkswagen.

Junto al vehículo, un guardia urbano, mientras la sirena se desvanecía en la distancia, terminaba de colocar una multa por

aparcamiento indebido en el limpiaparabrisas.

—Agente, soy inspector del Grupo de Homicidios y he aparcado aquí para realizar una comprobación en el edificio —explicó Milo, echando mano al bolsillo para extraer la placa. Maldijo para sus adentros—. Verá, ahora no llevo la documentación encima pero...

El urbano lo miró de arriba abajo con desconfianza. Observó su barba de varios días, las ojeras, la camiseta arrugada, las deportivas tan gastadas como los vaqueros.

—No se puede estacionar en un paso de peatones —dijo.

—Lo sé, pero solo ha sido un momento. Estoy de servicio. Hace unos días se cometió un crimen en este lugar, ¿está al corriente? —El agente asintió con una mueca—. Pues bien, acabo de sumarme a la investigación y sí, no llevo la placa conmigo, pero venía a...

—No insista. —Guardó el talonario y se subió a la moto—. Solo cumplo con mi deber.

—Ya, con el dichoso cupo. ¿Podría decirme al menos qué hay en el primer piso?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Yo soy guardia urbano, no guía turístico.

Milo se sintió tentado de replicar, pero contuvo el impulso y se limitó a contemplar cómo ponía la moto en marcha y se alejaba. Retiró la multa. Un instante y subió al coche, la guardó en la guantera, junto a las otras, y arrancó. Se dirigió a la Barceloneta, el barrio donde vivía desde hacía un par de meses. Una vez allí, circuló con lentitud debido a la masa de gente que iba o venía de la playa, aunque hoy en menor número, cosa que volvió a extrañarle. Dobló por Almirante Cervera hasta llegar a un viejo almacén en la esquina de la calle Atlántida. Allí, entre tablas de surf y bicicletas de alquiler, le dejaban aparcar el coche.

Se apeó del vehículo y salió al pegajoso calor húmedo. Se internó por unas callejuelas hasta llegar a una taberna grasienta e inmunda. Nada más entrar, le golpeó el tufo agobiante a sudor, vino barato y fritangas. El local estaba hasta los topes y ocupó un reducido espacio al principio de la barra. En lo alto del otro

extremo, un televisor inmaculado atraía las miradas de todos los parroquianos. Misterio resuelto, ya sabía dónde se había metido la gente. Viendo un partido de fútbol. Hizo una seña al viejo de detrás de la barra y le pidió lo de siempre.

—¿No puedes esperar? Jugamos contra Alemania —señaló el monitor—, la semifinal.

Milo negó con un gesto. Refunfuñando, el hombre preparó varios platos sin apartar los ojos del televisor. Al cabo, le puso delante la ensaladilla rusa, los pescaditos fritos y el pan con tomate, y le sirvió un vaso de vino tinto. Milo se inclinó sobre la cena y empezó a tragar sin apenas masticar. Con el calor no tenía hambre y comía por obligación, para llenar el depósito. Dudó un instante con el vino. La herencia genética era un rival demasiado fuerte y el alcohol podía precipitar las cosas. Bebió un par de sorbos y terminó los platos. Indicó al dueño que se lo anotara en la cuenta. El hombre ya se dirigía hacia él con gesto iracundo cuando los parroquianos estallaron en un grito de júbilo. El viejo apretó los puños.

Milo llegó al portal. Entró en la escalera, dio al interruptor de la luz, y subió a oscuras las cuatro plantas hasta llegar al ático que le habían prestado. En el pequeño piso, fue directo a la nevera. Tras alcanzar una lata de tónica, salió a la terraza, donde se dejó caer sobre la única tumbona. Cansado, cerró los ojos mientras apoyaba la lata helada sobre la frente.

—Jodida vida —murmuró.

No quiso quedarse dormido para no soñar. Para no tener que soñar.

2

Cuando llegó a la Ciudad de la Justicia, el recién inaugurado macrocomplejo de la mayoría de servicios judiciales de la ciudad, pasaban treinta minutos de la hora de su cita con la jueza Susana Cabot. Estaba situado en las afueras, junto a la Gran Vía poco antes de convertirse en la C-31. Los ocho edificios que lo componían estaban pintados de colores pastel, siendo el detalle más llamativo sus angostos ventanucos. Sudando a mares, dejó el coche en el parking más cercano al edificio de los juzgados de instrucción. Agarró el libro y se apeó.

Después de preguntar en recepción por el despacho de la jueza, recorrer interminables pasillos, abandonar el libro en un mostrador vacío, y subir y bajar varios tramos de escaleras, entró en una sala donde Alba Conte, la secretaria de Susana Cabot, parapetada tras varias montañas de papeles y dosieres de distintos colores, lo recibió con cara de pocos amigos.

—Llega cuarenta minutos tarde, y su señoría está muy ocupada —le reprochó. Acto seguido, como si le costara un enorme esfuerzo, se incorporó, señaló hacia una estancia contigua y dijo—: Sígame, le está esperando.

Milo fue tras ella dócilmente. La mujer golpeó la puerta con los nudillos y la abrió.

—Jueza Cabot, el inspector Malart ha llegado.

Susana estaba hablando por teléfono y le indicó por señas que pasara y tomara asiento. Milo prefirió curiosear por el nuevo despacho.

Sobrio y funcional, se dividía en dos espacios. A un lado, una mesa rectangular desbordada por montones de papeles, muy similares a los que había visto en la antesala, la mayor parte amarilleados por el tiempo, atados con cintas y coronados por

carpetas de colores. Debajo, en el suelo, se acumulaban más expedientes cubiertos por una fina capa de polvo. Al otro lado, se levantaba una estantería repleta de libros de leyes que finalizaba poco antes de llegar a la pared para dar cabida a un ficus de gran tamaño. Y situada en diagonal, cerca de tres ventanucos verticales, se encontraba la mesa de la jueza. Vacía de papeles y carpetas, solo destacaban el teléfono y un marco de plata junto a la lámpara.

Tomó asiento y giró la fotografía. Una juvenil Susana, con el pelo castaño más largo y unos veinticinco años menos, sonreía a la cámara mientras un hombre de mediana edad, de rostro serio y adusto, permanecía a su lado abrazándola por los hombros.

—Mi padre —dijo, colgando—. De cuando gané las oposiciones. Llegas tarde.

—Tienes sus mismos ojos. Lo siento, el tráfico estaba imposible.

—No es excusa. Gracias. ¿No podrías haberte afeitado? Y esa camisa, por el amor de Dios, ¿tanto te costaba plancharla?

—Era la única limpia, y la plancha ha desaparecido. Como la maquinilla de afeitar.

—Seguro que aún no has desempaquetado las cajas —dijo Susana—. En fin, tú sabrás.

Milo cabeceó. Lo ocurrido con Marc, su separación y todo lo demás, no le había dejado con ánimos más que para llevar a cabo la mudanza al ático prestado y amontonar las pocas cajas con sus pertenencias en un rincón.

—¿Sabes algo de tu ex? —preguntó ella, reclinándose en la silla ergonómica.

—No es mi ex, todavía no nos hemos divorciado. Irene y yo solo estamos separados.

—Como digas. ¿Sabes algo de ella?

—Nada. Continúo siendo tan invisible para Irene como cuando vivíamos juntos.

—¿Y cómo llevas lo de Marc?

—En versión resumida, fatal, lo llevo fatal. Me siento responsable.

—¿Has vuelto a hablar con su padre desde... desde el

incidente?

—Ni una palabra. Mi hermano y yo hemos cortado la comunicación. Y le entiendo. Si hubiera sido a la inversa, haría lo mismo que él y lo señalaría como culpable.

—Tú no tuviste nada que ver —replicó ella—. Fue Marc quien tomó la decisión.

—Pero utilizó mi arma, Susana. Y tendría que haberlo detectado. No hay perdón.

Volvió la cabeza y recorrió el lugar con la mirada.

—Solo es una mala racha, Milo. Estas cosas pasan.

—Bonito despacho —dijo él.

—Sí, lo mejor es la vista.

Un instante y ambos rompieron a reír. Fue una risa cálida, espontánea. Balsámica.

Se habían conocido muchos años atrás, cuando Milo era un agente recién salido de la Academia de Policía de Mollet, y ella una esforzada jueza de instrucción tras haber solicitado su traslado del Tutelar de Menores donde había ejercido durante varios años. Ocurrió fuera de sus responsabilidades laborales, en un encuentro casual que terminó en casa de Susana. Ella era una atractiva mujer de treinta y cuatro años y él un impresionable joven de veinticinco. Al principio, ella era la adulta experimentada y Milo el ingenuo aprendiz; pero poco después, el alumno pasó a ocupar el puesto de profesor y viceversa. Mantuvieron la aventura cerca de un año, hasta que ella comenzó a notar que él perdía interés en el asunto y una noche sacó a relucir el tema. Fue entonces cuando Milo le confesó que había conocido a una mujer muy especial que había trastocado todos sus esquemas. Susana, después de mucho insistir, le sonsacó que se trataba de Irene Margarit, hija única de uno de los principales industriales textiles de la ciudad, y le insinuó que lo que realmente le atraía de esa mujer era su pertenencia a la alta burguesía catalana. Aquello propició la ruptura y enfrió su amistad. Pasado el estallido de celos, Susana lo aceptó con comprensión. Sabía desde el comienzo que su relación no tenía futuro, que nueve años eran un abismo insalvable. Por ello, superado el momento de tristeza, se recompuso con rapidez. Si

algo la caracterizaba era el dominio del sentido común sobre el corazón. Ella lo llamaba su «único talento natural»: tener cabeza, y no perderla nunca. Con el tiempo, entrecruzando sus caminos a medida que progresaban en sus carreras, recuperaron la amistad hasta convertirla en una estrecha complicidad, donde ella no podía evitar sentirse responsable de él, como una especie de protectora, y Milo, con su vida emocional habitualmente sumida en el caos, el apoyo incondicional de Susana.

—¿No echas de menos los viejos tiempos? —quiso saber ella.

—Solo cuando la espalda empieza a protestar. —Percibió un leve brillo de decepción en sus ojos y añadió—: No me hagas caso. Después de tirar mi carrera por el retrete, y viendo el desastre actual de mi vida, perderme de vista es lo mejor que te pudo pasar.

—No te soporto cuando te pones en plan victimista. Das grima.

—Es la verdad. Soy responsable de lo que me sucede. El pasado no se puede cambiar.

—¿Más recetas de autoayuda? Me tienes harta con tus frasecitas.

Milo separó los brazos. Se inclinó hacia delante.

—¿Qué sabes del secuestro de Eduard Pinto? ¿Tienes los detalles?

Susana abrió un cajón y extrajo una carpeta roja. Se la lanzó sobre la mesa.

—Ahí lo tienes todo. No es mucho. Salió de su despacho de la Diagonal, condujo a bordo de su Audi, y fue interceptado poco antes de llegar a su casa en la avenida del Tibidabo. Su mujer dio la señal de alarma al ver que no llegaba a cenar. Lo llamó varias veces al móvil y solo le respondió el buzón de voz. El Audi apareció abandonado en una calle cercana. Sin huellas, sin testigos. Ignoramos si lo drogaron o lo amenazaron con un arma. Los de Personas Desaparecidas creyeron al principio que se trataba de un secuestro y montaron el dispositivo habitual para interceptar la llamada pidiendo rescate. Pero no se produjo. El resto ya lo conoces. Cinco días después, apareció colgado en La Pedrera envuelto en llamas.

Ambos se miraron sin pronunciar palabra.

—Me preocupa el fuego —dijo él—. ¿Hacia dónde habéis dirigido la investigación?

—A todas partes y a ninguna. Nos hemos limitado a dar palos de ciego. Sin resultado.

Milo abrió la carpeta y echó un rápido vistazo. Luego, la volvió a dejar sobre la mesa.

—¿Tienes idea de quién ocupa la primera planta de la Casa Milà? —preguntó.

—Nadie, es una sala de exposiciones.

—¿Y antes? ¿Qué había? ¿Vivía alguien?

—Lo único que sé es que el actual propietario es la Fundación Caixa Catalunya. ¿Crees que los señores Milà, o sus descendientes si los hay, pueden tener algo que ver?

—Solo digo que me gustaría saber más sobre la primera planta, si ha tenido otros propietarios o inquilinos. El crimen está relacionado con ella, y en concreto con la sala situada tras el balcón que da al lateral del paseo. El asesino no colgó allí a su víctima por casualidad.

—Pues investiga, ¿a qué esperas? —Se levantó—. Vamos, te acompaño a la Central.

—Olvídalo —dijo Milo, irritado—. Solo me faltaría regresar a la comisaría contigo de la mano. ¿El jefe Bastos está al corriente de mi regreso hoy?

—Te está esperando justo en estos momentos. Luego ha programado una reunión con el resto de inspectores del Grupo. Llegas tarde, otra vez.

—Joder. —Se incorporó de golpe—. Lo último que necesito es empezar con mal pie.

—Ahora lo llamo para decirle que te he entretenido con unos detalles. —Le alargó el dosier—. Puedes llevártelo, es una copia.

Milo lo alcanzó mientras sonaba el teléfono.

—El alcalde, seguro. Me llama cada quince minutos para preguntar cómo va el caso —explicó Susana. Y antes de descolgar, dijo—: De nada, no se merecen.

Milo cerró la puerta. Al instante, volvió a abrirla. Asomó la

cabeza.

—Te debo una, una más. ¿Qué tal una cena un día de estos?

La jueza hizo un gesto, como si espantara una mosca, y atendió al alcalde.

Condujo con las ventanillas bajadas. El Volkswagen no tenía aire acondicionado y el bochorno, a pesar de no ser ni mediodía, ya era asfixiante. El termómetro marcaba treinta y ocho grados, pero si le añadía la humedad, calculó que rondarían los cuarenta y pico. Notaba la espalda empapada y el aire que entraba en el vehículo era tórrido, irrespirable. Aceleró en el último tramo de la calle Entenza y dobló a la izquierda para coger Travessera de les Corts.

Pocos metros más adelante vio el edificio de la Comisaría Central, una construcción singular, moderna, inconfundible con su fachada cubierta en su totalidad por cristaleras con franjas blancas donde rebotaban, centelleando, los rayos del sol. Allí tenían su sede las distintas secciones que componían la División de Investigación Criminal, así como las oficinas de apoyo básico de cada área.

Nada más rebasar la entrada, giró para enfilar la suave pendiente que descendía hasta el aparcamiento. Se detuvo ante la cabina donde un agente armado, ayudado por un pequeño ventilador, se resguardaba de la canícula.

—¿Inspector Malart? —dijo, sorprendido. Portando un sujetapapeles, abandonó la garita y se acercó hasta la ventanilla—. ¿Qué le trae por aquí?

—Trabajo, de nuevo vas a ver mi fea cara a menudo. Cosa de los jefes.

—Una buena noticia, señor, pero... —vaciló el agente. Echó una ojeada a la lista de la tablilla—. Aquí no consta. Y como su vehículo es particular no..., no está autorizado.

—¿Nadie te ha avisado de mi reingreso hoy?

—El jefe Singla no me ha dicho nada.

Resoplando, le pidió que llamara a la cuarta planta. El agente se llevó una mano al intercomunicador que llevaba prendido en el

hombro y mantuvo una breve conversación.

—Solucionado —dijo, al rato—. Solo ha sido un malentendido. Enseguida le abro.

Arrancó con gran rechinar de neumáticos y circuló por el amplio parking en busca de una plaza cerca del ascensor. Todas estaban ocupadas y dejó el coche en una bastante alejada. Agarró la carpeta roja y salió del vehículo. Una vez ante los ascensores, descubrió que también le faltaba la tarjeta magnética de acceso. Gruñendo por lo bajo, se dijo de no perder la calma, salir a la calle, y entrar como cualquier ciudadano. Afuera, el calor lo golpeó con dureza. Bajo un sol de justicia, recorrió la distancia hasta llegar a la entrada. Antes de franquearla, se detuvo un instante, tomó aire, y, mientras el agente de guardia se llevaba una mano a la sien, accedió al edificio.

Nada más entrar, se encogió por el brusco cambio de temperatura. A pesar de los recortes en los gastos, y de la nueva política de austeridad debido a la crisis, las potentes máquinas de aire acondicionado trabajaban a destajo para refrescar el ambiente hasta unos veinte grados. Mientras se despegaba la camisa de la piel, aceleró el paso para recorrer el vestíbulo. Dejó atrás los mostradores donde se tramitaban las denuncias en primera instancia y se dirigió a los ascensores. Pulsó la llamada. Cuando sonó un breve tintineo, entró en la cabina. Dio al botón de la quinta planta. Recordando la cámara oculta en la rejilla del techo, bajó la cabeza e introdujo las manos en los bolsillos.

Las puertas se abrieron. Sin hacer caso de las miradas de los agentes y mandos con quienes se cruzaba, avanzó hasta llegar al despacho del comisario jefe Benet Bastos.

Se detuvo en el umbral.

—Adelante, puede usted pasar —dijo el comisario, sin separar la vista de unos papeles sobre su amplia mesa de cerezo—. Llega tarde, para variar.

—La jueza Cabot me ha entretenido con…

—Lo sé, me ha avisado de su retraso. —Levantó la cabeza, lo miró a los ojos—. Tiene usted una defensora muy tenaz, inspector Malart. Y vehemente, diría yo. —Milo guardó silencio—. Me ha

estado llamando cada día veinte veces para convencerme de la necesidad de su vuelta. Lo de congelar su suspensión y todo eso. Según ella, no podemos vivir sin usted.

—Verá...

—No es necesario que diga nada. La jueza Cabot es una mujer admirable, y si ella dice que no podemos vivir sin usted, es que no podemos vivir sin usted, ¿no le parece?

Milo permaneció sin despegar los labios.

—En los dos años que llevo dirigiendo la División nunca me había encontrado un hueso tan duro de roer. Está claro que la jueza sabe ejercer presión, rematadamente claro. Pero a mí la presión me la suda, ¿entiende?

Bastos entrecerró los ojos. Tenía el hábito de utilizar largos silencios para cerciorarse de centrar la atención o bien para incomodar a su interlocutor. No era un hombre de la casa, provenía del mundo de la política, y su elección se había debido a su experiencia como gestor. Una de sus características más acusadas era la suspicacia permanente. Con todos y con todo.

Tras unos segundos que parecieron minutos, prosiguió:

—No obstante, puede que en este caso la jueza tenga razón. Y repito que solo en este caso, ¿me explico? A lo mejor su aportación nos sirve para algo en este maldito asunto, lo comprobaremos los próximos días. Tome asiento y vayamos al grano.

Milo ocupó la única silla frente a la mesa y aguardó.

El comisario alineó los papeles, cerró el dosier, y se incorporó para guardarlo en un archivador metálico junto a la pared. Como en otras ocasiones, Milo se sintió cohibido por su tamaño. Todo en él era inmenso, una mole. Su cabeza calva, grande como una sandía, se apoyaba directamente sobre los anchos hombros, sin cuello aparente. Era un gigante con brazos gruesos como vigas que se movía, en cambio, con la ligereza de un gato.

—Los casos de homicidio que no se resuelven en cuarenta y ocho horas —dijo Bastos, volviendo a sentarse— acaban archivados en su mayoría. Esto no va a suceder esta vez.

Milo negó con un movimiento de cabeza.

—Porque a mí no me valen las estadísticas —añadió el

comisario. Milo repitió el gesto.

Bastos hizo otra pausa de las suyas. Se dobló hacia él y lo señaló con un dedo.

—Acláreme una cosa. ¿Es usted un payaso que pretende tomarnos el pelo, o un inspector competente tal y como afirma la jueza Cabot? Tengo mis dudas.

Milo sostuvo el peso de su mirada sin amilanarse.

—No se lo reprocho, a mí me ocurre lo mismo —dijo.

El jefe Bastos se frotó la barbilla con una mano. Luego, se reclinó en la silla.

—Su suspensión estará congelada a la espera de los próximos acontecimientos y evaluaciones —dijo, la voz ronca—. Aprovéchelo. Pero no quiero problemas, ¿me ha entendido? Tengo entre manos cosas más importantes que sus trifulcas de patio de escuela. Reportará al inspector jefe Singla y confío en que la relación entre ustedes dos sea fluida. No quiero volver a oír una queja sobre usted. Ni una. ¿Me he expresado con claridad?

—Meridiana, señor. ¿Cuándo recuperaré mi arma y mi placa? —preguntó, con cautela.

Bastos abrió un cajón de la mesa. Las extrajo.

—Aquí tiene su placa; y un arma, pero no la suya. —Se las entregó—. Su arma está en una bolsa de plástico precintada y con un número de diligencia policial. Es una prueba para el juicio que se celebrará contra usted por imprudencia temeraria y negligencia con resultado de muerte por el suicidio de su sobrino —agregó, mirándole con severidad.

Sin poder evitar una creciente crispación, Milo la alcanzó, la sacó de la funda, y comprobó que se trataba de una HK idéntica a la suya. Se la puso en el cinturón a la espalda, y recogió la cartera con la placa, colgándola del mismo lugar pero por delante. Acto seguido, con voz desprovista de tensión, preguntó por la tarjeta magnética de acceso al ascensor desde el parking. Bastos la rebuscó por el cajón y se la lanzó sobre la mesa.

—Dada su especial situación, permanecerá exento de guardias —dijo—. Lo único que quiero de usted es un nuevo enfoque, su peculiar visión. A cambio, y como ya ha debido de informarle la

jueza Cabot, estará obligado a visitar una vez por semana a un psicólogo que suele colaborar con nosotros en casos de trastornos o estrés laboral.

—No tengo estrés, jefe, llevo dos meses descansando —repuso —. Y sobre lo otro, el hecho de que haya antecedentes de esquizofrenia en mi familia no implica que yo la padezca.

—Todos tenemos un umbral del dolor emocional, y usted ya ha sobrepasado el suyo.

Milo se removió en el asiento.

—No es una opinión mía —aclaró Bastos—, es lo que dijo el psicólogo después de leer cinco minutos su expediente. Me corrijo, psicóloga. Judit Gaig. Aquí tiene su tarjeta. Tiene cita para esta misma tarde, a las siete. Sus resultados con otros agentes aquejados de trastornos han sido espectaculares. Es de plena confianza.

En silencio, Milo alcanzó ambas tarjetas y se las introdujo en el bolsillo trasero del pantalón. Luchando por no abrir la boca, aguardó más instrucciones.

—Su nueva compañera será la subinspectora Rebeca Mercader. Viene de Gerona, del Área Técnica, y ha realizado varios cursillos de Análisis de la Conducta Criminal en el extranjero. Posee unos informes excelentes. El jefe Singla se encargará de presentarles.

Dando la entrevista por finalizada, Milo se incorporó.

—¿Tiene usted prisa? —inquirió el comisario.

—No quisiera perderme la reunión sobre el caso con el resto de inspectores.

—Singla le pondrá al corriente —dijo Bastos—. Concéntrese en el caso, inspector Malart. Todo esto es muy irregular, pero nos enfrentamos a algo fuera de lo normal. Quiero que se vuelque en el asunto, al cien por cien. Aún esperamos grandes cosas de usted.

El gusanillo de la cólera empezó a subir hacia su garganta.

—Y recuerde —añadió Bastos—, cero errores. ¿Me ha entendido usted bien?

—A la perfección, jefe. Solo una cosa: dado mi regreso, y lo singular de toda esta situación, me gustaría poder cobrar el sueldo de los dos meses que he estado de baja.

—Lárguese, no tiente a su suerte.

—Va en serio, jefe. Estoy sin blanca y necesito efectivo para moverme por la ciudad.

Bastos lo fulminó con la mirada.

—Veré lo que puedo hacer —soltó con aspereza. Aplastó una tecla del teléfono—. Inspector jefe Singla, Malart va para su oficina. Infórmele de todos los detalles de la reunión.

Milo se dirigió a la puerta. Ya en el umbral, se volvió para decir algo. Un instante, se lo pensó mejor, y abandonó el despacho. Caminó sin despegar la vista del suelo.

Detestaba todo aquello. Las veladas insinuaciones, las dudas sobre su persona. Se lo esperaba, pero no dejaba de irritarlo. Prefería el sistema de Emilio Vilaplana, el predecesor de Bastos en el cargo; con él se podía hablar de tú a tú, sin ambages. Claro que él había ascendido gracias a sus méritos como investigador y conocía de primera mano el oficio y las circunstancias de los inspectores. Su único inconveniente fue no dejarse amedrentar por los políticos y, en la última reestructuración, aquello le supuso el relevo.

Entonces recordó que todavía le faltaba hablar con Singla y dejó escapar un bufido. Varios oficiales que aguardaban el ascensor lo contemplaron con perplejidad. Consciente de sus miradas, empujó con fuerza la puerta de las escaleras. Bajaría andando a la cuarta planta.

Se paró en el tramo final y se ordenó relajarse; cuerpo, mente y corazón, por este orden. A continuación, descendió los últimos escalones y entró en las oficinas del GEHME, el Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, la policía de Cataluña.

Avanzó por el pasillo hasta desembocar en la amplia oficina donde había repartidas una veintena de mesas. Al fondo estaba el despacho del inspector jefe Jordi Singla. A través de las persianas de cortinillas vio que estaba reunido con varias personas. Con paso rápido, devolvió un par de saludos e hizo oídos sordos a algún comentario que oyó a su espalda.

Entró sin llamar, y no pudo reprimir un estornudo.

Cuatro rostros se volvieron. Bruno Bachs, su antiguo compañero, se apartó el flequillo rubio de la frente. Goyo Bonhora, el forense jefe, se echó atrás en su silla, sorprendido por la irrupción, y acto seguido su cara rubicunda se iluminó de cordialidad.

—Salud —dijo.

—Es este maldito aire acondicionado —justificó Milo.

A su lado, una mujer torció el cuello para observarlo. De expresión agradable, en su rostro enmarcado por media melena de color rubio destacaban unos ojos grises, felinos. Vestía unos tejanos descoloridos, camiseta negra con el anagrama del FBI y deportivas blancas. A primera vista, tuvo la impresión de que se trataba de una mujer eficiente, fría y cálida a la vez. Por la tensa postura de su cuerpo, y la forma de apretar los labios, también detectó un leve matiz de ansiedad por ser reconocida en su trabajo.

—El figura —dijo una voz—. Se nos ha olvidado extender la alfombra roja.

—Inspector jefe —saludó Milo.

Jordi Singla se enderezó en el asiento, alcanzó una taza, y dio un sorbo mientras sus pequeños ojos lanzaban destellos de animadversión. Su aspecto pálido y demacrado denotaba dificultades para conciliar últimamente el sueño. Pelo entrecano, pobladas cejas, bigote negro y la cara salpicada por marcas de viruela. Nunca utilizaba prendas de vestir que no fueran de corte clásico. Estrecho de hombros, con su sempiterna corbata a juego con la camisa azul arremangada con pulcritud, apoyó sus fibrosos antebrazos sobre la mesa, junto a la taza.

Milo vio que no había ninguna silla libre y permaneció de pie, como un colegial castigado delante de sus compañeros. Agarrado a la carpeta roja de la jueza, no dejó traslucir su incomodidad. Sabía que solo estaba siendo sometido por Singla a una prueba más de su estilo vengativo. Tú me fracturas el pómulo, yo te complico la vida todo lo que pueda.

—Llegas tarde, te has perdido la reunión —dijo—. Por lo que veo, tu amiguita ya te ha entregado una copia del expediente, así

que no hace falta que perdamos el tiempo poniéndote al día de la investigación.

—Tengo alguna pregunta.

—Dispara. Pero te aviso que no disponemos de toda la mañana.

Milo apoyó el pulgar junto a la placa y cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—¿Qué habéis averiguado de Eduard Pinto? —dijo—. ¿Algún trapo sucio?

—Ninguno de momento. Los inspectores Rojo y Cervera están en ello.

—¿Y sobre la viuda? —Abrió la carpeta y recorrió los papeles con la vista hasta dar con el nombre—. ¿Algo acerca de Laia Subirats?

—Yo te puedo responder —intervino el inspector Bachs—. Tiene un lío con un arquitecto, un tal Enric Matas. Lo que no sabemos es si está relacionado con el caso. Estamos repasando la vida de ese tipo y por ahora no hay ningún indicio. Todo es de lo más civilizado.

—¿Alguien en su pasado con motivos para vengarse?

—Nos hemos remontado diez años y nada —dijo la mujer de ojos grises—. Los de Patrimonio y Fraude no han hallado ningún pufo, ni rastro de delito económico. Por cierto, soy la subinspectora Rebeca Mercader.

—¿Y algo que huela a corrupción? —prosiguió Milo.

La mujer negó con un gesto. Apretó los labios hasta formar una fina línea blanca.

—Bien, ¿y qué sabemos sobre el asesino?

—Poco, muy poco —contestó Bonhora—, lo que se puede extraer de la filmación. Y eso y nada es lo mismo. Su equipamiento de motorista se puede adquirir en cualquier tienda, los hay a miles; Barcelona tiene gran tradición motera, así que por ahí no hay nada que hacer. Y otro tanto ocurre con el cable de acero, se puede comprar en todas las ferreterías. Respecto al Zippo, igual; sin huellas, imposible de seguir la pista. El combustible es gasolina. Y para asegurarse de que el cuerpo ardiera con facilidad, lo impregnó

previamente con aceite de motor para que la gasolina se adhiriera a sus ropas, piel y cabellos. Hemos recogido rastros de ese aceite en el vehículo de Parques y Jardines, por los asientos, el volante y las puertas.

—¿Y eso? —quiso saber Milo.

—Sigue las pautas del modelo clásico de bomba incendiaria. Verás, la combustión de un cuerpo humano se produce cuando...

—Bonhora, los demás ya lo sabemos y no vamos a oírlo de nuevo —atajó Singla con brusquedad—. Se lo explicas luego, en privado. Siguiente pregunta.

—¿Talleres, concesionarios?

—Bobadas —repuso Singla—. No podemos batirlos todos. Es aceite normal y corriente, lo usa cualquier mecánico, incluso los nuestros abajo, en el Parque de Vehículos.

—Y hablando de vehículos, ¿ya sabéis quién fue el operario que dejó en la zona el de Parques y Jardines? ¿Cuáles fueron los motivos? ¿Tiene antecedentes?

—Se trata de un listillo —respondió Bruno—. Al no acabar la faena, y en vez de devolverlo a cocheras, lo aparcó en la esquina de Rambla Cataluña con Consejo de Ciento por comodidad, para continuar al día siguiente. Lo hemos comprobado y está limpio.

—¿En julio se podan los árboles? Que yo sepa, no es habitual.

—No, el operario es de mantenimiento del alumbrado. Por lo visto no había ninguno disponible con plataforma elevadora y tomó prestado el de Parques y Jardines. Alguien avisó al 010 de que las bombillas de varias farolas del paseo de Gracia estaban rotas y los del ayuntamiento pasaron la orden de reparación. Algún gamberro, lo de siempre.

Milo arrugó el ceño y tomó nota mentalmente de aquel detalle.

—¿Alguna pregunta más, figura? —inquirió Singla—. Se nos está haciendo tarde.

—¿Alguien ha visitado el interior de la primera planta de la Casa Milà?

—Víctor y yo —dijo Bachs—. Es una enorme sala vacía, muy bonita y todo eso, pero nada más. Suelen usarla como sala de

conferencias y...

—Ya, pero ¿no hay nada, nada en absoluto? —interrumpió Milo.

—Ventanas, techos espectaculares, columnas y nada más. Ya te digo, muy bonito.

—Estamos perdiendo el tiempo con esta charla —manifestó Singla—. No vamos a repetir toda la reunión por ti, ya lo leerás en los informes.

—Un momento, ¿y qué hay de internet? ¿Habéis localizado la IP?

—Otro callejón sin salida —respondió la subinspectora—. El asesino colgó la filmación digital desde un cibercafé del Raval. Lo frecuenta mucha gente, hombres y mujeres de todas las edades y aspectos. Nadie recuerda nada especial, nada que le llamara la atención. Otra pista imposible de seguir. Hasta que no tengamos el retrato robot de un sospechoso...

—Este tipo cubre muy bien sus pasos —cortó Milo—. Lo que me asombra es su audacia. Cuelga a la víctima, la quema, ¿y nadie hizo nada por evitarlo o se alarmó siquiera?

—¿Y te extraña? —dijo Singla—. Aquí la gente está habituada al fuego y todo pasó en pocos minutos. Cuando los conductores que circulaban a esa hora se dieron cuenta ya era tarde. El fuego y la ciudad. Van de la mano día sí y otro también. ¿Algo más?

—Necesito ver los dos vídeos, el del asesino y el de las cámaras de vigilancia.

—Te buscas la vida —zanjó Singla—, fin de la reunión. El resto ya tenéis asignadas vuestras órdenes —dijo. Y mientras Bachs, Bonhora y Mercader se levantaban, comentó—: No quiero filtraciones a la prensa, ¿entendido, Malart? El olor a sangre, o en este caso a carne quemada, está volviendo locos a los periodistas. Quería que lo supieras, los demás ya están advertidos. Y ahora te quedas, que quiero hablar contigo.

Milo sintió el rubor arderle en las mejillas.

—Que te sea leve —le murmuró Bonhora al pasar por su lado —. Me alegro de verte.

—¿Cuándo te va bien que hablemos? —preguntó, los ojos

clavados en Singla.

—Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme. Y oye, tranquilo, ya lo conoces.

—Quería traerte un pastel de bienvenida, pero no he tenido tiempo —bromeó Bruno, desfilando a continuación—. Nos vemos luego.

La última en abandonar el despacho del inspector jefe fue la mujer de mirada felina.

—Buena entrada la tuya —dijo—. Soy tu nueva compañera, Rebeca Mercader.

—Malart, cierra la puerta de una maldita vez —ordenó Singla. Milo hizo una mueca y, ante la atónita expresión de la subinspectora, la cerró en sus narices. Luego, se aproximó a la mesa donde Singla se llevaba de nuevo la taza a los labios.

—Lo de las filtraciones, señalándome en concreto delante de todos, ha sido un golpe bajo innecesario —dijo—. Entiendo tus problemas conmigo, pero deja fuera de esto al Grupo.

—¿Me estás dando instrucciones?

—Perdonar es bueno, saludable. Sienta bien hacerlo. Yo ya lo he hecho.

—¿Tú? ¿Perdonarme a mí? —vociferó Singla—. ¡Tendrás cojones!

—No he venido aquí por mi voluntad, me han llamado.

—Sí, ya sé que cuentas con buenos contactos —dijo Singla con desdén—. Pero las órdenes no especifican que deba ponerte las cosas fáciles.

—Ni yo lo pretendo. Otra cosa es ponerme palos en las ruedas con mi investigación.

—¿Tu investigación? Yo estoy al mando, y soy yo quien da las órdenes. No me gustas, Malart. Vas de estrella, con tus aires de tipo raro y toda esa basura, pero a mí no me engañas. Tuviste éxito en algunos casos del pasado, pero sin el resto del trabajo del Grupo no hubieras resuelto nada. No trago a los figuras, a los que se creen especiales. No benefician al equipo y solo generan conflictos. Y tú eres uno de ellos.

—Es tu opinión —repuso Milo—, pero por más que la repitas

no va a ser cierta.

—Yo, de ti, volvería reptando al agujero de donde has salido.

—Ni hablar, jefe. No se está tan fresco como aquí.

Singla hizo un chasquido con la lengua y negó con la cabeza.

—Decisión equivocada —dijo.

—Es mi problema.

—No, tu problema soy yo. —Se acarició el pómulo—. Todavía espero tus disculpas.

Milo caminó hacia la puerta, agarró el tirador. La voz de Singla lo detuvo.

—Te han puesto un canguro, la subinspectora Mercader. —Cogió un informe. Sin levantar la vista, dijo—: Ahora ella ocupa la que era tu mesa. La tuya es la del rincón, junto a los servicios. Yo te hubiese destinado a trabajar en el cuarto del material, con las escobas.

Salió del despacho y se dirigió a su nueva mesa. Metió la carpeta roja en un cajón. Luego, se encaminó hacia la del sargento Toni Crespo, el experto en búsqueda de datos.

Bachs salió a su encuentro.

—Por tu expresión diría que la charla con el jefe no ha ido bien.

—Muy perspicaz —dijo Milo. Estrechó su mano con desgana.

—No, solo era de esperar. Tuvieron que coserle las mandíbulas para que se soldara el hueso y se pasó tres semanas comiendo papillas a través de un tubo. Le atizaste fuerte, tío.

—No me llames tío, no soy tu tío. Hablamos más tarde. Ahora voy a La Pedrera.

—Víctor y yo ya hemos visitado la sala del primer piso —repitió.

—La quiero ver con mis propios ojos, ¿algún inconveniente?

Bachs levantó las manos y lo observó alejarse. Hasta no hace mucho, sus vidas habían seguido caminos paralelos. Ambos ingresaron juntos en la Academia de Policía, ambos se licenciaron con las máximas calificaciones, y ambos también fueron destinados a la Región Policial de Gerona. Allí, a la espera del traspaso de competencias como parte del proceso de sustitución de la Policía

Nacional, ascendieron juntos en el escalafón hasta obtener el grado de subinspectores. En esta RP fue donde el entonces intendente Emilio Vilaplana comenzó a promover el afán competitivo entre ellos y, más adelante, cuando se produjo el despliegue de atribuciones en la RP Metropolitana de Barcelona, se los llevó al GEHME con él y decidió que formaran equipo. Fue un equipo de éxito, singular —Bruno era el bromista y locuaz, y Milo el serio y más reservado—, y también juntos alcanzaron el grado de inspectores. Hasta que surgieron las fricciones y se deshizo el tándem.

El inspector Malart llegó a la mesa del sargento Crespo.

—Toni, ¿cómo vamos? Me interesaría que elaboraras el historial completo de la vivienda situada en el primer piso de la Casa Milà. Antiguos inquilinos, propietarios, ya sabes. Y luego, quiero un informe profesional y personal de Eduard Pinto; cargos pasados y actuales, compañeros de trabajo, dónde fue al colegio, con quién hacia manitas al salir de clase. Todo. Y también, que consultes con Tráfico las multas que se pusieron el día del asesinato, digamos en un radio de diez manzanas desde La Pedrera, y en un periodo de tiempo que cubra las doce horas antes de ser colgada la víctima. Y por último, que obtengas la grabación de la llamada al 010 en la que se advertía de la rotura de las farolas. Ah, y necesito ver los dos vídeos.

—Enseguida me pongo a ello —dijo Crespo, tomando notas. Tenía treinta y pocos años, era algo obeso y su pelo comenzaba a escasear. Poseía el aire distraído de los genios informáticos—. Respecto a lo de la vida de Pinto, ya está hecho; el informe lo pidió la subinspectora Mercader y se lo entregué a ella. Y sobre lo de los vídeos, si quieres te los paso ahora mismo a la sala de visionado. Es un placer trabajar de nuevo contigo, inspector.

—Dejaremos lo de los vídeos para más tarde. Yo también me alegro de verte, Toni.

Se giró para ir al ascensor y se dio de bruces contra la mujer de ojos grises.

—Inspector Malart, soy la subinspectora Rebeca Mercader, tu nueva compañera, y...

—Sí, ya me lo has dicho —atajó Milo, rehaciendo su camino.

Rebeca fue tras él con gesto airado.

—¿Se puede saber qué te ocurre conmigo? —gritó. Varias cabezas se volvieron en su dirección y Milo se detuvo—. Sí, inspector, ¿a qué juegas? ¿A evitarme? Ya van tres veces.

—Tienes razón, debería haberte saludado, ser cortés, normal. Pero no lo he hecho porque no soy ni lo uno ni lo otro. Hoy el día va a ser muy largo y tengo dolor de cabeza. Ahora, si me perdonas, tengo cosas que hacer —dijo, reemprendiendo la marcha.

—No, no te perdono —dijo ella, siguiendo sus pasos—. Oye, que te estoy hablando.

Milo volvió a detenerse.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Contigo.

—Ni lo sueñes.

Arrancó de nuevo y Rebeca hizo otro tanto.

—Esto es ridículo, inspector Malart —jadeó ella—. Quieras o no quieras, voy a acompañarte, son las órdenes. Así que lo podemos hacer de dos maneras: a las buenas, de forma sensata, o a las malas, como ahora, de forma absurda y patética.

Ambos llegaron al ascensor y Milo pulsó el botón de llamada. Reflexionó un instante.

—Está bien, chica dura, tú ganas —dijo—. Coge un coche del Grupo y recógeme en la entrada; el mío no tiene aire acondicionado. Y tráete una cámara, la podemos necesitar.

Se abrieron las puertas, Milo entró en la cabina y seleccionó el botón de la planta baja.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Rebeca, perpleja.

—Programa para hoy: espirar, inspirar, espirar —citó. Y un instante antes de que se cerrara el ascensor, aclaró—: Lo dijo Buda.

Durante el descenso, desvió la mirada al suelo y hundió las manos en los bolsillos. Una vez en la planta baja, apretó el paso hasta salir del edificio.

Ya en la calle, y a pesar del sol que caía de pleno, respiró con alivio.

3

—Los señores primero —dijo Rebeca, cediéndole el paso al interior de la sala del primer piso, en La Pedrera—. Para que veas que yo sí soy educada y cortés.

Después de recogerlo ante la comisaría, habían realizado el trayecto en silencio. La subinspectora Mercader había escogido, de entre todos los vehículos disponibles en el Parque, un SEAT León de color pizarra, sin identificaciones exteriores. Luego, sin abrir la boca, había conducido por el denso tráfico con habilidad, sorteando pequeños atascos, sin apresurarse. Seria y concentrada, había mantenido la mirada fija en la circulación para demostrar su enfado. Milo, aparentando no percatarse, se había dedicado a contemplar las calles a través de la ventanilla. Más relajado, la observó aparcar en una zona de carga y descarga, a pocos metros del edificio. Ella extrajo de la guantera una credencial azul, con el logotipo de los Mossos d'Esquadra, y la colocó sobre el salpicadero, junto al parabrisas, bien visible. Bajaron del vehículo y, todavía en silencio, se dirigieron a la Casa Milà. En la entrada, Milo comprobó la cola de gente que aguardaba para visitarla y que se extendía media manzana por la calle Provenza, turistas en su mayoría. Tras identificarse, Rebeca preguntó por el responsable de seguridad, y este, previa comprobación de ambas placas, les permitió el acceso a la primera planta, precediéndoles por las escaleras para abrirles la puerta de la sala ahora vacía. Los dejó solos después de rogarles que le avisaran de su partida.

La belleza de la enorme estancia dejó a Rebeca sin aliento. Desnuda de muebles y objetos, su forma era irregular, de paredes sinuosas. Fiel a su estilo innovador, Gaudí había logrado crear un amplio espacio sin tabiques ni paredes de carga, con pilares, para que se pudiera llevar a cabo su división como se deseara, y sin una

sola línea recta, su característica más espectacular por la dificultad que entrañaba. Todo allí evocaba impresiones y temas marinos. En los suelos, unos hexágonos de color verde claro, en suave relieve, representaban caracolas de mar. Y en los techos, grabados sobre el yeso, detalles de flora marina, la superficie ondulada del agua movida por el viento, y las espirales y espuma de los remolinos al confluir las olas contra la arena de la playa.

Rebeca soltó un silbido de admiración y caminó hacia el centro de la sala. Milo, a su espalda, permaneció quieto, observando.

—¿Era la residencia de los señores Milà? —preguntó.

—Creo que sí. Por lo que he leído, se ve que la señora Milà le hizo la vida imposible a Gaudí. Le alarmó el cariz que tomaban los gastos y le ordenó abandonar multitud de ideas que pensaba aplicar. Y luego, nada más acabar la obra, lo primero que hizo la señora fue taparlo todo con su nueva decoración, incluidas las columnas —las señaló—, más acorde con el gusto burgués de la época. ¿Te imaginas? El genio se estruja las neuronas, y la mujer de la casa esconde sus yeserías y columnas por miedo al qué dirán las visitas. Increíble. —Sin volverse, Rebeca añadió—: Espero que la nota sea alta.

—¿De qué hablas?

—De mi culo. Lo estás mirando. Todos los cuarentones sois iguales.

Retiró de inmediato los ojos de su espigada figura.

—No seas tan creída. Y si curioseas en mi expediente, al menos aprende a restar.

—¿Eres siempre tan sociable?

—Déjame en paz.

Milo se dirigió con ademán hastiado hacia las ventanas. Se situó ante la que daba al balcón donde el asesino había colgado a su víctima y contempló la calle, el tráfico. Luego, escrutó la balconada, la terraza. No descubrió nada particular.

Se giró con brusquedad.

—Me estás distrayendo —dijo, hosco—, interrumpes mis pensamientos.

—¿Que yo te distraigo? Eres la leche, inspector.

Milo anduvo unos pasos en círculo. Contrariado, señaló la zona en derredor.

—Aquí hay algo, tiene que haber algo. Pero no lo veo.

—¿Qué estás buscando?

—El asesino eligió este balcón. Disponía de media docena y escogió este. ¿Por qué?

—¿Porque le caía más a mano?

De reojo, Milo distinguió unos grabados en la columna más cercana a la balconada. Se aproximó para observarlos mejor. Recorrió todo su perímetro con expresión de asombro.

—¿Has descubierto alguna cosa? —dijo Rebeca.

Milo le hizo un ademán para que se acercara.

—¿Qué ves ahí? —indicó.

Rebeca acudió con rapidez y se inclinó hacia donde señalaba. Allí, confundidas entre arabescos, conchas y otras formas grabadas, se podían ver unas palabras.

—*Perdona* —leyó—. Y más abajo: *Tot*, «todo» en catalán.

—¿Y ahí? —preguntó Milo, dando la vuelta a la columna y señalando otra palabra.

—*Oblida* —dijo Rebeca—. «Olvida», en catalán.

—Perdona todo y olvida —musitó, sin aire. Su rostro se ensombreció—. Un buen consejo. Pero difícil de cumplir.

—¿A qué te refieres?

Una perturbadora sensación se apoderó de él. Vio unos ojos entre las inscripciones. *Sácame de aquí.* La mirada de ira, de furia desquiciada. *Serás como yo, tienes el gen*. La risa ida, hiriente. *Te jodes*. El temor. *Eres mi hijo*. ¿Perdonar? Jamás. ¿Olvidar? Imposible.

Sintió un nudo en la garganta.

—Inspector, te he hecho una pregunta.

Regresó al presente.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Como todos los consejos. Yo no podría.

—¿Crees que puede guardar relación con el asesinato?

—Ni idea —dijo—. Pero me parece demasiado casual que,

justo en la ventana que da al balcón donde Eduard Pinto fue colgado y quemado vivo, aparezcan unas inscripciones que recomiendan perdonar y pasar página. ¿Qué opinas?

—De momento, que Gaudí grabó esas palabras llevado por su espíritu creyente. Quizá fue este el motivo de que la señora Milà hiciera ocultar las columnas detrás de su decoración burguesa. Debieron de ser descubiertas cuando se llevó a cabo la restauración del edificio y esta estancia fue reconvertida en sala de exposiciones.

—Me da igual —replicó Milo—. Si el asesino sabía lo de las inscripciones, y la ubicación de esta columna en concreto, bien podría ser esta la razón de que eligiera ese balcón del lateral del paseo de Gracia en vez del de la fachada, que hubiera sido más lógico.

—Tiene sentido —murmuró Rebeca—. Tal vez al asesino le ocurra lo que a ti y por eso lo escogió. Porque no puede perdonarlo todo y olvidar.

—O nos está diciendo que no está dispuesto a seguir ese consejo —matizó Milo—. Sea como sea, ni olvida ni perdona.

—¿Y esto adónde nos lleva?

—Al pasado, al origen habitual de todos los problemas.

—O sea, lo que ya sabíamos —constató Rebeca—. No añade nada nuevo.

—Yo no estaría tan seguro. Saca fotos de las inscripciones y salgamos de aquí —dijo. Se encaminó hacia la puerta—. Y avisa al responsable de que nos marchamos.

—Pero ¡un momento! —exclamó ella—. ¿Adónde vas?

—Te espero en la esquina de enfrente —dijo Milo, desapareciendo.

—¿Qué esquina de enfrente? —voceó Rebeca—. ¿Cuál de las tres?

Milo bajó las escaleras tratando de librarse de aquella sensación. Las inscripciones le habían puesto en marcha la máquina de los recuerdos, y llevado a la mente episodios que creía tener almacenados en lo más profundo de su memoria. Revivirlos era una cruz que le agriaba el ánimo. Salían a la superficie sin

previo aviso, y entonces no le quedaba otra que apretar los puños con tal de borrarlos de su cabeza. No, olvidar era un lujo que no estaba al alcance de todos. Un lujo más allá de la voluntad. Y no lograrlo, una maldición.

Salió al calor sofocante de la calle y cruzó la primera calzada sin mirar. Unos bocinazos lo trajeron de vuelta a la realidad. Más atento, atravesó la central y tomó asiento en el banco-farola de estilo modernista situado sobre la acera lateral. Enseguida notó la piel embadurnada de sudor. El bochorno era tan intenso que equivalía a respirar aire hirviendo.

Reclinó la espalda y contempló los edificios, las oficinas, los pisos. A pesar del lujo, los vio como una colmena. Todos apiñados en celdas de oro, unos encima de los otros, cada cual bien protegido de los demás en su mundo aislado. Para él, era otra más de las paradojas de Barcelona. Soledad y aislamiento dentro de una urbe donde la necesidad de llenar el vacío era una urgencia prioritaria. Cualquier cosa menos la nada. La ciudad entera pedía a gritos el contacto humano, y sin embargo era el dominio de la soledad y el recelo al prójimo.

—He recorrido las tres esquinas hasta dar contigo en este banco —soltó Rebeca, plantada delante con los brazos en jarra.

—¿Y tú eres investigadora? —dijo Milo. Se incorporó—. Solo podía ser este chaflán, el que el asesino eligió para situarse y filmar la macabra escena. Vayamos al lugar exacto donde se apostó para grabarla. ¿Has visto la dichosa película?

—Un par de veces —respondió ella, molesta.

—Guíame.

Cruzaron el lateral y Rebeca lo llevó hasta la esquina, al sitio donde calculaba que el asesino se había colocado con la cámara. Ahora estaba ocupado por varios manteros, unos africanos de tez oscura que vendían bolsos, pañuelos y gafas, todos de marcas falsificadas. Exponían sus mercaderías en el suelo, sobre sábanas blancas.

—Es aquí —dijo—, más o menos.

—¿Más, o menos? Precisa.

—Diría que, aproximadamente, donde está situado ese tipo

que vende los LV.

Se acercaron. El hombre, al ver sus placas en la cintura, estiró de una cuerda, formó un hatillo con todos sus artículos y salió a la carrera hacia Provenza. Los demás, al verlo huir, hicieron otro tanto y salieron en desbandada en varias direcciones. En apenas unos segundos el lugar quedó despejado de vendedores ambulantes.

Rebeca se detuvo, miró a izquierda y derecha, calculó el ángulo de filmación tomando como referencia La Pedrera, y por último se situó dos pasos más allá.

—Aquí, seguro —dijo.

Milo, sin hacerle caso, se alejó unos metros. Se protegió los ojos con la mano y alzó la vista. Las modernas farolas, siguiendo un modelo más funcional, se levantaban a unos seis metros de altura, con una separación entre ellas de unos veinte metros, y no contaban con pantallas protectoras. Desde el suelo, no parecía muy difícil romper sus bombillas.

—¿Cuáles fueron las que tuvieron que ser reparadas?

Rebeca, con expresión impaciente, respondió con sequedad:

—Esta, esa y aquellas tres —señaló, dos en fila en la esquina donde se encontraban, y tres más a partir del vértice del otro chaflán—. ¿Crees que fueron escogidas adrede?

Milo regresó a su lado. Se encogió de hombros.

—Puede. Quizá quien llamó al 010 fuera el que lo hizo, tal vez el asesino; para que alguien de mantenimiento acudiera con el vehículo de plataforma elevadora y las reparara. —Se rascó la frente—. Y rompió cinco farolas para que el operario no tuviera tiempo de acabar la faena, y de esta forma se viera obligado a dejar el resto para el día siguiente.

—¿Y cómo adivinó que aparcaría el vehículo en la zona? Podría haberlo dejado perfectamente en cocheras —objetó Rebeca.

—Mecánica popular. No acabes hoy lo que puedes dejar para mañana. Y si te puedes ahorrar un viaje, todo eso que tienes ganado. ¿Quién se va a enterar? ¿Un supervisor? Estamos hablando de folclore nacional, no de empresas privadas.

—Me sigue pareciendo demasiado arriesgado —insistió ella—.

Y complejo. Muchas cosas podrían no haber salido como lo había planeado.

—¿Más arriesgado que colgar a un moribundo en un edificio como La Pedrera y prenderle fuego? Ni por asomo. Además, estoy convencido de que tenía un plan B. Por si acaso. Este tipo es muy minucioso, no creo que dejara nada al azar.

—Pero si, como dices, la Administración funciona de esta manera, ¿cómo sabía el asesino que se daría la orden de reparación tan rápido? Es imposible calcular el tiempo entre la llamada y la respuesta de los de mantenimiento.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Milo.

—En el paseo de Gracia, ¿por qué? Sí, la milla de oro y todo eso, pero...

—Piensa. Aquí no puede haber cinco farolas con las bombillas rotas, ¿qué dirían los turistas? Sería un escándalo. ¿Cristales por el suelo frente a La Pedrera, a pocos pasos de la Casa Batlló? No, el asesino sabía que no tardarían ni un día en dar la orden de reparación, y contaba con ello. Otra cosa es si hubiera sucedido en el Raval, Sants o Pueblo Nuevo. No estarían reparadas ni en Navidades.

Rebeca permaneció unos instantes en silencio. Apretó los labios.

—¿Siempre tienes contestación para todo? Eres un chollo.

—Cuéntaselo a mi mujer.

Ella le lanzó una mirada interrogante. Lo vio situarse en el lugar de la filmación, observar el suelo con fijeza, moviendo el cuello de un lado para otro.

—¿Qué buscas? —preguntó sin obtener respuesta—. Han pasado cinco días desde que nuestro sujeto se apostó aquí, y no hay nada. Los de la Científica ya lo revisaron.

Milo hundió las manos en los bolsillos. Con la cabeza inclinada, caminó alrededor de la zona. De vez en cuando apartaba con el pie alguna hoja, celofán o restos de colillas.

—Insisto, no hay nada que hallar. Han pasado muchos días y los de la...

—Ellos buscaban rastros; yo, otra cosa —soltó, distraído.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

De pronto, Milo se puso en cuclillas y dijo:

—De esto, por ejemplo.

Rebeca se acercó. Se arrodilló a su lado.

Vio que señalaba una letra G escrita con espray negro sobre las pequeñas baldosas hexagonales, entre un banco de madera de los contemporáneos y el parterre de arbustos. De tamaño medio, sus contornos redondeados aparecían claramente pulverizados sobre los dibujos de curvas y líneas del embaldosado diseñado por Gaudí.

Unos peatones se pararon, intentando ver qué observaban los dos con tanta curiosidad. Al instante, se congregaron varios más. Una anciana les preguntó qué estaban mirando.

—Señora, circule. Y ustedes, los demás, hagan lo mismo —conminó Rebeca con gesto autoritario—. No hay nada que ver, asunto de la policía. —Se volvió hacia él—. ¿Qué es?

Milo aguardó antes de contestar. Se oía el aullido de una sirena sobre la cacofonía uniforme de las bocinas y los tubos de escape, el sonido natural de la ciudad.

Cuando la chirriante estridencia se hubo desvanecido, dijo:

—Una pintada.

—Eso ya lo veo, ¿y qué? Hay muchas más. Allí, sin ir más lejos —dijo, indicando la rampa del bordillo donde se podía leer: NO A LA ESPECULACIÓN—. Y ahí, en la pared, un garabato ilegible de algún grafitero. Y el símbolo ese, también en el suelo —comentó, señalando una A mayúscula encerrada dentro de un círculo—. Y esa otra de ahí, sobre el cajero automático —mostró una con un escueto 1984—. Esto está lleno de pintadas.

—Por eso los de la Científica no le prestaron atención, pensando que se trataba de otro grafiti más.

—¿Y acaso no lo es?

—Yo no creo en las casualidades —dijo Milo, la voz queda.

—¿Casualidades? La ciudad entera es un mural de pintadas, te las encuentras por todas partes, y tú te fijas exactamente en esta. ¿Qué tiene de especial?

—Que es una G.

—Sí, tengo ojos. Lo que pregunto es de qué se trata, qué significa.

Ajeno a todo, Milo contuvo el aire. Aquello era importante. Pero ¿por qué? ¿Lo había hecho el asesino? Se había apostado allí para filmar a su víctima mientras se retorcía entre las llamas. Entonces llegaron los bomberos. Ya era hora de marcharse y dejó de filmar. Pero antes..., antes... *Debo acabar mi obra. Trazar la letra en el suelo. Ahora soy alguien, y dejo huella. La huella del verdugo.* El shock le nublaba la mente y comenzó a jadear. *Soy invisible*. Estaba a punto de sucumbir a su cerebro, su enemigo interior. *Todos están ciegos*. Un peso le comprimía el pecho, como si alguien, una presencia ominosa, se hubiera aposentado en sus pulmones y le dificultara respirar con normalidad. *No podrán detenerme*. Si lo que percibía era cierto, iba a abrir la caja de los truenos. *Mi mundo está a salvo*. Todos sus sensores le indicaban la importancia de aquella letra. Y para él, su percepción era la realidad.

Pero también podía estar equivocado.

Pálido, logró arrancarse de la mente aquella impresión, sacarse de encima la pesada presencia, y recuperó el aliento.

—¿Te sucede algo?

Milo inspiró hondo. *La huella del verdugo*. Aleteó con la mano.

—Estoy bien —dijo, la lengua trabada—. Puede querer decir muchas cosas, yo qué sé.

—Se me ocurre que podría ser la G de Gaudí —apuntó ella—. Pero me parece pueril; no nos lleva a nada y me suena melodramático, absurdo. ¿Qué opinas?

—Quién sabe.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, la letra G tiene muchas connotaciones simbólicas —dijo, como al desgaire. *Mi mundo está a salvo*—. Entre otras, es la letra masónica por excelencia.

Rebeca adoptó una expresión vacilante. Entornó los ojos.

—O puede que sea la firma de un grafitero urbano —repuso —. Compra un bote de espray negro y comienza a llenar las calles con su autógrafo...

—O también, la firma del asesino —dijo Milo, de forma

inexpresiva.

Intercambiaron una mirada.

—Lo que significa... —comenzó ella, el pulso acelerado.

—Continúa.

—No, continúa tú que eres el experto.

—¿El experto? —soltó Milo, incorporándose con dificultad—. ¿No eres tú quien hizo varios cursillos de Análisis de la Conducta Criminal en el extranjero?

—Sí, pero ahora eso no viene a cuento —replicó ella, poniéndose también en pie.

—¿Cómo que no viene a cuento? ¿Dónde los realizaste?

—En Quantico, Virginia, Estados Unidos —se enfrentó Rebeca.

—¿Y allí no te enseñaron nada? —preguntó, colérico.

—¿Por qué te pones así?

—Porque me sulfuras —declaró, con acritud—. Apareces a mi lado como un perrito faldero, me distraes todo el rato sin dejarme concentrar, y no paras de hacerme preguntas. ¿Cómo quieres que me ponga? Exasperado, así es como me pones.

—Ignoraba que mi presencia te alterara tanto.

—¡Pues lo hace!

—Inspector, con todo el respeto...

—Olvídate del respeto —cortó—, no creo en jerarquías. ¡Habla!

—¿Por qué te sientes amenazado por mi sexualidad?

—¿Qué coño estás diciendo?

—En Quantico, cuando nos instruyeron sobre trabajar con un compañero de distinto género, nos avisaron de que esto podía ocurrir. Lo llaman tensión...

—Gilipolleces. A otro con ese rollo.

—No es un rollo, sucede —afirmó ella. Lo vio parpadear, el esfuerzo por contenerse. Suspiró—. Qué tal si apartamos tus problemas y nos concentramos en esa maldita G.

Ofuscado, Milo clavó la mirada en la letra. Todo pintaba cada vez peor por culpa de aquella G. Si significaba lo que se temía, le iba a acarrear un sinfín de complicaciones. Podía prever la

reacción del inspector jefe Singla cuando le comunicara su teoría, la cadena de acontecimientos que se iban a poner en marcha. Lo iba a crucificar.

—Es la naturaleza del ser humano: joder a los demás —musitó.

—¿Cómo dices?

—Sácale unas fotos y...

—No me irás a dejar plantada otra vez largándote a toda leche.

—¿Te apetece beber algo? Estoy deshidratado.

—De acuerdo, ¿adónde vamos?

—A la cafetería de la Casa del Libro, a dos manzanas de aquí. Y oye, chica dura, no me siento en absoluto amenazado por tus hormonas. Que te quede claro.

—Ni yo soy un perrito faldero; en todo caso, de caza —dijo ella, con una sonrisa. Pero se le congeló en el rostro cuando vio que Milo daba media vuelta y se alejaba con paso rápido.

Esta vez lo encontró sin dificultad. Estaba sentado a una mesa del rincón de la pequeña cafetería, un espacio que solía ser habilitado para presentaciones de libros. Dos botellines de zumo, uno de manzana y otro de naranja, permanecían sin abrir junto a dos vasos.

Milo la vio aproximarse con su andar elástico y resuelto. Alta por encima de la media, proporcionada, de cintura estrecha, las piernas largas, de vértigo. Al salir de la comisaría se había puesto una americana negra de lino para ocultar el bulto de su arma en un costado, y el vuelo de los bajos de su chaqueta se movía al compás de su media melena. Eligió una silla, le dio la vuelta, y se sentó a horcajadas, de espaldas a la pared.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber.

—Mira, si algo puede salir mal, saldrá mal, seguro. No tiene por qué ser así, pero lo es. Siempre ocurre. Y en este caso, los problemas no han hecho sino comenzar. Ya me conozco la historia. Surge algo inesperado y todo el mundo pierde los papeles.

—Me refería a ti —corrigió ella—. No entiendo tus reacciones, tus salidas de tono.

Rígido de repente, Milo se cruzó de brazos.

—¿Lo ves? —señaló Rebeca—. Ya te pones a la defensiva.

—No tiene nada que ver contigo.

—Aquí llega el «pero».

—Pero yo estoy acostumbrado a trabajar a mi aire. —La taladró con la mirada—. Vamos a poner las cartas sobre la mesa. Hay algo aquí —se dio en la cabeza con el puño— que me permite registrar cosas; y no me tomes por un bicho raro. —Se detuvo. Quiso explicarle que la línea que separaba lo real de lo intuido era tan fina que a veces temía volverse majara, pero no lo hizo—. Y para ello necesito espacio, silencio, no charla incesante.

—Entonces, ¿es verdad que oyes voces?

Milo hizo una mueca.

—Ya sé que en la Central hay quien piensa que la única diferencia entre los sonados contra quienes nos enfrentamos y yo es una placa. Y todo porque dejo en marcha la parabólica, mi instinto. Pero solo es mi sistema, lo único con lo que cuento.

—Tienes la capacidad de empatizar, de ponerte en la piel del otro. Comprendo.

—No, no te enteras. No tengo poderes ni nada por el estilo. Solo funciona si hay muerte de por medio; con lo demás, soy un desastre. Es el precio. Otro es que no siempre controlo mis reacciones. Pero no estoy loco —dijo, con voz glacial.

—Lo distinto, lo que no se entiende, suele ser atacado. De ahí tus conflictos.

—Muy sagaz. Doy por hecho entonces que has captado lo que necesito, la idea.

—Sí, que yo te molesto. Que no estás acostumbrado a trabajar con una mujer.

—¿Otra vez esa bobada? —replicó, con un gesto de fastidio—. Hombre, mujer, es lo mismo. El inconveniente es la compañía. Cada vez la soporto menos.

—Pero trabajabas con Bachs, erais compañeros.

—Y así hemos acabado. Ahí tienes la prueba.

—¿Pasó algo entre vosotros dos?

—Nada que deba preocuparte.

—Como quieras —dijo Rebeca—. Por si te interesa, yo creo en el trabajo en equipo.

—Y yo, pero después. Primero tengo que estar a solas, con mis cinco sentidos, y sin interferencias. No lo sé hacer de otra manera.

Rebeca se echó hacia atrás y separó los brazos.

—Bien —dijo—, me apartaré lo justo para dejarte espacio. Y ahora, dime qué piensas de las inscripciones, de la letra. ¿Adónde nos conducen? Cuéntame qué registra tu parabólica.

—Un momento —dijo Milo, levantándose—. Voy a buscar la bola de cristal.

Se alejó por la rampa de subida y, al llegar a la caja, se desvió camino de la sección de libros de autoayuda. Estaba harto de preguntas, y él no era el señor de las respuestas.

Ojeó los que estaban expuestos, las portadas. Uno hablaba sobre la ley de la atracción y lo desechó. Ya tenía suficiente con las teorías de la subinspectora. El siguiente iba sobre la vida que había que llevar, y sostenía que la actitud personal condicionaba y creaba el futuro. También lo dejó a un lado. La buena vida, a su juicio, era apartarse de los demás y punto. Echó un vistazo a uno que se refería a las leyes del éxito, a otro acerca del poder de la intención para sanar a las personas, un enésimo sobre cómo dar sentido a la vida, y un último sobre la gestión del tiempo. Cabeceó con disgusto. Ninguno le servía. ¿Por qué nadie escribía sobre algún tema que pudiera ayudarle? Al final de la repisa encontró uno que hablaba sobre cómo ser feliz en el trabajo. Se alejó de él como de la peste. En su trabajo, al igual que los encargados de la limpieza de las cloacas, no se podía ser feliz.

—¿Es aquí donde encuentras inspiración? —preguntó Rebeca, surgiendo a su lado.

Milo la observó con expresión de contrariedad.

—Eres como un grano en el culo —dijo—. ¿Este es el espacio que me ibas a dejar?

—He dicho que me iba a apartar lo justo, solo lo justo. Y

llevas diez minutos aquí.

—Pues no es suficiente. Necesito más.

—No, en serio, ¿qué estabas haciendo?

—Buscar ayuda, ¿no es evidente? Regresemos a la cafetería, me he dejado el zumo.

—Mejor nos vamos —dijo ella. Le alargó un botellín—. Me he tomado el de manzana.

—¿Y has pagado?

—Qué remedio, ¿no?

—Perfecto —dijo Milo, tomando el camino de salida—. Yo quería el de naranja.

Abandonaron la librería y subieron por un paseo de Gracia abarrotado por una masa de turistas. Bajo un bochorno vibrante, los rondaban carteristas, descuideros y un ejército bien desplegado de mendigas con niños en brazos. Una de ellas, sentada en el suelo junto a una lujosa tienda, tenía para ablandar a los peatones a una criatura medio oculta entre harapos en su regazo, quizá real, quizá de plástico, y mientras extendía una mano pidiendo dinero, con la otra sostenía una BlackBerry de última generación por la cual hablaba a gritos en un idioma ininteligible. No, la mentira tampoco descansaba en verano.

Llegaron al coche. Milo se dirigió a la puerta del conductor, pero Rebeca sacudió las llaves en el aire, lo apartó con suavidad, y tomó asiento tras el volante. Milo rodeó el vehículo y ocupó el del acompañante, la espalda tensa, las manos entre las rodillas.

—Veo que no estás acostumbrado a que una mujer lleve las riendas, el control.

—Y dale —soltó él—. ¿Más patrañas de Quantico?

Sin responder, ella arrancó, hizo la maniobra, y se mezcló con la densa circulación.

—Explícame qué dice el informe que Crespo te entregó sobre la víctima —dijo Milo.

—Poca cosa, lo tengo en comisaría. Tras ser *conseller* de Cultura, regresó a La Caixa, donde ocupó un puesto en el Consejo de Dirección. Antes de su paso por la política, Eduard Pinto fue director de zona, delegado provincial y delegado de la comunidad.

Y con anterioridad, desempeñó varios cargos intermedios en diferentes empresas participadas por el Grupo —explicó, torciendo en un cruce—. Puede haber hecho infinidad de enemigos a lo largo de su carrera, es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, pero yo descartaría el móvil político o económico. Nadie corre tantos riesgos para vengarse de alguien por un móvil de ese tipo, incluso si lo hubiera dejado en bancarrota. El asesino se tomó demasiadas molestias. Lo secuestra, lo mantiene encerrado cinco días sin comer ni beber, lo cuelga en un edificio, y no en uno cualquiera, y lo prende en llamas. Es una acción desproporcionada. Indica un odio profundo, más allá de la rivalidad o el dinero.

—¿Tenemos que centrarnos entonces en su vida personal?

—No «solo», sino «también».

Rebeca se detuvo en un semáforo.

—¿Podrías ser algo menos críptico?

—Perdona todo y olvida —murmuró Milo—. Olvidar. Esto añade un matiz de tiempo pasado, de un periodo más amplio que el habitual en un ajuste de cuentas. Agrega tintes de vieja historia. Hay que buscar el móvil en el pasado lejano.

—¿Y todo esto lo afirmas por una inscripción? —preguntó ella, arrancando de nuevo.

—El pasado no se puede cambiar, subinspectora. Parece de Perogrullo, pero es así. Es una losa que te acompaña el resto de tu vida. Que te aplasta cuando menos te lo esperas porque siempre está ahí. Y esta sensación, a la larga, puede averiar la mente más cuerda. Ahogarla en deseos de venganza. Y con tal de acallar sus gritos, obligarte a concebir un plan siniestro, un plan enfermizo.

Rebeca lo observó de reojo. Permanecía con la espalda encorvada, hablando con tono monocorde y desprovisto de emoción. Igual que si estuviera recitando una letanía.

—¿Lo dices por experiencia propia? —insinuó.

Milo carraspeó, confundido.

—¿Hay algo relevante en las declaraciones de los testigos? —dijo.

—No mucho. Sus testimonios están en el dosier, junto al informe, y apenas se puede extraer algo de ellos. Todo esto es

desconcertante —dijo Rebeca. Dobló por una calle—. ¿Te habías encontrado alguna vez con un caso como este?

En la cabeza de Milo se mezclaban los interrogantes con las posibilidades, los indicios hallados y las sensaciones que le provocaban. Intentaba calibrar, valorar, examinar, pero todo le resultaba tan borroso que, quizá, si lo compartía con ella, podría poner orden en su mente.

—Si damos por hecho que la inscripción está relacionada con el crimen, como mínimo se puede concluir algo positivo —pensó en voz alta.

—Tú casi nunca respondes a lo que te preguntan, ¿verdad, inspector? En fin, dime qué ves de positivo en todo este asunto.

—Que la víctima no fue elegida al azar. Lo que nos facilita el trabajo y nos quita un enorme peso de encima. El inconveniente es que no lo podemos afirmar con absoluta certeza.

—¿Y cuál es ese peso que nos quita? —preguntó, enfilando por la avenida de Sarrià.

—La posibilidad de que vuelva a actuar.

Se volvió hacia él. Lo vio pensativo, con la mirada perdida. Retornó la vista al tráfico.

—Ya sabes, según el modelo clásico —prosiguió Milo—, es lo que suelen hacer los asesinos oportunistas. Cuando le pillan gusto al asunto y repiten.

—Pues habrá que celebrarlo.

—Yo guardaría las celebraciones para más adelante. La letra G lo cambia todo.

—¿Por qué? ¿Qué nos dice? —espetó Rebeca. Nerviosa, tomó la curva para coger Travessera de les Corts e invadió el carril de al lado—. ¿Qué demonios es lo que cambia?

—Si suponemos que es la firma del asesino, puede que no se detenga en Eduard Pinto —dijo Milo, sin inflexión en la voz—. Tal vez se trate de una serie que ha iniciado con el *exconseller*... lo que va a abrir de par en par la caja de Pandora.

—¿Y si en vez de su firma es otra cosa?

—Si guarda relación con el símbolo masónico, y a su vez con el caso, va a abrir de par en par esa maldita caja..., solo que en esta

ocasión va a salpicar a mucha más gente, a gente poderosa y con influencias.

Cerca, a un par de manzanas, se divisaba el edificio de la Central. Redujo la marcha hasta detenerse a pocos metros, en un paso de peatones. Se encaró con él.

—O sea, en cualquier caso se aproxima una tormenta. —Milo le lanzó una mirada de preocupación—. Una de las gordas. —Lo vio asentir y apostilló—: Singla te va a matar.

Milo volvió a afirmar con la cabeza. Se arrellanó en el asiento.

—Necesito ver la filmación de las cámaras de vigilancia —dijo.

4

En la pantalla, las imágenes en blanco y negro se veían borrosas. La resolución de las cámaras de vigilancia situadas en el cruce, justo delante de La Pedrera, no era muy alta, y la calidad de la grabación se veía perjudicada por los reflejos de la potente iluminación del edificio y la nocturna más tenue del resto de la calle. El predominio de los grises, unido al verde causado por la refracción de la luz, daba al conjunto una apariencia fantasmal. Pero bastaba para seguir los pasos del asesino y sus movimientos.

Milo entrecerró los ojos mientras mordisqueaba un sándwich de queso. Rebeca, empujada por su insistencia, lo había dejado solo en la sala de visionado, no sin antes comentar con enfado que aprovecharía para redactar el informe.

Apretó un botón de la consola de mandos y reinició la filmación.

Fundido en negro. Un plano fijo de la esquina, desde un ángulo elevado, recogía el chaflán en el centro, con parte del edificio hasta una altura de tres pisos; a la izquierda, la acera que subía por el paseo de Gracia con sus parterres arbolados y media calzada con varios coches aparcados; y a la derecha, el inicio de la acera que se internaba por Provenza.

El reloj situado en el margen superior derecho marcaba las 5.40 horas.

Un vehículo de Parques y Jardines aparecía por el margen inferior central del encuadre. Circulaba a poca velocidad. Luego, frenaba al llegar a la rampa del bordillo del paso de peatones y, con un suave traqueteo, subía a la acera, recorría despacio el chaflán, y se detenía bajo el balcón de la primera planta sin parar el motor, como revelaba el humo que salía por el tubo de escape. Las ramas de los árboles tapaban en parte la visión del vehículo,

pero no impedían contemplar cómo una figura vestida de negro de los pies a la cabeza, con guantes y el rostro oculto por un casco de visera tintada, descendía con parsimonia, entornaba la puerta sin cerrarla del todo, y se dirigía a la del acompañante dando la vuelta por la parte trasera, abriendo de paso la cancela de la plataforma elevadora. Acto seguido, introducía medio tronco en la cabina y extraía a un semiinconsciente Eduard Pinto, se lo cargaba al hombro con relativo esfuerzo, cerraba la puerta con la cadera, y caminaba, sin apresurarse, de vuelta a la parte trasera del vehículo, donde lo dejaba caer dentro de la plataforma junto a lo que se distinguía que era un bidón de gasolina de cinco litros.

El reloj marcaba las 5.41 horas.

La figura apoyaba un pie calzado con una bota de gruesa suela de goma sobre el guardabarros y, con un impulso, sujetándose a un barrote de la cesta, se impelía al interior. A continuación, sin molestarse en cerrar la cancela, maniobraba el brazo flexo con los mandos hasta situar la plataforma a la altura de la barandilla de hierro forjado del primer piso. Entretanto, el cuerpo de Eduard Pinto permanecía inerte, con la cabeza en ángulo torcido, y las manos, atadas con el cable de acero, sobresaliendo por el exterior de la cesta en una súplica muda. La figura entonces lo agarraba por el cable, y lo arrastraba como un fardo hasta lograr pasar el acero por detrás de una resistente hoja en punta de la enredadera de hierro, situada en el centro de la balconada. Sin perder un segundo, destapaba el bidón y se dedicaba a regarlo con gasolina, profusa y meticulosamente, por todas partes. Al recibir el líquido inflamable en el rostro, la víctima abría los ojos y la boca, como despertado de un profundo sueño, y su cara mostraba el más atroz de los horrores. Tras devolver el bidón a la cesta, la figura se situaba de espaldas a la cámara, extraía un objeto del interior de su vestimenta y, reclinada sobre Eduard Pinto, se entretenía unos instantes. Al cabo, guardaba el objeto y recuperaba la posición. Después, con una mano apoyada en la cadera, en un gesto indolente, hacía bajar la plataforma. A medida que esta descendía, el cuerpo, que hasta ese momento permanecía recostado contra la cesta, se iba dejando caer, estirándose hasta adoptar la verticalidad

completa, con los brazos extendidos hacia el cielo, poco antes de que la plataforma se detuviera plegada en su totalidad.

El reloj marcaba las 5.43 horas.

La figura recogía el bidón y saltaba al suelo. Y ahora sí de forma apresurada, se metía en el vehículo, lo hacía avanzar unos metros más arriba, y salía de él, de nuevo sin apagar el motor, con las manos vacías. Regresaba bajo el balcón, abría la tapa de un mechero Zippo, accionaba la ruedecilla hasta encenderlo, y sin más lo lanzaba contra el cuerpo que pendía inerte. Al punto, la llama prendía en las ropas de la víctima, envolviéndolo con rapidez en grandes lenguas de fuego. Una antorcha humana. En un principio, el infortunado apenas se movía; pero de pronto, a medida que el fuego devoraba su piel, comenzaba a patalear en el aire presa del terrible dolor. La figura, mientras, volvía la cabeza hacia lo alto, hacia la cámara, y efectuaba un gesto que se podía interpretar como saludo o despedida: agitaba una mano y a continuación, replegando cuatro dedos, el índice. Luego, retornaba al vehículo con paso acelerado, se montaba, circulaba un instante por la acera, lo bajaba a la calzada por una rampa, y lo abandonaba en Rosellón. Allí se apeaba con el bidón, cruzaba corriendo el paseo, y desaparecía del ángulo de la cámara. En la esquina, el cuerpo de Eduard Pinto, envuelto en grandes llamaradas, pendía sacudido por las convulsiones.

El reloj marcaba las 5.44 horas.

Milo detuvo la grabación. La pantalla se llenó de nieve.

Tiempo total de la operación: cuatro minutos. Todavía con la imagen de la víctima en sus pupilas, retorciéndose entre el fuego, tiró asqueado el sándwich sobre la mesa. Se recostó en la silla y se frotó los ojos con incredulidad.

Por tercera vez visionaba la filmación. Si algo se podía extraer de ella, era que el asesino, por su forma de actuar, poseía una crueldad extrema. Su actitud indiferente ante el sufrimiento de la víctima, su incapacidad para alterarse lo más mínimo, su frialdad y falta de nervios, así como la meticulosidad de todos sus movimientos y actos, le hizo concluir que se hallaban, sin ningún género de dudas, ante un psicópata implacable.

Oyó que a su espalda se abría la puerta de la sala y, sin volverse, dijo:

—Subinspectora, hay malas noticias.

—¡Joder, malas noticias! —aulló Singla entrando de golpe y agitando unos papeles en el aire. Detrás, una cohibida Rebeca aguantaba la bronca con expresión culpable—. ¿Qué leches es eso de que el asesino ha iniciado una serie? ¿Y lo de la masonería? ¿Qué son todas estas pijadas? ¿Dónde están las pruebas? ¡Sabía que solo ibas a traer problemas!

Milo se giró con lentitud.

—Jefe, por ahora solo son indicios pero...

—¿Indicios? ¡No son nada, conjeturas de un jodido chiflado! —vociferó. Se detuvo. Un leve temblor apareció en sus labios—. ¡Cualquiera con dos dedos de frente lo vería! ¡Una pintada, unas inscripciones! ¡Nada! ¿Me oyes? ¡No tienes nada de nada! ¿Te imaginas si esto saliera de la comisaría? ¡A la mierda contigo, Malart! ¡Me importa un carajo quien te cubra las espaldas! ¡No pienso arriesgar mi carrera por las fantasías del hijo de un esquizofrénico!

Milo bajó la cabeza.

El inspector jefe enarboló los papeles. Enfrió su cólera y dijo:

—Esta es la munición que necesitaba. Estás acabado, ¿me oyes? ¡Acabado! Después de esto, Bastos te pegará la patada. No has durado ni veinticuatro horas, majadero.

Abandonó la sala dando un portazo. El silencio se extendió como un manto protector.

Con los gritos resonando todavía en su cabeza, Milo respiró hondo.

—No debería haber incluido tus conclusiones en el informe..., tus sospechas —dijo Rebeca—. Lo siento, inspector, me he precipitado.

—No te preocupes, me gusta cuando me duele. Significa que aún estoy vivo. De todas formas, iba a ocurrir tarde o temprano. Ahora que ya ha pasado, podremos trabajar tranquilos.

—Pero cuando esto llegue a oídos del comisario jefe...

—Ya cruzaremos ese puente —zanjó, encarándose de nuevo

con la pantalla—. Volvamos al trabajo. ¿Qué se hizo del bidón? ¿Fue encontrado?

—Sí, los de la Científica —respondió Rebeca. Tomó asiento a su lado—. En un contenedor de Rosellón con paseo de Gracia. Sin huellas. Gasolina normal.

Milo dio al botón de puesta en marcha y en la pantalla volvió a aparecer el cuerpo de Eduard Pinto envuelto en llamas. El reloj marcaba las 5.45 horas.

—Impresiona, ¿verdad? —murmuró ella, estremecida.

—Es una imagen demoledora.

—Y eso que aún no has visto la filmación que realizó el asesino. Todavía es peor.

—No puede haber nada peor que esto —sentenció Milo. Señaló el monitor—. ¿Te has fijado? Eligió las 5.40 horas para llevar a cabo la operación; justo cuando está más oscuro antes de amanecer, que en julio suele ser sobre las seis y pico. Y solo empleó algo más de cuatro minutos, para reducir la eventualidad de que algún peatón se cruzara en su camino.

—Pero no la eliminó del todo. ¿Qué habría sucedido si alguien hubiera aparecido de repente? ¿Cómo habría reaccionado el asesino? Corrió un gran riesgo.

—Jugó con las posibilidades. A esas horas, y en un margen de tiempo tan reducido, no es habitual encontrarse muchos peatones por la calle. Aunque es cierto que siempre hay algún solitario, algún empleado caminando hacia su trabajo.

—Lo que demuestra que lo planificó hasta lo posible, y luego cruzó los dedos.

En la pantalla, los movimientos de la víctima eran cada vez más pausados. El fuego, por el contrario, tras avivarse unos momentos, se mantenía constante.

El reloj marcaba las 5.47 horas. Milo hizo un gesto de incredulidad.

—El cuadro es dantesco. Un cuerpo ardiendo en pleno centro de Barcelona. Colgarlo, quemarlo, exponerlo así. ¿Por qué? ¿Para qué tantas complicaciones?

—Para mostrar el máximo desprecio hacia el objetivo de su

ira. Es una venganza llevada hasta el límite. Como decíamos, indica un odio profundo.

—Y algo más. Un escarmiento. Está dando una lección, en el sentido más salvaje de la palabra. Pero ¿a quién, aparte de la víctima? ¿Y por qué eligió un edificio de Gaudí?

—Hay otros —apuntó Rebeca—, y en calles más apartadas, menos frecuentadas. Y sin embargo, escogió este en el paseo de Gracia.

—Cuando lo más sencillo hubiera sido hacerlo en otro escenario —murmuró Milo, pensando en voz alta—. Escenario, teatro, representación. Ahí lo tenemos. Todo esto nos parece muy rebuscado porque es exactamente lo que es: teatral.

—¿Y eso adónde nos lleva?

—Ni idea —reconoció Milo.

El reloj marcaba las 5.49 horas. La víctima ya no se movía. Carbonizada, asomaban algunas llamas por el torso y las piernas. Y sobre su cabeza ennegrecida, se ondulaba una más acentuada, como un fuego fatuo.

—¿No puedes parar esto? Mi estómago ya tiene suficiente —dijo Rebeca.

—¿A qué hora llegaron los bomberos?

—A las seis y dos minutos. Un taxista dio el aviso, y eso es lo que tardaron.

Milo detuvo la grabación. De nuevo, apareció nieve en la pantalla.

—Te lo agradezco, inspector.

—No me lo agradezcas todavía —dijo Milo. Rebobinó la cinta —. Tenemos que volver a repasarlo todo. —Pulsó un botón y reinició la película. La hizo pasar rápido hasta que el asesino descendía del vehículo por primera vez. Congeló la imagen—. ¿Qué ves?

—A un hombre enfundado en un traje negro de motorista, con casco, botas y guantes incluidos. Todo el equipo, de los pies a la cabeza.

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—Los de la Científica tienen un programa de biometría y lo

aplicaron a la filmación. Pudieron medir su estatura, que ronda el metro ochenta, calcular su peso, sobre los setenta kilos, y concluir que, por su forma de moverse y su fuerza, se trataba de un hombre.

Milo permaneció unos instantes en silencio.

—Conozco a varias mujeres que encajan en esas medidas —dijo—. Y lo de la fuerza es relativo. Depende de muchos factores. Sin ser necesariamente una lanzadora de peso, sí puede estar acostumbrada a acarrear personas. Una enfermera, por ejemplo.

—Llegaron a esa conclusión por su forma de correr. Nosotras, por nuestra fisiología, poseemos unas caderas preparadas para acoger un embarazo, lo que nos impide correr como vosotros y por eso movemos las piernas en carrera de una manera muy concreta.

Milo hizo avanzar la grabación hasta el momento en que la figura de negro abandonaba el vehículo y salía corriendo. Lo pasó tres veces, adelante y atrás.

—Apenas se le ve correr —señaló—. La cámara solo recogió el instante en que inicia la carrera y da unas zancadas. ¿Tú distingues esa forma de correr tan concreta? Yo no.

—Ni yo —admitió Rebeca—, pero ellos son los expertos, y esa es su conclusión.

—Solo me fío de lo que ven mis ojos, y no siempre. También me engañan a veces.

—¿Pones en duda lo que afirman los de la Científica?

—Pongo en duda todo, es mi forma de trabajar —declaró Milo—. Y la verdad, aquí veo muchos puntos oscuros. La altura, por ejemplo. Esa figura puede llevar alzas en las botas, y el casco ser varias tallas más grande que su cabeza. De este modo, la altura que dicen los del laboratorio puede no coincidir en cinco centímetros o más, lo que alteraría ligeramente sus medidas, afectando a la comparativa biométrica. Y otro tema es el peso. El traje que lleva no se le ajusta por completo; en varios momentos se ve que le cae holgado, ¿cómo sabemos que no lleva debajo varias capas de ropa para alterar su complexión?

Rebeca lo observó con una mezcla de incredulidad y estupor.

—No me mires así —dijo él, sin volverse—. Lo único que digo es que con estas imágenes podemos extraer muy poca información,

algo con lo que contaba el asesino al elegir este tipo de atuendo. Por eso no le preocupó la presencia de la cámara.

De súbito, dejó escapar una risa desabrida.

—¿De qué te ríes? —quiso saber ella.

—Cuando voy por algún sitio donde sé que hay una cámara de vigilancia, tengo la manía de bajar la cabeza; sin ir más lejos, aquí, en el ascensor de la comisaría. Ignoro por qué lo hago, pero lo hago. Tal vez porque me siento culpable, yo qué sé. En cambio, al asesino no le importa que lo vean; al contrario, mira a la cámara e incluso saluda. —Hizo retroceder la filmación hasta el punto en que la figura de negro hacía el gesto de despedida. Congeló la imagen—. ¿Qué opinas de ello?

—Que ese sentimiento de culpa que tienes tan arraigado deberías controlarlo. Yo, de ti, visitaría a un psicólogo.

—¡Maldita sea! —exclamó Milo—. Me he olvidado de la psicóloga. —Sacó la tarjeta que le había entregado Bastos y marcó el teléfono de la doctora—. ¿Tienes hora?

—Casi las nueve. Llevas varias horas aquí encerrado.

Escuchó que se activaba un contestador. Aguardó a que transcurriera la grabación y entonces dejó un mensaje en donde le explicaba que le había sido imposible acudir a la cita de las siete en su consulta por motivos de trabajo. A continuación, le preguntó si le iría bien aplazarla a mañana, y le propuso a las doce del mediodía. Después de pedirle disculpas, añadió que llamaría poco antes para confirmar la visita, le dio las gracias y colgó.

—Sigamos. Estábamos con el asesino —dijo, señalando la pantalla—. No le preocupa la cámara y se despide de ella, de nosotros. ¿Y qué nos está diciendo?

—Es un desafío —afirmó Rebeca, con rotundidad—. Nos está retando.

—Estoy de acuerdo. ¿Y ese índice extendido que mueve de izquierda a derecha?

—Parece que nos esté diciendo que no.

—¿Y qué puede estar negando?

Rebeca contuvo la respiración. Mientras veía pasar la película despacio, adelante y atrás, observó que la figura replegaba cuatro

dedos y movía el índice de forma intencionada en un gesto que ahora le resultaba evidente que era de negación. Milo congeló la imagen.

Con el pulso acelerado, la subinspectora dijo:

—No puedo perdonar. No puedo olvidar. No.

—O no *quiero* perdonar, y no *quiero* olvidar —matizó Milo—. Juraría que detrás de esa visera tintada hay un rostro encendido por el odio.

—La inscripción de la columna de La Pedrera.

Milo asintió levemente con la cabeza.

—Y ahora, fíjate —adelantó un par de segundos la filmación hasta el momento preciso en que la figura daba media vuelta de forma apresurada para subir al vehículo. Luego la hizo retroceder, y repitió la operación. Por último, congeló la imagen—. ¿Qué hace ahora?

—¿Deja de negar? —aventuró Rebeca—. Mantiene el índice extendido, quieto.

—Y ese gesto, ¿qué significa?

—Señala un número, el uno —murmuró, aturdida.

Milo inspiró hondo, se recostó en la silla y entrecruzó las manos por detrás de la nuca.

—Bienvenida al equipo —dijo—. Ahora ya son conjeturas de dos jodidos chiflados.

Tras acabar la reunión con el patronato de la entidad, Félix Torrens, el presidente del Círculo Gaudí, entró en su lujoso despacho y se dejó caer sobre uno de los confortables sillones. Se sentía satisfecho. Todo había salido tal y como había calculado. Los patronos habían dado por buenas las propuestas de la dirección y aprobado por unanimidad los números que les había presentado, dando así de nuevo su conformidad a la gestión que venía desempeñando con pulso firme desde hacía veinte años cuando tomó el relevo de su padre, el fundador de la entidad. Mientras observaba los artesonados de madera y hierro del techo, obra del insigne Gaudí al igual que el resto del edificio, no pudo ocultar una

sonrisa de triunfo. Como el genial arquitecto, él también poseía un talento único, inimitable y valioso. Y constatarlo una vez más le provocaba una sensación poderosa, rayana en la invulnerabilidad.

Se ajustó las gafas de fina montura negra y consultó su reloj de muñeca, un Patek Philippe de oro rosa y ciento veinte mil euros. Calculó que los patronos ya estarían desfilando escaleras abajo hacia la salida del Palau Güell, sede de la fundación. No tenía prisa, pero una de sus costumbres, después de celebrar las periódicas reuniones, era mantenerse alejado de ellos con tal de evitar posibles preguntas embarazosas. Gozaba de su confianza, la mayoría componentes de las llamadas «cuatrocientas familias», pero procuraba restringir su trato tras las obligaciones de la fundación. En cambio, no tenía ningún inconveniente en fomentar los encuentros con ellos en el Liceo, el palco del Barça o el Círculo Ecuestre, lugar este último adonde acudía el último miércoles de cada mes para celebrar la comida con el grupo, un G-20 a la catalana, donde podía extender sus influencias y hacer nuevos contactos.

Se incorporó con cierta dificultad, propia de un hombre de más de sesenta años, y se dirigió a un armario donde, apenas escondida, se hallaba la caja fuerte. Maniobró con la combinación, extrajo un sencillo maletín rígido, forrado con piel de imitación, y lo dejó todo tal y como lo había encontrado. Se acercó a la mesa, apoyó el barato portafolios y comprobó de un vistazo que estaba lleno de fajos de billetes de quinientos. Luego, abandonó el despacho y atravesó la antesala donde su secretaria levantó la cabeza.

—Hasta mañana, Gemma —se despidió, sonriente—. No tardes mucho en irte a casa.

—Así lo haré, señor Torrens. Buenas noches.

Salió al recibidor de la primera planta y, sin prestar ninguna atención a la suntuosa decoración de estilo mudéjar, se encaminó hacia las escaleras. Bajó hasta el vestíbulo, que destacaba por su cubierta con doble cúpula, y atravesó la monumental entrada con rejas caladas de hierro forjado, ornamentadas con el escudo de Cataluña y un yelmo con un dragón alado. Una vez en la calle, se

dirigió al parking situado a una veintena de metros. Como cada día, se preguntó cómo era posible que el conde Eusebi Güell, uno de los hombres más ricos y poderosos de finales del siglo XIX, le encargara a Gaudí la construcción de su casa familiar, un palacio, en un solar de una calle tan miserable como aquella, en un barrio tan poco apropiado como el Raval, en vez de escoger la zona alta. Le resultaba inconcebible. Él era un experto en inversiones inmobiliarias y no lograba entenderlo.

Rebasó una tienda pakistaní de comestibles, una peluquería china, y se metió en el parking. Con prisas, pues le sobrecogía la escasa iluminación del garaje, apretó el mando a distancia para abrir su nuevo Jaguar XJ y se sentó al volante. Después, dejó el maletín en el asiento de al lado y activó el cierre centralizado. A continuación, lo puso en marcha y, acelerando con cuidado, salió a la calle. Al llegar a las Ramblas, volvió a doblar en la misma dirección. A aquellas horas empezaba a caer la noche y encendió las luces de posición.

Sumergido en el tráfico de la ciudad, se sintió a gusto a bordo de su berlina de lujo. Fresco y confortable, conectó el equipo de música y desactivó el navegador. Le irritaba aquella metálica voz femenina dándole órdenes todo el rato. Además, no las necesitaba; conocía de memoria el recorrido hasta llegar a su casa en la calle Torrent de les Roses, en el barrio de Pedralbes, la zona más alta que encontró de la ciudad.

Rodeó la plaza con el mirador de Colón y tomó las Ramblas arriba consciente de las miradas que despertaba entre turistas y gente en general. Adoraba aquella sensación; él, a bordo de su berlina, encerrado y a salvo, protegido del mundo de los anónimos, mientras los demás se asaban vivos o conducían sus vehículos mediocres y sin personalidad. Repasó con la mirada el paseo central de las Ramblas, la cantidad de gente que abarrotaba las terrazas, que caminaba arriba y abajo, que se detenía ante las esculturas humanas, las cuales ya empezaban a recoger sus bártulos, o ante las paradas de flores y kioscos. Toda aquella muchedumbre sudorosa y sucia no formaba parte de su realidad. Lo suyo era estar por encima, en los lugares de privilegio, sin

rozarse con los ciudadanos de a pie. Y observarlos, como en el zoo, a distancia. Sin contaminarse.

Dejó atrás la fuente de Canaletas y viró para rodear la plaza Cataluña. Luego, tomó por el paseo de Gracia y aceleró para coger en verde los semáforos. Al llegar a la Diagonal, volvió a girar por la rotonda y enfiló por la amplia avenida en dirección hacia la zona universitaria.

A la altura de El Corte Inglés, el móvil comenzó a sonar y activó el manos libres.

—¿Sí?

—Sería conveniente que comentáramos el tema lo antes posible.

—Tú haz tu parte, que yo me encargo del resto.

—Esto se está alargando y nuestro hombre está con la mosca detrás de la oreja.

—Ya estoy trabajando según las sugerencias que me planteas. Tranquilo.

—Nada de tranquilo. Tiene que estar resuelto como máximo antes de fin de mes.

—Lo estará, confía en mí —insistió, agarrando el volante con fuerza.

—¿Y lo otro? ¿Cómo va la adjudicación de lo que ya sabes?

—En marcha, a punto de caramelo.

—Intercede para liberar los trámites.

—¿Me das lecciones de cómo hacer mi trabajo? Todo sigue su curso, como siempre.

—Me alegra saberlo. Te dejo. Tranquilizaré a quien ya sabes.

—Bien pensado.

Cortó la comunicación.

—Advenedizo de mierda —soltó.

Enojado, cambió de carril sin accionar el intermitente y, a la altura de la Facultad de Económicas, giró a la derecha para internarse por el lateral y así poder subir por la avenida del Ejército. Siempre le ocurría lo mismo con aquellos políticos de nuevo cuño; perdían los nervios, y a él le tocaba calmar los ánimos de todo el mundo. No entendían que las cosas de palacio iban

despacio, que todo necesitaba su tiempo de cocción, y que no era bueno apretar las tuercas más de la cuenta. Él lo sabía por experiencia. Llevaba muchos años manejándose con asuntos similares y sabía lo que se debía hacer y lo que no.

—Idiota —murmuró, más tranquilo.

Rodeó la rotonda y siguió recto, montaña arriba. El camino empezaba a empinarse a medida que se aproximaba al laberinto de callejuelas. Giró por una de ellas y se preparó para recorrer el último tramo de subidas y bajadas, repleto de recovecos y curvas pronunciadas.

De pronto, al frenar ante un stop, notó algo a su espalda. Un movimiento.

Entonces se volvió hacia el asiento trasero.

—Continuemos —dijo Milo—. ¿Por qué el asesino apartó el vehículo de Parques y Jardines?

Rebeca observó la imagen en donde la figura vestida de negro se subía a la cabina y lo hacía avanzar unos metros más arriba hasta alejarlo.

—Imagino que para evitar que el fuego lo alcanzara —dijo.

—¿Y por qué luego lo condujo hasta la esquina de arriba?

—¿Para que no interfiriera en la línea de filmación? —aventuró la subinspectora.

Milo cabeceó asintiendo. Reflexivo, añadió:

—Y también, para que nadie pudiera subirse a él y socorriera a la víctima. Lo calculó todo para que nada impidiera que ardiese hasta consumirse por completo.

—Lo que no hace más que subrayar su meticulosidad y absoluto desprecio por la vida.

—Incluso previó la posibilidad de que algún conductor se detuviera para intentar apagar el fuego. A la altura que lo colgó, ni con un extintor lo hubiera logrado; apenas habría servido para sofocar el de las piernas.

Rebeca tragó saliva.

—Todo esto da náuseas. La crueldad.

Milo detuvo la filmación y apagó la pantalla. En el monitor apareció su imagen reflejada. Observó su rostro cansado, ojeroso, el pelo apelmazado. La expresión lúgubre.

Rebeca señaló el sándwich de queso y le preguntó si se lo iba a acabar.

—Adelante. Si no fuera porque esta noche no puedo, te diría de ir a cenar algo.

—¿Tienes una cita? —dijo ella. Lo alcanzó.

—Más o menos.

—¿Y no vas a analizar ahora el vídeo que realizó el asesino, el que colgó en internet?

—Antes quiero ver algo con...

—Ya, con tus propios ojos —finalizó ella—. ¿Me equivoco?

—Premio. Ahora dime, ¿cómo llegó el asesino con su víctima al vehículo de Parques y Jardines? En moto no pudo, es imposible llevar un cuerpo semiinconsciente de paquete.

Rebeca enarcó las cejas.

—Pues en su propio coche, claro.

—Bien, descríbeme la secuencia de su transporte. Como lo más sencillo es acercar el cuerpo lo máximo posible al dichoso vehículo, suponemos que llega con su coche a la esquina de Rambla Cataluña con Consejo de Ciento.

—En efecto, para no llamar la atención con un cuerpo a cuestas.

—¿Y qué hora es?

—Deduzco que alrededor de las cinco y media de la madrugada, para disminuir el tiempo de espera y los riesgos. Aparca en el chaflán, no apaga el motor. Se dirige al vehículo de Parques y Jardines y fuerza la cerradura de la puerta, la abre, y hace un puente. Lo arranca, sale con él de la plaza, y lo detiene. Pone el freno de mano, va a su coche y lo mete en la plaza que acaba de dejar libre. A continuación, saca el cuerpo, lo introduce en el vehículo, y vuelve al suyo para recoger el bidón y cerrarlo. Luego, se sube al trasto de Parques y Jardines y conduce hasta la Casa Milà. Puede subir por el paseo de Gracia o por la misma Rambla Cataluña.

—Por el lateral del primero —dijo Milo—. Es lo que se desprende de la grabación.

—De acuerdo. Llega a La Pedrera y hace lo que ya sabemos. Cuando termina, corre hasta situarse en la esquina frente al edificio. Filma la maldita película. Llegan los bomberos, acaba la filmación, y entonces traza en el suelo la G. ¿De dónde sacó el bote de espray?

Milo se encogió de hombros.

—¿Otra vez de debajo de su indumentaria?

—Ahí dentro llevaba un arsenal —repuso ella—; la cámara, el mechero, el espray. Sigo: una vez ha estampado la letra, se larga. Nadie lo ve, ningún testigo aporta nada válido.

—Lógico; la poca gente que hubiera, ¿hacia dónde miraría? Hacia el fuego.

—Es evidente. El asesino se aleja, camina por Provenza hasta la Rambla Cataluña, o bien baja por el paseo de Gracia hasta Consejo de Ciento. Tuvo mucho cuidado en mantenerse lejos del ángulo de las cámaras de videovigilancia y las de bancos y tiendas. Las de Tráfico tampoco lo registraron. Lo comprobamos y ninguna de ellas grabó a un motorista con casco y a pie a esas horas. ¿Sigo? —Milo asintió con un gesto—. Llega hasta Consejo de Ciento, se monta en su coche, y se larga de allí tan tranquilo. Fin de la operación.

Milo reflexionó un momento. Le pareció razonable.

—Me acabas de jorobar la posibilidad de obtener datos sobre su coche y, en el mejor de los casos, un nombre y una dirección —lamentó—. Le he pedido a Crespo que investigara en Tráfico las multas que se pusieron en la zona el día del asesinato. Si aparcó a esas horas y donde dices, está permitido. O sea, no hay multa.

—Podría haberlo robado, ya sabemos de su habilidad. Era un tiro con muy pocas probabilidades de éxito.

—Había que intentarlo. Recuerda mañana pedir a Crespo un listado de ladrones de coches en activo. Si surge algún nombre, podría sernos útil para cruzar datos. Este tipo sabe forzar cerraduras y hacer puentes, algo no al alcance de todo el mundo.

—No es por presumir, pero yo sabría hacerlo —se jactó

Rebeca—. Tal vez no con los vehículos modernos y sus aperturas por ondas codificadas, pero sí con un trasto de Parques y Jardines con llave para la puerta y el arranque, a la antigua.

—Es que tú eres muy espabilada, chica dura. Y por este motivo, mañana me tendrás listo un informe que recoja las conclusiones que hemos sacado, así como las tuyas sobre la conducta criminal del asesino. Tú eres la experta de Quantico. Y oye, que esta vez no sea un informe... precipitado.

Ella bajó los ojos. Dio un leve cabeceo.

—Bien, yo ya cierro máquinas —dijo Milo. Se levantó y fue hasta la puerta—. ¿Sabes quién de Personas Desaparecidas llevó el caso de Eduard Pinto? Me gustaría hablar con él.

—Sí, Mateo Sonseca.

—No lo conozco. ¿Es un buen tipo?

Rebeca se encogió de hombros.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio? —preguntó Milo, con la mano en el tirador.

—Me voy a quedar por aquí un rato más todavía. Redactando.

—No te canses mucho —dijo, abriendo la puerta.

—Inspector Malart, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué tienes que visitar a un psicólogo?

—Es una de las dos condiciones que me han impuesto para ser readmitido. Los de arriba consideran que no estoy bien de la azotea.

—¿Y la otra?

—Tú. Eres mi canguro —respondió. Y abandonó la sala.

Entró en el portal de la calle Atlántida, dio al interruptor de la luz y subió a oscuras los cuatro pisos hasta llegar al ático. No tenía hambre, pero se preparó un poco de pan con tomate para acompañar unos boquerones. Lo puso todo en una bandeja y salió a la terraza. Mientras masticaba, observó la animación del Paseo Marítimo. Un batiburrillo de músicas llegaba hasta sus oídos, y al reclamo había acudido una multitud que se congregaba por todas

partes. Había que exprimir el verano. Unos, en busca del negocio; otros, de la distracción.

En Barcelona, la gente era el paisaje.

Llevó los restos a la cocina y se dirigió al dormitorio. Se quitó la ropa y se echó sobre las sábanas. Cerró los ojos. El sudor le resbalaba a chorros por la espalda. Al cabo de unos minutos, decidió salir de nuevo a la terraza y recostarse en la tumbona. Peor. Los gritos de la gente, algún conato de pelea entre borrachos, la chirriante combinación de ritmos musicales. Con la cabeza embotada por el cansancio, se enfundó de nuevo los tejanos y bajó a la calle.

Cruzó el paseo y caminó hasta la orilla. Se desnudó, amontonó la ropa y se adentró en el mar. Con la primera zambullida, notó de inmediato la cabeza despejarse y cómo una energía vigorizante recorría su cuerpo. Dio unas brazadas hacia lo hondo. Poco después, se dejó flotar con los brazos y piernas extendidos. No era el mar de Port de la Selva, donde podía bañarse en compañía de bancos de peces, pero bastaba para refrescarse, como una inmensa piscina, y allí no se oía ninguna sirena. Contempló la línea de la costa. El hotel W, inconfundible con su forma de vela desplegada; la vieja torre del funicular, con su combado cableado ascendiendo hasta la montaña de Montjuïc; los rascacielos de la torre Mapfre y el hotel Arts, rivalizando en altura y diseño; y a lo lejos, las chimeneas de la central térmica del Besòs, ya en desuso, pero mantenidas en pie por su valor testimonial de una época.

Desde el mar, el paisaje de Barcelona era otro. Y su belleza, hipnotizadora.

Lejos de tierra firme le resultaba una ciudad entrañable, cálida. Le despertaba afecto. Era su escenario vital, como parte de la familia. Y por ello, podía juzgarla con severidad. Y lo que juzgaba es que durante los últimos veinte años había perdido el alma. Seguía el modelo de urbe turística, de ciudad que había renunciado a su identidad a cambio de convertirse en mero destino de tour-operadores. Sus gestores la habían transformado en una gigantesca atracción para visitantes, y el precio del cambio eran los

ciudadanos que, a golpe de excavadora, habían sido desposeídos para construir plazas duras y hoteles de cinco estrellas. De súbito, tuvo la sensación de que no estaba solo. Con el corazón en un puño, percibió cuerpos inertes a su alrededor. Miles de cuerpos. Flotaban junto a él, igual que si estuviera inmerso en un estanque de formol de una morgue decimonónica. Era una masa de víctimas olvidadas.

Nadó furiosamente hasta la orilla. Se vistió a toda prisa y se encaminó al ático. Sacó del congelador la botella de vodka. Iba a echar un trago cuando recordó la amenaza que pendía sobre su cabeza. Vaciló. Los temores pudieron más que la tentación y la devolvió a su sitio. Temblando, fue a darse una ducha para quitarse la sal. Luego, se vistió, recogió la placa, el arma, un libro cualquiera del montón junto a la puerta, y salió del piso.

Circuló por las cada vez más desiertas calles a medida que se alejaba de la playa. Aún no era la hora y aprovechó para atravesar despacio la ciudad, disfrutando de la escasez de tráfico. Subió hasta el mirador y se detuvo para observar el panorama sin bajar del coche. La urbe descansaba con placidez, acurrucada entre el mar y la montaña. De bajada, pensó en acercarse a donde vivía Irene; pero enseguida lo descartó. Aceleró con fuerza. Irene. Solo pensar en ella y se le agriaba el ánimo. Se sumergió en la soledad de las calles.

Pasaban unos minutos de las cinco cuando aparcó en un vado del paseo de Gracia. Descendió del coche con el libro bajo el brazo. Ya faltaba poco para la hora. Se situó en la acera opuesta a La Pedrera y observó el edificio por tercera vez en día y medio. No había ni un alma. Para hacer tiempo, se acercó a uno de los bancos modernistas y abandonó el libro. Luego, hundió las manos en los bolsillos y se dedicó a caminar arriba y abajo por el paseo.

A las cinco y media, se detuvo en el lugar donde el asesino había filmado a su víctima.

Y esperó.

Entonces escuchó el repiqueteo de unas ruedecillas sobre el embaldosado. Volvió el rostro y vio a un indigente de edad indefinida, desaliñado y sucio, que caminaba pesadamente hacia él

arrastrando un carrito de la compra lleno hasta los topes de basura. Vestía una camisa ajada, pantalones que no le llegaban hasta los tobillos, atados con una cuerda a la cintura, y unas sandalias rotas que dejaban a la vista unos pies amoratados. El cabello ralo e hirsuto se erizaba en todas direcciones. Parecía hablar solo.

Al llegar a su altura, Milo detectó un rastro acre de sudor y otro más rancio del humo de picadura de tabaco. Pero por encima de todos, el inconfundible hedor a vino barato.

—¿Has visto mi maleta? —preguntó el hombre de improviso, la voz cascada y ronca—. Yo tenía mi maleta. En mi maleta estaba todo.

Se acercó hasta detenerse ante Milo. Sus ojos tenían la misma impronta que los de su padre: miraban por encima de su hombro, como si observaran algo más allá de él, muy lejos. Reconoció de inmediato aquella mirada desenfocada, sabía lo que significaba. Las fugas momentáneas de la realidad.

—¿Y mi maleta? —insistió—. ¿La has cogido tú?

Aquel hombre tenía una historia. En algún punto de su vida las cosas se le habían torcido, desencadenando una serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta ese estado. Y como en todas las tragedias, uno no se podía sustraer a ellas. Ya no había una ilusión que lo cambiara todo, la vida lo había desbordado, y ahora no significaba nada para nadie. Pero en el pasado sí debió de existir alguien que se preocupara por él. ¿Quién era capaz de prever un guion así? Y no obstante, ocurría. Cada vez más a menudo.

Lo único que poseía hoy era él mismo, pero Milo no creía que le importara demasiado.

—No, yo no he sido —dijo—. Pero sé quién puede haberlo hecho.

Los ojos del sintecho parpadearon, acompañados de un leve estremecimiento. Luego, se clavaron en su rostro con un destello de ansiedad.

—Dime quién me ha robado mi maleta. En mi maleta lo guardaba todo.

Milo contuvo la respiración.

—Fue el tipo vestido de motorista que estuvo plantado aquí hace unos días, ¿lo recuerdas? —dijo. Todos los testigos miraban hacia el fuego. ¿Quién no lo habría hecho? Un indigente, alguien a quien le trajera sin cuidado lo que sucedía a su alrededor porque estaba buscando su maleta. Decidido a aprovechar aquel posible golpe de suerte, procuró no dejar traslucir sus nervios—. Estoy seguro de que fue él.

El hombre se enderezó despacio. Desvió la vista. Pasado un momento, tras asimilar sus palabras, volvió a fijarla encima de su hombro.

—¿Aquel chico? —balbuceó.

—¿Lo viste? —preguntó Milo.

El hombre sacudió la cabeza, los ojos idos.

—No, ese marica no cogió mi maleta.

Milo reprimió las ganas de zarandearlo para que lo soltara todo de una vez.

—¿Cómo sabes que era un marica?

—¡Porque lo era! —gritó, violento—. ¡Era un maricón de mierda que se quedó ahí hasta que vino una furgoneta y se lo llevó!

—Tranquilo, recuperaré tu maleta, te lo prometo. Pero antes, tienes que decirme cómo era su aspecto. Estoy convencido de que fue él. También me robó la mía.

—¿A ti también te ha robado tu maleta? —repitió el hombre, el rostro contraído en una mueca rabiosa—. ¡Ese marica ladrón!

—¿Qué aspecto tenía? ¿Le viste la cara?

—Claro —respondió, súbitamente sereno—. Era guapo, con el pelo rubio rapado. Se subió a la furgoneta blanca y se largó. ¡Pero no se llevó mi maleta! —rugió, la voz estropajosa, recuperando la agresividad. Con la mirada turbia de nuevo, levantó un puño y amenazó al aire—. ¡Mi maleta no se la llevó ningún marica! ¿Fuiste tú?

Milo supo que aquello iba a ser lo máximo que podría obtener de él.

—No, ya te digo que yo no fui.

—En mi maleta estaba todo —salmodió otra vez el hombre.

Bajó la cabeza, agarró el carrito, y reemprendió su camino andando lastimosamente en dirección al mar. De vez en cuando, volvía el rostro y miraba desconfiado a su espalda.

Milo dejó escapar un suspiro. Dio un vistazo al móvil. Marcaba las 5.40 horas.

Ya era el momento.

Se situó donde se había detenido el asesino y trató de relajarse. Necesitaba quedarse en blanco. Vaciarse para poner en práctica su método y sentir como otro. Como un psicópata.

Volvió a fijar la mirada en la Casa Milà. Según las revistas satíricas de la época, un gigantesco aparcamiento para dirigibles. Todo lo diferente, lo nuevo, provocaba resistencia, crítica feroz. Como bautizarla en burla La Pedrera por su aspecto de mole pétrea. Era el precio de la genialidad. No se entendió su revolucionario concepto orgánico y Gaudí fue atacado. El tiempo sería el encargado de poner las cosas en su sitio: los memos y sus críticas, al cajón del olvido, y el maestro arquitecto a la memoria colectiva y la veneración de generaciones posteriores. Veneración, memoria colectiva. El genio incomprendido.

Cerró los ojos y trató de ponerse en la piel del asesino, ser él. Visualizar la escena.

El hombre ya está envuelto en llamas. Se merece arder en el infierno. Ahora debo filmarlo. Me sitúo aquí, enfoco y lo grabo. Su cuerpo es pasto del fuego. Ya tiene su castigo. El espectáculo me reconforta. Su dolor es ahora mi recompensa. Quiero que sufra lo indecible, pero no basta.

—No tengo suficiente —murmuró, apretando los párpados—. ¿Qué más quiero?

Necesito dar un escarmiento, completar mi venganza.

—¿A quién? ¿Por qué?

Mi odio requiere más daño. Otra víctima. Causar un dolor superior. Humillar.

—Pero ¿por qué este edificio?

Quiero mancillar al genio, la memoria colectiva. Manchar la imagen de la ciudad. Marcarla a fuego para siempre. Para que nunca olvide. La odio. Y voy a darle una lección.

—¿La ciudad es tu víctima, tu objetivo? —farfulló, abriendo los ojos.

Perplejo, sacudió la cabeza cuando sonó el móvil.

—Soy Susana. Ha desaparecido otro hombre camino de su casa, igual que el anterior.

5

El rostro moribundo, desencajado; la piel macilenta. El horror en los ojos. Y en la comisura de los labios resecos, estriados, se acumulaban gruesas boqueras blanquecinas. En un gesto de desesperación, empujado por la extrema sed, la víctima extraía la lengua para intentar atrapar unas gotas del líquido que chorreaba por su cara. Acto seguido, su mueca de repulsión al notar el sabor a gasolina. Y un par de segundos después, cuando su cerebro abotargado lograba relacionar aquel regusto con el hecho que se iba a producir a continuación, dilataba los ojos de puro pánico. Milo pudo observar con claridad el momento en que realizó la sinapsis. El instante exacto en que comprendió que iba a morir devorado por el fuego. Al averiguar el destino que le aguardaba, todo su rostro se contrajo en una mueca de terror sin límites.

Era la primera imagen del vídeo que filmó el asesino: un primer plano de su víctima.

Detuvo la grabación. Asqueado, impulsó la silla con ruedas para atrás y se alejó del monitor. Ya tenía bastante. Se incorporó y dio unos pasos por la sala de visionado.

Tras recibir la llamada de la jueza Cabot, decidió acudir a comisaría. Condujo sumido en un mar de interrogantes. ¿Otro desaparecido significaba que su teoría era acertada? ¿Se hallaban efectivamente ante un asesino en serie? ¿Tendría relación con Eduard Pinto? Amanecía cuando entró en la oficina. Cruzó unos saludos con los pocos miembros del GEHME que estaban en sus mesas, deambuló como un fantasma sin saber qué hacer, y por último se dirigió a la sala de descanso en busca de un café bien cargado. Después de beber un par de tazas, cogió de la despensa varias barritas de cereales con chocolate y fue a la sala de visionado. Antes de que estallara la conmoción en la Central por la

noticia quería ver la grabación que el asesino había colgado en internet. Intuía que la jornada iba a ser intensa.

La película era en color, rodada con una cámara digital de alta definición. Se podían observar con nitidez los más mínimos detalles. Sin embargo, no contenía marcadores de fecha y hora, y Milo se había visto obligado a calcular los minutos con la grabación de las cámaras de videovigilancia. La dura imagen del primer plano correspondía a las 5.42 horas, cuando el asesino les daba la espalda y se entretenía unos instantes con la víctima. ¿Le había dirigido unas palabras? ¿Se había regodeado en su sufrimiento avisándole de lo que le iba a ocurrir? ¿Le había soltado un último mensaje?

Por su perfil, Milo estaba convencido de que el asesino no desaprovecharía una ocasión como aquella para infligirle una nueva tortura. Además, el hecho de haberlo filmado sin sonido le reafirmaba en su convicción. Era un asunto privado entre él y su víctima, y no quería testigos de la posible conversación.

Regresó con rapidez al monitor. Hizo retroceder unos segundos la película. La detuvo en el momento preciso en que Eduard Pinto comprendía que iba a morir. Su rostro mostraba un abrumador espanto. Y algo más. Pasó la filmación despacio, adelante y atrás. La víctima desorbitaba los ojos de pánico; pero tras una breve pausa, casi indetectable, contraía su rostro en una expresión de espanto aún mayor. Parecía un detalle insignificante, pero ahí estaba. Era un lapso de tiempo ínfimo, lo justo para oír una frase corta de su verdugo. Y los ojos de la víctima reflejaban un súbito... reconocimiento.

—El asesino se identificó —dijo en voz alta sin darse cuenta.

Después de tenerlo cautivo cinco días, sin proporcionarle comida ni bebida, aprovechó el último momento para decirle quién era. Y su nombre le provocó un terror absoluto.

Confuso, se reclinó en la silla y dejó avanzar la filmación. Si estaba en lo cierto, no alcanzaba a comprender por qué el asesino mantuvo en secreto su identidad durante ese periodo de cinco días. Le resultaba extraño, desconcertante. Mientras cavilaba al respecto, observó el siguiente plano del vídeo. Situado ya en la esquina

opuesta, frente a La Pedrera, el asesino filmaba la agonía y muerte de Eduard Pinto desde la distancia. Calculó que ese plano correspondía a las 5.45 horas, un minuto después de salir a la carrera tras abandonar el chaflán de la Casa Milà y a su víctima ardiendo.

Perfectamente encuadrado, el cuerpo aparecía envuelto en llamas. El lacerante dolor mordiendo cada célula de su ser. Las ramas de unos árboles tapaban en parte la visión de la antorcha humana. Sus convulsiones. Entonces, con sádica lentitud, perdiendo definición a medida que se acercaba, el objetivo de la cámara se aproximaba para mostrar, en un cruel plano corto, su boca desgarrada por un grito mudo. La carne de sus mejillas empezando a derretirse por el avance del fuego. Poco después, a las 5.47 horas, el objetivo se alejaba de nuevo para, en un plano medio, enfocar las sacudidas cada vez más pausadas mientras el fuego se mantenía constante. Eduard Pinto dejaba de agitarse a las 5.49 horas. Inmóvil, las lenguas de fuego asomaban por su torso y piernas. A continuación, en un largo plano general, la cámara mostraba una imagen todavía más impactante: mientras el cuerpo pendía calcinado, una llama cimbreaba sobre su cabeza como un fuego fatuo; y detrás, como insólito cadalso, el majestuoso edificio de La Pedrera con su fachada ondulante. La imagen, sumada al estremecedor silencio, provocaba una mezcla de atracción y repulsión en el espectador.

Sobrecogido por la plástica del plano, Milo apenas prestó atención cuando la película recogía la llegada de los bomberos a las 6.02 horas y cómo se afanaban en apagar los últimos rescoldos del fuego. La grabación finalizaba un minuto después.

Apagó el monitor. Y al aparecer su reflejo en la pantalla, se echó de golpe para atrás, impresionado. Era el rostro de alguien que había visto de cerca el infierno.

Pasaban veinte minutos de las ocho de la mañana cuando Rebeca llegó a la comisaría con la extraña sensación de que aquel viernes se iban a precipitar los acontecimientos. Inquieta, se sentó a su

mesa y observó el despacho del inspector jefe Singla a través de las cortinillas abiertas. Caminaba de un lado para otro con el teléfono pegado a la oreja, gesticulando sin parar. Lo vio colgar con ademán acalorado y efectuar una nueva llamada. Más allá, sentado en una de las sillas, el inspector Bruno Bachs también hablaba por el móvil. A diferencia de Singla, mantenía una expresión serena, pero la tensión se reflejaba en el constante repiqueteo de su mano izquierda sobre la mesa.

Uno de los sargentos de guardia que abandonaba la oficina pasó por su lado.

—¿Sabes qué se está cociendo? —Rebeca señaló el despacho con la barbilla.

—¿No te has enterado? Anoche desapareció otro hombre y esta mañana pintan bastos. El comisario jefe ha ordenado reunión urgente y todo el mundo anda revolucionado. Ya sabes cómo se las gasta cuando aprieta el botón de alarma. Yo ahora acabo el servicio y no te imaginas cómo me alegro de marcharme a casa.

—¿Hay noticias del inspector Malart?

—Está encerrado en la sala de visionado. Ha venido pasadas las seis con cara de haber visto un espectro, pálido como el papel. Paseaba entre las mesas igual que un alma en pena, hablando solo. Es un tipo la hostia de raro.

—¿Has averiguado por casualidad a qué hora es la reunión?

—¿No te han convocado? —dijo el sargento, sorprendido—. Tú estás en el caso, ¿no?

—¿La sabes sí o no? —insistió ella, impaciente.

—A las nueve, en la sala de revista. Y van a acudir todos.

Se levantó en el acto y fue con rapidez a la sala de visionado. Se encontró un cuadro deprimente. Medio echado en la silla, y con las piernas apoyadas en la mesa, Milo dormía como un tronco abrazado a sí mismo, la cabeza sobre el pecho, soltando algún ronquido que otro. Cerca de la pantalla, una taza de café volcada y tres barritas de cereales sin abrir. Y por toda la estancia, el desagradable olor a cerrado más un penetrante tufo a sudor.

Cruzó la sala, abrió una ventana y se acercó a despertarlo. Alargó una mano, pero la detuvo en el aire. Su rostro mostraba los

estragos del cansancio. Ojeras de profundo color morado, la piel ajada con barba de varios días, la boca semiabierta en un rictus desmayado.

Abrió los ojos de repente y Rebeca pegó un salto.

—No encaja —murmuró, la voz pegajosa—, no encaja.

Con la mirada ausente, a medio camino entre la vigilia y el sueño, la contempló sin reconocerla, desorientado. Era la imagen del desvalimiento. De pronto, descruzó los brazos, bajó las piernas al suelo y se enderezó en la silla.

—¿Qué haces aquí?

—Eso digo yo, ¿cómo es que estabas durmiendo en la sala de visionado?

—¿Sala de visionado? ¿Qué sala de...? —balbució, mirando en derredor.

—Inspector Malart, estás en la comisaría.

Milo se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Sacudió la cabeza un par de veces. Volvió a enfocar a la subinspectora y vio que vestía vaqueros azul oscuro y una camiseta gris con las letras NYPD estampadas. El pecho. Azorado, levantó la vista de inmediato.

—Bonita colección de camisetas —dijo.

—En cambio tú das asco. Llevas toda la ropa arrugada y hueles que apestas, por no decir nada de la barba de indigente que traes y de ese pelo que pide a gritos un buen lavado. Tienes el tiempo justo para mejorar algo tu aspecto antes de que empiece la reunión.

—¿Qué reunión?

—¿A ti tampoco te han convocado? Es dentro de unos minutos, a las nueve.

Se incorporó de golpe. Un súbito mareo le sobrevino y tuvo que volver a sentarse. Con la cabeza dando vueltas, vio a Rebeca abandonar la sala. Agarró una de las barritas. Mientras le quitaba el envoltorio, hizo rodar la silla hasta la ventana. Observó la calle dando bocados. El sol ya proyectaba su potencia abrasadora, enturbiando la luz con la bochornosa atmósfera. Oyó que se aproximaba una sirena. Al poco, vio a una ambulancia zigzaguear

entre el tráfico.

Rebeca entró de nuevo. Dejó un café y un zumo sobre la mesa.

—Te lo aviso, es la última vez que te hago de camarera. Que te quede claro. La última.

Milo le pidió que le hablara de la reunión.

—Anoche desapareció otro hombre camino de su casa y Bastos ha ordenado una reunión urgente. Según me acabo de enterar, van a acudir todos, pero no sé quiénes exactamente. Nosotros, desde luego, no. ¿Tú estabas al corriente de la nueva desaparición?

—Esta madrugada me ha llamado la jueza Cabot para comunicármelo.

—¿Y no podrías haber hecho lo mismo conmigo? Soy tu compañera, ¿recuerdas?

—¿A qué teléfono? —se defendió él—. Estaba en la calle y no sé tu móvil ni si tienes fijo. Y ya en comisaría, sí, podría haberlo averiguado y llamarte, pero estaba tan perplejo por los últimos sucesos que solo he pensado en ver la filmación del asesino.

—¿A qué últimos sucesos te refieres?

Abrió el botellín de zumo y lo apuró de un par de tragos.

—Te lo cuento luego. Debo darme prisa para no llegar tarde otra vez.

—¿Piensas ir a la reunión sin que te hayan convocado?

Bebió un largo sorbo de café y desenvolvió otra barrita de cereales.

—Estoy en el caso, tengo novedades, y debo estar presente. —Dio un mordisco—. Es cosa de Singla, seguro. Su memoria es muy selectiva. Ah, y tú me vas a acompañar.

—¿Estás seguro? —preguntó, dubitativa—. Yo no quiero problemas.

—Pues te quedas en casa y te pierdes la diversión. Tú decides. Lo tomas o lo dejas.

Rebeca no se lo pensó dos veces.

—Pásame el móvil —dijo. Extendió la mano y él se lo entregó —. Mientras vas a los vestuarios, introduciré mis teléfonos en tu

agenda. Así ya no podrás utilizar la misma excusa.

Milo apuró el café, agarró la última barrita de cereales, y se dispuso a salir de la sala.

—Mientras esperas, ¿por qué no imprimes las fotos que sacaste ayer?

—Ya lo hice anoche, las tengo en el dosier. Y también algunos fotogramas de la filmación de las cámaras de vigilancia, los más reveladores. Está todo preparado.

Rebeca lo observó salir con prisas. ¿Diversión? Arqueó las cejas con desconcierto.

En las oficinas del GEHME se asistía a un tráfico inusual de gente que iba de aquí para allá. La mayoría portaban papeles bajo el brazo, imprimían una desacostumbrada aceleración a sus pasos, y gesticulaban de forma tensa. Con nerviosismo creciente, Rebeca contemplaba aquel despliegue de frenética actividad desde su mesa. Sin dejar de controlar su reloj de forma sistemática cada dos minutos, se preguntaba dónde diablos se encontraba el inspector Malart.

—¿Preparada? —dijo Milo, surgiendo a su espalda.

Sus mejillas seguían sin afeitar, lucía el cabello húmedo y despeinado, pero se había dado una ducha, cambiado de camisa, y adecentado un poco.

—Llegamos tarde —refunfuñó Rebeca.

—Dime algo que no sepa. ¿Tienes ya el dosier preparado?

Ella resopló de impaciencia y caminaron hacia la sala de revista. Al llegar a la puerta, Milo se detuvo, tomó aire, y la abrió directamente, sin llamar.

—Señores, disculpen el retraso —dijo. Se apartó lo justo para que la subinspectora Mercader accediera a la sala—. Dificultades de última hora.

La estancia era grande, rectangular. Había repartidas una veintena de sillas, de las cuales más de la mitad se hallaban orientadas en semicírculo hacia el frente, presidido por un atril delante de una pizarra magnética que cubría la pared. Una docena

de rostros se volvieron en su dirección. Milo distinguió a la jueza Cabot, sentada en el centro, junto a un hombre a quien no conocía. Aspecto atildado, traje de color crema, gafas de gruesa montura negra, y abultadas bolsas bajo unos ojos como ranuras, estrechos y achinados. Su mirada altiva evidenciaba el desagrado por la interrupción. En uno de los extremos, Singla se removía en su asiento. Y ocupando el resto de sillas, los inspectores Bruno Bachs y su compañero Víctor Sena, y Tomás Rojo y Arturo Cervera, los encargados de investigar la vida de Eduard Pinto. También estaban presentes dos hombres de Patrimonio y Fraude, cuyos nombres ignoraba pese haberse cruzado varias veces con ellos por los pasillos, y otros dos más que supuso que pertenecían al Departamento de Personas Desaparecidas. Por último, de pie ante el atril, se encontraba Bastos, quien permanecía observándolos con fijeza y rostro inexpresivo.

—Si hacen el favor de acomodarse —dijo—, seguiremos con la reunión.

—Comisario jefe —intervino Singla—, el inspector Malart y la subinspectora Mercader no han sido convocados. Se han incorporado a la investigación hace un día escaso.

—Tiene razón, solo somos un recurso de última hora —dijo Milo, avanzando resuelto. Tras él, Rebeca hizo otro tanto—. Y en efecto, no hemos sido avisados, pero todo se debe a un malentendido. Debido a las numerosas preocupaciones del inspector jefe Singla, se le ha pasado por alto nuestra convocatoria. Un error, sin duda, puesto que traemos relevantes novedades que podrían cambiar el enfoque del caso.

Se hizo un embarazoso silencio mientras Bastos miraba a ambos de forma alternativa.

—Yo no sé a ustedes —dijo la jueza Cabot, con adusta expresión de seriedad—, pero a mí me gustaría escuchar lo que el inspector Malart dice que han averiguado.

—No se hable más —zanjó Bastos—, ocupen unos asientos y continuemos de una vez.

Milo cogió dos sillas y las situó fuera del semicírculo, detrás de la jueza y el hombre del traje color crema. Se sentaron. Rebeca

sujetó con fuerza la carpeta sobre sus piernas.

—Como estaba diciendo —prosiguió el comisario jefe—, quiero agradecer a la jueza Susana Cabot, así como al fiscal anticorrupción Màrius Fuster, que hayan tenido la deferencia de acudir a la comisaría con tal de facilitar este encuentro de urgencia.

—Dada la gravedad de lo sucedido —interrumpió el fiscal Fuster—, dejemos los agradecimientos y vayamos al asunto. Era más sencillo que nos desplazáramos dos personas que todos ustedes a la Ciudad de la Justicia. Por favor, avancemos con los hechos.

—Los hechos, muy bien. Anoche desapareció otro hombre en circunstancias muy similares a las del malogrado Eduard Pinto. Se trata de Félix Torrens, presidente del Círculo Gaudí, miembro del Consejo de la Fundación Catalana y de una conocida familia de la alta burguesía. Debido a su posición, y a la importancia de su entorno, su desaparición o secuestro supone un escándalo de proporciones inimaginables que debe ser tratado con suma delicadeza y de forma prioritaria. No hace falta que les diga que la presión de las fuerzas políticas y los medios va a ser mayúscula. Jefe Sonseca, su turno —dijo, tomando asiento junto al atril.

Mateo Sonseca, inspector jefe de Personas Desaparecidas, consultó un bloc de notas.

—El hecho ocurrió pasadas las 21 horas, no podemos precisar más —dijo—. Hacia las 20.50 horas, el señor Torrens salió de su despacho, sito en el Palau Güell, en la calle Nou de la Rambla números 3 y 5, y se dirigió a su domicilio. Según su secretaria, Gemma Valdecasas, acababa de mantener una reunión de cuentas con el patronato de la entidad y llevaba un maletín. Nada más abandonar el edificio, y como testimonian sus cámaras de vigilancia, se encaminó al aparcamiento situado en la misma calle, a pocos metros, que la fundación comparte con el hotel Gaudí, ubicado enfrente. Las cámaras del parking son solo disuasorias y no recogieron ninguna imagen. Sabemos, por el vigilante, que se subió a su vehículo, un Jaguar XJ de color azul metalizado, y salió del garaje sin problemas. A partir de aquí, el señor Torrens desactivó el navegador de a bordo. Condujo hacia su casa y se

desvió en la zona universitaria para subir a la parte alta de la ciudad. Sabemos esta parte del recorrido tras haber triangulado su posición gracias a la última llamada que recibió en el móvil. Luego, se introdujo en el laberinto de calles estrechas de la zona, y en una de ellas es donde suponemos que fue abordado y neutralizado por alguien que se escondía en el asiento posterior. Su mujer dio la señal de alarma pasadas las once de la noche. Después de varias llamadas infructuosas, comenzó a preocuparse y llamó a emergencias. Encontramos el vehículo cerrado y vacío, perfectamente aparcado en la calle Can Falgàs, en un tramo que no dispone de cámaras de vigilancia. Los de la Científica no han encontrado huellas ni rastros. Ni en el asiento trasero ni en las manetas de las puertas. Es todo lo que tenemos de momento.

—¿Se ha recibido alguna petición de rescate? —preguntó el inspector Rojo.

—No, pero es demasiado pronto. Debido a ello, aún no podemos descartar que se trate de un secuestro y por eso mantenemos el dispositivo habitual para interceptar la llamada.

—¿Hay testigos?

El inspector jefe Sonseca negó con la cabeza.

—¿Y cuál es vuestra hipótesis sobre lo que ocurrió? —quiso saber Sena.

El inspector Sergi Cruz, el otro miembro de Personas Desaparecidas, carraspeó.

—Creemos que el sujeto pudo entrar en el coche de la víctima tras copiar la frecuencia del mecanismo de apertura —dijo—. Estos vehículos de lujo poseen lo que se llama una llave inteligente, que abre y cierra las puertas, y bloquea el arranque del motor. Pero nuestro individuo solo pretendía acceder a su interior, no robar el coche. Para copiarla, tendría que haber estado cerca de él con anterioridad al objeto de captarla y luego reproducirla; no es difícil de hacer si se tienen los medios adecuados. Suponemos que se introdujo en el vehículo en el parking de Nou de la Rambla. Está mal iluminado y el vigilante es mayor, se le acumula el trabajo y no siempre está en su garita, y las cámaras son de pega; cualquiera con capacidad de observación se daría cuenta de ese detalle. Lo

abre, se mete en el asiento trasero, y lo cierra. Cuestión de segundos. Aguarda a que su víctima se suba. Y cuando sucede, se limita a esperar en silencio, inmóvil, hasta llegar al sitio idóneo para neutralizarlo. Un lugar tranquilo y solitario, cerca del domicilio de la víctima, sin cámaras, y donde menor sea la posibilidad de que haya testigos. Lo tiene todo calculado. Entonces lo aborda. Hay dos opciones: o bien lo neutraliza allí mismo, y pasa a ocupar el asiento del conductor, exponiéndose a sufrir un accidente, o bien lo amenaza con un arma, le obliga a circular hasta la calle Can Falgàs y, antes o después de aparcar, lo neutraliza. Nos decantamos por esta última. Es la más plausible.

—¿Y cómo lo noquea?

—Lo ignoramos, pero lo más probable es con una descarga de una Taser, un arma de electrochoque que se puede conseguir en el mercado negro o por internet, o bien con una inyección de alguna sustancia anestésica, hipnótica o estupefaciente. En una dosis de alta concentración sus efectos pueden ser fulminantes. Son fáciles de adquirir en la calle.

—Y una vez neutralizado —prosiguió Sonseca—, se baja del coche, aproxima su propio vehículo, que ha aparcado previamente en la misma calle, y traslada el cuerpo. Luego, limpia sus huellas, se lleva el maletín y cierra el coche. En un abrir y cerrar de ojos termina la operación de secuestro, y se larga de allí sin apresurarse para no llamar la atención.

—Este tipo es como un fantasma —resumió el inspector Cruz —. Silencioso, con gran sangre fría, nervios de acero, escurridizo y limpio en todos sus pasos. Planifica con tiempo, sigue a su víctima, prepara sus acciones al detalle, y las lleva a cabo con suma eficacia. No se detiene ante las dificultades y se las ingenia para superarlas con éxito. Y por ahora, no podemos hacer nada para identificarlo. Es invisible.

—Características que coinciden con nuestro asesino —señaló Milo.

—Sí, el método es muy parecido, idéntico, al de Eduard Pinto —admitió Sena.

—No nos precipitemos en sacar conclusiones —dijo Singla.

—Un momento. Has dicho que se llevó el maletín, ¿no es eso? —preguntó Rojo.

—Es lo que se deduce —contestó Sonseca—. Félix Torrens salió con él de su despacho en el Palau Güell, y en su coche no lo hemos encontrado.

—¿Y sabéis qué contenía?

—No —dijo. Lanzó una mirada a Màrius Fuster. El fiscal se removió inquieto—. Pueden ser documentos, papeles confidenciales del Círculo Gaudí...

—O dinero —apuntó Rojo.

El inspector jefe de Personas Desaparecidas se encogió de hombros y guardó silencio.

—A ese tipo le ha tocado el gordo —dijo Cervera—. Se lleva a un ricachón para pedir una pasta por él, y un maletín cargado de billetes. ¡Tiene una suerte del carajo!

—Cervera —amonestó Singla—, no estamos aquí para soltar gilipolleces.

—Pues yo coincido con él —intervino Milo—. En mi opinión, aunque dudo que se trate de un secuestro, sí está claro como el agua que el maletín estaba repleto de dinero.

—¿Y en qué te basas? ¿Tienes alguna prueba?

—Sí, y está aquí. —Señaló con las manos la cabeza del hombre sentado delante—. De no contener pasta, mucha pasta, ¿por qué habría acudido a la reunión el fiscal anticorrupción?

Màrius Fuster se volvió. Despedía chispas por los ojos. Lo miró con severidad. Milo alargó una mano que el hombre del traje color crema estrechó de forma instintiva.

—Soy el inspector Malart, Milo Malart.

Se produjo un tenso silencio. La atención se desvió hacia el fiscal.

Fuster se aclaró la garganta.

—Bien, señores, quizás ha llegado mi turno de tomar la palabra —dijo—. Tal vez no nos encontremos ante un secuestro, sino ante una fuga.

Encendió el televisor de la sala de abajo y conectó Telecinco. El rostro familiar de Julia Valle apareció en la pantalla de cincuenta y cinco pulgadas, un espectacular LG ultramoderno. Desconectó el sonido. No soportaba la voz de aquella mujer. Se creía el no va más y solo era una analfabeta con el encanto y atractivo de una vendedora de mercado. A su juicio, ahí radicaba el porqué de su éxito en la franja horaria matinal: la mayor parte de la audiencia estaba compuesta por gente de la tercera edad y amas de casa.

Echó un vistazo a su reloj de muñeca. Marcaba las 9.40. En unos minutos se produciría el corte para la publicidad. Impaciente, Mauricio Navarro desvió la mirada hacia más allá de los amplios ventanales de la terraza inferior del ático dúplex.

Su vida se aproximaba mucho a lo que siempre había soñado. Estaba en la cima de su carrera, gozaba de una popularidad nada desdeñable, y a sus cuarenta y seis años podía afirmar que había alcanzado un éxito rotundo, algo que no presagiaban sus duros comienzos. De gacetillero a una radio local de Barcelona, donde descubrió que la crónica negra era lo que realmente despertaba el interés del gran público, y de ahí a una emisora de alcance nacional. Fue entonces cuando aprendió a relacionarse con policías, a sonsacarles información, su habilidad más preciada, y a saber adornar los datos, medias verdades e indicios con su verbo elocuente. A la hora de enfocar sus crónicas seguía un esquema muy simple: informaba de lo que oía y sabía; y lo que ignoraba, lo falseaba por medio de la ambigüedad teniendo siempre como objetivo alcanzar la máxima repercusión. Todo por la audiencia. Y funcionó. Por ende, tuvo la fortuna de coincidir con los crímenes cometidos en Barcelona por el apodado Asesino del Parking, y ese golpe de suerte lo catapultó a la fama. Su voz, no en exceso bien timbrada, era seguida a través de las ondas por una fiel masa de oyentes ansiosa de escucharlo desgranar las teorías más peregrinas. «Según fuentes bien informadas» solía ser su latiguillo de inicio, y luego desarrollaba lo que los medios policiales consideraban deformación de la realidad e intoxicación informativa. Al carecer de escrúpulos, le dieron igual aquellas críticas. Obsesionado por los *shares*, pronto recibió la tan esperada llamada de la televisión. Y no

fue una, sino dos. En un nuevo golpe de suerte, tuvo la fortuna de que fueran dos cadenas, Antena 3 y Telecinco, las que se interesaran al mismo tiempo por sus crónicas. En la subasta que se produjo para contar con su colaboración, las cifras se elevaron hasta la locura. Telecinco fue la que se llevó el gato al agua, en concreto gracias a la insistencia de su presentadora estrella, Julia Valle, el fenómeno televisivo del momento, y al hecho de encabezar el *share* del país en la franja horaria matinal con su programa diario *Las mañanas de Julia*.

La vida de Navarro cambió por completo. Su primera decisión fue divorciarse, aceptando pasar a su ex una más que generosa pensión mensual para ella y sus dos hijos, así como la propiedad del piso de Aribau con tal de acelerar los trámites. Una vez sin ataduras, contrató una hipoteca en plena burbuja inmobiliaria para comprar un lujoso ático dúplex en Tres Torres, un exclusivo barrio de la zona alta. Luego, se trasladó a Madrid, donde alquiló un apartamento en la calle Velázquez, y se dispuso a empezar su nuevo reto laboral en Telecinco dos días a la semana, los martes y jueves, al frente de una sección que tituló «Crónica en negro». De nuevo, volvió a ser agraciado por la diosa Fortuna. Nada más comenzar, se dispararon en la actualidad nacional los sucesos relacionados con la llamada «violencia de género», una triste realidad en auge que le supuso grandes réditos en audiencia así como material fresco para elaborar sus crónicas efectistas. Ni siquiera el hecho de que una de las mujeres a las que entrevistó —para sacarle jugo a su terror con motivo de haber denunciado a su marido por malos tratos— fuera días después degollada por su vengativo cónyuge, fue motivo suficiente para obstaculizar su camino al éxito. Al contrario, le supuso un nuevo récord en los *shares* y el reconocimiento de los jefes de la cadena, quienes le aseguraron que la denuncia interpuesta contra él por la Oficina del Defensor del Telespectador no progresaría, como así ocurrió.

A caballo entre dos ciudades, residía en Barcelona y las tardes de los lunes y miércoles se trasladaba a Madrid para poder levantarse temprano los días de programa y poder departir con los redactores y Roberto Alcázar, el director. Su perilla de pelo blanco,

su ondulado cabello negro, su forma de entornar los ojos cuando sugería los verdaderos motivos «según fuentes bien informadas» del móvil del crimen, y su buena planta, que destacaba cada vez que andaba con paso calculado al milímetro por el plató, pronto le granjearon, además del premio de la audiencia, cierto salvoconducto para derribar las reticencias de algunos policías a la hora de filtrarle informaciones declaradas bajo secreto de sumario por el juez instructor.

Últimamente, sin embargo, unos pequeños nubarrones ensombrecían su panorama profesional. La audiencia, tan veleidosa, había empezado a dar la espalda a Julia Valle; y con ella, a todo el programa, incluidas las secciones. Y cuando una presentadora estrella veía amenazada su posición de fenómeno televisivo, la culpa era desviada, sin contemplaciones, hacia alguno de sus colaboradores. En ese caprichoso reparto de responsabilidades, muy similar a la ruleta rusa, Navarro sabía que le podía tocar la bala letal. Y era algo que ahora, agobiado por la abusiva hipoteca que contrató cuando las vacas gordas, con la obligación ineludible de pasar la abultada pensión mensual a su ex, no se podía permitir.

Con un suspiro, observó el cielo despejado. Sobre el mar que se vislumbraba a lo lejos resplandecían los rayos del sol. Hoy iba a ser tan sofocante como el resto de la semana. Inaguantable. Él prefería el clima de Madrid, más seco, sin aquella insana humedad de las ciudades cercanas a la costa que le resultaba tan insufrible. De soslayo, distinguió que por fin daban paso al corte publicitario y se apresuró a llamar a Roberto Alcázar.

Solo contaba con cuatro minutos para hablar con el director de *Las mañanas de Julia*.

—Roberto, soy yo —dijo, sin mostrar ansiedad—. Hace varios días que noto que el equipo está muy tenso. No sé si se debe a que no estáis satisfechos con mi sección o que yo...

—Mauricio, es Julia, ya la conoces —interrumpió Roberto—. Está en plena caza de brujas y eso nos trastorna a todos. Yo no me preocuparía.

—No, si no estoy preocupado —repuso, pensando a toda

velocidad.

—Una cosa es cierta. En los últimos programas te ha faltado *punch*, como si hubieras perdido tu olfato de depredador. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente, Roberto. Por eso te llamo. Verás, he pensado que...

—Ya no eres el de antes —prosiguió el director del programa —, tu sección ahora es anodina. Por ejemplo la de ayer; en vez de negra, fue aburrida, gris. Y ya sabes lo que opina Julia. Quiere carne, y cuanto más cruda, mejor. Antena 3 ya te ha pisado varios reportajes mientras tú solo hablas de putas, y para eso ya está Cuatro. Tienes que subir el volumen, los negros y rojos. Yo solo soy el mensajero, pero la audiencia es la audiencia.

—Lo sé, de ahí que te llame para decirte que...

—Julia todavía no habla de sustituto, pero yo me pondría las pilas.

—Tengo entre manos algo explosivo —dijo, de corrido—. Hará temblar la cadena.

—Te escucho.

—Es morboso —improvisó—, brutal. Estremecerá al país entero. Díselo a Julia.

—Dame un aperitivo. No le puedo ir con el cuento si no me das algo.

—Tiene que ver con el tipo que frieron en un edificio de Gaudí. La verdad sobre el caso. Tengo una garganta profunda de puta madre, en primera línea. No te lo he dicho antes porque estoy esperando a contrastar la info...

—¿Contrastar? ¡De qué vas! Mueve el culo con esa crónica. Te va la cabeza y el martes se dicta sentencia.

—Va a costar pasta, mucha pasta. Pero la fuente lo vale, ya te digo.

—¿Desde cuándo la pasta es un problema? ¡Joder, tú mismo!

—Es lo que quería oír. El martes vais a alucinar. Es material de primera, una bomba.

—Se lo diré a Julia —aseguró—. Nos vemos el martes. Pero recuerda, necesitamos, necesitas, una buena crónica. Mucho negro

y mucho rojo. ¿Contrastar? ¡Tendrás guasa!

—Descuida. Tú díselo a Julia y ya veréis, no os...

El director del programa cortó la comunicación.

Navarro dejó el teléfono sobre la barroca mesilla de centro. Le temblaba la mano. En el televisor, volvió a aparecer el rostro sonriente de Julia Valle.

—Hija de perra.

Lo apagó con rabia y lanzó el mando contra uno de los sofás de diseño. Echó a andar por la sala, furioso. Le urgía contactar con su fuente del pasado, la que fue clave para proporcionarle el salto definitivo cuando lo del Asesino del Parking. En aquella ocasión, hacía dos años, las cosas vinieron rodadas. Le filtró datos esenciales y todo transcurrió como una seda. A excepción de un pequeño detalle. Se produjo un nuevo crimen y otra mujer acabó muerta en un lúgubre aparcamiento, estrangulada con una bolsa de basura, el método habitual del psicópata. Según las fuerzas de la investigación, con su crónica alentó al asesino y este se vio impelido a actuar. Pero no fue culpa suya, la información es libre, y la responsabilidad era de los medios policiales. Él solo se limitó a avanzarse a los demás. El problema fue que, con el escándalo que se armó, la fuente acabó quemada; aunque no descubierta. Y sin un testigo contra él, salió bien librado del atolladero, sin cargos. La suerte, la buena fortuna que siempre parecía acompañarlo, lo volvió a proteger de nuevo. El asunto fue soterrado para guardar las apariencias y, por la cuenta que les trajo, el Departamento de Relaciones con los Medios de los Mossos d'Esquadra no dio ninguna publicidad. Sin embargo, la noticia recorrió los mentideros de la ciudad y él tuvo que presentarse ante el juez acompañado por un abogado para recibir una amonestación y una seria advertencia. Pero todo quedó ahí. En palabras, solo palabras. Él representaba la libertad de expresión, y era intocable.

Pero eso ya era historia vieja. Ahora había mucho en juego, mucho dinero, y él sabía que su confidente tenía un precio. Y si no, disponía de uno nuevo. Ya había hecho un primer acercamiento. Navarro tenía la absoluta certeza de que si la oferta era lo bastante jugosa, su fuente alternativa del GEHME bailaría en la palma de su

mano. Como una marioneta.

Se paró en seco y cogió la BlackBerry. Empezó a buscar en su agenda de contactos.

—¿Una fuga? —se extrañó el inspector Rojo—. ¿Podría usted explicarse, fiscal Fuster?

El fiscal anticorrupción se llevó una mano a las gafas y las recolocó con esmerado detenimiento. Luego, sin poder disimular su arrogancia, cambió de postura en la silla.

—En estos momentos —dijo— valoramos la posibilidad de que el señor Torrens no haya sido víctima de un secuestro, tal y como parecen indicar las similitudes con la anterior desaparición del señor Pinto, sino la de que en realidad haya huido. Es lo que nos tememos.

—¿Y sus temores se basan en algo concreto? —preguntó Milo, a su espalda.

—Verán —dijo, sin volverse—, se ha producido una insólita coincidencia, por no decir una sospechosa casualidad. Hace mes y medio recibimos en la fiscalía una llamada anónima denunciando graves irregularidades en la gestión financiera del Círculo Gaudí, que, como saben, es una fundación sin ánimo de lucro. Desde entonces venimos trabajando en el asunto y todo señala a que se han cometido varios delitos económicos. Fraude, malversación de fondos, tráfico de influencias, doble contabilidad, apropiación indebida... En resumen, todo un muestrario de corrupción financiera a gran escala, un auténtico saqueo. Según nuestros cálculos, estaríamos hablando de cifras millonarias. Y todavía no hemos ni empezado a tirar del hilo. Pues bien, justo esta mañana, a primera hora, un equipo de agentes comandados por el inspector jefe Daniel Obispo y el inspector Rubén Cano, aquí presentes, del Departamento de Patrimonio y Fraude, y conmigo al frente como responsable de la fiscalía, teníamos previsto entrar en las oficinas de la entidad para proceder a la incautación de documentos y material informático para someterlos posteriormente a un riguroso análisis. Sin embargo, para nuestra incredulidad, anoche fuimos

informados de la *oportuna* desaparición del señor Félix Torrens, el principal sospechoso de organizar y llevar a cabo dichos delitos financieros. Como ya se pueden suponer, hemos precintado el edificio, a fin de asegurar la integridad de las pruebas, pero suspendido el resto de la operación a la espera de nuevas instrucciones. En opinión de la fiscalía, es preferible primero aclarar las circunstancias del extraño suceso en que se ha visto envuelto el señor Torrens. De ahí mi presencia aquí.

Rebeca y Milo intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Iban ustedes detrás del presidente del Círculo Gaudí?

—En efecto, inspector jefe Singla. Tenemos fundadas sospechas de que es el responsable de una red de corrupción cuyo alcance no nos atrevemos ni a imaginar.

—¿Y hay más personas implicadas?

—Por el momento no puedo añadir nada más —dijo el fiscal, con gesto altivo.

—Pero lo pensaban detener, ¿no es así? —insistió Singla.

Màrius Fuster asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Se va a armar la de Dios —dijo el inspector Cervera—. Corrupción, alta burguesía, círculos del poder... ¡A eso lo llamo yo un cóctel explosivo! ¡De portada en todos los diarios!

Singla lo fulminó con la mirada.

—¿Y eso te parece divertido?

—En el caso de que se trate de una fuga —intervino Rojo—, ¿cómo creen ustedes que habrá llegado a oídos del señor Torrens el plan de la fiscalía de entrar hoy en sus oficinas?

El inspector jefe Obispo, con voz gélida, explicó que habían abierto una investigación interna tanto en el Departamento de Patrimonio y Fraude como en la oficina del fiscal por si se había producido alguna filtración.

—De acuerdo con el señor Fuster —añadió—, y precisamente para evitar cualquier fuga de información, tomamos la decisión de entrar en el Palau Güell ayer jueves a media tarde, alrededor de las seis. De ahí que comparta la opinión del señor fiscal sobre lo insólito de la coincidencia de que desapareciera, voluntaria o involuntariamente, escasas tres horas después. Y con un maletín

que, por lo que hemos podido averiguar tras una tensa charla con el director administrativo, Arnau Mascaró, podría contener una cantidad cercana al millón de euros en billetes de quinientos.

—¡Joder! —exclamó Cervera.

—¿Y cuándo habéis tenido tiempo para esa conversación? —preguntó Rojo.

—Esta mañana, a eso de las cinco en su domicilio —explicó el inspector Cano—. Le hemos sacado de la cama y aprovechado que todavía iba con la guardia baja. Luego se ha recluido en su caparazón y el interrogatorio, digamos, se ha vuelto más hostil. Pero aplicando un poco de rudeza algo le hemos podido sonsacar.

—Yo no creo en las casualidades —murmuró Milo, pensando en voz alta.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó el fiscal, ahora sí volviéndose hacia él.

—Un momento —dijo—. Según el relato de Sonseca, antes de abandonar el Palau Güell anoche, Félix Torrens mantuvo una reunión de cuentas por la tarde con el patronato de la entidad. ¿No es eso? —El inspector Sonseca afirmó con un gesto—. O sea, que estaba en pleno debate cuando el fiscal y los de Patrimonio y Fraude tomaron la decisión de entrar hoy a primera hora en sus oficinas. ¿Me puede decir alguien cómo pudo preparar entonces su fuga?

—Ya hemos pensado en ello —dijo el inspector Cano—. Existe la posibilidad de que fuera advertido en algún momento a lo largo de nuestra investigación durante mes y medio, y que decidiera posponer su fuga hasta el último instante. Y ayer, pasadas las seis de la tarde, pudo recibir una llamada comunicándole nuestros planes. Es muy justo, pero factible.

Milo enarcó las cejas.

—¿Y tenía ese dinero guardado en la caja fuerte todo este tiempo hasta anoche?

De repente sonó su móvil y se apresuró a sacarlo del bolsillo. Tras leer quién llamaba, colgó de inmediato. Levantó una mano a modo de disculpa.

—Te sorprenderían sus manejos económicos —dijo Cano—.

Puedo avanzarte que, por las pruebas que tenemos, dirigía la fundación como si fuera su cortijo particular.

—Este caso va a traer cola, mucha cola —aseveró Cervera, tajante.

—De entrada —dijo el fiscal Fuster, con desazón—, nos obliga a dar una rueda de prensa para explicar las razones del precintado y detener la avalancha de especulaciones de los medios. Una tarea muy delicada que nos exigirá calibrar con extrema cautela el contenido de nuestro comunicado. A causa de las fuerzas políticas que parecen estar involucradas, tenemos que andar con pies de plomo. Y ya estoy hablando demasiado.

—Comprendo —dijo Bastos—, a nosotros nos ocurre lo mismo. ¿Ya han decidido cuál va a ser la línea oficial que van a sostener?

—En principio, estoy a la espera de su diagnóstico. Y señores, el tiempo apremia.

—Hay suficientes indicios como para descartar la relación entre las desapariciones de Eduard Pinto y Félix Torrens —manifestó Singla—. En el primer caso, creemos que se trata de una venganza, todo lo macabra que ustedes quieran, pero en definitiva un ajuste de cuentas personal por motivos que aún no hemos esclarecido. Mientras que en el segundo, por los datos aportados por el señor fiscal, todo apunta a una fuga. Las señales son abrumadoras.

—Hablando de señales, yo no estaría tan seguro —contradijo Milo.

Singla se volvió hacia él con irritación, pero el fiscal Fuster se le adelantó.

—¿Puede explicarse, inspector Lamart? Y por favor, con la máxima brevedad.

—Malart, inspector Malart —corrigió—. Mismo método, mismo perfil. Es el mismo hombre, seguro. Y aunque yo no creo en casualidades, tal vez sea esta la excepción que confirma la regla. Por eso, y por lo que hemos descubierto —señaló a Rebeca—, me inclino a pensar que sí hay relación entre ambos casos y el señor Torrens ha sido secuestrado. Sea como sea, en cinco días lo

sabremos.

—¿A qué se refiere? —preguntó el fiscal, estrechando sus ojillos de comadreja.

—Si Félix Torrens se halla en poder del mismo asesino, en estos momentos está siendo torturado sin recibir alimento ni bebida. Y en un plazo de cuatro días, cinco a lo sumo, será colgado en un edificio de Gaudí y a continuación quemado vivo. Lamento mi crudeza, pero esto es lo que va a suceder si, como creo, uno y otro caso están relacionados.

Màrius Fuster suspiró con petulancia.

—Demasiado tiempo —dijo—. La fiscalía no puede permitirse esperar cinco días. ¿Alguno de ustedes tiene otra opinión? —Aguardó impaciente. Ninguno de los reunidos hizo ademán de intervenir—. Lo diré de otro modo, ¿algún inspector del GEHME comparte la opinión del señor Malart? Y señorita —dijo, dirigiéndose a Rebeca—, usted no cuenta. No se ofenda, pero usted solo es subinspectora.

Nadie del Grupo Especial de Homicidios despegó los labios.

—Señor comisario jefe, ¿usted tampoco la comparte?

—Ni la comparto ni la dejo de compartir —dijo Bastos—. Yo solo hablo a través de mis hombres, y en concreto, del inspector jefe Singla. Me atengo a la cadena de mando.

—Entiendo —dijo el fiscal anticorrupción con una mueca—. ¿Debo entonces concluir que ustedes, salvo el inspector Malart, desestiman que nos encontremos ante un secuestro y convienen en cambio que se trata de una fuga?

El comisario jefe Bastos empujó a Singla con una subrepticia mirada.

—Así es, sin ninguna duda —respondió el inspector jefe.

—Es un error —dijo Milo, muy despacio—. Me juego lo que sea. Incluso la carrera.

—Tomo buena nota —dijo Singla, con tono hosco.

—Señores —interrumpió el fiscal. Se incorporó—. La postura de la fiscalía ya está decidida y mi tarea aquí ha terminado. Les corresponde a ustedes investigar ese odioso crimen que no guarda ninguna relación, y subrayo ninguna, con la fuga del señor

Torrens. Ahora tengo que dejarles, mi oficina me reclama. Como ya les he dicho, debemos preparar con urgencia la obligada rueda de prensa. Jueza Cabot, ¿la acerco a la Ciudad de la Justicia?

—Gracias, fiscal Fuster, pero voy a quedarme un rato más por aquí. Tengo curiosidad por escuchar las novedades que el inspector Malart presume de traer consigo.

El inspector jefe Obispo se puso en pie y el inspector Cano hizo otro tanto.

—Pues nosotros, si nos disculpan —dijo el primero—, también abandonamos la reunión. Al igual que el señor fiscal, tenemos un auténtico avispero en nuestro departamento.

Mientras los tres hombres estrechaban la mano del comisario jefe Bastos, Rebeca aprovechó la pausa y preguntó a Milo quién le había llamado.

—Número oculto —dijo. Se inclinó hacia Susana—. La política es una mierda.

La jueza Cabot se irguió en el asiento. Lanzó una furtiva mirada a Rebeca.

—Inspector Malart, acaba de inventar la sopa de ajo. Usted tranquilo y siga adelante con su investigación. Por cierto, ¿va a tardar mucho con esas novedades o qué?

—Señoría, antes me gustaría presentarle a mi nueva compañera, la subinspectora...

—Rebeca Mercader —se apresuró a decir, no muy segura de que él recordara su nombre—. Mucho gusto, jueza Cabot.

—Lo mismo digo. Mucho ojo con este hombre, es un pájaro de mucho cuidado.

Milo fue a replicar, pero un ligero carraspeo del comisario avisó de que se reanudaba la reunión. La jueza borró la media sonrisa de su rostro.

La oscuridad era impenetrable. Parpadeó varias veces. No, no estaba soñando.

Aquello era real, le estaba sucediendo de verdad.

Intentó incorporarse, pero un agudo dolor estalló en su cabeza

y le hizo desistir. Se echó de nuevo en el suelo, sobre una superficie rugosa y fría que supuso que era cemento. Palpando a ciegas, descubrió que a su izquierda, a la distancia de su brazo, había una pared del mismo material. Fue todo lo que pudo averiguar. Aturdido, se preguntó dónde estaba, por qué lo habían llevado allí, fuera donde fuese, y lo más importante: quién lo había hecho. Quería respuestas. Lo único que recordaba era haber estado al volante de su berlina de lujo, camino de su domicilio, cuando percibió un movimiento a su espalda y se volvió en el acto. A partir de ahí, todo era borroso. Una sombra se había abalanzado sobre él y le había clavado algo muy fino en la base del cuello. Había notado el pinchazo y cómo, de repente, las fuerzas le abandonaban. Luego, en cuestión de segundos, había perdido la consciencia. Hasta ahora.

Boca arriba, extendió los brazos a los lados, rozó una pared con las yemas de los dedos, y procuró respirar con normalidad. No lo consiguió. La sensación de ahogo comenzó a acentuarse y le invadió el pánico. Gritó con todas sus fuerzas, hasta desgañitarse.

Al cabo, con la respiración agitada, todo él temblando como una hoja, se detuvo. No iba a lograr nada con el histerismo. Pese a ello, se sintió un poco más despejado, lo justo para recuperar algo de serenidad. Con una nueva bocanada de aire, se dijo que debía controlar los nervios, pensar con lucidez. Era lo que siempre le había salvado en los distintos atolladeros en los que se había visto envuelto a lo largo de su vida. Y habían sido muchos.

Repasó la situación. Alguien lo había asaltado, drogado con una potente sustancia, y encerrado en aquel lugar. Si ese alguien hubiera querido acabar con él, ya estaría criando malvas. Y no, por lo otro no podía ser. Lo tenía atado, todo bajo férreo control. Ninguno se atrevería a levantar una mano en su contra por temor a las consecuencias. No, se trataba sin duda de un secuestro. Su raptor conocía su prosperidad económica y quería sacar tajada, un buen pellizco. Respiró con tranquilidad. Si era cuestión de dinero, no habría problemas. Su esposa se pondría en contacto con su abogado, este con su director administrativo, y el asunto sería zanjado con rapidez. Sin intervención de las fuerzas policiales ni

nada parecido. De forma privada y sin preguntas. Arnau Mascaró sabría cómo hacerlo. Era su hombre de confianza y estaba bien aleccionado. Además, a él también le iba el cuello. No les convenía que nadie husmeara en sus cuentas. Todo debía solucionarse con discreción, sin armar ruido. Ya habría tiempo más tarde de recuperar el monto del rescate. O mejor aún, olvidarlo como un mal sueño y volver a centrarse en su vida normal.

Sí, un secuestro tenía sentido.

De súbito, cayó en la cuenta de un detalle. Cuando salió del Palau Güell, llevaba su habitual y barato portafolios con casi dos millones de euros. Solo faltaban doscientos mil para redondear la cantidad. ¿Lo sabía su captor? ¿Se lo había llevado? Nadie cometería un fallo así, y menos un profesional tan eficaz. Entonces, ¿para qué seguir adelante con el secuestro? Y si no era cuestión de dinero, ni por lo otro, ¿de qué podía tratarse?

El asunto empezó a perder su sentido.

El terror a lo desconocido estalló de pronto en su mente y notó cómo se le aceleraba la respiración mientras un sudor frío le resbalaba por el rostro. Presa del miedo, rodó sobre sí mismo y se puso a cuatro patas. Gateó un paso, y su frente golpeó contra un obstáculo. Lo palpó. Reconoció el mismo material rugoso. Cemento. Sin cambiar de postura, retrocedió un paso de forma torpe. Con el segundo, sus pies chocaron contra otra pared. Tres metros, calculó. Volvió a echarse. Rodó en dirección contraria hasta dar de nuevo con la pared. Se situó en perpendicular. A gatas, repitió la operación. Al segundo paso su cabeza se estrelló contra otro obstáculo. Este era distinto. Metálico. Lo palpó hasta reconocer la forma. Barrotes. No, eran planos, rectangulares. Rejas. De hierro forjado. Extendió la mano y, de rodillas, recorrió su superficie de pared a pared. A medida que avanzaba, crecía su espanto. Algunas eran de forma irregular y, a través del tacto, distinguió que muchas se enroscaban entre ellas simulando enredaderas. Entonces tocó una diferente y soltó un grito. La había reconocido al instante. Era una boca de hierro, abierta. Repleta de dientes afilados como cuchillos.

Frenético, se puso de pie y empezó a dar alaridos pidiendo

ayuda. Caminó por la pequeña celda, golpeándose una y otra vez contra las paredes, para acto seguido retroceder fuera de sí, como un autómata, y repetir la maniobra envuelto en la más completa negrura. En una de sus idas y vueltas, desorientado, metió el pie en un agujero y cayó de bruces. Con un aullido de dolor, se agarró el tobillo herido. Luego, buscó con la mano hasta dar con la abertura. En torno a ella, el suelo se inclinaba en una suave pendiente. Introdujo varios dedos para averiguar su tamaño. Cabía un puño entero. A pesar de que no tenía rejilla, tuvo la impresión de que se trataba de un sumidero. Sin saber por qué, aquello lo precipitó a un horror todavía más grande. Y cuando en un gesto mecánico se llevó los dedos a la nariz y los olió, el hedor a excrementos y materia descompuesta lo aterrorizó hasta la locura.

Se desmoronó como un castillo de naipes.

En el suelo, abrazado a sus rodillas, se echó a llorar como un niño. Un foco de luz se encendió. Lo apuntaba directamente. Cegado, alzó un brazo de forma instintiva para protegerse.

—¿Qui... quién hay ahí? —gimió.

Silencio.

En vilo, le vino a la memoria el fugaz momento en que la sombra se había abalanzado sobre él desde el asiento trasero para clavarle la jeringuilla. Un pasamontañas negro le tapaba la cara. Pero no sus ojos. Parecían mirarlo con las cuencas vacías. Sin fondo.

Sobrecogido, tuvo una certeza: detrás de aquel foco deslumbrante, amparada por el resplandor, se encontraba la misma persona.

La luz se apagó, sumiendo otra vez a Félix Torrens en una hermética oscuridad.

—Bien, señores, prosigamos con la reunión —dijo el comisario jefe Bastos. Ocupó de nuevo su asiento junto al atril—. Tal y como ha señalado el fiscal, ahora lo que nos corresponde es centrarnos en el crimen de Eduard Pinto. ¿Novedades?

—Por nuestra parte —explicó Cervera—, nos encontramos en

el mismo sitio. Hemos repasado la vida personal y laboral de la víctima y nada. Estamos como al principio.

—Lo que nos lleva a plantearnos que la viuda, Laia Subirats, se halle de una forma u otra detrás de su muerte —agregó su compañero, el inspector Rojo—. Ya me entienden, para tener el camino libre con su amante, el arquitecto Enric Matas. Pero tras interrogarlo nos parece muy remota. Seguimos sin hallar ninguna prueba.

—¿Inspector Bachs, inspector Sena? —preguntó Bastos, orientándose hacia ellos.

Milo advirtió que Bruno estaba inusualmente apagado. Aún no había intervenido y su rostro, por lo habitual expresivo y sonriente, aparecía pálido, demacrado.

—Nada, comisario jefe. Continuamos a oscuras —dijo Sena, con gesto frustrado.

—Inspector Malart, parece que usted es nuestro último cartucho. Su turno.

Sin perder un segundo, Milo comenzó a relatar de forma escueta los hallazgos que había efectuado junto a la subinspectora Mercader. Mientras ella repartía las fotografías, citó las inscripciones de la Casa Milà y la G trazada con espray negro. Acto seguido, explicó las conclusiones a las que habían llegado tras estudiar la filmación de las cámaras de vigilancia. Por último, ante la expectación de Rebeca, informó de su encuentro anoche con el indigente.

—Bueno, al menos alguien ha hecho sus deberes —comentó la jueza Cabot.

—Señora, no es por llevarle la contraria —dijo Singla, arisco —, pero todo lo que nos ha aportado el inspector Malart son solo meras suposiciones, nada más.

—Y un par de hechos, convendrá conmigo —replicó ella—. Las inscripciones y la G son reales, diría yo. Por cierto, sus hombres estuvieron en la Casa Milà y alrededores, ¿y no repararon en los grabados de la columna ni en la letra dibujada en el pavimento? Llevan investigando cinco días sin resultado mientras que el inspector Malart, en apenas veinticuatro horas, ha logrado

los primeros avances serios que, en mi opinión, suponen un buen punto de partida. Por no hablar del encuentro con el indigente. Tenemos un testigo que vio al asesino, ¿y usted habla de «solo meras suposiciones, nada más»? ¡No me haga reír, inspector jefe!

Singla resopló indignado. Bastos separó los brazos.

—No perdamos la calma —apaciguó—. Inspector Malart, ¿podría darnos más datos sobre su conversación con ese indigente?

—Es todo lo que pude obtener, jefe. Según sus palabras, el asesino es un chico agraciado, con el pelo rubio rapado. Respecto a lo que dijo sobre su identidad sexual, creo que más bien se trata de alguna obsesión suya o desvarío. Lo que sí tiene relevancia, a mi juicio, es lo que contó acerca de la furgoneta blanca que lo recogió. Esto implica, como mínimo, a dos personas, tal vez a un grupo; lo que nos obligaría a cambiar el enfoque del asunto.

—¿Y todo por las palabras de un mendigo borracho? —dijo Bachs, con incredulidad.

—Opino igual —manifestó Singla—. Ese testigo no me merece ningún crédito y, con todos los respetos, esto me parece una solemne pérdida de tiempo. ¡Una bobada!

—Algo en lo que usted, por lo que se ve, es un experto —cortó la jueza Cabot.

El comisario jefe se apresuró a intervenir de nuevo. Señaló a Milo.

—Estoy con él. Hay que traer a ese indigente a la comisaría e interrogarlo a fondo.

—Jefe, dudo que sea posible sacarle más información —dijo Milo—. Lo único que conseguiremos será alterarlo, ponerlo más nervioso.

—Dos días en comisaría, sin probar una gota de alcohol, y cantará como un jilguero —aseguró Sena—. Tú déjamelo a mí y ya verás.

—Lo dudo —insistió Milo—. Su problema no es el alcohol, sino la cabeza. En su mente hay un código muy diferente al nuestro y aquí, entre cuatro paredes desconocidas, se bloqueará. Lo más probable es que se encierre en sí mismo y no responda a ningún estímulo exterior. —Se detuvo. Una expresión de tristeza

ensombreció su rostro—. No, es un enfermo mental y se sentirá amenazado por el cambio de escenario. No abrirá la boca.

—Bien, lo intentaremos de todos modos —concluyó Bastos—. Ahora, me gustaría oír su teoría. Con todo lo que ha hallado junto a la subinspectora, ¿cuál es su impresión?

Milo aguardó unos segundos. Repasó con la mirada a los reunidos y dijo:

—Tal como yo lo veo, Eduard Pinto es la primera víctima de una serie. El asesino, o asesinos, no van a contentarse con él. Encabezaba una lista y creo que van a aparecer más cuerpos colgados en edificios de Gaudí. El próximo, si no lo impedimos, me temo que será Félix Torrens. Lo señala la similitud entre ambos secuestros y el perfil del sujeto que los llevó a cabo. ¿Los motivos? Por ahora los ignoro, pero el asesino o asesinos no están dispuestos a perdonar ni a olvidar. Tiene que haber algún nexo de unión entre las dos víctimas, algo que los relacione. Y ese algo pertenece al pasado no reciente. El móvil proviene de una vieja historia. Hasta que no lo hallemos, seguiremos a oscuras. Entretanto, el asesino o asesinos...

—¡Deja ya de pronunciar ese latiguillo! —interrumpió Singla, colérico—. ¡Se trata de un psicópata, de uno solo, y punto! ¡No desbarremos, joder!

La jueza Cabot se volvió para encararse con él. Milo se avanzó.

—Está bien, jefe —admitió—. Por el momento hablaré de un asesino; a fin de cuentas siempre hay uno que toma las decisiones, aunque forme parte de un grupo. Como decía, el asesino no se va a detener hasta saciar su sed de venganza. Y esta se dirige no solo contra personas concretas, sino también... contra la ciudad. —Hizo una pausa, respiró hondo y añadió—: A mi modo de ver, Barcelona es su objetivo; su último, y quizá principal, objetivo.

Todos en la sala lo observaron con fijeza, asombrados. Singla apretó los puños. A su lado, Bachs y Sena cruzaron una mueca de burla. Los inspectores Rojo y Cervera se miraron entre ellos enarcando las cejas mientras los dos de Personas Desaparecidas permanecieron inmóviles, como si el asunto no fuera con ellos. El

comisario jefe Bastos, por su parte, descompuso la expresión pétrea para adoptar una de estupor. Rebeca se agitó nerviosa en su asiento, sin saber hacia dónde mirar.

La jueza Cabot se aclaró la garganta y, con naturalidad, preguntó:

—¿Y en qué se basa, inspector Malart, para sostener esta, digamos, insólita teoría?

—Muy sencillo, en la utilización de las obras de Gaudí. El asesino nos ha enviado un mensaje; no solo quiere acabar con la vida de sus víctimas, sino también *matar* a Barcelona.

—¡Por favor, basta ya! —saltó Singla—. ¿Tú oyes lo que estás diciendo? ¡Te falta un tornillo! ¿Me puedes decir cómo se puede matar a una ciudad?

—Hiriéndola donde más le duele, en su imagen —respondió —. Usted misma, jueza, me lo dijo el otro día por teléfono: el daño, a ojos del mundo, sería irreparable. Pues bien, esto es justo lo que pretende el asesino. ¿Cuál es la joya más preciada de la ciudad, la que la distingue de las demás? Gaudí. Es su reclamo principal. Los grandes símbolos son los grandes blancos. ¿Podrían señalar cuál es el símbolo más grande de Barcelona? Gaudí de nuevo. Este es su gran blanco, ¿no lo ven? Es como tirar ácido a la cara de una persona. Quiere castigarla, que sufra, marcarla de por vida. Lo que en el caso de Barcelona, vista la permanente obsesión de sus ediles por su imagen, sería una forma de muerte.

Se detuvo. Aguardó la reacción de los demás. Se mantuvieron en un cerrado mutismo.

—Muy elocuente —dijo Singla, al cabo—, pero no cuela, figura.

—Mataría su imagen —murmuró la jueza Cabot—. A ojos del mundo, uniría la visión de hombres calcinándose vivos con la de los edificios más emblemáticos de Gaudí. Ambas imágenes irían, a partir de ahora, de la mano. Como un icono publicitario.

—Exacto, esto es lo que busca el asesino, ser el verdugo de Gaudí —dijo Milo, con voz queda—. El verdugo de Barcelona.

La jueza dilató los ojos. Se enderezó de repente.

—El Papa va a venir a la ciudad en menos de tres semanas —

dijo—, el domingo 25 de julio, para celebrar la ceremonia de consagración de la Sagrada Familia al culto. Será el acontecimiento del año, seguido por cientos de millones de espectadores a lo largo de todo el planeta. Señores, si el inspector Malart está en lo cierto, pónganse por unos momentos en la piel del asesino: ¿desaprovecharían ustedes una oportunidad como esta?

El comisario jefe Bastos hizo un ademán de desagrado.

—Señora, ¿no considera que estamos yendo demasiado lejos?

—En absoluto. La explicación que nos acaba de dar el inspector Malart, acerca de por qué el asesino utiliza el elemento Gaudí, a mí me ha convencido. Es una locura, pero no olvide que estamos hablando de un psicópata.

—De uno que odia especialmente a Barcelona —subrayó Milo.

—Y Barcelona es mi ciudad, mi querida ciudad, y no la toca nadie, ni Dios —apostilló la jueza—. ¿Tiene algo que decir, comisario jefe?

Desviando la atención, Bastos, en vez de contestar, se orientó hacia Rebeca.

—¿Qué opinión le merece toda esta teoría de su compañero, subinspectora Mercader?

—Yo, la verdad —titubeó—, estoy tan confundida como usted. Suena algo descabellado; pero a la vez, el razonamiento me parece consistente. No sé qué pensar.

—Inspectores, ¿algo que añadir? —dirigió la pregunta al resto de la sala.

Singla se mordió los labios, reservándose la opinión, y los demás guardaron silencio.

—Bien, inspector Malart —dijo Bastos. Dejó escapar un suspiro—. Por lo visto, se ha ganado usted el derecho a equivocarse. Recapitulando, ¿dónde nos deja entonces su teoría?

—Si hacemos caso a la información del indigente, y aceptamos que hay implicada más de una persona, yo me inclinaría por investigar a todos aquellos grupos que puedan tener algo importante contra la ciudad, mucho odio acumulado. —Desplegó los dedos y empezó a enumerar—. Primero, por orden de tamaño, al más numeroso de todos ellos, al club con más socios de

Barcelona: el grupo de sus damnificados. Segundo, uno que últimamente ha arreciado con sus acciones cada vez más violentas y que parece haber arraigado en la ciudad: los antisistema. Tercero, y pensando en el simbolismo que encierra la G, investigaría también a las sociedades masónicas. —Hizo una nueva pausa, meditó un instante y dijo—: Ya está, creo que no me he dejado a nadie.

—¿Seguro? —se burló Singla—. ¿No te olvidas de ningún iluminado grupo político, de alguna siniestra corporación económica?

—Ya lo he pensado, pero descarto los móviles políticos y económicos. No encajan.

—¡Esto es demencial! —exclamó Singla—. ¡No estoy dispuesto a...!

—Inspector jefe, cállese —ordenó Bastos, el rostro impasible.

—Malart, ¿qué entiendes por damnificados? —quiso saber Rojo.

—A las víctimas de Barcelona en aras del progreso. Y me refiero a los que han perdido sus propiedades por medio de planes urbanísticos, expropiaciones y recalificaciones.

—Pero... suponen una lista enorme.

—Por eso digo que son el club más numeroso de la ciudad.

—Oye, que todos esos damnificados, como tú los llamas, recibieron una justa compensación por sus propiedades —dijo Sena —. Que yo sepa, nadie les ha robado nada.

—¿Una justa compensación?, y recalco lo de justa —repuso Milo—. Piénsalo.

Mientras el inspector Sena bajaba la mirada, sin responder, su compañero Bachs soltó un sonoro bufido. Con la impaciencia marcada en sus rasgos, se encaró con Milo.

—¿Y qué pintan aquí los antisistema? —dijo—. ¿Qué pueden tener esos antisociales contra un alto cargo de La Caixa? Esto es lo que me gustaría saber a mí. ¿Me lo puedes decir?

—Tal vez alguno de ellos se vale del grupo para llevar a cabo su venganza personal.

—Y luego está lo de los masones —siguió Bachs, encendido—.

¿Qué pintan en este asunto las sociedades masónicas? ¡Todo esto me suena delirante, a conspiración trasnochada!

—Con la línea de investigación habitual no habéis llegado a ningún sitio —dijo Milo, con aplomo—. Habéis seguido al pie de la letra el manual y no habéis logrado nada. Lo único que propongo es ampliar la mira, olvidarnos del pensamiento cuadriculado, y aproximarnos al asunto desde una óptica distinta. A lo mejor siguiendo unas líneas más imaginativas conseguimos algo. Con las pruebas que tenemos, es necesario cambiar el enfoque. Y eso es todo lo que digo. Si alguno tiene una idea mejor, que la exponga. Este es el momento.

—¿Pruebas? —saltó de nuevo Singla—. Unas inscripciones grabadas hace un siglo, una letra pintada entre un mar de grafitis, la declaración de un indigente esquizofrénico... ¿Pretendes que removamos toda la ciudad basándonos en unas pruebas tan endebles?

—¿Acaso tenemos algo más, inspector jefe? —preguntó la jueza Cabot.

Singla congeló la expresión y se recluyó en un ofendido silencio.

—Pues eso —sentenció la jueza—. ¿Comisario jefe?

Bastos se incorporó pesadamente. Se situó ante el atril y dijo:

—Bien, tal y como ha indicado el inspector Malart, ampliaremos nuestras miras. No tenemos nada que perder, salvo quizás el tiempo. Inspectores Rojo y Cervera, ustedes se encargarán de llevar a cabo la investigación sobre los antisistema.

—¿Y abandonamos la búsqueda en el entorno personal y laboral de Eduard Pinto?

—Pueden llevarla en paralelo —afirmó el comisario—. Inspectores Bachs y Sena, ustedes se ocuparán de los damnificados, sean estos quienes sean, además de seguir con lo que ya tenían entre manos. Inspector jefe Singla, usted se encargará de supervisar y combinar las investigaciones, sin dejar de lado las líneas que ya estaban abiertas. Inspector jefe Sonseca, inspector Cruz, ustedes continuarán con su labor de indagar el paradero de Félix Torrens. ¿Satisfecha, jueza Cabot?

—Se olvida de las sociedades masónicas —señaló ella.

—Nosotros podemos encargarnos —propuso Milo.

—Muy bien, todo dispuesto y en orden —concluyó Bastos—. Señores, urge encontrar a un sospechoso o sospechosos. Si el inspector Malart tiene razón, y es una posibilidad que debemos tener en cuenta, disponemos como máximo de cinco días, hasta el...

—Martes, 13 de julio —apuntó la jueza.

—Ya lo han oído. Estudien los expedientes, analicen las bases de datos e interroguen a quienes crean oportuno. Les aguarda una ingente tarea. Inspector jefe Singla, acompáñeme a mi despacho para preparar nuestra rueda de prensa con la intendente Bassa. Dicho esto, y si nadie tiene nada más que aportar, doy por terminada la reunión —declaró. Mientras todos se incorporaban, hizo una seña a Milo para que se acercara—: Malart, ¿tiene usted un minuto?

Milo afirmó con un cabeceo. De camino, se cruzó con Mateo Sonseca y le preguntó si podían acompañarlos cuando fueran a visitar a la esposa de Félix Torrens.

—Imposible, tenemos un día muy liado —dijo Sonseca, alejándose con rapidez.

—Tío, sigues haciendo amigos —le susurró Bruno al pasar por su lado—. Cuando eres bueno, eres el mejor; pero cuando coges la pendiente, eres peor que una mosca cojonera.

—Que no me llames tío, no me lo hagas repetir —soltó. Fue hasta el atril—. ¿Jefe?

—Solo quería hacerle saber que ya he dado instrucciones para que transfieran a su cuenta el salario de los dos meses en que ha estado suspendido —dijo Bastos.

—Se lo agradezco, comisario jefe.

—Eso espero, inspector —dijo. Le dio la espalda, se dirigió a la jueza—. Jueza Cabot, siempre es un placer tenerla entre nosotros.

—Lástima que yo no pueda decir lo mismo —replicó ella. Pasmado, la vio apartarlo para despedirse de Milo—. Inspector Malart, buen trabajo. Seguimos en contacto.

Milo asintió en silencio. Luego, se rezagó unos instantes a propósito. Cuando todos hubieron abandonado la sala, caminó hacia el exterior con paso cansado.

Rebeca lo aguardaba nada más cruzar la puerta.

—No ha ido tan mal. Al menos, Bastos se ha mostrado de acuerdo con tu teoría.

—Solo me ha seguido el juego —rechazó Milo—, para salvar el culo por si las cosas se tuercen. Y oye, gracias por echarme una mano. Tu lealtad en la reunión me abruma.

—¿Qué querías que respondiera? —se defendió ella—. Solo he dicho la verdad.

—¿La verdad? Esto es una comisaría, no un confesionario.

Rebeca encajó el golpe sin resistirse. Procuró disimular su enfado.

—En una cosa tenías razón —dijo—. Ha sido muy divertido.

6

Se sentó a su mesa del rincón. Apoyó los codos y se llevó las manos al rostro. Sabía que se había puesto a toda la comisaría en contra. No solo había cargado a sus compañeros con más trabajo, arruinando de paso sus fines de semana, sino que también los había obligado, por la intervención de la jueza, a aceptar unas peregrinas teorías que ninguno compartía.

Tal como se había temido, se le venía encima un aluvión de complicaciones.

—Inspector Malart, te traigo los informes que me pediste ayer. —Milo apartó las manos y vio a Toni Crespo de pie ante él—. Si es mal momento, puedo volver más tarde.

—No, ahora va bien —dijo—. ¿Qué tienes?

El sargento separó un dosier azul de los varios que traía consigo y se lo entregó. Milo vio que contenía el listado de Tráfico con las multas del domingo 4 de julio.

—Siguiente. —Lo dejó sobre la mesa—. ¿Qué más?

—Este es el historial completo de inquilinos y propietarios de la primera planta de la Casa Milà, así como del resto del edificio —dijo. Le entregó un dosier de color crema.

—Hazme un resumen —pidió. Lo amontonó sobre el otro.

—Los primeros propietarios fueron Pere Milà i Camps, que fue quien encargó a Gaudí su construcción en 1906, y su mujer, Roser Segimon. El edificio fue vendido en 1946 a una inmobiliaria que construyó trece apartamentos en la buhardilla. Más adelante, en 1966, la primera planta se transformó en oficinas, y entre 1971 y 1975 se efectuó una primera restauración. En 1986 la adquirió Caixa Catalunya; la mantiene abierta al público para su visita, y permite entrar además en las viviendas de la cuarta planta, el trastero y la terraza. Desde la fecha hasta hoy, las demás plantas

están ocupadas por oficinas y algunas familias residentes. Encontrarás todos sus nombres en el dosier.

—Muy bien, siguiente informe. ¿Tienes ahí el de la vida y milagros de Eduard Pinto?

—Se lo entregué a la subinspectora Mercader, como te dije. ¿Quieres que se lo pida?

—Si no te importa. No creo que me dirija la palabra, está enfadada conmigo.

El sargento esbozó una sonrisa y fue hasta la mesa de Rebeca. Tras hablar con ella unos instantes, la subinspectora abrió un cajón y le entregó un dosier verde. Luego, extrajo otro, de color naranja, y se incorporó para acompañar a Crespo.

—Tengo por costumbre evitar que los temas personales interfieran en los laborales —dijo—. Si me lo hubieras pedido, yo misma te hubiera entregado el informe.

—No sé a qué temas personales te refieres —replicó Milo, con malhumor. Alcanzó el dosier que le tendía el sargento—. ¿Aquí está todo?

—Todo lo que se me pidió. Las personas de su entorno, cargos pasados y actuales, centros donde estudió y se licenció. En cuanto a su vida laboral, me he remontado diez años.

Milo tiró el dosier sobre los otros.

—No bastan, el periodo ha de ser más largo, creía haberlo dejado claro. Se trata de una vieja historia y necesito saber más. Ha de recoger veinte, treinta años. ¿Es eso posible?

—Todo está conectado; si se sabe buscar, se puede hallar cualquier cosa. Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo. ¿Alguno más?

—No le pegues la bronca a Crespo, la culpa no es suya —intervino Rebeca—. Se lo pedí yo, y él solo hizo que seguir mis instrucciones. Pensé que con diez años bastaría.

—Pues mal pensado. Repito, ¿algún informe más?

El sargento le entregó el último dosier. Dentro había un cedé en su funda de plástico.

—Es la grabación de la llamada al 010 que advierte de la rotura de las farolas —dijo.

—Joder, haberlo dicho antes —soltó Milo—. Vayamos a escucharla ahora mismo.

Se dirigieron a una reducida sala donde, además de diversos ordenadores, había varios equipos de sonido con sus correspondientes mesas de control. El sargento tomó asiento ante uno de ellos, introdujo el cedé, pulsó el PLAY y activó el osciloscopio para medir las frecuencias. Al cabo, mientras en un monitor aparecían los registros sonoros en forma de gráficas coloreadas en progresión ascendente y descendente, pudieron escuchar a la operadora identificándose y preguntando en qué podía ayudar. Acto seguido, una voz gutural decía que varias farolas del paseo de Gracia, en el tramo con Provenza, tenían sus bombillas rotas y que su deber era comunicarlo. Cuando la operadora solicitaba más datos, la voz decía que ya había cumplido con su obligación de buen ciudadano y, sin más, interrumpía la llamada.

—No se puede decir que sea muy hablador —dijo la subinspectora.

—Pero sí un cínico —señaló Milo—. Sargento, ¿podríamos escucharla otra vez?

Crespo la activó de nuevo. La voz anónima volvió a sonar en la reducida sala.

—¿Qué os dice esa voz? —quiso saber Milo.

—Es seca, inexpresiva, con cierto tono arrogante —dijo Rebeca—. No imprime ninguna emoción a sus palabras, nada de lo que consideraríamos normal.

—Sí, y otra cosa llamativa es que habla de deberes y obligaciones. En una llamada de pocos segundos se siente empujado a citarlos dos veces, no se limita a dar el mensaje y colgar.

—¿Y qué? Son meras excusas.

—O también podría indicar que está siguiendo un guion —dijo Milo—. Toni, ¿has podido extraer algo de esta grabación?

—La voz está distorsionada, pero no por medios electrónicos —explicó—. Además, la imposta varios tonos más grave para dificultar su identificación. Lo poco que se puede extraer de la

llamada es que se realizó desde una cabina de la calle Provenza, muy cerca del paseo de Gracia, y que probablemente se trata de un hombre. Eso es todo.

Milo cabeceó con disgusto, se esperaba más. Cabizbajo, abandonó la sala. En su mesa, fijó la mirada en un punto indeterminado y procuró poner orden en sus pensamientos.

Llegaron Rebeca y Crespo.

—Sargento, ¿tienes los datos de los testigos que asistieron al espectáculo?

—Ahora te los traigo —dijo Crespo. Regresó con una hoja—. ¿Quieres la lista entera?

—No, solamente el nombre y teléfono del taxista que dio el aviso a los bomberos, porque fue un taxista, ¿no es así? —Rebeca asintió mientras Crespo apuntaba los datos en una nota y se la pasaba a Milo—. Prepara papel y lápiz, tengo más deberes para ti. Necesito un listado de ladrones de coches en activo; y ya que estamos, que llames a Robos para que aprieten las tuercas a sus confidentes. Buscamos a un manitas haciendo puentes, a alguien que se maneja sin problemas con una plataforma elevadora, lo que no debe de ser nada sencillo, y que además sabe copiar frecuencias del mando de apertura.

—No creo que haya muchos con ese perfil —dijo Crespo, tomando notas—. Si está fichado, daremos con él. ¿Qué más?

—Un nuevo informe, pero esta vez de Félix Torrens... y completo. Quiero saber su pasado, qué hizo veinte, treinta, cuarenta años atrás. Todo. Cuando añadas lo que falta al de Eduard Pinto, podremos cruzar los datos para intentar descubrir una relación entre ellos.

—Descuida, me remontaré a cuando iban a la guardería.

—También necesito que elabores otra lista, aunque esta es muy particular —dijo Milo—. Un listado de crímenes ocurridos en la ciudad en circunstancias extrañas, diferentes a las más o menos habituales, durante los últimos cinco años. Por ahora, y para facilitarte el trabajo, solo de aquellas víctimas que nadie reclamaría, ya me entiendes, mendigos, gente sin papeles, los anónimos en general. Y por favor, que incluya también a los

desaparecidos, jóvenes que se han escapado de casa y nunca más se ha vuelto a saber de ellos, estudiantes extranjeros que se han esfumado en el aire, casos así.

—¿Qué se te ha ocurrido? —quiso saber Rebeca.

—Otro tiro al aire.

—¿Algo más? —preguntó Crespo, sin inmutarse.

—Sí, una última cosa, y también muy particular —dijo—. Que rastrees en busca de datos sobre sociedades masónicas de aquí, de Barcelona.

El sargento Crespo parpadeó confundido. Estaba acostumbrado a realizar búsquedas de toda clase y condición, pero no se esperaba aquello.

—¿Puedo sugerirte una idea? —preguntó—. Solo para ganar tiempo.

—Dime.

—Que visites la Biblioteca Pública Arús, al inicio del paseo San Juan. Aparte de ser una maravilla, reúne una colección muy completa y valiosa de libros sobre el tema. Es reconocida en medio mundo. Pero solo es una sugerencia. El bibliotecario es amigo mío, Eugeni Gombrowicz. Le dices que vas de mi parte y te atenderá de buen grado. Es un sabio de los de antes, un erudito. Su conocimiento es enciclopédico, lo sabe todo de casi todo.

—Iremos sin falta, no lo dudes. ¿De qué conoces tú esa biblioteca?

—Siempre me han atraído los enigmas, las sociedades secretas, los testimonios de los librepensadores —dijo Crespo, ruborizándose—. Gran parte de los hombres más destacados de la Historia han estado relacionados con la masonería, y eso es algo que desde joven, cuando estaba obsesionado por las grandes preguntas, me ha empujado a profundizar sobre el tema picado por la curiosidad. Además, me pilla muy cerca de casa.

—Sargento, eres una caja de sorpresas.

—¿Algo más, inspector?

—No, eso es todo, Toni.

—Bien —dijo. Alzó el dosier amarillo—. ¿Necesitas el cedé de la grabación?

Milo afirmó con un gesto. Lo dejó sobre los otros. Y cuando Crespo dio media vuelta, recogió todas las carpetas y las introdujo en un cajón.

—¿No les echas un vistazo siquiera? —inquirió Rebeca.

—Me basta el resumen, de momento. —Señaló su dosier naranja—. ¿Qué llevas ahí?

Rebeca se lo entregó.

—El informe que me pediste anoche sobre la conducta criminal del asesino.

—Muy bien. —Lo metió en el cajón—. Ahora explícamelo, en versión resumida. O mejor, me lo cuentas después. —Se levantó—. Primero tenemos que ir a hablar con Bonhora.

El laboratorio forense se encontraba en el sótano 2, en lo más recóndito de la comisaría. Conocido como «la guarida», allí se repartían las distintas unidades especializadas en cada materia. Rodearon la de balística, avanzaron por un pasillo acristalado, y dejaron atrás la de cabellos y fibras, la de análisis de ADN, y una sala repleta de detectores de cromatografía gaseosa, superordenadores en permanente funcionamiento y otros aparatos. A pesar de que en la actualidad se había visto relegado a desempeñar tareas básicas, el lugar seguía manteniendo el mismo aire de escrupulosa eficacia. La jefatura general había decidido integrar todos los efectivos de la División en una sede central y definitiva, y había inaugurado un complejo de última generación. El nuevo recinto, situado en la N-150, entre Sabadell y Terrassa, constaba de cinco edificios donde, además de otras unidades, los investigadores de la Policía Científica podían trabajar en unos laboratorios equipados con las más modernas tecnologías y sin problemas de espacio. De este modo, la guarida había visto mermada su plantilla de criminólogos, quedando reducida a una decena de técnicos bajo las órdenes del experimentado forense jefe Goyo Bonhora.

Irrumpieron en su despacho.

—Bonhora, pareces el último de Filipinas —dijo Milo—.

¿Adónde se han ido todos?

A diferencia del resto del laboratorio, el despacho del forense jefe era un caos de objetos y cachivaches. Repartidos en aparente desorden, se amontonaban por estanterías y mesas. Bonsáis, antiguos instrumentales forenses, libros, botes de cristal con los más diversos contenidos en formol, un terrario con hormigas y toda clase de singulares artilugios. La iluminación era indirecta y Rebeca no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Me siento el último mohicano, pero no me quejo, que conste —dijo el forense jefe. Obeso y de baja estatura, su rostro estaba enmarcado por una cuidada barba que parecía querer contrarrestar su cada vez más escaso cabello. Se incorporó de su desvencijada silla con sorprendente agilidad para un hombre de su corpulencia y saludó a ambos con un caluroso apretón de manos—. Sigo al pie del cañón mientras medio laboratorio ha abandonado el barco para disfrutar de sus vacaciones.

—Los hombres como tú nunca deberían descansar. Es malo para la salud.

—Como te oiga mi mujer, te fulmina —bromeó—. Ya tiene un montón de folletos turísticos repartidos por toda la casa. En fin, ¿qué os trae por la guarida?

—El caso Eduard Pinto, quería preguntarte varias cosas.

—Remití todos mis informes a la Central, pero guardo copia del expediente. Un segundo. —Revisó el interior de un archivo—. Aquí lo tengo. ¿Qué quieres saber?

—Primero, todo lo referente al cadáver.

—Veamos, el cuerpo llegó completamente carbonizado al Instituto de Medicina Legal de la Ciudad de la Justicia. Como no presentaba *piercings* ni ninguna característica física o anatómica particular, y tampoco cicatrices debido a las grandes temperaturas a las que se vio sometido, tuvimos que realizar la identificación por las muestras dentales. Por fortuna, no hay dos bocas iguales. El fuego nos complicó bastante el trabajo. Las personas que fallecen quemadas llegan a la mesa de autopsia con los huesos fracturados y multitud de hemorragias epidurales, como si alguien las hubiera matado a base de golpes y luego les hubiera pegado fuego, cuando

en realidad son lesiones *post mortem* debidas al intenso calor.

—Debió de sufrir una barbaridad —murmuró la subinspectora Mercader.

—Cuando hay quemaduras de tercer grado, es decir, cuando la víctima tiene el ochenta por ciento de su piel quemada, no hay dolor. El fuego ha destruido las terminaciones nerviosas y no hay transmisión del sufrimiento. Pero hasta llegar a ese punto, sí, el dolor es irresistible, inhumano. Si ya duele una sencilla percusión en un diente cuando el dentista nos descubre una caries, imaginaos lo que debe de ser la lenta cauterización de todos y cada uno de los nervios de nuestro sistema. Y no cabe duda de que, en este caso, la víctima estaba viva antes de arder. Encontramos monóxido de carbono en sus pulmones y pequeñas partículas sólidas que taponaron sus alveolos, lo que indica que respiró su propia combustión.

—¿Cuánto tiempo tarda un cuerpo en arder por completo? —preguntó Milo.

—Unos quince minutos aproximadamente, dependiendo de varios factores.

—Encaja con los cálculos del asesino —comentó—. Entre el momento en que encendió a la víctima y la llegada de los bomberos transcurrió tiempo más que suficiente.

—Para ser exactos, se aseguró de ello —matizó Bonhora—. Utilizó, como ya te dije, una impregnación de aceite de motor para que el combustible, la gasolina, se adhiriera a sus ropas, piel y cabellos, provocando que el fuego prendiera con facilidad. Luego, tras esa primera descarga de calor que quemó su piel, empezó a derretirse su grasa corporal que, al ser absorbida por las ropas, actuó como mecha alimentando el fuego, a lo que también contribuyó su médula ósea. La grasa humana suele arder a unos doscientos grados, pero embebida en una mecha puede hacerlo a ciento cincuenta o menos. De ahí que, cuando llegaron los servicios de emergencia, el cuerpo ya estuviera calcinado por completo. Una muerte atroz.

—Y entretanto, el asesino filmando su agonía —recordó Rebeca.

—Es lo que hacen los pirómanos. Disfrutan observando el fuego que han provocado.

—Este tipo no es solo un pirómano, es más perverso; no sigue las pautas habituales —dijo Milo—. ¿Cómo averiguaste que no ingirió alimento ni bebida durante su encierro?

—Por el estado de los huesos, la falta de calcio y la desmineralización. Lo que no pudimos hallar fueron restos de drogas o sustancias neutralizadoras. El fuego eliminó todos los fluidos; con el calor, los líquidos se evaporaron.

—Casi diría que parece un crimen perfecto —dijo Rebeca—. Sin rastros, sin huellas...

—No, subinspectora —rechazó el forense jefe—. Como dice el viejo aforismo de la profesión, no existe el crimen perfecto, sino la investigación imperfecta.

—¿Qué hay de sus pertenencias?

—Todas inservibles, destruidas por el fuego. Nuestra suposición es que el asesino, cuando lo secuestró, le quitó el móvil, las llaves, la cartera, todo. Y luego, poco antes de colgarlo en La Pedrera, se las volvió a colocar en sus bolsillos, que es donde las encontramos. Por eso el móvil calcinado nos fue inútil; no nos proporcionó huellas ni la posibilidad de rastrear ninguna llamada.

—Al menos ya sabemos algo más —señaló Rebeca—, el asesino no es un ladrón.

—¿No hallasteis nada extraño en el interior de su cuerpo? —interrogó Milo—. Algún objeto simbólico. O quizás en el exterior, como alguna marca a cuchillo, una escarificación.

—No, ni dentro ni fuera. ¿Por qué lo preguntas?

—Una corazonada. Y oye, sobre el vehículo de Parques y Jardines, ayer comentaste que recogisteis rastros de ese aceite por el asiento del acompañante, el volante y las puertas.

—Sí, y por los pedales y la alfombrilla del conductor. Y también sobre la del copiloto, lo que no deja de ser muy curioso. Es un detalle que nos resultó especialmente significativo.

—¿Por qué?

—Porque nos hizo pensar en una nueva posibilidad, además de en otra un poco escabrosa. Cuando el asesino transportó en su

vehículo a Eduard Pinto, este ya estaba embadurnado de aceite, con lo cual fue dejando un rastro oleoso por todas partes. Hasta aquí todos de acuerdo. Pero ¿en qué parte de su vehículo lo transportó? Lo más lógico sería suponer que en el maletero. Sin embargo, ¿cómo se explica entonces que el asesino tuviera ese aceite en las suelas de sus botas? Si descartamos que se manchara en el lugar donde lo impregnó, puesto que sabemos de su meticulosidad, solo se nos ocurre una forma: había aceite en el suelo del asiento delantero. ¿Y por qué? Porque fue allí donde puso a su víctima para transportarla por la ciudad. Lo escabroso es que, probablemente, lo pisara de vez en cuando para mantenerlo bien sujeto contra la alfombrilla, manchándose así las suelas. Y ahora, pensemos: ¿qué tipo de vehículo permite esta operación?

—Una furgoneta —dijo Rebeca.

—Exacto —convino Bonhora—. En vez de llevarlo en la parte trasera, lo colocó en la delantera. Luego, lo traspasó al de Parques y Jardines y lo soltó en la parte del acompañante, como se desprende de la filmación de las cámaras de vigilancia. Pero sus botas ya estaban manchadas de aceite, y por eso dejó un rastro en los pedales y la alfombrilla del conductor.

—¿Y cómo explicas que también lo hubiera en la alfombrilla del copiloto?

—Otra persona iba con él. Alguien que, de igual forma, le puso los pies encima durante el traslado hasta la esquina donde lo subieron al vehículo de Parques y Jardines.

—Pero luego, hasta La Pedrera, ese asiento lo ocupó el cuerpo de Eduard Pinto...

—Calma, Mercader, vas demasiado rápido —dijo Bonhora con una sonrisa—. Lo que sabemos con certeza es *a partir del momento* en que las cámaras recogen al vehículo entrando en su ángulo de filmación..., no antes. Según mi hipótesis, puede que circularan tres personas en ese vehículo: el asesino al volante, la víctima en el suelo delantero, y un tercer ocupante. Este último debió de bajarse poco antes de llegar a la Casa Milà. ¿Por qué? Para no ser filmado, y para ocupar su sitio en primera fila. Como os acabo de decir, los pirómanos disfrutan viendo arder a sus víctimas. Ese tercer

ocupante no quiso perderse el espectáculo.

—Esto confirmaría que el asesino utilizó una furgoneta y que intervinieron dos personas, tal y como dijo tu indigente de anoche —concluyó Rebeca.

—Sí, pero no es una prueba, solo una suposición —rebatió Milo con una mueca—. A Bonhora y su equipo les encanta escuchar cómo los cuerpos y rastros les narran sus secretos, pero estos no siempre son fáciles de interpretar y a veces dan a entender medias verdades. En mi opinión, han descartado con excesiva facilidad que el asesino se manchara las suelas en otro lugar o de manera distinta. Y respecto a los rastros de aceite en el suelo del acompañante, pudo pisarlo al introducir el cuerpo. Hay otras explicaciones, y todas verosímiles.

—¿Qué indigente de anoche? —quiso saber el forense jefe.

Milo se lo explicó de forma resumida.

—Pues ahí lo tenéis —indicó, satisfecho—. Ya somos dos quienes afirmamos la existencia de una furgoneta y una segunda persona.

—En efecto, Goyo; pero ninguno se basa en nada concluyente. —Enarcó las cejas—. Una cosa, ¿cuánto hace que tu equipo y tú llegasteis a esta sospecha?

—Hace días, poco después de realizar la inspección pertinente del vehículo de Parques y Jardines. Y como está mandado, informé a Singla. ¿Por qué?

—El muy cabrito lo sabía y no ha dicho nada en la reunión —gruñó entre dientes.

—¿Y qué si se lo ha callado? —intervino Rebeca—. Allá él, no es nuestro problema. Debemos concentrarnos en el caso y dejar a un lado todo lo que nos lo haga perder de vista.

Milo apretó los puños. Unos segundos y asintió en silencio.

—De acuerdo, mantengamos la cabeza fría. Lo de la furgoneta, pase; pero lo de la segunda persona cae dentro de la especulación. Según yo lo veo, no es determinante.

—La discrepancia suele ser buena para arrojar luz sobre un problema —citó Bonhora.

—Bonita frase. ¿De quién es?

—Me la acabo de inventar —dijo el forense jefe, atusándose muy ufano la barba.

—Entonces, según esta teoría, ¿el asesino conducía llevando a su víctima en el suelo, a su pies, como a un animal? —inquirió Rebeca.

—Es muy probable, cuadra con su perfil —dijo Milo. Se dirigió a Goyo—. ¿Pudisteis obtener alguna huella completa de sus botas?

—Imposible. Las de la calle fueron destrozadas por los bomberos, y las que hallamos en el vehículo de Parques y Jardines eran parciales, inservibles para hacer una plantilla.

—¿Incluidas las de la plataforma elevadora?

—Sí, su suelo es granulado, una pesadilla a la hora de obtener una huella clara.

—¿Todavía tenéis aquí, en el depósito, ese vehículo?

—No, fue llevado a Sabadell y luego devuelto a las cocheras del ayuntamiento.

—Maldita sea —rezongó—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Después de tenerlo varios días, y revisarlo de arriba abajo dos equipos de criminólogos, ya no había nada más que hacer con él. ¿Por qué pones esa cara?

—El inspector Malart quería verlo con sus propios ojos —dijo Rebeca, con sorna.

—Para acabar, Goyo. A partir de la escritura de una letra, ¿es posible deducir algo?

—¿Solo con una letra? —Bonhora caviló unos instantes—. A ver, la grafología puede elaborar retratos psicológicos a partir de la escritura; no obstante, y como tú dirías, cae dentro del terreno de la hipótesis. No es una ciencia exacta, y menos disponiendo solo de una letra. Sin embargo, en Sabadell hay una Unidad de Caligrafía Forense que, en función del tamaño de la muestra, puede determinar características generales del carácter del autor, identificar su personalidad, describir la naturaleza de sus emociones o su tipo de inteligencia y aptitudes profesionales, e incluso, en algunos casos, diagnosticar el grado de salud o enfermedad física o mental. Pero ya te digo, con un espacio gráfico

tan reducido, lo veo difícil. Si quieres, me la haces llegar y puedo intentar estudiarla en colaboración con dicha Unidad.

—No sé cuáles son los planes del inspector, pues con él nunca se sabe cuándo hay que salir corriendo —dijo Rebeca—, pero creo que sería bueno que te la enviara ahora mismo.

—Sin problemas.

—Hagamos una cosa —propuso Milo—. Subes a la oficina, coges la fotografía de la G y se la traes a Goyo. Entretanto, yo recojo mi coche y te espero en la entrada de la comisaría. Me gustaría reconocer el lugar donde Eduard Pinto fue secuestrado.

—¿Lo ves? —dijo Rebeca, dirigiéndose al forense jefe—. Lo que yo te decía.

—Y tráete...

—Sí, ya sé. La cámara. La podemos necesitar.

Mientras la subinspectora abandonaba el despacho, Bonhora se echó a reír por lo bajo.

—Parece muy despierta y perspicaz. ¿Cómo te va con ella?

—Es muy preguntona, siempre encima, atosigando —dijo Milo, lacónico—; pero tiene capacidad e intuición. Veremos.

—Y además es muy atractiva...

—No sigas por ahí, que te conozco —interrumpió Milo.

—¿Qué tal con Irene? —preguntó. Ante su expresión, añadió —: Mensaje recibido, ya cambio de tema. Ahora en serio, Milo, ¿cómo estás?

—Jodido, cansado y mareado con este olor a desinfectante. No sé cómo lo soportas.

—Todo es cuestión de hábitos. Si no hay dolor, no hay beneficio.

—Gran reflexión —alabó—. Si no voy errado, es el mensaje de una marca de ropa deportiva, ¿no? Me gusta más: «Encontraré un camino donde no hay camino».

—Y qué me dices de este: «Si uno tiene un por qué, encontrará siempre un cómo».

—«Creer es crear.»

—¡Por favor! Aquí viene el definitivo: «Salta, y la red aparecerá». Punto, set y partido.

—Está bien, tú ganas —reconoció Milo, sonriendo—. Tengo que irme.

—«Hoy elegiré ser feliz.» Esta es de propina, lo siento. Ya sabes, cuando te apetezca otro partido de autoayuda, aquí estoy.

Milo se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta.

—«Buscaré la sabiduría» —dijo, de espaldas—. Y entonces, volveré.

En la entrada de la comisaría se había congregado un gran número de personas. Fotógrafos bien pertrechados con sus equipos, cámaras con sus grandes máquinas a cuestas, periodistas micrófono en mano, los de la prensa escrita y otros medios tanto locales como nacionales, y los curiosos habituales que acudían al reclamo de cualquier aglomeración. Media docena de agentes se afanaban para dejar libre un pasillo, tratando de evitar que nadie se abalanzara.

La temperatura era abrumadora.

Mauricio Navarro se abrió paso a codazos hasta lograr situarse en una posición desde donde podía gozar de mejor perspectiva. A la espera de la rueda de prensa, una convocatoria que estaba prevista para dentro de media hora, se dedicó a observar a la gente que entraba y salía, a los coches que se detenían ante el edificio y a los ocupantes que se apeaban.

Un abollado Volkswagen frenó junto a la acera. Distinguió al conductor.

Entornó la mirada. Conocía aquel rostro. El tiempo había deteriorado sus rasgos y ahora su cabello castaño tenía rastros gris plomo, las patas de gallo le estriaban la piel alrededor de los ojos y unas arrugas surcaban su frente y mejillas. Sin embargo, mantenía la misma expresión de fría astucia y su imagen continuaba resultando atrayente como un imán. Aunque solo habían transcurrido dos años, parecía unos diez mayor; pero era él, sin duda.

Alzó un brazo y lo sacudió un par de veces a modo de saludo. No obtuvo respuesta.

Una mujer se interpuso en su campo de visión. Había surgido

del edificio con gesto enérgico y se dirigía al destartalado vehículo. Sus andares eran felinos, seductores. Navarro dejó de atender al hombre que iba al volante y contempló su espalda, la esbelta figura enfundada en unos tejanos, la sensualidad que desprendía con cada paso. Cuando ella se subió al coche, se despertó de golpe y regresó a la realidad.

Extrajo la BlackBerry, seleccionó un contacto, y pulsó el botón de llamada.

—Has tardado mucho —rezongó Milo.

—Bastos me ha entretenido —dijo. Se ajustó el cinturón—. Está que trina contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué he hecho yo ahora?

—La loquera lo ha llamado —explicó Rebeca—. En medio de una reunión con la intendente para preparar la rueda de prensa. Le ha puesto como una moto. Inspector, le has vuelto a dar plantón. Por segunda vez. Y el jefe se lo ha tomado como un asunto personal.

—La madre que me…

Su móvil empezó a sonar. Nada más descolgar, Bastos soltó una retahíla de frases sin darle ocasión de intervenir. Fijó la vista en la calle, en el efecto de la canícula sobre el asfalto. La visión le pareció irreal. Un espejismo. Apretó las mandíbulas y aguantó el chaparrón.

—Lo siento, comisario. Sí, no volverá a ocurrir. Me hago cargo. Sí, lo lamento. No, no le estoy dando largas. Entendido. Los caprichos de nadie. Sí. Un ultimátum. No faltaré.

Colgó. La ira le estalló detrás de los ojos. Todo era luz, una luz hiriente. Perturbadora. ¿Por qué no le dejaban en paz? Solo pretendía cumplir con su trabajo y punto. Su cerebro era su reducto privado. Y no quería visitantes. *Serás como yo, tienes el gen*. Nadie debía acceder a su interior. Ya estaba harto de contención. *Te jodes*. Su propósito de control tenía un límite.

Golpeó el volante. Una y otra vez. Con rabia.

—¿Se puede saber qué…?

Se volvió hacia ella. Era una extraña, inocente. No, todos eran culpables. Se giraban en su contra. Para acorralarlo. Podía percibirlo. Leía en sus ojos el recelo. El temor.

—¿Por qué me cuestionáis? —masculló—. Cierro los casos, coño. ¿No os basta?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Lo sabes perfectamente. O me presento a la maldita consulta esta tarde a las ocho, o estoy suspendido de nuevo. ¿Por qué no me has avisado de que tenía loquera a las doce?

—Inspector, yo no soy tu secretaria —dijo Rebeca, con acritud.

—¡Pero sí mi compañera! —Arrancó. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto y muchos de los que aguardaban en la entrada se giraron en su dirección—. ¡Dios, esto es ridículo! ¡Solo me faltaba tener que hacer de canguro a mi canguro!

—Estás desbarrando —repuso ella—. Eso es lo ridículo. Entiendo que soportas mucha presión, que no has descansado en dos días y todo eso, pero no la tomes conmigo. No es justo.

—Qué sabrás tú de lo que es justo. ¡Hostia puta, yo no estoy loco!

—Cálmate, ¿quieres? Inspira, espira... es el programa para hoy, Buda, ¿recuerdas?

Confundido, Milo torció el cuello y la miró con ojos desenfocados. Rebeca se alarmó. Detectó el matiz de la ansiedad, de un pánico repentino e incomprensible.

Detuvo el coche con un frenazo. Se llevó los puños a las sienes, se echó para atrás.

Ella desvió la mirada. El brillo de sus pupilas le había provocado un intenso escalofrío. Observó la calle a través de la ventanilla. Dejó pasar unos minutos.

—¿No vamos a acudir a la rueda de prensa? —preguntó, sin volverse.

—La veremos por televisión —dijo Milo. Su tono de voz era bajo y distante. Abrió los ojos—. ¿Dónde estamos?

—Delante del Camp Nou. Te has saltado dos semáforos y por poco atropellas a un grupo de turistas vestidos de azulgrana. Te

han dicho de todo.

—Para variar —murmuró—. ¿Sabes dónde apareció el coche de Eduard Pinto?

—En la calle Lluís Muntadas. Pero escucha, creo que lo más oportuno sería ir a tomar algo, esperar, y tranquilizarnos un poco. No sé si en estas condiciones...

—Estoy bien, chica dura. Aunque tienes razón. Mejor conduce tú.

Se bajó del coche y se dispuso a rodear el vehículo. Un ligero mareo le hizo perder el equilibrio. Se apoyó en el capó, un instante, y reanudó la vuelta. Rebeca no lo perdió de vista mientras cambiaba de asiento por encima del cambio de marchas. Milo se sentó a su lado.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Vamos, arranca. Esto es un horno.

La subinspectora puso primera y se incorporó al tráfico. Circularon en silencio. Milo apoyó la cabeza en el marco de la ventanilla abierta.

—El aire abrasa —dijo—. Se podría encender un cigarrillo con él.

—Proviene del norte de África, vamos a tener que soportarlo varios días. —Dobló por un cruce para coger la Diagonal—. Creo que deberíamos acudir a la rueda de prensa.

—No van a decir nada que no sepamos, salvo las mentiras de rigor. No será divertido. Solo va a ser politiqueo barato, discursos para lavar la imagen. Una pérdida de tiempo.

—¿Y no lo es volver al lugar donde fue abandonado el coche de Eduard Pinto? Los de Personas Desaparecidas ya lo recorrieron de arriba abajo y nada.

—No creo a nadie, lo pongo todo en duda, ya te lo dije. Pensar por uno mismo da resultado. —Se enderezó—. Cuéntame tu informe sobre la conducta criminal del asesino.

—Bien, empezaré por la teoría y luego me iré centrando en nuestro sujeto, ¿te parece?

—De acuerdo, pero antes... Escucha, no sé qué me ha pasado, se me han cruzado los cables. Siento la descarga. —Suspiró—.

Venga, adelante con ese perfil.

—Es el calor, derrite las neuronas. No le des más vueltas.

—Tus conclusiones, subinspectora.

—A la orden. —Carraspeó—. Según la teoría, un asesino con las características de nuestro sujeto suele estar motivado por múltiples impulsos psicológicos, aunque se resumen en dos: poder y compulsión sexual. Es habitual que en su infancia haya sufrido abusos, físicos o psicológicos, provocando en él unos sentimientos de inadaptabilidad que compensa con sus crímenes. Solo así logra satisfacer su venganza y ansias de poder. Disfruta con el terror que provoca en la sociedad, y no busca el lucro, sino la satisfacción personal. Otra característica es su carencia total de empatía con la víctima. Se comporta con ella de forma extremadamente sádica, llegando a utilizar la tortura, como la mutilación o muerte lenta durante un prolongado lapso de tiempo, para obtener placer sexual.

—Concuerda bastante con nuestro sujeto, pese a que no veo por ninguna parte esa satisfacción sexual. Eduard Pinto no presentaba señales de agresión ni mutilación genital.

—No sabemos qué ocurrió durante su cautiverio de cinco días.

—Cierto. Continúa.

—Un factor muy importante en su desarrollo es la fantasía. —Frenó ante un semáforo—. Suele fantasear durante su adolescencia con matar, soñando despierto y de forma compulsiva con dominación, sometimiento y asesinato. En su niñez pudo haber provocado pequeños incendios únicamente por la emoción de destruir cosas, practicado la crueldad con animales, y padecido incontinencia más allá de la edad habitual en que los niños la superan.

—¿Siempre se cumplen estos tres últimos datos?

—No, solo en algunos casos, y no todos los investigadores comparten esta teoría. —Arrancó de nuevo—. Piensa que todo esto se basa en estadísticas.

—Me lo suponía. De pequeño tuve un amigo que hacía esas tres cosas y hoy en día dirige una entidad bancaria, tiene cuatro

hijos y acude a misa todos los domingos.

—No haré comentarios. Solo una pregunta: ¿te ves muy a menudo con ese amigo?

—¿Por qué? La última vez fue hace unos meses, lo visité en su despacho para pedirle un crédito y me lo denegó. Tuve también otro que hacía más o menos lo mismo, aunque peor, y en la actualidad es controlador aéreo y se dedica a coleccionar obras de arte moderno.

—Tuviste unos amigos muy raros, ¿no? —señaló Rebeca. Rodeó la plaza Francesc Macià—. Con compañías así, lo que me extraña es que acabaras ingresando en la policía.

—Yo era el más gamberro de todos. No es por disculpar estos comportamientos, pero en aquella época había muy poco que hacer en Port de la Selva y los niños no siempre teníamos buenas ideas. Y antes de que me preguntes si mojaba la cama, mejor dejémoslo.

Rebeca se encogió de hombros. Torció por varias calles y enfiló hacia la plaza Molina.

—Este tipo de asesino acostumbra a tener un coeficiente intelectual por encima de la media —dijo—. Es capaz de planificar sus crímenes de forma metódica y organizada, aunque tenga que emplear varios años, y rara vez los lleva a cabo por despecho. Su método consiste en ganarse la confianza de la víctima; luego la secuestra, la mantiene cautiva en un lugar donde la mata, y por último se deshace de ella en otro sitio. Es común que la busque en su pasado, en el grupo de gente que formó parte de su vida y que por algún motivo lo marcó para siempre. Entonces la estudia, analiza al detalle todos los obstáculos que le pueden impedir hacerse con ella, y, una vez solventados sobre el papel, lleva a cabo su acción. Posee también un alto grado de control sobre la escena del crimen, y acostumbra a estar familiarizado con la ciencia forense para cubrir sus huellas. Le supone una atracción irresistible seguir sus hazañas a través de los medios, e incluso puede llegar a comentarlas fingiéndose indignado con las personas de su entorno, ya sean amigos, mujer o hijos, ya que es muy sociable. Es uno de esos tipos que, cuando son capturados, su círculo íntimo siempre se

exclama afirmando que es imposible, que una persona tan agradable como él no podría matar ni a una mosca.

—He conocido a alguno como el que describes —comentó Milo con tono lúgubre—. Pero no era tan inteligente ni organizado.

Rebeca accionó el intermitente y tomó por Balmes en dirección montaña.

—Ese es el otro tipo, el que actúa aprovechando la oportunidad, de forma impulsiva y sin planear —explicó—. Tras cometer el crimen, deja a la víctima en el mismo lugar y no se toma la molestia de deshacerse de ella. Es el perfil opuesto: bajo coeficiente de inteligencia, poca sociabilidad, sin interés por el seguimiento de los medios, y sin ningún control sobre la escena del crimen ni conocimiento de la ciencia forense.

—Las dos caras de la misma moneda.

—Más o menos, aunque se han dado casos en que un asesino reúne aspectos de ambos tipos. Comienza como el organizado y, a medida que progresa en sus crímenes, pierde el dominio de sus impulsos y se vuelve desorganizado.

—En resumen, hay dos tipos: el controlado y el descontrolado. Siguiente pregunta: ¿de qué género?

—Predomina el varón por aplastante mayoría, y lo usual es que los cometa en solitario. Pero en ambos casos hay excepciones.

—Bien, hasta aquí la teoría. Pasemos a nuestro caso. ¿Qué opinas?

Rebeca dio un súbito acelerón para saltarse un semáforo en ámbar.

—Que nuestro asesino encaja como un guante dentro del primer tipo —dijo—. Ignoro su objetivo, pero el hecho de que secuestre a su víctima, y la torture sin darle alimento ni bebida, me lleva a pensar que necesita ejercer un poder definitivo sobre ella. No se conforma con matarla, sino que desea causarle el máximo sufrimiento. La tortura, la humilla colgándola en un lugar público, y luego la quema. Controla sus propios impulsos y el lugar del crimen. No deja huellas. Lo planifica todo con minuciosidad y eficacia.

—Y cumple su venganza después de buscarla en su pasado, ya

sea porque le infligió abusos o por otro motivo —añadió Milo—. Lleva años planeándola, estudiando a fondo a su víctima, soñando con dominarla, someterla y matarla de la forma más cruel y dolorosa posible. Y por fin, lo ha logrado. No en un arranque, sino con frialdad extrema.

Redujo de marcha por la empinada cuesta y subió por la avenida del Tibidabo.

—Ha obtenido la satisfacción psicológica que proporciona el acto vengativo y cubierto en parte su ansia de poder. Se siente invencible, y va a por su segunda víctima.

—Repite su método y la atrapa. Se cree tan poderoso que está persuadido de que nadie lo puede detener. Su rabia e impotencia durante todo este tiempo por fin se ven resarcidas. Dudo de que obtenga placer sexual, pero no lo descarto.

—No, no sabemos a qué prácticas las somete durante su encierro —recordó la subinspectora—. Pero no sería extraño que estuvieran vinculadas a las formas de abuso que sufrió él mismo, si este es el caso. Ha ocurrido que un asesino de este tipo abuse sexualmente de sus víctimas del mismo modo, aunque no por lujuria, sino por dominación.

—La pregunta es: ¿por qué ahora?

Rebeca guardó silencio mientras recorría el último tramo. El sol provocaba estrías ondulantes sobre el asfalto, nubes de vapor multicolores que por un instante la sumieron en una abstracción fantasmal. Torció a la derecha y avanzó por Lluís Muntadas.

—Aquí es —dijo—. Ya hemos llegado.

Aparcó el coche, detuvo el motor, y ambos permanecieron pensativos, en completo mutismo, como si necesitaran descanso tras recorrer la mente de un psicópata.

Observaron la calle.

Era tranquila, con una estrecha acera al sol y la otra, aún más reducida, en la sombra. Pero allí el tamaño de las aceras no importaba, nadie caminaba por ellas. Los propietarios de las lujosas mansiones que se alineaban a ambos lados no salían al exterior si no era a bordo de uno de los vehículos que dormían en sus amplios garajes. Por esto en aquella calle no había problemas

de aparcamiento. Ni apenas tráfico. Ni sirenas. Es lo que tenía formar parte de la zona alta. El lugar era apacible. Solitario. Las viviendas se alzaban tras gruesos muros infranqueables, disfrutando de unas envidiables vistas sobre la ciudad.

Rebeca contempló el escenario sin moverse.

—Desentonamos —dijo—. Tu coche.

Milo no abrió la boca. Al cabo, frunció el ceño.

—Estas casas tan suntuosas tienen cámaras, ¿y ninguna lo grabó? No me lo creo.

7

Después de veinte minutos de retraso dio por fin comienzo la rueda de prensa. A última hora, y aceptando los consejos de sus asesores, el fiscal anticorrupción había decidido celebrarla de forma conjunta con los responsables de las fuerzas policiales, y la intendente Anna Bassa, al frente del Departamento de Relaciones con los Medios de los Mossos d'Esquadra, se vio obligada a pedir disculpas por la demora sin hacer más comentarios. La razón del retraso se había debido a las discrepancias que habían surgido entre ambos organismos para pactar el orden de las respectivas intervenciones. Obligados por las circunstancias, tanto la fiscalía como el Cuerpo querían ofrecer una imagen de unidad, disipando de este modo cualquier duda que los medios pudieran plantear sobre la relación entre los dos casos, lo que no significaba necesariamente que estuvieran dispuestos a ceder su protagonismo a la hora de informar. Al final, tras un civilizado pero tenso tira y afloja, habían logrado ponerse de acuerdo: Anna Bassa haría las veces de conductora de las declaraciones, concediendo el turno de palabra de forma alternativa, y siendo el fiscal quien interviniera en primer lugar.

Satisfecho por lo que consideraba un triunfo personal, Màrius Fuster aguardó con expresión impertérrita a que la intendente terminara las presentaciones. Para aquella ocasión, y de nuevo aconsejado por sus asesores, había cambiado su traje color crema por uno de lino azul, un color que favorecería su imagen en la pequeña pantalla y más acorde con la seriedad de la situación. Procurando mantener un rostro grave, en su interior bullía la impaciencia ante lo que estaba seguro que iba a marcar un punto de inflexión en su carrera.

De pie sobre la tarima de la reducida sala de prensa de la

comisaría, y flanqueada por ambos hombres, Anna Bassa proseguía introduciendo el acto sin poder evitar una creciente incomodidad. De corta estatura, lo que se veía resaltado por el tamaño del comisario Bastos, situado junto a ella, había sido la primera mujer de la policía autonómica en alcanzar el grado de intendente. Vestida de uniforme, con camisa azul claro y corbata del mismo color en oscuro, había empleado catorce años en conseguir los galones que lucía con orgullo sobre sus hombros para dejarse apabullar ahora y verse relegada al mero papel de conductora. Había dado muestras más que suficientes de su habilidad para comunicar a los medios la información que ella, y solo ella, consideraba pertinente, dosificando los *off the records* con inteligencia, siempre en interés del Cuerpo, y conociendo a cada periodista y medio para saber a quién sí y a quién no podía facilitar qué detalle. Su mano izquierda había quedado bien patente, así como su cintura para regatear en los pasillos a los más inquisitivos en busca de más información. Por todo ello, consideraba que ahora la estaban discriminando, y era algo que la sulfuraba hasta el extremo de hacerle tomar la decisión de que, si lo que los mandos querían era que se limitara a ejercer de presentadora, así sería, pero que luego no la buscaran para arreglar las cosas si alguno de aquellos dos bisoños en lidiar con la prensa cometía un desliz, algo que estaba completamente convencida de que iba a suceder.

Junto a ella, el comisario jefe Bastos también mantenía una expresión de seriedad, evitando traslucir su frustración por ocupar el segundo lugar en el turno de intervenciones. Pero la política tenía aquellas cosas y se dijo para sus adentros que no desaprovecharía la más mínima oportunidad de colgarse una medalla, él, y por descontado la División.

Por último, y como soporte, a ambos lados se alineaban los inspectores jefe Sonseca y Cano, y dos responsables de la fiscalía, todos con expresión tensa y circunspecta.

—Señores, tiene la palabra el fiscal anticorrupción Màrius Fuster —dijo la intendente Bassa, poniendo fin a su introducción.

El fiscal se aclaró la garganta, dio unos pequeños golpes al

micrófono, y, mientras se disparaban un aluvión de flashes, empezó a explicar con voz engolada las razones del precintado del Círculo Gaudí. Luego, añadió:

—Una vez aclaradas con la Jefatura de la Policía de Cataluña las circunstancias de la extraña desaparición de su presidente, el señor Félix Torrens, hemos procedido no hace ni media hora a entrar en las oficinas de la entidad para incautarnos de documentos y material informático al objeto de someterlos a riguroso examen. En ausencia de su presidente, esta fiscalía, en colaboración con el juez Ricard Espinosa, ha estimado conveniente, por el riesgo de una nueva fuga, detener a su director administrativo, el señor Arnau Mascaró, y ponerlo a disposición judicial para ser interrogado a fondo sobre su irregular gestión financiera. Por los indicios hallados, y en opinión de todas las fuerzas implicadas, nos encontramos ante un caso de corrupción a gran escala cuyo alcance nos disponemos a esclarecer en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Es firme decisión de la fiscalía llevar a cabo todo lo...

En la sala de prensa se desató el alboroto y el discurso del fiscal fue interrumpido. Los periodistas le lanzaron una batería de preguntas que se vio incapaz de contener.

—¿Afirma que se trata de un saqueo en toda regla?

—¿A cuánto asciende el importe de lo estafado, de qué cantidad estamos hablando?

—¿La corrupción salpica a algún grupo político?

—¿Quién informó de las irregularidades?

—¿Desde cuándo sospechaban que en el Círculo Gaudí sucedían estos hechos?

—¿Por qué no vigilaron los pasos del señor Félix Torrens?

—¿Considera ineficaz la intervención de los Mossos?

Desbordado, el fiscal se volvió hacia Anna Bassa en busca de ayuda.

—Señores, orden —intervino la intendente con firmeza—. Les garantizo que todos sus interrogantes serán despejados, pero es imprescindible que ahora guarden silencio y esperen el turno que les iré indicando. Un poco de calma, por favor.

La marabunta de voces cesó como por ensalmo y varias manos se alzaron.

Mauricio Navarro confió en su fama televisiva, así como en la buena estrella que siempre parecía acompañarlo, y se limitó a permanecer quieto, la mano en su perilla de pelo blanco. Cuando Anna Bassa escudriñó a los periodistas, se detuvo en su rostro. Había bregado con él en muchas ocasiones, sabía que era poco serio y que deformaba la información, pero su estilo agresivo, basado en su olfato, le pareció oportuno para dar una lección al fiscal.

—Mauricio Navarro, su pregunta.

«Bingo.» Asintió con la cabeza para agradecer la deferencia. Acto seguido, se inclinó con disimulo hacia el oído de su cámara.

—Lucas, atento; grábalo todo, no pierdas detalle de sus caras —susurró. Al instante, recuperó la posición—. Gracias, Anna. Señor fiscal, comisario jefe, mi pregunta es para ambos. ¿Hay alguna relación entre la desaparición del señor Torrens y la del fallecido Eduard Pinto? O dicho en otras palabras, ¿podría Félix Torrens haber sido secuestrado?

Màrius Fuster se llevó una mano a las gafas y carraspeó un par de veces.

—Según el Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, responsable de la investigación del asesinato de Eduard Pinto, se trata de una huida, no de un secuestro.

—Comisario jefe, ¿está de acuerdo con la declaración del fiscal? —instó Navarro.

Todas las cabezas se dirigieron hacia Bastos.

El comisario abrió la boca, la cerró. Bajó los ojos.

—No tengo nada que añadir —dijo.

—¿Significa eso que el GEHME no comparte la misma opinión?

Un rumor de voces se alzó de súbito, desatándose un caos de preguntas.

Ante el cariz que tomaba el asunto, la intendente Bassa, decidiendo que el aprieto ya era suficiente, intervino con rapidez. No podía permitir que se le desmandara la conferencia.

—¡Orden, orden! —exclamó. En unos segundos, la tormenta se fue desinflando—. Navarro, no acapare; el comisario jefe Bastos ya ha respondido. —Sonrió como en ella era habitual y buscó a otro periodista con la mirada. Para relajar la tensión, convenía uno serio y solvente—. Siguiente pregunta; usted, Josep Maria Hernández.

Mientras su colega del *Avui* la formulaba, Navarro se sintió satisfecho. Ya tenía lo que quería. Aquellas imágenes, montadas de forma adecuada, mostrarían justo lo que pretendía. Iban a ser el soporte perfecto para su crónica, el ingrediente clave para subir la audiencia. Ahora solo necesitaba el contenido, uno que obtendría fuera de allí en unos minutos. Ya había pactado el lugar y la hora de la cita. Y a pesar del retraso, llegaría puntual.

—Tú te quedas grabando —dijo a su cámara—. Y no olvides coger primeros planos.

Lucas, el melenudo de la cámara, asintió en silencio. Conocía cuál era su misión.

Se apearon del coche.

—Menudo barrio para vivir —admiró Rebeca.

—Te lo regalo. Aquí, si te olvidas el tabaco, dejas de fumar. ¿Ves algún estanco? Esto no es un barrio, es una urbanización. No hay alma, ni vida. Solo celdas. De lujo.

—Tal vez, pero se tiene que dormir de fábula. Yo vivo en Gracia, junto a la plaza de la Virreina, y allí hay tanta vida que no pegas ojo. Demasiada alma para mi gusto.

—¿Recuerdas dónde apareció el Audi de Eduard Pinto, el sitio exacto?

—Fue aquí mismo —indicó la subinspectora.

Milo hizo visera con la mano. A pocos pasos, sobre un lateral del garaje de una torre, distinguió una cámara de vigilancia. Estaba inclinada hacia la entrada. Y justo en la vivienda de enfrente, situada de idéntica forma, había otra enfocando su portal de hierro blindado. Un moderno portero automático equipado con visor se hallaba a media altura, a un lado.

Se aproximó hasta el garaje y estudió la posición de la cámara.

Rebeca se acercó.

—¿Fue saboteada por el asesino?

Milo se situó ante el objetivo. Extrajo su arma y lo apuntó directamente.

—¿Estás loco? —soltó la subinspectora—. ¿Se puede saber qué haces?

Guardó la HK. Señaló la cámara.

—Me juego lo que quieras a que no viene nadie —dijo—. Es de juguete. Disuasoria. Como las del Raval. Tienen toda la pasta del mundo y no se gastan más que unos euros en una de pega. La hipocresía. Solo para aparentar. Y esa otra —señaló la de enfrente —, lo mismo. El visor del portero automático ya hace de cámara de vigilancia, ¿para qué gastarse más dinero? No, el asesino no tuvo que sabotearlas ni nada parecido. Ya lo hicieron los propietarios por él. Y lo sabía, por eso eligió esta calle, y concretamente este lugar.

Rebeca se situó en el centro de la calzada, puso los brazos en jarra y ladeó la cabeza.

—De nuevo lo estudió todo al detalle. Aparca aquí su vehículo, pongamos la furgoneta, y se larga. Parece de mantenimiento, de algún operario, y no llama la atención. Va al parking de La Caixa en la Diagonal, se cuela, se mete en el Audi y se esconde en el suelo del asiento trasero. Aguarda a que Eduard Pinto se suba, circule hacia su domicilio, y cuando están a un centenar de metros lo aborda, lo obliga a doblar por la primera bocacalle y le ordena frenar en el sitio que ha escogido. Entonces lo neutraliza, lo carga en la furgoneta y desaparece con él. Un método rápido y eficaz. Sin dejar rastro. Con un mínimo de riesgo.

—Encaja en el patrón de asesino organizado —convino Milo —. Estudia con paciencia a su víctima, y cuando la presa se separa de la manada, la atrapa. ¿Alguna otra conclusión?

—Sí, tres. Que las cámaras solo sirven para después del crimen, no antes. Que la gente de dinero lo tiene porque no lo gasta. Y que con este tipo de gente, las cámaras no sirven ni para

antes ni después.

—Premio. Conduces tú.

—¿Adónde vamos?

—Al lugar donde capturó a Félix Torrens —dijo Milo. Subió al coche—. Quiero...

—¿Verlo con tus propios ojos?

Rebeca ocupó su sitio tras el volante y condujo hacia el exclusivo barrio de Pedralbes.

—No vamos a descubrir nada nuevo —aseguró—. Sonseca ya ha dicho en la reunión que ese tramo de calle no tiene cámaras. Será otro lugar con escasa iluminación, apartado y solitario, ideal para inmovilizar a una presa.

—No será un viaje en balde. Primero lo comprobamos, y luego, ya que estamos allí, aprovecharemos para otra cosa.

El tráfico era denso, pero dentro de un par de horas, al ser viernes, día de la salida en tromba de todos aquellos que disponían de segunda residencia, estaría imposible.

—¿Por qué le has pedido a Crespo ese listado de crímenes extraños y desaparecidos?

—Matar es difícil; hace falta fuerza interior, aunque sea por venganza. Mucha fuerza interior y determinación. Y no está al alcance de cualquiera. Nadie se pone a matar así como así. A mi juicio, no es la primera vez para nuestro sujeto. Y las víctimas más fáciles para «practicar» sin ser descubierto son los abandonados por el sistema, los que nadie reclamaría. —Se rascó la frente—. No sé, a lo mejor damos con algo.

—¿Un asesino actuando todo este tiempo y sin nosotros saberlo?

—Es difícil, lo sé. Por eso he dicho que era un disparo al aire.

Circularon en silencio. Instantes después, Rebeca chasqueó la lengua.

—Se me ocurren dos nuevas conclusiones —dijo—. Si es del tipo organizado, no ataca en su zona de bienestar. O sea, que no vive en la zona alta.

—Es pronto para afirmarlo. Barcelona es muy grande y por ahora solo disponemos de dos sitios; faltan más para elaborar un

patrón. ¿Y la otra?

—Si sigue actuando, cometerá un error tarde o temprano. La necesidad de venganza es tan incapacitante como cualquier neurosis. Es una enfermedad mental. En sus delirios narcisistas cada vez será más atrevido, querrá ir más lejos. —Tragó saliva—. Según la teoría, incluso puede organizar una masacre para enmascarar su objetivo.

—¿En qué estás pensando?

—En lo que ha dicho tu jueza Cabot en la sala de revista. Dentro de quince días o así el Papa visita Barcelona. La Sagrada Familia. Gaudí. Será una oportunidad de oro.

Milo se volvió hacia ella. Rebeca apretó los labios. La observó con fijeza.

—El dispositivo de seguridad de todas las fuerzas policiales será lo nunca visto —dijo.

—Lo sé, un despliegue sin parangón. Los TEDAX-NBQ, la Unidad Canina, los GEIS, la del Subsuelo, la de Medios Aéreos, la DI, miles de agentes. No podrá colarse ni un alfiler.

—¿Entonces? —preguntó Milo.

—Solo pensaba en lo meticuloso que es nuestro asesino. En cómo lo discurre todo.

Milo contempló sus ojos grises. Reflejaban fría inteligencia. O cálida emoción.

Se decantó por lo primero.

—No es mi jueza —dijo—. Y oye, acelera.

Rebeca hundió el pedal del gas sin pestañear.

—Te lo juro, Pablo, no te arrepentirás. Como director de programas podrás apuntarte un gran triunfo —insistió Navarro. Apretó la BlackBerry contra la oreja—. Es material de primera, y la cadena no se puede permitir el lujo de esperar hasta mi sección del martes.

—Eres tú quien no te puedes permitir ese lujo.

—La cadena, yo, ¡qué más da! En este asunto vamos los dos de la mano. Cuando se disparen los *shares*, todos saldremos

ganando. Y se dispararán, hazme caso.

—No puedo tomar la decisión sin consultarlo antes —dijo Pablo Romero, dudando.

—¡Pues llama ahora mismo a Picazo y se lo consultas, joder!

—Está reunido, ¿o crees que el director de Telecinco está esperando tu llamada?

—Lo único que te pido es que hables con él, que le digas que la información que he conseguido tiene un valor de la hostia, y que no es noticia para un programa matinal. ¡Coño, será la entrada en todos los telediarios del país, tendrá cobertura internacional! ¿Es que no lo entiendes? ¡No te estoy hablando de cualquier cosa!

—Adelántame algo y veré lo que puedo hacer.

—Pablo, que no soy un becario —replicó Navarro—. Mi información es mía y nadie me la va a pisar. Pero te juro que si no me haces caso te costará la cabeza. No estoy bromeando. Me conoces y sabes que no voy de farol.

Romero hizo una pausa. Navarro se lo imaginó descruzando las piernas, con gesto amanerado, mientras meditaba a toda velocidad sopesando pros y contras.

—Está bien —dijo—. Un momento, hablo con Picazo y, si le parece bien, te lo paso. Pero, querido, como me la estés jugando, ya te puedes despedir de tu trasero.

—Tranquilo, voy bien de tiempo.

Miró a izquierda y derecha por si alguien prestaba atención a sus palabras. Se encontraba en una cafetería, sentado a un extremo de la barra. Observó cómo los camareros terminaban de preparar las mesas para servir los menús del mediodía. Del ventanuco que daba a la cocina surgía un apetitoso aroma a escalivada y carne a la brasa.

Ismael Picazo, el todopoderoso director de Telecinco, se puso al aparato. Fue al grano.

—Navarro, ¿qué es eso tan importante que Pablo me dice que tienes?

—Escucha, quiero que hables con Blanco para que en *La ronda* de mañana sábado me haga un hueco de *prime time*. Veinte minutos serán suficientes. Pero a primera hora, que no me deje

para la madrugada. Y luego, que intervengas para poner paz con Julia, que no tome represalias. Dile que el martes aportaré más datos sobre la noticia en *Las mañanas de Julia*, que tendrá su parte del pastel. Solo tienes que convencerlos a los dos, eso es todo.

—¿Me estás dando órdenes? —preguntó Picazo, la voz gélida —. Estaba reunido y no tengo tiempo para chorradas. Navarro, deja el alcohol.

—¡No cuelgues! —gritó, fuera de sí—. Vale, estoy nervioso, pero tú también lo estarías si supieras lo que tengo entre manos. Es algo tan explosivo que va a...

—Basta de venderme el artículo. O me cuentas de qué va o cuelgo ahora mismo.

Navarro se acodó en la barra. Cerró los ojos. Se llevó una mano a la boca para proteger sus palabras. Con un hilo de voz, silabeó:

—Barcelona. Asesino en serie. *El Verdugo de Gaudí*. ¿Tienes bastante?

Rebeca maniobró con habilidad por el laberinto de estrechas callejuelas que subían y bajaban en un chocante caos urbanístico tratándose de un barrio tan selecto.

Por fin, dieron con la calle Can Falgàs y detuvo el coche en un vado.

—¿Esto es Pedralbes? —preguntó.

—El extremo sur. El Pedralbes con mansiones que quitan el hipo está más al norte.

—Aquí también hay torres que tiran para atrás —comentó Rebeca.

—Pero no las villas con vías de acceso particular entre arboledas centenarias y la intimidad absolutamente asegurada. Eso es otro mundo.

—Te lo regalo. No hay panaderías y a mí me gusta desayunar cruasanes recién hechos.

—Pues aquí dormirías como un tronco —repuso Milo—. Me juego algo a que en este barrio las sirenas están prohibidas para

que no alteren el sueño de tan ilustres residentes.

—A ti no te caen muy bien la alta burguesía ni los ricachones, ¿verdad?

Milo se encogió de hombros y observó la calle.

—¿Ves algo?

—Lo que ya sabíamos. Un lugar solitario, apartado, con escasa iluminación y sin cámaras. Muy similar al otro —concluyó —. Visto, vayamos a la calle Torrent de les Roses.

—¿Al domicilio de Félix Torrens?

—Sí, ¿por qué? ¿Acaso no podemos ir?

—Tú sabrás, yo no digo nada. ¿Por dónde se va? No conozco este barrio.

—Pues como siempre, al fondo a la derecha.

Recorrieron diversas callejuelas hasta que dieron con el camino correcto subiendo montaña arriba y doblando a la izquierda. A media calle, situada en una pronunciada bajada, se hallaba la lujosa vivienda, asentada sobre gruesos muros de contención. Una verja de inexpugnable altura se alzaba sobre la estrecha acera.

Rebeca aparcó delante y los dos se apearon del vehículo. Señaló el Volkswagen.

—Vuelve a desentonar —dijo—. Si un coche es la representación psicológica de su propietario, me hago cruces de cómo debes de tener la cabeza. Hecha polvo, abollada...

Sin hacer caso, Milo se acercó al portero automático y pulsó el único botón. Extrajo la placa y la plantó frente al visor de la cámara.

—Inspectores Malart y Mercader —dijo—, del Departamento de Personas Desaparecidas. Venimos en misión oficial para hablar con la señora de la casa.

Mientras se activaba el mecanismo de apertura, Rebeca susurró:

—Oye, que ni soy inspectora ni somos del DPD.

—No puedo decirle que somos de Homicidios, ¿quieres que le dé un ataque a la mujer? —Entraron en la propiedad. Cuando la pesada verja se cerró a sus espaldas, Milo se detuvo—. Ahora no

hay tiempo para explicártelo, pero tienes que saber que no se me dan bien las entrevistas con familiares de víctimas. Llevarás tú el peso de la conversación y yo me mantendré en un discreto segundo plano, ¿entendido? Es para evitar problemas.

—¿Problemas? —preguntó ella—. ¿Qué clase de problemas?

Milo no respondió. Había echado a andar por el camino asfaltado que conducía al garaje, y tomaba por un sendero de losetas que serpenteaba por el césped de un cuidado jardín hacia el lateral de la casa. Rebeca apresuró el paso y fue tras él.

Un hombre de rasgos orientales, vestido con uniforme de mayordomo, abrió la puerta principal y les indicó que pasaran. Luego, cruzó con paso lento un amplio recibidor de suelo reluciente, recién encerado, y salió a un porche en la parte frontal de la casa.

—Esperen aquí, enseguida aviso a la señora.

Repasaron el lugar. La panorámica que se disfrutaba desde allí era espectacular. Barcelona se extendía ante ellos como una alfombra y ambos la contemplaron hechizados. En el extremo a su derecha podían distinguir la autovía de Castelldefels y los humedales del Prat de Llobregat; luego, la Zona Franca con sus edificios industriales, la singular estructura blanca de la torre de Calatrava, y la montaña de Montjuïc con su castillo en la cima y el gris cementerio encasquetado en su falda. Más al centro, el puerto y su feo almacenaje de contenedores, con los deslustrados barcos cargueros tostándose al sol aguardando su turno fuera de la bocana, y a continuación los impresionantes cruceros de lujo. Y a renglón seguido, el famoso *skyline* de la ciudad: los rascacielos, el mirador de Colón, las cúpulas de la catedral, las inconfundibles puntas de la Sagrada Familia, la peculiar torre Agbar con su forma fálica y las chimeneas de la central térmica en la desembocadura del río Besòs. Como en un plano, allí tenían dispuestos a escala real los cuatro puntos de referencia que convertían a Barcelona en una ciudad de fácil orientación: como límites laterales, los ríos Llobregat y Besòs; y completando el rectángulo, el mar y la montaña.

—Demonios, yo me habituaría a vivir aquí en unos segundos

—comentó Rebeca—. Con estas vistas, ¿quién quiere cruasanes recién hechos por la mañana? Esto alimenta más.

La decoración del porche era, como todo en aquella casa, exquisita. Unos toldos de telas exóticas protegían del sol dos grandes zonas de sillones, con profusión de almohadones multicolores y mesas bajas de diseño. Repartidas aquí y allá, valiosas esculturas de firmas reconocidas. Y por todas partes, originales y caros detalles de estilismo que dejaban bien a las claras no solo un gusto refinado, sino también el poderío económico de sus propietarios.

—Bonita choza —dijo Milo—. Desde aquí es fácil sentirse el amo de Barcelona. Muy tentador. Con la ciudad a tus pies, lejos de la plebe, no sería extraño que el poder se te subiera a la cabeza. Estas vistas pueden despertar sensaciones peligrosas.

—Les aseguro que a mi marido no se le ha subido nada —dijo una voz femenina a sus espaldas. Los dos se volvieron en el acto—. Y lo peligroso no es la vista, sino este tipo de opiniones. Tal vez el sujeto que lo ha secuestrado es alguien que las comparte.

De aspecto noble, con el oscuro cabello lacio, la mujer vestía un elegante dos piezas veraniego; un reloj de oro en la muñeca, una fina pulsera de plata en la otra, un sencillo collar de perlas al cuello, y, sobresaliendo entre todos los complementos, un anillo con un grueso diamante. Su rostro, con expresión altiva, no transmitía ninguna emoción. Pero la traicionaba un leve enrojecimiento en los ojos y la blancura de los nudillos al apretujarse las manos.

—Virginia Colomer, señora de Torrens —se presentó—. ¿Alguna novedad sobre el paradero de mi esposo?

—Lamentamos lo ocurrido, señora —dijo Rebeca, con la lengua trabada—. Somos el inspector Malart y la subinspectora Mercader, del DPD. Queríamos hacerle unas preguntas.

—Ustedes dirán. Pero antes, ¿les apetece beber algo? Con este calor tan inhumano, les recomiendo limonada natural. Presita, mi... nuestra asistenta, le añade unas hojitas de menta que le dan un sabor realmente delicioso. ¡Presita, por favor!

Al momento, como si hubiera estado aguardando a pocos

pasos, una mujer también de rasgos orientales, y vestida con el uniforme clásico de los sirvientes, apareció por detrás de unas cortinas que se agitaban por la suave brisa.

—Tres limonadas, bien frías —dijo la señora Torrens. Se dirigió a ellos—: Yo no puedo beber alcohol, ya saben, por los tranquilizantes, pero si prefieren algo más fuerte...

—No, gracias —rehusó Rebeca—. Las limonadas ya están bien.

—¿Subinspectora? Me había parecido entender que ambos eran inspectores.

—Bueno, su mayordomo habrá entendido mal.

—Lo más probable, Ubaldo no es solo corto de estatura —dijo. Soltó una mano y señaló una zona de sillones—. ¿Quieren tomar asiento?

Aguardó a que se acomodaran. Milo ocupó el sillón más alejado, uno individual, y cruzó las piernas. Rebeca, en cambio, escogió un tresillo y se sentó en el borde, dudando cómo poner las suyas; al final resolvió colocarlas en paralelo, inclinadas en un incómodo ángulo. La anfitriona se sentó a su lado, a la distancia precisa, ni muy lejos ni muy cerca.

—¿Forman parte del equipo del inspector jefe Mateo Sonseca? —preguntó.

—Técnicamente, sí —respondió Rebeca, evasiva—. Señora Torrens, el asunto que nos trae aquí es muy delicado. —Se detuvo, azorada—. Lo que queríamos saber es...

—Por los indicios que tenemos —dijo Milo—, da la impresión de que su esposo no ha sido víctima de un secuestro, sino de que podría tratarse de una fuga. ¿Tiene algo que decir?

—Tonterías —dijo, rechazando de plano aquella posibilidad —. Desconozco de qué pruebas están hablando, pero todo es una maniobra de ese hombrecillo de espantosos trajes. ¿Lo han visto por televisión? Parecía un ratón asustado en la conferencia de prensa. Créanme, solo es un títere. Aspira a hacer carrera en la fiscalía para pasar luego a la política, y por ello obedece como un corderito. ¿Félix fugado? No me hagan reír. Todo esto es un montaje de los advenedizos que no soportan que mi marido se

haya dejado la piel para construir país. Cataluña es lo que es gracias a hombres como él, y eso es algo que no le perdonan. ¿Por qué tendría que haber huido? Él sabe cómo manejarlos, ponerlos en su sitio —dijo, con un brillo de desafío en los ojos—. No, ni por asomo.

—¿Su marido tiene entonces muchos enemigos?

—¿Muchos? Los colecciona —se jactó—. Y todos figuras sobresalientes de la ciudad. Según él, la grandeza de un hombre se mide por la categoría de sus enemigos. Y les garantizo que, por esta regla de tres, mi esposo es de una grandeza deslumbrante.

Milo contuvo un gesto de asombro. Se mordió los labios para no replicar.

—¿Cree a alguno capaz de planear y llevar a cabo su secuestro? —preguntó.

—Querido, usted no entiende nada. Las altas finanzas obligan a compartir mantel con los enemigos. Son las reglas del juego. Con ellos mantiene lo que se podría denominar una «amigable enemistad». Los negocios son los negocios, y a veces unos ganan y otros pierden. Se ponen la zancadilla, incluso se apuñalan por la espalda, como es este montaje del fiscal, pero la sangre nunca llega al río. Por ejemplo, el malentendido del Círculo Gaudí. ¿Cree que puede acabar con una sentencia desfavorable para mi esposo? De ninguna manera. Solo es política. Además, no hay ni un solo juez capaz de cometer un error tan impensable, sería como un suicidio profesional. Todos juegan a golf con mi marido, no sé si me explico.

—Se explica perfectamente —comentó Milo, con tono agrio.

—Insisto, es absurdo pensar que se haya fugado. No tenía ningún motivo. Este tipo de asuntos son el pan nuestro de cada día. Y les aseguro que no le hubiera quitado el sueño ni medio minuto. Mi marido es intocable, ¿entienden? Repito, es el sistema, las reglas del juego. Y Félix lo domina con maestría. ¿Corrupción? ¡Menuda tontería! Estrechez de miras, minucias. Cuestión de formas.

Rebeca vio que Milo descruzaba las piernas y se erguía de golpe. Decidió intervenir.

—Señora, si estamos aquí es porque nosotros creemos la versión del secuestro.

—¿Conocía usted o su marido a Eduard Pinto? —interrogó Milo, los ojos entornados.

Virginia Colomer se llevó las manos al regazo y las estrujó con fuerza.

—¿Se refieren a aquel pobrecillo que ardió como una tea en la Casa Milà?

—El mismo —dijo Milo, con rudeza.

—Pero... eso no es posible —balbuceó ella, de repente atemorizada—. Aquello fue obra de un loco, de un psicópata. No tiene nada que ver con mi marido.

—No me ha respondido. ¿Lo conocían sí o no?

—Lo más probable. En alguna velada de Cultura, no lo recuerdo.

—¿Mantuvo su marido alguna relación de negocios con él?

—No, que yo sepa. Vimos juntos las terribles imágenes por televisión y se quedó tan sobrecogido como yo. Me hubiera dicho algo...

—¿A usted le cuenta todo su esposo?

—Todo lo que considera que yo debo saber, sí. Pero... no..., no entiendo...

—¿No era Eduard Pinto uno de esos enemigos amigables de su marido?

—En absoluto. El hombre del que hablan solo era un miembro del escalafón intermedio, uno más —explicó—. Félix jamás hubiera tratado con él, no estaba a su altura.

—¿Ni siquiera en el pasado, cuando ambos eran unos principiantes? —insistió.

—No, sus caminos nunca coincidieron.

—¿No hicieron algún negocio juntos, algún asunto de esos que usted llama tonterías?

Virginia Colomer se levantó de golpe. Pálida, señaló a Milo con mano temblorosa.

—¿Quiénes son ustedes? ¿A qué vienen estas preguntas? ¡Me están asustando! —Y desconcertada, añadió—: No pueden tratarme

así..., yo soy..., yo soy...

En ese instante apareció la sirvienta portando la bandeja con las limonadas. La dejó sobre una mesa baja y se volvió hacia la señora Torrens.

—Señora, el teléfono no para de sonar —dijo—. Decimos a los periodistas que no está en casa, pero Ubaldo ha visto que en la calle se están amontonando coches y gente con cámaras y micrófonos. ¿Quiere que salga y les diga algo? Ah, y unos señores de la policía preguntan por usted en la entrada.

—¿De la policía? —dijo la anfitriona, con los ojos en blanco —. ¿De qué policía?

—Han dicho que del Departamento de Personas Desaparecidas.

—¡Hazlos pasar de inmediato! —ordenó.

—¿Y qué le digo a Ubaldo?

—¡Nada, que no haga nada de momento!

Mientras la sirvienta daba media vuelta, Milo se incorporó.

—Nosotros nos vamos —dijo—. Muy buena la limonada.

—¡No, ustedes se quedan aquí hasta aclarar este asunto! —gritó la señora Torrens—. ¡Voy a pedir explicaciones por su comportamiento!

—Haga lo que quiera —dijo Milo—. Pero yo, de usted, me preocuparía por esa jauría que está en la puerta. Han olfateado el escándalo y la van a acorralar. En unas horas su vida quedará expuesta en todos los medios. Esto también son las reglas del juego.

—¡Usted no sabe con quién está hablando! —se enfrentó ella. Un mechón de su cabello lacio le cayó sobre los ojos y se lo apartó con gesto furioso—. ¡Conozco al alcalde, a jueces, a comisarios, departo con ellos cada día en todo tipo de galas y actos benéficos! ¡Una llamada mía y perderá su trabajo!

—Minucias, créame. —Hizo un gesto a Rebeca—. Vámonos, subinspectora.

Se encaminaron hacia la salida dejando atrás los gritos de la señora Torrens.

Ubaldo les abrió la puerta. Al tomar por el sendero de losetas,

se dieron de bruces con el inspector jefe Mateo Sonseca y el inspector Sergi Cruz.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó el primero. Milo los esquivó sin pararse—. ¡Malart, este caso no pertenece al GEHME, es del DPD!

Milo se detuvo en seco. Se volvió.

—Esta mañana te propuse venir juntos y lo rechazaste. Déjame en paz.

—Esto no va a quedar así —amenazó el inspector jefe—. ¡Hablaré con Bastos!

Pero Milo había dado media vuelta y, seguido de Rebeca, se alejaba hacia la verja.

—¡Malart! —voceó Sonseca a pleno pulmón.

Haciendo caso omiso, Milo abrió la pesada verja de entrada. Alertados por los gritos, fueron recibidos por un sinfín de disparos de cámaras fotográficas mientras una multitud de periodistas allí congregados les lanzaban preguntas sin cesar.

Se abrieron paso como pudieron hasta el coche. Milo apartó a un reportero de televisión que le impedía el acceso y vio que Rebeca lograba entrar en el abollado Volkswagen. Zafándose del acoso de otros reporteros, llegó hasta la puerta del conductor. Un periodista lo agarró del brazo y se deshizo de él. Una vez al volante, arrancó el motor. Pisó con fuerza el pedal del gas y, con el estruendo, los reporteros y cámaras situados delante se apartaron de inmediato. Puso primera y arrancó con suavidad, cuesta abajo.

—No han tardado mucho. ¿Entiendes ahora los golpes de la carrocería?

—Lo que entiendo son tus problemas con las entrevistas —dijo ella, la respiración agitada—. ¿A santo de qué esa dureza con la señora Torrens?

Dobló por una calle con una pendiente de vértigo.

—No me van las distancias cortas. Dicen que soy demasiado directo.

—Ya lo he comprobado —censuró Rebeca, con hostilidad.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Que no me ha parecido justa tu forma de actuar con

ella, eso es todo.

Aceleró.

—Abre los ojos de una vez y aprende a diferenciar los corderos de las hienas.

—No me importa lo que sea, solo sé que está sufriendo. Su marido ha desaparecido y no creo que nadie, ni siquiera tú, tenga derecho a aumentar su dolor.

Clavó los frenos ante el Cuartel Militar del Bruc. En la garita, un joven soldado se inquietó por su presencia. Agarró el CETME y los miró con alarma, sin saber qué hacer.

Milo respiró hondo una vez, dos veces.

—Debíamos averiguar si entre Torrens y Pinto había existido alguna relación —dijo.

—No hablo de eso. Ha sido tu forma de amedrentarla. Es algo que no puedo tolerar.

Se encogió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Inclinó la cabeza sobre el volante. Inmóvil, permaneció unos instantes sin pronunciar palabra.

—No volverá a ocurrir —dijo, a media voz. Vio que el soldado se aproximaba hacia ellos con gesto inseguro—. No hacía falta que mandaras al ejército, chica dura.

Arrancó de nuevo. Enfiló lentamente hacia la Diagonal.

—Y encima, te has creado un nuevo problema con Bastos —dijo Rebeca.

—No será el último. —Señaló un bar en la esquina—. ¿Tienes hambre? Allí hacen los mejores frankfurts de la ciudad, lo conozco de mi época en la Facultad de Derecho.

Rebeca se encogió de hombros.

—Mientras aparco, ¿por qué no entras a coger sitio, llamas a este teléfono y citas aquí a Aurelio González? —Le tendió el papel que había anotado el sargento Crespo—. A lo mejor tenemos suerte y se encuentra por la zona.

—¿Quién es? —Cogió la nota.

—El taxista que avisó a los bomberos. Dudo que sirva de algo, pero nunca se sabe.

Ella bajó del coche y entró en el local. Estaba bastante lleno,

con jóvenes vocingleros y algún ejecutivo que otro, pero encontró un sitio libre en la barra y se sentó en un taburete para realizar la llamada. Cuando Milo llegó, le explicó que el taxista circulaba por el barrio y que ya se dirigía hacia allí.

—Tendremos que pagarle la carrera —dijo—, pero se presentará en unos minutos.

—Entonces le espero en la calle. ¿Por qué no vas pidiendo? Te recomiendo las salchichas del país, son de elaboración propia.

Abandonó el bar. Rebeca lo vio apoyarse en el capó de un BMW aparcado en batería y desvió la mirada para estudiar la lista de bocadillos. Ofrecían toda clase de hamburguesas y salchichas, la especialidad de la casa. Ninguno era frío. Contempló la plancha aceitosa, la carne cruda, y percibió el olor a fritanga. No era quisquillosa, pero aquello le revolvió las tripas. Sin embargo, cuando el camarero se acercó, le pidió una hamburguesa con queso, lechuga y tomate. Mientras esperaba, observó al taxista frenar en la esquina, bajar del coche y entablar conversación con Milo.

Poco después, ambos entraron en el local. Se dirigieron hacia ella.

—Subinspectora Mercader, Aurelio González —presentó—. Tal como pensaba, no añade nada nuevo. No vio la furgoneta ni al tipo rapado, solo el cuerpo ardiendo y llamó a los bomberos. Dice que ha quedado contigo en que le pagaríamos la carrera, ¿te aclaras tú con él?

—De acuerdo. ¿Qué quieres tomar?

—Nada, me tengo que ir —dijo Milo—. Que lo carguen en mi cuenta.

—Pero ¿adónde vas? —se sorprendió—. ¿Tienes cuenta aquí?

—Asuntos personales. ¿Te encargas tú de redactar el informe? Aquí tienes un taxi para regresar a comisaría.

Atónita, Rebeca lo vio salir a toda prisa, subir al coche y desaparecer.

—Señora, la carrera sube doce euros —dijo Aurelio González —. Y su compañero me ha prometido cinco de propina si la espero a que acabe de comer. Pero la advierto, el taxímetro sigue

corriendo. Lo digo para que lo sepa, ¿eh? El que avisa no es traidor.

Rebeca tuvo deseos de estrangular a alguien. Y sabía exactamente a quién.

8

La ensaladilla rusa estaba rancia; el pescadito frito, incomible y el pan con tomate parecía de goma. Apartó los platos. Necesitaba un café si no quería quedarse dormido sobre el taburete. Pidió uno solo, bien cargado y con hielo. Arrugó en una bola la servilleta de papel y la arrojó a un cubo de basura detrás de la barra. Rebotó contra el borde y saltó fuera, rodando hasta quedar detenida junto a otros desperdicios. Aquel era un local de menús baratos. En invierno lo frecuentaban los estudiantes de la universidad que se erigía en la plaza, y ahora turistas con grandes mochilas y pequeñas billeteras. Desvió la vista hacia el televisor sobre las máquinas tragaperras. Su machacona musiquilla le impedía oír con claridad las noticias del canal 3/24. Las imágenes mostraban a varios agentes de los Mossos, enfundados en llamativos chalecos amarillos, saliendo del Palau Güell con cajas de cartón y voluminosas torres de ordenador.

El camarero le soltó delante un vaso con hielo y una taza medio llena de café.

—Me traes otro —dijo Milo—, y esta vez lleno. Llévate esta mierda y sube la tele.

Rezongando, el hombre se alejó con los platos, agarró el mando a distancia y subió un par de puntos el sonido. Se volvió hacia Milo y separó los brazos.

—Mejor.

En la pantalla apareció el rostro del fiscal anticorrupción explicando las razones del precintado del Círculo Gaudí. Vio cómo se desataba el caos en la sala de prensa, su apuro ante las preguntas de los periodistas. Bebió de un trago el café mientras la intendente Bassa ponía orden. Le extrañó que eligiera a aquel tipo para intervenir el primero. La conocía bien, aquello no podía ser

un error. Aguzó el oído con la respuesta del fiscal. Cuando le escuchó decir que, según el GEHME, la desaparición de Félix Torrens se trataba de una fuga, se le tensaron los músculos del abdomen. Entonces oyó al mismo periodista preguntar a Bastos si estaba de acuerdo con la declaración. Levantó la mirada. Vio al comisario abrir y cerrar la boca, bajar los ojos, y decir que no tenía nada más que añadir.

—La has cagado —murmuró.

El camarero le trajo el segundo café, esta vez la taza llena, y un vaso repleto de hielo. Milo la volcó dentro y se lo llevó a los labios sin dejar de observar la tanda de preguntas y respuestas. El rostro del fiscal iba empalideciendo. Acto seguido, el telediario mostró a varios políticos dar su opinión sobre el asunto, unas declaraciones tan cargadas de vaguedades y demagogia que fijó la mirada en la estantería de enfrente. Las botellas de alcohol. El vacío.

Lo despertó el timbre del teléfono móvil. Era Bastos.

—Malart, me están pidiendo su cabeza —dijo, la voz crispada —. Esa mujer está muy bien relacionada y usted ha dinamitado nuestra política de cautela con su maldita visita.

—Jefe, refrésqueles la memoria. La autoestima de la señora Torrens puede haber sufrido algún arañazo, pero su marido no tiene tiempo que perder con sutilezas. Le restan menos de cinco días de vida. Cuando acabe todo esto, ya le enviaré un restaurador de superficies.

—¿Y sacó algo en claro? —preguntó tras una pausa.

—Afirma que entre ellos solo hubo contactos ocasionales y que la idea de que se haya fugado es ridícula. Puede haber mentido, pero yo la creo.

Bastos hizo una nueva pausa. Momentos después, endureció la voz y dijo:

—El inspector jefe Sonseca le acusa de intromisión. Es una acusación grave.

—Transmítale mis condolencias. ¿Alguna queja más?

El comisario jefe volvió a hacer otra pausa. Esta vez fue más larga que las anteriores.

—Malart, su placa pende de un hilo.

—Si los resultados no me acompañan al final, yo mismo le daré unas tijeras.

—Hágame un favor, déjese de numeritos. No habrá más advertencias.

—Hablando de favores, ¿podría hacerse cargo de una pequeña factura? No he tenido tiempo de ir al banco y tengo que abonar un menú...

—Estoy más que harto de usted —atajó Bastos, irritado—. ¡Páseme con el camarero!

Milo le hizo un gesto, le entregó el móvil y se desentendió del tema.

—Tendrá que firmar la cuenta —dijo el camarero al terminar. Le devolvió el aparato.

—No hay problema, me sale de maravilla. Tráeme otro café.

Cuando salió a la plaza Universidad, el sol no aflojaba ni por asomo. Se sintió desfallecer. Cruzó el semáforo y se dirigió a los bancos del centro de la isla. Observó el piso que antaño había sido de su padre, el hogar familiar, y donde ahora vivía su hermano con Sara. El piso. Marc. En los bajos del edificio había una tienda de mantas. Se volvió para echar un vistazo al reloj de la torre y calculó que Hugo aún estaría en casa. Clavó la vista en el portal. Disponía de tres horas antes de acudir a la psicóloga, y la consulta se hallaba cerca.

Al rato, tal como esperaba, unos jóvenes empezaron a llegar poco a poco a la plaza. Eran una docena de chicos y chicas, entre los catorce y dieciséis años, y todos vestidos de forma similar. Camisetas amplias, tejanos anchos y bajos, gorras de béisbol y deportivas de suela plana sin abrochar. El rumor de sus monopatines rodando pronto se sumó al ajetreo del tráfico en la hora punta. Marc le había contado que solía reunirse allí con sus amigos para practicar piruetas. Caminó hacia el grupo de *skaters* sin perder de vista el portal junto a la tienda de mantas. Se detuvo en un singular banco de granito negro. Mientras unos hacían rodar

sus monopatines sorteando peatones, otros observaban desde allí. Apoyó un pie.

—Son buenos, ¿eh? —preguntó con gesto distraído.

Una chica de no más de catorce años le miró con suficiencia. Asintió con la barbilla. Vestía una camiseta contra el maltrato a los animales y lucía dos *piercings*, uno en el labio inferior y otro en la ceja izquierda. Todo el pabellón de su oreja derecha estaba taladrado por una fila de tachuelas plateadas.

—¿Qué quiere este? —le preguntó un chico con rastas sujetadas por una cinta.

—Hacerse el enterado —dijo la joven de los *piercings*—. Es inofensivo.

—No mola —concluyó el otro.

—Quien sí molaba era Marc —dijo Milo—. ¿Lo conocíais?

—¿Marc? ¿Qué Marc? —soltó el de las rastas.

—Marc Malart. Vivía aquí enfrente. Se suicidó hace dos meses. Ese Marc.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada. La chica se rascó la axila con gesto indolente.

—Doble M, sí. Era guay —dijo. Se desperezó—. Guay de la hostia.

—Qué fuerte lo que hizo, tía —comentó su compañero—. Qué fuerte. Para flipar.

Llegó uno que frenó en seco con el monopatín. Multitud de cadenas colgaban de su cuello y varios tatuajes asomaban por sus brazos. El de las rastas señaló a Milo con el pulgar por encima del hombro y le contó que preguntaba por Doble M. Otro muchacho se aproximó. Frenó con idéntica maniobra, hizo saltar la tabla hasta su mano y se tumbó en el banco.

—¡La puta, este sol te mata! ¿Alguien tiene costo?

—Eres la risa, no hay pasta —dijo el de las cadenas—. Cafinitrina sí, de mi viejo.

Uno más se sumó al grupo. Saltó del monopatín y lo dejó ir. La tabla se estrelló contra el banco. Se quitó la camiseta, introdujo un extremo en los vaqueros y alzó los brazos.

—¡Puto calor! —Se volvió hacia el resto—. Tengo ketaminas,

¿quién va a por birras?

—Tú —dijo la de los *piercings* a Milo—, ¿cómo vas de pasta? Enróllate, tío.

—Ni para un café. La vida es una jodida mierda.

Los jóvenes lo miraron con una mezcla de respeto y estupor. Uno le preguntó si Doble M era algo suyo. Milo afirmó con la cabeza. El muchacho sacudió las manos.

—Con dos huevos.

—¿Alguno de vosotros sabe qué le pasaba?

—¡La hostia, lo que a todos! —dijo otro. Hizo una mueca—. Nada. Todo.

—No entiendo —dijo Milo.

—¡Ahí le has dado! —exclamó la chica—. Los viejos no entendéis nada.

—¿Qué hay que entender?

—A nosotros, tío. A la peña. ¿Qué ves ahí delante? —dijo. Señaló hacia ningún sitio en concreto—. Nada. No hay nada. ¿Y para eso tenemos que ir? Es de pirados.

El joven sin camiseta puso los ojos en blanco.

—¿Marc opinaba lo mismo?

Uno desvió la mirada y los demás callaron. La chica carraspeó. Soltó un salivazo.

—Tenía problemas —dijo—. Estaba jodido. Chungo, muy chungo.

—¿Qué clase de problemas?

—¡Y cómo quieres que lo sepa, tío! ¡Yo no era su colega!

—¡Sí, solo su piba! —se burló el de las rastas—. ¡Lo matabas a pajas!

El grupo se echó a reír de forma compulsiva, animal. La risa de la manada.

—¡Sois unos mamones! —masculló la chica, los ojos brillando —. Doble M era buen tío, más que vosotros, tíos mierda. Sí, lloraba, ¿y qué? ¿Un tío no puede? ¡Iros a cagar!

Hundió la cabeza entre las rodillas y se abrazó. Los demás se miraron. Un instante y echaron a rodar los monopatines. Se lanzaron arriba y abajo por la plaza, sin ir a ninguna parte. Un

fotógrafo, a la sombra de unos sauces, tomaba instantáneas de sus movimientos.

De reojo, Milo vio que el portal junto a la tienda de mantas se abría. Salió Hugo. Lo reconoció a pesar de su aspecto. Escuálido, demacrado, los hombros caídos. Su hermano echó a andar con paso lento y cansado. Lo siguió con la vista hasta que torció por Pelayo.

Tocó el hombro de la joven de los *piercings*. Ella levantó la cara en el acto.

—¡Que no me toques, tío! —gritó, tensando todo el cuerpo. Su expresión era de odio.

Milo le dirigió una mirada amable. Apartó la mano.

—Gracias —dijo.

La muchacha se quedó sorprendida. Cuando asimiló sus palabras, Milo ya había atravesado la ronda Universidad y entrado en el portal junto a la tienda de mantas.

Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al cuarto piso. Una vez en el rellano, tomó aire, aguardó unos segundos y luego se acercó a la tercera puerta. Pulsó el timbre.

Abrió una mujer. Se quedó muda. Debajo del delantal vestía unos vaqueros recortados, camiseta de tirantes, y calzaba chanclas de ir a la playa. Milo escrutó a su cuñada. Los ojos hundidos, la piel arrugada, el cabello apelmazado, sin brillo. Nada que ver con la Sara de siempre; la Sara de mirada dulce, risueña, con la rubia y sedosa melena bien peinada. Nunca entendió qué pudo ver en un hombre como su hermano, ni explicarse cómo Hugo tuvo la suerte de encontrar a una mujer como ella. Pero todo aquello ya era historia pasada.

—Sara —dijo—. ¿Puedo pasar?

Ella se apartó y él entró en el piso. Olía a comida, a lejía. A dolor. Pasado y reciente. Fue hasta la sala que permanecía en penumbra, con las persianas bajadas por el sol. Recordó que por la tarde daba de pleno y era insoportable. Dio un paso hacia ella y la abrazó. Rígida, Sara se dejó estrechar. Notó su cuerpo menudo, los huesos. Se separó con brusquedad.

—Hugo se acaba de ir —dijo—. Pero ya lo sabías. ¿A qué has venido?

—A hablar. ¿Por qué no nos sentamos? —señaló el tresillo—. Por favor.

—¿Hablar? —dijo ella—. ¿De qué quieres que hablemos?

—De nada en particular. —Volvió a señalar el tresillo—. De todo un poco.

A la luz mortecina, la vio agarrarse al delantal. Desviar los ojos y enfocarlo de nuevo.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó Milo.

—¿Cómo me van las cosas?

—Sí, ¿cómo va todo?

Ella retrocedió. Milo la cogió de un brazo y la detuvo.

—Por favor, Sara.

Entre tinieblas, la vio pestañear confundida, forcejear un instante. Le golpeó el pecho con blandura, sin energía. Milo la soltó. Las piernas le flaquearon.

—Te odio. No soporto que estés vivo y que él..., que él... Con tu arma...

No pudo seguir hablando. Milo evitó que se desplomara al suelo y la acostó en el tresillo. Luego, le acomodó la cabeza sobre un almohadón. La contempló unos segundos.

—¿Te importa que vaya a su cuarto? —preguntó.

Sara hizo un gesto vago y Milo dio la vuelta con rapidez y se alejó hacia el pasillo.

Sabía dónde estaba la habitación de Marc. Había sido la suya, compartida con Hugo, durante una época que prefería olvidar. Recorrió el pasillo a oscuras y se detuvo ante la última puerta. Empapado de sudor, se sintió como un ladrón que penetraba en un mausoleo. La abrió. Dio a la luz. Parpadeó un momento. Todo estaba como siempre. Los mismos pósteres en la pared, la papelera bajo el escritorio, el pijama en el colgador, y en el suelo las zapatillas de estar por casa y varias deportivas alineadas en desorden. Junto a ellas, su baqueteado monopatín. Dos camisetas sobre el respaldo de la silla. Unos vaqueros sobre su portátil cerrado. La cama hecha, sin una arruga. El portátil. Milo lo observó

con fijeza y no se lo pensó dos veces. Cogió una mochila negra y lo metió dentro. A continuación, apagó la luz y cerró la puerta. De vuelta a la sala, se la colgó del hombro.

—Sara, me llevo su ordenador —dijo—. ¿Puedo?

Ella no respondió. Milo se inclinó sobre su frente y le dio un beso.

—Estaremos en contacto —murmuró a la sala en penumbra.

Abandonó aquel piso de atmósfera irrespirable. Cerró la puerta con sigilo y se recostó contra ella. Inspiró una bocanada de aire. *No me abandones*. Experimentó una sacudida y se le disparó el corazón. Se agarró al pomo. *Sácame de aquí*. Un sudor frío le recorrió la espalda. *Por favor*. No pudo más. Temblando, se llevó las manos a los oídos y se los tapó con fuerza. Bajó las escaleras a trompicones. Salió a la calle y trató de recuperar el aliento.

El flujo regular de gente se interrumpió para esquivarlo. Dos ancianas, agarradas del brazo, lo miraron con desagrado. Una de ellas se detuvo y lo señaló con el bastón.

—¿No le da vergüenza, joven? A estas horas y ya bebido, ¿adónde iremos a parar?

Reanudaron su camino mientras Milo, como en un espejismo, veía sombras acercarse y alejarse, oía gritos y el estrépito de los coches, sirenas y el irritante chirrido del rodar de los monopatines sobre el pavimento de la plaza. Un pánico desmedido lo invadió al verse rodeado de extraños. Se apoyó en la pared y trató de acompasar la respiración.

Al cabo de unos minutos, acabó de ponerse la mochila y se concentró en dar un paso tras otro. Echó a andar con lentitud. Cruzó un semáforo, otro más, y resiguió el edificio de la universidad. A la altura del cine Coliseum sintió que la ansiedad iba remitiendo. Ya podía enfocar con claridad los rostros de la muchedumbre, esa expresión de indiferencia urbana. Avanzó hacia la esquina. En el reloj de una joyería vio que aún era pronto. Tenía tiempo. Con paso firme, decidió subir por el paseo central de la rambla. Bajo la arboleda se estaba fresco y agradeció la suave brisa que acariciaba su piel. Algo más arriba, vio la librería Bertrand. Allí encontraría refugio. Atravesó la calzada y entró.

Caminó entre los estantes repletos de libros, rodeó los expositores con las novedades de ficción y se dirigió, bajando unos escalones, a los sillones del fondo. Tomó asiento frente a la sección de autoayuda. El agradable aire acondicionado lo ayudó a recuperar las fuerzas.

Poco después, no pudo resistir la tentación y se acercó a la isla más cercana para ojear títulos y portadas. Los primeros ya los había leído, y repasó el resto. Uno enseñaba a meditar en un minuto, otro recomendaba vivir en primera clase si se estaba en el paro, y otro más allá afirmaba que todas las personas tenían algo positivo. Cambió de mostrador. Uno sostenía que comer poco alargaba la vida, y otro que la paz interior era la mejor medicina. Negó con la cabeza, ninguno le servía. De nuevo se preguntó por qué nadie escribía sobre algún tema que realmente pudiera ayudarle. Por ejemplo, cómo esquivar la herencia genética. Era la vida real.

Se acercaba la hora de su cita y abandonó la librería.

Cabizbajo, llegó hasta la esquina, levantó la vista y observó a dos empleados de un cercano supermercado vaciar un gran cubo lleno de envases caducados en un contenedor. Nada más volverse, un hombre y un niño, que permanecían a la espera, se abalanzaron sobre él. El niño introdujo medio cuerpo dentro, con el adulto sujetándolo por las piernas, y rebuscó entre la basura algo de comida. Cabeceó. Acababa de leer que aquel padre y su hijo eran unos afortunados. Vivirían más que nadie.

—Jodida vida —murmuró, cavilando en la extraña paradoja.

Se detuvo ante un portal en la esquina de Muntaner con Gran Vía y ojeó la tarjeta que le había dado Bastos. Comprobó el número de la dirección. A un lado, en hilera vertical, varias placas anunciaban que en aquel edificio había un centro de ayuda a afectados por el Síndrome de Down, el consulado de Gambia y la consulta de Judit Gaig, doctora en psicología. Atisbó a través del cristal. El vestíbulo se bifurcaba en dos escaleras, sin ascensor.

Retrocedió varios pasos hasta llegar al bordillo. Paseó de un

lado a otro. Unos niños jugaban a la comba en la acera central de la Gran Vía, una joven de piel mulata empujaba a un anciano en silla de ruedas, un hombre fotografiaba los árboles y una mujer vestida de deporte paseaba a su perro. Llenó los pulmones de aire tórrido y sacudió la cabeza. Si no acudía, quedaba fuera del caso. O el diván, o el banquillo de los suspendidos. Caminó hasta el portal.

Subió por las escaleras. En el estrecho rellano del primer piso había dos puertas. La de la derecha ostentaba una placa con el nombre de Judit Gaig. Pulsó el timbre. La puerta se entreabrió con un chasquido metálico. Miró a través de la rendija. No había nadie. Empujó con suavidad hasta abrirla por completo.

—Aquí —dijo una voz.

Dio un paso. El suelo era de parquet flotante y las paredes de color calabaza pastel. En un rincón del vestíbulo había un mostrador blanco. En un extremo, descansaba un jarrón con flores; en el otro, un bol con caramelos. Entre ambos, asomaba media cabeza con un cabello de tonalidad violácea. La mujer estiró el cuello y Milo calculó que rondaría los setenta años.

—¿Señor Malart? Pase, joven, pase.

—No la veía.

La señora puso cara de circunstancias.

—Llega usted tarde, la doctora lo está esperando. —Le lanzó una mirada reprobadora y tachó un nombre en una agenda—. Por lo que veo, a la tercera va la vencida. Me alegro de que por fin se haya atrevido. Ya verá, no duele nada. —Guardó la agenda en un cajón y se incorporó con esfuerzo—. Usted es el último y yo ya he cumplido por hoy. ¿Podrá decirle que ya me he ido a casa? Es al fondo, todo recto.

La mujer extrajo un bastón y se dirigió con paso inseguro hacia la puerta.

—Estas escaleras me van a matar —dijo, antes de cerrarla con un sonoro portazo.

Milo avanzó por el pasillo. En las paredes colgaban dibujos al carbón de cabezas de caballos, pinturas abstractas y un par de bucólicas marinas. Se detuvo ante una puerta blanca, la golpeó con

los nudillos y giró el tirador dorado.

La consulta estaba vacía.

—¿Doctora? —dijo—. ¿Doctora Judit Gaig?

El ruido de una cisterna le hizo volver la cabeza. Junto a una estantería había otra puerta, también blanca, y en su interior se oía correr el agua. En la estancia predominaban los colores claros, relajantes. La tapicería de sillas y sillones era salmón pastel, los muebles color hueso, y las lámparas de un azul cielo en la base y otro más subido en las pantallas. No había cortinas. Entre la sala y los ventanales se extendía una galería llena de plantas, cerrada por una puerta de cristal, que aislaba la consulta del ruido de la calle. Sobre la mesa, dos bolígrafos, el teléfono inalámbrico y una carpeta de tapas púrpura. Y en un brazo lateral, un portátil Apple junto a una impresora. Le extrañó la ausencia del clásico diván. Dejó la mochila en el suelo y tomó asiento en uno de los dos butacones frente a la mesa.

El ruido del agua cesó. Segundos después, Judit Gaig entró en la estancia.

—Tendrá que disculparme, pero las necesidades son las necesidades —dijo.

Vestía unos elegantes pantalones de seda color crema, camisa blanca de manga corta y mocasines beis. Sus movimientos eran pausados, medidos, y su rostro ovalado mantenía una expresión cálida, aunque distante. De mediana estatura, hombros estrechos y caderas anchas, su cara emitía autoridad y firmeza. Sus ojos eran color miel, la piel sin mácula y ligeramente bronceada, y la boca pequeña, con labios delineados por una fina capa de maquillaje. La voz, en cambio, sorprendía por una octava más grave que desentonaba con su aspecto.

—Me merecía la espera —dijo Milo—. Uno a tres.

Ella ladeó la cara y compuso una imagen de desconcierto. Luego, le dirigió una mirada vacía de emoción, como si estuviera examinando una baldosa de cemento.

—Judit Gaig —dijo, con frialdad—. Me temo que hemos empezado con mal pie.

—Milo Malart. Usted sabrá, es la psicóloga.

—¿Siempre comienza así sus entrevistas, señor Malart?

—Inspector Malart. ¿Así cómo, señora Gaig?

—Doctora Gaig. Así tan a la defensiva.

—Solo es cautela. Cuando termine de elaborar mi dosier —señaló la carpeta sobre la mesa—, se lo hará llegar al comisario con sus conclusiones. En función del contenido, puede significar el fin de mi carrera. Y la elección del color púrpura me remite a funerales.

Judit Gaig tomó asiento tras la mesa. Apoyó los codos y juntó las manos.

—Todo lo que hablemos entre estas cuatro paredes es rigurosamente confidencial, nadie sabrá nada de lo que aquí se diga. La relación entre médico y paciente es sagrada.

—¿Podría ponérmelo por escrito?

—¿No se fía de mí?

—Doctora, las palabras se las lleva el viento. Supongamos que detecta algún problema serio en mi cabeza, ¿se lo guardará para usted?

La doctora Gaig contuvo un gesto de impaciencia.

—Inspector Malart, creo que usted está confundido sobre cuál es mi misión aquí.

—Ilumíneme.

—Mi misión es evaluar su nivel de estrés y ansiedad, si posee alguna dificultad que pueda afectar su trabajo y capacidad de control, eso es todo. Sus superiores opinan que podría estar usted a punto de desmoronarse. Mi tarea consiste en dictaminar si es válido para el servicio, si necesita un descanso o una terapia personalizada para redirigir su comportamiento. No soy psiquiatra, sino psicóloga, y no estoy cualificada para diagnosticar lo que usted llama un problema serio. Solo en última instancia podría recomendar que visitara a uno, pero eso es algo que, por los datos que poseo, veo muy remoto.

—Esa última instancia es lo que me preocupa.

La doctora sostuvo la mirada de Milo sin parpadear.

—Le propongo un trato. Empecemos la sesión, y si nos topamos con algo grave, le aviso de inmediato y usted decide si

nos detenemos o seguimos adelante.

—Pero ¿no habíamos empezado ya la dichosa sesión?

—De hecho, así es —sonrió ella.

—¿Ya ha detectado algo?

—Bastante. Sus problemas con la autoridad son evidentes. Se muestra reticente y desconfiado, rebelde. Quiere controlar las conversaciones, y su actitud hostil y descreída, con un punto burlesco, indica la posibilidad de un trastorno de desafío oposicional.

—Suena muy grave.

—No crea, yo misma padezco esos síntomas y, ya ve, estoy al otro lado de la mesa.

—Sí, ya me he dado cuenta de tu obsesión por el orden —dijo Milo. Hizo un gesto con la mano que abarcaba la consulta—. Todo está en su sitio, perfectamente colocado. Es tu válvula de escape para controlar el caos que tus pacientes te dejan a diario. Todos estamos obsesionados con algo, el problema es la intensidad. La mía es intermedia, ¿y la tuya?

Judit Gaig lo miró con fijeza. Entornó los ojos.

—¿Analizarme te ayuda a vencer tu incomodidad por tener que venir aquí?

—¿No haces tú lo mismo para huir de tus problemas?

—No has respondido a mi pregunta —dijo ella, reclinándose en el asiento.

—Tú tampoco —dijo Milo, haciendo otro tanto.

—Yo soy la psicóloga y esta es mi consulta.

—Y yo uno de esos policías que lo solucionan todo, menos sus propios problemas.

—¿Y qué con eso?

—No sé, lo oí por televisión, y he pensado que venía a cuento.

Ambos hicieron una pausa. Inmóviles, se dedicaron a estudiarse en silencio.

—Eres muy escurridizo —dijo ella—. ¿Cuándo hemos pasado a tutearnos?

—Hace un rato, ¿algún problema?

—Inspector, esto no es un juego. Necesitas ayuda.

—Doctora, lo que necesito es agua. Tengo la garganta seca.

Ella se dirigió a un aparador. De una pequeña nevera situada en su parte inferior extrajo dos botellines. Regresó a la mesa, le entregó uno a Milo y fue hasta su butaca.

—¿Por dónde quieres que continuemos? —preguntó.

—¿Por dónde te parece a ti que debemos continuar?

Ella bebió un largo trago de agua. Milo la imitó.

A oscuras, sin noción del tiempo, comenzó a torturarse con la idea del agua. Notaba la boca pastosa, la lengua acartonada. La falta de comida lo dejaba débil, mareado, alternando el sueño con la vigilia. Pero la sed era cada vez más acuciante. No cesaba de recrear imágenes de ríos, manantiales, cascadas. Se retorció en el suelo. Apoyó la mejilla contra el cemento y se ordenó dejar de pensar en agua resbalando por su garganta, en revivir la sensación de alivio al tragarla. ¿Quién le estaba haciendo sufrir así? ¿Por qué? Él era alguien de peso en la sociedad, no era posible que lo sometieran a un trato tan indigno.

Encolerizado, se arrastró hasta las rejas de la celda y se incorporó con esfuerzo.

—Quiero beber —exigió, la voz estropajosa. Sacudió las rejas —. ¡Quiero beber!

Silencio.

—Pagarás por esto, maldito seas. ¡Tengo amigos influyentes! Tengo..., tengo...

Se dejó caer, agotado. No podía ser real. A su paso, todas las puertas se abrían, su presencia provocaba reverencias, y en su despacho se amontonaban las invitaciones para acudir a los sitios de privilegio. Aquello no podía estar ocurriéndole a un hombre como él. Nadie se atrevería a tanto, ni siquiera uno de los protagonistas de sus vídeos. Se expondría a un escándalo que destrozaría su carrera y arruinaría su vida para siempre. No, ninguno de ellos osaría rebelarse, el precio que debería pagar sería demasiado alto. Y él sabía de precios. Era otro de sus talentos. Exigir el adecuado, ni demasiado alto que pudiera ahogar al

pagador, ni tan bajo que provocara la tentación de no tomárselo en serio. Podía adivinar con precisión el de cada hombre. Nunca erraba el tiro. El dinero era siempre la clave. La clave. Todo tenía su precio.

Se enderezó hasta sentarse. Agarró las rejas, acercó la boca.

—Mil euros por un vaso de agua —dijo a la oscuridad.

Su voz le sonó irreconocible, igual que un graznido. Le costaba articular las palabras, como si la lengua de arena chocara contra un paladar de barro sólido.

—Dos mil —rugió en un murmullo afónico.

No obtuvo respuesta.

—Cinco mil —insistió, con las cuerdas vocales desgarradas.

Tras el nuevo silencio, volvió a rebuscar por enésima vez la cartera en los bolsillos, el móvil, las gafas, su valioso reloj de muñeca. Fue en vano. Aquel malnacido le había quitado sus pertenencias y lo había tirado en esa celda como un despojo humano, para que se pudriera hasta la muerte. Una punzada le atravesó el corazón. No podría cambiar las cosas. Su dinero allí no valía, era papel mojado. También le había arrebatado su principal argumento. Sin él, no podría alterar el rumbo de los acontecimientos. Ya no estaba al mando, ya no decidía. Era un viejo acabado consumiendo sus últimas horas. Sintió flaquear su entereza.

Abandonando toda idea de poder, suplicó:

—Por favor, un poco de agua... Te daré lo que me pidas... Lo que sea...

El foco de luz se encendió, cegándolo con su resplandor blanco. Pero ahora, en vez de protegerse, se limitó a desviar los ojos. Boqueó al borde del desmayo.

—Agua, por el amor de Dios... Agua...

De pronto, el haz de luz se vio interrumpido fugazmente por una sombra y una lluvia de papeles le cayó en el rostro. Perplejo, agarró uno con torpeza y lo contempló sin entender. Era un billete de color morado. En concreto, de quinientos euros. Cientos de billetes.

Félix Torrens soltó una risa cavernosa, enloquecida. Bañado

en una fortuna y muriéndose de sed. Alzó la cabeza en dirección al foco. Su potente brillo hería sus pupilas.

Entreabrió los labios cubiertos por una dura capa blanquecina y murmuró:

—Dime... al menos... quién eres...

Dejó caer la barbilla, seguro de que otra vez le iba a responder el silencio. Cerró los ojos. No había salida. Entonces oyó una voz suave; dura, pero suave. Su falta de emoción le hizo estremecer de pies a cabeza.

La voz dijo:

—Puedes llamarme majestad.

La doctora Gaig alcanzó el bolígrafo rojo, la carpeta púrpura, y se recostó en el asiento. A continuación, apoyó el dosier sobre el borde del escritorio y pasó unas hojas.

—¿Qué tal si empezamos por el principio? Natural de Barcelona —leyó, saltándose líneas—. Un hermano tres años mayor. Huérfano de madre a los seis. Tus abuelos maternos se hicieron cargo de ti hasta los doce... —Levantó la mirada—. ¿De qué murió?

—¿Mi madre? Infarto. Fulminante. A los treinta y cuatro. Padecía del corazón.

—¿Y por qué te fuiste a vivir con tus abuelos?

—No sé, era muy pequeño. Debieron de pensar que me convenía un cambio de aires y me llevaron con ellos a Port de la Selva. Es un pueblo de pescadores en el Alt Empordà.

—Lo conozco. ¿Y a tu padre no le importó alejarse de su hijo pequeño?

—Tendrías que habérselo preguntado a él hace medio año, antes de fallecer.

—¿A qué se dedicaba?

—Era viajante de una marca de electrodomésticos. Cuando murió mi madre, dejó lo de viajar y aceptó un puesto de vendedor en la ciudad. Hasta que lo despidieron.

—¿Qué tal te llevabas con él en aquella época?

—No me llevaba. Siguiente pregunta.

Ella volvió la vista a la carpeta.

—Regresaste al hogar con tu padre y tu hermano. Estudiaste cinco años en los jesuitas de la calle Caspe, y luego Derecho en la UB. Entraste en la Academia de Mollet en... —Alzó los ojos—. ¿Por qué decidiste hacerte policía?

—¿Tan raro te resulta? ¿Piensas que hay que estar loco para ingresar en el Cuerpo?

Ella meditó unos segundos. Volvió la vista al dosier.

—Tus notas en la universidad, sin llegar a la excelencia, podrían calificarse de buenas, más altas que la media —dijo, repasando las hojas. Levantó la mirada—. Según Jung, en el inconsciente está la clave de nuestra vocación. Podrías haber entrado en cualquier bufete de la ciudad o emplearte en trabajos mejor remunerados y de más prestigio social. Pero escogiste este, uno muy alejado del de tu padre y que no responde a las expectativas corrientes de un joven que pretende labrarse un porvenir... más ambicioso, ¿por qué?

—¿Tal vez porque no era ambicioso?

—Lo has vuelto a hacer. Estrategia evasiva. Contestas con una pregunta con tal de buscar tiempo para responder. —Respiró hondo—. ¿No lo eras?

Milo empezó a envararse en el asiento.

—Nunca he encajado en lo que tú llamarías prototipo social estándar.

—No me has respondido. ¿Tenías la vocación desde pequeño? ¿Te alentó tu abuelo?

—Mi abuelo era pescador, sabía leer el cielo y calar a la gente con un golpe de vista. Me educó para tomar mis propias decisiones. Y no, no tuve vocación. Fue sobre la marcha.

Judit Gaig se introdujo un extremo del bolígrafo en la boca y lo mordisqueó de forma inconsciente. Al cabo de unos instantes, señaló a Milo con él.

—¿Hubo algún episodio que te empujara a tomar esa decisión? —preguntó—. ¿Algo que te marcara de forma especial?

Milo desvió la vista a la mochila, la recolocó contra la butaca.

Permaneció quieto, pensando. Pasó las páginas del catálogo y llenó los pulmones de aire. Entonces le dijo que hubo uno, uno que no lograría olvidar ni en cien años.

—Ocurrió en la universidad, en una fiesta —dijo, la voz monocorde—. Ya sabes cómo eran. A veces las cosas se desmadraban y pasaba lo que no tenía que pasar. Vi un grupo de tíos en un aula. Gritaban borrachos, se jaleaban. Me acerqué. En el centro del corro había una chica, una compañera de último curso. La sujetaban por los brazos y las piernas, le tapaban la boca. Me di la vuelta y me largué, sin intervenir. Fui testigo, pero no hice nada. Me comporté como un cobarde, de forma miserable. Días después, me crucé con aquellos salvajes y guardé silencio, un silencio cómplice. Allí empezaron mis problemas para conciliar el sueño. Y cuando me licencié, decidí no volver a acobardarme jamás. Tal vez eso influyó, no sé.

La doctora lo observó largamente, sin pronunciar palabra.

Milo soportó el peso de su mirada sin moverse. Hasta que se sintió incómodo.

—Está bien, quizá me he inventado algo —dijo—. Es una de las veinte respuestas que tengo preparadas para cuando alguien me interroga al respecto.

—¿Y cuál es la verdadera? —dijo ella, sin inmutarse.

Milo bajó la cabeza. Cruzó los brazos y se balanceó ligeramente adelante y atrás.

—Una que me avergüenza hasta la médula. —Resopló—. Tenía doce años, solo era un chiquillo recién llegado a la ciudad. Había dejado atrás la vida sencilla de pueblo y de golpe me vi rodeado por una multitud de niños en el colegio. Era muy tímido. Fuimos de retiro espiritual, a Montserrat. Los jesuitas solían hacerlo a menudo. Lo que ignoraba es que, de paso, uno de ellos quisiera aprovecharse de un chaval como yo, tan marginado. Era presa fácil para un depredador que se escondía detrás de una sotana. Entró en mi cuarto. Aquella noche jugaba el Barça contra el Madrid y los pasillos estaban tranquilos. Me hice el dormido. Mientras era víctima de su mierda, me juré que un día, cuando fuera mayor, lo llevaría ante un juez para que lo pusiera entre

rejas. Ahí tienes el motivo, el episodio especial. Recuerdo incluso el resultado del partido, fue de escándalo. ¿Contenta?

La doctora apretó los labios mientras entornaba los ojos.

—¿Qué número ocupa esta en tu lista de veinte respuestas? —dijo, la mirada fría.

Milo se apoyó en el respaldo, se llevó una mano a la barbilla. Hizo una mueca.

—Soy muy mal actor. La número ocho.

—Ya está bien de jueguecitos —dijo ella, con desagrado—. No le veo maldita la gracia. Por última vez, inspector, ¿cuál es la respuesta verdadera?

—¡Quería formar parte de un grupo! —soltó, abriendo los brazos—.Ya está. Punto.

Judit Gaig volvió a mirarlo con fijeza.

—¿Más mentiras? A ti no te gusta trabajar en equipo.

—Una cosa no quita la otra.

—Como quieras —concluyó ella. Escribió unas líneas en el margen—. Pero no me parece bien burlarse de estas tragedias. Hay personas que las han sufrido de verdad.

—¿Cómo sabes que no es cierto? ¿Tienes un detector de mentiras escondido en tu lámpara de diseño? —Extendió un dedo —. ¿Qué escribes ahí?

—No es de tu incumbencia —manifestó la doctora—. ¿Qué obtienes tejiendo esa telaraña de verdades y mentiras? Si me engañas, te perjudicas a ti mismo.

—Tú ya te has formado un esquema, solo he dicho lo que esperabas oír. El tópico del hombre torturado por un episodio del pasado que decide hacerse policía para superarlo.

—¿Me has manipulado todo el rato? —replicó, molesta.

—Doctora, puedo fingirme un poco chaveta, pero no soy un mentiroso. Es algo que me funciona con la gente con quien me cruzo en mi trabajo, pero contigo apenas lo he hecho.

—¿Apenas? —dijo Judit Gaig, el rostro encendido.

Milo adoptó una expresión inocente.

—Deberías hacerte mirar esa desconfianza, doctora.

—Eres irritante. Y todo esto una pérdida de tiempo. —Cerró

la carpeta. Se incorporó de golpe—. Paramos aquí la sesión. Ahora mismo.

Milo se dobló hacia ella. Alargó las manos para detenerla.

—Espera, es que no tengo la costumbre, ¿entiendes? Nunca le cuento nada a nadie. Todo esto es nuevo para mí. Mi talento, si lo tengo, es ponerme en la piel de los pirados. El resto, soy un desastre. Sí, vale, soy mentalmente disperso y tengo cierta tendencia a la bipolaridad. ¿Y qué? Ocurre en las mejores familias. Si seguimos con la sesión, intentaré ser sincero. Venga, siéntate y prosigamos.

Ella lo miró con la duda en los ojos. Tomó asiento despacio, sin dejar de observarlo.

—Inspector, ya basta de juegos. Sé que sin estas sesiones perderás la placa. Necesito la certeza de que responderás a todas mis preguntas con sinceridad. ¿Tengo tu palabra?

—La tienes —dijo—. Y puedes creerme, soy un representante de la ley.

Judit Gaig se reclinó en la butaca. Abrió la carpeta.

—¿Por qué no quieres hablar de tu padre?

Milo se enojó consigo mismo. Con aquel plante inesperado, la doctora había logrado que la conversación se le fuera de las manos, enviado toda su estrategia al traste, y pasado a tomar ella el mando de la sesión. Maldijo para sus adentros la habilidad de aquella mujer.

Vaciló un momento tratando de hallar una escapatoria. Decidió mostrar un resquicio.

—Es un tema privado —repuso.

—¿Por qué te provoca tantos reparos hablar de él? —insistió.

—Porque era un bebedor, un mal tipo —dijo, sin entonación. Vio a su padre. Fornido, fuerte como un roble. El puño en alto. Fuera de quicio. Su imagen perduraba en su cerebro, la memoria del dolor. Carraspeó nervioso—. Un hombre primitivo, cruel. No sé cómo lo aguantaba mi madre. Eran otros tiempos.

—¿La maltrataba?

—Era muy pequeño, no recuerdo —dijo, cada vez más tenso.

—¿Qué tipo de relación había entre vosotros?

—¿Con mi padre? —Milo se encogió en la butaca—. Fría, distante. Me apartó diciendo que era un caso perdido y se concentró en educar a mi hermano como un hombre; duro, resistente, alguien preparado para sobrevivir.

Judit Gaig dejó la carpeta sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Debió de ser una época difícil —apuntó, con suavidad.

—Los niños tienen muchos recursos, lo encajan todo —dijo. Con seis años y ya recluido en sí mismo. Y cuando regresó a los doce, se sintió como un extraño. Sin vínculos. Un solitario obsesionado en explicarse el porqué del comportamiento humano. Empezando por el de su familia—. Nada fuera de lo normal.

Ella consultó sus papeles.

—Y poco después se detectaron los primeros síntomas de esquizofrenia en tu padre, lo que provocó su ingreso en un psiquiátrico. ¿Tomasteis juntos la decisión tú y tu hermano?

—No hablo de ese tema —declaró Milo—. Doctora, un trato es un trato.

—El pacto no era este —objetó ella—. Si topaba con algo grave, te avisaba y tú decidías si seguir o no. Pero no he dado con ningún problema, solo es una pregunta más.

—Si nos topábamos, doctora, tú y yo —matizó Milo—. Y yo decido no ir por ahí.

Judit escrutó su rostro y constató su determinación. Pasó unas hojas.

—¿Por qué crees que te han obligado a venir a visitarme?

—Se debe a un malentendido. Ya te he comentado que a veces me finjo un poco cabra, solo que la última vez fui demasiado lejos y ahora resulta que se lo han tomado en serio.

—Agrediste a un superior. ¿Sueles tener este tipo de estallidos a menudo?

Milo se echó hacia delante. Apoyó los brazos en las piernas y juntó las manos.

—Mi trabajo comporta mucha tensión —explicó—. Eso hace que a veces salten chispas en el ambiente. Unas palabras malinterpretadas, y una cosa lleva a la otra. Pero nada importante,

doctora. Todos entendemos que es algo que conlleva esta profesión.

—¿Insinúas que el trabajo de hacer cumplir la ley induce un comportamiento violento?

—Yo no soy quién para insinuar qué induce a qué. Solo sé que es una realidad con la que nos tropezamos todos los días. Lo que sí afirmo es que la mayoría de nosotros, por no decir la totalidad, no tenemos problemas de control. Pero a veces, en ocasiones muy contadas, uno puede estallar. Igual que en cualquier trabajo, ¿o no? Pues este fue mi caso.

—¿Y los motivos?

Milo notó una fría sensación en el estómago.

—Una chispa. Exceso de testosterona —dijo. La mueca de Singla. Las palabras odiosas, la insinuación. Y de pronto el vértigo, la furia—. Mala combinación.

—Un cóctel explosivo que acabó en expediente disciplinario. Háblame de él.

Milo se rebulló en la butaca.

—¿No está bien ya por hoy? Estoy reventado, y mañana me espera un día muy duro.

Ella echó un vistazo a su reloj de muñeca y aceptó concluir la sesión.

—Se nos ha hecho tarde, no estoy habituada a lidiar con pacientes tan duros de pelar.

—¿Bromeas? Me has exprimido como una naranja. —Recogió la mochila y se incorporó—. ¿Has sacado alguna conclusión relevante?

—Varias, sí. —Cerró la carpeta y se levantó—. Pero es secreto de sumario.

Le indicó el camino de salida y Milo se dirigió hacia el vestíbulo colgándose la mochila al hombro. En el mostrador, la doctora abrió un cajón y consultó la agenda.

—Te quiero ver el próximo... jueves, jueves 15. A la misma hora. ¿Te va bien?

—¿Tengo otro remedio?

—¿Has conseguido el material que te pedí?

—Todo —dijo Lucas—. Perfectamente grabado.

—Magnífico. Coge un taxi y nos vemos en el aeropuerto. Tenemos el tiempo justo.

—Tú mandas.

Colgaron. Mauricio Navarro se frotó las manos.

Entró en el portal de la calle Atlántida, dio al interruptor de la luz y subió a oscuras las cuatro plantas hasta llegar al ático. Fastidiado, recorrió el último tramo y entró en el piso. Al cerrar la puerta, la soledad le cayó encima como una losa. Demasiadas emociones en un día.

Dejó la mochila sobre la mesa y salió a la terraza. Afuera bullía la vida, la animación. En su cerebro, solo una retahíla de pensamientos febriles. Entró en la sala y se echó en el sofá. Alcanzó el mando de la televisión. Apretó un botón cualquiera. En la pantalla, imágenes de los Mossos entrando en el Círculo Gaudí. Cambió de canal. El rostro del fiscal anticorrupción declarando en la rueda de prensa. Volvió a cambiar. La jauría de periodistas ante la casa de Félix Torrens. Otro canal. Una serie norteamericana, con la bella detective calzada con tacones persiguiendo a un sospechoso. Quitó el sonido y pulsó de forma compulsiva el botón del mando hasta que dio con lo único que valía la pena. *Los Simpson*. Conectó el audio.

Se sacó las deportivas empujando con los pies y se recostó hasta encontrar una postura cómoda. Envidió a Homer. La sencillez aplastante, el incombustible optimismo, la alegría por estar vivo. Y cuando reparó en que se estaba comparando con un dibujo animado, se vino abajo. Las fuerzas lo abandonaron de golpe, como si alguien lo hubiera apagado.

Sonó el móvil y pegó un brinco. Era Susana.

—Se ha armado la de Dios en comisaría, ¿lo has visto?

—Sí.

—Te he despertado.

—No.

—No estás muy hablador —dijo la jueza—. ¿Pasa algo, puedo echarte una mano?

—Me gustaría volver a casa, nada más.

La jueza Cabot reprimió un comentario. Dejó pasar unos instantes.

—Milo, no vuelvas a las andadas. Solo es el cansancio. —Silencio al otro lado—. Mi casa es tu casa, lo sabes. Siempre eres bienvenido. A cualquier hora. Sin condiciones.

—Suena muy tentador. Pero en otro momento, señoría.

—Como quieras. Intenta dormir. Tómate algo si es necesario, pero duerme.

Colgó. En la pantalla, un Homer cariñoso le proponía a su mujer que hicieran «lo que ya sabes». Ella accedía, entre risas, y ambos se escondían bajo la manta. Cambió de canal. Escogió uno de deportes, natación sincronizada. Volvió a sonar el móvil. Irene. Lo dejó en el sofá. Las notas de un tema de Queen reverberaron en la sala. Se preguntó qué clase de deporte era aquel. No entendía nada. El móvil enmudeció.

9

El amanecer encontró a Milo nadando un largo tras otro en un mar plano como un espejo para sacarse de encima una espesura mental que amenazaba con arruinarle el día. Se detuvo. Jadeando, contempló un atisbo de la incandescente bola en su progresivo ascenso. Cuando la vio convertida en una mitad perfecta, se dio la vuelta y observó la playa. Los vehículos de limpieza ya la recorrían sorteando a diversos durmientes, a corros de jóvenes apurando las últimas copas, y a alguna pareja de amantes sorprendidos por un alba para ellos siempre demasiado madrugadora. Varios agentes de la Guardia Urbana se dirigían con paso lento a despertar a los primeros, instar el fin de fiesta a los segundos e interrumpir a los terceros para que se fueran a otro sitio. En la orilla, unos pocos bañistas, en su mayoría ancianos de cuerpos arrugados, se adentraban en el mar con movimientos titubeantes. Unas gaviotas picoteaban los desperdicios en busca de comida, dejando impreso en la arena el mapa de sus huellas.

Cansado, sin apenas haber pegado ojo, dio unas brazadas y salió del mar. Se puso los tejanos, se colgó la camiseta al hombro, recogió el libro, y caminó descalzo hacia el chiringuito. Sin detenerse, lo dejó en una de las mesas y prosiguió en dirección al ático.

A pocos metros del portal, alguien se abalanzó sobre él. Sintió en la cara el impacto de un puño que lo despidió a un par de metros. Cayó al suelo. Mientras una miríada de puntos brillantes estallaba en su cerebro, oyó una voz cascada, ronca por los efectos del alcohol.

—Robaste el portátil de mi hijo —dijo Hugo—. Eres un jodido ladrón.

Milo se levantó despacio al tiempo que se limpiaba con el

dorso unas gotas de sangre que manaban del labio. Movió la mandíbula para comprobar si había algo roto. Ladeó la cabeza y observó a su hermano. Apretaba los dientes. La respiración acelerada.

—No voy a discutir con un borracho —dijo, dando media vuelta.

Hugo se enfureció. Alzó el puño, pero Milo se giró con rapidez y lo atrapó en el aire con la mano mientras le llegaba una vaharada de aliento impregnado en whisky barato.

—Deja el alcohol, puede acelerarte el desarrollo de la enfermedad. ¿Quieres acabar como nuestro padre? Tienes el gen.

Lo empujó y su hermano retrocedió un par de pasos. Se frotó el hombro.

—A la mierda con todo. Tú me quitaste a mi hijo, y ahora...

—Marc, se llamaba Marc. Deliras, estás como una cuba.

—¡No pronuncies su nombre, jodido ladrón! —voceó, embistiendo de nuevo.

Milo lo esquivó con facilidad, le hizo la zancadilla y lo tiró al suelo. A continuación, le puso una rodilla en el pecho para inmovilizarlo.

—Voy a averiguar por qué lo hizo, Hugo. Te guste o no te guste.

En el suelo, su hermano oscureció la mirada. Como un pozo sin fondo.

—¡Lo hizo por tu culpa, me cago en todo! —Forcejeó para librarse de la presión—. ¡Tú y tus malditos consejos de aficionado! ¡Suéltame!

—¿Qué consejos?

—¡Que me sueltes!

Milo se incorporó sin perderlo de vista, desconcertado. Una idea se abrió paso.

—Sabías que tenía problemas. Y lo dejaste en mis manos. Yo lo vi serio, distinto, pero no pensé que fuera tan grave. En cambio, tú vivías con él, lo veías a todas horas. Y te limitaste a confiar en que hablando conmigo pudiera solucionar las cosas. ¿Fue así? Dime, ¿fue así?

Hugo permaneció echado en el suelo. Se abrazó las piernas. Cerró los ojos.

—Y en alguno de sus arranques, debió de dejar caer que pensaba acabar con todo. Lo oíste, pero pensaste que solo era una forma de llamar la atención. Cosas de adolescentes.

—Solo..., solo quería tratarlo como a un hombre, prepararlo para sobrevivir...

—Joder, Hugo, basta ya —dijo Milo. Le tendió una mano—. Levántate, venga.

Abrió los ojos con ferocidad. Se puso en pie poco a poco. Esbozó una siniestra sonrisa.

—Tú apretaste el gatillo. Me importa una mierda que seas policía, voy a denunciarte.

—Haz lo que te dé la gana.

—Voy a hacer que te encierren. —Avanzó hacia él. Se detuvo a un palmo de su rostro—. Convertiré tu vida en un infierno.

Milo recogió la camiseta y se alejó hacia el portal.

—Ya lo es, ¿es esto lo que querías oír?

—¡Eres un asesino! —gritó Hugo, fuera de sí—. ¡Pagarás por ello!

Sin hacer caso, Milo entró en el edificio y subió los escalones de dos en dos. La voz de su hermano todavía resonaba en la calle cuando llegó al ático. Cerró la puerta de la terraza. Fue directo a la nevera, sacó unos cubitos de hielo y los envolvió en un trapo. Mientras se lo aplicaba en la mejilla, se dirigió al baño y abrió el grifo de la ducha. Se desnudó, entró en el cubículo. Apoyó la frente contra el alicatado sin dejar de apretar el hielo. Notaba el pulso bajo la piel, y cómo el dolor de la cara empezaba a acentuarse. El otro no había forma de calmarlo.

—Llegas tarde, figura —dijo Singla—. Rojo y Cervera te esperan en los calabozos para que reconozcas a tu indigente. Lo pillaron en el paseo de Gracia y ha dormido la mona en una celda.

Milo fue hasta su mesa y descargó la mochila junto al teléfono.

—¿Me has oído? —insistió. Milo se volvió—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he caído de la cama. Bajo enseguida, en cuanto me tome un café.

Intentó sortearlo, pero el inspector jefe se interpuso en su camino.

—Probando tu propia medicina, ¿eh?

Logró esquivarlo y se dirigió a la sala de descanso. Allí se encontró con Rebeca. Hojeaba la prensa del día mientras sostenía una taza de café humeante. Alzó la vista.

—¡La hostia! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Se me ha caído encima el teléfono de la ducha.

Fue hasta la máquina y seleccionó un café exprés bien cargado.

—¿Has leído los periódicos de la mañana? —preguntó ella—. Todos abren con la entrada de los Mossos en el Círculo Gaudí. No veas el escándalo que se está montando.

Retiró el café del surtidor y fue a sentarse lejos, a otra mesa. Se concentró en remover la taza al tiempo que con la cucharilla bebía pequeñas dosis de crema. Rebeca soltó un bufido y le preguntó sobre lo que hizo ayer después de dejarla en Pedralbes con el taxista.

—Fui a la loquera.

—Sí, pero tu cita era a las ocho y me plantaste a las cuatro. ¿Investigaste por libre?

—¿Qué pasa? —respondió, crispado—. ¿Ahora también eres mi vigilante?

Ella reprimió un comentario, cerró el periódico y lo dejó sobre un montón. Se levantó. Iba a abandonar la sala cuando se lo pensó mejor, agarró la prensa y la soltó en su mesa. Milo la miró con recelo, de arriba abajo. Aquella mañana vestía una camiseta azul oscuro con las letras NCIS impresas en blanco a la altura del pecho.

Hizo una mueca.

—Tu fervor por el imperio de los créditos basura da grima. ¿No tienes de otro estilo?

—¿Vas a estar así todo el día? —repuso—. Lo digo para ponerme el chaleco antibalas.

—No lo harás. No tienen estampadas siglas del país donde comenzó todo.

—Vale —dijo, dando media vuelta—, hoy toca día con compañero capullo.

Milo la vio salir de la sala y respiró con alivio. Revisó los periódicos.

Todos los titulares hacían referencia al mismo asunto. «Saqueo de una institución histórica.» «Los Mossos entran en el Círculo Gaudí por orden del juez.» «Fraude en el corazón cultural de Barcelona.» «Golpe a la burguesía catalana.» La mayor parte de las fotografías escogidas para ilustrar las portadas recogían el momento de la entrada de los Mossos en el Palau, primeros planos de Félix Torrens y Arnau Mascaró, y diversas imágenes del edificio de Gaudí desde varios ángulos. Solo uno de los diarios se salía de la norma. El titular rezaba: «Un señor de Barcelona». En la parte inferior, a un lado, aparecía un retrato de Félix Torrens: rostro surcado de arrugas, leve sonrisa forzada, gafas de oscura montura fina, y vestido con americana negra, camisa blanca y corbata azul cielo. El resto de la portada lo ocupaba una lista de los sesenta cargos que desempeñaba, cada uno precedido por un punto en tinta roja. Sesenta círculos como sesenta disparos de pequeño calibre. Como sesenta gotas de sangre. En la primera página no se mencionaba que su desaparición podía deberse a un secuestro, dando por válida la afirmación de la fiscalía anticorrupción de que se había fugado.

Resopló con fastidio. Aquello podía ponerle en dificultades con el fiscal, y no necesitaba un nuevo enemigo. Se avecinaban nuevos problemas. Apuró el café, y se encaminó hacia el ascensor para bajar a los calabozos situados en el sótano 1.

Los inspectores Rojo y Cervera lo recibieron con cara de pocos amigos.

—Llegas tarde —dijo Cervera, con ademán adusto.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó el inspector Rojo.

—He tropezado con una persiana. ¿Dónde lo tenéis?

—En la siete. Vamos —dijo Cervera.

Hizo una seña al sargento de guardia. Les abrió una puerta metálica.

Extrajo la HK, se la entregó al sargento a través de una abertura en el cristal, y este la guardó en un cajón bajo el mostrador. Luego, activó la apertura de una verja corredera y los tres inspectores accedieron al interior de los calabozos. Recorrieron el pasillo profusamente iluminado. Milo observó que las celdas que dejaban atrás estaban ocupadas por tres hombres de origen árabe, dos con rasgos occidentales y una mujer oriental. Se aproximaron a la celda siete. Allí, echado sobre un camastro atornillado al suelo, se arrebujaba un indigente.

Lo contempló a través de los barrotes.

—¿Ha dicho algo? —quiso saber.

—Ni una palabra —respondió el inspector Rojo.

—Tuvimos que sedarlo —dijo Cervera. Hizo como si se le fuera la cabeza—. Se alteró mucho al meterlo en el coche. No paraba de gritar no sé qué de una maleta y se resistió a soltar su carrito lleno de basura. De camino se puso a patalear, a darse cabezazos y a soltar burradas. Le metimos un chute, y desde entonces está ahí, durmiendo a pierna suelta.

—¿Y no ha abierto la boca? —insistió. Cervera negó con un gesto—. Lo que me temía. Haz que me abran la puerta, voy a entrar.

Cervera se encogió de hombros y avisó al sargento. Enseguida oyeron activarse el mecanismo con un chasquido. Milo estiró la reja y accedió a la celda. El indigente no se movía. Llegó hasta su altura, lo sacudió con suavidad. El hombre permaneció inmóvil.

—¿Qué tipo de tranquilizante le disteis, de caballo? —espetó, molesto.

Apoyó la mano en su espalda y comprobó que respiraba; con levedad, pero respiraba. El hedor que desprendía su cuerpo echaba para atrás. Se acuclilló a su lado, lo colocó mirando al techo, y lo observó con detenimiento.

Reconoció su rostro ajado sin necesidad de que abriera los ojos.

—Es él.

—Pues vámonos —dijo Cervera—, aquí huele que apesta.

—Hay otras cosas que apestan más en este asunto.

—No me toques los cojones. Nos tienes aquí el fin de semana, buscando fantasmas, y bastante hemos hecho. No nos vengas ahora con exquisiteces de protocolo con este tipo.

Milo se encaró con él.

—¿Cómo has dicho?

Se produjo un violento silencio. El inspector Cervera apartó el aire con la mano.

—Sea como sea, habrá que esperar a que se le pase la trompa para interrogarlo.

—No está borracho, sino drogado hasta las cejas con el maldito sedante de caballo.

—¿Y qué querías que hiciéramos? —soltó Cervera—. ¿Dejar que se siguiera dando de hostias? Le dimos una dosis más alta de lo habitual, eso es todo. Que te lo diga Rojo.

Incómodo, el inspector Rojo asintió con la cabeza.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —dijo Cervera.

—Un momento, quiero asegurarme de que se encuentra bien.

Palmeó sus mejillas sin fuerza. El hombre parpadeó confundido. Cuando fijó una mirada perdida, Milo escrutó sus ojos.

Se volvió hacia los dos inspectores que aguardaban afuera.

—Quiero que un médico controle las constantes de este hombre, de inmediato.

—¡No jodas, Malart!

—¿Prefieres tener encerrado a un fiambre? A su edad, y con la dosis que le habéis metido, no me explico cómo no se le ha parado el corazón. ¿A qué esperas?

El inspector Cervera salió hacia la garita del sargento.

—Se nos fue la mano —dijo Rojo.

Milo observó al mendigo. Permanecía con la boca abierta, un reguero de saliva le goteaba por la comisura, y los ojos vidriosos. Parecía haberse encogido veinte centímetros.

—Tranquilo, jefe, recuperaremos su maleta —susurró.

Un repentino brillo destelló en sus pupilas. Pero se desvaneció

al momento.

Milo se incorporó. Lo contempló un instante y salió de la celda.

—No debería estar aquí, sino en un hospital. Es un enfermo, no un delincuente.

—Tal vez, pero es un testigo y necesitamos saber lo que vio. Su declaración.

—Aquí no vais a lograr sacarle una palabra —aseveró Milo, echando a caminar por el pasillo—. Ya os lo dije. Se encerrará en sí mismo y punto. Quizás en un hospital, con los cuidados adecuados, os diga algo. Pero aquí, es perder el tiempo. Y lo que es peor todavía, ponemos en riesgo su vida de forma innecesaria.

—Las órdenes son las órdenes —justificó Rojo, bajando la cabeza.

—Pues me cago en las jodidas órdenes.

Se sentó a su mesa. Echó un vistazo a la oficina. Unos desviaron la mirada, otros le dirigieron muecas de irritación. Como había dicho Cervera, a ninguno le hacía gracia trabajar un sábado de julio. Afuera lucía el sol, era un día ideal para salir de la ciudad con la familia, y ¿dónde estaban ellos? Allí, desbordados por unas tareas basadas en suposiciones, y sin confiar en los resultados. Culpándolo. Les envidió por tener un chivo expiatorio.

El sargento Crespo se acercó, cargado con varias carpetas y un bloc. Milo vaciló.

—¿Tú también estás cabreado conmigo esta mañana?

Toni Crespo alzó las cejas.

—¿Tendría que estarlo?

Milo observó su expresión, la franqueza casi infantil. De talante sereno, el sargento era la nota discordante de la oficina. Su forma de trabajar metódica, y una tranquilidad a prueba de bombas, suponían un verdadero *rara avis* en el GEHME. Por añadidura, su eficacia a la hora de recabar datos era de sobra conocida, y nunca parecía agobiarse por más encargos que se acumularan en su mesa; muy al contrario, se entregaba a ellos con

energía, como si cada búsqueda le reportara la satisfacción de enfrentarse con un nuevo desafío.

—Olvídalo —dijo Milo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Varios temas, ¿por cuál quieres que empiece?

—Tú mismo.

Crespo meditó un instante, como si pusiera en orden sus pensamientos, y le dijo que un aluvión de gente estaba llamando a comisaría afirmando haber visto a Félix Torrens en los lugares más insospechados. Seleccionó un dosier verde y lo leyó de forma rápida.

—Las localizaciones incluyen Andorra, entrando en bancos o saliendo de tiendas cargado de bolsas, varias poblaciones costeras de Tarragona, donde al parecer se dedica a trasegar cerveza en compañía de jóvenes ingleses, pequeños pueblos de Lérida que ni sabía que existían, y por el Valle de Arán practicando senderismo. Curiosamente, nadie lo sitúa en la provincia de Gerona. —Revisó la última hoja—. Uno incluso lo sitúa haciendo submarinismo en Formentera, frente a un hotel en S'Arenal.

Milo se llevó las manos a la nuca y se repantigó en la silla.

—¿Todos los testimonios son de este tipo?

—Más o menos. Ninguno se sostiene después de tres o cuatro preguntas. Está pasando lo mismo que cuando desapareció Eduard Pinto, pero en mayor número. —Adoptó un aire risueño—. Tú aún no habías regresado al Grupo, pero cuando apareció colgado en La Pedrera, los dos días siguientes la central de llamadas se volvió un manicomio.

—¿Los zumbados habituales?

Asintió.

—Y todos afirmando haber sido el autor del crimen, y por los motivos más ridículos. Desde el mandato divino, pasando por los rituales de costumbre para exorcizar al demonio que llevaba dentro, hasta los más pragmáticos como ajuste de cuentas por cuestiones de dinero, por venganza tras haber arruinado su vida, y los más exóticos de índole extraterrestre.

Milo se irguió en la silla.

—¿Guardas el registro de esas llamadas, las grabaciones?

—Sí, pero no sirven de nada —aseguró—, solo contienen disparates. Son tipos de mente enfermiza que buscan los famosos cinco minutos de protagonismo.

—Nuestro asesino podría encajar en ese perfil —señaló Milo.

El sargento Crespo reflexionó en silencio.

—Si quieres, te las paso. Pero te aviso, son un montón de tonterías y poco más.

—Hazlo, Toni. Cuando te vaya bien, las reúnes y me las entregas, ¿de acuerdo?

—Tú mandas —dijo Crespo, tomando nota en su bloc. Luego, le entregó el dosier.

Milo lo dejó sobre la mesa. Se cruzó de brazos.

—Más cosas.

El sargento repasó el resto de carpetas y escogió una de color azul claro.

—Aquí tienes la lista de ladrones en activo que me pediste. —Se la dio—. Más de la mitad son de poca monta, con métodos antiguos y que no casan con lo que estás buscando; roban los coches para cometer toda clase de delitos. Un tercio ni siquiera llegan a ese grado, son los típicos descuideros que aprovechan la oportunidad. Y el resto son profesionales al servicio de redes internacionales, especializados en robos de coches de lujo, a gran escala; utilizan sistemas muy sofisticados, trabajan en equipo, y cuentan con grandes medios e infraestructuras. En total, son un centenar. ¿Quieres saber mi opinión?

—Adelante.

—No creo que nuestro sujeto forme parte de ninguno de estos grupos. Por su habilidad copiando las frecuencias podría pertenecer al último, pero lo dudo. Un tipo que secuestra a gente para luego quemarla viva llama mucho la atención, y si algo caracteriza a estas redes es que huyen de los focos. —Sacudió la cabeza—. No, ninguna mafia de estas tendría en sus filas a un asesino; atraería nuestro interés y sería perjudicial para su negocio.

—¿Entonces?

—Va por libre, y no está fichado; no forma parte de ninguna red, no es un ladrón de poca monta ni un descuidero —concluyó—.

Es un autodidacta que se ha buscado la vida por las calles para averiguar cómo llevar a cabo con éxito sus propósitos.

—¿Lo de autodidacta lo has dicho adrede o te ha salido sobre la marcha?

Crespo lo miró confundido. Al cabo, captó la broma y se le iluminó el rostro.

—Pura coincidencia, de verdad. —Sonrió—. Los juegos de palabras no son lo mío.

—¿Has llamado a Robos?

—Hablé con la inspectora Elisabet Serra y le trasladé tu petición de que apretaran las tuercas a los confidentes. Se avino enseguida. Es una mujer muy agradable, y competente. Tendrías que oír su voz... Disculpa —dijo, ruborizándose—, me he ido del tema. Como te decía, si no es por ese camino, me temo que nos encontramos ante otro callejón sin salida.

—Veremos, sargento, veremos. No hay que perder el optimismo. Siguiente tema.

—Aquí tienes el historial ampliado de Eduard Pinto. —Se lo entregó. Luego, cogió el último dosier, de color amarillo, e hizo otro tanto—. Y este es el de Félix Torrens. No está completo —avisó—, pero con la que está cayendo, obtendré más datos de los medios. La cobertura en los noticiarios autonómicos y nacionales está siendo abrumadora. Esta noche, sin ir más lejos, están anunciados dos programas especiales sobre él. Uno en TV3 y otro en Telecinco. Por no hablar de la radio. Es el tema estrella de hoy, con avalancha de información a todas horas. Y a partir de mañana, imagino, llegará la repercusión internacional.

Milo se lo devolvió.

—Pues me espero a que lo termines. ¿Cuánto tiempo te has remontado?

—Casi al origen, ¿es suficiente esta vez? —Reprimió un guiño al ver su cara—. Tiene sesenta y dos años y he recopilado bastante información. Hay cosas muy reveladoras.

—Hazme un resumen.

El sargento abrió el dosier y leyó, saltándose líneas, mientras intercalaba opiniones.

—Bien, por lo que he hallado, era un bala perdida ya desde joven, lo que no es raro proviniendo de una familia tan adinerada. Un niño bien, ya sabes, de carácter díscolo. Hijo de banquero y político, sobrino nieto de escultor famoso... Realizó el bachillerato en los jesuitas de Sarrià... Se licenció como ingeniero textil, hizo cursos de Administración de Empresas... En ambas etapas destacó como líder sin demasiados prejuicios y rodeado de la habitual camarilla de aduladores. Pronto se embarcó en toda clase de proyectos con tal de alcanzar el éxito por méritos propios: una industria textil que montó junto a un ex alto cargo franquista en Lugo y que acabó en fiasco monumental; una plantación de tabaco en República Dominicana, isla de la que tuvo que salir por piernas; una fábrica de zapatos en Filipinas que...

—Me hago una idea —interrumpió Milo—. Avancemos.

—Después del último escándalo, su padre, harto de tapar sus veleidades y pufos, lo expulsó de Barcelona...

—¿Cómo que lo expulsó?

—Sí, por lo visto, lo obligó a decidir entre quedarse y aceptar un cargo intermedio en el banco que dirigía, como una forma de sentar la cabeza, o marchar de la ciudad para acallar los rumores sobre su conducta. Félix Torrens se decantó por esta última opción, y, abro comillas, se exilió, cierro comillas, en Tarragona.

—Tampoco se fue muy lejos —ironizó Milo—. ¿Y a qué se dedicó esta vez?

—Un momento, no corras tanto. Ten en cuenta que era el año 1986 y que los Juegos Olímpicos de 1992 ya estaban en el horizonte de Barcelona. Para un hombre tan ambicioso debió de ser un golpe muy duro perderse la movida que iba a cambiar por completo la fisonomía de la ciudad, reconstruyéndola de norte a sur y de este a...

—Entendido —cortó de nuevo—, se iba a perder una gran ocasión, muchos negocios.

El sargento Crespo lo contempló un instante por encima del dosier.

—Sigo —dijo, volviendo la vista a los papeles—. Una vez en Tarragona, apretó las teclas entre sus contactos de la

Administración y decidió centrarse en el mundo de los niños desamparados por el sistema. El porqué, lo ignoro. No creo que fuera un asunto muy lucrativo, claro que yo no soy economista.

—Quería lavar su imagen —apuntó Milo—. Continúa.

—La cosa es que contó con la ayuda del Departamento de Protección de la Infancia y, a comienzos de 1987, logró montar una casa o centro de acogida en Tarragona, en un plan o prueba piloto que luego extendería por el resto de provincias de Cataluña...

—Dejando para el final Barcelona, donde haría su entrada triunfal como organizador de una estructura que proporcionara atención a los niños desheredados de la sociedad, regresando así como prohombre arrepentido de sus pecados de juventud.

—¿Cómo lo sabes?

—Es de cajón —dijo Milo, lacónico—. ¿Y lo consiguió?

—Montó tres, sí; la que ya te he comentado, otra en Lérida a finales del mismo año, y una última en Gerona a mediados de 1988. Luego, decidió traspasar la dirección y volvió a Barcelona en 1990, cuatro años después de haberse «exiliado».

Milo separó los brazos. Se echó atrás en la silla.

—Justo a tiempo —dijo—. Estaba seguro de que un hombre con ese perfil no desaprovecharía por nada del mundo los fastos de Barcelona 92. ¿Perderse el tren de la gran reestructuración de la ciudad? Ni loco. No un tipo como Félix Torrens.

—Ese hombre no es santo de tu devoción, ¿verdad?

—No es eso, solo que conozco a los de su calaña —contestó con rudeza—. La codicia es el motor que los mueve, y todo lo demás es accesorio, créeme. Tendrías que oír a su mujer.

—¿De qué mujer habláis? —preguntó la subinspectora Mercader, acercándose.

—De la señora Torrens —respondió Crespo.

—¿Y qué pasa con Virginia Colomer? —El sargento le resumió en pocas palabras el asunto—. Toni, deberías saber que el inspector Malart no traga a la alta burguesía, él sabrá por qué. Y que a sus mujeres las utiliza como diana para sus dardos envenenados.

Milo se mordió el labio inferior y no replicó. Se giró hacia

Crespo.

—¿Continuamos? Estábamos en que Félix Torrens llega a Barcelona poco antes de los Juegos y su padre lo recibe con los brazos abiertos, como a un hijo pródigo.

—Ahí te equivocas —dijo Crespo—. Su padre había fundado el Círculo Gaudí, pero con el banco y las otras responsabilidades lo tenía medio abandonado. Entonces varios periodistas de renombre impulsaron una campaña para advertir del deterioro del Palau Güell, y señalaron la necesidad de que sangre nueva e imaginativa se pusiera al frente de la entidad.

—Una campaña muy oportuna —soltó Milo—. Oportuna y casual. Y no creo en las...

—Casualidades —terminó Rebeca—. Sí, lo sabemos de memoria.

Milo la fulminó con la mirada.

—Me juego lo que quieras a que esa campaña la impulsó el mismo Félix Torrens para convertirse en presidente de la fundación —dijo—. Todo a cambio de futuros favores, por descontado. Esta gente actúa así, incluso contra su propio padre si es necesario.

—Fuera como fuese —prosiguió el sargento—, la cosa es que al principio Oriol Torrens, el padre, se opuso al nombramiento de Félix como su sucesor al frente de la entidad. Pero los periodistas arreciaron en su campaña y le pidieron que cediera en su actitud de no pasarle el mando. Argumentaron que su hijo poseía ideas renovadoras, que el traspaso de poderes era urgente, y más ante la proximidad de unos Juegos que iban a impulsar la imagen de la ciudad por el mundo, siendo inaceptable que la figura y obra de Gaudí se quedara atrás.

—El discurso habitual —comentó Milo—. La imagen y bla, bla, bla. Sigue.

—El asunto se desbloqueó cuando el *president* de la Generalitat de la época intervino a favor de Félix y por fin el padre accedió. La decisión, a pesar de los recelos del viejo Torrens, se demostró acertada, y durante los primeros años tanto el Círculo Gaudí como la obra del arquitecto se vieron beneficiados por la gestión del nuevo presidente.

—Díselo ahora a los patronos estafados por él —señaló Milo —. Están que trinan.

—En alguna parte se desvió del camino —dijo Crespo.

—La codicia, sargento, la codicia que mueve todos sus actos. No lo olvides. Con el nuevo cargo su plataforma de ascenso estaba en marcha y ya solo faltaba ampliarla. La obra de Gaudí le importaba un pimiento. Era un buscavidas, un timador, y esta gente no cambia. El final estaba más que cantado. ¿Queda algo más?

—Bueno, que a partir de entonces tuvo acceso a todos los niveles del entramado social de Barcelona —leyó Crespo por encima—. Pasó a formar parte de organismos y consejos de empresas, y extendió su red de intereses al mundo inmobiliario, industrial y financiero.

—Hasta acumular unos sesenta cargos, lo sabemos —atajó—. ¿Qué más?

—Pues que su ascenso fue meteórico, como su caída. Y aquí es donde me faltan datos.

Milo alargó la mano.

—Cambio de opinión —dijo—. Dame lo que tienes y sigue con él. Cuando lo acabes, lo añadiré a la carpeta. —El sargento le entregó el dosier amarillo y Milo lo amontonó sobre los otros—. Siguiente tema. ¿Qué hay del listado que te pedí sobre crímenes extraños y desapariciones durante los últimos cinco años?

—No he tenido tiempo, inspector —confesó.

Milo le lanzó una mirada gélida.

—¿Y tampoco tienes el otro sobre sociedades masónicas de Barcelona?

Crespo negó con la cabeza. Algo cohibido, desvió la vista al suelo.

—¿Qué esperabas? —intervino Rebeca—. Bastante ha hecho en veinticuatro horas.

Milo observó a uno y otra de forma alternativa. Respiró hondo.

—De acuerdo. —Esbozó una rígida sonrisa—. A veces pierdo la noción del tiempo.

—Los tendrás mañana, inspector —afirmó Crespo—. El lunes como muy tarde.

—Bien, cambiemos de tema. Tengo que pedirte un favor. —Agarró la mochila—. Es un asunto personal. Tendrás que ocuparte fuera de horarios laborales. Es una putada pero...

—Una putada como una catedral —matizó Rebeca—. ¿Nunca tienes suficiente o qué?

—No hay problema, subinspectora —dijo el sargento—. El día es muy largo. —Se volvió hacia él—. ¿En qué puedo ayudarte?

Milo le entregó la mochila.

—Es el portátil de mi sobrino Marc. —Su voz adquirió un tono sombrío—. Necesito que averigües la contraseña para acceder a su disco duro, cuentas de correo, redes sociales, cosas así. Y ya que estás, que repases sus e-mails, contactos, archivos personales. Todo. No sé lo que estoy buscando, pero puede que ahí dentro haya una respuesta a lo que... sucedió.

—Me pondré a ello esta misma noche, en casa —dijo Crespo —. Será coser y cantar. Los adolescentes no suelen complicarse mucho protegiendo sus archivos. ¿Algo más?

—Es un tema delicado, Toni. Encuentres lo que encuentres...

—Te pondré al corriente de todo. Sea lo que sea. Confía en mí.

Milo asintió con un gesto y se derrumbó en la silla.

—Inspector, ¿puedo hacerte una pregunta? —Aguardó la respuesta con expresión inocente. Milo asintió de nuevo—. ¿Qué te ha ocurrido en la cara?

—Me han dado una hostia. Pero yo me lo he buscado. Por hacer las cosas con el culo.

Crespo hizo un gesto de asentimiento. Se giró para ir a su mesa.

—Toni, esa biblioteca de la que nos hablaste, ¿está abierta hoy sábado?

—¿La Arús? No, cierran los fines de semana. Pero si quieres, puedo llamar a mi amigo Eugeni y preguntarle si te podría atender... ¿digamos esta tarde?, ¿a las cinco?

—Sería genial, sargento. Le avisas de que iré acompañado por

la subinspectora.

Mientras Crespo se alejaba con la mochila, Rebeca se volvió hacia Milo.

—¿Por qué antes no me has contado la verdad sobre lo que te había sucedido?

Milo apiló con calma las carpetas de colores, abrió el cajón y las metió dentro, junto a las otras. A continuación, cruzó los brazos y se quedó contemplando la mesa despejada.

—Hoy la cabeza no me funciona —dijo. Cerró los ojos—. Es como si la tuviera envuelta en una manta, en una manta de lana espesa.

—No me has respondido. Por qué no me lo has explicado, soy tu compañera.

—Tus camisetas, desconfío de ellas.

Atónita, Rebeca bajó la vista a su pecho en un acto reflejo. Estiró la prenda.

—¿Se puede saber qué tienen de malo?

Milo se incorporó de golpe.

—Vamos a visitar a la viuda de Eduard Pinto —dijo—. Tal vez nos aporte algo.

—¿Ahora quieres ir a...?

Rebeca no terminó la frase. El inspector Malart había salido hacia los ascensores y ella se apresuró a recoger su americana y correr tras él.

La casa de los Pinto se hallaba situada en la avenida del Tibidabo, en una de las últimas curvas antes de llegar al pie del funicular. Era una torre señorial, rodeada de amplios muros, que se levantaba varios pisos sobre la altura de la calle.

Rebeca aparcó frente a la entrada principal. Milo bajó del coche y alzó los ojos.

—Otra mansión —dijo—. No hacen más que recordarme mi precaria situación.

—Cochina envidia —replicó Rebeca, acercándose al portero automático. Pulsó el único botón mientras plantaba la placa ante la

cámara—. Hablaré yo, ¿entendido? Tú te quedas en un segundo plano, que ya sabemos cómo te las gastas con familiares de víctimas.

Una voz con acento peculiar surgió del aparato y les preguntó qué deseaban.

—Inspector Malart y subinspectora Mercader. Queremos hablar con la señora Pinto.

La pesada puerta blindada se abrió con un chasquido al tiempo que una voz metálica anunciaba que ya estaba abierta y que podían pasar. Milo y Rebeca se miraron con asombro.

—Amabilidad de última generación —dijo Milo—, además de constatar lo evidente.

—Que cierres la boca, inspector.

Subieron un tramo de empinadas escaleras hasta llegar a un rellano donde, girando en ángulo recto, se extendían varios tramos más sin adivinarse el final.

—Es un sistema ideal para desanimar a las visitas y los cobradores del gas —jadeó Milo.

Desembocaron en un cuidado jardín y ambos tomaron aire. Bajo un sol plomizo, observaron los setos recortados con exquisita perfección, los diferentes macizos de flores lindando con una alfombra de césped impoluto, y la piscina de forma irregular ubicada en el centro. En uno de sus extremos, una delicada cascada caía con relajante gorgoteo mientras detrás, en espacio aparte, un jacuzzi burbujeaba bajo la sombra de una carpa de diseño. Desde la distancia, contemplaron dos cabezas en su interior, un hombre de melena leonada y una mujer con el pelo corto. El chapoteo del agua no impedía oír sus risas apagadas.

—¿Te imaginas un baño ahora, con la que cae? —dijo Rebeca, sudando a chorros.

Un hombre de rasgos orientales se aproximó. Hizo una ligera inclinación de cabeza.

—La señora los espera, síganme —dijo, indicándoles el camino.

Caminaron por el césped reprimiendo las ganas de descalzarse y sentir la caricia de la hierba. Los condujo hasta el jacuzzi. Luego,

retrocedió unos pasos y aguardó impasible.

—¿La señora de...? Perdón, ¿Laia Subirats, viuda de Pinto? —preguntó Rebeca.

—La misma —dijo ella, con un coqueto mohín—. Aunque preferiría que olvidaras lo de viuda, me hace mayor. Disculpa que no me levante.

Soltó unas risitas juveniles. Era una mujer de pómulos sobresalientes, labios carnosos, y llamativos ojos verdes turquesa. Consciente de su atractivo, les sonrió con afabilidad.

—Subinspectora Mercader, señora.

—Laia —corrigió—. ¿Y tu compañero, el del moretón?

—El inspector Malart —señaló Rebeca. Observó al hombre de ojos saltones y piel morena que se refrescaba a su lado. Si la vista no la engañaba, ambos estaban desnudos bajo las burbujas—. Veníamos a formularle unas preguntas en relación con la muerte de su marido.

Laia Subirats hizo un gesto afectado.

—Vaya por Dios, otra vez con lo mismo. ¿Es que los polis no os cansáis nunca?

El hombre con cara de duende apuró su margarita, dejó la copa en el borde jaspeado del jacuzzi, y se incorporó. Goteando, extendió la mano hacia Rebeca con naturalidad.

—Enric Matas, arquitecto —se presentó—. ¿Queréis beber algo?

—Querido, están de servicio, no pueden —regañó la mujer—. ¿O sí? Fabricio, prepara dos margaritas para los señores. No, que sean cuatro —dijo, vaciando su copa—. Este calor es horrible —justificó. El oriental puso las copas vacías en una bandeja y se alejó hacia la casa. Ella susurró—: Su nombre es Fernando, pero yo prefiero Fabricio, tiene más clase, ¿verdad? Ya veréis, sus margaritas no los supera ni el mismísimo Boadas, que en paz descanse.

—Laia —la amonestó Enric Matas con cariño—, que no dejas hablar a los inspectores.

—Ay, tienes razón —dijo. Se llevó una mano a la boca. De improviso, se echó a reír de nuevo—: Querido, tápate un poco, haz

el favor. Estás ridículo con esos michelines. Además, puede que a nuestros amigos les incomode verte las joyas de la corona.

—Por mí no se preocupe —dijo Milo, tomando asiento en una silla—. Vivo en la Barceloneta y estoy acostumbrado a ver bisutería en la playa.

El arquitecto se metió en el agua. Sus ojos saltones se redujeron unos milímetros.

Preocupada por el giro de la conversación, Rebeca se apresuró a intervenir.

—Señora, ¿conocían usted o su marido a Félix Torrens?

—Laia —recordó de nuevo, con una risita nerviosa—. Pues no sé, supongo. Debimos de coincidir en algún acto o gala benéfica; en el Liceo, en el palco del Barça... Conocemos a tanta gente que vete tú a saber. Ni te lo imaginas, encanto; un verdadero agobio. Pero era lo que decía mi marido, las servidumbres del trabajo. Y claro, si eres *exconseller*, y posees un alto cargo en La Caixa, te ves obligado a cumplir con la agenda, te guste o no te guste.

—Háblenos de su marido, ¿cómo era? —quiso saber la subinspectora.

Los ojos de la viuda enfocaron los del arquitecto y luego los de Rebeca. Parpadeó.

—No..., no entiendo tu pregunta.

—Yo responderé —dijo Enric Matas—. Era un buen hombre, de gustos sencillos, amante de sus hijos, un padre excelente. Se pasó toda la vida trabajando, empeñado en labrar un porvenir para su familia. Si queréis saber mi opinión, se lo tomaba todo demasiado en serio. No sabía disfrutar de los buenos momentos.

—Sí, su vida era el trabajo, su carrera —confirmó la viuda, asintiendo con viveza—. No tenía tiempo para sus hijos ni para mí. Apenas lo veíamos por casa.

—Un drama, ya veo —murmuró Milo, el rostro inexpresivo.

—Mira, comisario —dijo el arquitecto—, Eduard era un hombre ambicioso, pero decente y honesto, no sé si me explico. Y realista. Sabía cómo conseguir las cosas. Desde el principio, cuando entró en Servihabitat como director de Operaciones, ya sabía que iba a ser el trampolín perfecto para acceder a La Caixa. Y de allí,

subiendo escalones, al mundo de la política. Diseñó su carrera al mínimo detalle. Si se proponía algo, no paraba hasta lograr su objetivo. Era un pragmático de los pies a la cabeza, no se dejaba confundir por las emociones. Ahora se le había metido en la mollera ser el próximo alcalde y, no lo dudes, lo hubiera sido.

—¿Tenía el señor Pinto algún enemigo irreconciliable? ¿Alguien que le hubiera jurado venganza por cualquier motivo? ¿Había recibido amenazas?

—En absoluto —dijo, con rotundidad—. Ya te digo que era un hombre honesto. Podía despertar envidias o recelos, pero nada serio. No, no creo que tuviera ningún enemigo hasta ese extremo. Todos lo apreciábamos de veras.

—¿Y qué pinta aquí un aparejador?

La morena piel del arquitecto empalideció. Ofendido, clavó la mirada en el agua.

—Soy amigo de la familia —dijo—, una especie de asesor en temas urbanísticos.

—Enric es un ángel, ha sido mi soporte emocional en este trance —declaró la viuda. Alargó una mano y acarició su cabello con ternura—. Y con los niños, como un segundo padre. Los ha ayudado a elaborar el duelo, a asimilar su partida y a construir sus nuevas vidas desde la aceptación. Ha sido tan cariñoso y comprensivo...

—¿No están en casa? —se interesó Milo—. Los niños, me refiero.

—No, por Dios. Creí que lo más oportuno era alejarlos de todo y los mandé con los abuelos, con los padres de Eduard. Pasarán las vacaciones estivales con ellos, en Cadaqués. Son unos angelitos. No sabéis lo que han padecido. Lo echan mucho en falta.

—Como es natural —comentó Rebeca, mirando a Milo de soslayo.

—Estáis escandalizados, lo sé —dijo la viuda, echándose a reír. La curva de sus senos sobresalió por encima de las burbujas—. La vida es corta, y hay que aprovecharla. Nada de lo que veis aquí suponía un secreto para mi marido. El arte de la negociación. Yo interpretaba mi papel a su lado, le daba postín en las fotografías y

fiestas, y él se apartaba para concederme mi espacio. No hay nada de malo. Y sí, lamento mucho lo ocurrido, pero sé que él, desde el cielo, ve con buenos ojos que persiga mi felicidad. ¡Ah, ya está aquí Fabricio con los margaritas!

El mayordomo se acercó con paso ceremonioso y depositó la bandeja en una mesa. A continuación, se dedicó a repartir las copas, cada una con una leve reverencia.

—Brindemos —propuso la viuda, dando saltitos en el jacuzzi —. ¡Por la vida!

Mientras Enric y Laia las entrechocaban, Rebeca desvió la mirada. Milo sostuvo la suya sin saber qué hacer con ella, mareado por los botes de aquellos dos pechos operados.

Se aclaró la garganta.

—¿Alguna vez su marido le dijo si había tenido la sensación de que alguien lo seguía?

Ella se detuvo. Se volvió, pensativa. Sus ojos relucieron con un brillo repentino.

—Ahora que lo dices, recuerdo que en una ocasión me comentó que se sentía vigilado. No le di importancia. Cuando te conviertes en futuro alcaldable pueden ocurrir estas cosas. Pero sí, me dijo que había tenido esa sensación. —La expresión concentrada desapareció de su rostro, siendo sustituida por una alegre y desenfadada—. ¿No brindas?

—Nos tenemos que ir —dijo ella, entregando su copa al mayordomo oriental.

Milo se encogió de hombros y la imitó.

El arquitecto cambió la copa de mano y señaló alrededor con un gesto.

—Para los tres días que nos quedan, no vale la pena perder un minuto con tragedias.

—Vámonos, inspector —acució Rebeca.

Echaron a andar. Cruzaron el jardín y empezaron a bajar los tramos de escaleras.

—Comienzo a pensar que tienes razón —comentó ella, entrando en el coche.

—¿Me das la razón? El sol te ha afectado a la cabeza.

10

—Tú nunca sueltas un euro, ¿verdad?

—¿Y dónde quieres que en verano lleve la cartera?, ¿en un bolso? —argumentó Milo.

—Ya, cualquier excusa con tal de no pagar —concluyó Rebeca.

Después de dejar atrás la avenida del Tibidabo, se habían dirigido al centro de la ciudad para comer algo y hacer tiempo hasta las cinco. Habían escogido un bar de la calle Lauria, cerca de la plaza Urquinaona. Allí pidieron dos menús; no tenían pescadito frito y Milo se conformó con chipirones. A la hora de pagar, se escaqueó con una oportuna visita a los servicios. Luego, habían conducido por el paseo San Juan, dado un par de vueltas en busca de aparcamiento, hasta que él recordó que en sábado estaba permitido estacionar gratis en zona azul. Ahora aguardaban ante la Biblioteca Pública Arús, apoyados en un coche.

—No parece gran cosa —opinó Rebeca, observando el gris edificio—. Para ser una biblioteca masónica, me esperaba más, no sé, algo más espectacular. O misterioso.

En efecto, se trataba de un inmueble normal y corriente. En la fachada solo destacaba una sencilla galería en el primer piso, de cuya baranda colgaba un farol de forma triangular; en cada uno de sus lados se podía leer BIBLIOTECA PÚBLICA, escrito con letras picudas de color azul, y debajo, en rojo, ARÚS. A pie de calle, sin más referencias, un estrecho portalón de madera permanecía cerrado. Una placa de cerámica señalaba que era el número 26.

Rebeca echó un vistazo a su reloj de muñeca. Faltaban diez minutos para las cinco.

—Después de lo que nos han contado la viuda y el arquitecto, parece que Eduard Pinto y Félix Torrens eran como la noche y el

día. El primero era un trabajador empedernido, ascendiendo de manera honesta peldaño a peldaño, mientras que el otro es un trepa ambicioso, siempre buscando atajos y apretando teclas.

—Sí, y salvo que nos hayan mentido, no parece haber relación entre ellos —dijo Milo.

—¿Y dónde nos deja todo esto?

En ese instante, el portalón se entreabrió medio metro y un hombre asomó la cabeza.

—¿Vienen ustedes de parte de Toni Crespo? —les preguntó al tiempo que abría por completo una de las hojas. Fueron a su encuentro—. Eugeni Gombrowicz, mucho gusto. —Estrechó sus manos—. Adelante, están en su casa. Los amigos de Toni son mis amigos.

El hombre no medía más de metro sesenta. Vestía pantalones negros de algodón, camisa de manga corta azul claro, y unos mocasines náuticos. De mediana edad, complexión delgada y rostro afable, su hablar era lento y pausado. Sus ojos reflejaban un intelecto vivaz.

Se apartó para dejarlos pasar y, acto seguido, se apresuró a cerrar la puerta.

—Me disculparán esta forma de recibirlos, pero no quiero que la gente del barrio me vea atendiendo a estas horas —dijo—. Luego me pedirán que haga otro tanto con ellos y los fines de semana los suelo dedicar al estudio de los libros. Hay tanto que aprender —suspiró.

—Le agradecemos que haga una excepción con nosotros —repuso Rebeca—. Somos el inspector Malart y la subinspectora Mercader, del GEHME.

—Ustedes dirán en qué los puedo ayudar. Pero por favor, síganme.

El hombre avanzó por el vestíbulo hasta desembocar en un patio interior. Una vez allí, Milo y Rebeca abrieron la boca, sorprendidos. Una majestuosa entrada se abría ante ellos. Flanqueada por cuatro columnas jónicas, una réplica de la Estatua de la Libertad les daba la bienvenida desde lo alto de una escalinata de mármol. En ambos lados, dos imponentes y pesados

apliques de tres brazos iluminaban el camino. Acostumbrado a aquella reacción, el señor Gombrowicz tomó la iniciativa y, sorteando la estatua, entró en la biblioteca.

El mobiliario era de maderas nobles, conservado en perfecto estado, y las vitrinas con estanterías repletas de libros antiguos se repartían a lo largo y ancho de las paredes, incluyendo un altillo que circundaba todo el espacio. Los techos eran altos, con lujosos artesonados, mientras el suelo era de cuadrícula blanca y negra, ajedrezado, claro indicio de inspiración masónica. Al entrar en la primera sala, los recibió el dibujo de una figura humana con un gorro frigio junto al símbolo de la masonería: un compás abierto en vertical sobre una escuadra, enmarcando una G mayúscula y dorada. Y debajo, el escudo de la logia Avant.

—La creó el propio Arús, nuestro benefactor —explicó Gombrowicz—. A él le debemos la donación del edificio, el capital y el valioso fondo masónico de su colección de cuatro mil volúmenes, a los que luego se irían sumando más de cuarenta mil hasta conformar el catálogo actual de nuestra humilde biblioteca.

—¿Humilde? —dijo Milo, admirando la acogedora decoración. Observó un friso en el techo donde se alternaban nombres de filósofos, narradores y poetas de varios siglos. Bakunin y Petrarca se mezclaban con Balmes y Verne. Por lo que sabía, todos eran laicos—. Aquí se respira... Cómo lo diría yo...

—¿Conocimiento, racionalismo, ideales democráticos, librepensamiento, tolerancia, universalismo? —sugirió el bibliotecario.

—Por ejemplo, sí —dijo Milo, abrumado.

—Acierta en todo, son nuestros principios; aunque me he dejado unos cuantos en el tintero. Fue la primera biblioteca pública de la ciudad, inaugurada en 1895, y el señor Rossend Arús cedió su casa para crear este legado con el objetivo expreso de acercar y ofrecer el conocimiento al mundo obrero. Y ya ven, hoy es una de las más importantes de Europa en el tema del movimiento social de los siglos XIX y XX.

—Además de, imagino, albergar también algunos secretos —dejó caer Milo.

—Bueno, algunos —dijo—. Hay que dar con el panel «librería» que gira sobre un eje para abrir la pasarela que da acceso a los libros en lo alto de la sala de lectura, y detrás de alguna hilera hay escondidas diversas mirillas. —Sonrió de forma franca y abierta—. Las usaban los empleados del señor Arús para vigilar a los lectores sospechosos de robar libros, algo no muy diferente a sus cámaras de vigilancia actuales, ¿no creen?

Milo asintió con la cabeza mientras hundía las manos en los bolsillos.

—Y alguno más, estoy segura —intervino Rebeca.

—Tal vez, pero hasta aquí puedo leer —dijo Gombrowicz con expresión hermética—. Si no, dejarían de ser secretos. ¿Qué tal si nos sentamos y me cuentan el motivo de su visita?

Les indicó unos cómodos sillones y los tres tomaron asiento. Por un momento, Milo tuvo la sensación de transportarse a otro siglo, a una época donde la vida era diferente. Sin embargo, concluyó para sí, los problemas seguían siendo los mismos. La supervivencia.

—Verá, señor Gombrowicz... —comenzó Rebeca.

—Eugeni, por favor. Con un apellido como el mío, pueden llamarme por el nombre.

—Muy bien, Eugeni —dijo Rebeca—. Tenemos entre manos un caso que nos está planteando varias dificultades. No podemos darle detalles, pero...

—Subinspectora, creo que podemos confiar en el señor Eugeni —interrumpió ahora Milo—. Dedicándose a lo que se dedica, creo que su discreción está más que asegurada.

—No lo duden, mis labios están sellados. Es una costumbre —concluyó, haciendo un gesto de resignación—. Pueden hablar con entera libertad. Nada de lo que aquí se diga saldrá de estas paredes, tal y como viene sucediendo desde hace más de un siglo.

Rebeca se aclaró la garganta.

—Hemos hallado una G, y creemos que guarda relación con un asesinato —declaró sin ambages—. Tenemos entendido que es el símbolo por antonomasia de la masonería, de hecho la acabamos de ver aquí, en la entrada, pero ignoramos su significado.

—Y quieren que los ilustre al respecto —dijo el bibliotecario, juntando los dedos.

—Nos sería de mucha ayuda —convino ella.

Eugeni Gombrowicz guardó unos instantes de silencio, reflexionando.

—Posee varias interpretaciones —dijo—, aunque algunas en exceso singulares. Les resumiré las más probables. Para comenzar, les diré que están en lo cierto; es la letra que preside toda logia masónica moderna, suspendida sobre la silla del maestro, ya sea pintada en la pared o esculpida en madera o metal. Es, como señalan, si no el más prominente, sí el más familiar de todos los símbolos de la francmasonería. Nosotros, los masones, gustamos de utilizar símbolos; y no solo no los ocultamos, sino que los exponemos en público, a la vista de todo el mundo. —Adoptó una expresión traviesa—. Para el iniciado, es muy elocuente, el símbolo habla. En cambio, para el lego, es confuso y extraño, calla. Nos gustan estos pequeños juegos intelectuales —explicó—. Pero son inofensivos, como pueden comprobar.

Rebeca cruzó una mirada de asombro con Milo.

El bibliotecario prosiguió:

—La G es «ese brillante jeroglífico», como definió el poeta Burns. Hay discrepancia sobre la fecha en que fue introducido por primera vez. Se sabe que los masones de la Edad Media no lo utilizaban, pues no se encuentra entre los adornos de las antiguas catedrales, pero sí que se halla en el centro del Templo de Salomón. El uso de ella como inicial corresponde al idioma inglés y a los tiempos modernos. Respecto a su significado, seré breve. Muchos creen que es la inicial de *God*, «Dios» en ese idioma. Otros le atribuyen el significado de triunfo, por su orden en el abecedario, que es el siete, y que en la Cábala se relaciona con el éxito o la victoria, así como por ser la primera letra de los conceptos que encierran dignidad, privilegio, altura o importancia, como «Genio», «Grandeza», «Gloria», «Gracia», etcétera. Una tercera posibilidad es la de quienes le asignan el significado de «Gnosis», o conocimiento superior, al cual se puede acceder por medio del trabajo interno. Una cuarta es por la letra griega

gamma, venerada por los pitagóricos porque era la inicial de «Geometría», la cual para los artífices era la ciencia con la que se calculaban y formaban todos sus trabajos, y para los masones contiene la determinación, la definición, el orden, la belleza y la sabiduría patentes en la creación. Una quinta se refiere a que solo es el símbolo del símbolo, el Ojo del Gran Arquitecto. Y una última, esta ampliamente extendida, es la que afirma que significa Generación.

—¿Generación? —preguntó Rebeca.

—Sí, es la teoría que sostiene que todo está formado por generación y no por creación. Según dicha teoría, la corrupción o la destrucción siguen a la generación en todas sus formas. Y la generación restablece bajo otras formas los efectos de la destrucción, porque el hombre y la mujer son siempre dos en uno solo, y uno en dos eternamente generadores, no sé si me explico. —Hizo una pausa—. El principio generador es uno en su integridad, pero triple en su manifestación de causa, medio y efecto; el macho, la hembra y el producto de la creación.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Milo—. Si no me equivoco, ustedes se proclaman laicos; entonces, ¿cómo es que Dios puede ser la inicial de su principal símbolo?

—Es muy sencillo —señaló el bibliotecario—, pero para explicárselo tendré que hacer un poco de historia. Como sabrá, el origen de la masonería se remonta a los tiempos antiguos; procede de los gremios de constructores medievales de catedrales del siglo XIII. Los ingleses llamaban *free stone mason* al albañil que se ocupaba de la piedra de adorno para diferenciarlo del *rough mason*, que trabajaba la piedra bruta. De ahí viene el término *francmasón*, de *freemason*, palabra que acabaría por designar a los miembros de la masonería. Pues bien, estos constructores de catedrales llegaban al sitio de la obra, a menudo fuera de sus países o del lugar donde vivían, y lo primero que hacían era edificar su taller, o logia, donde iban a residir durante años, guardar sus preciadas herramientas, formar a sus aprendices, y transmitir sus técnicas gremiales en un ambiente cerrado a quienes habían sido admitidos tras una ceremonia de iniciación en la que juraban fidelidad para

que esos conocimientos no salieran del círculo de la construcción. Dicho de otro modo, hasta el siglo XVI las logias eran escuelas profesionales donde se enseñaba cálculo, geometría, física y demás, en una época en que la mayoría de gente era analfabeta. De esta forma, los albañiles constituyeron un gremio organizado y exclusivo, en donde la experiencia de cada uno determinaba los conocimientos a los que podía aspirar, dividiéndose en tres categorías: maestro, compañero y aprendiz.

—Muy interesante, pero ¿qué tiene que ver esto con mi pregunta? —soltó Milo.

—Ahora llego, no sea impaciente —dijo Gombrowicz, con calma—. Poco a poco las sociedades masónicas fueron admitiendo miembros honoríficos cuyas profesiones no tenían nada que ver con la construcción. Así, para resumir, les diré que los aspectos técnicos de las logias se convirtieron en algo anacrónico, siendo transformadas a principios del siglo XVIII en lugares de reflexión, libres de dogmatismos y restricciones, dando pie a una masonería cuya finalidad ya no era construir templos, sino edificar el templo de la fraternidad universal para gloria del Gran Arquitecto del Universo, cuyo acrónimo es GADU, otro significado de la G simbólica. A partir de entonces, los masones defendían la igualdad de todos los miembros y, por medio de la tolerancia, fraternidad y libertad, intentaban acotar los desmanes de su época, protagonizados por fanatismos y guerras religiosas. Y precisamente por la religión, la masonería se escindió en dos grupos: la anglosajona, que solo admitía a hombres y creyentes en Dios y la inmortalidad del alma, y la latina, o liberal, que permitía afiliar a agnósticos y ateos y dar entrada a la mujer. Por este motivo, como la masonería aglutinaba a creyentes y no creyentes, ambos grupos se sentían identificados con la G, escogiendo cada cual el significado más acorde con sus estatutos.

—Muy práctico —afirmó Milo—, mismo símbolo para distintas corrientes.

—En la actualidad —continuó el bibliotecario—, la masonería ha derivado en un proceso de autoconstrucción interior que mantiene el compromiso de sus orígenes: «Lo que tú haces, te

hace». Somos hombres y mujeres que se reúnen en un templo o taller, amalgamados por un ritual laico de antiguas raíces, a la búsqueda de nuestro perfeccionamiento personal y proyección individual y colectiva al resto de la sociedad. No se imparten consignas ni órdenes, ni se custodia secreto alguno; se respetan y aceptan todas las creencias, salvo las que suponen fanatismo o intolerancia, y se rechaza cualquier discriminación por raza o condición social. En pocas palabras, el método masónico es un proceso de autoesclarecimiento continuo, compatible con cualquier fe religiosa o esotérica que no anule la libertad del individuo.

—¿Y me puede decir entonces dónde encaja en esos ideales un asesino despiadado?

Eugeni Gombrowicz permaneció inmóvil, mirando a Milo sin pestañear.

—Simplemente, no encaja —manifestó, la voz queda—. Está en contra de todos nuestros principios. Es inconcebible. De todas todas, imposible.

—¿Imposible o poco probable?

—Dígalo como quiera —replicó Gombrowicz—. Le pondré un ejemplo práctico. Estos últimos días está en boca de todos un personaje público que, por lo que cuentan los medios, se ha fugado con un maletín lleno de dinero tras saquear una conocida entidad cultural de la ciudad. Pues bien, me consta que esta persona que ahora acapara todas las portadas intentó entrar, poco antes de celebrarse los Juegos Olímpicos, en una de las logias más prestigiosas de Barcelona, cuyo nombre no revelaré. —Miró a ambos de forma alternativa—. Para su información, les diré que fue rechazado por, y cito textualmente, carecer de las imprescindibles inquietudes como arquitecto de su templo interior. Se lo explico solo para que se hagan una idea de cómo funciona esto. Una logia o sociedad masónica, actualmente, no se mezclaría en crímenes ni nada parecido. Eso forma parte del pasado, de la leyenda negra que se creó de forma interesada para desprestigiarnos. Señores, siempre puede haber una excepción, pero esto no es Italia —puntualizó.

—¿Está hablando de Félix Torrens? —quiso saber Milo.

—Yo no he dicho su nombre —dijo Gombrowicz, exhibiendo una beatífica sonrisa.

La inspectora Mercader se removió inquieta en su sillón.

—¿Y esto dónde nos deja respecto a nuestro asesino?

—Si yo fuera ustedes, lo buscaría en otro lugar —respondió el bibliotecario—. ¿Trazó él esa G de la que me han hablado? —Rebeca asintió—. Pues entonces, o se trata de una burda maniobra de distracción, que no guarda relación alguna con motivaciones masónicas, o me atrevería a afirmar que su significado encierra otro tipo de simbolismo.

—Sí, pero ¿cuál?

—Todos tenemos algún don, algún talento; pero por cada don hay una debilidad. Se trata de que averigüen sus debilidades y dones. Solo conociéndolos podrán descifrar esa letra.

—Actúa por venganza, por dolor —dijo Milo—. No puede olvidar, ni perdonar.

—Según mi experiencia —dijo Gombrowicz, incorporándose —, las cosas no suelen ser lo que parecen. Y por lo que me cuentan, un espíritu tan torturado no se va a detener así como así. Me temo que van a ocurrir más actos terribles en nuestra querida Barcelona. —Les señaló la salida—. Lamento no poder servirles de más ayuda.

Milo y Rebeca se levantaron de los sofás y desfilaron cabizbajos hacia la puerta.

—¿Ese crimen es el de La Pedrera? —preguntó el bibliotecario a sus espaldas.

Milo se detuvo en el acto.

—¿Por qué?

—Por Gaudí —respondió con serenidad—. La masonería y él entrecruzaron sus caminos. Continúa siendo un enigma si perteneció o no a alguna sociedad masónica, pero lo que es innegable es el uso que hizo de nuestro simbolismo. Hay pruebas irrefutables por toda la ciudad. Si quieren, otro día podemos hablar de ello. Les pondré varios ejemplos que los dejarán de una pieza —dijo. Posó una mano en el hombro de Milo y reanudó el camino—. Como aperitivo, les puedo avanzar que en el parque Güell, sobre la

escalinata de entrada, hay una estructura en forma de trípode que en su interior contiene una piedra sin desbastar, en bruto, perpetuamente mojada por un pequeño surtidor. Este elemento representa la estructura básica de un horno de fusión alquimista, y es una copia del modelo que aparece en un medallón del pórtico principal de la catedral de Notre-Dame de París. Lo que les decía —sonrió para sí—, nos encantan los retos intelectuales, jugar con los símbolos.

—Son como niños —intentó bromear Rebeca—, pero en adulto.

—El problema es que nuestro asesino parece querer imitarlos —dijo Milo, con tono lúgubre—. Y sus juegos no tienen nada de inocentes distracciones infantiles.

Dejaron atrás la Estatua de la Libertad y se encaminaron hacia el portalón.

Eugeni Gombrowicz lo entreabrió unos centímetros.

—Lo dicho. Cuando quieran, ya saben dónde estoy. —Estrechó sus manos—. Por cierto, cuiden de Toni Crespo; sé que les tiene en alta estima. Es un hombre muy prometedor, con hechuras de maestro, no sé si me entienden. Cada día progresa como constructor de su templo interior. —Hizo una pausa—. Sí, tengo muchas esperanzas depositadas en él.

Cerró la puerta lentamente. Milo y Rebeca se quedaron mirando, perplejos.

—¿Qué habrá querido decir con eso?

—Ni idea —dijo Milo, haciendo rodar un dedo a la altura de la sien.

Circulaban en silencio por Vía Layetana en dirección al mar. Por inercia, Milo había tomado por la primera calle que bajaba a la Barceloneta. Sin haber pactado hacia dónde se dirigían, cada uno se sumió en un estado abstraído, dando vueltas a las revelaciones del bibliotecario, con la extraña sensación de haber regresado de un viaje por el tiempo, como si aún estuvieran bajo los efectos del *jet lag*. Frenó ante un semáforo en rojo de la plaza del Ángel. Sin

abrir la boca, se inclinó hacia el parabrisas y permaneció atento al cambio de color. Unos bocinazos lo despertaron de golpe y arrancó con suavidad. Al llegar al paseo de Isabel II, lo atravesó para tomar por Juan de Borbón. El tráfico comenzó a intensificarse.

—No dejo de pensar en lo que ha dicho Gombrowicz —comentó, distraído.

—¿A qué te refieres? —dijo ella, observando a la gente, los barcos del muelle.

—Eso de que Félix Torrens fue rechazado por una logia poco antes de los Juegos. Un hombre como él no aceptaría un no con facilidad —dijo. Esquivó a unos ciclistas y aceleró para saltarse un semáforo en ámbar. Luego, giró para internarse por las callejuelas —. Seguro que quería valerse de la sociedad masónica como una especie de *lobby* de contactos. Coincide con la fecha de su vuelta a la ciudad tras su exilio obligatorio. —Torció por una última calle y llegó al almacén que utilizaba como parking—. Estoy convencido de que perseguía facilitarse las cosas para lograr su ascenso a todos los niveles del entramado social de Barcelona.

—Sí, pero lo rechazaron —dijo Rebeca, bajando del coche—. Frustraron sus planes.

Milo cerró su puerta con llave y, de forma mecánica, comprobó las otras tres.

—Apuesto a que se sintió despechado.

—Como mínimo —coincidió ella, caminando a su lado—. En su perfil de hombre codicioso, la negativa debió de encenderlo. Pero dudo de que se arredrara.

—Por eso lo digo —señaló Milo, abriendo el portal de su edificio. Dio al interruptor de la luz y empezó a subir los cuatro pisos a oscuras—. Apuesto lo que quieras a que se buscó otro camino para conseguir su objetivo, la red de influencias.

—Y conociéndolo, seguro que sería un atajo —dijo ella, resoplando a su espalda.

Milo abrió la puerta del ático, cruzó la sala y salió a la terraza. Se paró en seco.

—Un atajo que podría no haber sido legal. —Se volvió—. Actuaba por despecho.

—Se sentía motivado al máximo —dijo Rebeca, a escaso medio metro de Milo. Lo miró a los ojos—. Y un hombre así no se habría detenido ante nada.

Milo estrechó la distancia que los separaba. Bajó la cabeza.

—No, después de haber superado tantos obstáculos —murmuró.

—No, recién regresado a la ciudad —dijo ella en voz baja. Se alzó de puntillas.

—Y a punto de tocar el cielo con las manos.

—Y lograr lo que siempre había deseado.

El sonido del móvil detuvo sus labios en el momento de entrar en contacto. Ambos separaron las cabezas igual que si hubieran recibido una descarga eléctrica.

Milo lo extrajo y leyó el nombre de quien llamaba. Lo dejó sonar.

—¿No contestas? —preguntó Rebeca, alejándose hacia la puerta. La cerró.

Parpadeando, Milo apretó los puños y se contuvo cuando ya estaba a punto de lanzar el móvil por la terraza. ¿Por qué de repente lo llamaba Irene?

Desconcertado y furioso a la vez, masculló:

—¿Qué coño hizo ese maldito buscavidas entonces? ¿Cómo logró su red de contactos?

Rebeca caminó hasta él. Apoyó la cabeza en su pecho, la mano.

Milo permaneció inerte, con los brazos colgando a los costados. La vista clavada en el teléfono fijo. Notó sus caricias, el pulso acelerado. Sin despegar los ojos del aparato, se dejó llevar. Por fin un poco de calidez, y algo más, algo casi olvidado. Sonó el fijo y pegó un respingo. Rebeca lo agarró por la camisa, lo atrajo hacia sí.

El contestador automático se activó. Y acto seguido, una voz se extendió por la sala.

—Milo, soy yo. Estoy abajo. Sé que estás en casa. Te he visto subir. No me importa que tengas compañía. Pero tenemos que hablar. ¿Me abres el portal? Por favor, es importante.

La llamada se cortó con un chasquido. Rebeca respiró hondo. Se apartó de Milo.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Tu mujer?

—Mi ex. Pero solo estamos separados.

Ella dio media vuelta y caminó lentamente hacia la puerta.

—Bonito apartamento —dijo—. Aunque descuidado. ¿Qué son todas esas cajas del rincón? —Las señaló—. ¿Y esta pila de libros junto a la puerta? —Apretó el botón de apertura del portero automático—. Otro día me lo enseñas. Tengo curiosidad por ver el resto.

Salió del ático. Milo oyó sus pasos resonando por el hueco de la escalera. Se detuvieron, unos segundos, y de nuevo escuchó su retumbar. Poco después, entró Irene.

—La luz no funciona, vaya mierda de inmueble. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Larga cabellera rubia y ensortijada, boca sensual, grande, y ojos azules, cristalinos. Delgada, bronceada. Minifalda tejana, sandalias de diseño, camiseta blanca de marca sin nada debajo. Clase, dinero, belleza. Una explosiva combinación. Su mujer. Su exmujer.

Milo permaneció inmóvil en el centro de la sala. No supo qué decir.

—¿No sabes qué decir? —preguntó ella, cerrando la puerta.

Milo carraspeó ligeramente.

—Dos meses, Irene. Dos meses. Y ahora te presentas así, de improviso.

—No me has dejado otro remedio. Llevo llamándote varios días, y tú sin contestar.

—Estoy muy ocupado, en un caso.

—Te veo más flaco. —Caminó hacia él—. ¿No comes?

—Lo justo, así disfrutaré de una vida más larga.

Irene se detuvo a unos pasos y Milo percibió su perfume. Era el mismo que alertaba sus sentidos, que despertaba las hormonas, desbancaba reticencias y calmaba discusiones. Que encendía interruptores y provocaba la indefensión, el calor de la debilidad. Los deseos, la piel erizada, los temblores. Las sacudidas y la calma.

Pero aquello había sucedido mucho tiempo atrás, en otra vida. Ella esbozó una extraña sonrisa.

—¿Y quién quiere una vida larga? —dijo—. La mía, económicamente hablando, tiene los días contados. Se va a pique.

Milo sintió una explosión en la cabeza.

—¿Dinero? ¿Vienes a por dinero? —murmuró—. No entiendo.

—Sí, sí que lo entiendes, a la perfección —dijo. Dejó el bolso en una silla y dio una vuelta completa alrededor de Milo—. Tú siempre lo sabes todo, ese maldito sexto sentido tuyo. —Se paró ante él—. No tenía que haber abierto la tienda de Bonanova. Va fatal, de puta pena. Y con la crisis, esto amenaza con cargarse la cadena. Justo lo que me advertiste. Y sí, estoy acojonada. —Hizo un gesto de fastidio—. Mira por dónde, tu odio ha funcionado.

—Yo no te odio —se oyó decir Milo.

—Vamos a dejar ese tema, no he venido a discutir contigo.

—¿A qué has venido? —preguntó. La voz no era suya, era de otra persona.

—¿Tienes cerveza? Estoy muerta de sed.

Milo intentó mover los pies, pero algo lo mantuvo pegado al suelo. Señaló la cocina.

—¿Quién era esa chica con la que me he cruzado en la escalera?

Sentados a la mesa, entre ambos habían improvisado una cena. Ensaladilla rusa, pescadito frito y boquerones, todo acompañado por una botella de vino tinto del Penedès. Mientras ella preparaba el pan con tomate, él había bajado a la taberna. Casi no habían probado bocado. Irene no encontró nada a su gusto, pero había bebido por los dos.

—Mi nueva compañera —respondió, evasivo—. Es subinspectora.

—No es guapa, pero resulta atractiva.

—¿De veras?

—Milo, no juegues conmigo —dijo. Desplegó un índice en su dirección—. Sé el tipo de mujer que te va, y esa chica te encaja como un guante. ¿Te has acostado con ella?

—Lo que haga con mi vida no es asunto tuyo, fuiste tú la que te largaste.

—¡Y dale con la vida! No te pongas tan serio, hombre —se rio ella, algo ebria—. Solo era curiosidad. Parece mentira que no me conozcas.

—Es que no te conozco. Llevamos media vida juntos y todavía no sé quién eres.

—¡Por Dios, no vuelvas a hablar de la vida! ¿Quieres amargarme la cena o qué?

—¿Para qué has venido?

—¡A echar un polvo! —exclamó—. ¿A ti qué te parece? —Sostuvo unos instantes su mirada—. Quiero que vendamos el piso, es la única salida; y está a nombre de los dos. Necesito tu firma. Me he citado el lunes con un API. Por lo que me ha dicho, hay un comprador a la vista. Pero a la baja. Con esta maldita crisis, los buitres se ponen las botas.

—¿Y tu padre? —preguntó Milo—. ¿Por qué no le pides ayuda? Le sobra el dinero.

Irene agarró la botella y se levantó de la mesa. Se dejó caer en el sofá.

—No quiero que se entere. Soy una mujer de negocios independiente.

La observó beber un trago. Se le hizo la boca agua. Pero de algo más fuerte.

—¿Otra vez con los secretos, con el absurdo qué dirán?

—Veo que sigues con tus prejuicios contra nosotros —dijo ella, la voz pastosa. Se incorporó a medias y lo señaló con la botella—. Y yo no tengo la culpa de llevar mi apellido.

Milo golpeó la mesa con el puño.

—¡Joder, basta ya con ese discurso! No pienso discutir el rollo de siempre.

—Pues antes bien que te gustaba nuestra forma de hacer las paces —repuso ella, ladeando la cabeza—. Tragar, no nos tragas; pero jodernos, te volvía loco. Te ponía a cien.

Milo se mordió los labios. Fue hasta el sofá y agarró el mando. Encendió la televisión.

Irene alargó una pierna y le rozó la parte baja de la espalda.

—¿No te gustaría hacer las paces ahora?

Estrujó el mando. Y cuando oyó el móvil, se lo llevó a la oreja con rapidez.

—Milo, soy yo —dijo la jueza—. ¿Estás en casa? Pon Telecinco, rápido. Te llamo luego.

Soltó el móvil y seleccionó el canal. En la pantalla, un rostro con perilla de color blanco, en riguroso primer plano, hablaba con verbo elocuente y tono impostado. A pesar de que habían transcurrido dos años, lo reconoció enseguida. Ese tipo había hecho un pacto con el diablo. Con su estilo habitual, saturado de medias verdades y sensacionalismos baratos, Mauricio Navarro comentaba algo sobre unas informaciones en exclusiva referentes al caso que tenía atemorizada a la ciudad de Barcelona.

—¿De qué va eso? —preguntó Irene.

Milo subió el volumen. El periodista, con su voz un punto aflautada, dijo:

—Según fuentes bien informadas, el asesino de Eduard Pinto ha vuelto a actuar de nuevo en la Ciudad Condal. El Verdugo de Gaudí, tal y como lo apodan los inspectores del cuerpo de policía autonómica que llevan las investigaciones, ha sembrado de nuevo el pánico en las calles de la capital catalana al secuestrar, a plena luz del día y con total impunidad, a Félix Torrens, el conocido presidente de la prestigiosa fundación Círculo Gaudí, hasta ahora el principal acusado de apropiación indebida y fraude a dicha entidad.

En el monitor aparecieron varias imágenes de archivo de Félix Torrens, seguidas por las portadas de la prensa. Destacaba una que abría con el titular: «Un señor de Barcelona».

—De momento, y según fuentes de la investigación, se desconoce si había relación entre Eduard Pinto y Félix Torrens, pero dichas fuentes han afirmado que no descartan que el responsable de ambas atrocidades sea un asesino en serie que escoge sus víctimas al azar.

La pantalla mostró la filmación que realizó el asesino y que colgó en internet. Un primer plano del rostro agonizante de Eduard

Pinto. Un plano medio de su cuerpo envuelto en llamas. Otro general con sus convulsiones mientras el fuego lo consumía vivo con la Casa Milà como fondo. La realización repitió el plano medio mientras la voz de Navarro resonaba.

—Los agentes que llevan el caso trabajan con denodado esfuerzo para detener al psicópata antes de que el secuestrado Félix Torrens corra la misma suerte, más propia de los oscuros tiempos de la Inquisición que de nuestro moderno siglo XXI. Pero se trata de una desesperada cuenta atrás, y las posibilidades de éxito, según mis fuentes, son escasas.

Las imágenes con el suplicio de Eduard Pinto desaparecieron para dar paso a un plató donde los espectadores, que ocupaban las gradas detrás del presentador Rafael Blanco, se removían en sus asientos, horrorizados por el espectáculo dantesco. Sentado junto a Blanco, Navarro compuso una expresión grave. La realización recogió ambos rostros.

—Dinos, Mauricio —intervino Blanco, con tono preocupado —, ¿se trata realmente de un secuestro? Tenía entendido, por las declaraciones del fiscal anticorrupción, que las fuerzas policiales lo habían descartado, afirmando que se trataba de una fuga.

—En efecto, Rafael —dijo Navarro, engolando la voz—. En una nueva demostración de falta de coordinación entre las fuerzas de los diferentes estamentos autonómicos, la fiscalía proclamó lo que señalas. Sin embargo, tal y como podremos comprobar en el siguiente vídeo, el comisario jefe Benet Bastos, responsable máximo del Grupo de Homicidios, ya da claves suficientemente gráficas de la confusión que reina en estos momentos alrededor del caso. Y si no, observen su reacción ante una de mis preguntas. Adelante vídeo.

La pantalla mostró el instante de la rueda de prensa en que Navarro preguntaba a Bastos si estaba de acuerdo con las declaraciones del fiscal de que se trataba de una huida. En un elocuente primer plano, el comisario jefe vacilaba para, con voz poco firme, responder que no tenía nada más que añadir. La realización repitió cinco veces la secuencia, deteniéndose con especial deleitación en su dubitativo abrir y cerrar de boca.

—Como ves, Rafael —prosiguió Navarro, pinchado por realización—, no se puede decir que el comisario esté muy de acuerdo con la versión del fiscal. Más bien, aunque solo es una impresión mía, parece alguien pillado en falta que no sabe, o no quiere, contestar.

—Es lo que se desprende —confirmó Blanco. Se dirigió a cámara—. Y ustedes estarán de acuerdo. Las imágenes no engañan. Sigamos. —Se volvió hacia Navarro—. Por lo que has podido averiguar, parece que la confusión no solo reina entre los mandos.

—Así es. —Plano medio de ambos—. En el siguiente vídeo podremos ver a dos de los inspectores encargados del caso, cuyos nombres soslayaremos, no dar precisamente una imagen de armonía. —Navarro sonrió, sin perder un ápice de gravedad—. Adelante vídeo.

La pantalla mostraba ahora a Milo y Rebeca, aparcados delante de la comisaría, discutiendo en el interior del coche. Por lo acalorado de sus gestos, era evidente que no estaban de acuerdo. El vídeo terminaba cuando Milo arrancaba, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto, mientras agitaba los brazos con ostensibles aspavientos.

—¡Esa es tu chica, la poli! —gritó Irene, señalando el televisor.

—Tienes razón, no parecen muy bien avenidos —coincidió Rafael Blanco, de nuevo en pantalla—. ¿Y dices que son dos de los investigadores del caso?

—Sí, y el varón, en concreto, no es uno cualquiera —señaló Navarro, atusándose la perilla—. ¿Recuerdas el caso hace dos años del Asesino del Parking, también en Barcelona?

—Cómo no —afirmó Blanco—. Fue un caso muy sonado.

—Pues se trata del mismo inspector que lo resolvió..., aunque tarde —añadió, tras una pausa efectista—. Si haces memoria, sabrás que se produjo un último asesinato de forma completamente evitable. En un asunto todavía no aclarado, este inspector se vio envuelto en sospechas de filtración, lo que alertó al asesino y, según fuentes bien informadas, lo empujó a cometer su último crimen. Una mujer inocente acabó muerta en un aparcamiento de

la ciudad, estrangulada con una bolsa de basura en la cabeza. Y Rafael, lo más triste de todo es que era madre de dos pequeñas criaturas. Una verdadera tragedia.

La cámara enfocó las gradas del plató. Los espectadores mostraban su disgusto arrugando el rostro. Una señora sacudió el cuello con pesar.

—¡Todo eso es falso! —exclamó Irene, saltando del sofá—. ¡Serán cabrones!

Milo empalideció. Incapaz de controlar los temblores de las piernas, tomó asiento.

—¿Y no fue expedientado? —dijo Blanco con estudiado estupor—. Cuesta de creer.

—Sí, lo fue. Pero acaba de sumarse al grupo de investigación dada la gravedad del nuevo caso —explicó Navarro—. Sin embargo, observemos las siguientes imágenes. El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Adelante vídeo.

La pantalla mostró a Milo saliendo de un portal. Por su lamentable estado, daba la impresión de estar bebido. Cargaba una mochila al hombro e iba dando tumbos por la calle. El vídeo recogía el momento en que dos ancianas agitaban sus bastones ante él, y cómo cruzaba una plaza repleta de jóvenes en monopatín. En la siguiente escena, Milo dudaba ante otro portal. Segundos después, accedía al interior del edificio sin mucha convicción y la puerta se cerraba tras él. Entonces la cámara se aproximaba para filmar una hilera de placas en vertical, situadas a un lado de la entrada, y enfocaba una. Activando el zoom, y pixelando un nombre, se podía leer: «Consulta de..., doctora en psicología».

—Te están crucificando, Milo —murmuró Irene—. Y lo están haciendo a conciencia.

—Bien, diría que las imágenes hablan por sí solas —sentenció Blanco, en un plano medio. A su lado, Navarro asintió con calculado rostro ofendido—. Un asesino en serie anda suelto por Barcelona, mantiene en su poder a uno de los benefactores de la ciudad, cuya vida pende de un hilo, ¿y a qué se dedican las fuerzas

de la investigación?

—No seré yo quien ponga en tela de juicio a la policía autonómica —dijo Navarro—, pero por lo que se desprende del vídeo, los mandos están sumidos en el desconcierto, al igual que los inspectores encargados de capturar al siniestro asesino, y al menos uno de ellos se dedica a empinar el codo —risas en el plató — para armarse de valor antes de acudir al psicólogo, visita que ya de por sí es alarmante. Y entretanto, el Verdugo de Gaudí anda suelto, quién sabe si a la caza de una nueva víctima. Rafael, es descorazonador. Nunca en mis años como periodista había asistido a la crónica de un desastre tan anunciado como este.

La cámara tomó un plano general del plató. A continuación, retomó el plano medio.

—Buen trabajo, Mauricio. Estaremos atentos al caso. ¿Nos seguirás informando?

—Puntualmente, y confiemos en que no sean malas noticias. —Cruzó los dedos en un gesto teatral—. Según mis cálculos, a Félix Torrens le quedan menos de tres días de vida.

—Señores —dijo Blanco, dirigiéndose a la cámara—, les mantendremos al corriente de los pasos del Verdugo de Gaudí. ¿Podrá evitar la policía autonómica que una nueva víctima sea quemada viva en uno de los edificios emblemáticos de Barcelona? ¿Serán capaces de poner fin a esta pesadilla que atemoriza a los ciudadanos de la Ciudad Condal? Desde aquí esperamos que así sea, y que se estén tomando las medidas oportunas. Gracias, Mauricio. Un aplauso. —Los asistentes obedecieron mientras Navarro daba la mano a Blanco y abandonaba el plató—. Y ahora, damos paso a la publicidad. Pero no se vayan, que *La ronda* continúa con nuevos reportajes y entrevistas.

Milo apagó el televisor.

El morbo ya estaba servido. Con un hábil montaje, el sensacionalismo había puesto en bandeja la suficiente carnaza para generar expectación alrededor del caso. Y sembrado dudas, sospechas, insinuaciones. La olla a presión iba a estallar, lo presentía. Hasta ahora, siempre había logrado salir airoso de todos sus conflictos. Pero sabía que un día, todos lo sabían, las cosas se

iban a torcer y se pondrían realmente feas para él. Tal vez ese día había llegado.

—Milo, conserva la cordura —dijo Irene—. Tú ya me entiendes.

—Como si mi salud mental te importara algo.

El móvil comenzó a sonar. Milo sacudió la cabeza.

—Te dejo —se despidió ella—. El teléfono va a echar humo y estarás muy ocupado. Mañana hablamos de lo del lunes, ¿vale, cariño? Me gustaría que me acompañaras.

Milo cogió el móvil y vio que era la jueza. Pulsó el botón de respuesta. Cerró los ojos.

—Lo sé, Susana —musitó—. Todo se viene abajo. Otra vez.

El foco de luz cegadora se encendió, iluminando la celda donde se hallaba tendido Félix Torrens. Hecho un ovillo, se abrazaba a sí mismo. Su cerebro abotargado tardó unos instantes en reaccionar. Gimiendo, se retorció en el suelo hasta conseguir enderezar medio cuerpo.

—Cambio de planes —dijo una voz rasposa.

Entumecido, sintió renacer una chispa de esperanza. Se arrastró pesadamente hacia la reja tratando de no hacer caso a los agudos pinchazos de sus músculos agarrotados. Se sujetó con ambas manos a los barrotes y pugnó por levantarse, pero las piernas no le respondieron.

Sin fuerzas, se dejó caer, la cabeza colgando, hasta quedar medio sentado.

—¿Estás ahí? —preguntó, las cuerdas vocales ulceradas.

El silencio era tan denso que podía sentir la presión que ejercía en sus oídos.

—Sé que... estás ahí —graznó—. En la oscuridad... todo el tiempo..., disfrutando...

Soltó una carcajada desabrida que sonó como un gargajo.

—¿Tienes sed? —dijo la voz.

Desorbitó los ojos. Exasperado, únicamente atinó a pedir agua con sollozante insistencia. Un objeto le golpeó en la cara.

—Bebe —dijo la voz.

Palpó el suelo. Sin gafas, solo vislumbraba sombras. Por fin, dio con el objeto. Era un vaso, de papel. Se lo llevó a los labios con avidez. Una mueca de horror le cruzó el rostro.

—Está vacío —murmuró.

—Bebe —repitió la voz, sin entonación alguna.

Miró el vaso, la luz; lo hizo de nuevo, sin comprender. Boqueó con pastosidad. Entonces entendió un significado. Pero era tan repugnante que meneó la cabeza sin energía.

—No..., no... —suplicó, asqueado.

De pronto, oyó un ruido. Lo reconoció en el acto. Era agua cayendo al suelo. Rebotando en el cemento con refrescante rumor. Salpicando de gotas a poca distancia de la celda. Una de ellas le mojó la cara y se la lamió con rapidez, como un reptil. El ruido cesó.

—Te daré agua —dijo la voz—. Pero antes, bebe. De ti.

Un escalofrío lo recorrió. Aquella voz era mecánica, insensible. Sin vida. Se limitaba a darle instrucciones, sin rastro de compasión. Y lo que más lo asustaba, no parecía humana.

Sobrecogido, supo que tendría que obedecerla si quería sobrevivir. Era lo primero. Lo más urgente. Con un supremo esfuerzo, se incorporó hasta quedar de rodillas.

Ya se iba a poner de espaldas, cuando la voz lo detuvo.

—No, de cara.

Félix Torrens, el otrora todopoderoso, obedeció.

—Tres, dos, uno... y acción.

No entendió aquello. Beber. Solo quería beber. Al precio que fuera. Descorrió la cremallera con manos temblorosas. Intentó vaciarse en el vaso. Pero, después de dos días, no le fue fácil. Logró llenar tres dedos. Sin pensarlo, lo apuró de un trago. El regusto ácido le provocó náuseas y se dobló sobre sí mismo, arrojando una sustancia pestilente y grumosa. Se agitó con las toses, de forma compulsiva. Luego, se volvió hacia la luz. Todavía de rodillas, su mirada era la de un hombre que había perdido la razón. Que lo había perdido todo.

—Ya está... Dame... agua...

—Ponte a cuatro patas —dijo la voz. Obedeció—. Hasta que te lo diga. Sin moverte.

Como un autómata, rendido a las órdenes de la persona tras las rejas, aguardó en aquella postura humillante. Pasaron unos minutos, un lapso de tiempo que se le hizo eterno.

—Buen chico —dijo la voz—. Ahora, abre la boca.

Volvió a obedecer, negándose a pensar en nada que no fuera conseguir agua.

—Estás sucio. Quiero que te limpies. Con la lengua. Pásala por los labios.

Confundido, sin voluntad propia, siguió las instrucciones al pie de la letra.

—Cómetelo todo, no dejes ni rastro.

Su cerebro estaba anulado. Su voz interior, apagada.

—Ahora, ponte de espaldas, así, a gatas. No te muevas. Me voy. Cuando regrese, quiero encontrarte en la misma postura. Si no, no habrá agua.

El presidente del Círculo Gaudí asintió con la cabeza.

—Te has movido —dijo la voz—. No hay agua.

Al oírlo, se sintió desesperado, al límite de sus fuerzas.

—No..., por favor..., no lo haré más...

La luz se apagó.

Félix Torrens se desplomó sobre el cemento. Lloró en la oscuridad.

11

El ángel de piedra lo miró con misericordia. Y más allá, una virgen marmórea de dulce expresión pareció querer acogerlo en sus brazos. Milo se levantó de donde estaba sentado, una pesada losa horizontal que cerraba un panteón sin nombre. Caminó alrededor de varias tumbas y de nuevo se detuvo ante el nicho de la familia Malart.

—Lo que oyes, estoy perdiendo el juicio. Hablo con un muerto. Es de locos.

Contempló la pared con seis plantas de nichos. Apiñados como una colmena, le provocaban una desagradable sensación de claustrofobia. El de Marc estaba ubicado en la tercera hilera, el cuarto contando por la izquierda. A diferencia de otros, adornados con velas, fotografías de los finados y flores de plástico, el suyo permanecía desnudo.

La sensación de abandono le provocó un nudo en la garganta.

A su espalda, sobre el suelo, se extendían media docena de panteones, presididos cada uno por su correspondiente escultura o losa vertical, rodeados por estrechos corredores de hierba, y ornamentados con jardineras repletas de geranios, arbustos recortados y otras plantas resistentes. Un panteón tenía en cada una de sus cuatro esquinas unos jarrones de piedra con nutridos ramos de rosas blancas. Se dirigió hasta allí y cogió un ramillete.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó a la sobria figura grabada en la losa vertical.

El rostro barbado de Jesucristo lo observó con una mirada cargada de paz y ternura. Milo regresó al nicho. Alzó un brazo y colocó el ramillete de lado, sobre la repisa.

—Así está mejor —dijo.

Había salido de Barcelona cuando todavía era noche cerrada, y el amanecer lo había sorprendido fluyendo por una autopista solitaria. Tras el esperpéntico programa de televisión, dormir le había resultado imposible. A la llamada de la jueza Cabot, la habían seguido otras en cadena; y cuando vio el nombre del inspector jefe Singla, apagó el móvil y cogió las llaves del Volkswagen. Conducir de madrugada siempre lo había calmado. Ignoraba la razón; tal vez por el simple hecho de ponerse al volante, sin dirección concreta. Por la autopista desierta, acompañado solo por el ronroneo del motor, y sin pensar en que aquello se parecía mucho a una huida, se había sentido embargado por una rara sensación de paz, como si viajar de noche a cien kilómetros por hora, solo y en silencio, tuviera lógica para alguien cuya vida se hallaba gobernada por el sinsentido. Cuando le sobrevino el sueño, se detuvo en el bar de una gasolinera a tomar un café. Tras apurarlo, fue a los servicios. Abrió el grifo y empezó a echarse agua en la cara, una y otra vez, de forma virulenta. Luego, agarró unas toallas de papel. Miró su rostro en el espejo. No le gustó lo que vio. Las cuencas hundidas, los ojos enrojecidos, el moretón adquiriendo un tono amarillo, y la piel cenicienta, con barba de una semana. Era la imagen del cansancio. Y de algo más, pero no quiso quedarse para averiguarlo. Salió deprisa de los servicios, y regresó a Barcelona.

El viaje de vuelta fue muy diferente. Se situó en el tercer carril y no lo abandonó hasta llegar a la ciudad. Sin aminorar la marcha, descartó tomar la vía del centro que llevaba hasta la comisaría. Ya se notaba bastante fuera de sí como para arriesgarse a más embestidas. A cambio, cogió por la ronda del Litoral y torció por la salida que conducía al cementerio de Montjuïc. Quería presentarle sus respetos a Marc, y aquel era un momento tan bueno como cualquiera. Nada más cruzar la verja de entrada, los ruidos de su cabeza desaparecieron, y toda la furia se transformó en calma tensa.

Redujo la velocidad hasta circular a unos veinte kilómetros por hora.

El cementerio de Montjuïc, oficialmente el del Suroeste, con su más de medio millón de metros cuadrados y cerca de ciento sesenta mil sepulturas, era el más grande de la ciudad y ocupaba casi la totalidad de la ladera sur de la montaña. La necrópolis era gigantesca. Una estremecedora escultura de un cuerpo cadavérico, yaciendo medio tapado por un sudario, le dio la bienvenida al camposanto. El realismo de la calavera esculpida le provocó un escalofrío.

Continuó avanzando con el corazón en un puño.

Por ambos lados se repartían los mausoleos más lujosos, auténticas catedrales en pequeño, junto a humildes nichos familiares. Todo tenía cabida en aquella inmensa ciudad silenciosa. Una vez más, comprobó la necesidad de algunos por mostrar al mundo quiénes habían sido en vida, lo que habían cosechado, construyendo sus últimas moradas sin escatimar en gastos. Le resultó chocante. Incluso ante la muerte, el ser humano requería ser diferenciado. Que la tumba evidenciara su clase respecto al común de los ciudadanos. Por ejemplo, el panteón que ahora tenía ante sus ojos. Entre cipreses, se ubicaba una construcción que recordaba a las casas burguesas de antaño; a ambos lados de la puerta aherrojada, dos ángeles custodiaban el sepulcro. En lo alto, sobre un imponente pedestal, se alzaba otra figura que levantaba una cruz apuntando al cielo. Una gaviota se había posado sobre su cabeza y Milo sonrió. Tanta majestuosidad estropeada por una simple y carroñera ave en libertad.

Prosiguió su camino de ascenso. A su paso, fueron desfilando panteones de múltiples estilos y toda clase de grupos escultóricos; algunos intrigantes, como uno formado por dos hombres y una niña; otros monumentales, como los tres hombres armados con escudos y espadas; y otros impresionantes, como el que presentaba al difunto atrapado por un esqueleto envuelto en un sudario. Luego, estaban las esculturas más tradicionales. Ángeles en pie con niños en brazos o dándoles la mano, llorando derrumbados sobre la tumba o sentados con expresión contemplativa, unos con flamígera espada y otros acogiendo a mujeres arrodilladas en actitud de plegaria. También, toda clase de cruces, recargadas y sobrias. Y

vírgenes con los brazos separados, mirando al cielo con ojos de súplica, o sosteniendo el cuerpo de su hijo. Y por último, las que representaban a los mortales; mujeres sentadas sobre sus tobillos ofreciendo ramos de flores, hombres ocultando el rostro con las manos, otros abatidos sobre las losas implorando perdón, jóvenes impúberes con pequeñas alas en la espalda, niños como querubines pugnando por subir un montículo hasta llegar a la cruz...

Asombrado por los contrastes, continuó ascendiendo por la sinuosa calle que conducía a la cima. Le sorprendió no encontrar más visitantes en domingo. Solo se había cruzado con media docena de coches y un vehículo fúnebre que, seguido por la comitiva de deudos, lo obligó a detenerse. Mientras dejaba pasar al cortejo, se fijó en un sencillo y solitario panteón empotrado en la pared, bajo unas escaleras que conducían a la calle de arriba. Dos columnas sostenían un arco tubular y sin adornos, salvo un ilegible nombre grabado en el dintel de piedra; en su cenit, destacaba una cruz de hierro profusamente elaborada. Sus recias puertas de madera estaban abiertas y le entró curiosidad por echar una ojeada, pero en aquel momento surgió un individuo con mono azul y gorra de visera, cerró con llave y cargó una caja de herramientas hasta una furgoneta. Dedujo que se trataba de algún empleado de los servicios funerarios y, cuando el último vehículo de la comitiva hubo desfilado, le cedió el paso y reanudó la marcha. Poco después, torció por una calle, recorrió un centenar de metros, y se detuvo en una plazoleta junto a un pino cerca de un cuidado panteón horizontal. Se apeó y caminó hasta el pretil. Dando la espalda a la pared de nichos, observó el mar, el puerto de mercancías, los cargueros fondeados a la espera de su turno para descargar.

El cielo relucía espléndido, de un azul limpio y despejado. Y el sol, inmune al desaliento, proseguía bombeando su sofocante calor. Todo permanecía en silencio, como suspendido en el aire. De tanto en tanto, lo rompía el discordante trino de algún pájaro desorientado. De pronto, detectó un movimiento a su izquierda y pegó un respingo. Se giró de golpe. Solo era un gato, gordo y negro, que campaba a sus anchas. Dejó escapar un suspiro.

A continuación, anduvo lentamente hacia el nicho de los Malart.

—En serio, Marc. Las cosas no se pueden poner más negras. Ya sé lo que va a suceder. Me acusarán de la filtración, como la otra vez. Quizá pierda mi trabajo, y estoy en la ruina por los malditos costes del psiquiátrico. Si lo sé, ingreso a mi padre en uno público, joder.

Guardó silencio. A su lado, el rostro de Jesucristo pareció sonreír y Milo estuvo a punto de gritarle: «¡Y tú qué miras!». Se frotó los ojos.

—Si me quitan la placa, qué me quedará por hacer, ¿ser detective de hotel?

Lo interrumpió el graznido de una gaviota. Observó su plácido planeo, sus ojos fríos y negros. Se posó en lo alto de una cruz y se quedó inmóvil, recortada contra el cielo.

Sin separar la vista de ella, dijo:

—Alguien va a por mí, alguien muy cercano. Lo presiento. —Volvió la mirada al nicho—. Se acerca el final del juego. *Game over*. ¿No te suena?

Otra gaviota se sumó a la anterior. Realizó idéntica maniobra. Y al instante, apareció otra, y otra, y otra más. Cada una escogió una cruz donde posarse.

Hundió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza.

—Te lo juro, Marc; hay momentos en que me cambiaría contigo de sitio.

Dio unos pasos sin dirección. Se detuvo en el banco, bajo el pino mediterráneo. Agradeció aquella sombra. Tomó asiento y se agarró las manos. Contempló el suelo.

—Lo sé —murmuró—, tengo que aceptar mis sombras, enterrar los miedos. Ya he leído ese libro de autoayuda. —Hizo una mueca—. Pero este trabajo cambia a las personas, y ya tengo instalado dentro el abismo. —Tomó aire—. Sí, mi mente me da miedo. Aún me funciona el instinto, pero ¿qué haré si se gira en mi contra? ¿Pegarme un tiro como tú?

La virgen marmórea de dulce expresión la cambió por una de

profundo desagrado.

—Y qué quieres que haga, ¿rezar? —se enfrentó—. ¿Hasta cuándo crees que voy a mantener la cordura? —Apretó los puños —. Tal vez acabar con todo no sea tan mala idea. Cualquier cosa antes que perder la razón y terminar como mi padre.

El ángel de piedra titubeó en su pedestal.

—Sí, estoy haciendo victimismo, ¡y qué! —exclamó—. ¿No puedo? Estoy hasta los cojones del pensamiento positivo. ¡A la mierda con todo ese rollo!

Las gaviotas se giraron. Lo observaron con sus ojos negros, rígidas como estatuas.

—¿Es que no hay perdón para mí?

Algo le cayó encima, lo notó en la cabeza. Eso, o el ángel de piedra lo había golpeado con una de sus alas. Debía de ser pinaza. Rebuscó en el pelo. Pero no halló nada.

Se levantó de un salto.

—Joder, vengo al cementerio a esconderme y ni siquiera aquí puedo estar en paz.

Se alejó fuera de la sombra, a pleno sol. Escrutó las estatuas, las tumbas, las cruces.

Alzando el vuelo, las gaviotas se aproximaron.

Se sintió desfallecer. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué, de repente, se ponía a hablar con moles de piedra y mármol? ¿Qué hacía allí, rodeado de muertos y aves carroñeras?

Corrió al coche. Echó los seguros y subió las ventanillas. Dio al contacto. Puso primera. Iba a arrancar cuando vio algo que lo dejó lívido. La virgen lo señalaba con dedo firme, la boca abierta en un grito mudo, y mientras el ángel desplegaba las alas en toda su envergadura, el rostro de Jesucristo ordenó con fiereza, sin rastro de ternura, que lo atacara.

De forma instintiva, Milo cruzó los brazos a la altura de los ojos, dio gas a fondo y salió disparado, como una exhalación. Antes de estrellarse contra el pretil y precipitarse cementerio abajo, alargó una mano y controló el volante. Derrapando, abandonó la plazoleta a toda velocidad. Delante, las cruces comenzaron a caer en su camino. Detrás, vio por el retrovisor que una sombra alada se

cernía sobre él. Y no iba sola. Por el aire, la bandada de gaviotas la acompañaban acuciadas por el hambre. Y por tierra, tras incorporarse de los sepulcros, se apiñaba una horda de esqueletos con los sudarios a rastras, hombres armados con escudos y espadas, mujeres con hijos en brazos y niños y niñas de rostros querúbicos jaleados por una joven impúber que agitaba sus pequeñas alas.

Despavorido, hizo rugir el motor y tomó una curva a dos ruedas. Vio una verja abierta y la atravesó sin saber dónde desembocaba. Segundos después, reconoció la torre de Calatrava, supo que se hallaba en la zona noroeste, y aceleró para alejarse de la necrópolis. Con la respiración agitada, recorrió la recta del Estadio Olímpico y se dirigió a la plaza España para dejar atrás Montjuïc, la montaña que, según afirmaban las guías turísticas, era mágica.

Se incorporó al tráfico de la Gran Vía sin mirar por el retrovisor.

Subió las escaleras de dos en dos y entró en el ático, sin aliento. Se recostó en la puerta. Con el corazón todavía desbocado, cerró los ojos. Oyó unas voces, música. Los abrió. ¿Se había dejado encendida la televisión? Caminó lentamente hacia la sala.

—Por fin apareces —dijo Rebeca, bajando los pies de la mesilla. Se incorporó del sofá—. ¿Dónde te has metido todo el día?

—¿Qué haces aquí? —espetó Milo—. ¿Cómo has entrado?

—Ayer vi que tu cerradura es una JIS, un modelo antiguo —explicó—. Son muy vulnerables, basta un sencillo clip de pelo y asunto resuelto. Si hubiera sido de pestillo, otro gallo hubiera cantado. Te habré llamado más de cuarenta veces, ¿ya no contestas al móvil?

—El móvil, sí —balbució.

—¿Qué te sucede? Estás pálido, como si hubieras visto una aparición.

Tomó asiento en el sofá y activó el teléfono. Empezaron a sonar varios pitidos que avisaban de mensajes. Antes de escucharlos, comprobó las llamadas perdidas. Cinco de la jueza

Cabot, tres de Singla, dos de Bastos y una de Irene, además de la serie de Rebeca. Repasó los nombres de quienes habían dejado un mensaje. Escogió el de Irene. Le recordaba la cita de mañana con el API, le especificaba el lugar, el restaurante La Venta, y por último añadía que necesitaba que acudiera. «No me falles, cariño. Hasta mañana a las dos. Un beso.»

—¿Malas noticias? —preguntó ella al ver su gesto.

Pasó al siguiente. Era de Bastos. Le ordenaba que se presentara en comisaría hoy sin falta. No lo escuchó hasta el final. Pulsó un botón y oyó la voz de Susana diciéndole que solo quería saber si estaba bien, que la llamara en cuanto pudiera. Mientras tecleaba para borrarlos y oír el resto, observó a Rebeca. Estaba plantada en el centro de la sala, los brazos en jarra. Vestía tejanos, deportivas y una ajustada camiseta gris con las letras CIA a la altura del pecho. En la hondura entre la C y la A se había formado una pequeña mancha de sudor. Apartó la mirada. Singla le gritaba que aún estaba a sus órdenes y que fuera a su despacho ahora mismo si no quería cabrearlo más todavía. Colgó sin dejarle terminar la diatriba. Se levantó.

—¿Problemas? —repitió Rebeca.

—Además de vestir camisetas horribles —indicó la puerta—, ¿también te enseñaron en Quantico a colarte en las casas sin permiso?

—Lo aprendí aquí, en la Academia de Mollet.

—¿A qué has venido?

—Estaba preocupada por lo de ayer, eso es todo. Y no contestabas a mis llamadas. —Desvió la vista hacia la terraza—. Aquí hace un calor horrible, no entiendo cómo lo aguantas.

—No lo aguanto —replicó Milo. Dio un paso hacia ella—. ¿Seguro que eso es todo?

—¿Me estás interrogando? —dijo Rebeca, enarcando una ceja.

—Quiero saber la verdad.

—¿La verdad? Esa es una palabra que suena muy rara en tus labios.

—Deja mis labios en paz y responde. —Avanzó otro paso—. ¿Me estás espiando? ¿Es eso? ¿Te lo han ordenado? ¡Contesta!

—No digas bobadas.

—¡Habla!

—Vale, desde anoche tengo un problema. Tus labios, no los puedo dejar en paz.

Milo se detuvo de golpe, petrificado. Ahora fue Rebeca quien acortó la distancia.

—No hablemos —murmuró, los ojos brillantes.

Lo agarró de la nuca y lo atrajo levemente, pero con firmeza, hasta alcanzar su boca.

Sintió un alfilerazo. Ella era de carne y hueso. La vida. La vida real. Se estremeció, la piel erizada. Sus brazos se lanzaron en busca de refugio y la estrechó con urgencia. Por dolor. Cogió su cara, la enmarcó entre las manos. Por desesperación. La miró fijamente a escasos centímetros. Por necesidad de contacto. Constató en sus pupilas el mensaje. Entonces, se volcó en ella con intensidad. Se aferró a su cuerpo. Con prisa, con torpeza, con ansiedad.

Temblando.

—Calma, tenemos todo el tiempo del mundo —dijo ella, sorprendida por su frenesí.

—No, no lo tenemos. —Se concentró en su cuello—. Se acaba.

Rebeca le puso una mano en el pecho. Lo alejó.

—¿De qué hablas?

—Mi tiempo, lo tengo contado —dijo él, la voz enronquecida.

Lo contempló con mirada escrutadora. Dudó un instante.

—¿No puedes cerrar el pico por una vez?

Milo asintió con un rápido gesto. Ella insistió.

—No pienses, déjate ir. —Su tono se asemejó a una orden—. ¿Podrás?

—Lo que tú digas.

Ella se llevó un dedo a los labios. A continuación, cerró la mano sobre su camisa y estiró para acercarlo. Repasaron velozmente sus cuerpos. Se dejaron caer sobre el sofá.

—Me vas a romper la camiseta —susurró Rebeca—. Eres un salvaje.

Cayeron las ropas, las defensas. Milo cerró su mente. El dolor.

Y se dejó ir.

En el televisor sonó la melodía del telediario y ambos entreabrieron los ojos. Entrelazados en el sofá, escucharon los titulares. Uno hacía referencia a las nuevas declaraciones del fiscal anticorrupción sobre el caso de la misteriosa desaparición de Félix Torrens.

—Picas —dijo Rebeca, adormilada—. Podrías afeitarte.

Milo se rascó la barba.

—Lo haré un día de estos.

—Que sea pronto, me irrita la piel.

—¿Ya empezamos con las exigencias?

—Si quieres, te lo hago yo. Tengo experiencia. —Ahogó un bostezo—. Cuando mi hermano tuvo el accidente lo afeitaba cada día en el hospital. ¿Máquina, maquinilla o navaja?

—Maquinilla. ¿De tráfico? —Ella asintió—. ¿Y se recuperó?

—Bueno, no es el mismo, pero se podría decir que sí. Entonces qué, ¿lo hacemos?

—Eres insaciable.

—Y tú un idiota. —Lo golpeó con suavidad en el pecho—. ¿Quieres o no? Ni siquiera hace falta que te levantes. A él lo afeitaba echado en la cama. Venga, será divertido.

—Un momento. —Señaló la televisión con la barbilla—. Escucha.

Màrius Fuster apareció en pantalla rodeado por un gran número de micrófonos. Con voz altisonante, aseveró que la desaparición de Félix Torrens era una fuga sin ningún género de dudas. Adoptando una expresión severa, agregó que la fiscalía estaba estudiando iniciar acciones contra Telecinco por difamación, verter afirmaciones malintencionadas y vulnerar el secreto de sumario en uno de sus programas. Las gafas de gruesa montura negra se le desajustaron sobre el puente de la nariz. Empequeñecido por el cúmulo de periodistas que se agolpaban a su alrededor, se apresuró a colocarlas en su sitio con un gesto nervioso.

Ella bostezó. Buscó por debajo de su cuerpo el mando a distancia y apagó el televisor. Acto seguido, volvió a recostar la cabeza sobre su torso. Acarició sus abdominales.

—Estás en forma.

—Aquí delante tengo una enorme piscina, sería un crimen no aprovecharla.

—Lo que es un crimen es tu barba. Asustas. —Se levantó—. Voy a buscar las cosas para afeitarte. ¿Dónde tienes un barreño?

En la cocina rebuscó bajo el fregadero. Luego, fue al baño, lo llenó de agua caliente, y volvió cargada con una toalla y el resto de útiles. Le dijo que no se moviera y extendió la espuma. Al cabo, comenzó a rasurar una mejilla mientras le preguntaba dónde había estado todo el día. Milo se mostró evasivo. Ella se concentró en la zona del mentón, y luego hundió la maquinilla en el agua para limpiar las cuchillas. Hablaron de varios temas. Él quiso saber qué hacía cuando no estaba trabajando, y Rebeca le contó que se estaba sacando el título de piloto de helicópteros. A continuación, ella se interesó por el ático, si era suyo o pagaba una renta muy alta por estar en primera línea. Milo le dijo que se lo había dejado unos meses un matrimonio amigo mientras estaban de viaje. Rebeca se detuvo. Puso los ojos en blanco.

—Pero ¿tú tienes amigos? —dijo.

—Muy simpática. ¿Has ido hoy por comisaría? ¿Qué se dice?

—Ya te puedes imaginar. Todo el mundo está que echa humo.

—Creen que he sido yo la garganta profunda. —Ella guardó silencio. Empezó a rasurar la otra mejilla—. Éramos catorce en la reunión cuando se habló del Verdugo de Gaudí y todos piensan en mí como principal sospechoso. La cosa tiene delito.

—Once —corrigió—. Éramos once. Cuando se dijo el apodo, ya se habían marchado el fiscal y los dos de Patrimonio y Fraude. Quedábamos once. Bastos, Singla, Bachs, Sena, Rojo y Cervera, los dos de Personas Desaparecidas, tu jueza, tú y yo. Once en total.

—Pues eso. Once posibles fuentes y me escogen como culpable. Es la leche.

Rebeca agitó la maquinilla en el agua.

—¿Y a qué crees que se debe?

Milo llenó los pulmones de aire. Le dijo que venía de lejos, de cuando el caso del Asesino del Parking. Le explicó que poco antes de cerrarlo se produjo otra filtración, una que acabó mal, y todos pensaron que había sido él.

—Nunca he sabido por qué. Desde entonces cargo con el sambenito.

—Pero tú no fuiste —dijo, la maquinilla en alto. Milo hizo un gesto negativo. Se inclinó sobre él, empezó a pasarla por la garganta—. ¿Alguna idea de quién pudo ser?

Se quedó callado. Lo sabía perfectamente. Pero él no era un chivato, y cerró la boca. Los periodistas siempre estaban al acecho de noticias candentes y pagaban bien cualquier tipo de información. Resultaba muy tentador. Y más, si se estaba atravesando un mal momento, y un tercer hijo venía en camino. No le fue difícil atar cabos. Cuando alguien se pasaba todo el día junto a un compañero lo acababa conociendo mejor que su esposa. Pudo comprender sus motivos, pero no que lo dejara en la estacada cuando las cosas se complicaron. Por fortuna, los de Asuntos Internos no encontraron pruebas contra él y más tarde todo fue archivado. Pero el mal ya estaba hecho, y la sombra de la sospecha siempre pendería sobre su cabeza.

—Pudo ser cualquiera —murmuró—. Había muchos candidatos.

—Pero te escogieron a ti, a un inocente —dijo—. ¿Y nadie pensó en Bachs? Llevabais juntos el caso, ¿no? —Se irguió—. Listo, pareces otro.

Le lanzó la toalla. Milo se incorporó sobre un antebrazo. Arrugó el ceño.

—No es la primera vez que me preguntas por él —dijo, con aspereza. Se limpió la cara—. ¿Por qué tanto interés?

—Por nada —dijo ella, recogiendo las cosas—. Menuda piel más fina.

—Y eso lo dice alguien que me acaba de afeitar porque le irritaba mi barba.

Rebeca se levantó. Fue a la cocina, al baño, y regresó. Se recostó a su lado. Permanecieron en silencio. Pasados unos

instantes, Milo se aclaró la garganta.

—Esther Garcilaso —dijo—. Es la mujer que murió a causa de la filtración. La última víctima del Asesino del Parking. No hay día que no recuerde su nombre. Tenía dos criaturas.

Ella no hizo ningún comentario.

—Quizá podría haber hecho algo más por evitarlo. No esperar a que el Grupo me creyera, vigilar directamente al tipo que despertó mi parabólica. Perdí un tiempo precioso.

—¿No te hicieron caso?

Negó con un movimiento seco.

—Ellos ya tenían a su detenido, y les importó un carajo que no me cuadraran las cosas. Luego ocurrió lo que ocurrió, pero ya fue tarde.

—Dejémoslo, es historia pasada. —Se puso a juguetear con su ombligo—. ¿Quién de los once crees que puede haber sido la fuente? Descontándonos a nosotros dos, quedan nueve.

—Hay diez posibilidades.

Ella paró sus juegos en el acto.

—¿Me cuentas a mí?

Milo desplegó tres dedos y dijo que el responsable tenía que reunir tres condiciones.

—Una, que estuviera presente en la reunión cuando se pronunció el apodo; dos, que estuviera al tanto de mi visita a la psicóloga; y tres, que me la tenga jurada. Lo del programa apunta directo a hundirme. Que yo sepa, tú encajas en dos de tres. No puedo descartarte.

Rebeca se incorporó con brusquedad. Ofendida, lo señaló.

—Eres un miserable —dijo—. Yo no te la tengo jurada, ¿por qué tendría que hacerlo? Y no era necesario saber lo de tu visita a la loquera, bastaba con seguirte por la calle. Por último, sí, estaba en la reunión, al igual que otras diez personas, entre ellas la jueza. ¡A saber si después de tu lío con ella le hiciste una putada y ahora va a por ti!

Milo observó su expresión indignada, el contraste con su desnudez, y guardó silencio.

—¡Cabrón, sospechas de mí! —Saltó del sofá. Fue a la terraza.

Él no se perdió ninguno de sus pasos. La figura estilizada, las zonas blancas de su piel. La miró con recelo. Recién llegada y tan preguntona, siempre metiendo las narices en sus asuntos, pegada a sus talones. Los de Asuntos Internos podían haber sido muy capaces.

Se levantó lentamente, la siguió. Puso una mano en su hombro, pero ella se escabulló.

—Yo no te acuso de nada, subinspectora. Lo que te he dicho es cierto, pero no es todo. Tú también salías en el vídeo del programa; discutíamos, y el capullo de Navarro te incluyó dentro del equipo de inspectores incompetentes y mal avenidos. Si tú fueras su fuente, ¿por qué te habría ridiculizado? No tiene sentido. Es lo que no me has dejado acabar de explicarte.

Rebeca apretó los labios. Entornó la mirada.

—Entonces, ¿no me consideras sospechosa? —Él se encogió de hombros—. Podría haberlo pactado con ese Navarro para proporcionarme una coartada. ¿No se te ha ocurrido?

Milo volvió a repetir el gesto. Luego, se apoyó en la barandilla y contempló el mar. Tras un instante, notó su cuerpo acoplarse a la espalda, rodearlo con los brazos, y recostar la cara entre sus omoplatos. Quietos, acompasaron juntos la respiración.

—Eres un tipo curioso, me intrigas —confesó. Milo oyó rebotar su voz a través de las costillas—. Y si hay algo que me atrae es lo que me intriga.

—¿Lo que no puedes dominar?

—Lo que no puedo entender —matizó—. Por lo que vengo observando, absorbes la energía que te encuentras. Si detectas violencia, te vuelves agresivo; si afecto, amable; si el cielo, flotas en una nube; si el infierno, te conviertes en un alma en pena. Y si es trastorno, enloqueces.

—Y si es muerte, oigo a asesinos y me persiguen estatuas —apostilló él, en voz baja.

Rebeca separó el rostro, un momento, y volvió a apoyarlo.

—Percibes el tipo de atmósfera y te empapas de ella —prosiguió—. Eres camaleónico, te adaptas en función de lo que recoge tu radar. Me gustaría saber cómo eres en realidad.

—Pierdes el tiempo —dijo, sin volverse—. Ni yo mismo tengo la menor idea.

—Algo sí sabes. Por ejemplo, que te gusta esto —afirmó, descendiendo la mano.

Milo contuvo el aire. Se dio la vuelta. La elevó hasta sentarla a horcajadas en la cintura. Rebeca lo rodeó con las piernas, lo agarró del pelo y tiró hacia atrás su cabeza.

—¿Confías en mí?

De súbito, una explosión de júbilo estalló en la calle. Los gritos resonaron en oleadas.

—¿Qué demonios sucede?

—España —gimió ella—. La final del mundial de fútbol. No me has respondido.

Milo escrutó su rostro resplandeciente, tenso. Aceleró los movimientos.

—No sé quién me la está jugando, pero algo me dice que no eres tú. ¿Satisfecha?

—Mañana lo verás todo más claro. —Le soltó el pelo, hundió la cara en su cuello y le clavó las uñas en la espalda—. Entonces podrás enfrentarte al Grupo. Dios bendito, no pares.

Obedeció. Ahora por pasión.

Ella cerró los ojos. Milo los mantuvo bien abiertos.

12

El despertador sonó a las cinco y media. Abrió los ojos. Se levantó de la cama como un autómata y fue hasta el lavabo. Dio al grifo del agua fría. Un potente chorro empezó a llenar la bañera. Se acercó a la máquina de hielo, deslizó la tapa, y recogió varias paladas. Según le había enseñado su padre, un baño de agua fría era el mejor método para estimular la energía, favorecer la vitalidad y mantener una salud pletórica. Él había aprendido por su cuenta que si era helada obtenía además otros beneficios. Calmar su fuego interno y endurecer el cuerpo. Era como en la forja. Con el fuego moldeaba el hierro, y con el agua consolidaba su forma. Ahora, pura lava, era momento de realizar su ritual. Cerró el grifo y se sumergió en la bañera.

El shock de la primera impresión hizo retroceder la sangre de la periferia al interior, enfriando súbitamente la superficie y adentrándose en sus entrañas hasta casi paralizarle el corazón. Sin aliento, notó cómo el agua gélida fortalecía su organismo. Bañándose con este sistema todos los días, incluso en los más crudos de invierno, no solo se protegía de los gérmenes, sino también evitaba la afeminación que prevalecía en todas las clases sociales. Odiaba ser como las personas que abundaban: débiles, delicadas, anémicas, flojas. Esta terapia acrecentaba su vigor, le exultaba el ánimo, y lo insensibilizaba a las variaciones del tiempo, logrando que los cambios de estación no le acarrearan enfermedades. Y de paso, conseguía gobernar el fuego, poseer el secreto de su invencible poder. Todo eran ventajas.

Agarró un basto lienzo de lino, la pastilla de jabón, y comenzó a friccionarse con intensidad, haciendo ejercicio y masaje a la vez, para remover los desechos que obstruían los poros de la piel. Con la tela rebosante de espuma, empezó por los pies, siguió

por las piernas, y frotó los genitales de arriba abajo, muy suavemente, y nunca de abajo arriba. Luego, prosiguió con los brazos y el tronco, dejando para el final la cara y cabeza. Entonces, apoyó el lienzo sobre la repisa y procedió a masajearse todo el cuerpo con las manos desnudas. Esta era la parte que más le gustaba. Era cierto que las manos poseían una oculta y misteriosa virtud magnética y vitalizadora. Podía sentirla. Por último, se sumergió por completo y salió de la bañera. Había empleado cinco minutos, la duración exacta para no perder demasiado calor.

Se secó con fuerza solo la cabeza, las manos y las muñecas, para que afluyera de nuevo la sangre a la periferia. Así, recuperó el calor perdido y le sobrevino una reacción muy placentera que permanecería durante horas. Con un suave trote, dejando el resto de piel sin enjugar, a la espera de que se secara por sí sola, salió del baño, recorrió el pasillo, y bajó por las escaleras hasta desembocar en el jardín. Allí, en la salubridad del aire libre, ya fuera otoño o primavera, desafiaba desnudo a los vientos y al clima, endureciendo y vigorizando su naturaleza. Para él, era preciso alcanzar esta fortaleza, hacerse resistente, inmune a cualquier inclemencia. «El árbol se muestra indiferente a la tempestad y a la calma, al calor y al frío», solía decirle su padre cuando era niño, recitando las palabras del abate Kneipp, su maestro. Y si algo ansiaba él era llegar a ser tan fuerte como un árbol. Como un árbol de hierro.

Caminó descalzo unos minutos por la hierba, comprobando que la lesión de su gemelo ya hubiera cicatrizado. Se la produjo al caer desde un andamio a considerable altura las pasadas Navidades, y desde entonces se había aplicado en la zona envolturas de tela mojada y sujeta con imperdibles. No notó ninguna molestia. Hubiera preferido caminar sobre nieve o rocío, que es lo que recomendaba el abate, y por ello, como alternativa de verano, volvió al baño, abrió la máquina de hielo, y se frotó con varios fragmentos las plantas de los pies.

Al terminar, regresó a su habitación. Se puso unos slips limpios y secos sobre la piel aún húmeda, y acabó de vestirse con ropa cómoda. Su calor interno no tardaría en transmutar el agua

adherida en una forma de calor más intensa. Era igual que rociar el fuego con aspersores de agua. Una sensación muy agradable. Acto seguido, se echó al suelo para realizar varios ejercicios ligeros hasta que su cuerpo quedó bien seco. Ya haría la gimnasia más severa cuando acabara la jornada, al caer la tarde.

Fue a la cocina y se dispuso a desayunar. Tres hojas de lechuga con aceite de oliva, confitura de remolacha, pan con miel, y un vaso de leche mezclado con algún cítrico ya que la piel de las frutas era el mejor regulador intestinal. Finalizó con miga de pan, que le hacía las veces de cepillo de dientes, y se limpió las manos con la miga sobrante mojada en agua. Por último, se metió en el bolsillo unos frutos secos y pasas por si más tarde le entraba hambre.

En el vestíbulo se calzó unos zapatos de piel con suela de esparto, sus preferidos para realizar las largas caminatas diarias, y salió de casa sin hacer ruido. Anduvo con paso firme y dinámico por la empinada calle que descendía hacia el centro, sabiéndose muy superior a esos hombres debilitados por la vida sedentaria que preferían ir en vehículo a sus lugares de trabajo. Él, aplicando lo que denominaba «terapia del movimiento», no solo recorría los tres kilómetros que lo separaban del suyo a pie, sino que ampliaba el recorrido a diez, bajando hasta el puerto para combinar un necesario cambio de altitud, y subiendo luego por Vía Layetana sin perder un ápice de vigor hasta llegar a la plaza Gaudí en condiciones óptimas para afrontar su jornada laboral.

Dos horas después de iniciar la caminata, se sentó en uno de los bancos frente al templo expiatorio. Mientras escrutaba los rostros de la gente que circulaba por su lado, echó mano al bolsillo y comió unas almendras crudas. Madres acompañando a sus hijos a las escuelas de verano, ancianos de andares lentos, jóvenes de ambos sexos hablando entre ellos. La mayoría, acostumbrados ya a la monumental construcción, pasaban por delante sin ni siquiera levantar la vista. Otra cosa muy distinta sucedía con los turistas. A pesar de lo temprano de la hora, los autocares repletos con multitud de personas de todas las nacionalidades aparcaban entorpeciendo el tráfico de la calle Marina, provocando el

consiguiente caos de bocinazos y protestas. Soltaban su carga humana, y los mastodontes mecánicos se dirigían a los parkings especiales asignados. Entretanto, los rebaños de turistas, precedidos por guías con paraguas de diferentes colores en alto para distinguirse de otros grupos, se esparcían por los alrededores contemplando con la boca abierta y continuo disparar de fotos la majestuosidad y belleza de la insólita basílica, impacientes por pasar por taquilla y engrosar las arcas del templo en cien mil euros al día.

A este carrusel de admiración y entusiasmo, últimamente se habían añadido nuevos elementos. Tropas de operarios se extendían por todas partes, descargando sillas y vallas, colgando banderolas o montando cámaras de seguridad, preparando la cercana visita del Papa. De igual modo, mandos de varios cuerpos policiales se encontraban en la zona, acompañados por sus subordinados, ordenando sobre el terreno las medidas oportunas que sus hombres debían llevar a cabo. El enjambre humano alrededor de la «Catedral de los pobres», como la llamaba Gaudí, empezaba a convertirse ya en una farragosa molestia para los vecinos.

Sentado en el banco, terminó con las almendras y les llegó el turno a las pasas. A él no le gustaba aquel ruidoso trajinar. No obstante, tampoco le preocupaba. Con gesto indolente, se apartó una miga de la pernera y consultó su reloj. Faltaban cinco minutos para las ocho.

Se incorporó y, cuando iba a dar un paso, un par de criaturas chocaron contra él. Se quedó quieto, el rostro inmutable. Los niños alzaron las cabezas con miedo, y contemplaron su cara agraciada, sin expresión, el pelo rubio cortado casi a cepillo.

Él los observó con sus acerados ojos azules, en silencio.

—Perdone —dijo la madre, acudiendo presurosa—. ¡Niños, que estáis molestando!

Sin moverse, aguardó a que los agarrara y se alejaran los tres en dirección a Mallorca.

Entonces apartó la mirada y la fijó en la Sagrada Familia. Aquella mañana tenía que supervisar la colocación de los

cerramientos del púlpito de la nave central, y terminar de pulir sus delicados y exquisitos acabados en hierro que él había forjado con sus manos. Gaudí había trabajado cuarenta y tres años en su obra magna y solo pudo contemplar, y parcialmente, la fachada que estaba mirando, la del Nacimiento, viendo coronada solo la torre de San Bernabé. Él, saltándose una generación, y como último miembro de una saga de forjadores que alcanzó la cumbre de su artesanía colaborando con el genio, completaría los detalles para que todo estuviera a punto cuando Benedicto XVI entrara por la Puerta de la Gloria. La misma Puerta de la Gloria que, según los planos del visionario arquitecto, trazados en 1915 cuando la zona solo era un solar, obligaría en unos años a derrocar todos los edificios desde la calle Mallorca hasta la Diagonal, tres manzanas enteras. Se rumoreaba que las acciones de expropiación ya estaban sobre la mesa de los ediles, y los temores de los vecinos se habían disparado. Pero aquellos infelices tenían la batalla perdida de antemano. La imagen de la ciudad era un argumento que no admitía réplica. Él lo había experimentado en su propia carne. Y más, si se trataba de la joya de la corona. Barcelona era un parque temático, Gaudí su atracción más insigne, y exigía su precio a la hora de ser engalanada. Como lo que iba a suceder en unos días. Los ojos del mundo estarían puestos allí, en aquel templo. El acto iba a ser retransmitido en directo a todo el planeta. Y sin escatimar en medios ni esfuerzos, la orden había sido tajante: todo debía estar ultimado para que el Pontífice pudiera llevar a cabo la ceremonia de consagración. Se habían contratado cuadrillas de refuerzo, movilizado todas las fuerzas policiales, organizado el corte de calles y plazas, y blindado el acceso al interior. Por lo que dependía de él, no faltaría ningún detalle. Dentro de trece días habría terminado su labor. Incluyendo un último acabado. Como correspondía a un artista de la forja, sería algo audaz, genial, en consonancia con la obra. Para él, como rociar el fuego con aspersores de agua. Una sensación muy agradable. Casi podía decir que estaba esperando el momento con ansiedad. Casi, porque en realidad era incapaz de albergar ningún sentimiento.

Cruzó la calle con paso tranquilo y se dirigió hacia una de las

puertas de los operarios.

Un vigilante armado sonrió al verlo.

—Buenos días, Héctor —dijo, permitiéndole el acceso sin necesidad de mostrar su pase autorizado—. ¿Qué? ¿Estará todo terminado para el gran día? ¿Llegaremos a tiempo?

—Puedes estar seguro —dijo Héctor, con su voz rasposa.

Cruzó la antesala con rapidez, señaló la puerta cerrada del despacho de Susana Cabot y dijo:

—Su señoría me está esperando, llego tarde.

—¡Pero inspector Malart, su visita no consta en mi agenda! —protestó Alba Conte.

Milo agarró el picaporte y entró sin hacer caso. En el acto, sonó el intercomunicador y Susana apretó un botón mientras lo observaba detenerse ante su mesa y tomar asiento.

—Tranquila, Alba, ya me encargo yo. No pasa nada. —Colgó. Hizo una mueca—. Cualquier día de estos la matarás de un infarto. Y es una buena mujer.

—Pero le faltan reflejos. ¿Querías hablar conmigo?

—Eso fue ayer, y hoy es lunes —señaló ella, con frialdad—. Te llamé cinco veces.

—Tuve un día muy complicado.

—Responder a una llamada es solo cuestión de minutos.

—Desconecté el móvil y luego se me fue de la cabeza volver a conectarlo.

—Ya, tu cabeza, siempre la misma excusa. —Señaló los papeles de su mesa—. Me pillas muy ocupada. ¿Vienes por algo en concreto o es una visita de cortesía?

—Por dos cosas, no te entretendré. ¿Quién es el juez que lleva lo del Círculo Gaudí?

—Ricard Espinosa, lo conozco. ¿Por qué?

—Es posible que necesite una orden de registro para echar un vistazo en los armarios de los Torrens. Mi encuentro con su esposa no fue muy cordial y no creo que se muestre colaboradora. ¿Podrías solucionarlo?

—Algo he oído —dijo la jueza Cabot—. Por lo visto, la pusiste de vuelta y media. El teléfono rojo ha sonado por media ciudad. ¿No podrías ser un poco más diplomático? Al fin y al cabo, su marido ha desaparecido. Se consigue más utilizando azúcar que vinagre.

—Lo sé, pero no soporto a quienes hablan desde un pedestal, me sacan de quicio.

—Y entonces te lanzas a tumba abierta, despreciando sus contactos e influencias. ¿Y qué logras? Complicarte la vida, y de paso la de todos. ¿Es que nunca aprenderás que vivimos en sociedad? No puedes ir por ahí provocando incendios, Milo.

—Dejemos la bronca para otro momento. ¿Lo puedes solucionar o no?

—Llegas tarde. El juez Espinosa ya emitió esa orden, para los de Patrimonio y Fraude, y ayer llevaron a cabo el registro junto a los hombres de la fiscalía. Pero no te hubiera valido. Era para documentos y archivos del caso, y tú, que yo sepa, todavía eres de Homicidios y no investigas estafas. La ley es la ley, y ni siquiera el famoso inspector Malart se la puede saltar.

—¿Lo dices por lo de la televisión?

—Fue una perrería —masculló la jueza—, y además, choricera. Ese Navarro es un cabrito que se escuda en la libertad de prensa. Ya tuvisteis un encontronazo hace tiempo, ¿no es cierto? Y también se libró sin un rasguño. —Cabeceó con disgusto—. Sé que son las reglas del juego, que la democracia sin información no es democracia, pero lo que ese tipo practica no tiene nada que ver con la información. Es pura manipulación, y que sea intocable ya pasa de castaño oscuro. ¿Habéis averiguado quién es su fuente en el Cuerpo?

Milo negó con un gesto.

—Somos once los sospechosos —dijo—, y tú estás en el equipo titular.

—Me halagas —se rio ella.

—Pues estar en el ojo del huracán a mí no me hace ninguna gracia.

Susana Cabot cortó las risas en seco.

—Milo, alguien te tiene en su punto de mira. Yo, de ti, iría con ojos en la nuca.

—Volvamos a la orden. ¿No podrías hacer algo?

—¿Tiene que ver con el asesinato de Eduard Pinto?

—No estoy seguro, es una posibilidad. Por ahora, es solo otro disparo al aire.

—¿Qué estás buscando? O mejor dicho, ¿qué esperas encontrar?

Milo dejó escapar un bufido de frustración.

—Ese Félix Torrens me da mala espina. Hasta donde yo sé, es un hombre que nunca se ha detenido ante las dificultades. Capaz de coger cualquier atajo, legal o ilegal. Cualquier cosa con tal de lograr su objetivo. Quizás oculte algo en su casa que me ponga sobre la pista.

—No puedo redactar una orden de registro basándome en una de tus corazonadas. Yo creo en ellas, pero...

—La ley es la ley, lo sé.

—Tráeme una prueba, por pequeña que sea, y te la redacto de inmediato.

—Ese es el problema —comentó Milo—. Si no ocurre un imponderable, esto es un punto muerto. Tengo las manos atadas. Me iría de perlas un poco de flexibilidad.

—Que yo no puedo tener, olvídalo —dijo ella, con firmeza—. Ya se te ocurrirá algo, algo legal, me refiero. —Hizo una pausa—. Pero sí, tienes razón; por lo que ha llegado a mi despacho, ese tipo es un canalla. Arnau Mascaró, el director administrativo del Círculo Gaudí, ya canta ante el fiscal. Según ha confesado, creó una red de cuentas bancarias para que su jefe expoliara sin medida los fondos de la entidad, valiéndose de facturas falsas para justificar subvenciones públicas con la excusa de obras en varios edificios modernistas. Estafó a sus amigos y colaboradores, al casi centenar y medio de patronos de la fundación.

—¿Se sabe ya a cuánto asciende el desvío de dinero?

—Por el momento, se calcula en unos cuarenta y cinco millones —dijo. Milo soltó un silbido—. Pero espera, que no contento con eso, los últimos cuatro años se otorgó a sí mismo

ochocientos mil euros anuales de sobresueldo, además de desviar millón y medio para obras y reformas de inmuebles de su familia, y otro medio millón para viajes privados. El colmo es que incluso creó unos cursos de gestión de fundaciones, y no eran baratos precisamente.

—Un claro ejemplo de codicia sin límites.

—Sí, algo patológico, de diván de psiquiatra.

Milo se irguió en el asiento. Tomó nota mentalmente y dijo:

—Así es como trabaja determinado grupo social barcelonés con más de un siglo de protagonismo, las buenas familias, los famosos cuatrocientos que siempre son los mismos.

—Tampoco hay que generalizar, Milo.

—Solo señalo lo que es evidente —replicó—. Está el poder público, legítimo, y luego la llamada «sociedad civil» o «de familias», la que copa todos los puestos clave en los consejos de las principales instituciones de Barcelona. El auténtico poder. Hablo de la élite catalana unida por relaciones de parentesco, matrimonio o amistad.

—Tus palabras son por despecho, por los problemas que tuviste con tu suegro.

—Exsuegro —matizó—. Pero no, si digo lo que digo es porque me revienta el concepto «uno de los nuestros». De grupo aparte, superior, al margen de los demás. Y eso incluye su comportamiento ante la ley. Simplemente, no va con ellos. Juegan en otra liga.

Susana Cabot se removió incómoda.

—No vas muy desencaminado. Están empezando a aparecer algunos de esos nombres relacionados con grupos políticos —dijo —. Por lo que me han contado, parte del dinero del Círculo Gaudí acabó en la órbita de partidos; en concreto, casi dos millones de euros para subvencionar una fundación política nacionalista. Y eso no es todo. Además de tráfico de influencias, Félix Torrens también cometió irregularidades en varias operaciones urbanísticas para construir hoteles de lujo en el Raval y Ciutat Vella. Por lo visto, salpican a varios cargos intermedios del ayuntamiento, cargos más altos, y se rumorea que incluso aún más arriba. Todo esto que quede entre nosotros, Milo. Ni una palabra fuera de estas paredes.

Milo asintió mientras inspiraba con fuerza. Con tono pesimista, auguró:

—Entonces pronto se echará tierra encima para tapar el asunto. La sociedad de familias hallará la manera de que las cosas circulen de forma suave y tranquila hasta aparcar el tren en vía muerta. El oasis catalán debe perdurar, y perdurará. Aquí nunca pasa nada. Y cuando pasa algo, ya se ocuparán de arreglarlo bajo mano. En otras palabras, es lo que me avisó que ocurriría Virginia Colomer. Y tenía más razón que un santo.

—Ni el alcalde ni otras fuerzas políticas pueden permitirse esta publicidad tan dañina con las elecciones a un paso —comentó la jueza—. Si no quieres trabajar de desenterrador con pico y pala, debes darte prisa por encontrar lo que sea. Y hablando de encontrar. Un tipo así, con tantas víctimas de sus trapicheos, podría haber despertado en alguna los deseos de venganza. ¿Ya lo has pensado? Hay muchos candidatos.

—Hubiera actuado de manera más directa —rebatió—. ¿Para qué secuestrarlo? No, esta corrupción financiera se ha destapado coincidiendo con la acción de nuestro psicópata.

—Y eso lo dice alguien que no cree en las coincidencias.

Milo separó los brazos y alzó los hombros. Afirmó en silencio.

—Sea como sea —suspiró ella—, mañana martes de madrugada, según tu versión, sabremos si estás en lo cierto o no.

—Jueza, tener razón me importa un bledo, como todo este asunto financiero. Nadie se merece un final como el de Eduard Pinto, un suplicio de ese calibre. Pero lo que me tiene en ascuas es el tufo que percibo de algo peor, de otro tipo de corrupción más grave. Por eso te pedía la orden de registro, para poner patas arriba su casa. Félix Torrens esconde algo más que pufos económicos, me lo dice mi instinto.

—No insistas, tráeme una prueba y tendrás esa orden. Pero necesito algo, y pronto. Y oye, ándate con pies de plomo. Este giro político lo complica todo. La presión va a ser salvaje.

Milo se incorporó.

—Muy bien, te traeré la dichosa prueba. Por cierto, gracias por tu apoyo en la reunión del viernes. De no ser por ti, ya me

hubieran colgado del palo mayor. —Se dirigió hacia la puerta. Meditabundo, se detuvo—. Últimamente me paso la vida agradeciéndote cosas, ¿no?

—Unas cuantas —sonrió ella—. Te olvidas del segundo motivo de tu visita.

Milo agarró el picaporte. Sin soltarlo, se dio la vuelta.

—Mi hermano me va a poner una denuncia, por lo de Marc. ¿Debo preocuparme?

Susana Cabot se señaló la mejilla y Milo asintió lentamente.

—No, de momento. Pero avísame si las cosas se ponen crudas.

—¿Más? —Abrió la puerta.

—Te queda bien. Ya era hora.

—¿Cómo dices?

—El afeitado —dijo. Y agregó—: ¿Has cambiado alguna otra cosa que deba saber?

En la comisaría, no pudo llegar hasta su mesa en el rincón sin que Rebeca lo abordara.

—Podrías haberme despertado antes de irte —dijo, en voz baja. Sulfurada, miró a ambos lados por encima del hombro—. No he tenido tiempo ni de pasar por casa.

—¡Malart! —rugió Singla desde la otra punta de la oficina—. ¡A mi despacho!

—Por fin una camiseta como es debido —alabó Milo. Era verde caqui, dos tallas grande, sin estampados—. Me llama el jefe, hablamos luego.

Se alejó sorteando mesas y entró en el despacho. Sin cerrar la puerta, tomó asiento.

Los ojos del inspector jefe despedían chispas.

—Ayer te ordené que te presentaras en comisaría. Desobedeciste. Una vez más.

—No escuché la orden en el buzón de voz hasta bien entrada la noche —repuso.

—Toda la Central en pie de guerra y tú te pasas el domingo en la playa. —Se atusó el bigote—. A mí me suena a escurrir el

bulto.

—Jefe, no hay escaqueo que valga. Te digo lo mismo que hace dos años. Yo no fui la fuente entonces y no lo he sido ahora. Me la suda que todo el mundo crea que la filtración es cosa mía. Yo sé lo que sé y punto. Si quieres usarme como diana, adelante; pero te equivocas de hombre. Soy el principal perjudicado por ese reportaje, ¿me tomas por un imbécil?

—Hay un detalle que se te escapa —masculló—. Tú no eres el principal perjudicado, lo es el Grupo. Nos han dejado como una pandilla de inútiles y eso es algo que me saca de mis casillas. La prensa lleva dos días machacándonos, los medios no hacen más que repetir las imágenes, y la tormenta de críticas se ha desatado sobre el edificio. Está en juego el prestigio de esta oficina. Si atacan a uno de mis hombres, nos atacan a todos. Pienso ir hasta el fondo de este asunto, caiga quien caiga.

—Me alegra oír eso. ¿Por dónde empezamos?

—¿Ese olfato tuyo te dice algo? —inquirió, sarcástico.

—Que deberíamos preguntarnos a quién beneficia esta campaña de descrédito. Aparte de a ese malnacido de Navarro, por descontado.

—Yo lo traería a la Central y lo interrogaría en una sala sin cámaras —propuso, con rabia—. Cinco minutos a solas con él y te aseguro que me revela el nombre de su fuente.

—Solo conseguirías darle mayor cobertura y protagonismo, precisamente lo que está buscando. Conozco a ese tipo, se escudará en su derecho a no revelar sus fuentes y no le sacarás ni una palabra.

—¿Tampoco si tu jueza le abre unas diligencias para investigar la filtración?

—Es inútil presionarlo —sentenció Milo—. Todo esto le serviría para ganar audiencia y echarnos más mierda encima. No vale la pena encabronarse con él. Tiene bula.

—Sigo pensando que no hay nada como una acción directa. Cara a cara.

—Hazlo si quieres, pero será en balde.

—Entonces solo queda una solución. —Bajó los ojos—. La que

más me revienta.

—¿Investigar a tus hombres?

El inspector jefe Singla asintió mientras se rascaba la barbilla.

—Los movimientos de dinero, los datos bancarios. Ese tipo habrá pagado bien una información tan explosiva. —Levantó la vista—. Tus cuentas, Malart, serán las primeras.

—No hay problema. Están limpias, vacías quiero decir.

—Puedes haber cobrado en efectivo.

—Como cualquiera, desde el jefe Bastos hasta tú mismo.

—Sin olvidarnos de tu jueza.

—Joder, que no es mi jueza. Olvídala, yo buscaría por aquí, no muy lejos.

Singla se echó para atrás en el asiento.

—Esto es una cabronada —gruñó—. Un bastardo nos pone en entredicho y tengo que iniciar una investigación en el Grupo. Justo cuando más tenemos que cerrar filas. Aunque prefiero lavar la ropa sucia en casa, que no metan las narices los de Asuntos Internos. Y todo, en medio de un caso que se está saliendo de madre. Esta mañana el alcalde ha citado a Bastos en el ayuntamiento, y las cadenas de radio y televisión no han parado de llamarnos para pedir una entrevista contigo. Te puedes imaginar dónde les he dicho que se metan sus micrófonos.

Milo permaneció pensativo, sin despegar los labios.

—¿Cómo vas con el caso? ¿Esa infalible intuición funciona o no? Si te readmitimos fue para obtener resultados, figura, no para ver cómo te conviertes en una estrella de la tele.

—Demasiada casualidad —murmuró—. Félix Torrens desaparece, el fiscal habla de corrupción a gran escala, surgen conexiones políticas... y estalla todo este lío de la filtración en medio de un caso complejo. Muy oportuno, ideal para desviar nuestra atención. Sospechas, investigaciones internas, lo que sea con tal de abrir nuevos frentes...

—¿De qué hablas? —se crispó el inspector jefe—. ¡A mí no me van tus numeritos!

—El caso, sí. —Parpadeó, confundido—. Avanzamos, pero con lentitud. ¿Cómo les va a los otros? ¿Algún progreso con las nuevas

líneas abiertas?

—Que te lo expliquen ellos, no soy tu maldita correa de transmisión.

—A la orden, jefe. —Se incorporó de golpe—. Voy ahora mismo.

—Malart —dijo Singla. Milo se paró en el umbral—. Resultados, ¿me oyes bien? Quiero resultados, no malditos palos de ciego.

Atravesó la oficina con rapidez. Al llegar a la mesa de Crespo, aminoró el paso.

—Sargento, ¿sabes algo de Bruno? —preguntó sin detenerse, señalando su silla vacía.

—Ha venido a primera hora y luego se ha marchado con Sena. —Milo se alejó—. ¡Inspector, tengo la información que me pediste!

Se dio la vuelta, dudó unos segundos.

—Vuelvo enseguida, Toni, entonces me la cuentas —dijo, caminando de espaldas—. Por cierto, estuvimos en la biblioteca Arús. Tu amigo Gombrowicz te aprecia mucho.

Se dirigió a los ascensores. Pulsó el botón de bajada. Mientras aguardaba, apareció la subinspectora Mercader. Las puertas se abrieron y entró con rapidez. Ella hizo otro tanto.

—¿Otra vez dándome esquinazo? —le preguntó—. ¿Adónde vamos?

—Yo a Patrimonio y Fraude. —Hundió el botón de la segunda planta—. ¿Y tú?

—Te acompaño. ¿Cómo ha ido con Singla?

—Suave como la piel de un bebé. ¿Conoces a alguien de Asuntos Internos?

—No, a nadie. ¿Por qué?

—Recuérdame que luego haga una llamada a Gerona, al Área Técnica. Allí sí conoces a gente, ¿no? Tus antiguos compañeros.

—¿A qué viene esto? Estás muy raro esta mañana.

El ascensor frenó en la segunda planta y las puertas se

abrieron. Seguido de cerca por Rebeca, fue hacia el despacho de Daniel Obispo. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos y la abrió. El inspector jefe estaba reunido con el inspector Cano, los dos inclinados sobre una mesa llena de expedientes.

—Inspector jefe, ¿tienes unos minutos?

Daniel Obispo volvió la cabeza en su dirección. Se enderezó sin dejar de observarlo con su cara plana, hermética. Cerró una de las carpetas.

—Dos, te doy dos minutos.

—Suficiente. Quería saber qué encontrasteis en el registro de la casa de Félix Torrens.

Obispo intercambió una mirada con Cano.

—Nada que te incumba —dijo este último.

—No, no me he expresado bien —repuso Milo—. Mi intención no es entrometerme en vuestro trabajo. Solo me interesa lo que pueda estar relacionado con mi caso.

—Tendrás que explicarte mejor.

—En el registro, además de documentos sobre sus empresas fantasma, archivos de su doble contabilidad y facturas falsas a Hacienda, ¿hallasteis algo más?

—¿Cómo sabes que hemos hallado material comprometedor? —se alarmó Cano.

—Me lo acabas de confirmar. Imagino que se lo debió de llevar del Círculo Gaudí para esconderlo en su casa poco antes de vuestra entrada, ¿no es así?

Mientras Cano enrojecía, el inspector jefe Obispo rodeó su mesa y fue a sentarse en su silla. Arrugó los labios. Repasó a Milo de arriba abajo.

—Ya tenía noticias de que eras un inspector de una pasta distinta. Y por lo que vi en la reunión, alguien con unos métodos muy poco ortodoxos, que no se anda con tapujos. Tu nombre ha sonado varias veces en nuestro departamento.

—Espero que para bien. Vayamos al grano, hemos consumido un minuto de los dos que me has dado y aún no has respondido a mi pregunta.

—Solo encontramos lo que estábamos buscando, nada más.

—Suele suceder —comentó Milo—. Y sin que infrinjas ninguna cláusula de confidencialidad, ¿podrías decirme dónde exactamente? Es por curiosidad.

—Los tenía en su despacho, en una sala reducida, blindada y camuflada detrás de una estantería repleta de libros. Su acceso se activaba por un mecanismo muy ingenioso. Las manecillas de un reloj. Había que ponerlas a las cinco en punto.

—Una hora muy poética. Así que al tipo le gustan los mecanismos y escondrijos rebuscados. ¿Y cómo lo descubristeis?

—Arnau Mascaró, su mano derecha y cómplice en el desvío de fondos.

—Otro clásico —dijo. Miró de soslayo a Rebeca—. La persona más cercana.

—Sí, está confesando de plano toda la organización.

—Y aparte de todos esos documentos y archivos, ¿no visteis nada fuera de lo normal en esa cámara acorazada? O por el resto de la casa. Algo que os resultara llamativo.

—¿Como qué? —preguntó el inspector Cano.

—No sé, ropas de cuero, látigos, esposas...

—¿Te estás cachondeando?

—Fetiches, revistas de lolitas, de animales, de BDSM, de lluvia dorada...

—¿BDSM? —se sorprendió Obispo.

—*Bondage* y sadomaso —aclaró Milo—. Dominación y sumisión, castigo y dolor.

—Malart, lo tuyo es enfermizo, perverso —dijo Cano, asqueado.

—Aquí no hay perversión ninguna, inspector, únicamente es sexo —replicó Milo—. Y mientras lo practiquen adultos con plena conformidad, ¿dónde está el problema? ¿O acaso tú no lo practicas? Vamos a ver, ¿a ti qué modalidad te pone?

—Los hábitos sexuales del inspector Cano no vienen al caso —intervino Obispo—. Tu tiempo ha acabado, Malart. Solo una última pregunta, yo también soy curioso.

—Qué ando buscando, ¿es eso? —El inspector jefe asintió con un gesto—. Tengo una teoría, el problema es que por ahora no

puedo entrar en casa de los Torrens para demostrarla.

—Y esa teoría es... —Daniel Obispo dejó la frase sin acabar.

—No es incumbencia de tu departamento, inspector jefe. Muy amable por tu tiempo.

Abandonó el despacho antes de que reaccionaran. Rebeca corrió para alcanzarlo.

—¿A santo de qué ha venido lo del sexo? ¿Ibas en serio o les estabas vacilando?

Milo se detuvo en seco.

—Subinspectora, yo siempre voy en serio. Y más, si hay un crimen de por medio.

—Pues entonces ya no entiendo nada.

Llegaron a los ascensores. Rebeca apretó el botón de llamada. Pero Milo, en vez de aguardar, empujó la puerta de emergencia y subió por las escaleras. Ella fue tras él.

—¿Tendrías la bondad de explicarme qué has pretendido con eso? —resopló Rebeca.

—Todo lo que rodea a Félix Torrens es una enorme maraña de verdades y mentiras. Sabemos muchas cosas de su perfil, pero hay algo que se nos escapa.

—Sí, ¿y qué?

—Hasta que no lo conozcamos a fondo, no podremos tener una visión global del personaje. Y eso es lo que persigo. Un dibujo completo del hombre en mi cabeza.

—¿Y crees que una de sus aficiones es el sexo... diferente? —preguntó ella, subiendo de dos en dos los escalones sin apartar la vista del suelo.

Milo volvió a pararse de golpe y Rebeca se dio de bruces contra él.

—El sexo es verdad —dijo Milo. Respiró con hondura—. Entre otras cosas, es el arma más eficaz para obtener información. Tanto para sonsacarla, como para construir un perfil veraz. Dime cómo lo practicas y te diré quién eres. Pero claro, eso tú ya lo sabes, chica dura.

Arrancó de nuevo. En esta ocasión, Rebeca se quedó contemplando su espalda. Muda.

—Nos dijo que cada día progresas como constructor de tu templo interior, y que tiene muchas esperanzas depositadas en ti. Según él, tienes hechuras de maestro.

El sargento Crespo sonrió con timidez.

—Bueno, si algo me ha enseñado Gombrowicz es que las cosas no siempre son lo que parecen. A veces las expectativas se acaban derrumbando como un castillo de naipes.

—Tú lo has dicho, Toni, no siempre. ¿Tienes la información que te pedí?

—Al completo —dijo. Seleccionó una carpeta azul, que contenía las grabaciones de las llamadas que recibió la comisaría poco después de que apareciera colgado Eduard Pinto, y se la entregó—. Ya te dije que son testimonios de los zumbados de siempre.

—Los escucharé cuando tenga un rato. —La dejó sobre la mesa—. Siguiente tema. ¿Has hablado con Robos, con esa inspectora de voz tan sugerente?

El sargento se ruborizó.

—Elisabet Serra, sí. Ya ha hecho correr la voz entre sus confidentes de la calle. Por ahora, sin éxito. Nadie sabe nada de nuestro psicópata ladrón de coches. Seguirá con ello.

—Y tú con ella. Quiero decir, que continúes en contacto, por si surge algo.

—Entendido, inspector. En contacto. —Sonrió de forma peculiar mientras abría el siguiente dosier, uno amarillo—. Más detalles sobre la vida y milagros de Félix Torrens.

—Nos quedamos en cuando montó tres casas de acogida y regresó antes de los Juegos para hacerse cargo del Círculo Gaudí en olor de multitudes. El hijo pródigo, la campaña de prensa... ¿Tienes algo sobre cómo logró su ascenso meteórico?

—En resumidas cuentas, prestando su apellido a todas las entidades que lo llamaban —dijo el sargento, repasando las hojas —. Piensa que estaba relacionado, por parte de padre, con familia de banqueros de Madrid. Y con una base de operaciones como el

Círculo Gaudí, empezó a hacer favores, a proponer nombres para cargos en puestos clave, cosas así.

—Toni, un tipo como ese no presta ni el aire que respira. Y menos, su apellido. Sigue.

—Poco a poco se creó prestigio entre las fuerzas políticas nacionalistas; financió obras en Montserrat, ayudó a reconstruir el Palau de la Música, el Liceo, apoyó al Barça en los momentos difíciles... Todos símbolos catalanes, ya me entiendes. Presumía de hacer país.

—Catalanista de pro, y españolista de pies a cabeza. Pragmático hasta la médula.

—Más o menos —dijo Crespo. Dio un rápido vistazo al resto —. Acumuló una fortuna que incluye mansiones y fincas de valor incalculable. La Garriga, Begur, Puigcerdà, Altafulla, Viella... En una incluso se hizo construir un auditorio.

—Me hago una idea, las cuatro esquinas del territorio. Sí que hizo país, se construyó uno para él —dijo, con sarcasmo—. Pero entre que empieza a vender su apellido y su despegue fulminante... me falta algo. ¿No has encontrado nada que llene ese hueco?

El sargento negó lentamente con la cabeza.

—Nada que no fuera legal —dijo—. Si hay algo turbio, cubrió muy bien sus huellas.

—Me sigue pareciendo demasiado vertiginoso. Para armar toda esa red de contactos e influencias en un lapso de tiempo tan breve tuvo que valerse de otros medios. Me lo dicen las tripas. — Observó a Crespo y se encogió de hombros—. Claro que puedo estar equivocado.

—No sé qué decirte. —Le entregó el dosier—. He rastreado todas las bases de datos, revisado hemerotecas y archivos, y hackeado sitios que más vale que no sepas. Y nada.

—Mis tripas contra los hechos —dijo Milo. Cogió la carpeta amarilla y la puso sobre la otra. Mientras las alineaba, añadió—: Creo que esta vez ganan los hechos.

—Inspector, como has dicho en otras ocasiones, veremos.

Milo levantó la vista y observó su expresión serena, sin dobleces. De improviso, se sintió aplastado por un repentino

cansancio.

—¿Algo más?—murmuró.

—Me pediste un listado sobre las sociedades masónicas de Barcelona y aquí lo tienes. —Le alargó un dosier rojo—. Está completo, no llegan a la docena.

—Me temo que has trabajado para nada —dijo, con desánimo. Lo amontonó con los otros—. Por las palabras de Gombrowicz, ya no es necesario.

—Da igual. Un noventa por ciento de lo que hacemos va a la basura. Solo son vueltas y vueltas hasta que por fin damos con la dirección correcta. En eso consiste este trabajo, ¿no?

—Veo que aún tienes dos carpetas.

El sargento le entregó una de ellas. Era blanca, sin etiquetas. Por la súbita gravedad de su aspecto, supo al instante de qué se trataba. La contempló sin atreverse a tocarla.

—Los e-mails y archivos personales de Marc —dijo, con un nudo en la garganta.

—Los que he considerado pertinentes. El resto eran trabajos escolares, exámenes, ese tipo de archivos. He pensado que no te aportarían nada y no los he impreso. Solo hay lo que he creído que puede aportar luz al caso. Confío en no haberme dejado nada relevante.

—¡Te dije todo! —gruñó, arrebatándole el dosier de un manotazo.

Varias miradas se desviaron en su dirección. Crespo se mantuvo firme, imperturbable.

—Si buscas una respuesta a lo que sucedió, tal vez la encuentres ahí. —Señaló la carpeta—. Lo demás no te sirve. Dijiste que confiabas en mí, inspector. Pues confía.

Su furia se desinfló como un globo. Clavó los ojos en la carpeta de tapas blancas que sujetaba con ambas manos y se quedó inmóvil, sin saber qué hacer con ella.

—Yo la guardaría en el cajón, con las otras —dijo Crespo—. Ahora no es momento de revisarla. Cuando vayas a casa, te la llevas y, a solas, la abres. Pero solo es una sugerencia.

Milo continuó quieto unos instantes. Al cabo, reaccionando,

siguió sus instrucciones.

Cerró el cajón y se recostó en la silla, los brazos cruzados. Dejó vagar la mirada más allá de los ventanales. Afuera latía la vida. Las playas repletas, la gente bañándose, el jolgorio de los niños. Los niños. Marc y él jugando a voleibol. Los saltos y remates, las planchas y recepciones. Los dos rebozados de arena caliente. Sus prisas por llegar primero al agua. Los empujones y las risas. Los chapuzones y las bromas. La vida. La muerte. Si pudiera, cerraría las playas y prohibiría al sol que asomara su maldita cabeza.

El sargento carraspeó.

—He dejado para el final uno de los primeros listados que me encargaste. Contiene datos de lo más curiosos. Pero léelo tú mismo, los descubrirás enseguida.

Le acercó un dosier color crema y aguardó a que lo cogiera.

Milo alargó un brazo con desgana, lo alcanzó, y acto seguido lo soltó en la mesa. No le apetecía en absoluto seguir con aquello, permanecer encerrado en la oficina. Se sintió tentado de levantarse, subir al coche, y dejar que el viejo Volkswagen lo condujera a cualquier sitio. Uno lo más alejado posible. Abandonar la ciudad. Escapar. Sabía que no lo iba a hacer, pero el mero hecho de pensarlo le reconfortó lo suficiente como para volver al trabajo.

Abrió la carpeta y repasó la primera página. Encabezada por la fecha de un año, la hoja estaba dividida en dos columnas. En la de la izquierda, constaba la lista de las muertes acontecidas en la ciudad, subrayadas en rojo las que se habían producido en circunstancias extrañas y todavía sin esclarecer. Y en la columna de la derecha, las desapariciones de las que el sargento Crespo tenía conocimiento por constar sus denuncias en los archivos. Para facilitar la rápida comprensión, había agrupado ambas listas por meses, separados por casillas independientes, y siguiendo un orden cronológico comenzando por las más recientes.

Milo pasó varias páginas.

—Te has remontado hasta diez años atrás —señaló, asombrado—. ¿No te dije cinco?

—Sí, pero me fui animando —confesó Crespo, algo incómodo

—. A medida que la elaboraba, consideré que cinco no bastaban para cumplir el objetivo de lo que supuse que querías averiguar. Y ya sé que me pediste solo las muertes distintas a las corrientes o más habituales, pero te he incluido todas para que obtengas una visión global del asunto.

Milo volvió la vista a las hojas.

Barcelona, a pesar de la percepción de la gente, era una de las ciudades más seguras del mundo en lo que se refería a homicidios. Según las estadísticas, se producía solo uno por cada cien mil habitantes, lo que arrojaba una media que rondaba la veintena de muertes violentas al año, una cifra muy alejada de otras urbes.

Repasó la primera página.

El número de muertes durante el último año se había elevado a dieciocho. Un hombre tiroteado en la calle Santaló, otros dos en sus casas de Sant Martí; un empleado de hotel acuchillado cerca del Fórum, lo mismo que tres jóvenes en El Raval, Sants y Pueblo Nuevo, y una camarera en un bar de la Sagrada Familia; tres chinos asesinados en el Carmelo, tres mujeres víctimas de violencia doméstica, un cocinero en Fort Pienc, un bebé a manos de su madre, una mujer hallada dentro de una maleta en la Gran Vía, y un hombre ahogado en la fuente del Geni Català, en Pla de Palau. Este último estaba subrayado en rojo y a su lado había dos iniciales: NN.

—Es el término latino *nomen nescio*, «nombre desconocido» —explicó Crespo—. Su cadáver no fue identificado. Era un sintecho. El único caso que quedó sin esclarecer ese año.

—¿Y por qué lo marcas en rojo?

—Se ahogó en una fuente.

—Sí, ya veo, ¿y qué tiene eso de extraño?

—Tiene un palmo de profundidad.

Milo frunció el entrecejo. El sargento prosiguió:

—Al cuerpo le faltaba una mano, la izquierda. Además, no es una fuente cualquiera —agregó—. Está presidida por una figura de varón desnudo y alado que ostenta una estrella de cinco puntas sobre la cabeza, un antiguo símbolo masónico. Por otra parte, forma un triángulo con dos edificios muy singulares. A un lado del

paseo, la Casa Xifré, conocido francmasón de la época, y cuya fachada es paradigma hermético, con profusión de símbolos. Y al otro lado, a treinta metros, la Llotja. Allí se reunían los masones barceloneses durante el reinado de Isabel II, y fue donde se creó la Escuela de Arquitectura de Barcelona. ¿Y sabes quién se matriculó en ella, ocupando el piso superior frente a los relieves masónicos de la Casa Xifré?

Milo negó con la cabeza.

—Gaudí —dijo Crespo, la voz queda.

—Joder —farfulló Milo—. Volvemos a la línea de salida.

—Eso parece.

Milo se dobló sobre el dosier y se llevó las manos al rostro. Soltó un resoplido.

—¿Te has fijado en la casilla del mes que ocupa esa muerte? —preguntó el sargento.

Abrió los ojos y resiguió la página con el dedo.

—Junio —dijo—. El 10 de junio.

—¿Hay alguna desaparición en la columna de al lado, en la casilla de junio?

Desplazó la mirada y la vio vacía. Volvió a negar con un gesto.

—Bien, ahora pasa la página —dijo Crespo—. Estamos en el año anterior. Echa un vistazo a la casilla de junio, columna desapariciones. ¿Qué ves?

—Hubo una —leyó Milo—. Un joven sueco.

—Un estudiante —precisó el sargento—. Su desaparición fue denunciada por la mujer que regenta la pensión donde estaba alojado. No se ha vuelto a saber más de él.

—Pero en la columna de muertes sí hubo una —señaló Milo —. Dos, de hecho.

—Olvídalo. Pasa otra vez la página y sigamos retrocediendo en el tiempo.

Milo así lo hizo y vio que tres años atrás había ocurrido otra desaparición en junio.

—Esta vez era una prostituta —informó Crespo—. La denuncia la puso su compañera de piso. También se esfumó sin

dejar rastro. Y como la anterior, también un 10 de junio.

Nervioso, Milo comenzó a pasar las hojas con rapidez. Cada año se había producido una muerte en circunstancias extrañas o una desaparición. Y siempre un 10 de junio. En esa fecha concreta, y durante los dos últimos lustros, cinco personas se habían volatilizado en el aire y dos habían sido asesinadas. Aquello no podía ser una coincidencia.

—Faltan tres —dijo Milo, alterado—. Hay tres años en que no se cumple la secuencia.

—Lo sé. Solo es una hipótesis, pero piensa que no todas las desapariciones son denunciadas —argumentó Crespo—. Imagina a alguien que vive en la calle, por ejemplo. ¿Quién puede saber si ha sido víctima de un secuestro o simplemente se ha largado de la ciudad? Únicamente he podido incluir, como es lógico, aquellas que han sido denunciadas. Y te lo aseguro, he batido de arriba abajo las bases de datos de todas las fuerzas y cuerpos del Estado, que por suerte están integradas en una base común para la cooperación mutua en las Juntas de Seguridad. Apuesto a que esos tres huecos corresponden a desapariciones de personas que nadie reclamaría, mendigos, sin papeles, gente anónima que pulula entre nosotros pero a la que nadie le presta atención. Su ausencia pasaría inadvertida, ¿no crees?

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí, que hay un patrón.

Ambos se quedaron mirando. La oficina dejó de existir. Los sonidos se apagaron. El suelo se hundió bajo sus pies. Eran los dos únicos habitantes del planeta estupor.

Milo rompió el trance.

—Joder, Toni —susurró—. ¿Estás afirmando que hay un asesino invisible que lleva diez años matando y haciendo desaparecer gente en Barcelona ante nuestras mismísimas narices y nosotros sin enterarnos?

—No lo afirmo yo, lo dicen los datos —repuso, también en voz baja—. Y tampoco he dicho que sean diez años. —Tragó saliva —. Pueden ser más, y esto solo es la punta del iceberg.

—La leche —soltó Milo.

Empezó a tener la desagradable impresión de que todo aquel asunto lo sobrepasaba. Había intuido que alguien capaz de llevar a cabo el cruel asesinato de Eduard Pinto con tanta eficacia y frialdad tenía por fuerza que haber matado antes. Que no era un novato. Pero no había esperado toparse con aquello. Nunca se hubiera imaginado que llegara tan lejos y durante tanto tiempo. Como mínimo, según la lista de Crespo, llevaba diez años «practicando». Un par de meses atrás había leído en un artículo de prensa que, según un sondeo realizado por la revista *Forbes*, Barcelona ocupaba el tercer lugar en la lista de ciudades más felices del mundo. En su momento dudó de la fiabilidad de la encuesta. Ahora ya estaba seguro de que no se correspondía con la realidad. Salvo para el asesino.

—Por si te sirve de consuelo —dijo el sargento—, todo esto demuestra que tus tripas siguen funcionando. Confeccionar esta lista fue idea tuya.

—Pero solo era un tiro al aire —adujo Milo—, no un cañonazo en pleno rostro.

—Pues acertaste, es lo único que digo.

—¿La otra víctima encontrada también tiene las iniciales NN?

—Sí, era otro indigente.

—¿Y también le faltaba una parte del cuerpo?

—No, en este caso el cadáver estaba completo. Bueno, no tenía dentadura, lo que no es tan inusual. Se la pudo haber robado otro sintecho. Apareció en la Plaza Real, al pie de una de las farolas de seis brazos. Por allí, bajo las arcadas de la plaza, suelen dormir muchos mendigos. —Hizo una pausa—. Esa farola también es obra de Gaudí.

Milo cerró los ojos. Un sudor frío empezó a extenderse por su piel.

—Y sobre lo de las casillas vacías, sostienes que el asesino caza a personas anónimas, nadie denuncia sus desapariciones, y luego... ¿las borra del mapa, igual que a las otras?

—Como si se las hubiera tragado la tierra —dijo Crespo.

—¿Y qué crees que pudo hacer con sus cuerpos?

—¿Se deshizo de ellos con ácido? Es la forma más práctica, no

deja ni una uña.

—Hay otra. —Abrió los ojos—. El fuego.

Crespo asintió, la expresión inescrutable.

—Según la navaja de Ockham, la teoría más simple es la correcta. ¿Y cuál es? Que nuestro sujeto lleva a cabo una muerte o desaparición al año, y siempre un 10 de junio.

—No sabemos si se trata del mismo hombre —replicó Milo—. ¿Los informes hablan de alguna G hallada cerca de los cuerpos?

—Los he repasado todos y no, ninguno menciona ese detalle —dijo el sargento.

—Entonces no es nuestro hombre. —Bajó la cabeza. De súbito, se enderezó con un movimiento brusco—. Joder, es un aniversario.

El sargento mantuvo su mirada inquisitiva mientras afirmaba en silencio.

En la oficina hicieron su entrada los inspectores Bachs y Sena.

—¿Qué ocurrió un 10 de junio? —preguntó Milo, distraído.

Crespo se mostró por primera vez intranquilo.

—Miles de cosas. Pero a mi juicio, sí podemos deducir que se trata del mismo sujeto —dijo—. Quizá no con absoluta certeza por ahora, pero todo apunta a esta posibilidad.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que sí puede ser nuestro sujeto. Hay un indicio muy llamativo.

Bachs y Sena caminaron hasta sus respectivas mesas charlando entre ellos.

—¿Qué indicio, Toni? Habla claro.

—Mira, ya sabes que me gusta leer libros de Historia, todo lo relacionado con la ciudad y la masonería. Son dos temas apasionantes. —Se rascó la frente—. Desde que estoy con este listado, me he roto la cabeza intentando averiguar qué pudo suceder en esa fecha...

—Toni, al grano —urgió Milo, pendiente de los movimientos de Bruno.

—Puede que sea una coincidencia, no sé.

—¡Desembucha!

—¿Sabes quién murió precisamente un 10 de junio de 1926?

—Ni idea —dijo Milo, a punto de perder los estribos.

—Gaudí.

Milo retrocedió como si hubiera recibido el impacto de un puñetazo.

—Tal vez sea una casualidad, no lo niego —agregó Crespo—. Pero a nuestro sujeto, por lo visto, le atrae todo lo relacionado con el arquitecto. Es una constante.

—Yo no creo en casualidades —farfulló. Se incorporó con torpeza—. Toni, tienes que aumentar el periodo de ese listado. No sé, qué tal unos diez años más como...

—Ya lo estoy haciendo —interrumpió Crespo—. Y por los datos seleccionados por el ordenador, en los dos años siguientes se mantiene el patrón.

—Pues sigue retrocediendo —dijo Milo, atento a lo que hacía Bruno.

—¿Sucede algo? —inquirió Crespo, mirando atrás.

—Continuamos en otro momento. —Echó a andar. Se detuvo. Deshizo los pasos—. Toni, ni una palabra de esto a nadie. Nos colgarían boca abajo o algo peor. ¿Entendido?

—Descuida.

El sargento lo vio alejarse hacia el centro de la oficina. Apretaba los puños.

Sentado a su mesa. La sonrisa de anuncio de dentífrico. La expresión confiada. Los ojos vigilantes. Se preguntó cómo era posible que durante una época lo hubiera considerado su compañero. Y algo más, tal vez un amigo. Tampoco había transcurrido tanto tiempo.

Se plantó a su lado. El primer impulso fue partirle la cara. Pero se contuvo.

—¿Cómo vais con los damnificados? ¿Habéis encontrado algo relevante para el caso?

Bruno desplazó lentamente medio cuerpo para contemplarlo. Dilató la sonrisa.

—Vaya, el crack del Grupo se digna a prestarnos atención. Qué honor.

—Déjate de payasadas y contesta.

—Víctor —dijo Bruno. Se volvió a Sena. Señaló a Milo con el pulgar por encima del hombro—. Aquí el estrella quiere saber si hemos dado con algo en nuestra investigación. ¿Se lo cuentas tú, que te encanta hablar, o lo hago yo, que me aburre de solemnidad?

Sena hizo rodar su silla y se aproximó hasta la mesa de Bachs.

—La lista es enorme, Malart —dijo, con cara de pocos amigos —. Esa idea tuya nos está haciendo ir de culo. En Barcelona viven poco más de millón y medio de habitantes. Pues si descontamos a políticos y constructores, diría que millón y medio de ciudadanos forman parte de ese club tuyo de damnificados. Es una cabronada, no hay por donde cogerlo. Ni los dieciocho inspectores de la División podríamos abarcarlos todos. Tío, te has lucido.

—Un resumen me basta —dijo Milo, la vista clavada en Bruno —. Y no me llames tío.

Sena revolvió por encima de la mesa de su compañero hasta dar con unos papeles. Se los arrojó a Milo, quien los atrapó en el aire.

—Ahí está todo lo que hemos obtenido de momento —gruñó.

—¿Qué parte de la palabra *resumen* no has entendido?

El inspector Sena torció el cuello y puso cara de paisaje. Milo creyó oír los engranajes de su cabeza girando oxidados, meditando qué réplica soltar. A todas luces, un esfuerzo inútil.

En efecto, al rato dejó escapar un sonoro suspiro y se acomodó en la silla.

—Los hay a miles —dijo—. Por la Barceloneta, Pueblo Nuevo, Zona Franca, plaza Cerdà y más allá todavía, por lo de la autopista C-31. No hay un barrio en la ciudad que no haya tenido su expediente de expropiación. De norte a sur y de este a oeste, los cien kilómetros cuadrados de su territorio. Exagero, claro. Terrenos, casas, edificios, negocios. Aquí Bruno dice que es el progreso, el precio del progreso. Yo empiezo a tener mis dudas. La cosa estalló antes de los Juegos, con los túneles, las rondas, la autovía y la recuperación de la fachada al mar, y continúa hasta

ahora, pero en menor escala. Aunque yo no estoy tan seguro. Ahora mismo hay tres PERI en marcha: en la Sagrera, Les Corts y en los Tres Turons, que es como se conoce a las colinas del Turó de la Rovira, la Creueta del Coll y el Carmelo, que incluye el parque Güell. Los vecinos están que arden. La cara de la ciudad no para de ser remodelada, parece una actriz de Hollywood. Es adicta a las operaciones de estética. Y por lo que nos han dicho en Urbanismo, cinco planes más esperan a ser aprobados para ser expuestos en público. Es la hostia. Repito: los damnificados se cuentan por miles. La verdad, no sé para qué va a servir todo esto. Es como buscar una aguja en un pajar. Si quieres saber mi opinión, es una jodida pérdida de tiempo. Fin del resumen.

—Nadie te ha preguntado tu opinión. ¿Qué es un PERI?

Sena hizo un gesto de fastidio. Contestó Bachs.

—Plan Especial de Reforma Interior. Un plan urbanístico que sirve para remodelar un conjunto de edificios, manzanas o lo que sea de la ciudad. ¿Contento?

—¿Qué hay en estos papeles? —Los sacudió en el aire.

—Nombres y más nombres, pero no todos. Las zonas afectadas. Información general.

—¿Y hasta cuándo os habéis remontado?

—Ya te lo he dicho, ¿no prestas atención o qué? —intervino ahora Sena. Fingiendo un infinito cansancio, respondió—: Hasta un par de años antes de las olimpiadas. Se celebraron en 1992, calcúlalo tú mismo. ¿Sabes restar?

—Lo sabe todo, Víctor —se burló Bachs—. Malart es un fuera de serie.

—Este numerito de la pareja de cómicos os sale de fábula —dijo Milo. Echó una ojeada a los papeles—. Creo que os habéis ganado un café. Yo invito. ¿Vamos?

—Paso —rechazó Sena—. Tengo que añadir más nombres. Menos mal de la informática, que si no ya te daría yo club de damnificados por donde yo me sé.

—Cuando termines de incluirlos todos, me dejas el resto del informe en mi mesa.

—Tío, tú no eres nadie para darme órdenes —protestó Sena.

—Que no me llames tío. A ti te sacaron muy pronto de la incubadora, ¿no? Yo les pondría una demanda. ¿Vienes, Bruno?

Bachs se levantó entre risas. Empujó la silla de su compañero para abrirse paso.

—Ahí te ha dado, Víctor.

—Iros a cagar. Los dos —dijo Sena, malhumorado, aterrizando ante su ordenador.

Bruno y Milo se dirigieron a la sala de descanso.

Caminaron todo recto, hacia el rincón. Antes de torcer, Milo lanzó los papeles sobre su mesa; chocaron con las carpetas de colores y algunos cayeron al suelo. Se situó a la izquierda de Bachs y siguieron avanzando. Tomaron por el pasillo. Al llegar a la altura de la sala de visionado, vio que estaba vacía, la puerta abierta.

Era su oportunidad.

Empujó a Bruno de un empellón, lo metió dentro y cerró de un puntapié. Lo agarró de la camisa y lo acorraló contra la pared. Con el antebrazo, hizo presión sobre su garganta.

—Me estoy empezando a hartar de tus jueguecitos —dijo, pegado a su cara.

—No sé... de qué... me hablas...

—Cuando lo del Asesino del Parking te cubrí las espaldas y cerré el pico, no soy un chivato. Pero en esta ocasión te juro que no pienso cargar con el muerto. ¿Me has entendido?

—Te repito... que no sé... de qué me hablas... Me estás... asfixiando.

Milo vio aflorar el miedo en su mirada y aflojó la presión. Se retiró medio metro.

Bachs tomó una bocanada de aire. Se llevó una mano al cuello.

—¿Te has vuelto majara o qué? —espetó, la voz rugosa—. ¡Joder, casi me ahogas!

—Nadie me va a endosar de nuevo una filtración, hijo de puta. Esta vez te vas a comer tú el marrón, ¿me oyes? Te ha llegado el turno, ahora te toca a ti.

Bruno endureció la expresión de su rostro y avanzó hacia Milo.

—Capullo, no te llega la sangre al cerebro. Te digo que no sé de qué estás hablando.

—El Verdugo de Gaudí —dijo Milo, silabeando las palabras—. Estabas en la reunión cuando se pronunció el apodo. Y tu amigo Navarro lo soltó en su programa de mierda. Tú eres su garganta profunda. No te viene de nuevo. ¿Cuánto te ha pagado esta vez? ¡Dime!

—Yo no soy la fuente —se encaró Bachs—. Pero aunque lo fuera, que te den por culo. No tengo que darte explicaciones.

—¡Sí que me las vas a dar! ¡Te salvé el pellejo, a ti y a tu familia, y me lo debes!

—¡Vale, lo hice en una ocasión! ¡En una jodida y maldita ocasión! ¡Y qué! —rugió, encabritado—. ¡Atravesaba un mal momento, a cualquiera le hubiera podido pasar! Te lo digo por última vez: yo no he sido. Si no quieres creerme, es tu problema.

—Ya me dejaste colgado en una oportunidad, no tengo por qué creerte.

—¡Y a mí qué me explicas! Estás haciendo conmigo lo mismo que los demás contigo. ¡Acusarme sin pruebas! ¿Es que no lo ves? Tú tampoco eres ningún santo, tío.

Milo retrocedió un par de pasos. Sentía las sienes palpitar con fuerza.

—No me llames tío —amenazó, la voz queda.

—Búscate a otro culpable, tienes mucho donde escoger. Fuera y dentro de la comisaría. Y no olvides la política —añadió. Entornó los ojos—. ¿No eras tan espabilado?

—¿De qué coño estás hablando?

—Maniobra de distracción, cortina de humo, intereses ocultos... ¡Yo qué sé! —gritó, con virulencia—. ¿Todavía no te has enterado de cómo van aquí las cosas? ¡La política está detrás de todo! ¡De todo! Eres un estúpido. Lo tuyo es solo pura fachada. Cartón piedra.

Milo empezó a respirar con dificultad, la cabeza dando vueltas.

—Las cosas no se van a quedar así —dijo—. No sé cómo, pero voy a desenmascararte.

—Olvídame, tío. No sabes lo que dices. Eres patético.

Bruno agarró el tirador y abrió la puerta. En el pasillo se encontraban varios agentes que habían acudido al reclamo de los gritos. Crespo, Sena y Rebeca estaban entre ellos.

—¡Y no se te ocurra volver a ponerme las manos encima! —voceó Bachs.

Cerró con un portazo que hizo retumbar las paredes.

—Que no me llames tío —murmuró Milo.

Se acercó hasta una silla y se dejó caer como un peso muerto.

13

Abrió el piso. Estaba a oscuras, olía a cerrado. Junto a la puerta, vio el mueble donde dejó el arma y cometió el error imperdonable. El descuido. Dudó si entrar o no. Dos meses sin acudir al que había sido su hogar. Allí, a pesar de todo, había vivido feliz con Irene. En Diagonal con Sabino de Arana. No podía ser menos tratándose de una Margarit. Para alguien con aquel apellido era imprescindible marcar el estatus, como en el cementerio. La dinámica de las personas con complejo de clase. Pero ahora aquella casa estaba habitada por un fantasma.

Inspiró una bocanada de aire y cruzó el umbral.

El calor lo golpeó como un saco de arena. Fue hasta la sala y subió la persiana, corrió el ventanal. Se sujetó a la barandilla. Cuando abrió los ojos, dejó vagar la vista por el familiar panorama de la montaña de Collserola. La fronda de los árboles estaba reseca, teñida por una pátina grisácea. Si no llovía pronto, toda aquella vegetación se iba a morir de sed.

—Maldito sol —murmuró.

En la cima destacaba el templo expiatorio del Tibidabo. Sacudió la cabeza. No bastaba para una ciudad con tanta gente necesitada de expiar sus culpas. Lo tenía al alcance de la mano. Tan cerca, tan lejos. Siempre que lo contemplaba le remitía a la misma imagen: el castillo de Disneylandia. La única diferencia era la figura de cobre en la parte superior, el Sagrado Corazón con los brazos abiertos como puente entre el Cielo y la Tierra. Lo dicho, Disneylandia. En alguna parte había leído que debía su nombre a las palabras que el diablo había dirigido a Jesús cuando le mostraba los reinos de la Tierra. «*Tibi-dabo.*» «Te-daré.» Ya recordaba dónde había sido, en el evangelio de san Lucas. Más Disneylandia.

Se volvió. Todo estaba lleno de polvo; los muebles, los libros, el parquet. Estiró un brazo y cogió de la estantería uno de tamaño bolsillo con citas de Confucio y Lao-Tsé. Entonces vio que sin querer había pisado el lugar donde se había desplomado Marc. *La sangre*. Llamó al timbre, lo hizo pasar. Y no se fijó. No cayó en su expresión tensa, desesperada. Estaba en plena discusión con Irene y no reparó en él. Igual que si fuera invisible. Y pasó lo que pasó. Una bronca con su mujer y perdió el mundo de vista. Otro error. Sin perdón. *No soporto la vergüenza.* El corazón le dio un vuelco y cerró el ventanal.

Se marchó a toda prisa.

—Llegas tarde —dijo Irene. Cerró el libro que estaba leyendo—. Ya pensaba que no venías.

—¿No te habías citado con un API?

Ella apuró el vermut blanco. Dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Vendrá luego, con los cafés. Un asunto de última hora.

—No soy el único que se retrasa —dijo. Echó una ojeada al local. Estaba más lleno de lo que se figuraba. La Venta se hallaba en la plaza del Doctor Andreu, dominaba la ciudad desde lo alto, y no podía considerarse un restaurante económico. Se volvió hacia ella—. Dices que estás en la ruina, pero no lo parece.

—Hay que hacer las cosas bien. —Avisó con una seña al camarero—. Hay que aparentar estar forrado, la realidad no le interesa a nadie. Me lo enseñó mi padre.

—¿Por eso no le cuentas tus problemas con las tiendas? Deberías hablar con él.

—Si vas a continuar así, tal vez lo mejor será que te largues.

El camarero les entregó dos cartas. Irene le pidió otro vermut, y Milo, agua. Cuando el hombre se fue, decidió cambiar de tema.

—¿Qué leías?

—Un libro de autoayuda. Para mujeres emprendedoras.

—¿Solo para mujeres?

—No sé, dice muchas tonterías. —Encendió un cigarrillo—. En el apartado de no venirse abajo con las dificultades, cita el

cáncer de mama. —Vio su cara de perplejidad. Exhaló el humo—. Sí, yo tampoco entiendo a qué viene a cuento. Dice que nos lo provocamos para castigarnos, por haber bloqueado nuestra luz interior. —Hizo una mueca—. Que solo nos curaremos si nos perdonamos. Tonterías así.

—Culpabilizar al enfermo es una canallada. —Apartó el aire con la mano—. Entonces, ¿qué ocurre con la tienda de Bonanova? ¿La gente ya no juega a pádel?

Irene dio una nueva calada. Bajó la cabeza y se quedó mirando el mantel. Había montado la primera tienda en el Eixample, y con el éxito decidió abrir una segunda en Les Corts. De nuevo le sonrieron las cosas y buscó un tercer emplazamiento. Pero con esta última la suerte le había dado la espalda.

—Más que nunca; pero no sé, quizá me equivoqué al elegir la zona.

El camarero trajo las bebidas. Irene abrió la carta y pidió ensalada y lenguado. Milo, sin leer la lista de platos, encargó ensaladilla rusa y pescadito frito.

—Cielo, esto es un restaurante, no una taberna. Pide algo más apetitoso.

Milo abrió la carta con gesto impaciente. Enarcó las cejas al ver los precios.

—¿Invitas tú? —Ella asintió, las mejillas teñidas de rojo—. Erizos de mar gratinados, y rape con gambas al romesco. Y para beber, la señora querrá vino blanco. ¿Te parece bien un Foranell? Ah, y pan con tomate, si no desentona.

El camarero se alejó con el pedido.

—Siempre me pones en evidencia —dijo Irene. Bebió de un trago el vermut y aspiró el cigarrillo casi hasta el filtro—. No sé por qué no puedes comportarte como un hombre normal y corriente. Tampoco es tan difícil.

Aplastó la colilla en el cenicero. Se estrujó las manos.

—No has perdido tu olfato de empresaria, Irene. Es la jodida crisis.

Ella jugueteó unos instantes con la copa vacía.

—No es justo, Milo —murmuró—. Estudias los costes al

milímetro, vas con sumo cuidado, y de pronto estalla la crisis y se te queda cara de tonta. Si hubiera alargado el brazo más que la manga podría entenderlo, pero te juro que no ha sido el caso. —Apretó los labios y negó con la cabeza—. Tenemos que vender el piso, es la única solución.

Milo se mantuvo callado. Sin saber por qué, pensó en el cáncer. A una célula se le cruzaban los cables un día y se convertía en un mal bicho. Y crecía, contaminando su alrededor, extendiendo el mal. Sin avisar. Hasta que surgía el bulto y era descubierto. Pero el monstruo ya había crecido. Si tenías suerte, lo cogías a tiempo. Si llegabas tarde...

—¿En qué piensas? —quiso saber Irene.

—En que no es buena idea. Nos van a dar menos de la mitad de su valor.

—¿Te crees que no lo sé? —espetó—. Pero ¿para qué lo queremos? Ahora solo es un mausoleo. Si hubiéramos tenido hijos... Pero no, el señor no quiso por temor a un puto gen.

El camarero trajo el vino, lo descorchó y sirvió un poco en la copa de Milo, quien señaló a Irene. Ella rehusó con un gesto. El hombre lo introdujo en una cubitera y se alejó.

—Es algo más que una tumba —dijo él—. Es lo único que nos queda en común.

Irene lo contempló con asombro. Iba a responder, pero el camarero regresó con los platos y aguardó a que dejara cada uno en su sitio y se marchara.

—Milo, si me ayudas ahora, podemos ver cómo van las cosas. —Alargó la mano y apretó una de las suyas—. Quién sabe, cariño; quizá podamos arreglar lo nuestro.

Vio asomar a la Irene que conocía, la que siempre se salía con la suya. Como a la hora de defender su relación, o de tirar adelante los planes pese a la oposición familiar. Desde el principio, hacía trece años, se había empeñado en vencer todas las dificultades. Hasta que ocurrió lo de Marc y se hartó del juego. Abrió la boca para decir algo, pero congeló el gesto.

Ella volvió a apretar su mano.

—Sigues siendo muy importante para mí —dijo.

—No cambiarás nunca —murmuró él.

—¿Eso es un sí?

—Antes me gustaría ver el piso. Y ahora, comamos.

El rostro de Irene se iluminó. Le soltó la mano.

—Tengo muchos frentes abiertos —dijo. Agarró cuchillo y tenedor—. Pero cuando todo esto acabe, podríamos..., ya sabes, replantearnos el asunto. ¿Qué opinas? Quizá reaccioné de forma algo infantil. ¿Hay posibilidades de corregir el error?

—A tu padre le daría un ataque.

Ella se rio abiertamente.

Terminaron el primer plato y trajeron el segundo. Ambos rechazaron tomar postre y pidieron los cafés. Ella se levantó para ir al servicio.

—Si llega el API, no dejes que se escape. Luego podríamos ir los tres a ver el piso y firmar los papeles. —Caminó unos pasos. Se volvió—. No me has respondido a lo de antes.

Milo se mordió el labio.

—Todo irá bien —dijo.

Ella rehízo su marcha hacia el interior del restaurante.

Milo sacó el móvil y llamó a Rebeca. Acercó el libro de Irene. En la contracubierta aparecía una mujer de mediana edad, vestida de rosa, sentada sobre el brazo de un sofá tan negro como las cortinas a su espalda. La foto le produjo una grima instantánea.

—Subinspectora, llegamos tarde para evitar que crezca, pero no para que se siga extendiendo. Se le cruzaron los cables pronto, en la niñez, o como mucho en la pubertad. Solo es una corazonada, pero diría que se sintió traicionado por Barcelona. Tiene que haber un detonante. ¿Por qué no buscas en mi cajón, en las carpetas? A lo mejor encuentras algo.

Colgó. Acto seguido, hizo otra llamada. Preguntó por la doctora Gaig y dijo que era urgente. Aguardó unos instantes. Al cabo, la psicóloga se puso al teléfono.

—Inspector Malart, no esperaba tu llamada tan pronto.

—¿Podríamos vernos esta tarde unos minutos?

—Tengo la última visita a las siete. ¿Qué tal si acudes a mi consulta a las ocho?

—Mejor otro sitio, doctora. Puede haber alguien apostado en la calle, de guardia.

—Entiendo. Entonces, ¿qué propones?

—¿Conoces el hotel Axel? La cafetería es un lugar tranquilo, y estás a tiro de piedra.

—¿En la cafetería de un hotel? Inspector, no me parece muy adecuado...

—Es un hotel gay, doctora, en pleno Gayxample. No te hagas ilusiones.

—De acuerdo, allí estaré. ¿Algún estallido nuevo?

—Todo va como una seda. Si te llamo es para pedirte un favor. Me gustaría que me confeccionaras un perfil psicológico de Félix Torrens. ¿Sabes de quién estoy hablando?

—Estoy al día, inspector. ¿No tenéis especialistas para eso?

—Prefiero un colaborador externo. ¿Tendrás tiempo de analizar su personalidad?

—Ya tengo más o menos su retrato en mi cabeza. Es un caso de manual.

—Perfecto. Nos vemos a las ocho. Seré puntual.

Cerró el móvil, contempló la mesa. Se preguntó qué demonios hacía allí. Apuró el café y, antes de que regresara Irene, se marchó del restaurante.

Cruzó andando el paseo de Isabel II y llegó hasta la fuente del Geni Català. Como había dicho Crespo, solo tenía un palmo de profundidad. Estudió la figura que se alzaba en lo alto. Un varón desnudo con una estrella de cinco puntas en la cabeza; a su espalda, dos grandes alas. ¿Era un ángel? Observó los genitales. Los ángeles no tenían sexo. Inquieto, pues de pronto las esculturas le provocaban escalofríos, se volvió para contemplar los edificios situados a izquierda y derecha. El segundo era la típica construcción clásica, con líneas rectas y estructura monumental; en cambio, el otro estaba adornado con multitud de relieves.

Extrajo el móvil.

—Sargento, estoy delante de la Casa Xifré. Veo muchos

símbolos, pero no sé qué significan. Si te los voy describiendo, ¿podrías explicármelos?

—No te muevas de allí —dijo—. En moto llegaré dentro de diez minutos.

—Toni, no hace falta que...

Había colgado y Milo se quedó con la palabra en la boca. Acto seguido, sonó el teléfono y leyó que era Irene. No contestó. Ya sabía para qué lo llamaba. Fue a sentarse en un banco de Pla de Palau. Una sirena rasgó el monótono rumor del tráfico y la estridencia provocó que varios perros se lanzaran a ladrar. Pensó en el listado de Crespo, en aquella sucesión de crímenes inadvertidos. Se sintió embotado, espeso. No tenía que haber comido tanto. De golpe lo invadió una sensación de extrañeza, como si el entorno fuera algo nebuloso, irreal. Notó que una presión le atenazaba la garganta y se levantó de golpe. Anduvo deprisa hacia el edificio de corte clásico. Recorrió toda la acera y volvió sobre sus pasos. De nuevo, rehízo el recorrido, pero esta vez a la carrera.

Cuando ya se disponía a iniciar la tercera vuelta, una moto se interpuso en su camino.

—Inspector —dijo el sargento Crespo, sacándose el casco—, ¿qué haces?

—No hacía falta que vinieras.

—Lo sé, pero yo también necesito de vez en cuando estirar las piernas. Si no salgo de la oficina, me voy a volver loco. Incluso el paciente Job perdió en alguna ocasión los nervios. —Guardó el casco en el compartimiento trasero y retiró las llaves de la moto—. Oye, siento lo de tu enfrentamiento con Bachs. La cosa ha llegado a oídos de Singla.

—Era de esperar. Estos días mi intervención no está siendo precisamente afortunada.

—¿Te parece poco haber descubierto los pasos de un psicópata los últimos años?

—¿Cómo vas con el listado?

—Avanzo, aunque todavía no lo he terminado.

—¿Se sigue manteniendo la secuencia?

—Mejor te respondo cuando lo acabe. ¿Empezamos con esos símbolos?

Caminaron hasta situarse en el centro de la acera, frente a la Casa Xifré.

El sargento Crespo carraspeó ligeramente. La señaló con la mano.

—Podría decirse que todo el edificio es una morada filosofal, como diría Fulcanelli.

—En cristiano, sargento.

—Fulcanelli, famoso alquimista del siglo XX, asiduo visitante de Barcelona. Según él, una morada filosofal es el soporte físico de verdades herméticas. Hermes, filósofo egipcio que se supone que vivió en el 2000 antes de Jesucristo, y creador de varios libros de alquimia que dieron pie a la escuela hermética. ¿Sigo? —Milo asintió—. Josep Xifré fue un indiano multimillonario y reconocido francmasón que adquirió estos terrenos a su regreso de Cuba para hacerse construir un edificio. Con anterioridad, este lugar fue llamado «la plaza de los Traidores»; aquí se ejecutaba a los presos políticos de la época. Y este mismo sitio, por algún motivo, fue el escogido por los romanos para instalar su primer puerto. Te lo digo porque la ubicación de un emplazamiento no era algo gratuito para un francmasón, tenía que responder a una serie de condiciones.

—Queda claro. Continúa.

—Observa la cornisa de su cuerpo central. —La apuntó—. Es una alegoría perfecta de la ciencia hermética. Ese que ves semidesnudo es Saturno-Cronos, dios del tiempo y señor del caos. Sostiene la guadaña y el reloj de sol mientras apoya una mano sobre el ouroboros, la serpiente que se enrosca sobre sí misma mordiéndose la cola. La figura femenina embarazada frente a él y con un compás en la mano es Urania. Ahora no viene a cuento explicarte lo de su embarazo, aunque tiene que ver con el apodo que se atribuyen los masones. ¿Ves la peana que está detrás de ella? Alude a la herramienta básica de los trabajos herméticos, el atanor, que es un horno de fusión donde se coloca la piedra de antimonio, representada por ese instrumento astronómico que es una esfera armilar. Esta alegoría era muy utilizada por los

discípulos de Hermes. Una dama, la Teoría, medita ante el atanor. Significa la preparación intelectual que hay que acumular antes de realizar los trabajos para luego no caer en el error.

—Esa dama debería acompañarme más a menudo —murmuró Milo.

—¿Ves los porches? Esas figuras son caduceos de Mercurio formados por una vara lisa y cilíndrica, símbolo de la columna vertebral del cuerpo, rodeada de dos culebras entrelazadas y en oposición, que son las dos polaridades que hay que superar, los dos principios opuestos del mundo. Sobre la vara está el yelmo, o coronación del triunfo, y la perla, o poder de la expansión espiritual.

—Muy bonito. ¿Y ese casco con alas a la izquierda de la cornisa, en la parte superior?

—No son alas, sino las orejas de un asno, y se refieren a Midas —repuso Crespo—. Simboliza lo que te puede ocurrir si orientas mal un trabajo, y el fracaso que te aguarda si solo buscas el oro físico.

—¿Y la concha de peregrino del otro lado, en la derecha de la cornisa?

—Representa el camino largo y difícil del alquimista, como una peregrinación.

—Y justo debajo de todo ese despliegue simbolista, un restaurante.

—Sí, el Set Portes —dijo el sargento—. Su suelo es como el de la biblioteca Arús, de cuadrícula blanca y negra, ajedrezado, el típico de las logias masónicas, y en su decoración hay ramas de acacia, el árbol sagrado de los francmasones. —Crespo hizo un gesto y añadió—: En resumen, es evidente que Xifré quiso reflejar en este edificio el simbolismo del hermetismo tradicional y la alquimia clásica.

—Y enfrente, la Llotja, la construcción que albergó la Escuela de Arquitectura de Barcelona, donde estudió Gaudí.

—Sí, tenía ante sus ojos, a la misma altura del piso donde se alojaba, esos relieves masónico-herméticos. Hay quien afirma que pudo influir en su tendencia por reproducirlos en su obra, incluida

la Sagrada Familia, lo que no deja de resultar sorprendente.

—Y formando un triángulo con ambos edificios, la fuente del Geni Català, el lugar donde apareció un cadáver sin mano. Es demasiado exacto, no puede ser casual.

—El origen de la fuente no tiene importancia —declaró Crespo—. Se levantó para conmemorar la llegada del agua a la ciudad. No, si el asesino la escogió para abandonar el cuerpo fue por su ubicación. Como dices, es imposible que se den tantas casualidades juntas.

—¿Gaudí era masón?

El sargento se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu pregunta. Es la del millón. ¿Te imaginas cuántos investigadores y estudiosos de su figura y obra se han devanado los sesos tratando de encontrar la respuesta? Han rastreado su vida hasta el más mínimo detalle y nadie, hasta hoy, ha podido aportar una sola prueba de que lo fuera. —Cabeceó incrédulo—. Y va y tú me lo preguntas, tan tranquilo...

—Disculpa mi ignorancia pero...

—No, si es lo más sensato —dijo el sargento, recuperando la compostura—. Basta con observar cualquiera de sus obras para abrir el interrogante. Es lo lógico, inspector.

—El otro cadáver apareció en una de las farolas de la Plaza Real.

—En efecto, obra también de Gaudí. En su parte superior hay el mismo caduceo de Mercurio que en los porches de la Casa Xifré. Es el símbolo del arte de la alquimia. Como ves, no andan muy desencaminados quienes afirman que, después de observar cada día durante sus años de estudio los mismos relieves, Gaudí pudo sentirse influenciado por esa simbología.

—Lo que nos lleva a concluir que el asesino, de una forma u otra, está obsesionado con la figura y obra del arquitecto. Tres de tres. Lo que no sabemos es por qué.

—Cuatro de cuatro —corrigió Crespo, con expresión grave.

—¿Ha aparecido otro?

—En los archivos, sí. En 1998 se halló el cuerpo de una

prostituta en el parque de la Ciudadela, justo en la plazoleta Aribau, junto al monumento. Le faltaba un pie.

—Y lo relacionas con las muertes en circunstancias extrañas porque...

—La peana de la estatua de Bonaventura Aribau está grabada con signos masónicos: cubos puntiagudos, la tau, la estrella de cinco puntas, hojas de acacia, piedras cúbicas...

—Y porque...

—¿Sabes quién diseñó la ornamentación de dicha plazoleta?

—¿Gaudí?

—Bingo. Y otro detalle; si coges un plano y con una regla trazas sobre él una línea que una la plazoleta Aribau con la farola de la Plaza Real, es decir, dos escenarios del asesino, los dos diseñados por Gaudí, y la haces continuar todo recto..., pasa también por un tercer punto, el Palau Güell, sede de la fundación Círculo Gaudí, y que ya por aquellos años presidía...

—Félix Torrens —finalizó Milo, con tono seco.

—Exacto.

Ambos se miraron enmudecidos. Milo apretó los labios.

—Pero esa línea recta no pasa por la fuente del Geni Català —objetó.

—No la diseñó Gaudí.

Guardaron silencio unos segundos.

—Cinco de cinco —dijo Milo.

—Falta demostrar que Félix Torrens haya sido secuestrado por nuestro asesino, aún no lo sabemos. Puede tratarse de una fuga, como afirma el fiscal.

—Ha sido él.

Su móvil comenzó a sonar y, distraído, contestó sin leer el nombre.

—Me has dejado plantada —dijo Irene, la voz gélida.

El sargento Crespo se alejó discretamente hacia la moto.

—Ahora estoy ocupado, no puedo hablar.

—No te necesito, Milo. Hay otra forma de hacer las cosas. A las malas.

—¿Me estás amenazando?

—Si pido el divorcio, el juez puede decidir que el piso es mío.

—Tal vez. Pero eso requiere tiempo. ¿Lo tienes?

Irene colgó sin responder.

Milo se quedó contemplando fijamente el teléfono. Incluso cuando se apagó la luz.

Entró en The Ground Bar con paso acelerado. La combinación de paredes negras, muebles fucsia y matices dorados, junto a las luces multicolores de las vidrieras modernistas del techo, le hizo parpadear. La mayoría de los clientes del nuevo bar del hotel Axel eran hombres apuestos, vestidos de forma elegante, con gusto exquisito. Sintió que estaba fuera de lugar con los tejanos descoloridos y la camiseta arrugada. Consciente de sus miradas, distinguió al fondo el rostro impaciente de la doctora Gaig y se acercó a toda prisa.

—Llegas tarde, inspector —lo amonestó como saludo.

Milo se dejó caer sobre un butacón rojo, de diseño. Soltó un suspiro.

—Pensaba que estarías en el bar de la azotea —dijo—. Con este calor, creía que habrías preferido vernos junto a la piscina. He perdido un tiempo precioso buscándote.

—¿Media hora para subir y bajar en ascensor?

—Había mucha cola.

Judit Gaig enarcó una ceja, lo observó un instante.

—¿Ese morado en tu mejilla significa lo que pienso?

—Fue una puerta, me di de bruces. ¿Conocías este local? Es el lugar más *cool* de la ciudad, el punto de encuentro del ambiente *trendy* barcelonés. Aquí la clave es ver y ser visto.

—*¿Trendy?* ¿Qué es eso, una nueva tendencia?

Milo se encogió de hombros.

—No me has hecho venir aquí para vacilarme —dijo ella—, ¿o sí?

—Quiero que me hables de sexo —dijo Milo.

Un camarero se acercó. Les preguntó qué querían tomar.

—Un gin-tonic de Hendrick's, bien cargado —pidió la

doctora, tras unos segundos.

—Lo mismo, pero sin ginebra —dijo Milo—. No, mejor un zumo. Mira, trae un agua con gas. Vichy Catalán. Sin hielo. Muy fría.

Aguardaron a que el camarero se alejara.

—Pensaba que querías hablar del perfil psicológico de Félix Torrens —dijo ella.

—Y eso he dicho.

La doctora evitó el contacto visual y miró a su alrededor. El ambiente era distendido, cosmopolita, agradable. Observó que era la única mujer en el bar.

—Hagamos bien las cosas —dijo Milo—. Te estoy robando tiempo con una consulta, así que pasa tu minuta a la comisaría, ¿de acuerdo? De paso, puedes incluir las copas.

Judit Gaig se volvió hacia él.

—Como quieras —dijo. Rebuscó en el bolso y le entregó una caja de pastillas—. Son ansiolíticos, por si te notas tenso, a punto de explotar.

—¿Crees que los necesito?

—No he dicho tal cosa —refutó ella. Recuperó su imagen de autoridad—. La presión a la que estás sometido puede hacerte estragos. Esas pastillas te ayudarán a sobrellevarla.

—No me gustan, me nublan la cabeza.

—Antes de que la aguja marque el límite es bueno bajar las revoluciones. También te serán útiles para conciliar un sueño profundo y reparador. Y eso sí creo que lo necesitas, con urgencia.

—Lo tendré en cuenta. —Guardó la caja—. ¿Empezamos con el perfil psicológico?

Judit Gaig respiró hondo. Se concentró unos instantes.

—Encaja como un guante dentro del perfil del delincuente de cuello blanco. Estos individuos tienen como única regla moral enriquecerse, y todo lo supeditan a ella. Son fríos; en lugar de encontrar la seguridad en el vínculo afectivo, la hallan en la acumulación de poder y dinero. Están convencidos de que actuar de este modo los convierte en autosuficientes ante las dificultades. Por este motivo, la red de relaciones que tejen no está basada en la

confianza, sino en los intereses mutuos. No sienten ninguna empatía por los demás y son incapaces de ponerse en su piel, de sintonizar con su estado de ánimo. Provocan dolor o destrucción sin sufrir lo más mínimo por sus víctimas. Además, son grandes manipuladores. Despliegan su falso encanto arrollador, pues la mayor parte de las veces este es superficial e incluso simple, y se creen inmunes, distorsionando la realidad. Con todo esto obtienen gran satisfacción, un chute de adrenalina a la que se acaban enganchando. Son mentirosos y narcisistas, viven como si no necesitaran a nadie, y se sienten intocables. Parecen muy capacitados, pero confunden creatividad con expolio. Suelen desarrollar recursos no basados en la inteligencia, sino en la astucia, y se creen más astutos que nadie. Ah, y desprecian sentimientos como la vergüenza o el arrepentimiento; los consideran debilitadores, propios de gente mediocre.

—¿Cómo denominarías este tipo de conducta?

—Claramente psicopática —respondió ella, tajante.

El camarero se presentó. Lo observaron servir el gin-tonic, combinar los ingredientes. Dejó el agua mineral en la mesa, el vaso sin hielo y con una rodaja de limón, y se alejó.

Judit Gaig dio un sorbo. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Dios, cómo lo necesitaba —dijo—. ¿Tú no bebes?

—Más tarde, continúa.

Ella removió el gin-tonic con un dedo, la expresión pensativa.

—El dato más característico de su comportamiento es que carecen de sentimiento de culpa. Les cuesta ser conscientes de lo que acarrean sus actos, no alcanzan a comprenderlo. Buscan la recompensa inmediata y la quieren aquí y ahora. Por decirlo de manera rápida, no tienen normas éticas y morales, y consideran las leyes meros impedimentos o barreras que no van con ellos. De ahí que se las salten a la torera sin ningún problema.

—¿Y por qué alguien que posee ya suficiente riqueza pierde el control y se lanza al delito sin contemplaciones ni tapujos?

La doctora Gaig bebió un nuevo sorbo antes de responder.

—Inspector, este tipo de personas nunca tienen bastante. Necesitan más, acumular más riqueza, más poder. Son adictos al

proceso, ansían la dosis, no pueden parar. Se ven envueltos en una rueda sin fin, atrapados en una bola de nieve que va creciendo más y más a medida que aumenta su red de mentiras y manipulaciones. Son enfermos.

—No me dan ninguna lástima —dijo Milo—. Su sitio es la cárcel.

—No digo lo contrario —repuso ella—. Solo comento que su patología es de las denominadas de «difícil acceso», con una rehabilitación muy compleja de lograr. Hay quien afirma que las causas de sus conductas se hallan en la infancia; pérdidas afectivas, entornos represivos, abandono emocional, necesidad de llamar la atención. Por lo demás, y como enfermos que son, también hay que protegerlos del sentimiento de venganza de sus víctimas.

—Tal vez, pero su enfermedad no les exime de devolver todo lo que han rapiñado.

—Te aseguro que cuando son atrapados sienten gran humillación por su degradación social. No olvides que son personas que han disfrutado de respeto y admiración, que suelen haber sido muy laureadas y aplaudidas por la sociedad. No sé si será suficiente castigo pero...

—¿Sienten culpa y vergüenza?

—No, ya te lo he explicado.

—Entonces no es suficiente —concluyó. Ella lo contempló con atención.

—Te veo muy rencoroso con ese individuo —señaló—. ¿Félix Torrens te ha hecho algo a ti, a alguien cercano?

—Tanta hipocresía me da arcadas —dijo Milo—. Por un lado, su imagen de persona intachable, honesta, patriota; y por otro, su corrupción escondida, sus afanes egoístas de acumular poder, su conducta de canalla antisocial. Va por libre, a él no le afectan las normas de la sociedad, tiene patente de corso para hacer lo que le venga en gana. Y mientras finge que construye, en realidad está destruyendo. Con una mano presume de expandir por el mundo la genialidad de Gaudí, y con la otra contamina todo lo que toca con su prepotencia, codicia amoral y mentira. —Clavó los ojos en la doctora—. ¿Qué hay de su lujuria? Un hombre con tantos vicios

privados tiene que haber caído en ella por fuerza. Háblame de sexo.

Judit Gaig puso cara de asombro.

—Inspector, desconozco su caso concreto —dijo—. Me faltan datos.

Milo se rascó la cabeza con frustración.

—Pues básate en la teoría, en el perfil psicológico que me acabas de confeccionar.

La doctora caviló unos segundos.

—Vamos a ver —dijo—, un hombre que se cree por encima, con poder sobre todo y todos por ser quien es, es posible que coja lo que le guste sin importarle las consecuencias.

Milo se irguió en el butacón rojo de diseño.

—¿Cualquier persona que le atraiga?

Ella asintió.

—El problema, claro está, será someterla a sus deseos —agregó.

—Puede violarla.

—En efecto, pero entonces no tiene nada que ver con la lujuria, sino con el poder.

—Algo que cuadra perfectamente con su perfil —razonó Milo.

—Así es.

Se inclinó hacia ella y repitió:

—¿Con cualquier persona?

—Sí, ya te lo he dicho —se impacientó Judit Gaig.

—¿Incluso con niños?

La pregunta resonó en sus oídos como un disparo. Tragó saliva, de repente incómoda.

—Inspector, me estás preguntando algo muy delicado que no sé si debo...

Milo la interrumpió.

—Pocos años antes de los Juegos Olímpicos, Félix Torrens se empleó a fondo en lavar su imagen para hacerse con el control de la fundación Círculo Gaudí. ¿Sabes a qué se dedicó durante ese tiempo? —Ella negó con la cabeza—. A montar centros de acogida para niños desvalidos, los desamparados por el sistema. A darles

cobijo.

La doctora pestañeó unos instantes, desconcertada.

—Te lo vuelvo a preguntar —dijo Milo—. Un hombre con ese perfil, amoral, acostumbrado a provocar dolor sin sufrir por sus víctimas, ¿puede haber practicado la pederastia?

—Y yo te lo vuelvo a repetir, inspector; ni debo ni quiero responder a esa...

—Adicto a la adrenalina que genera con sus actos —continuó Milo—, narcisista, sin sentimiento de culpa por ninguna de sus acciones, que se cree inmune, intocable...

—Inspector Malart, no me presiones, no soy uno de tus detenidos —protestó.

—Habituado a obtener satisfacción con sus delitos, para quien las leyes solo son una barrera que no van con él, alguien que quizás ha sufrido en su infancia algún tipo de trauma...

—No sigas, por favor —cortó ella—. ¡Esto no tiene ningún sentido!

—¿Por qué?

—Porque no se enriquecería con ese..., ese tipo de actos —dijo Judit Gaig.

—Pero sí satisfaría su personalidad de hombre que se cree por encima —acorraló Milo—. Son tus palabras. Encaja con la teoría que me has explicado.

—¡Pero de ahí a la práctica hay un trecho muy largo! ¡Escapa a mis atribuciones!

—Doctora, no pretendo que me lo certifiques —aclaró—. Solo que me digas si es posible que un individuo como Félix Torrens, que se cree superior, un ser superior, puede haber sido capaz de coger... a un niño o una niña y someterlo a sus deseos sin importarle las consecuencias. ¿Sí o no?

—No sé, yo... —titubeó.

—Se siente dueño y señor de todo, de todos —insistió—. Y tiene delante un niño. Vulnerable. O una niña. Indefensa. A una criatura que lo atrae hasta la obsesión. Necesita volcar en ella su poder, su necesidad de dominación. ¿Podría sí o no?

—¡Pero eso no significaría que fuera un pederasta en el

sentido estricto de la palabra!

—Nadie afirma tal cosa —argumentó Milo—. Planteo el mero supuesto de que simplemente se encaprichara de un niño o una niña. No hay leyes. La única norma es satisfacer sus deseos. Todos sus deseos. ¿Podría sí o no?

Judit Gaig enrojeció, exasperada.

—¡Por supuesto que podría! —soltó—. ¡Pero eso no cuadraría con el comportamiento de un delincuente de cuello blanco!

Milo se destensó de golpe. Se desplomó contra el respaldo.

—Pero sí con el de un monstruo —dijo, la voz queda.

Agarró el vaso de agua mineral y lo vació hasta la última gota.

—¿Tienes sed?

Félix Torrens abrió los ojos con dificultad y vio el foco de luz encendido. En un primer momento no recordó dónde se encontraba. Desorientado, con el cerebro sumido en tinieblas, se limitó a respirar pesadamente. El dolor laceró sus pulmones.

—¿Tienes sed? —repitió la voz rasposa.

El preso abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido. La mente le instó a seguir durmiendo, refugiarse en el sueño. Cerrar los ojos y acabar con el sufrimiento, sin resistencia. Terminar con todo. La muerte no podía ser algo tan horrible. ¿Sed? Entonces recordó la celda, su situación. Valía la pena un último esfuerzo.

Sin energía, rodó sobre sí mismo muy despacio para encararse con la voz. A cada movimiento, miles de dardos le atravesaron el cuerpo. Intentó hablar.

—Agua —logró decir.

—De rodillas, ahora —ordenó la voz.

Debilitado, sin fuerzas, se dispuso a obedecer. Poco a poco, consiguió apoyar brazos y piernas hasta ponerse a gatas. Temblando de pies a cabeza, aguardó la siguiente orden.

—Avanza. Hacia mí.

Renqueante, con extrema lentitud, se aproximó un paso, dos. Se detuvo, exhausto.

—Última oportunidad. Quieto.

La voz era fría, de hielo. Inexpresiva.

Félix Torrens procuró no moverse. Rezando para que los músculos no lo traicionaran, contuvo la respiración. Permaneció inmóvil. Transcurrieron los segundos, los minutos. Una eternidad. La vergüenza asomó en su cabeza. Pero también encontró algo insospechado, un cierto gozo en la sumisión. Había paz en la renuncia, en la entrega total.

—Abre la boca —dijo la voz.

Obedeció al instante, sin pensar. Y al hacerlo, una cálida sensación inundó sus sentidos. Algo individual, incompartible. El dulce sentimiento del abandono.

—Y ahora, lame.

Vio una forma borrosa delante de su cara. Parecía un plato. Escuchó el rumor del agua al caer en su interior. Fue breve, pero suficiente para provocarle una insufrible ansiedad. Sacó la lengua y la hundió con avidez en el recipiente. Al primer contacto con el líquido, estalló en su garganta una miríada de explosiones cicatrizantes. Bebió acuciado por la prisa, frenético. Trasegó el escaso dedo de agua y lamió con voracidad la superficie del objeto hasta que este fue retirado de forma brusca y repentina.

—¿Qué se dice? —preguntó la voz.

—Gracias —balbuceó Félix Torrens, con mansedumbre.

—Buen chico.

De pronto, sintió algo extraño, casi olvidado. Después de tantos años, volvía a experimentar el alivio prohibido de la degradación. Primero, como amo; luego, como esclavo. La íntima gratitud por recibir la recompensa tras ser humillado. El círculo perfecto.

Vibró por una súbita e inesperada corriente de placer.

La voz descubrió el relajamiento de su rostro, el atisbo de su gozo.

—Has recordado —dijo.

—No..., no te... entiendo...

—La Ferradura —dijo la voz rasposa, sin entonación.

Aquella palabra lo dejó sin aliento, como si hubiera sido

golpeado en el pecho por un puño de hierro. Y supo, en el acto, que las cosas acabarían mal, rematadamente mal.

La memoria se activó al instante.

El cuerpo efébico, tentador. La boca dulce y virginal. La piel sin mácula. Un ángel de mente perversa que se transformó en demonio. Que él transformó en demonio. Y cómo dio mil veces gracias al Cielo por haber cruzado en su camino a un ser tan bello como poderoso.

—Pero tú..., tú no eres... —murmuró, paralizado por el terror —. Tú eres...

—Yo soy su discípulo, solo cumplo órdenes —dijo la voz rasposa.

—No..., no me hagas daño. Te daré lo..., lo que quieras.

—No pienso tocarte. Todavía no.

Félix Torrens perdió la fuerza y cayó de cara contra el cemento. Presa del histerismo, se abrazó a sí mismo y empezó un leve balanceo mientras rezaba una oración.

El potente foco de luz se apagó.

Sonó el móvil y Milo abrió los ojos. Aún no había amanecido. Echado en la tumbona de la terraza, rebuscó el aparato por el suelo.

—Sí —dijo, ahogando un bostezo.

—¿Dormías?

—Solo daba una cabezada.

—Tómate un par de cafés bien cargados y ven a la Central — dijo la jueza Cabot.

—¿Ha pasado algo?

—El Grupo, con Singla al frente de una unidad de los GEIS, ha detenido esta noche a un sospechoso por el asesinato de Eduard Pinto. Como ya te puedes imaginar, las cámaras no se han perdido detalle. Lo van a interrogar dentro de un rato.

—¿Un sospechoso? —repitió Milo, despejándose de golpe. Se incorporó.

—Lo que oyes —confirmó la jueza—. Un antisistema. Ya te lo

explicaré todo cuando vengas. Por las pruebas que me han presentado no he tenido más remedio que firmar la orden de detención. Se ha armado un gran revuelo y ahora le están tomando las huellas. Si no te lo quieres perder, yo de ti vendría volando. Están todos, solo faltas tú.

Milo apretó los labios. Se mantuvo unos instantes en silencio.

—¿Te ocurre algo?

—¿No te parece una detención muy oportuna?

Susana Cabot dejó pasar unos segundos antes de responder.

—No me parece nada. Aunque deberías alegrarte —comentó —. Fuiste tú quien señaló la línea de investigación correcta.

—Entonces, ¿por qué siento un regusto extraño en la boca del estómago?

—No sé, ¿quizá porque cenaste algo en mal estado?

14

VIVIR MATA, leyó Milo en la camiseta negra del detenido. Era joven, con la cabeza rapada salvo un penacho castaño en la parte superior. Su cara de pómulos angulosos y ojos hundidos mostraba una expresión indolente, como si su presencia allí no le inquietara. A través del cristal de la sala contigua, observó la piel de su rostro repleta de quistes y granos. Exhibía varios adornos; una argolla en el tabique nasal, otra en la ceja, y una última en la comisura de los labios. En el cuello resaltaba un collar de perro tachonado de pinchos, a juego con las muñequeras, y por la postura en que permanecía, con una pierna cruzada sobre el muslo de la otra, pudo distinguir su cinturón de balas plateadas, la hebilla con forma de calavera, y sus botas militares.

—¿Sabemos su nombre? —preguntó Milo.

—Jon Grau, veinte años, con antecedentes por hurto y actos vandálicos —dijo la jueza Cabot—. Un angelito.

El detenido se rascó una mejilla sin afeitar a la vez que abría la boca en un bostezo interminable. A continuación, se incorporó y, mientras estiraba perezosamente los brazos, dio unos pasos por la sala de interrogatorios. Rodeó la mesa clavada en el suelo, miró a la cámara de vigilancia con el piloto rojo encendido y se acercó con andar cansino hasta detenerse frente al espejo. Con una mueca de desprecio, se levantó la camiseta y señaló con varios golpes insistentes un número de teléfono que tenía escrito en el estómago.

—Es el de su abogado —masculló Cervera a sus espaldas—. Sigue al pie de la letra el manual del guerrillero urbano. Pero ya puede esperar sentado el muy cabrón. Después de su recibimiento lleno de trampas, lo último que vamos a hacer es llamar a uno de sus colegas.

La jueza Cabot se volvió hacia él.

—Inspector, no hace falta que le diga que debemos ser sumamente escrupulosos con los derechos del detenido. —Y con firmeza, añadió—: Llámelo ahora mismo, ¿me ha oído?

—Pero, jueza, ese tipo pretendía electrocutarnos y por poco no nos quema vivos. Si el DINF no nos hubiera señalado la ubicación exacta, habría podido ocurrir una tragedia.

—¿Tendré que hablar con el inspector jefe Singla? —inquirió ella con tono hosco—. Obedezca de inmediato y no me haga perder el tiempo.

El inspector Cervera abandonó la sala rezongando por lo bajo.

—Tiene que comprenderlo, jueza —intervino Rojo—. No ha sido nada agradable entrar en una casa sembrada de trampas para causarnos el máximo daño.

—¿Y quién ha dicho que este trabajo tenga que ser agradable? —repuso ella—. Iban escoltados por una unidad de los GEIS que les abría camino, y siguiendo las indicaciones del DINF infiltrado. ¿Qué más querían?

—Yo no digo nada, pero...

—Pero nada —interrumpió. Señaló al detenido detrás del cristal—. Por si no lo sabía, esa gente está en lucha contra el sistema. Y nosotros, la autoridad, somos sus representantes y por tanto sus enemigos. ¿Qué esperaban encontrar? ¿Un comité de bienvenida?

El inspector Rojo bajó la cabeza.

—¿Hay un DINF metido en todo esto? —preguntó Milo.

—Sí, un miembro de la División de Información se infiltró en el colectivo hace seis meses. Ha ido rondando de casa ocupada en casa ocupada, por Sants, Gran Vía, Gracia, y la última, donde detuvimos al sospechoso, en la esquina de Urgel con Floridablanca. Gracias a él se han desactivado varias células muy combativas del grupo de los más violentos, formado por unos cuatrocientos, y fichado a varios antisistema del núcleo duro.

—¿Y cómo obtuvisteis su colaboración? —quiso saber.

—Bastos tiró la caña por todos los departamentos y un pez mordió el anzuelo. La DINF tenía en su punto de mira a un tipo que coincidía con las características que andábamos buscando y

nos pasó el soplo. Ha sido un golpe de suerte.

—Yo no creo en la suerte.

El inspector Rojo se encogió de hombros y salió de la sala.

—Has sido muy dura con ellos —dijo Milo.

—¿Tú tampoco te enteras de qué va el asunto o qué? —se enfrentó ella—. Si no hacemos las cosas bien, luego tendré que aguantar que varios centenares de profesores universitarios firmen un manifiesto tachándome de criminalizar el movimiento social de los antisistema para convertirlos en el chivo expiatorio y así desviar la atención ciudadana de los conflictos reales. Y ya estoy harta de esta canción. No pienso darles más argumentos y todo se va a llevar a cabo dentro de la más estricta legalidad.

—Ahora no la tomes conmigo, señoría. Estoy de tu parte.

La jueza Cabot dejó escapar un resoplido de impotencia.

—Todo esto es kafkiano —dijo—. Van contra el sistema, pero a la vez se acogen a las normas del sistema para seguir combatiendo el sistema. —Sacudió la cabeza—. He leído ese manual del guerrillero urbano del que hablaba Cervera y, en el colmo del absurdo, tienen la desvergüenza de incluir una advertencia legal sobre la inviolabilidad del domicilio por la policía. ¡Un domicilio que ellos han ocupado! Lo dicho, kafkiano.

El fenómeno de los antisistema llevaba de cabeza cada vez más a las autoridades. Era un asunto complejo. Sumado al núcleo duro de anarquistas violentos muy militantes, se añadía el movimiento alternativo de Barcelona, un magma plural sin estructura organizada. Formaba una heterodoxa nebulosa de okupas, independentistas, antifascistas, sindicalistas, entidades vecinales, estudiantes, grupos feministas y ecologistas, todos agrupados en defensa de los derechos laborales y el acceso a una vivienda digna. En opinión de los sociólogos, la violencia del colectivo se debía a que formaba parte de una generación sin futuro, achacando los brotes de ira a la desesperación por la falta de expectativas y oportunidades. La pérdida de identidad de la ciudad a base de la transformación y renovación constante de calles y edificios, las subidas de alquileres en barrios de moda, y la especulación de la construcción con precios abusivos, eran otras de

las causas que apuntaban para justificar el aumento del fenómeno.

Milo se aclaró la garganta.

—No es por llevarte la contraria, señoría, pero yo comparto muchas de sus exigencias. Y antes de que me mandes a chirona, déjame añadir que estoy en contra de la violencia.

La jueza lo fulminó con la mirada.

—La precariedad de empleo o las dificultades para acceder a una vivienda no se combaten con la quema de contenedores y la rotura de escaparates.

—Lo sé, pero no todos los antisistema son violentos; algunos poseen ideología, y de peso. No hay que meter a todos en el mismo saco.

—Y la propiedad privada es sagrada —agregó ella, con la misma frialdad—. Es la base de nuestro sistema. No se puede invadir la casa de nadie empujado por unas ideas.

—Salvo que seas un joven que está hasta las narices de ver cómo se levantan más y más hoteles de lujo para los turistas mientras él sabe que no va a tener casa en su puta vida.

—Es el capitalismo —replicó Susana, enrojeciendo—. Esos solares los ha comprado alguien y puede hacer en ellos lo que le venga en gana. Son las normas del juego.

—Ya, como levantar pisos para la especulación en vez de para dar cobijo a las personas. Así es como ha estallado esta crisis que nos va a mandar a todos al infierno. Por las malditas normas del juego. Unos pocos ganan, y una inmensa mayoría pierde. No es justo.

—¡Es el sistema! —exclamó ella, perdiendo la paciencia.

—¡Pues el sistema es una mierda!

—¿Te alineas con un tipejo como ese? —dijo Susana, señalando al detenido.

—No lo sé, aún no tengo el gusto de conocerlo.

—Ya te lo presento yo. Ese tipo es alguien que siembra con trampas la casa que ha ocupado para que cuando alguien como tú entre para detenerlo, caiga en ellas. Como agujeros en el suelo, cubiertos con una esterilla, para que el agente, al pisarlos, se precipite varios pisos abajo. O como puertas conectadas a la

corriente eléctrica. O como cubos llenos de gasolina colocados cerca de las entradas para que ardan con una chispa despedida por las sierras radiales y quemen al agente que pretendía forzarlas. ¿Hace falta que siga?

Milo guardó silencio, sorprendido por la vehemencia de la jueza.

—Es el mismo tipo que se sabe de memoria ese manual del guerrillero —prosiguió ella, encendida—. Se titula *Organiza tu rabia* y su lectura es muy divertida. Recomienda llevar siempre capucha, pues «la capucha es tu amiga», y el rostro cubierto con un pañuelo o una bufanda además de lo del teléfono de un abogado. Y de paso, da consejos sobre cómo frenar una carga policial, bloquear calles, fabricar cócteles molotov y quemar vehículos. Ahora que ya lo conoces, te lo vuelvo a preguntar: ¿te alineas con un tipejo como ese?

Susana Cabot se cruzó de brazos y aguardó. Taconeaba impaciente en el suelo.

—¿No dices nada? —apremió.

—¿Ese joven sabe fabricar cócteles molotov?

—Sí, ya te lo he dicho, es un alumno aventajado.

—Necesito saberlo todo sobre él —dijo Milo, dando media vuelta.

—¿Adónde vas?

El portazo la sobresaltó. De soslayo, vio que el detenido hacía cuernos al espejo con ambas manos y luego regresaba a la silla para repantigarse de nuevo. Soltó un suspiro. Empezaba a notar el pulso disparado en las sienes. No se consideraba especialmente supersticiosa, pero sabía que en un martes y 13 nada podía salir bien. Era de cajón.

El inspector Rojo estaba en el pasillo, recostado contra la pared, aguardando a que lo llamaran para dar inicio al interrogatorio. En las manos sostenía un vaso de plástico con un café con hielo. Contemplaba distraído el suelo.

Milo acortó en dos zancadas la distancia.

—Escucha, Malart, ¿de parte de quién está tu jueza?

—No se lo tengas en cuenta, Rojo. Recibe presiones de todas partes y este asunto pone de los nervios a cualquiera. Y oye, no es mi jueza. Empiezo a cansarme del estribillo.

—¿Ahora también tú vas a ponerte pejigueras?

—Háblame de Jon Grau, ¿qué sabéis de él?

Rojo bebió un sorbo de café sin dejar de observarlo por encima del vaso.

—Hijo único de familia obrera, de La Verneda. El padre es albañil, en paro, y la madre se dedica a limpiar casas. El chaval dejó el instituto antes de terminar la ESO y tuvo la brillante idea de pedir un curro en la obra, igual que su padre, que como estaba cantado no se lo dieron. Empezó a buscarse la vida, trapicheando aquí y allá, hasta que La Caixa ejecutó la hipoteca y desahució a la familia por falta de pago. Endeudados hasta las cejas, perdieron el piso y se vieron obligados a mudarse a casa de un pariente en Bellvitge. Al tipo le sentó como un tiro y se largó a una casa ocupada de Gracia donde lo acogieron con los brazos abiertos. A partir de ahí, inició su carrera como beligerante guerrillero urbano. Odia el sistema.

—No se lo reprocho —dijo Milo—. Tal vez en su situación yo haría lo mismo.

—Y yo, pero en vez de apuntar a agentes de policía, quizás enfocaría mi rabia más arriba. ¿Por ejemplo a un alto cargo de La Caixa, responsable de la ruina de su familia?

Intercambiaron una mirada.

—Es una posibilidad. ¿Qué más cosas habéis averiguado?

—El 29 de junio, el día en que desapareció Eduard Pinto, nuestro joven guerrillero se largó de la ciudad y no regresó a la casa ocupada de Floridablanca hasta cinco días después, el 4 de julio, cuando apareció el cuerpo en la Casa Milà envuelto en llamas.

—¿Coartada?

—Dice que se fue en moto a un festival de música heavy en Jaén, y que estuvo cinco días de farra. Ya sabes, pastillas, alcohol y marcha a tope. Afirma que no estaba al tanto de la desaparición de

la víctima y que ni siquiera sabe quién es.

—¿Lo habéis comprobado?

—Estamos en ello. De momento, sin resultados. Pero todavía es muy pronto.

—¿Tiene moto?

—No, es de alguien de la casa. Como el traje de motero y el casco. Bonhora los está analizando en este instante, en busca de rastros. Lo que sí te avanzo es que el traje y los guantes están manchados de aceite, aunque no es de extrañar. La moto es un trasto viejo, una Bultaco de la época de Maricastaña, que debe de perder aceite por un tubo.

—¿Y qué me dices del casco? ¿La visera es oscura?

—Transparente. Quizá se deshizo del otro.

—¿Habéis encontrado alguna furgoneta blanca?

—No, ya te digo que aún es demasiado pronto. Pero aparecerá, seguro.

—Dudo que ese Jon Grau ni siquiera sepa quién es Gaudí —murmuró, pensativo.

—Malart, no le des más vueltas, tenemos al tipo. —Apuró el café—. Al principio no confiaba mucho en tu nuevo enfoque, me pareció poco sólido eso de buscar a alguien que odiara Barcelona. Pero tu intuición ha funcionado. Incluso tienes tu G, de Grau. Coincide todo, peso, altura, complexión, y su móvil es más que convincente. ¿Tú no querrías vengarte del tipo que echó a tu familia a la calle?

Milo se encogió de hombros mientras arrugaba los labios.

—Hay muchas cosas que no me acaban de convencer. Por ejemplo, su pelo.

—¿A qué te refieres?

—¿Viste por la casa ocupada a alguno con el pelo rubio rapado?

—Los había con todas las formas y colores. En punta, al cero, con rastas, rubios, morenos y hasta un par teñidos de rojo y otro de azul. Igual que sacados de un cómic.

—¿Quiénes lo vais a interrogar?

—Singla, Cervera y yo.

—¿Tienes algún inconveniente en que yo también intervenga?

—No hay problema, pero tendrás que preguntárselo a Singla.

Milo asintió con un gesto y salió disparado hacia el despacho del inspector jefe. Al cruzar la oficina, la subinspectora Mercader le llamó la atención con un gesto, pero hizo caso omiso y avanzó sin detenerse. Encontró la puerta cerrada, las cortinillas bajadas.

Entró sin llamar.

Singla estaba sentado en su silla, hablando con un joven vestido con una estética muy similar a la del detenido. Camiseta negra con calavera estampada, todo tipo de adornos plateados, botas y pantalones también negros, y largas greñas sucias y despeinadas.

Molesto por la interrupción, el inspector jefe levantó la cabeza.

—Reunión privada, Malart. Largo de aquí.

—Solo dos cosas, jefe —dijo Milo, aproximándose al desconocido con la mano extendida—. Tú eres el DINF, claro. Buen camuflaje. Quería preguntarte si en la casa ocupada de Floridablanca viste algún antisistema rubio y con el pelo rapado.

El miembro de la División de Información se la estrechó mirando a uno y otro.

—Malart, ahora no es momento para tus salidas ocurrentes —masculló Singla.

Sin soltarlo, Milo siguió hablando con el DINF.

—Me refiero a alguno con pinta gay, ya sabes, de rostro fino, agraciado.

—Tú debes de ser el que puso en marcha todo el operativo. Ha estado a punto de costarme el trabajo de los últimos seis meses, mi tapadera.

Milo le soltó la mano.

—Son cosas que pasan.

—Seis meses, inspector. Seis meses infiltrado en esa mierda y por poco se va a...

—Elije un trabajo que ames y no tendrás que trabajar ni un solo día de tu vida —cortó Milo, con amplia sonrisa—. Lo dijo Confucio, y es una verdad como un templo.

—García, tú ni caso a este imbécil —intervino Singla—. Es nuestra cruz particular.

—¿García? Un alias muy original. Entonces qué, ¿viste a alguno con esa pinta?

El DINF hizo una mueca burlona.

—Sí y no. Se me ocurre alguno que case con esa descripción, pero esto no quiere decir nada. Cambian cada dos por tres de imagen, para despistar por si son identificados.

—Unos tipos muy escurridizos.

—Tú lo has dicho. Los del núcleo duro son muy desconfiados, están siempre alerta.

—¿Y en alguna de las casas has visto una furgoneta blanca?

—De nuevo, sí y no. Disponen de varias, para las mudanzas, llevar material, cosas así. Blancas, negras, azules. Incluso multicolores. Se distraen pintándolas con sus consignas. Son fáciles de reconocer. Despiden un humo de tres pares de cojones y los motores suenan a cascajo. Son unas antiguallas que no me explico cómo andan. Las adquieren en los desguaces, a precio tirado, y luego las reparan con cuatro cables, para que aguanten unos meses.

—Y respecto al tal Jon Grau, ¿tienes algún dato singular sobre él?

—Salvo que es un chiflado que sueña con ver la ciudad ardiendo hasta sus cimientos, poco más. Bueno, sí, que disfruta jugando con un Zippo. Se pasa todo el día dale que te pego, abriendo y cerrando la tapa. Tengo ese clic metálico grabado en el cerebro.

—¿Satisfecho, Malart? —inquirió Singla—. Ahora largo de aquí, fuera.

—Una última cosa, jefe. Me gustaría participar en el interrogatorio.

—Ni lo sueñes. No pienso permitir que lo estropees con alguno de tus numeritos. Bastos también estará presente y quiero que todo vaya como una seda.

—Me lo debes, yo he sido el causante de todo esto —dijo, separando los brazos—. Además, soy el único al que no le acaban

de cuadrar las cosas. ¿De qué tienes miedo? Si el interrogatorio me convence, asunto zanjado y otra medalla para ti como jefe del Grupo.

—Ya somos demasiados —dijo Singla, cavilando—. Y no es una reunión social.

—Puedes prescindir de Cervera, lo noto algo nervioso. No le ha gustado nada lo de las trampas repartidas por toda la casa y podría perder los estribos. Tú mismo.

El inspector jefe permaneció unos instantes con la mirada perdida.

—Solo si cierras el pico y nos dejas hablar a nosotros.

—Seré una tumba. —Se dirigió al DINF—. Bonito disfraz, García. Genial la calavera.

Abandonó el despacho. De camino a la sala de interrogatorios, se detuvo en la mesa de Crespo y le preguntó si estaba muy ocupado.

—Con todo el barullo del detenido, y la investigación que me ha encargado Singla, no doy abasto. —El sargento desvió la mirada —. Ya sabes, la de los datos bancarios de todo el Grupo y los registros telefónicos. Para descubrir la fuente de la filtración.

—Seguro que soy el primero de la lista.

—Me siento un chismoso. Y no me gusta nada. Este no es mi trabajo.

Milo observó su expresión ofendida y le palmeó un hombro.

—Amainará la tormenta, y luego todo volverá a la normalidad.

—Lo que me preocupa es encontrar algo —dijo, crispado. Sus ojos lo interrogaron en silencio—. No sé si me explico.

—Alto y claro. Y opino igual, emplear tu cerebro en algo que puede hacer cualquiera de Asuntos Internos es una gilipollez. Y hablando del diablo, no le cuentes a la subinspectora ni una palabra del asunto del listado. Ya lo haré yo más adelante. ¿Cuento contigo?

—Sin problemas.

—¿Lo has acabado? —El sargento le lanzó una mirada furibunda—. Entendido, no has tenido tiempo. Se te acumula la

faena. —Milo se rascó la mejilla—. Toni, lo siento, pero ahí va una más. Necesito que investigues las casas de acogida que montó Félix Torrens en Lérida, Tarragona y Gerona. Los nombres de los centros, si hubo denuncias o rumores, y qué fue de ellos, si siguen funcionando o cerraron sus puertas. No quiero meterte prisa, pero es urgente.

—Haré lo que pueda, inspector.

Milo dio media vuelta para marcharse cuando chocó contra la subinspectora Mercader.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que siempre estás a mi espalda?

—¿Manía persecutoria quizá? —replicó Rebeca—. Tenemos que hablar.

—En otro momento, ahora tengo prisa —dijo Milo, intentando esquivarla. Ella se interpuso en su camino—. No tengo tiempo, de veras.

—Es personal —dijo Rebeca, con tono grave.

Milo inspiró con fuerza. Reparó en su camiseta azul con las letras CSI estampadas. En la expresión de su rostro. En la fuerza con que apretaba las mandíbulas. Asintió despacio.

En ese instante, se abrió la puerta del despacho del inspector jefe y surgió Singla seguido por el DINF. Hacían una extraña pareja. El primero, con su vestimenta clásica; el segundo, con su indumentaria *underground*, oscura y repleta de complementos plateados.

Al llegar a su altura, Singla le señaló el pasillo.

—Bastos viene para aquí. Comienza el espectáculo.

—Voy ahora mismo —dijo. Se volvió hacia Rebeca—. Lo siento, subinspectora. Sea lo que sea, tendrá que esperar. Órdenes son órdenes. Bonita camiseta.

Se alejó con paso rápido.

—¡Inspector! —lo llamó. Milo siguió caminando. Ella gritó a su espalda—: ¡No tiene que ver conmigo, sino contigo! Con una carpeta blanca...

Sin oírla, continuó adelante y se adentró por el pasillo. El inspector Cervera, con la cara enrojecida y expresión de pocos

amigos, lo detuvo en seco.

—Eres un hijoputa —dijo, punteando cada sílaba con un dedo contra su pecho—. Me juego el cuello en el asalto de la casa y ahora, por tu culpa, me pierdo un asiento en primera fila. No trago a las sabandijas como tú.

Milo le agarró el dedo y se lo dobló hacia abajo.

—El sentimiento es mutuo. ¿Algún problema? —Intensificó la presión y Cervera negó con un gesto de dolor—. Muy bien. Y ahora, deja trabajar a tus mayores.

Lo apartó de en medio con un manotazo.

Fue el último en llegar a la sala de interrogatorios y se quedó junto a la puerta, en el rincón. Bastos, una inmensa mole apoyada en la pared y con los brazos cruzados, lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Singla, por su parte, sentado frente al detenido, prosiguió leyéndole sus derechos mientras Rojo, de pie a su izquierda, no le quitaba los ojos de encima.

—¡Hostia, otro más! —exclamó Jon Grau—. ¿Qué es esto, una jodida reunión de maderos? Siempre he querido ir a una fiesta de cumpleaños. ¿Quién hace aquí de payaso?

El inspector jefe Singla, imperturbable, se echó hacia delante.

—¿Ha entendido que toda la conversación está siendo grabada y filmada?

—Tíos, os habéis olvidado del invitado más importante. No pienso comer tarta hasta que no llegue mi abogado. Es un colega muy enrollado, ya lo veréis. Sabe unos trucos de magia para caerse de culo. Ahora estás aquí, ahora ya no estás. Mola mogollón.

—Llegará de un momento a otro, señor Grau —dijo Singla, envarado—. Solo estamos charlando amigablemente, para ganar tiempo.

—Me parto el pecho de risa.

—Señor Grau, ¿dónde se encontraba el martes 29 del pasado mes de junio alrededor de las nueve de la noche?

—¡Pirándome de esta puta ciudad, joder! ¡Lo habré dicho mil veces! ¿Estáis sordos?

—Queremos oírlo otra vez.

El detenido se removió en la silla con rabia.

—¡Pues no me da la gana, capullo! No soy un loro, ¡no te jode!

—Déjese de chorradas y responda. Su actitud beligerante no le va a ayudar.

—¿Belige... qué? ¿*Duyuspiquinglis*?

—¿No es cierto que abordó a la víctima en el interior de su vehículo después de haber forzado este en el aparcamiento de la sede central de La Caixa?

—Jo, tío, esto es mejor que una peli.

—¿Y que lo obligó a virar por la calle Lluís Muntadas, donde lo neutralizó?

—Estás majara, lo que yo te diga.

—¿Y que luego lo transportó en una furgoneta blanca a un lugar concreto donde lo mantuvo encerrado cinco días sin proporcionarle bebida ni alimento?

Jon Grau se recostó en la silla y entrelazó las manos por detrás de la cabeza.

—Tira, tira —animó con una sonrisa despectiva—. Lo gore me chifla.

—Por último, cuando la víctima se encontraba al borde de la inanición, ¿no es cierto que la colgó del balcón del primer piso de la Casa Milà y le prendió fuego?

El detenido abrió la boca, sacó la lengua y puso los ojos en blanco.

—El fuego, sí. El fuego es una gozada.

Singla se enderezó de golpe.

—Entonces, ¿lo reconoce?

Grau soltó las manos y se dobló hacia el inspector jefe.

—Lee mis labios —dijo—. El fuego me pone.

Singla frunció el entrecejo, confundido.

—¿Debo deducir por sus palabras que admite haber prendido fuego a la víctima?

—Barcelona volverá a ser la Rosa de Fuego, el enfrentamiento es inevitable.

—¿Lo hizo por venganza, señor Grau?

—Cuando todo gesto de revuelta es señalado como terrorista, debemos impedir que el miedo nos controle, organizando la solidaridad y la resistencia.

—¿Quizá porque la víctima estaba al frente de Servihabitat, una de las empresas participadas por La Caixa y responsable del desahucio del piso de su familia en La Verneda?

—Viva la autorregulación, la lucha y la violencia —recitó Grau, con parsimonia.

—¿Dónde mantuvo secuestrada a la víctima, señor Grau?

—Lo nuestro no es violencia, sino rabia, autodefensa y necesidad —salmodió.

—¡Guárdese las proclamas para sus amigos, señor Grau, y responda!

—La violencia es del Estado y del capital —repuso el detenido, con calma.

Singla se volvió hacia Bastos con expresión interrogante.

De súbito, Milo avanzó un paso.

—¿Tú cuál prefieres, la Death, la Black, la Brutal o la Trash? —dijo.

Jon Grau parpadeó estupefacto. Mantuvo la boca abierta hasta que reparó en ello y la cerró de golpe. A continuación, entornó los ojos y guardó silencio.

—¿O te da igual mientras sea Metal? —agregó Milo.

—El Metal está bien, todo el Metal —murmuró Grau, con desconfianza.

—¿Catalán, andaluz, europeo o norteamericano?

—Todos.

Milo se aproximó un par de metros. Hundió las manos en los bolsillos.

—Hombre, alguno te flipará más que otros.

—Los catalanes, son superfuertes —comentó, precavido.

—¿Vidres a la Sang, Crysys, Agression?

—Jo, tío, esos son los mejores. —Se le iluminó el rostro—. Actuaron en el Jaén Metal Fest y fue una pasada. La peña alucinó mogollón.

—¿Actuaron también los granadinos Canker?

—Y los Avulsed, los Halley, los Exquisite Pus, los... —Se detuvo. Repasó a Milo de arriba abajo. Tras unos instantes, dijo—: Tío, tú no eres madero, ¿no?

—Lo que no soy es tu tío. ¿Cuánto duró el festival? ¿Tres, cuatro días? Y luego, con la peña, de pastillas por Valencia. Imagino el colocón, debió de ser la hostia.

—¿Estabas... allí? —balbuceó, pasmado.

—Iba con Gaudí, ¿lo conoces? Es el de la Norton trucada, el de la chupa de Satán.

Jon Grau negó con la cabeza. Lo observó con los ojos hundidos. Milo prosiguió.

—Sí, hombre, el rubio con el pelo rapado, con pinta de sarasa, ya me entiendes.

—A mí no me van los tíos —soltó, airado.

—Estoy seguro de que lo conoces —insistió Milo, acortando la distancia—. Le va el fuego, como a ti. Y la gasolina. Tiene un Zippo como el tuyo, solo que él sí lo usa en serio.

—¡No me toques los cojones, tío! ¿Quién es ese jodido Gaudí?

Milo se inclinó hacia el detenido hasta acercarse a un palmo de su rostro.

—Uno que sí va a hacer realidad lo de quemar Barcelona, no como tú, pringao.

Jon Grau se levantó con violencia y se encaró con él.

—¡A mí no me llamas pringao, tío mierda!

—Vale, metro ochenta más o menos —dijo, midiéndolo a ojo —. Y setenta kilos o algo así. ¿Sabes lo que pienso? Que te estás haciendo el loco cuando eres el cómplice de Gaudí. Y ese es quien nos interesa de verdad, no tú. Dime dónde se esconde.

—¡Vete a cagar! —aulló, vaporizando de saliva su rostro.

Milo se limpió la cara con el dorso de la mano. Respiró hondo y volvió a acercarse.

—¿Quieres reconsiderar tu respuesta?

—¡A tomar por culo, capullo! ¡Tú y ese Gaudí de mierda!

—Siéntate —ordenó—, ahora.

—¡No me sale de los huevos!

—Respuesta equivocada —dijo Milo.

Se dio la vuelta y dirigió la mirada a Bastos, quien permanecía impertérrito.

—No es nuestro hombre. Este —señaló a Jon Grau con el pulgar por encima del hombro—, solo es un mamonazo que juega a hacerse el hombrecito, no un psicópata.

Ciego de ira, Grau se abalanzó sobre Milo. El inspector Rojo reaccionó con rapidez, pero no pudo evitar que le soltara un puñetazo en la nuca. Tras un leve forcejeo, mientras Singla se levantaba un segundo tarde y el comisario jefe solo atinaba a descruzar los brazos, Rojo inmovilizó a Grau y lo dobló sobre la mesa.

—Y además, un cobarde —dijo Milo, frotándose las cervicales —. Ya puedes soltarlo, no voy a presentar cargos contra él por agresión. Y Rojo, te debo una. Buenos reflejos.

Salió de la sala en el mismo instante en que un tipo barbado y con mochila al hombro iba a entrar con gesto decidido. Al ver la expresión de Milo, retrocedió un paso.

—Su cliente le espera. Porque usted es el abogado del angelito, ¿verdad?

El hombre asistió con una mezcla de indignación y temor.

—¡Como le hayan puesto la mano encima pienso denunciarlos por abuso policial! ¡Y sepan que no estoy solo, en la calle somos cientos los que pedimos la libertad de Jon Grau por su injusta detención que a todas luces es un atropello a un ciudadano inocente que...!

Sin pensarlo dos veces, Milo lo cogió por los hombros, lo desplazó con suavidad al interior de la sala, y le cerró la puerta en las narices.

—Ahora no estoy para rollos —murmuró.

—¿Te duele? —preguntó la jueza, apretando la bolsa de hielo—. Eres un idiota integral. Provocar así a un energúmeno con dos dedos de frente. Y encima, le das la espalda.

—No des la tabarra, señoría. Al menos no dirás que no he

actuado dentro de la más estricta legalidad.

Susana Cabot lo atravesó con la mirada. Dejó escapar un suspiro.

—No sabía que eras un experto en música heavy.

—Y no lo soy, pero tener un sobrino de quince años te aporta mucha información moderna. —Una sombra le cruzó el rostro—. Bueno, tenía.

La jueza cambió de tema con rapidez.

—Ha sido una buena jugada.

—Ahora ya sabemos que no es nuestro hombre. No es frío ni calculador, ni ha oído el nombre de Gaudí en su vida, lo que no dice mucho a favor de nuestro sistema educativo. ¿Has entendido eso que ha dicho sobre la Rosa de Fuego?

—Es el nombre que recibió Barcelona tras arder durante la Semana Trágica de 1909.

Milo soltó una risa desabrida.

—¿De qué te ríes? —quiso saber ella.

—De la realidad, siempre se empeña en asombrarme. El otro día me hablaste de las cuatrocientas familias, las que manejan los hilos del poder, y ahora surge el mismo número para cuantificar a los antisistema más violentos. ¿No te parece la leche? Es cierto eso de que la realidad siempre supera a la ficción. Los cuatrocientos que mandan, y al otro lado del espejo los cuatrocientos que destruyen. Dos mundos diametralmente opuestos, aunque simétricos; con comportamientos muy distintos, pero equidistantes. Ambos se creen por encima de los demás, con derecho a llevar a cabo lo que sea con tal de que beneficie sus intereses. Unos, para que todo siga igual; otros, para que todo cambie. Y en medio, la sociedad inocente, anestesiada por la crisis. —Sacudió la cabeza—. Lo más curioso es que todo esto se viene repitiendo cíclicamente. Hace más de un siglo, la Barcelona anarquista enfrentada a la Barcelona burguesa. Y hoy, ocurre otro tanto. Los tiempos cambian, pero las cosas siguen igual. Y mientras, la gente como nosotros asiste muda al espectáculo. Solo somos extras en la función, Susana. Material de relleno. Simples marionetas.

Un denso silencio se extendió por la sala de descanso.

La jueza se aclaró la garganta. Cabizbaja, comentó:

—A lo mejor tú y yo también tenemos nuestros iguales al otro lado. ¿Te imaginas?

Milo soltó otra risa desvaída.

—Este numerito de la detención le va a ir de fábula a la sociedad de familias —dijo—. Va a tapar unos días el escándalo provocado por Félix Torrens.

—Eso me temo. Mientras estabas en la sala de interrogatorios he recibido una llamada del alcalde. Quería saber si el detenido podía ser realmente el culpable de la muerte de Eduard Pinto. La camisa no le llega al cuello. Ya sabes lo que esto significa.

—Que esa sociedad está preocupada porque sus nombres no salgan en el expediente, y que todo esto les viene como anillo al dedo para ganar tiempo y tapar las cosas.

—Tú lo has dicho —corroboró—. Son muchos apellidos ilustres, gente con varias generaciones detrás, que fueron seducidos por sus cantos de sirenas y que ahora ven peligrar sus posiciones y su prestigio por haber prestado su apoyo, y algo más, a un estafador. Y luego están los cargos políticos. Y sus partidos. Todos temen que la marea negra de su corrupción los alcance. Por el momento se mantiene una calma tensa, pero se avecinan malos tiempos.

—Y nosotros en el ojo del huracán —sentenció Milo.

Apartó la bolsa de hielo y se incorporó para dirigirse a la máquina de café.

—¿Te apetece uno?

—Preferiría algo más fuerte, pero no estaría bien visto que la jueza que lleva el caso se tome un lingotazo a estas horas de la mañana.

—Tendrás que conformarte con un café bien cargado.

Ella hizo un gesto de resignación. Milo puso dos tazas bajo el surtidor, pulsó el botón.

—Esta madrugada me explicaste que las cámaras no se habían perdido detalle de la detención —dijo—. Seguro que fue Bastos quien dio la orden de que se filtrara a los medios la operación policial. Un nuevo servicio prestado a la causa —comentó con

sorna.

Retiró una de las tazas y se la entregó a la jueza.

—Lo más importante es la noticia, Milo; la realidad es lo de menos. Aquí lo que cuenta es apuntarse el tanto, los mandos y los periodistas.

—¿Quieres azúcar? —preguntó, retirando la suya.

—Ni por asomo, ¿pretendes que aumenten mis cartucheras?

—Señoría, no sé de qué cartucheras me hablas —dijo Milo, sirviéndose una generosa cantidad—. Mantienes la misma línea desde hace veinte años.

—Muy amable, pero no nos conocíamos hace veinte años. —Dio un sorbo—. Echo de menos aquella época, la verdad; las cosas eran más sencillas. La sociedad no era tan compleja y las operaciones policiales no eran cuestiones cosméticas ni se malograban por filtraciones.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Y qué le has dicho al alcalde?

—Poca cosa. Que todo estaba muy verde aún. Tengo que llamarlo luego.

La puerta se abrió de forma abrupta y el inspector jefe irrumpió hecho un basilisco.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —espetó—. Habíamos quedado en que mantendrías cerrado el pico y, ¿qué haces tú? ¡Echar por tierra nuestra estrategia! Ya lo tenía atrapado, Malart, estaba a punto de reconocer que había prendido fuego a la víctima y va y nos sales con la chorrada del dichoso festival.

Milo bebió un largo sorbo de café.

—Todo esto despide un tufo a cabeza de turco que apesta —repuso.

—Y lo dice alguien que se basa en la descripción aportada por un indigente lunático y medio alcohólico —se mofó Singla—. ¡Esto sí que apesta!

—Inspector jefe —intervino Susana Cabot—, ¿qué van a hacer con el sospechoso?

—Mantenerlo detenido todo el tiempo que nos permita la ley mientras investigamos su coartada y cerramos los cabos sueltos.

—Para guardar las apariencias y tener a la prensa contenta

con un hueso al que hincarle el diente —dijo Milo—. Os vais a caer con todo el equipo. Estáis avisados. Tenéis a un inocente, y por más que os empeñéis no habrá forma humana de convertirlo en culpable.

—¿Insinúas algún tipo de conspiración, que todo esto es una cortina de humo para desviar la atención de los medios?

—Lo único que digo es que yo lo dejaría libre y no complicaría más el asunto.

—Y tú qué sabrás —soltó, con desdén—. Lo que te revienta es que hayamos detenido a ese tipo porque arruina tu teoría del Verdugo de Gaudí. Después de todo el lío que has montado, tu ridículo será mayúsculo.

Milo apretó los labios. La taza de café que sostenía comenzó a temblar.

—Jefe, Félix Torrens todavía está en manos de ese psicópata. Es un hombre mayor y su capacidad de resistencia sin alimento ni bebida se verá mermada por la edad. Hoy se cumplen cinco días de su desaparición y nos hallamos en un punto muerto. En mi opinión, esta madrugada aparecerá colgado y ardiendo en algún edificio de Gaudí. Es lo que se deduce después de analizar los vídeos, lo que me dicta mi... —chasqueó la lengua—. Da igual. Jon Grau no tiene nada que ver con el asesinato ni con el secuestro. Las pruebas en su contra son circunstanciales, no demuestran nada. Solo es un aprendiz de guerrillero, no tiene la inteligencia ni encaja en el perfil. No puede ser él.

—Eso lo deduces tú, ¡lo dices tú! ¡El resto del Grupo no comulgamos con tu teoría!

—Señores, no perdamos los nervios —apaciguó la jueza—. Inspector jefe Singla, ¿ha pensado llevar a cabo un despliegue esta noche por los lugares Gaudí ante la eventualidad de que el inspector Malart esté en lo cierto? Al fin y al cabo, la detención del sospechoso es por el asesinato de Eduard Pinto. De momento, nadie lo acusa del secuestro de Félix Torrens. Es decir, que el despliegue sigue estando justificado. ¿Me equivoco, inspector jefe?

—No, no se equivoca, jueza —admitió Singla, renuente—. Sin embargo, le recuerdo que la fiscalía sigue sosteniendo que se trata

de una fuga, no de un secuestro. Y por otro lado, hay más de dos docenas de posibles escenarios. Lo que me pide es...

—Y yo le recuerdo que ahora no está usted hablando con el fiscal anticorrupción —interrumpió ella—. Dejemos aparte las obras menores y concentrémonos solo en los más emblemáticos. ¿Sería posible realizar ese despliegue alrededor de, digamos, la media docena de edificios más significativos?

—Sí, sería posible, pero también una pérdida de tiempo. Lo que afirma el inspector Malart es muy improbable que...

—Hágalo, no se hable más —zanjó Susana Cabot, con firmeza.

Singla arrugó el rostro en una sonrisa macabra. Se encaró con Milo.

—Si esto sale mal, figura, te quedas en la calle.

Milo iba a replicar cuando la cabeza del inspector Cervera asomó por la puerta.

—Jefe, el agente de la entrada comunica que se está formando una aglomeración de antisistema frente a la comisaría con ganas de armar follón. Son más de un centenar gritando consignas para obtener la libertad del detenido, y el abogado acaba de sumarse a ellos y amenaza con tensar las cosas. Ah, y vienen acompañados por varios cámaras de televisión.

Singla apretó los dientes.

—Te lo acabo de avisar —dijo Milo, la voz queda—. El asunto ya se ha complicado.

15

—Se está armando una buena.

—¿Y qué esperabas? —dijo la jueza—. Hoy es martes y 13. Nada puede salir bien.

Ambos contemplaban los disturbios desde la ventana de la sala. Al principio, el centenar largo de jóvenes vestidos con estética okupa se había limitado a gritar proclamas, a agitar alguna pancarta, y a proferir insultos contra las fuerzas del orden. Sin embargo, de repente se les habían añadido una docena de individuos embozados con pañuelos negros, armados con piedras y trozos de adoquines, y la algarada se había desmandado. Con los primeros lanzamientos, los agentes del exterior se habían refugiado en la comisaría; pero con la segunda andanada, una unidad de antidisturbios, protegidos con cascos y escudos, salió en tromba del edificio para dispersar a los manifestantes al tiempo que varios furgones con más unidades frenaban con estrépito frente a la Central y bajaban a toda velocidad para acordonar la zona. Los cámaras de varios canales de televisión, tanto autonómicos como estatales, tomaban imágenes de las carreras y los enfrentamientos situados a ambos lados de la calle. El tráfico de Travessera de les Corts había sido cortado por la Guardia Urbana desde la calle Entenza hasta Numancia, impidiendo el paso tanto a vehículos como a viandantes, mientras un dispositivo especial los obligaba a rodear la zona y convencía a los curiosos de que se alejaran. Un encapuchado, con el rostro oculto bajo un pañuelo negro, extrajo de una mochila una botella con un trapo en el gollete, lo encendió y, mientras lo jaleaba el resto de *blackbloqueros*, arqueó el brazo para lanzarlo contra la fachada acristalada. El cóctel molotov impactó contra la puerta de la comisaría, provocando que una lluvia de llamas cayera sobre el último retén de agentes, quienes se

apartaron a tiempo de evitar que el fuego prendiera en sus ropas. Bajo la dirección de varios de los embozados, nuevos cócteles fueron arrojados, lo que obligó a salir del edificio a más fuerzas antidisturbios, armadas esta vez con rifles de balas de goma. Se situaron en formación y, sin dejar de avanzar, apuntaron al suelo y comenzaron a disparar. Aquello produjo una dispersión general; pero al instante, imitando las evoluciones de una bandada de estorninos, volvieron a reagruparse en una coreografía ensayada, donde cada manifestante sabía cuál era su papel y se empleaba a fondo en la tarea encomendada.

Rebeca entró en la sala de descanso y fue directa a un monitor de televisión.

—Creo que deberían ver esto —dijo, pulsando el botón de encendido. Sintonizó el canal Telecinco—. Es el programa *Las mañanas de Julia* y Mauricio Navarro vuelve al ataque.

Ambos se alejaron de la ventana y miraron la pantalla.

El agraciado rostro de Julia Valle apareció hablando en primer plano, con un tono de voz que pretendía denotar dignidad, sobre los últimos acontecimientos que estaban teniendo lugar en la Ciudad Condal. A continuación, como lamentándolo, le pasó el protagonismo a un Navarro serio, la expresión severa, que en un plano medio exhibía su impoluto pelo ondulado mientras se acariciaba la perilla blanca.

—En efecto, Julia —dijo con su voz algo aflautada—. Según me informa nuestro colaborador en Barcelona, en estos momentos se está produciendo un grave enfrentamiento entre las fuerzas del orden y un reducido grupo de manifestantes antisistema como respuesta a lo que este colectivo considera una injusta detención de un joven okupa. ¿Tenemos la conexión? Adelante, Sergio. Te oímos. ¿Sergio?

La pantalla mostraba unas imágenes borrosas, tomadas a la carrera, mientras el tal Sergio corría para ponerse a salvo de pedradas, cócteles molotov y balas de goma.

—¿Puedes contarnos lo que está sucediendo? —insistió el periodista—. ¿Sergio?

El rostro angustiado de Navarro aparecía en un recuadro en la

parte superior derecha de la pantalla; el resto lo ocupaban unas imágenes difusas, como el pavimento de la calle tomado de medio lado y a trompicones, que hablaban por sí solas.

—Lo siento, Julia, de momento no podemos realizar la conexión —señaló Navarro con cierto ahogo, como si hubiera corrido entre los disturbios—. Son los riesgos del directo, como bien saben nuestros telespectadores. —Sonrió con afectación—. Lo que sí te puedo comentar es que la detención del sospechoso de haber cometido el terrible crimen de Eduard Pinto se ha producido esta madrugada. Se trata de un joven de diecisiete años, sin trabajo, que ocupaba una casa abandonada en el barrio de Sants. Según fuentes bien informadas, en dicha vivienda se ha encontrado un auténtico arsenal de armas, además de pruebas evidentes de haber sido el lugar donde la víctima fue retenida contra su voluntad. El joven detenido presenta un largo historial de agresiones, que incluyen intentos de violación, asaltos a mano armada y otros delitos, y se le tiene por el cabecilla de una peligrosa banda de delincuentes que, amparados tras el colectivo antisistema, vienen asolando varios barrios de la ciudad.

—¿Qué coño está diciendo? —soltó la jueza, asombrada—. No tiene diecisiete años, la detención no se produjo en Sants, en la casa no se mantuvo a nadie encerrado y ni había armas ni esos son sus antecedentes. ¡Todo es una sarta de mentiras! ¿De qué habla?

—Es lo que este tipo entiende por «fuentes bien informadas» —dijo Milo.

—Es lamentable, Mauricio —comentó Julia Valle con tristeza —. La juventud de hoy en día ya no respeta casi nada. Me refiero a una parte de la juventud, claro —añadió con risita nerviosa—. En el fondo, son víctimas de un sistema que les ha negado las oportunidades.

—Tienes razón, Julia —intervino Navarro. Un plano medio de ambos dejó bien patente la tirantez que existía entre ellos—. Pero estarás conmigo en que ante un individuo de esta calaña, con su falta total de conciencia, no se puede andar con medias tintas. Si tal como indican las pruebas es el autor de tan execrable asesinato, debe ser castigado por la ley con la máxima dureza. Ahora lo

importante es que las fuerzas de la investigación verifiquen de inmediato su autoría, no vaya a ocurrir como la otra vez, con el Asesino del Parking, que se equivocaron de hombre y el error acabó desencadenando la muerte de una mujer inocente.

—¡Por Dios, Mauricio! —exclamó Julia Valle, estremecida—. Confiemos en que esta vez las fuerzas autonómicas hayan acertado a la primera.

Milo resopló con rabia contenida.

—Jueza, ¿de verdad no puedes empapelar a ese tiparraco?

—Voy a estudiarlo a fondo, a él y al florero que lo acompaña —señaló Susana Cabot—. Hay cosas que traspasan el límite del periodismo y esto roza la difamación.

—¿Solo la roza?

—Por mi larga experiencia en la crónica negra —dijo Navarro, engolando la voz—, las investigaciones sobre asesinos en serie, y todo apunta a que este es el caso, suelen dejar al descubierto el lado oscuro de la policía.

—¿Lado oscuro? —preguntó Julia Valle, fingiéndose escandalizada. Juntó las manos en actitud de plegaria y se las llevó a la boca al tiempo que lo miraba con atención. Su media melena le cayó a ambos lados del rostro—. ¿A qué lado oscuro te refieres?

—Me refiero a la incompetencia, la burocracia, las oportunidades fallidas, los prejuicios raciales, de género o de clase —bajó la voz una octava—, y otras anomalías que pueden retrasar la investigación y, en ocasiones, permitir más asesinatos. —Hizo una pausa para que la audiencia percibiera el esfuerzo que le costaba pronunciar sus palabras—. Querida Julia, no es plato de mi gusto afirmar que la policía a menudo se muestra reticente en admitir que ha identificado a un asesino en serie debido a la inmediata presión que recae sobre ella para capturarlo con la rapidez que asegura. Pero no hago sino reflejar la cruda realidad, y en ningún caso pretendo menoscabar el esfuerzo de los policías, abnegados en su mayor parte, que llevan a cabo una labor encomiable.

La cámara enfocó las graderías del plató, donde un público mayoritariamente compuesto por personas de la tercera edad y

amas de casa asentía con desagrado.

—Mauricio, dinos. ¿Podremos contar para el próximo programa con la presencia de los padres de ese joven descarriado? Su testimonio tiene gran interés para nuestro público. ¿O no, señoras y señores? ¿No les gustaría conocer de primera mano cómo se gesta un monstruo, saber qué opinan sus pobres padres, el calvario que habrán debido de padecer? Estoy convencida de que su versión será desgarradora.

Un rumor de voces afirmativas se alzó en el plató.

—Trabajamos en esa dirección, Julia. Pero eso será el jueves. En este instante, y como no hemos podido establecer conexión con nuestro reportero, vamos a ir un paso más allá y realizar en riguroso directo una llamada a la Comisaría Central de los Mossos d'Esquadra de Barcelona —anunció un pletórico Navarro, los ojos brillantes—. En nombre de la audiencia, voy a interesarme por la situación y a pedirles una entrevista con el detenido.

—¿Crees que es oportuno, Mauricio? —objetó Julia Valle, sin mucha convicción—. Por lo que nos han mostrado las imágenes, ahora están muy ocupados con los disturbios.

—Soy un ciudadano libre que paga sus impuestos y ellos están al servicio del público —proclamó, con tanta fuerza que el cabello ondulado le cayó sobre la frente—. ¡Una exclusiva para nuestros telespectadores! Damas y caballeros, por favor —dijo, dirigiéndose a los presentes en el plató—, guarden silencio para que pueda efectuar la llamada. —Se llevó un dedo a los labios mientras de fondo se oía la señal de comunicación—. Silencio todos, de un momento a otro voy a hablar con la policía autonómica de la capital catalana.

Milo pulsó el botón de apagado.

—No aguanto más —dijo—. Susana, o te encargas de él o lo haré yo personalmente.

—Y yo te echaré una mano —añadió la subinspectora Mercader, con fiereza.

Ambos se volvieron hacia ella, sorprendidos.

—¿Qué pasa? A mí también me hierve la sangre. ¿No puedo o qué?

A las seis de la tarde los miembros del GEHME se reunieron en la sala de revista. El inspector jefe Singla los había convocado para organizar el despliegue nocturno por los edificios de Gaudí. Horas antes, alrededor de las dos del mediodía, los disturbios frente a la Central se desvanecieron en el aire, como si alguien hubiera indicado que era hora de comer, y las aguas retornaron a su cauce después de la batalla con el resultado de dos agentes antidisturbios heridos leves, cinco antisistema detenidos, entre los que no se encontraba ninguno de los jóvenes embozados, y numerosos desperfectos en mobiliario urbano.

Con la impaciencia claramente dibujada en el rostro, Singla hizo un breve resumen de la situación, que provocó varios comentarios desaprobatorios, y a continuación le cedió la palabra a Toni Crespo, quien aguardaba impertérrito ante un mapa de la ciudad.

El sargento echó una ojeada a sus papeles.

—Siguiendo las instrucciones del inspector jefe —dijo—, nos concentraremos solo en los más importantes, dejando de lado las obras menores, como las farolas de la Plaza Real, los pabellones Güell y su reja en Pedralbes, el muro de la Casa Miralles y el parque Güell.

—Pero el parque no es una obra menor —señaló la subinspectora Mercader—. Si no me equivoco, también fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

—No toques los huevos, Mercader —gruñó Cervera—. Ya tenemos bastante con pasarnos la noche en vela por la maldita idea de tu compañero.

—Tienes razón, subinspectora —concedió Crespo—, pero no se trata de un edificio y, dada su extensión, someterlo a vigilancia requeriría un número muy abultado de agentes.

—La jueza ha sugerido que nos limitáramos a los edificios más significativos y eso es lo que vamos a hacer —declaró Singla —. Ni uno más.

—Y espero que ni uno menos —agregó Milo.

Singla no se molestó en contestar. Hizo un gesto a Crespo para que prosiguiera.

—Descontando el parque, nos centraremos en los edificios de la ciudad que la UNESCO consideró más emblemáticos. La Sagrada Familia, la Casa Vicens, la Casa Batlló, el Palau Güell y la Casa Milà. Al respecto de esta última, no creemos que nuestro sujeto repita escenario, pero debido a su cercanía con la Casa Batlló es fácilmente controlable por el mismo equipo.

—¿Y cómo nos vamos a repartir esos cinco edificios? —quiso saber Sena.

—Por barrios —dijo el sargento.

Milo despertó nuevas protestas al afirmar que en aquella lista faltaban varios que eran lo suficientemente famosos como para ser escogidos por el asesino para causar el efecto mediático que perseguía.

—Eres un pesado, Malart —soltó Bachs—, más pesado que una mala digestión. ¿Podríamos acabar de una vez con este asunto? Crespo, dime cuál me toca vigilar y punto. Me gustaría ir a casa a dormir un par de horas; algunos tenemos familia y de vez en cuando es bueno que te vean la cara, para que no piensen que un desconocido ha asaltado la casa.

—Inspector Malart, ¿a qué edificios te refieres? —preguntó el sargento.

—La Casa Calvet, la torre Bellesguard, el colegio de las Teresianas y la Casa Clapés.

—Pero eso hace un total de nueve —indicó Rojo—. Son demasiados para tres equipos, no podemos abarcarlos.

—Sí, si cada equipo se hace responsable de un barrio, como ha dicho Crespo.

El sargento repasó sus papeles. Luego, se acercó al mapa y dibujó tres círculos.

—Los nueve edificios están en tres distritos. En este círculo que engloba el barrio de Gracia —señaló el centro norte del mapa, el distrito 6—, se hallan la Casa Vicens y la Casa Clapés. La primera en la calle Carolinas y la segunda en Escorial. No están muy separadas.

—Adjudicado —se apresuró a decir Bachs—. Nos lo quedamos Víctor y yo.

A continuación, Crespo indicó el círculo que había trazado al norte de la ciudad.

—En el distrito 5, en el barrio de Sarrià y Sant Gervasi, está el colegio de las Teresianas, en la calle Ganduxer, y la torre Bellesguard en la calle del mismo nombre. En este caso tampoco hay mucha distancia entre ellos.

—¡Nuestro! —exclamó Cervera—. Rojo y yo nos encargaremos de esos dos edificios.

—El último círculo es el más grande —dijo el sargento, observando de soslayo a Milo—. Acoge el distrito 1, al sur de la ciudad, donde está situado el Palau Güell, y el distrito 2, en el centro, donde se hallan la Sagrada Familia, la Casa Milà, la Casa Batlló y la Casa Calvet. Ocupa dos barrios, la Dreta de l'Eixample y Ciutat Vella. Cinco edificios en total.

—Ya veo —murmuró Milo.

—Tú te lo has buscado, por abrir la boca —dijo Bachs, incorporándose—. ¿Alguna cosa más, inspector jefe, o podemos levantar ya la reunión?

—Eso es todo —dijo—. No confío demasiado en este asunto, pero por si acaso abrid bien los ojos. Si descubrís algún movimiento sospechoso, llamad pidiendo refuerzos. No quiero bromas, ¿entendido? A ver si al final Malart va a tener razón y el sujeto se nos escapa porque alguno de vosotros se queda dormido. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua, jefe. Atentos y bien despiertos.

Los inspectores comenzaron a circular hacia la puerta.

—La hora más delicada es poco antes de amanecer —les informó Milo—, cuando la ciudad duerme a pierna suelta y apenas hay tráfico.

Ninguno le prestó atención. Abandonaron la sala seguidos por Singla.

—Lo siento, inspector —dijo Crespo—. Te ha tocado la parte más grande del pastel.

Milo se encogió de hombros mientras intercambiaba una

mirada con Rebeca.

—Si quieres, yo me puedo encargar del Palau Güell —agregó el sargento—. Son demasiados edificios para un solo equipo.

—¿Y perderme la diversión de las Ramblas en plena madrugada? No, déjalo, Toni. No hay mucha diferencia entre cuatro o cinco edificios. ¿No opinas lo mismo, subinspectora?

—¿Ahora tienes tiempo para hablar conmigo? —dijo Rebeca, sin moverse del asiento.

Milo hizo una mueca.

—¿Lo ves, Toni? Voy a ir muy bien acompañado. Va a ser una fiesta.

Navarro entró en el ático dúplex y lo primero que hizo fue encender las luces, soltar las llaves en el aparador Luis XIV, y dejarse caer en uno de los cómodos sofás de la planta de abajo. Se sentía exhausto. En el avión había tenido la mala pata de compartir asiento con una mujer que lo había reconocido, y durante todo el vuelo lo había acribillado a preguntas sobre Julia Valle. Quería saberlo todo sobre ella. Y si algo le ponía nervioso era que lo interrogaran acerca de aquella analfabeta. Se libró como pudo de la admiradora y se sumergió en la lectura de los índices de audiencia. Lo había logrado de nuevo. Gracias a su «Crónica en negro», el programa había liderado una vez más los *shares* de la franja horaria matinal, dejando muy atrás a las otras cadenas. Satisfecho, comentó a la cotorra del avión que, en los próximos premios que entregaba una conocida revista, su nombre sonaba en las quinielas como principal candidato a llevarse el de periodista audiovisual del año. Sin embargo, tras aterrizar, el cansancio y la presión empezaron a pasarle factura. Ni siquiera el hecho de haber arrancado en directo a los Mossos d'Esquadra la promesa de una entrevista con alguno de los inspectores del caso, puesto que al detenido le había resultado imposible por imposición de la jueza encargada del sumario, le había evitado caer en un súbito desmoronamiento físico.

Ahora, recostado en un confortable sofá con vistas a una

Barcelona iluminada, sonrió pensando en la siguiente jugada. Él era un hombre de recursos, y ninguna jueza de tres al cuarto podría impedir que entrevistara al sospechoso si este era su deseo. Demasiado perezoso como para levantarse y preparar una copa, cerró los ojos mientras paladeaba su último éxito.

La BlackBerry que aún llevaba encima sonó de forma insistente. La extrajo con fastidio. Era un número desconocido, muy largo. Pese a ello, se la acercó a la oreja.

—Sí —dijo.

Al otro lado escuchó una respiración pausada. De fondo se oía el rumor del tráfico y una sirena que se apagaba en la lejanía acompañada por el ladrido de varios perros.

—¿Mauricio Navarro? —preguntó una voz rasposa, desagradable.

—El mismo. Pero oiga, ahora estoy demasiado cansado y no…

—Escucha —dijo la voz. A Navarro le sonó despellejada, en carne viva. Y el hecho de que lo tuteara le irritó. Pero algo le hizo no cortar la llamada—. Tengo algo que te interesa.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha conseguido mi número?

—Yo también tengo recursos.

El periodista se enderezó en el acto.

—Mire, no sé cómo ha logrado averiguarlo, pero le advierto que tengo muchas amistades en la policía y si intenta algo contra mí…

—Cállate. Tú y yo sabemos la verdad de tus mentiras. —Navarro empalideció de golpe—. Te ofrezco una exclusiva que no vas a rechazar.

Navarro procuró adoptar un tono de voz sereno, aparentar entereza.

—¿Está relacionado con mi «Crónica en negro»?

—Caliente.

—¿Tal vez con el Verdugo de Gaudí?

—Te quemas.

Comenzó a sudar. Lamentó no haberse preparado la copa. De pronto notaba la garganta seca, extremadamente seca.

—Le escucho con atención —dijo. Agarró lápiz y papel.

—Buen chico. Nos veremos el viernes, a las seis de la mañana.

—¿Tan temprano? Verá, no sé si...

—Yo mando, tú obedeces —lo interrumpió la voz—. ¿Lo has comprendido?

—¡Con quién se piensa usted que está hablando! —protestó Navarro, cada vez más nervioso—. ¡No estoy dispuesto a seguir esta...!

—Félix Torrens en su celda. Un vídeo.

El periodista abrió la boca y se quedó mudo. Su cabeza se disparó a toda velocidad.

—¿Estás ahí? —preguntó la voz, sin inflexión.

—¿Me está diciendo que lo tiene filmado? —Silencio al otro lado—. De acuerdo, el viernes —balbuceó—. ¿No podría ser el jueves? Incluiría su material en el programa y...

—Lo retrasarás al viernes. Julia lo entenderá.

El cerebro de Navarro maquinó la forma de lograrlo. ¡Tenía que hallar la manera!

—Muy bien, a las seis. —Se enjugó el sudor—. Háble me de esas imágenes.

—Félix Torrens brilla en todo su esplendor.

Tragó saliva. Imágenes en exclusiva del secuestrado. En cautiverio. Iba a ser una bomba. Tuvo que aplicar toda su experiencia para no dejarse llevar por el entusiasmo.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó.

—Montjuïc. Los jardines de Santa Madrona, junto a los arcos.

—Los localizaré, tengo suficientes rec... No se preocupe, allí estaré.

—Un minuto tarde y me marcho —avisó la voz.

—Seré puntual, descuide.

La voz calló unos segundos.

—¿Oiga?

—Sin trucos. Ni policía ni cámaras.

—Usted y yo solos —aseguró Navarro, pensando en un plan B —. Así será, tranquilo.

—Si desobedeces, tendrás problemas.

Iba a repetir que no habría nadie más cuando reparó en que

había colgado.

—¡La puta! —exclamó, dejando caer los brazos.

Notaba el corazón acelerado. Se levantó para prepararse una copa. Se sirvió tres dedos de un malta de veinte años que guardaba para ocasiones especiales. Lo apuró de un trago.

Se apoyó en el mueble bar y se contempló en el espejo.

—Mauricio —dijo a su imagen—, eres un tipo con suerte.

Acto seguido, se preparó otro whisky. Esta vez llenó la copa con varios cubitos de hielo y vertió una cantidad más generosa.

La alzó hacia su reflejo y se miró fijamente a los ojos.

—La diosa Fortuna está contigo, ¡eres un crack!

Bebió un largo sorbo y salió a la terraza. Se puso a cavilar sobre cómo convencer a Julia para retrasar su sección al viernes. Pan comido. Le soltaría alguna excusa y asunto resuelto. Por supuesto, no le contaría nada sobre aquel vídeo. Ya se podía imaginar la cara de esa chismosa cuando lo mostrara en directo. Y después del programa, seguro que la cadena le ofrecía uno en *prime time*. ¡Saldría en portada en toda la prensa, abriría todos los telediarios! La repercusión sería enorme, estaba convencido. Apartó el tema y se concentró en la cita con el desconocido de la voz rota. Desde luego, no pensaba acudir solo. Ese tipo estaba loco si creía que iba a obedecer sus órdenes al pie de la letra.

—¿Quién se cree que soy, su esclavo? —preguntó a la noche estrellada.

—Quiero volver a echar un vistazo al vídeo que filmó el asesino —dijo Milo. Rebeca, sentada en el asiento del acompañante, guardó silencio—. Creo que se me escapó algo, me quedé dormido. Fue antes de la reunión del pasado viernes, ¿recuerdas?

La subinspectora Mercader no respondió.

Estaban aparcados en un vado a treinta metros del Palau Güell. Desde allí podían vigilar la entrada sin apenas obstáculos. Un voluminoso 4×4 les tapaba parcialmente la vista.

—¿Te pasa algo? Llevas toda la madrugada sin abrir la boca.

Una mujer de piel negra, vestida con minifalda roja y zapatos

de tacón alto, se introdujo en el estrecho zaguán de un portal al otro lado de la calle. La acompañaban dos jóvenes extranjeros medio borrachos. Empujó a uno contra el lateral donde resaltaba el color blanco del portero automático. Mientras le desabrochaba la bragueta, palpó con descaro el paquete del otro, quien cerró los ojos al tiempo que esbozaba una sonrisa alelada. La mujer inclinó la cabeza sobre la entrepierna del primero. Con habilidad, sin cambiar de postura, repitió la operación con la cremallera del segundo.

—Hablando de bocas —dijo Rebeca, señalando la escena con la barbilla.

—Los muy imbéciles se van a encontrar un regalito.

—Todos los hombres vais con la lengua fuera —criticó, desdeñosa.

—¿Me incluyes?

Rebeca se limitó a soltar un bufido.

—No me extraña que mucha gente piense que el mercado de la Boquería se llama así por las felaciones que se practican en su perímetro —dijo—. Me parece bochornoso.

—Díselo al alcalde. Si ahora viniera por aquí, nos pondría una multa por aparcar en un vado; en cambio, a esos dos turistas les daría una palmadita en la espalda, les preguntaría si todo estaba a su gusto, y luego les desearía una buena estancia en nuestra bonita ciudad.

—Y esperaría a que terminaran, para luego detener a la mujer por no tener papeles.

Milo asintió con un gesto.

—Lo que me sigue dejando perpleja es que el conde Güell, todo un magnate de la época, eligiera una zona de la ciudad tan poco señorial para encargarle a Gaudí que levantara su casa familiar en una calle como esta, llena de orines, suciedad y puterío. No lo entiendo.

—Quizás a finales del siglo XIX las cosas eran diferentes por aquí —aventuró Milo.

—No creo. Mi padre me contó que enfrente del palacio había un conocido local de mala nota, el Edén Concert, que subsistió

hasta los ochenta. Esto era el Barrio Chino hasta no hace mucho, un lugar plagado de burdeles.

—Tu padre está muy bien informado, ¿a qué se dedica?

—Es galerista, ¿por qué? —preguntó ella, cortante.

—¿Dónde tiene la galería?

—En Consejo de Ciento. ¿A qué vienen estas preguntas?

—¿No puedo interesarme por tu familia?

La subinspectora Mercader se cruzó de brazos y volvió a fijar la vista al frente.

—¿Por qué no cambiamos de ubicación? —propuso, con tono seco—. Aquí no pasa nada y el bochorno me está ahogando. Vayamos a otro sitio para que entre un poco de aire.

—Como quieras —dijo Milo. Arrancó el Volkswagen—. Iremos a la Casa Batlló.

Salió del vado y se dirigió al cruce para subir por las Ramblas hasta el paseo de Gracia.

—¿Y por qué no a la Sagrada Familia?

—Ya está vigilada por el dispositivo de seguridad.

Circularon en silencio. Observaron el bullicio del paseo más famoso del mundo. Fuera la hora que fuese, en las Ramblas siempre había animación, gente subiendo y bajando. Las familias y parejas eran sustituidas, a aquellas horas, por una variopinta fauna humana. Lateros, prostitutas, jóvenes de fiesta, sin papeles, turistas en busca de aventuras fuertes, agentes de la Guardia Urbana, mendigos, vendedores de droga. La fisonomía de la avenida era la misma, pero el ambiente cambiaba como de la noche al día. Era un lugar camaleónico y no era de extrañar la fascinación que provocaba entre los foráneos.

—¿Y la Casa Milà?

—Es poco probable, dispone de otros lugares. —Se detuvo en un semáforo—. Y la Casa Calvet no es tan popular. Yo me centraría en la Casa Batlló y el Palau Güell. La primera, porque está situada en la milla de oro de Barcelona. —Se puso de nuevo en marcha—. Y respecto al segundo, es el más lógico. Allí es donde la sanguijuela de Félix Torrens dirigía el Circulo Gaudí. Si el asesino quiere dar un escarmiento, es el lugar más adecuado. Justicia poética.

—Pues da media vuelta y regresemos —indicó Rebeca con un suspiro.

—Da igual. Demos una ojeada a la Casa Batlló y ya veremos. No podemos estar en dos sitios a la vez. —Se volvió hacia ella—. ¿Tú crees en mi teoría?

La subinspectora puso cara de póquer. De improviso, sonó el *walkie-talkie* que portaba en su cintura y ambos se llevaron un sobresalto. Se lo acercó a la boca con rapidez.

—Mercader.

—Aquí Bachs. Son las cuatro y media y nada, sin novedades —dijo, mordaz—. Corto.

Milo dio un acelerón y apretó las mandíbulas. Poco después, aparcó en Aragón con paseo de Gracia, en la esquina opuesta a la Casa Batlló. Apagó las luces y dejó caer las manos.

Contemplaron el estrecho y singular edificio, la forma ondulada de la fachada en sentido ascendente, revestida con cerámica de varios colores siguiendo la técnica del *trencadís*, que consistía en aprovechar materiales de desecho. Destacaban las columnas con forma ósea y las representaciones vegetales, así como los antifaces de hierro en los balcones de las tres plantas superiores. La azotea estaba culminada por una bóveda recubierta con cerámica vidriada en forma de escamas, en tonos amarillo, verde y azul, que recordaba el lomo de un dragón, y a un lado se elevaba la gran cruz gaudiniana de cuatro brazos.

—Este sería un lugar idóneo —comentó Rebeca.

Milo cerró los ojos. Empezaba a temerse que la madrugada iba a terminar en un sonoro fiasco. Al fin y al cabo, ¿en qué se basaba? ¿En su intuición, en su olfato? ¿Qué crédito le merecía cualquiera de los dos? Todo empezaba a resultarle absurdo, figuraciones de una mente demasiado errática.

—Un hombre de su edad no puede aguantar cinco días sin beber agua —murmuró—. Es imposible. —Abrió los ojos—. ¿Sabes lo que esto significa? —Ella aguardó, tensa—. Que me he equivocado en todo.

—Todavía queda tiempo antes de que amanezca.

Milo se refugió en un silencio cerrado. Fijó la mirada en el

edificio y permaneció quieto, con los brazos cruzados. A su lado, Rebeca se acomodó en el asiento.

—¿Por qué te hiciste policía? —preguntó.

—¿Y tú? —replicó él, hosco—. ¿Qué hace la hija de un galerista llevando pistola?

—¿De verdad quieres saberlo? —No contestó—. Está bien. En casa me animaron a hacer Bellas Artes, pero yo preferí la acción. Me va más el rollo buenos y malos. El arte no tiene futuro; las fuerzas del orden, sí. Tu turno.

Oyeron el sonido del *walkie-talkie*.

—Aquí Cervera. Las cinco en punto y nada, sin novedades. —Su voz resonó burlona—. Perdón, dos monjas del colegio de las Teresianas han sacado varias bolsas de basura y las han echado al contenedor de reciclaje equivocado. ¿Procedemos a interrogarlas? Corto.

Milo inspiró lentamente, uno, dos, tres segundos, y expulsó el aire con fuerza.

—Van a estar así toda la madrugada —dijo Rebeca—. Son unos idiotas, no les hagas ni caso. —Se sentó sobre una pierna y se volvió hacia él—. Según mi padre, juntas a dos hombres y solo se habla de coches, tías y fútbol. Las mujeres, en cambio, podemos charlar de cualquier tema, tenemos sensibilidad, inteligencia. Eso sí, al volante, en su opinión, somos un desastre. No veas cómo se pone mi madre entonces. Es profesora de dibujo en bachillerato y está muy orgullosa de su manera de conducir. Y algo de razón tendrá; las multas se las ponen a él, no a ella. Mi hermano, como no podía ser menos, se alinea con mi padre. ¡Hombres!

—¿Quién conducía? —preguntó Milo, sin cambiar de postura.

—¿Cómo dices?

—Tu hermano. Tuvo un accidente, ¿no? ¿Quién conducía, un hombre o una mujer?

—¿Qué es aquello? —dijo Rebeca de pronto, señalando el edificio.

En la acera se acababa de detener una furgoneta negra, con los cristales tintados, y dos individuos descendieron. Entre empujones, uno extrajo una cámara y empezó a disparar fotos al

otro mientras adoptaba toda clase de poses ridículas.

—Falsa alarma, dos turistas en plena juerga —gruñó Milo—. Solo buscan llevarse unas instantáneas de esta adorable ciudad.

—Lo dices como si Barcelona no fuera...

—Barcelona es un centro comercial —cortó Milo, irritado—. Todo está dirigido a obtener beneficios. Su objetivo son los clientes, de aquí o de fuera, y lo demás es secundario. Se sirve de sus ciudadanos en vez de servirlos, se ha olvidado de ellos. Y yo ya estoy harto de vivir en la planta de deportes, sección caza.

Rebeca observó su rostro contraído, la expresión de rabia, y no replicó.

De súbito, Milo encendió el motor y arrancó. Cogió por el lateral del paseo y, al llegar a la Gran Vía, torció a la izquierda hasta Pau Claris, donde, virando una vez más en la misma dirección, tomó por la calle Caspe hasta llegar a la esquina con Bruc. Allí se detuvo con un estrepitoso frenazo que lanzó a Rebeca contra el parabrisas.

—¿Se puede saber a qué juegas? —protestó.

La Casa Calvet, a diferencia de la Casa Batlló, apenas estaba iluminada. La fachada permanecía en penumbra. Con dificultad, vislumbraron sus balcones de hierro, coronados por cruces de forja, y la tribuna del piso principal, decorada con motivos vegetales y mitológicos. De estilo más barroco, estaba rematada por dos frontones, con profusión de temas florales y columnas salomónicas, culminada por maceteros de aire rococó en la azotea.

El tráfico era escaso y la calle estaba sumida en el silencio, desierta de peatones.

—Inspector, no lo tomes como algo personal —dijo Rebeca—. Son cosas que pasan.

Milo apretó el volante con fuerza y no abrió la boca. Clavó la mirada en un sitio indeterminado. Dejó pasar los minutos sin moverse. Entretanto, Rebeca se abanicaba con un periódico que había encontrado en el asiento trasero.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó él.

—Pararé si me cuentas por qué te hiciste policía.

—Tradición familiar. Y ahora, para ya de una vez.

La subinspectora devolvió el periódico a su sitio con un lanzamiento y se ganó su mirada de odio. Luego, volvieron la vista al edificio, cada uno rumiando para sus adentros.

—Esto es un jodido laberinto —musitó Milo, al rato—. Ya no sé por dónde tirar.

—Tienes que descansar un poco —dijo ella—. ¿Desde cuándo no pegas ojo?

—No me gusta tomar pastillas.

Observó la tribuna principal con gesto rendido. Sabía lo que iba a suceder si todo acababa en un fracaso. Cuando se mostraba eficaz, las cosas tenían sentido; un triunfo lo reafirmaba, le confería un valor. Pero si se revelaba ineficaz, multiplicaría por mil el peor sentimiento que nadie pudiera albergar contra sí mismo. Se precipitaría a una cueva oscura, y el autocastigo sería feroz. Despiadado. Una locura. La locura.

El *walkie-talkie* sonó de nuevo.

—Aquí Sena. Son las seis y en la Casa Vicens no se mueve ni una hoja. —De fondo oyeron las carcajadas de Bachs—. Está a punto de amanecer. No hay más novedades. Corto.

Milo hundió la barbilla en el pecho.

Minutos después, arrancó con suavidad y circuló lentamente de vuelta al Palau Güell. A su lado, la subinspectora Mercader desvió los ojos hacia la ventanilla.

—Si no llueve pronto, la temperatura va a convertir la ciudad en un infierno.

—Ya lo es —masculló Milo.

Entró por la calle Nou de la Rambla y aparcó en el mismo vado de antes. Abatido, apagó las luces y cerró el contacto. Se recostó en el reposacabezas.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó Rebeca, con cautela.

—Ahora nada. Esperaremos a que amanezca.

—¿Y luego?

Milo hizo un gesto de impotencia con las manos.

La mujer negra de la minifalda roja y los tacones altos hizo de nuevo su aparición en la calle, ahora acompañada por un hombre mayor y de barriga abultada. Se situaron en el mismo portal y ella

repitió la operación con idéntica indiferencia. A Rebeca le recordó la fría mecánica de un administrativo en la ventanilla de reclamaciones de Hacienda.

Sonó el *walkie-talkie* en el coche.

—Aquí Rojo. Amanece. Abandonamos la vigilancia. Corto.

—Mierda —murmuró Milo, al borde de la capitulación.

—Había que intentarlo, eso es todo.

El *walkie-talkie* irrumpió otra vez en el habitáculo.

—Aquí Bachs. El sol despunta sobre el horizonte. Cancelamos la guardia. Malart, te has cubierto de gloria. Corto.

—¿Qué decías? —preguntó Milo, en un hilo de voz.

—No le des más vueltas —dijo Rebeca—. Mañana será otro día.

—¿Mañana? Lo que tengo es el aquí y ahora. Mañana no existe.

Los tacones de la mujer negra resonaron en la calle en busca de un último cliente.

16

Se despertó. Las sábanas estaban llenas de arena y le picaba la piel. Se incorporó con dificultad. Solo vestía tejanos. En el suelo, vislumbró el resto de sus ropas, el arma y la placa. Pisó dos botellas de vodka, vacías. Caminó con paso inseguro hacia la cocina. Las baldosas ardían. Entró en el baño. Allí no había ninguna nevera. Abrió un grifo y se dobló para beber agua. Sabía a rayos. Al salir, se golpeó con el quicio y salió despedido un par de metros. Por fin, dio con el frigorífico y abrió la puerta. La intensidad de la luz le hirió las pupilas. Levantó una mano. Con la vista moteada por puntos iridiscentes, vio que se hallaba a oscuras. ¿Qué era aquel olor tan nauseabundo? Escudriñó el contenido de la nevera. Latas, conservas, productos envasados. Apestaban. Alcanzó una botella de agua y se obligó a beber un trago a pesar del hedor. Inclinado hacia atrás, contempló las grietas del techo iluminadas por el haz que surgía de alguna parte. Entonces oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha y se le escapó el envase. Tambaleándose, se preguntó qué hacía allí, dónde estaba.

Se apoyó en el mármol. Tenía sed, una sed acuciante.

Distinguió la botella cerca de sus pies y se agachó. Al llevarla de nuevo a los labios, comprobó que estaba vacía. La observó unos segundos. Beber, quería beber. Caminó un paso, resbaló sobre el charco, y se precipitó al suelo. El insoportable resplandor de la nevera le dio de lleno y soltó un grito de dolor, como si le hubiera abrasado la piel. Se abrazó a sí mismo y permaneció quieto. Cerró los ojos con fuerza, agradecido por el frescor que humedecía su espalda. *Te has equivocado*. Se apretó las piernas contra el pecho. *En todo*. Inspiró una bocanada de aire hirviendo. *No eres nada*.

Se quedó dormido.

El hombre era un señor de Barcelona. Cabeza despejada, gafas

de oscura montura fina y sonrisa forzada. Tejía una red de sesenta círculos rojos como sesenta disparos de bala. Como sesenta gotas de sangre. Igual que una araña, se agazapaba en una esquina aguardando a que una víctima cayera en la trampa. Muy cerca, un niño estaba de pie. ¿O era una niña? No lo distinguía con claridad. A su espalda, una inmensa hoguera lanzaba lenguas de fuego al aire, ondulándose enfebrecidas. La criatura no se movía, hipnotizada por el crepitar del incendio que devoraba todo a su alrededor. En la mano sostenía una sombra, y de su cuello pendía una soga. Las llamas la envolvieron. Pero el fuego no era rojo. Era negro. Y donde debían estar sus ojos, solo había dos cuencas vacías. Se giró hacia él y le clavó su mirada oscura.

Milo se despertó, la respiración entrecortada.

Vio la puerta de la nevera abierta, el suelo que se extendía a la altura de su rostro, las pelusillas de polvo que se amontonaban bajo los muebles de la cocina, por todas partes.

El aire era espeso, sofocante.

Se soltó las piernas, intentó incorporarse. A punto de perder el equilibrio, cerró el frigorífico y se sumió en una oscuridad completa. De fondo, muy distante, oyó el correr del agua. Salió al distribuidor y fue hacia el rumor que sonaba cada vez más cercano. Con las paredes como apoyo, llegó hasta el baño. De allí procedía el ruido. Sin encender la luz, palpó el toallero, el lavabo, y dio con el grifo abierto. Lo cerró con un movimiento lento, torpe.

Por fin el silencio.

Recorrió el camino inverso, de nuevo con las paredes como guía. Una vez en la sala, se dirigió a la terraza. Tropezó con una mesilla que lo lanzó de bruces contra la puerta. La persiana estaba bajada y forcejeó con la cinta para subirla. Pesaba una enormidad. Afuera, llenó los pulmones. Era de noche. Las farolas de la calle Atlántida iluminaban la plaza desierta. Se frotó los ojos. ¿Dónde estaba todo el mundo? A lo lejos distinguió algunas sombras caminando por el Paseo Marítimo. Contempló el mar, la mansedumbre de sus aguas. Unas olas pequeñas morían en la orilla, levantando un sordo murmullo que se repetía como un metrónomo, y aquella cadencia lo inundó de sosiego. Inmóvil, dejó

transcurrir los minutos.

Bajó la mirada y observó sus manos. Parecían estar muy separadas de él, a una distancia anormal. Fue de una a otra, sin comprender. Y lo mismo ocurría con los pies. Se hallaban muy abajo, no podía tratarse de los suyos. Tragó saliva y cerró los ojos. Solo eran figuraciones, seguro. Con la sensación de estar controlado por una fuerza extraña, tuvo miedo de abrirlos de nuevo. El cerebro podía jugarle malas pasadas, lo sabía de sobra. Pero ¿qué sabía en realidad? *No sabes nada*. Descanso, necesitaba descanso. Después de dormir unas cuantas horas lo vería todo más claro, recuperaría el equilibrio. *Has perdido el control*. No había nada como un sueño reparador. *Lo has perdido todo*. Abrió despacio los ojos, temeroso de lo que fuera a encontrar. Sus manos, los pies, estaban donde siempre. Respiró aliviado. Iba a sonreír cuando vio que el mar se había transformado en una llanura de fuego. En el centro, se erguía un árbol en llamas. Y por toda la planicie, se extendían cientos, miles de rosas ardiendo. Se quedó rígido, sin poder moverse. Aquello no podía ser real.

Entró corriendo. Se detuvo al observar las cajas de cartón apiladas en un extremo. ¿Dónde estaba? Aquel no era su piso, no reconocía los muebles ni la disposición de la sala. Con el corazón disparado, empezó a abrirlas como un poseso. Ropa, objetos de toda clase, papeles. Lo fue tirando todo al suelo. Nada era suyo.

Se dijo que tenía que salir de allí.

Anduvo hasta la puerta y entró en el dormitorio. *Aquí no es*. Vio su arma. La recogió, se la introdujo en la cintura, y salió en busca de otra puerta. *Te estás volviendo loco*. Puertas, todo eran puertas. Regresó a la sala. La recorrió con la mirada, sin saber qué hacer. *¿Por qué no acabas de una vez?* Se obligó a sentarse en el sofá, a razonar con calma. El arma se le clavó en la ingle. La extrajo y la contempló embobado. *Acaba de una vez*. La dejó caer. Se llevó las manos al rostro. Entonces notó otro pinchazo en los vaqueros. Era una caja de pastillas. Aplastada. Entre tinieblas, recordó a Janet Grau. No. Judit Grau. Tampoco. *Judit Gaig*. Sí, ella se la había dado. Para combatir la ansiedad.

La vació en el sofá y cayeron dos láminas plateadas junto a un

prospecto. Lo apartó a un lado y apretó uno de los blísteres. Cayó una pastilla. Se la metió en la boca sin pensarlo y se la tragó con un golpe de garganta. Indeciso, dudó si tomar otra. *Tómate la caja entera*. Repitió la operación con la segunda pastilla y se reclinó contra el respaldo. *Eres un cobarde*. Procuró quedarse en blanco, no pensar en nada. Se tendió a lo largo. Agarró un almohadón y lo estrujó contra el estómago. Empezó a contar. Mil uno, mil dos, mil tres. *Esto no ha acabado aquí*. Mil siete, mil ocho, mil nueve. *Nos volveremos a ver*. Mil doce, mil trece, mil catorce.

Las voces cesaron de repente.

Enlazó imágenes con ideas incoherentes. Él era invisible, y vivía en un continente escondido, de leyenda. Un lugar que quizá nunca existió. ¿Barcelona? No, la Atlántida. El arquetipo de la civilización ideal, el símbolo de un porvenir utópico. Un mundo basado en los principios de la razón y el progreso, con una Historia que contenía un mensaje moral acerca de una sociedad que, con la prosperidad, se había vuelto ajena y corrupta, desencadenando su destrucción por castigo divino. ¿La Atlántida? No, Barcelona. Un mito donde convivían víctimas y monstruos.

Resbalando por la espiral del sueño, reparó en que alguien lo observaba con fijeza. Su rostro le resultó familiar. Ojos de cervatillo asustado. Expresión desvalida, frágil. Se parecía a Marc. Pero era una niña, una niña desnuda con mirada de anciana. Y muy bella. Era un ángel con una estrella de cinco puntas en la cabeza.

Sin creer lo que veía, luchó por incorporarse. Fue inútil. Abrió la boca, indeciso, cuando un rayo de luz resplandeciente brotó de una de las manos de la figura pálida. En la otra, sostenía una paloma. La niña le retorció el cuello sin emoción. Pero en vez de sangre y vísceras, solo surgieron circuitos y elementos biónicos.

—El espíritu ha muerto —dijo—. Se acaba mi tiempo.

La niña apoyó el cuerpo roto de la paloma contra su pecho impúber y bajó los ojos.

—Barcelona lo estropeó todo —añadió, sin entonación.

El sol que se colaba por la persiana incidió en sus ojos. Se protegió con la mano. Cuando por fin logró enfocar la mirada, vio el desorden en la sala. Cajas abiertas, ropa por todas partes, la mesilla desplazada. Se enderezó hasta sentarse y apoyó los pies en el suelo. Pisó el arma. La contempló unos instantes sin entender nada. Trató de recordar lo que había pasado. Pero en su cerebro solo había una densa espesura. Contempló sin ver un punto indeterminado mientras procuraba regresar a la realidad. Un aire plomizo, irrespirable, se amontonaba en el ambiente.

Oyó un chasquido. Provenía de la puerta. Empleó unos segundos en darse cuenta de que alguien forcejeaba con la cerradura. Al cabo, con movimientos lentos y pesados, como si sus articulaciones fueran de barro, recogió el arma y la empuñó en dirección al ruido.

Aguardó. El cañón de la HK apuntando hacia el distribuidor.

Quienquiera que fuese, se iba a llevar una sorpresa.

Ladeó la cabeza para ajustar la vista en la mira.

Una mujer entró en la sala y se detuvo de golpe al verlo armado. Alzó las manos en un acto reflejo. Milo leyó las letras FORENSIC estampadas en azul sobre una camiseta gris y la reconoció mientras su mente pugnaba por asignarle un nombre. Por la expresión de su rostro, detectó el miedo.

—¿Vas a dispararme, inspector? —dijo la mujer, sin moverse.

Bajó el arma, la dejó en el sofá. Luego, se encogió sobre sí mismo y volvió a perder la mirada.

—¡A qué coño ha venido eso! —exclamó Rebeca. Echó un rápido vistazo alrededor y comprobó el desorden—. ¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

Milo murmuró una negativa sin cambiar de postura.

—¿No lo sabes? —se extrañó ella.

Negó con un gesto.

—Es como si hubiera pasado un huracán. —Se acercó hasta él

—. Oye, ¿estás bien? Llevas encerrado casi dos días, sin contestar los mensajes. Me tenías preocupada.

Milo curvó los labios hacia abajo y no abrió la boca. Notó un vahído en la cabeza.

—¿Desde cuándo no has comido? —preguntó ella, apartando con el pie unas camisas.

Milo separó las manos y movió el cuello.

—¿Qué..., qué día es hoy?

—Jueves, mediodía del jueves. Nos vimos por última vez el miércoles, después de amanecer, cuando te largaste tras pasar la noche juntos de guardia. ¿Lo recuerdas?

Sacudió despacio la cabeza.

—No me acuerdo de..., de nada.

Rebeca se sacó la mochila que llevaba a la espalda y la dejó con disimulo sobre la HK. Luego, lo contempló en silencio. Señaló la caja de pastillas.

—¿Cuántas te has tomado? —Agarró un blíster y contó los huecos. Dos. Vio que el otro estaba completo—. Con estas cosas no se juega, deberías saberlo.

Se giró hacia ella. Volvió a negar con un gesto desmadejado.

Rebeca observó su mirada turbia, la expresión ausente.

—Estás grogui. Pensaba que no te gustaba tomar pastillas.

Él asintió de forma titubeante.

—Las detesto —dijo, la lengua de trapo—. Me las dio la..., la loquera, y yo..., yo...

—Tienes que hacer un esfuerzo por recordar.

Ocultó la cara con las manos y cabeceó en silencio. Un instante y las dejó caer.

—El fuego era negro.

—¿Cómo dices?

Trató de poner orden en su cerebro. Tenía grabada la imagen de la niña.

—Ardía en llamas, la paloma era mecánica —balbuceó—. La tenía en la mano. El espíritu, el espíritu libre. —Desvió la vista—. Pero también era artificial. —Su rostro se desfiguró en una mueca de dolor—. Todo es una mentira, un invento. No es libre.

Levantó los ojos y Rebeca vio que traslucían espanto.

—El espíritu está muerto —añadió.

—Oye, para el carro. No sé de qué estás hablando pero me da igual. Lo primero que vas a hacer es tomarte un café bien cargado. Mientras lo hago, ¿por qué no abres las ventanas y ventilas un poco? Esto es un horno, y huele que apesta —dijo, dirigiéndose hacia la cocina.

—El fuego era negro —repitió, conmocionado.

La oyó trastear, decir algo sobre un charco en el suelo.

Permaneció inmóvil, sin fuerzas. Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Vio el escuálido cuerpo de la niña, la palidez de su piel. Su falta de emoción al retorcer el cuello de la paloma. Los abrió de nuevo. Contempló el techo, las sombras. Se fijó en una grieta que lo atravesaba de parte a parte. Quiso recordar si la había visto antes, pero enseguida hilvanó otro pensamiento. Notó el cerebro embotado. Se golpeó la frente con la mano abierta. Sacudió la cabeza y volvió a golpearse. No había forma de despejarlo. Caminó con paso inseguro hacia la terraza. Abrió las dos hojas de la puerta. Una brisa caliente entró en la sala.

—¿Te está sentando bien el café? —dijo Rebeca, sin perderlo de vista.

Apurando la segunda taza, Milo hizo un gesto afirmativo.

—Cuando te encuentres en condiciones, bajaremos a comer algo. Pero antes, te darás una ducha. La necesitas. No sé si me entiendes.

—No puedo salir a la calle.

Exudaba confusión por todos sus poros y Rebeca dejó escapar un suspiro.

—Tienes que contarme muchas cosas —dijo.

Ella había extendido el toldo y se encontraban sentados a la mesa de la terraza. Milo contempló la playa. Un día laborable de julio, la arena repleta de gente. Niños correteando de aquí para allá, jóvenes extranjeros con la piel requemada, vendedores ambulantes, mujeres orientales practicando masajes, tatuadores de

henna mostrando sus dibujos, los vigilantes subidos a sus torres metálicas. La normalidad de un día de verano.

Notó la cafeína surtir efecto. Comenzó a hervirle la sangre.

—Empieza tú —instó, arisco.

Ella se echó para atrás, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué lo haces? ¿Te prometieron un ascenso?

—¿De qué hablas?

—¿Te ordenaron que te ganaras mi confianza, convertirte en mi confidente?

—¿Cómo?

—¿A qué has venido? ¿No has obtenido ya bastante?

—Te juro que si no te explicas mejor no comprendo una palabra de lo que dices.

Milo señaló con la barbilla su camiseta, las letras FORENSIC estampadas.

—Debería poner ASUNTOS INTERNOS —dijo.

—Eso es un golpe bajo. ¿A santo de qué viene esto?

—¿Y tú me lo preguntas? Hablemos claro. Eres de Asuntos Internos y me estás investigando. Ignoro el motivo, pero es a lo que te dedicas. Eres una jodida fisgona.

Sus ojos brillaban de forma obsesiva, hostiles. Rebeca pestañeó atónita.

—¿Piensas que te estoy espiando?

—No te hagas ahora la inocente. ¿Qué buscas, un maldito atajo? Colaborar con ellos tiene sus ventajas para la carrera de una subinspectora.

—Sí, para los lameculos. Tú desbarras. ¿Yo, de Asuntos Internos? Qué gilipollez. ¡Ni en un millón de años! No llevo media vida preparándome en el Cuerpo y haciendo cursillos en el extranjero para acabar husmeando en los asuntos de mis compañeros. La cosa tiene guasa. —Cabeceó, incrédula—. ¿Crees que soy idiota o qué?

Milo entornó los párpados.

—¿No eres de Asuntos Internos?

—No, ni por asomo.

—¿Seguro? —insistió.

Rebeca le lanzó una mirada férrea.

—¿De dónde has sacado una idea tan absurda?

Milo no supo qué decir. Se frotó una de las sienes.

—No sé, tu insistencia sobre Bachs, la forma en que me has seguido estos días, tus preguntas... Todo me llevó a esta conclusión.

—Deberías hacerte mirar esa manía persecutoria tuya. En serio, inspector. No bromeo.

Milo hundió los hombros.

—Lo vi tan claro, todo encajaba.

—Las cosas no siempre son lo que parecen. Todos cometemos errores.

—Yo no. De este calibre, no. —Bajó la voz—. Sospecho de Bachs, de ti, de todo el mundo. He perdido el instinto, el norte. Empiezan los síntomas...

—¿De qué coño estás hablando?

—Lo estoy perdiendo todo. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Todo.

Ella levantó los brazos, exasperada.

—¿Más gilipolleces?

—Dudo hasta de mí mismo.

—Pues yo confío en ti. Aunque visto lo visto, a lo mejor también debería hacerme mirar la confianza.

Milo apretó los labios.

—Quizá sea hora de vivir con lo que tengo.

—¿Eso es sinónimo de que te das por vencido?

No contestó.

—Te estás castigando de forma injusta. Vale, tu teoría sobre la aparición del cuerpo de Félix Torrens fue un fiasco, ¿y qué? Podías haber acertado, era una posibilidad que tener en cuenta, factible. Pero de ahí a venirte abajo de manera tan fulminante, no sé, me decepcionas.

—Ponte a la cola.

—Exageras, eso es todo lo que digo.

Negó con un gesto.

—También me equivoqué con Bruno. Y contigo. Son demasiados errores.

—Entonces, ¿no piensas volver por la Central?

—¿Para qué? Singla, a estas horas, ya me habrá dado la patada. Me avisó. Y yo acepté el desafío. —La miró con fijeza—. ¿O no es así?

Rebeca se removió en la silla.

—Bueno, he oído algunas bromas pesadas en comisaría, ya sabes cómo se las gastan. Y ahora todo el mundo se felicita por la detención del sospechoso. No se puede decir que el jefe Singla esté especialmente deprimido.

—Vuelvo a estar fuera del caso. Es lo que me merezco, yo mismo me lo he buscado.

—¡Joder, Malart! —estalló—. ¡No te soporto tan manso! La verdad, te prefiero insolente y capullo. ¡Me enervas con toda esa..., con todo ese...!

—¿Realismo?

—¡Autocompasión! ¡Pareces un crío que se derrumba tras suspender un examen!

Milo inspiró sin energía.

—Me llamaron para resolver un caso y he fallado. Realidad número uno. Realidad número dos: mi trabajo en la Central ha terminado; no he sido eficaz y todo ha acabado en fracaso. Realidad número tres: no quiero volver por comisaría, ¿para qué? ¿Para aguantar bromitas y desprecios? Paso. La parte positiva de todo esto es que la loquera no fisgará más en mi cerebro, ya no tendré que regresar a su consulta. Algo es algo.

—Realidad número cuatro: vas a dejar con el culo al aire a tu jueza. Y te recuerdo que ella se mojó para que te readmitieran en el Grupo. ¿Eso ya no te importa?

—Hablaré con ella, lo comprenderá.

—¡Y un cuerno lo comprenderá! ¡Se sentirá tan traicionada como yo! Ese es tu realismo de mierda. Y todo por tu patética necesidad de autocompasión. ¡Das pena, tío! ¡Y sí, te llamo tío porque me sale de los ovarios!

La observó resoplar encolerizada. Aguardó unos instantes.

—Esto ya no es problema tuyo, chica dura. Se acabó. Ya no tengo el impulso, la ambición de continuar. El instinto. Necesito ocuparme de mi salud. Buscaré otro trabajo. Fin de la historia.

—¿Y cuál vas a encontrar? ¿Detective de una empresa de seguros?

—Te lo repito, no es asunto tuyo. —Hizo una pausa—. Estoy malgastando mi vida, perdiendo el tiempo, como si me estuviera traicionando. Y ya estoy harto. Debo buscar otro camino. El mundo está cambiando, el modelo de vida, de trabajo. No sé cómo será el nuevo, pero intuyo que yo, a este paso, no tendré cabida.

—Y el ritual nupcial de los somormujos es fascinante.

—¿A qué viene esto?

—A nada, igual que tu discurso.

Milo se incorporó de repente.

—Creo que debes marcharte. Agradezco tu confianza, pero ahora quiero estar solo.

Rebeca no se movió.

—¿No me has oído?

—Perfectamente. Pero no me voy de aquí ni tú vas a dejar de investigar.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque antes tenemos que hablar.

Milo cabeceó impaciente.

—No hay nada más que decir.

—Falta un asunto. —Se levantó con rapidez, entró en la sala y regresó al instante con la mochila—. Yo, de ti, volvería a sentarme. Te va a doler.

Rebeca abrió la mochila y extrajo una carpeta blanca. Milo, al verla, se desinfló.

—Y no vas a dejar de investigar porque antes tienes que leer estos papeles —dijo ella—. Son algunos de los e-mails y chateos que el sargento Crespo extrajo del portátil de tu sobrino. ¿O ya no quieres averiguar por qué Marc hizo lo que hizo?

Lívido, Milo tomó asiento muy despacio.

—Se metió en un asunto feo —señaló Rebeca al cabo de unos minutos.

El rostro de Milo fue cambiando de expresión a medida que avanzaba en la lectura de los archivos que Toni había copiado de la red de contactos de Marc en Facebook y Tuenti. La mayoría eran diálogos banales entre chicos y chicas preadolescentes, repletos de abreviaciones y expresiones soeces, con abundancia de chismes y bromas, referencias a monopatines de último diseño, y algunas menciones más o menos serias sobre temas como el aumento del paro, el cambio climático o la defensa de los animales. Marc había sido un muchacho tímido, poco dado a hacer amigos, y sus opiniones se limitaban a corear los comentarios más aplaudidos. En total, contando ambas redes, sus contactos no llegaban a medio centenar.

Sus e-mails, sin embargo, mostraban un Marc diferente, desconocido. En especial los que había intercambiado semanas antes de su muerte con una chica llamada Kata. Torturado por las dudas, oscuro, con un estado de ánimo por los suelos, configuraban una personalidad extremadamente negativa, en la antesala de una decisión tan desesperada como definitiva. Toni los había ordenado por fechas, y la cronología evidenciaba su progresivo descenso a los infiernos. «Llevo dos días potando, tía, no puedo más. La pasta mola, pero esa panda de viejos me revuelve las tripas. No sé con quién hablar, me siento perdido.» En respuesta a sus mensajes, la tal Kata había procurado calmarlo. «Tranqui, MM, ¿se te va la olla o ké? Piensa solo en la pasta, es lo único ke importa. No hagas chorradas y no se lo cuentes a nadie.» La réplica de Marc había sido contundente. «¿A quién? Nadie me ve en esta puta ciudad. Estoy solo. No soy nada para nadie. Mi familia es mentira.» «MM, me tienes a mí —había escrito Kata—. Yo te kiero.» Después de unos días de silencio, Marc había vuelto a confesarse asqueado, al límite de sus fuerzas. «Ya no es dolor, Kata, es que no puedo ni con mi alma. No vale la pena continuar, todo es muy chungo. No pienso volver.» Ella no había tardado en contestarle. «No puedes dejarme colgada, MM. Necesito la pasta. Solo tienes que cerrar los ojos y follarme, el resto lo hago yo. Échale huevos. A mí hasta me

pone. Kedamos en la plaza, en el banco de siempre. Me he puesto otro pincho en la ceja, vas a flipar.»

Apartó los papeles y elevó la vista al cielo. Le temblaban los labios.

—Es duro —murmuró Rebeca—. Los leí el lunes, sin querer, cuando me llamaste para que revisara las carpetas de tu cajón, y desde entonces trato de hablar contigo pero...

Se volvió hacia ella con rabia.

—¡Cuatro días! —rugió—. ¡Has tardado cuatro días en dármelos!

—Joder, intenté hacerlo antes, pero me diste largas, varias veces. No me hiciste caso.

—¡Debiste obligarme, maldita sea! —Agitó los papeles en el aire—. ¿Y la noche de vigilancia? ¡Estuvimos juntos toda la madrugada y no me explicaste nada!

—Te vi en baja forma —justificó—. Pensé que no era el momento y decidí esperar.

—¡Piensas demasiado, subinspectora! Dices que me viste en baja forma y me los entregas ahora, cuando estoy jodido. ¡El momento más adecuado, sí señor!

—¡Exacto, para despertarte de tu letargo! ¡Yo qué sabía cómo te iba a encontrar! Llego y te veo hecho polvo, diciendo tonterías sobre dejarlo todo... Quería que reaccionaras, ¡hablabas de renunciar! Por eso te he dado la dichosa carpeta blanca. Y lo siento si me he equivocado, pero contigo es muy difícil acertar. ¡Siempre vamos con el pie cambiado!

Milo la atravesó con la mirada.

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó.

—Depende. —Lo miró con desconfianza—. ¿Cuál?

—Preparar más café. Lo voy a necesitar.

Sin pronunciar palabra, Rebeca abandonó la terraza.

Milo volvió a los papeles.

«Te lo juro, Kata, hacerlo delante de todos esos mirones me da vomitera. Es como revolcarme en la mierda. Al volver a casa, solo quiero encerrarme en mi cuarto y tapiar la puerta. No volver a salir, para que nadie me vea.» «Porfa, MM. Esos viejos se cansarán

pronto. No me hagas la putada.» «No puedo, tía. Lo siento.» «He hablado con el dueño del parque y nos dará el doble. ¡MM, 1.000 euros por careto! No me falles, por tus muertos. Aguanta una vez más. Te kiero, te kiero, te kiero.»

Nervioso, pasó varias hojas hasta llegar a las dos últimas. El tono era otro.

Identificó las señales de entrar en barrena. Del final de la pendiente.

«No hay esperanza para mí. ¿Por qué esperar? Nada me sale bien. No me importa mi vida. Estoy cansado de disimular. Soy débil.» La respuesta de Kata había sido inmediata. «MM, eres un tío mierda. Si lo sé, se lo ofrezco a otro. Esto es un chollo y tú te cagas. Que te den, llorón. Olvídame.» Después de este mensaje, Marc había tardado dos días en escribir un nuevo e-mail. Por la fecha, supo que era el último. Puso fin a su vida esa misma tarde. Se imaginó lo que debió de padecer durante aquellas cuarenta y ocho horas. La oscura determinación mientras lo tecleaba. Lo leyó con el corazón en un puño. El texto era escueto, como una nota de suicidio. «Mi verdad es... Da igual. *Game over*, tía. Voy a daros una lección a todos. Os odio. Es jodido ser invisible. ¡¡¡Es que todo el mundo está ciego!!!»

El grito de angustia resonó en sus oídos. Dejó caer los papeles en la mesa. Luego, se recostó sobre ellos, entrelazó las manos y apretó los ojos.

Rebeca lo encontró en aquella postura. Apoyó la cafetera en el suelo y se sentó a su lado. Le besó en la cabeza, le acarició el pelo. Quiso consolarlo, decirle palabras de aliento. Pero incluso en los cabellos notó su esfuerzo por contenerse y guardó silencio.

—¿Por qué no me explicó lo que le sucedía? —Se enderezó. Clavó la vista a lo lejos, donde los niños se reían alborozados—. Podría haberlo ayudado. Éramos amigos, colegas. Nos teníamos confianza. Todo antes de... ¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué?

—Tal vez por vergüenza, era muy joven. Un chiquillo desbordado por un asunto que le vino grande. Los adolescentes son

así. Torrenciales en algunas cosas, y como tumbas en otras. —Alzó las cejas—. Lo siento, imagen desafortunada.

Se volvió lentamente hacia Rebeca, el rostro desencajado.

—Tengo que encontrar a esa Kata. Y hablar con ella. Hoy. Ahora.

—Pues ya me dirás cómo lo vamos a hacer. Solo tenemos su dirección electrónica y un apodo, que supongo viene de Catalina. ¿Le pedimos a Toni que averigüe su IP?

—No, no quiero liarlo más en esto. Podríamos mandarle un e-mail y citarla en la plaza.

—¿Con qué excusa? ¿Y en qué plaza?

Milo se llevó las manos a la cabeza.

—¡Malditas pastillas! —exclamó—. ¡No me dejan pensar!

Se levantó de súbito y golpeó con saña el faldón del toldo. Luego, anduvo de un lado para otro. Por último, se agarró a la barandilla y observó el pavimento de la calle.

—Inspector, mejor que te tomes las cosas con calma —dijo Rebeca.

—¿A quién coño se referirá con lo de «el dueño del parque»?

—Vete tú a saber. ¿Quizás al de atracciones?

Mantuvo fija la vista en las baldosas de abajo. Eran lisas, sin grabados; incluso veía los guijarros más minúsculos. Ideales para resbalar. A la que caían cuatro gotas, la gente patinaba de lo lindo. Él mismo había perdido el equilibrio más de una vez con el riego de las cuadrillas de limpieza.

—No te obsesiones. Ya se nos ocurrirá algo.

—Un momento —dijo. Ladeó el cuello hacia ella—. Esa Kata… ¿cómo llama a Marc?

—MM.

—O lo que es lo mismo, Doble M. —Se le iluminó el rostro—. Hace unos días conocí en la plaza Universidad a una chica que lo llamaba de ese modo. Era de su pandilla de *skaters*. Tenía un *piercing* en el labio superior y otro en… la ceja. Me acuerdo porque fue la única que se mostró afectada por su muerte, como si entre ellos hubiera habido una relación. No tendría más de trece años, catorce a lo sumo. Joder, y encima yo le di las gracias…

Cruzaron una mirada.

—¿Crees que puede ser ella?

—Voy a comprobarlo ahora mismo.

Entró en la sala sin perder un instante. Rebeca fue tras él.

—¡Escucha un segundo! ¡No puedes ir así, sin más!

Se paró en seco.

—¿Por qué no?

—Porque la vas a espantar con esa cara de mala leche. ¿Te has mirado al espejo? Asustas. Hagamos bien las cosas —dijo—. Primero, te das una ducha, te serenas un poco, y después nos vamos a comer algo. Luego, con tranquilidad, cogemos el coche y nos dirigimos a la plaza. Ah, y hablaré yo con ella. No quiero que la traumatices. Necesitamos tacto; y eso, inspector Malart, es algo de lo que careces.

Milo meditó un instante.

—¿Me tomas por un desaprensivo?

—Lo tuyo no son las distancias cortas —repuso, muy seria—. Son tus palabras.

Bajó la cabeza.

—De acuerdo, tú ganas. Me voy a la ducha.

—Perfecto, entretanto recogeré un poco todo esto. No soporto el desorden.

—Ni se te ocurra. Tú eres mi compañera, no la mujer de la limpieza. Ya lo haré yo en otro momento. —Se dio la vuelta para encaminarse al baño. De espaldas, agregó—: Y devuélveme la HK, te he visto esconderla en la mochila. Por cierto, nos la llevaremos con nosotros. Ya es hora de devolverla. Ah, y también esto.

Cogió un libro de los que estaban apilados junto a la entrada y se lo lanzó.

—Inspector. —Tomó aire—. ¿Estás bien?

—Como nunca.

Se observaron unos segundos.

—Me alegro de volver a verte —dijo ella.

17

Llegaron bajo un sol de justicia. Pese a ello, la plaza Universidad se hallaba en todo su apogeo. Varios extranjeros se cobijaban bajo la sombra de unos sauces mientras otros turistas, de más edad, sacaban fotos del lugar. El centro de la plaza estaba tomado por los jóvenes de los monopatines. Sus colegas, en el banco de granito, aplaudían las evoluciones o se mofaban de sus caídas. Un aparato de música, a todo volumen, atronaba rap.

Se detuvieron a cierta distancia. Rebeca le preguntó si veía a la muchacha y Milo, tras observar detenidamente, negó con un gesto. Acto seguido, propuso ir a sentarse al banco. Ocupó un extremo. Sin disimulo, se dedicó a estudiar los rostros de los jóvenes a pocos metros. Pronto, varios lo señalaron con desconfianza.

—¿No podrías ser menos descarado? Se te ve a la legua que tramas algo. El objetivo es no espantar al personal. Y oye, tu agresividad se percibe a dos manzanas. Desténsate.

—Subinspectora, ¿no te echarán de menos en la comisaría?

El reloj situado en la torre marcaba las seis y cuarto. Sabía que la espera iba a ser larga. Que la joven no se iba a presentar nada más llegar ellos. Apretó las mandíbulas con fuerza.

—En serio, inspector, relájate un poco. Vas a estallar.

—Marc se vio envuelto en algo sórdido. Y cuando quiso dejarlo, esa Kata lo presionó hasta que no pudo más. Utilizó el rollo sentimental. Marc contra las cuerdas y esa pequeña zorra lo empujó a seguir, hasta que lo rompió. No puedo relajarme, subinspectora. De una forma u otra, esa chica es responsable de su muerte.

—¿No estás siendo muy parcial? —replicó. Milo resopló con acritud—. O sea que, según tú, una chica de trece o catorce años

pasa de ser víctima a verdugo. Eres injusto con ella, es muy pronto para dictar sentencia. Tal como yo lo veo, aquí no hay buenos ni malos. O mejor dicho, los malos son esos viejos que citan los e-mails, no dos críos sin experiencia que son deslumbrados con dinero para practicar sexo entre ellos ante unos babosos. Y te lo aseguro, para echar un polvo, hacen falta dos personas. Lo siento, pero dudo de que a Marc nadie le apuntara en la cabeza para acostarse con Kata.

Milo torció el gesto.

—Ella fue el anzuelo, el cebo, ¿no lo entiendes?

—Lo que entiendo es que todo esto te sea desagradable, pero no puedes perder la objetividad. Todos, en un momento u otro de la juventud, nos metimos en líos por falta de cabeza. Unos supimos salirnos a tiempo, pero otros no lo lograron. ¿Eso los convierte en verdugos o culpables? No, como mucho en simples descerebrados que no vieron la salida.

—Sabes mucho tú de errores de juventud —murmuró.

—Como cualquiera. ¿O tú no tienes escondido algún archivo del pasado? —Milo no respondió—. Pues eso, que no nacemos amueblados. Yo dirigiría tu ira hacia los adultos que los involucraron, no hacia esa chiquilla sin dos dedos de frente. —Sacudió la cabeza—. Me estoy asando viva. ¿Y si cambiamos de sitio?

Se levantaron. De camino a la zona sombreada de los sauces, ella comentó:

—Lo de la objetividad no lo he dicho porque sí. Si no puedes, entonces lo mejor será pasarle el asunto a los de Delitos Sexuales. Tú verás.

—Procuraré ser imparcial.

—Jueza, acabo de oír tu mensaje.

Susana Cabot soltó un sonoro resoplido.

—A ver si te enteras de una vez, inspector Malart. Y te hablo como jueza, no como amiga. Debes tener siempre el móvil conectado, ¿lo has entendido? Las veinticuatro horas. Tengo

demasiados problemas como para preocuparme por un cabeza de chorlito que se cree con derecho a apagar el móvil para echarse una siesta. ¡No mientras el caso esté abierto y trabajes con un pie dentro gracias a mis esfuerzos! ¿Me he expresado con claridad o esperas a tener los dos pies fuera para obedecerme?

—Entendido, señoría. El móvil siempre conectado. Las veinticuatro horas.

—Bien, pasemos página. ¿Ya sabes la última de Singla? Insiste en la culpabilidad del detenido y pretende llevar a cabo una rueda de reconocimiento con tu indigente.

—Pierde el tiempo, no servirá para nada —opinó.

—Ya se lo he dicho. Está zombi, en el hospital, pero Singla está empeñado en sacarlo de allí y llevarlo a comisaría para que lo reconozca. Ya ha citado al abogado del sospechoso.

—Se va a liar otra. Y van a arriesgar la poca salud mental que le queda a ese hombre.

—En fin, veré lo que puedo hacer. ¿Tú cómo andas? Por lo que tengo entendido, desde la noche de vigilancia no pisas la comisaría. ¿Te estás escondiendo?

—Ese no es mi estilo, Susana.

La jueza se aclaró la garganta.

—Milo, no se puede ganar siempre —dijo—. Por si te sirve de consuelo, yo confío ciegamente en tu capacidad. Hoy igual que ayer. ¿Está claro? Si me ocurriera algo, te escogería a ti como investigador con los ojos cerrados, ¿me oyes? Sin dudarlo un instante.

Milo guardó silencio.

—Singla ha ordenado abandonar tus líneas de investigación —agregó la jueza. Continuó callado—. Escucha, de tu vuelta a la condición de expedientado no te preocupes. Yo me encargo. Pero tienes que hacer algo con el caso. Necesitamos resultados, Milo. Los de las medallas han tomado el fuerte y no me fío un pelo del cariz que van a tomar las cosas. Te necesito en plena forma. Que pongas todo en orden y apliques un poco de esa rara sensatez tuya. Ahora no es momento de venirse abajo, no cuando se acerca la fecha de la visita del Papa a la ciudad y un psicópata va por ahí

quemando a gente. ¿Estás de acuerdo?

—Por completo.

—Me alegra oírlo. Lo personal debe quedar aparcado. Todo lo personal. Decepciones, enfermedades y suicidios incluidos. Todo. Lo prioritario es lo prioritario. ¿Estás conmigo?

—Ya lo sabes, señoría.

—Perfecto. ¿En qué andas ahora?

—Siguiendo una pista —improvisó.

A su lado, Rebeca enarcó una ceja.

—Mantenme informada. Al minuto. ¿Cómo debes tener el móvil?

—Conectado. Las veinticuatro horas.

Colgaron.

—¿Acabas de mentir a una jueza? —preguntó Rebeca, perpleja.

—Cuestión de opiniones —dijo, observando a los *skaters*. No vio ni rastro de la joven.

Le contó la conversación.

—¿Y no te ha explicado el revuelo que armó ayer Navarro en la Central?

Sonó un estruendo y ambos volvieron la cabeza. Un coche había arrollado una moto en el cruce de Aribau con Gran Vía y enseguida se agolpó una multitud de curiosos. Unos socorrieron al herido, los más se limitaron a mirar. El grupo de *skaters* también detuvo sus evoluciones. Algunos se aproximaron mientras otros, subidos al banco, trataban de vislumbrar si había sangre en el asfalto. Al cabo de unos minutos se oyó la sirena de una ambulancia; y poco después, se presentaron dos dotaciones de la Guardia Urbana. Los jóvenes, entre gestos de burla, subieron el volumen de la música y se pusieron a bailar. Una muchacha de estatura mediana, los pantalones muy bajados, movía los brazos en dirección al cielo. Una gorra, encasquetada hasta las cejas, ocultaba en parte su rostro.

Milo esquivó la gente y caminó con paso rápido hacia ella. A medida que se acercaba, intentó escrutar las facciones. Pero sus constantes giros le impidieron identificarla. Rebeca lo agarró del

hombro y lo detuvo a pocos metros.

La joven volvió la cara. No era Kata.

—¿Qué pasa, tíos? —se enfrentó—. ¿Os pone mi forma de mover el culo?

Rebeca levantó un pulgar y arrastró a Milo hasta el banco libre.

—No era esto en lo que habíamos quedado —dijo.

Media docena de nuevos *skaters* se unió al grupo. Los recién llegados saludaron a sus colegas, empapados y sedientos. Echaron a rodar los monopatines y tomaron el relevo. El reloj de la plaza marcaba las siete y media. La chica seguía sin aparecer.

Rebeca contempló las idas y venidas de los *skaters*. Sus cuerpos flacos y recios, su habilidad con aquellas tablas estrechas, sus gestos embebidos de chulesca autosuficiencia.

—Tienen talento —dijo—. Yo no aguantaría ni medio metro subida a esa cosa.

—Lástima que lo desaprovechen de ese modo —masculló.

—Ya salió el negativo. Son jóvenes, nada más.

—Sí, como Marc, y ya ves cómo acabó, sintiéndose invisible. —Clavó la vista en el suelo—. Como una víctima. Y yo no me di ni maldita cuenta.

—A su edad, yo viví algo similar —dijo Rebeca—. Pero tomé una decisión: cualquier cosa antes que sentirme víctima. Y corté las quejas de raíz. Opté por pensar en lo que tenía... en vez de en lo que *no* tenía.

Milo respiró hondo.

—Y te volviste de hierro.

—No creas, también de mantequilla. —Se encogió de hombros—. Una no es inmune a los bajos momentos. Pero resistí. Tuve suerte.

—¿Suerte? Yo más bien diría carácter. —Observó el portal junto a la tienda de mantas. Recorrió la fachada del edificio hasta detenerse en el balcón del cuarto piso. Tenía las contraventanas cerradas. Se imaginó a Sara en la cocina—. ¿Harías una cosa por

mí?

—Sin problemas. ¿Cuál?

—Ir a casa de mi hermano, aquí enfrente, y devolver el portátil. No me apetece volver, me trae malos recuerdos. —Desvió la vista a la plaza—. Así que Navarro montó un escándalo en comisaría.

Rebeca sonrió, y le explicó lo sucedido. Con su altanería habitual, el periodista se presentó con un cámara y exigió ver al comisario jefe. Bastos se negó en redondo, y entonces Navarro, gritando que le habían prometido una entrevista con alguno de los inspectores del caso, lo acusó de estafar a la audiencia, señaló que la policía estaba al servicio del público, y sin dejar de ordenar al cámara que no se perdiera detalle, proclamó a voces su derecho a entrevistarlos. Al final, cansados de escucharle, cuatro agentes lo sacaron a la calle.

—El muy engreído —dijo—. Nos llena de basura y encima nos viene con exigencias.

—Cervera tendría que haberse ocupado de él. Es más bruto que un arado.

Rebeca lo corroboró con una mueca.

—Lo malo es que, en su programa de hoy, se ha vuelto a poner las botas con nosotros. Que si en una nueva demostración de incompetencia —imitó su voz—, al final resulta que todo fue una falsa alarma. Que si estamos como al principio, que si no estamos capacitados para esclarecer la desaparición de Félix Torrens. Luego ha sacado las imágenes de su expulsión de comisaría y nos ha acusado de esconder la verdad. Se ha despedido anunciando a bombo y platillo que en el programa de mañana viernes hará una intervención especial, un reportaje en exclusiva sobre el caso del Verdugo de Gaudí. ¡Ese tío está como un cencerro!

—A mí no me importaría tener unas palabras con él en directo.

Ella puso cara de asombro.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Cuando quiero, puedo ser de lo menos civilizado. Y en televisión, de lo que se trata, es de dar espectáculo,

¿o no es así?

Las sombras empezaron a invadir la plaza y el alumbrado público se puso en marcha. El calor húmedo permanecía, pero al menos ahora el ambiente había dejado de ser tan opresivo. Ella comenzó a impacientarse.

—La peña del monopatín se está largando y no parece que después de tres horas esa chica vaya a acudir. No podemos preguntarles por ella; si luego le van con el cuento, apuesto que no vuelve por aquí. Propongo que nos marchemos, mañana será otro día.

Sonó el móvil de Milo y leyó la pantalla. Judit Gaig. Maldijo en silencio. Tenía hora en su consulta y no la había llamado para anularla. Se llevó el aparato al oído, y se alejó.

Al rato, regresó con aire circunspecto.

—¿Todo solucionado?

—No le ha sentado bien, son ya muchas las ocasiones en que la dejo plantada.

—Tu especialidad. Escucha, qué te parece si voy ahora a devolver el portátil.

Milo asintió. Extrajo el libro y le entregó la mochila. Rebeca leyó el título. *El camino del artista*, de Julia Cameron. Lo vio soltarlo sobre el banco. Se incorporó.

—¿Por qué te desprendes de él? ¿Tan malo es?

—Al contrario, es una maravilla. Por eso lo dejo aquí, para que circule.

Ella se echó la mochila al hombro y cruzó la calle. Se dirigió al portal. Pulsó un botón en el portero automático. Al cabo de unos instantes, empujó la puerta.

Milo se entretuvo observando la plaza. Transeúntes paseando a sus perros, parejas caminando abrazadas, solitarios con la vista clavada en el suelo. Dos sintecho discutían a voces por unos cartones. Cogió el libro y ojeó sus páginas. De vez en cuando, se detenía a leer algún párrafo. Pasado un rato lo cerró, le dio un vistazo por última vez, y se levantó para escoger un lugar donde

abandonarlo. Luego, regresó al banco de granito.

Unos minutos después, la subinspectora se sentó a su lado.

—Has tardado mucho.

—¿Quieres saber cómo ha ido?

Lo vio afirmar sin ganas, la mirada huidiza. Le contó que les había entregado el portátil, y que Sara lo había cogido. Que por su expresión, supo que algo había sucedido. Que lo encontró por casualidad, barriendo su cuarto. Un trozo de zócalo se desprendió y, al mirar el hueco, descubrió la bolsa de plástico con cierre hermético. Dentro se amontonaban los billetes de color púrpura; y en el centro del fajo, sobresalían otros de color gris, azul y rosado.

—Inspector, más de cinco mil euros.

Milo cerró los puños y se incorporó sin fuerzas. Caminó como un sonámbulo hasta el coche. Ocupó su sitio al volante mientras Rebeca tomaba asiento en silencio. Arrancó.

—¿Te llevo a alguna parte?

—Tengo el coche en tu barrio.

El tráfico, a aquellas horas de la noche, era fluido. La gente abarrotaba cines y restaurantes con aire acondicionado, se agolpaba en las terrazas al aire libre, o bien prefería cualquiera de los chiringuitos de la playa. Sin apresurarse, se sumó al torrente de vehículos que descendía hacia el mar.

—Marc era un buen muchacho —dijo Rebeca—. Sara me confesó que hacía tiempo que tenía la impresión de que el dinero de la casa duraba más de la cuenta. Lo guardaba en un bote de galletas en la cocina, y Marc lo sabía. Inspector, ¿entiendes? Les pasaba dinero para llegar a fin de mes. Cobraba en billetes de quinientos y luego los cambiaba por otros más pequeños, para introducirlos en el bote sin que nadie se diera cuenta. Tenía suficiente para comprarse una moto, por ejemplo, y en vez de eso...

—Y también, suficiente para irse de casa —murmuró Milo—. Pero no lo hizo.

—Era buena gente.

Asintió con un gesto.

—No se transformó en el típico adolescente egoísta y caprichoso.

Negó con la cabeza.

La atmósfera era pegajosa. Ambos llevaban las ventanillas abiertas, pero el aire que entraba no lograba paliar el sofocante agobio del bochorno. Condujo de forma pausada, dejando que lo adelantaran otros coches ocupados por gente joven que se dirigían hacia la zona de bares del Puerto Olímpico. Torció por una calle hasta llegar al viejo almacén que le hacía las veces de parking. Ella se apeó. Fue hasta la parte trasera. Segundos después, extrañada, se aproximó a la puerta del conductor. Milo permanecía reclinado en el reposacabezas, los ojos cerrados.

—Te invito a una cerveza, bien fría —dijo Rebeca. Él bajó pesadamente del coche. Lo cerró. Caminó arrastrando los pies—. Y luego, podríamos darnos un baño. Nos sentará bien.

La brisa del mar era caliente, abrasadora. Milo se detuvo. Se volvió hacia ella.

—Mejor otro día.

Rebeca disimuló su contrariedad.

—Nos conviene relajarnos. Esta noche no va a pasar nada.

—No, esta noche no va a pasar nada —repitió él, sin energía.

En los ojos de la subinspectora apareció el brillo del despecho.

—Tú te lo pierdes —dijo. Sostuvo su mirada—. Último aviso, este barco va a zarpar.

Milo se inclinó hacia su rostro. Ella se puso de puntillas.

—Buenas noches —dijo él, besando su mejilla.

Sin decir una palabra, Rebeca dio media vuelta y se alejó.

Contempló su andar rápido, ofendido. Su esbelta figura. Al cabo, echó a caminar con paso cansino hacia el portal de la calle Atlántida. *Esta noche no va a pasar nada*. De fondo se oía la música de los bares, las risas de la gente. *Eres gilipollas*. Entró en la escalera, dio al interruptor de la luz, y subió los cuatro pisos a oscuras.

Georgina Perricot no conseguía conciliar el sueño. Se revolvió en la cama, consultó la hora en el reloj de la mesilla, y apartó la sábana con disgusto. Últimamente no dormía bien y sus problemas de

salud se acentuaban por la falta de descanso. Con un suspiro de resignación, se incorporó poco a poco hasta quedar sentada, con los pies en el suelo. En la oscuridad, tanteó con las plantas en busca de las zapatillas y se levantó con un lento golpe de riñones. Aguardó unos segundos, por si sufría un mareo. Una vez todo en orden, recogió el rosario que reposaba sobre su libro de oraciones y se lo enlazó en la mano. Acto seguido, se dirigió al balcón sin encender la luz. No estaban los tiempos para gastos.

Descorrió las cortinas y abrió la puerta de la amplia terraza. Afuera, la temperatura era abrumadora. A pesar de vivir en una casa rodeada de árboles, en la ladera de uno de los tres pulmones de Barcelona, el aire era tórrido, irrespirable.

—Virgen santa —murmuró.

Sabía que un golpe de calor podía ser fulminante para una persona de la tercera edad y se llevó una mano al pecho. A través del camisón comprobó que sus palpitaciones eran normales y, más tranquila, se acercó a una de las sillas. Mientras tomaba asiento, se dijo que ojalá cambiara el clima de una vez, aquellas bolsas de aire hirviendo que, según aseguraba el hombre del tiempo de TV3, provenían de la dichosa África.

—Las cinco de la madrugada y yo sin dormir —lamentó.

Y eso que junto a Bernat, su marido ya fallecido, habían escogido con sumo cuidado el emplazamiento de su futuro hogar. Cuando la humilde pescadería que regentaban en la calle Roger de Flor empezó a dar dinero a espuertas, lo que les permitió establecerse como mayoristas en Mercabarna coincidiendo con el despegue de la economía en los años sesenta, ambos emplearon muchos años y tiempo en planificar los pasos que iban a seguir para disfrutar de una vida cómoda y saludable. De este modo, mientras pasaban de mayoristas a armadores, sondearon la ciudad en aras de encontrar la zona de Barcelona más adecuada para criar a sus hijos. Según su hoja de ruta, tendrían cuatro criaturas, tres chicos, que con los años se ocuparían del negocio familiar, y una chica, que sería la niña de sus ojos. Ni uno más, pues entonces podrían aparecer las disputas entre ellos, ni uno menos.

Tras consultar con expertos inmobiliarios, resolvieron que

solo había tres sitios posibles que conjugaran salud y buena inversión: la sierra de Collserola, Montjuïc y los Tres Turons. Al final se decantaron por este último, el más prometedor, y se dedicaron a escoger un buen terreno. El dinero no era problema, pues la empresa iba viento en popa, y pronto se prendaron de uno, en el paseo Turull, que reunía todas las condiciones. Una dificultad les quitó el sueño durante unas semanas: justo en ese solar no se podía construir. De la solución se encargó su amado Bernat. Se fue a Madrid, expuso su problema ante el mismísimo ministro de Vivienda, y, tras repartir lo que tuviera que repartir, pues su emprendedor marido nunca le aclaró este detalle, logró la recalificación del terreno. Ya con el horizonte despejado, procedieron a contratar al arquitecto y diseñar la casa a su entera satisfacción.

Llegó la niña, todo iba sobre ruedas. Se mudaron del piso de la calle Lauria, esquina con Caspe, y pasaron a vivir en su torre. Daba gusto oír el silencio por las noches, disfrutar de la paz que procuraba aquella colina situada tan cerca, y a la vez tan lejos, de una Barcelona que, como ellos habían aventurado, estaba creciendo a marchas forzadas. El segundo bebé también fue niña. Una pequeña contrariedad. Georgina acudió todos los domingos y fiestas de guardar a la iglesia de los jesuitas de la calle Caspe, tal y como había tenido por costumbre los años que había vivido en el barrio, para rogar por la concepción del ansiado niño. De nuevo en estado, arreció en sus oraciones. No obstante, la tercera criatura también fue niña. Y la cuarta. Cuatro hijas sanas. Y la casa en una zona privilegiada. Decidieron, pese a todo, que eran unos afortunados, y lo aceptaron como una señal del destino. Los caminos del Señor eran inescrutables, y realmente fueron una familia feliz en aquella villa enclavada en uno de los pulmones de su adorada Barcelona, la ciudad de las ciudades.

Solo cometieron dos errores de cálculo a lo largo de su vida. El primero, que ninguna de sus hijas quiso dedicarse al negocio del pescado. Ahora, contemplándolo con la perspectiva que proporcionaba el tiempo, era un asunto superado. Las cuatro estaban hoy felizmente casadas, con hijos, y unas carreras que no

se les habrían pasado por la imaginación ni en un millón de años. La mayor, Berta, era oftalmóloga; la siguiente, Montse, arquitecta del ayuntamiento; Rosa, abogada de la Generalitat; y la pequeña Mariona, que residía en su antiguo piso de Lauria, actriz, la artista de la familia. Cuatro mujeres independientes, fuertes y decididas. Lo que cambiaban los tiempos. ¡Si Bernat levantara la cabeza! Realmente, los designios del Señor eran inescrutables.

El segundo error también fue inimaginable. Sin previo aviso, la zona donde habían levantado su villa había sido señalada como expropiable, y el asunto amenazaba con complicar su vejez. Ella no entendía de estos temas y lo había delegado en su hija Montse. Sin embargo, por su expresión, adivinaba que las cosas no pintaban bien. Su entrañable torre, la que había soñado con Bernat, el hogar donde habían crecido sus cuatro hijas, corría serio peligro. Jamás hubiera dicho que esto podría llegar a ocurrir. Es más, creían que el cercano parque, lugar de peregrinación constante para miles de turistas, haría las veces de muro de contención para el afán urbanístico. Lo tenían sobre sus cabezas, en la cima de la colina, casi pared con pared. Les acarreaba molestias, pues a menudo los extranjeros ascendían por la serpenteante cuesta del paseo Turull, despistados en busca de la entrada principal que se hallaba al otro lado de la montaña, y, alterando la calma del lugar, ella se veía obligada a señalarles el camino correcto. Pero aquello no era nada comparado con los beneficios que, a ciegas, habían confiado en obtener. Y ahora, todo se venía abajo. Le querían quitar la propiedad y punto. Y en el colmo, pretendían darle a cambio una bagatela, un tercio de su valor real. Podía entender que, por el bien general, tuviera que sacrificarse. Pero no que le robaran. Con aquella limosna no podría comprar en otra zona una finca igual, exactamente igual, a la que tenía. Con todos sus metros cuadrados construidos y de jardín, con su paz y silencio. Y esto, para ella, era un robo en toda regla. Pero, claro, los del ayuntamiento no atendían a precios de mercado y se limitaban a exponer que su oferta era la decretada por la oficina de justiprecio. ¡Una oficina de ladrones, eso eran! Y que estas cosas ocurrieran en Barcelona, en su adorada Barcelona...

Enojada, se levantó de forma brusca. Un ligero mareo la envolvió unos segundos.

Al cabo, se aproximó a la barandilla con paso renqueante. Ella era una luchadora y no pensaba cruzarse de brazos. Pelearía, como había hecho toda su vida. Prueba de ello eran las beligerantes protestas que había escrito con espray negro en un sinfín de sábanas con Berta y Mariona, pues Montse y Rosa no eran partidarias al preferir la negociación en los despachos, y que pensaba colgar el próximo domingo de todas las ventanas. Estaba en contra de aquel PERI y no pensaba callarse. Ni aunque fuera la única vecina de toda la calle en colgar pancartas. Sería mayor, una anciana, pero no era muda. La escucharían, por supuesto que la iban a escuchar.

Oyó un ruido.

Volvió la cabeza y oteó hacia abajo. No había sonado muy lejos, pero la negrura de la noche le impidió distinguir el origen. Pese a ello, escrutó los diferentes tramos de la calle que zigzagueaba por la pronunciada pendiente. Al no ver nada, lo dejó estar.

Le gustaba vivir en aquella zona. Por la quietud, rodeada de sus árboles. No quería marcharse. Era su hogar. Les había costado mucho esfuerzo y sudor levantarlo, y por nada del mundo lo abandonaría. Es lo que su Bernat habría hecho. Pelear. Y si tenía que acampar en la plaza San Jaime para protestar en defensa de sus derechos, lo haría sin pestañear. Incluso estaba dispuesta, si era necesario, a repartir dinero por los despachos para lubricar voluntades. Todo con tal de conseguir su objetivo. Que la dejaran vivir en paz en la casa de sus sueños.

De nuevo, oyó un ruido.

Esta vez sonó más fuerte. Como el quejido soterrado de alguien que se encontrara en aprietos. Se asomó por la baranda y no distinguió nada. Claro que ella, sin gafas, no veía bien. Desvelada por completo, decidió ir a buscarlas. Las tenía en la mesilla, junto al libro de oraciones. Se dirigió a la habitación con paso inseguro. Al entrar, tropezó con el escalón y, trastabillando, logró sujetarse a la puerta cuando ya temía irse al suelo.

—Virgen santa —musitó, pálida por el susto.

No quiso ir hasta la mesilla y encender el pequeño aplique. Sería una locura exponerse a sufrir un nuevo tropezón por el camino. Podría matarse. De ahí que, a tientas, resiguiera la superficie de la puerta hasta encontrar el interruptor junto a la cortina.

Encendió la lámpara que colgaba del techo. Fue un regalo de Bernat. Tenía forma de racimo y estaba compuesta por multitud de cristales tallados a mano que escondían en su interior doce bombillas. Su luz era deslumbrante. Una luz que destacaba en la oscuridad.

Como un faro.

Milo salió del mar. Relajado tras el baño, inició la vuelta a casa.

Después de despedirse de Rebeca se había dedicado a ordenar el ático. Luego, se había echado en el sofá y encendido el televisor. Ningún programa le había ayudado a conciliar el sueño. Por unos instantes se sintió tentado de volver a echar mano de las pastillas, pero rechazó la idea. Y horas más tarde, cuando el reloj marcaba las cuatro pasadas, había decidido bajar a la playa y nadar unos largos disfrutando de la soledad en una noche sin estrellas.

Entró en el piso y se dio una ducha rápida. Luego, buscó sin éxito en la nevera algo para saciar su apetito y, a continuación, armado con una botella de agua fría, salió a la terraza para tenderse en la tumbona. Pensó en Rebeca, en la velada que había declinado. El reloj del móvil señalaba las 5.10. Sintiéndose como un perfecto idiota, comenzó a imaginarse cómo podrían haberse desarrollado los hechos. Cerró los ojos y empezó a soñar despierto.

El vehículo subió por la calle Lleida en dirección a Montjuïc. Una vez en el cruce, torcieron a la izquierda y tomaron por el paseo de Santa Madrona, que ascendía por la montaña.

—¿Sabes exactamente dónde están esos jardines? Esto es un laberinto.

Navarro miró de reojo a su joven cámara. Por la postura de su cuerpo, inclinado sobre el volante, supo en el acto que Lucas estaba nervioso. Le indicó que era la primera curva a la derecha y le dijo que parara al llegar al paso de peatones. Lucas comprobó por el retrovisor que no venía nadie, aminoró hasta frenar con suavidad, y señaló a su izquierda.

—¿Son esos?

—No, esos son los jardines Laribal. Nosotros vamos a los de enfrente.

Navarro se apeó, le dijo que aparcara más arriba, y consultó el reloj. Las 5.20.

—Tenemos tiempo. Yo te espero aquí, en los jardines, estudiando el lugar.

—¿Dónde en concreto? Todo está muy oscuro y la zona es extensa.

Navarro resopló con impaciencia.

—Junto al estanque —indicó—. No tiene pérdida.

Cerró con un portazo y dio media vuelta para internarse por los jardines. La entrada era amplia, sin obstáculos. Tal como había visto por internet, el parque era circular, de tamaño reducido. En el centro había un estanque, con las fuentes apagadas. Al fondo, flanqueada por unas paredes de color claro, distinguió la escultura de una mujer en plena ejecución de un paso de baile, intentando cubrir su desnudez con un velo... o todo lo contrario, no supo dilucidarlo. Se aproximó con cuidado, bordeando el estanque, y comprobó que las paredes estaban coronadas por unos arcos. «Este es el lugar», se dijo.

Observó alrededor, en busca de un sitio donde Lucas pudiera esconderse con la cámara y grabar el encuentro sin ser visto. Había infinidad de ellos. Eligió unos arbustos junto a las arcadas de la izquierda. Desde allí, incluso a él le costaría descubrirlo.

—Ya estoy aquí.

La voz resonó a su lado y el periodista pegó un salto.

—¡Joder, Lucas! ¡No estoy para bromitas!

—No grites —susurró—. Este sitio me da mala espina, tan negro.

—Solo es un parque, nada más.

—Me refiero a Montjuïc. Si la llaman montaña mágica será por algo, ¿no?

—En el buen sentido, coño. *Mons Iovis*, monte de Júpiter, la residencia de los dioses. ¿Y desde cuándo los dioses residen en un lugar siniestro? Nunca, esos los dejan para la plebe.

Lucas contempló inquieto los altos cipreses, las mimosas, las acacias. Avanzaron juntos hasta los arcos. Navarro señaló los tupidos arbustos del extremo y le dijo que se metiera dentro para grabar toda la escena sin perder detalle.

Lucas asintió, pesaroso.

—Venga, ¿a qué esperas? —urgió Navarro.

—Todavía es muy pronto, voy a quedarme hecho un cuatro.

—Pasa ahí dentro de una puta vez si no quieres cabrearme.

Lucas se introdujo a duras penas, se situó en el centro del arbusto, y a continuación se agachó para tomar asiento sobre las ramas. Varios crujidos rompieron el silencio sepulcral.

—Sitúa la cámara —ordenó Navarro. Se alejó unos metros hasta colocarse, más o menos, en el lugar de la cita—. ¿Me coges bien?

—Centrado y sin obstáculos —dijo. Ahogó un lamento al notar los pinchazos.

Navarro ocupó un banco. Cabía la posibilidad que el desconocido quisiera sentarse.

—¿Y desde aquí?

—Sin problemas.

Las dificultades surgirían si decidía caminar y situarse detrás de los arcos. Entonces solo cabría confiar en su habilidad para reconducirlo al lugar elegido. Suspiró. Aquello no sucedería, él era un tipo con suerte.

—¿Y ahora? —cuchicheó Lucas.

—Ahora a esperar. Ni una palabra más.

Echó un vistazo al reloj de la BlackBerry. Las 5.35. Cruzó las piernas y se dispuso a aguardar con paciencia. A lo lejos, por entre las ramas de los árboles, se divisaba la ciudad. Las farolas del alumbrado urbano, trazando líneas rectas y curvas, le permitieron

distinguir algunos edificios y calles. El resto estaba sumido en la oscuridad.

Para distraer la espera, se entretuvo jugando a identificar lugares.

La figura vestida de negro se dio la vuelta y contempló Barcelona a sus pies. Inmóvil, su rostro no exhibía ninguna expresión.

Al cabo de unos instantes, extrajo una pequeña cámara. Apuntó a su derecha, en concreto a la C-31, y empezó a filmar. Poco a poco fue enfocando hacia su izquierda, en un lento barrido de ciento ochenta grados que recogió toda la ciudad, desde el río Llobregat hasta el Besòs. Una panorámica completa. Acto seguido, con pausada transición, siguió girando noventa grados hasta detenerse en el cuerpo atado en la cruz a su espalda. Aplicó el zoom para enfocar su rostro en un plano corto. Los ojos desorbitados, la boca desencajada en un rictus de espanto, la piel cenicienta. Entonces cayó en un detalle y detuvo la filmación. Metió la mano enguantada en un bolsillo y sacó unas gafas de oscura montura fina. Con un gesto carente de emoción, se acercó al hombre y se tomó su tiempo para ajustarlas sobre el puente de la nariz, cada varilla encajada en una oreja.

Retrocedió un paso y contempló el resultado.

—No te puedes perder el espectáculo —dijo.

Volvió a tomar distancia, alzó la grabadora, y siguió filmando, ahora un plano medio. Procuró enfocar bien la cruz gaudiniana.

Cuando consideró que ya era suficiente, volvió a apagar la cámara. Allí, en el promontorio, no había espacio para tomar un plano completo del conjunto. Daba igual, lo haría desde abajo. Incluso sería más impactante. Más hermoso.

—Ahora me ocuparé de ti.

Pese a su debilidad, el hombre forcejeó presa del pánico.

La figura vestida de negro extrajo un mechero Zippo y abrió la tapa con un chasquido metálico. Luego, se apartó un par de metros y lo lanzó al crucificado. Prendió en el acto.

Félix Torrens empezó a proferir desgarradores gritos de dolor.

La figura conectó la cámara y lo observó a través del visor. Con calma, cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra. Apretó el botón de pausa.

—Buen chico —dijo.

Sin prisas, se agachó delante de la cruz, puso con dificultad una rodilla en el suelo, y con un dedo trazó una G sobre la grava mientras recibía una intensa oleada de calor, abrasadora, que a punto estuvo de quemar su corto cabello. Al cabo, se incorporó, recogió el bidón vacío, y descendió por los irregulares escalones con la ayuda de la barandilla de hierro.

Una vez a los pies del promontorio, soltó el bidón, levantó la cámara y volvió a filmar tomando el plano que deseaba del conjunto.

En lo alto sobresalían las tres cruces recortadas contra el cielo, como un moderno Monte de los Olivos, ahora iluminadas por el resplandor del cuerpo en llamas que se retorcía en la del centro. Puso especial interés en atrapar el dolor de su agonía, filmar sus aullidos y convulsiones. Por último, tomando como punto de partida la imagen de la pira humana, volvió a realizar el barrido inverso, lentamente, esta vez desde el río Besòs hasta el Llobregat, y se detuvo donde había comenzado, en la C-31.

Se aclaró la garganta, procurando impostar la voz, y dijo:

—La lucha antisistema es el camino. Somos legión.

Apagó la cámara. Recogió de nuevo el bidón. Caminó con calma hacia la salida del recinto sin apartar la mirada del sendero. El lugar le producía aversión. Todas aquellas líneas curvas, las esculturas inclinadas, las columnas torcidas. Le daban náuseas. Lo abandonó por la calle Olot esquina con Santuario. Tomó asiento en la abertura del muro, encogió las piernas con esfuerzo, y después se dejó caer. Una vez sobre el asfalto, desprendió las fundas de plástico que cubrían sus botas de gruesa suela de goma y se las introdujo en el bolsillo. Subió a la furgoneta que estaba en marcha y abandonó el lugar.

Navarro se irguió de repente.

—¡Qué coño...!

Clavó la vista en la distancia y se frotó los ojos. Un punto de luz oscilaba a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucas, asomando la cabeza.

—¡Agáchate, imbécil!

—Pero ¿qué pasa?

—Se ha iniciado un pequeño fuego en la montaña.

—Llama a los bomberos —dijo—. Con lo seco que está todo, puede extenderse como la pólvora y provocar una tragedia.

—Ya habrá avisado alguien. Tú métete en el arbusto y calla, joder. Ya casi es la hora.

—Tengo las piernas dormidas —protestó en un murmullo.

—¿Estás sordo o qué? —espetó, furioso—. ¡Que te calles de una vez!

El corazón le iba a toda mecha. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

Comenzaba a pensar que quizá no debía haber aceptado aquel encuentro con el desconocido de voz cascada. El mundo estaba lleno de chiflados, y a lo mejor una cita en un lugar tan apartado y solitario con un tipo que aseguraba poseer una cinta del desaparecido no había sido una buena idea. La apuesta era muy atractiva, pero no estaba dispuesto a jugarse el cuello por un reportaje. Y menos, sin protección policial.

Abrió la BlackBerry. Faltaban cuatro minutos para las seis. Nervioso, la utilizó como linterna y dio una ojeada a la zona. No detectó ningún movimiento. Se recostó contra el duro respaldo del banco. De forma inconsciente, disparó la pierna en un tableteo frenético. Valoraba la posibilidad de levantarse y abandonar el asunto cuando escuchó una voz quebrada a sus espaldas.

—Ayer no cumpliste mis órdenes.

Navarro se incorporó de golpe. Se dio la vuelta y vio a una figura vestida de negro de los pies a la cabeza. El casco de motorista era ovalado, con la visera tintada.

Procuró aparentar tranquilidad. Que no le temblara la voz.

—Julia me obligó a salir en el programa, se lo juro. Amenazó con despedirme.

Se sintió ridículo hablando de usted con un casco, con un tipo que ocultaba el rostro. Era de su altura, tal vez medio palmo más, y de complexión atlética. Pero si las cosas se ponían feas, creía poder dominarlo, salir airoso.

La figura no se movió. No emitió ningún sonido.

—¿Qué quería que hiciera? No convenía complicar las cosas. Lo digo por el reportaje de hoy. Ella es muy caprichosa y podría haberlo suspendido. Así es la tele. Una casa de putas.

—No insultes a Julia. Es una estrella.

Tragó saliva. Había cometido un error. Debía andar con pies de plomo, hablar solo lo imprescindible. En definitiva, medir sus palabras.

—¿Tiene la grabación digital?

La figura movió lentamente un brazo y Navarro retrocedió un paso. Avergonzado, vio que solo introducía una mano en la cazadora de cuero. Cuando la extrajo, sujetaba con dos dedos enfundados en un guante negro un pequeño disquete en su funda de plástico.

Se lo tendió y Navarro se apresuró a cogerlo. El corazón le salía del pecho.

—No le defraudaré. Dentro de unas horas lo verá todo el país, el mundo entero.

Su mente iba a cien. Era un periodista y no podía desaprovechar la ocasión.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —No obtuvo respuesta. Se armó de valor, indicó la montaña a lo lejos y dijo—: ¿Es cosa suya ese fuego?

La figura de negro se mantuvo en silencio, quieta. De no ser porque estaba aterrado, Navarro hubiera jurado que detrás de aquella visera se dibujaba una sonrisa de orgullo.

—¿Por qué hace todo esto?

—Es parte de la lucha antisistema —dijo, como un autómata —. Después de un siglo, Barcelona volverá a ser la Rosa de Fuego.

Enarcó las cejas, suspicaz. La declaración le sonó a recitado, artificial. Entornó la mirada. La voz, por el casco, se escuchaba amortiguada, lo que producía un efecto menos amenazador.

Aquello le insufló ánimos.

—A lo mejor yo podría ayudarte. Repetir estos encuentros. Para informar.

Enseguida reparó en que le había tuteado y se arrepintió en el acto.

La figura no pareció ofenderse. Permanecía rígida, sin mover un músculo.

—Y si te pregunto quién eres, no me responderás, claro —dejó caer.

—Ayer pastor, hoy señor.

Navarro se quedó sin aliento, pasmado. Iba a decir algo cuando la figura lo señaló.

—No vuelvas a desobedecerme.

A continuación, dio media vuelta y se alejó bordeando con tranquilidad el estanque.

La perdió de vista al girar el recodo. Echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo.

—¿Ya se ha ido? —cuchicheó Lucas desde el arbusto.

El periodista corrió hasta él.

—Rápido, pásame la cámara. ¿Lo has grabado todo?

—Por supuesto. Ese tipo me pone los pelos de punta —dijo Lucas. Antes de entregarle la cámara, retiró el disquete recién filmado—. ¿Para qué la quieres?

Navarro forcejeó unos instantes con ella hasta lograr introducir el vídeo del desconocido. Mientras la activaba, acercó el rostro al visor.

—Date prisa en salir de ahí, tenemos el tiempo contado para ir al aeropuerto.

Las imágenes comenzaron a aparecer en la reducida pantalla.

Momentos después, mientras Lucas se aproximaba para dar una ojeada, Navarro le soltó la cámara con urgencia, se dobló sobre sí mismo, y arrojó el contenido de su estómago sobre unos matorrales.

—¡Joder, tío, joder! —exclamó Lucas, agrandando los ojos.

El móvil lo despertó justo cuando había cogido el sueño. Se sentó a horcajadas en la tumbona y vislumbró la leve claridad que empezaba a adivinarse en el horizonte. Enojado, agarró el teléfono. Era Susana.

—¿Qué pasa ahora, señoría?

—Félix Torrens ha aparecido. Tal como dijiste. Quemado vivo.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

—¿Dónde?

—En el parque Güell. No tardes.

18

El sol despuntaba sobre la ciudad cubierta por una densa neblina de humedad y polución. Aparcó detrás de dos vehículos de la Guardia Urbana con las luces bailando en el techo.

Uno de los agentes le señaló la entrada.

—La escena del crimen está en el promontorio de las Tres Cruces. Por la escalinata hasta la sala de las columnas y, de allí, por el viaducto del Rosario, hasta el sendero. Lo verá enseguida, es inconfundible. ¿Quiere que alguno lo acompañemos?

Negó con un gesto.

—Los demás inspectores ya se han marchado —añadió el agente.

Traspasó la gran puerta de hierro forjado. El parque tenía una extensión de más de diecisiete hectáreas y estaba situado en la Montaña Pelada, en el barrio del Carmelo. Gaudí lo concibió con un sentido religioso, aprovechando el desnivel para proyectar un camino de elevación espiritual, siendo la entrada una alegoría del acceso al Paraíso y situando en su cima el monumento al Calvario. Milo atravesó el amplio vestíbulo de cuatrocientos metros y comenzó a subir por la escalinata. Dejó atrás la fuente del dragón, que se había convertido en el icono de Barcelona, y llegó a la columnata. A su derecha ascendía un nuevo tramo de escaleras que conducía a la plaza en forma de teatro griego, pero decidió internarse por entre los pilares con la sensación de adentrarse por un bosque de columnas de piedra. Desembocó en un porche viaducto que sostenía parte de los espacios ajardinados y, una vez en el sendero, se detuvo para recuperar el resuello. En lo alto, medio escondida por el ramaje, asomaba una de las cruces del montículo. Se percibía un rumor de voces. Tomó aire y se dirigió por la empinada cuesta hacia el monumento megalítico con forma

de talayote balear. A medida que se aproximaba, observó su planta circular y las dos rampas de escaleras. En su cima se alzaban las tres cruces, dos más bajas que la tercera. En esta última, la central, todavía humeaba un cuerpo carbonizado.

Sorteó la cinta balizadora que acordonaba el camino sucio y escrutó el escaso número de cuñas numeradas. Iluminado por los flashes de la cámara de unos de sus ayudantes, vio el rostro de Goyo Bonhora, hermético y concentrado, a un palmo de la víctima.

Saludó con un gesto a la jueza Cabot y a Rebeca, y fue directo hasta el forense jefe.

—Pocos indicios —dijo.

—Sí, el asesino es un tipo de lo más cuidadoso. Salvo el mechero Zippo, dudo que los demás rastros tengan relación con el caso. ¿Sabes cuántas personas visitan diariamente este lugar? Según la Guardia Urbana, cerca de veinte mil. —Sacudió la cabeza —. ¿Ves esa marca de ahí, la acotación número tres? Por la forma, diría que corresponde a un bidón. Y esas huellas lisas indican que llevaba cubierto el calzado, para no dejar grabadas las suelas.

Milo indicó la cuña número dos, en la base de la cruz central. Se acuclilló ante ella.

—Tenemos la G.

Bonhora asintió en silencio.

—La firma. Como con la primera víctima.

—¿Huellas en las barandas? —Se incorporó.

—Infinidad. Y unas de guantes. No nos sirven de nada. El acta de inspección ocular va a ser más corta que una tarjeta de visita.

—Háblame del cuerpo. ¿Alguna conclusión preliminar?

—A falta de llevar a cabo la identificación por las muestras dentales, pensamos que se trata de Félix Torrens. Entre sus pertenencias hemos encontrado la cartera, el móvil y su reloj de muñeca, un Patek Philippe de oro rosa que vale una millonada. Todo chamuscado, pero revelan su identidad. También hemos hallado en sus bolsillos restos de una cantidad muy abultada de dinero. Billetes de quinientos euros, requemados. Una fortuna.

—El famoso maletín desaparecido.

Bonhora se encogió de hombros.

—Lo que significa dos cosas —dijo la jueza, sumándose a la conversación. Tras ella, apareció la subinspectora Mercader—. Que no se había fugado, y que al asesino no le mueve la codicia. Como señalabas, esto es venganza, venganza pura y dura.

—Una ejecución pública —dijo Bonhora.

—Sí, un escarmiento —coincidió Milo.

—El asesino está reforzando su poder —intervino Rebeca—. Esta vez ha escogido como cadalso uno de los puntos más altos de la ciudad, para que la víctima tuviera Barcelona a sus pies mientras se consumía vivo. Una cruel paradoja. La élite, en la cima. Un castigo.

Se miraron entre ellos. La jueza Cabot se aclaró la garganta.

—Forense jefe, ¿sabemos si fue sometido a la misma tortura que Eduard Pinto?

—Hasta que no le hagamos la autopsia no puedo estar seguro, pero tras la primera inspección de sus restos diría que padeció idéntico trato durante su cautiverio.

—¿Y cómo explica que aguantara siete días sin ingerir líquidos?

El forense se tomó unos segundos antes de responder.

—Solo hay una posibilidad —dijo—. Le proporcionó las dosis justas para sobrevivir.

—Lo hizo durar —apuntó Rebeca.

—Para alargar su sufrimiento —añadió Milo.

—Y de paso, para confundirnos a todos y que creyéramos que había huido —concluyó la jueza—. El asesino ha estado jugando con nosotros. Además de sádico, es un manipulador.

La subinspectora Mercader soltó una ligera tosecilla.

—Lo empuja un profundo odio, odio en estado puro. A sus víctimas, a la ciudad, a todo y a todos. De ahí que haya elegido este sitio, el promontorio de las Tres Cruces. ¿Y en cuál de las tres cuelga el cuerpo? En la del medio. Pretende profanar, y su mensaje es claro. Félix Torrens era admirado, aplaudido por la sociedad antes de saber sus corruptelas. Pues bien, él se atreve a desafiar a esa sociedad y lo crucifica como falso rey. No se detiene, ni se va a detener, ante nada ni nadie.

—Y por ello ha vuelto a escoger un lugar declarado Patrimonio de la Humanidad —infirió la jueza Cabot—. Para subrayar su intención de burla, de ciscarse en lo establecido.

—Lo que demuestra que dicho patrimonio no es un lugar ni un edificio —dijo Milo, con tono fúnebre—, sino la maldad.

Los tres lo miraron perplejos.

Desvió la vista hacia el espectacular panorama de la ciudad que se extendía ante ellos.

—Algo nos observa —murmuró—, algo frío y aterrador, sin sentimientos, inhumano. —Abarcó la zona con un gesto—. Apuesto a que el asesino nos está viendo ahora. Esta ahí, en cualquiera de esas azoteas o escondido en el bosque. Disfrutando —puntualizó—. Pero no me hagáis caso, solo es una sensación. Ya me conocéis, chifladuras mías.

A pesar del calor, les recorrió un escalofrío.

—¿Quién descubrió el cuerpo? —quiso saber Rebeca.

—Un vecino del parque. Vio el incendio, llamó a urgencias, y la policía alertó a los vigilantes, que estaban durmiendo. Cuando llegaron, la víctima ya estaba calcinada. Solo era un cuerpo sin vida, carbonizado hasta quedar desfigurado casi por completo.

—¿Hora de la muerte?

—Pocos minutos antes de las seis de la madrugada. Según el testimonio, el fuego comenzó sobre las seis menos cuarto aproximadamente. Si empleó en consumirse los quince minutos de rigor, puedes calcularlo tú misma. No es necesario que os diga la causa de la muerte, ¿verdad?

—¿Y cómo sabéis que estaba vivo antes de arder? —preguntó Milo.

—Hay marcas de forcejeo en la piel de sus muñecas y tobillos, provocadas por las ligaduras de acero. Intentó zafarse. Me juego lo que quieras a que encontraré monóxido de carbono y partículas sólidas en sus pulmones, igual que en la primera víctima. Es su *modus operandi* —dijo Bonhora, empezando a impacientarse—. Si no tenéis más preguntas, yo ya he acabado aquí. Jueza, ¿podría

ordenar el levantamiento del cadáver? Me gustaría iniciar la autopsia cuanto antes.

—Cuando quiera, la secretaria judicial ya ha terminado el acta —dijo, firmando el documento—. Yo también me voy, hoy va a ser una jornada muy larga. Milo, estaré en mi despacho por si me necesitas. Y otro día, no llegues tan tarde, hazme el maldito favor.

Milo asintió con un leve cabeceo.

El forense jefe hizo una seña a sus ayudantes y estos, enfundados en trajes especiales, procedieron a auparse sobre unas escaleras de mano para cortar con unas cizallas el cable de acero que sujetaba a la víctima por muñecas y hombros al brazo horizontal de la cruz. Luego, repitieron la operación con el cable que ataba sus tobillos al vertical. Por último, con sumo cuidado, para evitar que el cuerpo se deshiciera en varios trozos, lo bajaron y lo introdujeron en una bolsa de nailon negro extendida sobre el suelo de tierra y grava.

Mientras los observaba descender del promontorio con dificultad por los angostos escalones de piedra, Milo se acercó a Bonhora.

—Una cosa más, Goyo. ¿Has averiguado algo sobre la G, aquel estudio con la Unidad de Caligrafía Forense que me comentaste?

—Poco, por no decir nada. Me refiero a que no es concluyente. Por su trazo, igual la podría haber escrito un hombre que una mujer, una persona joven o mayor, zurda o diestra. Ya te dije que con un tamaño de la muestra tan escaso era difícil concluir algo significativo. Apenas contamos con variables para someterlas a un análisis con cierto grado de validez.

—¿Has fotografiado esta nueva G?

—Eso son dos cosas, inspector. Te responderé con una cita. «No procuro saber las respuestas, procuro comprender las preguntas.»

—Bonhora, en estos momentos no estoy para esgrima mental. ¿Podrás compararlas y tratar de deducir alguna información? Ahora tienes el doble de espacio gráfico, quizás obtengas algo. ¿Crees que es posible?

—Ya pensaba hacerlo, Milo. Quién sabe. «Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad.» Veremos. —Sonrió—. Te veo en baja forma, no es habitual que rechaces una provocación para entrar en un combate de citas.

—Eres demasiado sabio para mí, no estoy a tu altura —dijo Milo—. De todos modos, las dos citas de Confucio que te has sacado de la manga no son nada comparadas con la de Lao-Tsé. «Quien quiere humillar a alguien, debe primero engrandecerlo.» Juego, set y partido.

Bonhora puso los ojos como platos. Acto seguido, hizo un gesto teatral, una especie de reverencia, y abandonó el promontorio bien agarrado a la estrecha barandilla.

—¿A qué jugáis vosotros dos? —preguntó Rebeca, extrañada.

—Cosas nuestras. ¿Has averiguado el modo de acceso del asesino?

La subinspectora extrajo un bloc y repasó unas anotaciones.

—Aparte de la principal, el parque cuenta con otras nueve entradas. Tres laterales en la calle Olot, dos en la avenida del Coll del Portell, tres más en la zona boscosa norte, y una última en la carretera del Carmelo. —Levantó la mirada—. Pero la muralla que envuelve el recinto está derruida en varias partes y hay más sitios por donde se puede acceder sin demasiadas complicaciones. Además, el muro solo se construyó parcialmente, y el resto del perímetro solo está vallado por una malla metálica que también tiene innumerables boquetes.

—O sea, que entrar en este parque es coser y cantar —concluyó.

Hizo un gesto afirmativo.

—Pero sabemos el lugar por donde salió. Uno de los agentes ha encontrado tierra en el asfalto de la calle Olot, justo delante de una de esas partes donde el muro está derruido. Y si lo abandonó por ahí, es posible que también lo utilizara para entrar con la víctima.

—¿Y desde la calle Olot la cargó en el hombro durante todo el desnivel del parque hasta llegar a este montículo? —Arrugó la cara —. Sabemos que es un tipo atlético, pero eso rozaría la proeza. Yo

me he visto obligado a detenerme para recuperar el aliento, y no iba cargado con el peso de un cuerpo inerte. La cuesta es muy pronunciada.

—Lo sé, pero tú apenas comes o duermes. Pudo usar algún medio para transportarlo, una carretilla o algo así.

—¿Hay huellas de rodaduras? —Rebeca negó con la cabeza—. Descartado entonces.

—No corras tanto. Un tipo tan precavido como para cubrirse el calzado con fundas, puede haberlas borrado perfectamente. Entra por la calle Olot, pasa la víctima y la carretilla por la abertura del muro, y sube hasta aquí. Luego, tras acabar su macabra tarea, se cuelga el trasto al hombro, desanda el mismo camino, y borra las huellas de las ruedas. Es factible.

—Puede —dijo—. Pero hay otra fórmula más sencilla. Contó con la ayuda de otra persona. Esto explicaría cómo sorteó los escalones, y también cómo logró subir a la víctima hasta el brazo horizontal de la cruz y atarla. —La señaló—. Es alta, y el cuerpo pesaba lo suyo. ¿Cómo se las ingenió para alzarlo y ligarlo? No, tuvo que valerse de alguien más.

—¿Sigues empeñado en que tiene un cómplice?

Milo separó los brazos.

—Sí, y no sé por qué, como no sea por la versión que dio el indigente del paseo de Gracia. Una furgoneta recogió al tipo agraciado, ¿recuerdas? Y luego lo que hablamos con Bonhora en el laboratorio. Con un cómplice, las cosas cuadrarían, tendrían sentido.

—No hay pruebas concluyentes. Son tus palabras.

Guardó silencio. Hundió las manos en los bolsillos con gesto apesadumbrado.

—A veces me equivoco. Y cada vez, más a menudo.

Rebeca dio unos pasos alrededor de las cruces. Pensativa, regresó cabizbaja.

—La cantidad de molestias que se ha tomado el asesino —dijo —. Y todo, para colgar los cuerpos en sitios emblemáticos con Gaudí como denominador común. Yo a eso lo llamo complicarse mucho la vida. Podría conseguir algo similar sin tantos esfuerzos.

—No, si lo que le empuja es la pulsión incontrolable de cumplir con un objetivo concreto, sea el que sea. —Señaló la ciudad—. Para él, Barcelona es un parque temático del horror; y Gaudí, su atracción de feria más insigne para los turistas. Ignoro los motivos, pero todo señala que ambos, la ciudad y el arquitecto, son las víctimas que subyacen detrás.

Intercambiaron una mirada.

—Y no se va a detener —dijo Rebeca, la voz queda.

—No.

—Y hasta que no cometa un error —agregó ella—, estamos a oscuras.

Milo asintió lentamente.

En la comisaría, los gritos de Singla podían oírse desde el pasillo.

Milo y Rebeca se acercaron a la mesa del sargento Crespo.

—Está que trina —dijo, señalando el despacho del inspector jefe con la cabeza—. Yo, de vosotros, me andaría con cuidado. Va en busca de alguien para descargar su ira.

—¿Con quién está reunido?

—Están todos, la plana mayor de los inspectores. Solo faltas tú.

Milo hizo un gesto de resignación.

—Subinspectora —dijo—, tú te lo puedes ahorrar. No va a ser agradable.

—¿Y perderme una visita gratis a la boca del lobo? Ni loca. Te acompaño.

—Como quieras —dijo, iniciando el camino hacia el despacho. Señaló su camiseta negra con las letras SWAT estampadas en blanco—. A lo mejor nos trae suerte.

Entraron sin llamar. Singla les lanzó una mirada iracunda. Siguió hablando.

—Esto es un asesinato, inspectores. La pelota *ahora sí* está en nuestra cancha y aquí ya no pinta nada el fiscal anticorrupción y sus teorías sobre una fuga. ¡Somos el Grupo de Homicidios, joder! Vamos a investigar este jodido asunto, y volcarnos en la jodida

resolución del caso. Se acabaron las tonterías, ¿entendido?

Los cuatro inspectores asintieron en silencio.

—Quiero que curséis un aviso para someter a vigilancia a todos los cibercafés de la ciudad, por si al asesino se le ocurre volver a utilizar este medio para publicitar su crimen.

—Pero, jefe, para eso van a hacer falta muchos agentes —objetó Cervera.

—Los traeremos de otras comisarías, y de la academia si hace falta. —Sacudió el mentón con vehemencia—. Quiero saberlo todo de Félix Torrens. Sena, Bachs, vosotros peinaréis sus socios, amigos, conocidos y saludados. Los interrogaréis a todos, sin dejaros ni uno. Visitad a los de Patrimonio y Fraude y que os faciliten todo lo que tengan.

—A la orden —dijo Sena.

—Rojo, Cervera, vosotros indagaréis entre sus enemigos. Id a Personas Desaparecidas y sacadles cualquier rastro que pueda llevaros a una pista. Y si se ponen farrucos, tenéis mi permiso para poner su despacho patas arriba.

—Eso está hecho —confirmó Rojo.

Singla se incorporó. Apoyó los puños sobre la mesa.

—Empezamos desde cero. Quiero que remováis su pasado de arriba abajo. Que crucéis sus datos con los de Eduard Pinto en busca de una relación entre ellos. La hay, tiene que haberla. El asesino sabe cuál es y yo no voy a ser menos que ese psicópata. —Se aflojó el nudo de la corbata—. Nos enfrentamos a un sujeto que tiene la absurda idea de que puede burlarse de nosotros. Y esto no va a pasar aquí. No en la Central. —Con el rostro encendido, repasó uno a uno a todos los miembros del Grupo—. ¿Me estoy explicando con claridad?

—Meridiana, inspector jefe —se apresuró a decir Cervera.

—Vamos a hacer nuestro trabajo y punto. Y siguiendo los procedimientos habituales, no los exóticos ni extravagantes. —Desvió la vista hacia Milo—. Se acabaron las payasadas, ¿queda claro? Vamos a atrapar a ese cabrón, a darle caza como a una sabandija. A por él.

Bachs se levantó con rapidez y abrió la puerta. Los demás lo

siguieron.

La voz de Singla resonó a sus espaldas.

—Un momento, Malart. Tú te quedas. Mercader, a solas. Cierra la puerta al salir.

Milo se aproximó a una de las sillas mientras la subinspectora obedecía la orden.

—Te habrás dado cuenta de que no te he encargado ninguna misión. —Se enjugó la cara bañada en sudor—. ¿Tienes alguna idea del motivo?

—He enfadado a algunas personas.

—Y nos has hecho perder un tiempo muy valioso con tus teorías grilladas.

—Mira, jefe, te voy a decir lo que no quieres oír. Os advertí que lo de hoy iba a pasar, y ha pasado. Os dije que el asesino no se iba a detener en Eduard Pinto, y no se ha detenido. No eran gilipolleces de un chiflado. Solo me equivoqué en un par de días, la mente del asesino tiene muchos recovecos. —Hizo una mueca—. Y sí, para que lo sepas, te diré que he valorado la posibilidad de presentar mi dimisión. Pero no. Todavía no. Antes tengo que acabar un asunto pendiente. Y te recuerdo que me llamasteis para que investigara desde un punto de vista distinto. Eso es lo que he estado haciendo.

—Sin resultados —dijo Singla, cortante—. Y yo no te llamé.

—Díselo al comisario jefe. Y el partido no ha acabado.

Singla se arrellanó en el asiento.

—Lo único que has hecho es buscar sombras.

—Y vosotros, detener inocentes de carne y hueso —repuso, irritado—. Imagino que ya habréis soltado a ese antisistema con cerebro de mosquito.

—Ni por asomo. Es un sospechoso que despeja muchos de los interrogantes abiertos en el caso de la primera víctima. Como el móvil, por ejemplo.

Milo levantó los brazos, exasperado.

—¿Me puedes decir cómo se las ha ingeniado Jon Grau desde el calabozo para llevar a Félix Torrens hasta el parque Güell y achicharrarlo en una cruz?

—Muy sencillo. —Juntó las manos y sonrió—. Un cómplice.

—¿No eras tú quien sostenía que el asesino actuaba en solitario?

—He cambiado de idea.

—Ya, para que todo cuadre. Metes las piezas a la fuerza para que encajen como sea.

Singla volvió a esbozar media sonrisa mientras se acariciaba el bigote.

—He aprendido de ti, figura.

Milo entornó los ojos y lo observó un instante.

—Esta táctica no te va a funcionar. Sé lo que pretendes.

—Tenía que intentarlo. —Se inclinó hacia delante—. Haz lo que te dé la gana, tú y esa subinspectora de las camisetas del Tío Sam; pero a partir de este momento, estás fuera de la investigación oficial.

—Es lo que quería oír. —Se levantó—. Seguiré con la mía paralela, como hasta ahora.

Dio media vuelta y abandonó el despacho. Rebeca salió a su encuentro muy alterada.

—Al inspector jefe le pirran tus camisetas.

—Ahora no hay tiempo para eso. —Lo agarró del brazo y estiró de él hacia la sala de visionado—. Tienes que ver algo, Mauricio Navarro la está liando en televisión.

—Eso no es nuevo.

—Esta vez sí. Va a mostrar el cautiverio de Félix Torrens en directo. Y su muerte.

En la sala ya se encontraban el resto de inspectores además del sargento Crespo. Ambos se apretujaron contra él mientras en el monitor la voz de Navarro advertía por enésima vez que las imágenes que iban a ver a continuación podían herir la sensibilidad de los espectadores.

Luego, sin más preámbulos, dio paso al vídeo con gesto solemne.

El rostro de Félix Torrens, demacrado, con la piel cerúlea y

barba de varios días, apareció en un plano medio. Sus ojos, sin gafas, exhibían una expresión comatosa. Ofrecía un aspecto desastrado, con la americana sucia de barro y polvo, como la camisa, y los pantalones rotos y rozados. No llevaba corbata. En una de sus manos sostenía un vaso de papel. Bajo la potente luz, podía percibirse su repulsión, el brillo de la demencia en su mirada.

—Sargento —dijo Milo—, ¿lo estás grabando?

Crespo asintió con ademán tenso.

El vídeo era de alta resolución. No tenía sonido ni contador de tiempo. El zoom se activó hasta recoger un plano más amplio.

A través de las rejas, vieron que el presidente del Círculo Gaudí estaba de rodillas, la cabeza ladeada en posición de súplica. Un temblor sacudía todo su cuerpo entumecido.

—¿Qué son esos papeles que hay repartidos por el suelo de la celda? —preguntó Sena.

—Billetes. De quinientos euros —respondió Bachs, en tono seco—. Un montón de billetes.

Su rostro iba del vaso a la cámara y de esta de nuevo al vaso. Vacilaba. De pronto, como si hubiera recibido una orden, se puso de cara y, con movimientos torpes, empezó a descorrer la cremallera de la entrepierna. Acto seguido, introdujo una mano, se acopló dentro del vaso, y cerró los ojos.

—¡Joder, está meando delante de nosotros! —soltó Cervera, estupefacto.

Una vez se hubo vaciado, levantó el vaso de papel hasta acercárselo a los labios.

—¿Qué coño va a hacer? ¡Será posi...!

Lo apuró de un trago. La cámara mostró su cara agrietada por las náuseas, y cómo se doblaba para arrojar una sustancia blanquecina y grumosa mientras su torso se agitaba por las toses de forma compulsiva.

—Esto es repugnante —murmuró Rebeca.

Félix Torrens alzó el rostro y miró a los telespectadores con unos ojos que habían perdido la razón, implorantes. Sus labios boqueaban unas palabras en silencio.

—Está pidiendo agua. «Dame... agua...» —leyó Sena.

A continuación, de manera inexplicable, se situó a cuatro patas y permaneció quieto.

—¿Qué está haciendo?

—Obedecer una orden —dijo Milo, la voz queda.

Los minutos pasaron lentamente sin que Félix Torrens variara de postura.

De improviso, abrió la boca y se limpió los labios con la lengua.

—La hostia, es como si se relamiera...

Cuando no dejó ni rastro, se dio lentamente la vuelta, como una marioneta teledirigida, hasta colocarse, a gatas, de espaldas a la cámara. De nuevo, aguardó sin moverse. Un instante y asintió con la cabeza. De pronto, comenzó de nuevo a rogar, de forma frenética, sin dejar de negar con sacudidas y súplicas. Se produjo un fundido a negro.

—¿Qué leches es esta mierda? —protestó Cervera, volviéndose a los demás.

—Atento, que vuelve.

La siguiente imagen lo mostraba echado en el suelo, con los ojos cerrados, en el mismo escenario. Respiraba con dificultad. Después, rodaba sobre sí mismo para encararse con la cámara y sus labios articulaban la palabra *agua*. Debilitado, volvía a ponerse a cuatro patas, un momento, y arrancaba a gatear hasta acercarse a las rejas. Se detuvo.

—Y ahora, ¿cuál va a ser la próxima vejación?

—Espera y verás —dijo Bachs.

Rendido, lo vieron abrir la boca. A la izquierda de la pantalla apareció un brazo, la mano enguantada sosteniendo un plato hondo. Un chorro de agua se precipitó en su interior, cayendo más fuera que dentro. Acuciado, como si su cerebro se activara de golpe, Félix Torrens sacó la lengua y la hundió con avidez en el recipiente. Presa de la ansiedad, trasegó el escaso dedo de agua y lamió con frenesí el plato hasta que la mano lo retiró de forma brusca. En la siguiente imagen, sus labios vocalizaban con mansedumbre la palabra *gracias*.

En la pantalla, todos vieron cómo, al cabo de unos segundos, su rostro de dolor se relajaba de manera repentina hasta transformarse en otro de gozo, como si su cuerpo vibrara por una inesperada corriente de placer. Fue una metamorfosis asombrosa, desconcertante.

—¿El tío se... se está... corriendo? —balbuceó Cervera.

Ninguno respondió. Sin poder apartar los ojos del monitor, nadie despegó los labios.

Félix Torrens, como pillado en falta, farfullaba varias negativas hasta que algo lo hizo enmudecer en el acto. Paralizado por un miedo atroz, agrandó los ojos mientras arreciaba de nuevo con las súplicas. Instantes después, se desplomó de cara contra el cemento. Luego, medio histérico, se abrazó a sí mismo mientras iniciaba un leve balanceo. Un corte en negro y la siguiente imagen mostraba un escenario completamente diferente.

En vez del lúgubre espacio de una celda, la pantalla enseñaba ahora una Barcelona sumida en la negrura de la noche. En un lento barrido de este a oeste, recorría toda la ciudad iluminada por el alumbrado artificial. Por contraste, provocó una sensación de calma que todos sabían que iba a desvanecerse de un momento a otro. En esta ocasión, el sonido estaba activado y una respiración, unida al suave frotar de la brisa contra el micrófono, podía percibirse de fondo. La panorámica era completa, sin interrupciones, hasta que la cámara siguió girando y enfocó lo que había a su espalda desde el inicio del barrido. Medio cuerpo de un Félix Torrens aturdido, colgado por los brazos en una cruz de piedra.

—Ya lo tenemos aquí —susurró Cervera sin poderse contener.

—¡Joder, cállate de una puta vez! —repuso Rojo, hastiado.

El zoom aproximó el rostro hasta encuadrarlo en un primer plano. El terror se reflejaba en cada uno de los pliegues de su piel. De golpe, la grabación se interrumpió para reactivarse de inmediato. Ahora, en su cara destacaban las gafas de oscura montura fina.

—¡Será cabrón! —exclamó Sena—. Se las ha puesto para que vea bien Barcelona...

—Es todo un detalle —dijo Bachs—. Y fijaos, le ha limpiado los cristales.

Un plano medio sustituyó al anterior. La imagen de la cruz gaudiniana con el cuerpo colgado ocupaba el centro de la pantalla en una visión impactante. Se mantuvo unos segundos fija hasta que se produjo un nuevo corte. Cuando se reanudó, Félix Torrens estaba aullando de dolor mientras el fuego comenzaba a devorar su carne. El plano medio duró unos segundos. Tras una leve sacudida de la cámara, el ángulo de filmación era otro.

—Ha descendido a los pies del promontorio —señaló el sargento Crespo.

Desde abajo, la pantalla mostraba la estremecedora estampa de las tres cruces sobre el montículo al tiempo que el hombre en llamas se retorcía entre espasmos. El plano sobrecogía por la mezcla de belleza plástica y crueldad despiadada. Las tres cruces asimétricas perfiladas sobre un cielo sin estrellas, iluminadas por el resplandor del fuego ondulante. Luz y sombras en el calvario ideado por Gaudí.

—Me está poniendo enfermo —susurró Rojo.

La cámara, inmóvil, registraba impertérrita la agonía de la víctima. Todos sus gritos y convulsiones. Cuando la intensidad de su dolor fue menguando, pasó a realizar el barrido inverso, lentamente, hasta terminar donde había comenzado, más allá de la Zona Franca.

Entonces, para sorpresa de todos, mientras mantenía el plano final, sonó una voz.

—La lucha antisistema es el camino. Somos legión.

La pantalla quedó en negro y, sin pausa, apareció el rostro de Julia Valle.

—Terribles imágenes, Mauricio, terribles. —Se llevó una mano al pecho—. ¿Qué tal si pasamos a publicidad para recuperarnos de la impresión?

—¡Que alguien apague el jodido televisor! —soltó Cervera.

Todos permanecieron rígidos, sin reaccionar. Cervera se levantó de un salto y desconectó el aparato. Se volvió a los demás.

—¿Qué coño os sucede? ¿Estáis sordos?

—Ahora ya sabemos a qué prácticas somete a su víctima durante el encierro.

Rebeca parpadeó, todavía bajo los efectos del vídeo. A su lado, el sargento Crespo dejó escapar un suspiro mientras cruzaba una mirada con Milo.

—¿Tú te lo crees? Esa declaración me suena, no sé, falsa... Ahora que los demás ya se han ido, te diré que no me la creo ni un pelo. Que lo del rollo antisistema es un cuento chino.

—Opino igual, Toni —dijo Milo—. Ese tipo es un manipulador y esta es su nueva jugarreta. Busca el contagio con jóvenes descontentos, anarquistas, antisistema, gente que, aunque no comparta sus métodos, sí puede empezar a considerarlo un héroe de la causa. Y la putada es que con su frasecita le va a dar a Singla la coartada que necesitaba para mantener al descerebrado de Jon Grau en el calabozo y sus sospechas sobre el colectivo. —Alzó la cara hacia el techo—. Lo último que nos faltaba, liar más el asunto.

—Ha impostado la voz, estoy seguro. La ha enmascarado para hacerla varios tonos más grave, para evitar que podamos identificarla.

Clavó los ojos en el sargento.

—Puede, no suele dejar ningún detalle al azar. Es un sujeto muy meticuloso. Como los cortes en la parte del promontorio. Corresponden a sus palabras. No quería que oyéramos su verdadera voz, salvo la frase final, y entonces la falsea en una más grave y sin emoción.

—¿Y por qué crees que en esta ocasión ha escogido la tele en vez de internet?

—¿Quería la inmediatez, la repercusión instantánea? —Se encogió de hombros—. Lo que está fuera de toda duda es que ha conseguido el objetivo que buscaba. La ventaja es que de este modo ya no hará falta vigilar los cibercafés. Una tarea menos.

—Todo coincide con el perfil de asesino organizado —intervino Rebeca—. Siente una atracción irresistible por ver sus

hazañas a través de los medios de comunicación. Le da poder. —Respiró hondo—. Y una muestra de ese poder es provocarnos. Salir en un programa de máxima audiencia, y en una cadena estatal, es lo mismo que decirnos que no lo vamos a atrapar, que se considera invencible. Un segundo. —Se irguió en la silla—. ¿Cómo ha obtenido Navarro este vídeo? El asesino tuvo que contactar con él. ¡Se reunieron! Tenemos que interrogar a ese capullo. Llama a tu jueza y que mueva el culo para poner en marcha las cosas. ¿No queríamos pararle los pies? Pues nos lo ha puesto en bandeja.

—Explícate.

—Es de cajón, el asesino tuvo que hablar con él para organizar un encuentro mientras Torrens estaba vivo. Tu jueza puede acusarle de obstrucción a la justicia, y lo que es más grave, de conspiración para cometer un crimen. ¡Tenía que saber qué se llevaba entre manos el asesino! Si nos lo hubiera contado, tal vez habríamos podido salvarle la vida. Pero cerró la boca, lo que le convierte en cómplice de asesinato. ¡Lo tenemos agarrado por los huevos!

Milo extrajo el móvil, marcó un nombre y se lo entregó a Rebeca.

—Habla tú con ella. No es *mi* jueza.

Rebeca se puso en pie.

—¿Jueza Cabot? Soy la subinspectora Mercader. —Se alejó hasta la ventana.

Milo la observó hundir una mano en el bolsillo mientras ladeaba la cadera.

—Toni, estoy hasta las narices de ese latiguillo. Palabra. —Soltó el aire de forma audible—. ¿Cómo vas con el encarguito de Singla? ¿Alguna luz sobre la fuente de la filtración? —Observó las bolsas bajo sus ojos, la piel ajada—. No tienes buena cara.

—Es lo que sucede cuando investigas a tus compañeros. Pero respondiendo a tu pregunta, nada, cero. Estamos como al principio.

—Me lo imaginaba. Nadie aquí es tan idiota como para cobrar a su nombre o recibir este tipo de llamadas en su propio móvil. Ni siquiera Cervera. —Se rascó la frente—. ¿Y qué hay del asunto que te encargué sobre las casas de acogida que montó Félix Torrens?

—No he tenido tiempo, inspector. No doy abasto.

—Horas extra, Toni. No hay otra.

—Pero sí he terminado con el listado de muertes extrañas y desapariciones.

Milo se enderezó de golpe.

—¿Lo tienes completo?

Asintió.

—Ha sido complicado. En todo el Estado ha habido más de catorce mil desapariciones durante los últimos años, y los informes que se remontan más allá de 2000 los he tenido que solicitar a la Policía Nacional. Y ya sabes lo que ocurre con los archivos antiguos...

—¿Se lo has contado a alguien?

—A nadie, ni a ella. —Señaló a Rebeca con un gesto—. ¿Cuándo se lo vas a explicar?

—En cualquier momento, luego. Primero quería que lo acabaras. —Bajó la voz—. ¿En qué año empezaron?

—En 1991. Hubo un cadáver sin identificar. Un mendigo. Fue descubierto en la cascada del parque de la Ciudadela. —Contuvo el aliento—. Ocurrió un 10 de junio.

—¿Partes del cuerpo desaparecidas?

—Una mano, la derecha.

—Hazme un resumen del listado. ¿Recuerdas los datos?

—Algo así no se me olvida. —Torció la cara en un gesto nervioso—. En veinte años, seis muertos, ocho desaparecidos denunciados, y seis casillas en blanco que, según nuestra hipótesis, pueden corresponder a seis personas que se esfumaron sin que nadie las reclamara. En total, veinte víctimas. Una por año, y siempre en la misma fecha. —Se frotó la barbilla—. Antes de 1991 no ocurrió nada el 10 de junio, se interrumpe el patrón. No tengo la certeza absoluta, pero todo señala que fue a partir de ese año cuando comenzó la serie de crímenes.

—¿Y este último 10 de junio?

—Casilla vacía.

—¿La cascada donde apareció la primera víctima tiene algo que ver con Gaudí?

Crespo volvió a asentir.

—La diseñó él. Pero hay más. —Echó un vistazo a Rebeca y convirtió su voz en un susurro—. También presenta una peculiar geometría, como sucedió con la plazoleta Aribau... y como sucede de igual forma con el parque Güell. Todo está relacionado. —Se inclinó hacia Milo—. De esto te quería hablar. Creo que sería conveniente una nueva visita a Gombrowicz. Te lo digo por las extrañas coincidencias que estoy encontrando. Preferiría que os las explique un experto. Si quieres, puedo organizar la cita. Y esta vez me gustaría acompañaros.

—Ningún problema, lo dejo en tus manos. Pero que sea la semana que viene, este sábado y este domingo estoy ocupado.

Rebeca regresó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Las cosas están en marcha —dijo. Le devolvió el móvil—. La Cabot comparte mi teoría y ahora mismo está redactando la orden para ponerlo a disposición judicial. También activará la alarma en Barajas para que la Guardia Civil nos avise cuando ese cabronazo fiche la tarjeta de embarque. Lo pillaremos cuando aterrice en Barcelona, y lo llevaremos a la Ciudad de la Justicia.

—Antes me gustará cruzar unas palabras con él en privado.

—¿Qué tienes en mente?

Milo apartó el aire con un gesto vago.

—Veo que *tu* jueza es rápida de reflejos —dijo.

—¿Detecto un tono de celos?

—Hablabas del perfil del asesino. Sigue, hoy estás sembrada.

—¿Y ahora uno de envidia?

—Subinspectora, no estoy para bromas. ¿Qué te dicen esas imágenes?

—El sujeto ejerce un control absoluto sobre la víctima. No siente ninguna empatía por ella. La tortura psicológicamente, la hace depender de él para sobrevivir. Estamos hablando de dominación, sometimiento y asesinato. Su poder sobre ella es total, definitivo, y eso le da satisfacción. No se conforma con matarla, sino que desea causarle el máximo sufrimiento, una muerte lenta. La humillación

es triple: primero, durante su cautiverio; luego, exponiéndola en público al acabar con ella; y por último, divulgando su degradación y agonía por televisión.

—¿Puede estar vinculado a las formas de abuso que sufrió él mismo en el pasado?

—Es lo más probable. —Reflexionó unos instantes—. Por lo que hemos visto, lleva a cabo un ritual muy preciso. En principio, diría que está reproduciendo episodios que debió de padecer en su propia carne. Todo es muy mecánico, ordenado, sin dar pie, en apariencia, a la improvisación. Sí, creo que está reviviendo sucesos ocurridos en su infancia o adolescencia.

—Sucesos que bien pudo provocar Félix Torrens.

—No lo podemos saber —repuso—. La manera de ensañarse con él podría señalar lo que dices, pero no hay forma de confirmarlo. ¿Eduard Pinto también lo sometió a abusos?

—No nos mostró su cautiverio, solo su ejecución y agonía. Hay una diferencia.

—Pero no lo sabemos con seguridad, inspector. Solo podemos conjeturarlo. Y recuerda que no hemos encontrado nada que relacione a Eduard Pinto con Félix Torrens.

—Lo que no quiere decir que no lo haya habido.

—Suposiciones. —Negó con un gesto—. Sin pruebas, no tenemos nada.

Milo guardó silencio. Desvió la mirada hacia el monitor apagado.

—Convendría volver a verla —dijo—. ¿La repasamos?

El sargento Crespo hizo rodar la silla hasta los mandos mientras Rebeca esgrimía una mueca de disgusto. Tras unos segundos, la filmación ocupó la pantalla.

—Vale, la víctima está al límite de su resistencia, muerta de sed —describió Milo—. El zoom se activa y... detén la imagen. ¿Qué vemos? Está en una celda. No se ven ventanas.

—Dispone de un sótano, o un almacén. Un espacio cerrado.

—Y alejado —apuntó Crespo—. La víctima debió de gritar con todas sus fuerzas. En las cercanías no hay vecinos. No es un piso. ¿Tal vez una torre?

—O una casa fuera del área metropolitana —repuso Rebeca —. Las rejas son raras, ¿no os parece? No son los barrotes habituales. —Hizo un gesto de estupor—. Nunca había visto nada semejante, tan irregulares, tan... peculiares.

—Son de hierro forjado —dijo Crespo—, y simulan plantas y enredaderas. ¿Qué es eso de ahí abajo, a la izquierda? —Lo señaló —. Parece el borde superior de una cabeza de animal, pero no lo veo bien; el encuadre no recoge el resto. —Se volvió hacia Milo—. ¿Quién utiliza un enrejado tan sofisticado para cerrar una celda?

Milo sostuvo su mirada.

—¿Un coleccionista excéntrico? Quizás empleaba antes ese espacio como bodega.

—Es posible. —Forzó la vista—. Es de tamaño reducido. Aunque sin verla por completo no puedo afirmarlo. Y respecto a la reja, no sé, pero diría que no está acabada, que la disposición de los adornos es extraña. ¿Un material de derribo que el asesino compró en un desguace, en un almacén de hierros, en un anticuario? ¿O se la encargó, vete tú a saber cuándo, a un forjador? Puede provenir de cientos de sitios, es como buscar una aguja en un pajar.

—Sigamos —murmuró Milo—. La celda está llena de billetes.

—El sujeto se los lanzó con desprecio —dijo Rebeca—. Torrens debió de ofrecerle dinero y esta fue su respuesta. Lo del maletín del coche no entraba en sus planes.

—Y ahora, lo obliga a beber de sí mismo. Ordena, y la víctima obedece. Sumisión absoluta. ¿Qué le ha prometido a cambio, cuál es el premio?

—Agua, sin duda. Por eso Torrens acata sus instrucciones y se humilla sin remedio. No tiene otra salida. Resistirse es morir. Lo obliga a limpiarse, a quedarse quieto.

—Pero se mueve. Y recibe su castigo. Se queda sin agua. Para el vídeo, Toni.

—Es repulsivo —masculló Rebeca.

Milo tensó los hombros.

—El asesino no tiene prisa. Filma con calma, con todo el tiempo del mundo. Se regodea en los detalles. Utiliza técnicas

cinematográficas, zoom, barridos, ángulos, planos diferentes. Es una barbaridad, pero tengo la impresión de que tiene cierta vena de artista.

—Del horror —replicó ella—. Es un perverso, un torturador. ¿Dónde ves el arte?

—Toni, pásalo hasta la toma del Calvario. —Aguardó—. Aquí, ¿no te das cuenta? —Señaló el penúltimo plano—. Fíjate en las cruces recortadas contra el cielo, el efecto del fuego, cómo recoge las sombras y el resplandor de las llamas. Estoy de acuerdo en que su crueldad es infinita, pero no me negarás que las imágenes contienen, no sé cómo llamarlo, una inclinación creativa. No son burdas ni cutres de estar por casa. —Separó los brazos—. No son solo películas, subinspectora, busca algo más. Son imágenes vigorosas, con cierta poética. Crueles, pero estéticas. Como una de terror que hipnotiza por la fuerza de sus escenas. Es capaz de transmitir, y lo consigue. Quiere hacerlo bien, y tiene el talento para lograrlo.

—¿Crees que se trata de un director de cine frustrado?

—O un aficionado, un estudiante. No sé. Solo es una sensación.

Crespo reprimió un gesto de impotencia.

—Vale, puede estar relacionado con el hierro, el coleccionismo o el cine. ¿Por dónde empezamos a buscarlo, por las páginas amarillas? Esto cada vez tiene menos sentido.

—Prosigamos, Toni. Donde lo habíamos dejado.

El sargento apretó el botón de rebobinado. Resultaba chocante ver las imágenes a cámara rápida y Rebeca apartó la mirada. Cuando se detuvieron, volvió a fijarla en la pantalla.

—Sigue la mecánica orden y acatamiento —dijo—. Y esta vez la víctima obtiene la recompensa. Le da de beber agua.

—Sí, pero de un plato. Lo obliga a lamerlo. Dominación, humillación.

—Y sumisión. Le da las gracias. —La cara de Rebeca se iluminó—. Amo y esclavo. Activo y pasivo. Esto va de sadomasoquismo. De obtener placer a través del dolor.

—O más allá —dijo Milo, sin inflexión—. Observa la cara de

la víctima, su expresión. No es un orgasmo, pero ¿no veis el gozo? Su rostro expresa un alivio íntimo, y no es por medio del dolor, sino de la degradación. Es un nivel superior.

—Maestro, discípulo.

—Exacto. Y ahora, lo más llamativo: después de beber, la víctima balbucea sin cesar. De golpe, enmudece, pone cara de haber visto al demonio y arranca a gimotear como un poseso. ¿Qué le ha provocado ese miedo atroz? —Observó sus expresiones interrogantes—. Toni, pasa las imágenes de nuevo.

Los tres contemplaron la escena.

—Niega claramente y luego... se queda lívido, petrificado, como si hubiera recibido un tiro —definió Rebeca—. ¿Qué le ha dicho el asesino que le resulta tan aterrador?

Crespo detuvo la imagen. El rostro de Torrens exhibía un espanto escalofriante.

—Le ha hecho recordar —dijo Milo—. Volver al pasado. Acaba de saber que está perdido. El asesino no olvida. No perdona. Las dos frases de La Pedrera. Sigue, Toni.

El sargento desactivó la pausa.

—Y a continuación —indicó Rebeca—, más negativas, más súplicas...

—No —rebatió Milo—, no está implorando. Dice... —Se detuvo—. No logro leerle los labios. ¿Alguno puede interpretar los movimientos de su boca? Toni, pásalo de nuevo.

Crespo la hizo retroceder y avanzar un par de veces.

—«Pero tú..., tú...» —empezó Rebeca.

—«... no eres... Tú eres...» —finalizó el sargento.

—«Pero tú, tú no eres. Tú eres» —dijo Milo—. Páralo. —Se volvió hacia ellos—. Ha reconocido al asesino. Y no es quien creía que era. —Inspiró con fuerza—. Es otro.

—Joder.

—Abusó de más de uno. Ahí está la prueba. —Señaló la pantalla—. El pasado ha vuelto para vengarse. Solo que ahora, el maestro y el discípulo han intercambiado los papeles.

—Era el amo, el maldito amo —dijo Milo con frialdad, la cara convertida en una máscara de hielo—. Se creía un ser superior, el dueño y señor de todo y de todos. Podía coger lo que se le antojara. Y ese diosecillo abyecto se encaprichó de un menor, de varios. Los tenía a su merced en sus casas de acogida. No tenía que salir a buscarlos, ellos iban a él. Indefensos, vulnerables. Y volcó en ellos su necesidad de dominación, sus obsesiones. —Hizo una pausa. Tomó aire y dijo—: Satisfizo sus deseos. Todos sus deseos. Sin importarle las consecuencias.

—Ese Torrens era un miserable —dijo Rebeca, la voz trémula —. En vez de una bolsa de nailon, los de la Científica tendrían que haberlo recogido en un cenicero.

Milo se giró bruscamente hacia el sargento Crespo.

—¿Cuándo montó la primera casa de acogida?

—A comienzos de 1987.

—¿Y las otras?

—A finales del mismo año en Lérida, y a mediados de 1988 en Gerona.

—Y regresó a Barcelona en 1990 para hacerse cargo de la fundación Círculo Gaudí, ¿es correcto? —Crespo asintió con un golpe seco—. Tres años al frente del proyecto. —Bajó la cabeza—. Tres años ejerciendo su poder con los menores. Suficiente para trastornar a cualquiera. Y con uno basta.

Lo contemplaron mover los labios en silencio, calculando. Levantó el rostro.

—¿Cuándo me has dicho que empezaron los crímenes del asesino del listado?

—En 1991. —Clavó la vista en sus ojos—. Un año después del regreso de Torrens.

—¿De qué asesino estáis hablando? —intervino Rebeca—. ¿De qué listado?

—Cuando cumplió la mayoría de edad y abandonó uno de esos centros.

Crespo contó con los dedos de manera apresurada.

—Por esa regla de tres, tenía catorce años cuando cayó en sus manos.

—O más, depende de la fecha de su ingreso y de la edad que tuviera entonces.

—Da igual. —El sargento apretó los dientes—. Era un menor y su mente era maleable como el barro. Bastan seis días para que un adulto desarrolle el Síndrome de Estocolmo; imagínate un muchacho, y no durante una semana, sino en un año, dos...

Milo endureció la expresión de su cara.

—Lo transformó en un monstruo, a su imagen y semejanza. Lo educó a conciencia.

—Y cuando recupera las riendas de su vida, viene a Barcelona, se instala, y nuestro joven psicópata inicia su andadura criminal.

—Sí, movido por la sed de venganza.

—Pero el Verdugo de Gaudí no hace ni dos semanas que actúa, y su método es diferente —replicó Crespo—. Es organizado. El del listado es todo lo contrario. Parece actuar por impulsos, como un cazador. Y no utiliza el fuego.

—¿Qué asesino? ¿Qué listado?

—Tal vez son dos asesinos distintos —dijo Milo—. Y Gaudí el elemento común.

—¿Un imitador? ¿Uno que ha tomado el relevo?

—Todo empezó hace veinte años. El pasado no se puede cambiar. —Parpadeó, ofuscado—. Nos faltan muchas piezas del puzle, pero las que tenemos encajan.

—¿Y qué pinta Eduard Pinto en todo esto, inspector? ¡No tiene pies ni cabeza!

—Ni idea. Pero urge que averigües todo sobre esas casas de acogida. Necesitamos saber los nombres de los niños y niñas que fueron acogidos en esos centros. Entre ellos se encuentra nuestro psicópata... o psicópatas.

El sargento afirmó con vehemencia.

—Haré lo que pueda.

—Hazlo.

—¿Qué listado? ¿Qué asesino? —insistió Rebeca colérica, levantándose.

Crespo y Milo la imitaron.

—Luego, chica dura, te lo explico luego.

19

—Y esto es lo que hay. —Le entregó la carpeta—. Ahora ya sabes lo mismo que nosotros.

Rebeca soltó un suspiro.

—Cuesta de creer. Veinte años llevando a cabo crímenes, y nadie repara en él. Ha pasado desapercibido. Como si fuera invisible.

—Hasta ahora.

—No es el mismo asesino, inspector. Juraría que son dos diferentes.

Milo desvió la mirada y observó de nuevo la plaza a través de su ventanilla abierta. Lo llevaba haciendo durante la última hora y media a intervalos de diez minutos. Había aparcado ante la tienda de mantas, junto a unas macetas con arbustos que delimitaban la terraza de un bar. Desde allí, además de impedir que su hermano y Sara lo descubrieran al salir de casa, disponía de una buena posición para tratar de distinguir el rostro de Kata entre la gente, hasta ahora sin éxito. La pandilla de los monopatines todavía no se había presentado. El calor en el interior del vehículo era infernal, y el ruido del intenso tráfico que colapsaba las vías de salida de la ciudad para disfrutar del fin de semana, unido a los pestilentes humos de los tubos de escape, provocaba un aire infecto, agobiante.

—¿Un asesino desorganizado no puede volverse metódico y racional?

—Sería más lógico lo contrario, que uno organizado pierda la cabeza, el control, y se desequilibre hasta volverse frenético. Pero ¿a la inversa? Lo dudo. Estamos hablando de personalidades psicóticas y cualquier cosa es posible, pero hay pocas probabilidades. —Se cruzó de brazos—. Un asesino no es una

máquina, ni sus actos ni rituales son fijos y exactos. Puede alterarlos, en mayor o menor medida, aunque me resulta inverosímil hasta tal punto.

Se volvió hacia ella. Vio su frente perlada de sudor, un brillo mortecino en los ojos.

—¿Lógica, probabilidades? Hablas de su comportamiento como si fuera una ciencia matemática y te olvidas de las emociones. Las personas cambiamos en veinte años.

Rebeca se mordió un labio.

—No te digo que no, pero sus actos son completamente distintos, opuestos. Uno escoge sus víctimas al azar, el otro va en busca de personas concretas. Uno acecha mendigos, sin papeles, prostitutas; atrapa al primero que se le pone a tiro, lo hace desaparecer o acaba con él de forma violenta, se lleva una parte de su cuerpo y abandona el resto. Hay sangre. El otro, en cambio, elige a conocidos prohombres, los somete a tortura, y luego los cuelga y quema vivos, sin derramar una gota. Uno no deja firma, lleva veinte años en acción, una vez al año, y el otro firma con una G, acaba de empezar, y lleva dos víctimas en quince días. Uno persigue que sus crímenes no llamen la atención, y el otro todo lo contrario, incluso utiliza internet y un canal televisivo para alcanzar la máxima difusión. —Sacudió la cabeza—. Son *modus operandi* que no guardan relación, claramente diferentes.

—Vinculados por un elemento común: Gaudí.

Rebeca permaneció unos instantes ensimismada. Al cabo, hizo chasquear la lengua.

—Empecemos por el principio. —Abrió la carpeta que había elaborado el sargento Crespo y buscó la página que correspondía al año 1991—. Primera víctima: el cuerpo de un mendigo, NN, sin mano, encontrado en la cascada del parque de la Ciudadela, diseñada por Gaudí. —Pasó la hoja—. Al año siguiente, es hallado el cuerpo de un drogadicto, sin cabeza, frente al hospital de San Pablo, justo en la diagonal que abre la avenida Gaudí y que desemboca en el ábside de la Sagrada Familia. Luego, en 1993 y 1994, se interrumpen los asesinatos y comienzan las desapariciones; una anciana que padecía alzhéimer y un

veinteañero fugado de su casa. ¿Por qué este cambio?

—¿Para que nadie descubriera que había un asesino en serie actuando?

—Y otra pregunta, ¿por qué damos por sentado que empezó en 1991? Las casillas anteriores a esa fecha también están en blanco.

—Porque en el listado las vacías se dan a partir de 1995, y porque es cuando comienza a producirse el patrón. —Se frotó la nuca—. Escucha, todo esto tiene sentido si lo estudiamos a toro pasado. Me refiero a que la premisa se cumple cuando retrocedemos en el tiempo. Pero si lo observas en presente, año a año, solo parecen parte de los sucesos habituales que ocurren en una gran urbe. Por ello nadie se percató. No hay constantes que se repitan, salvo la fecha del 10 de junio. Pasaron disimulados entre las cifras de criminalidad. Y podrían haber seguido pasando desapercibidos de no ser por la irrupción del Verdugo de Gaudí.

Rebeca lo contempló con expresión indecisa. Se encogió de hombros.

—Está bien, sigamos. Dos años en blanco y en 1997 desaparece una estudiante de intercambio, una italiana de veintiún años. Luego, en 1998, es hallado el cadáver de una prostituta sin pie en la plazoleta Aribau, en el parque de la Ciudadela, también diseñada por Gaudí; y el año siguiente, el cuerpo de un viejo sin papeles pakistaní sin mano delante del Palau Güell, obra asimismo del arquitecto. ¿Premonitorio?

Milo no contestó.

—Dos desapariciones más, un mendigo y otro joven fugado, y nueva casilla en blanco. A un anciano de un geriátrico se lo traga la tierra y en 2004 es descubierto el cuerpo de un sintecho en la Plaza Real, a los pies de una farola de Gaudí, sin dentadura. Desaparece otra prostituta, y dos casillas vacías consecutivas. En 2008 se denuncia la desaparición de un estudiante sueco, y al año siguiente el cadáver de un nuevo sintecho, NN, aparece flotando sin mano en la fuente del Geni Català, muy cerca de donde Gaudí realizó sus estudios. Y el pasado 10 de junio, para rematar el asunto, casilla vacía. —Se reclinó en el asiento—. Esto es

demencial, no hay pautas. Primero mata, luego hace desaparecer, imagino que para no dejar rastros, y por último, si no encuentra una presa fácil, combina las dos fórmulas, como si improvisara sobre la marcha. No sigue un sistema lógico, ordenado.

—O todo lo contrario —dijo Milo—. Y sí hay una pauta. Gaudí.

—Vale, pero el Asesino del Listado no busca causar alarma social. Es un cazador invisible que no pretende presumir de sus gestas. Justo al revés que el Verdugo, que quiere hacer ruido, daño. Mucho ruido y mucho daño. Sembrar el terror en la ciudad. —Levantó los brazos exasperada—. Lo único que tienen en común es su fijación por el arquitecto.

Milo desvió la mirada a la plaza. La panda de los monopatines acababa de hacer su entrada con los equipos de música a tope y demás parafernalia habitual. Se aclaró la garganta.

—Tienen otra —dijo—. Ninguno de los dos escoge a niños entre sus víctimas.

—Eso no lo sabemos —rechazó Rebeca—. Las casillas vacías pueden corresponder a cualquiera. —Lo vio tamborilear sobre el volante, en silencio—. ¿La distingues entre ellos?

Milo negó con un gesto, sin volverse.

—¿Y si se ha marchado de vacaciones, inspector? ¿Has contemplado esa posibilidad?

—Según tú, ¿qué busca el Asesino del Listado? ¿Qué necesidad satisface?

—Calmar sus instintos. A mi modo de ver, su comportamiento en su vida normal no es irregular. No llama la atención, es uno más entre los ríos de gente. Y eso le encanta, pero también lo enfurece. No se siente orgulloso de sus asesinatos y por eso intenta ocultarlos. Son obra de su naturaleza, de una naturaleza que no domina y por eso, en el fondo, la detesta. Se convierte en *alguien especial* matando. Parece desear un proceso de transformación.

—¿Y el Verdugo?

—En su caso, yo diría que se siente infravalorado. Tanta teatralidad es una forma de reforzar su autoestima. Posee un alto nivel de organización, así como gran control sobre sí mismo. No

mata, ejecuta; y a estas víctimas en concreto para eliminar la causa de todo lo malo de su vida. Cree que sus crímenes están justificados, está orgulloso de ellos. Para él, son un acto de justicia. De castigo. Castigo divino. Y su uso del fuego me sugiere dos cosas; por un lado, que desea aportar luz a lo oscuro, a los traumas que vivió en el pasado; y por otro, que necesita *desinfectarse* de dichos sucesos. Está inmerso en un proceso de purificación.

Milo entornó los ojos. Gruesos goterones de sudor resbalaban por sus patillas.

—¿Y por qué ha esperado tanto? —preguntó, la vista clavada en la plaza.

—Lo ignoro. ¿Quizás a sentirse preparado, con fuerzas? ¿A tenerlo todo listo?

—No, tiene que haber un detonante. Algo lo ha hecho explotar ahora. Algo que le ha obligado a revivir esos sucios episodios que decías. —Hizo una pausa—. Pero ¿cuál?

—Hay multitud de interrogantes. Como dijo Crespo, esto no tiene pies ni cabeza.

Milo hizo un gesto negativo con la mano, lento, extremadamente pausado.

—Hay un sentido, ambos nos lo están explicando con sus acciones. Y lo tenemos ante las narices, pero no lo vemos. —Se giró hacia ella—. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? Siempre hay una razón.

—No, inspector, ahí te equivocas. ¿Tú siempre sabes por qué haces lo que haces?

—Olvídate de mí. Sus hechos demuestran odio. ¿Y por qué tanto rencor? En tu opinión, porque los dos se sienten inferiores a los demás. —Respiró con hondura—. Pero también se puede odiar a la gente porque te sientes superior.

—De acuerdo, ¿y qué?

—¿Qué es lo que falta aquí? ¿Qué es lo que no hay?

Rebeca observó su rostro tenso.

—¿Víctimas infantiles? Pero ya hemos comentado que no podemos saberlo porque...

—Supongamos que las casillas vacías no corresponden a

menores —la cortó—. Y supongamos que son dos los asesinos, uno organizado y otro desorganizado. ¿Cómo fue aquello que dijiste ayer? Cuando eras una adolescente, tomaste la decisión de convertirte en cualquier cosa antes que en una víctima. ¿Era así?

—Sí, pero...

—Tienes dieciocho años y acabas de salir de un centro de acogida donde han abusado de ti. Odias el mundo. Regresas a Barcelona. Estás solo en la ciudad. Has sufrido humillación, un depravado te ha convertido en esclavo. Corre el año 1991 y... ¿qué haces?

Rebeca se retrepó en el asiento.

—Comienzo a matar. Tal vez ya arrastraba una psicopatía antes de entrar en el centro.

Milo se quedó callado, pensativo. Negó con suavidad.

—No, no concuerda. Ese cerdo te ha vuelto sumiso, pasivo. No encaja —insistió, la mirada ausente. Un momento y pestañeó—. A no ser..., a no ser...

—¡Coño! ¿A no ser qué?

—Que no salieras del centro en 1991, sino en 1990. —Entornó los párpados—. Lo abandonaste poco antes que Félix Torrens, cuando cumpliste dieciocho años.

—¿Y por qué antes que ese tipejo? ¿Cómo llegas a esta conclusión?

—Porque no sabes qué hacer sin un amo. Estás solo. Por eso no empiezas a matar.

Rebeca se quedó boquiabierta.

—¿Y a qué me dedico entonces? ¿A rabiar en silencio?

—Te encierras en una madriguera. Y sufres. Enloqueces a cada minuto que pasa.

—Pero ¿por qué espero un año para desahogar mi odio? ¿Qué aguardo?

La cara de Milo se desfiguró con una expresión lunática. La miró directamente.

—Una orden —dijo.

Rebeca agrandó los ojos.

—Es lo que me han enseñado en el centro —admitió—. A

obedecer. Y..., y cuando la recibo, doy rienda suelta a mis impulsos, cometo los crímenes. Aunque solo me dan permiso para actuar una vez al año, un 10 de junio. Puedo hacer lo que quiera a quien sea... menos a niños. Pero ¿quién me da la orden? ¿Quién me domina?

Milo se señaló el pecho.

—Yo. Tu compañero en la casa de acogida.

—Tú no has sido el único menor en sufrir las vejaciones en el centro. Yo soy más joven que tú y me he quedado atrás, sin cumplir aún la mayoría de edad. Te veo marchar. Me siento perdido, indefenso. Voy a ser tu sustituto, lo sé, el nuevo capricho de ese cerdo. Mi única defensa es aunar toda mi fuerza mental. Y tomo una decisión: antes que en víctima, me convertiré en cualquier cosa con tal de sobrevivir. Lo juro. Por mi vida.

Rebeca tragó saliva. Las pupilas de Milo eran dos agujeros negros.

—Pero el cabrito comienza a someterte.

—Y me rebelo. Aprendo rápido el nuevo rol. He tenido un buen maestro.

—Entonces te conviertes en verdugo.

Milo negó con un movimiento eléctrico, furioso.

—En amo. No sé cómo, pero logro dar la vuelta a la situación —dijo, la voz ronca—. Y empiezo a dominar a quien me ha estado sometiendo a todo tipo de degradaciones.

—Dejas de ser el discípulo y te transformas en un monstruo más perverso que tu maestro. Para sobrevivir. Cualquier cosa antes que en víctima. Y abandonas el centro.

—Y te encuentro tirado, solo en la ciudad. Necesitas a alguien que te dé instrucciones. Un sentido, una misión. A alguien que te susurre al oído las palabras que te levanten.

—Yo estoy dispuesto a obedecer —musitó ella—. A ser sometido.

—Y yo a ordenar. A ser dominante.

Rebeca sintió un escalofrío recorrer su espalda. Lo apuntó con

un dedo tembloroso.

—Tú eres el organizado. Tienes la mente perturbada. Eres el Verdugo y mandas.

Asintió.

—Y tú el psicópata desorganizado, el Asesino del Listado, y me obedeces.

Ambos se contemplaron con fijeza, la respiración entrecortada.

—Tenía razón —dijo ella con un hilo de voz—. No es el mismo asesino.

—Pero no actuamos cada uno por nuestro lado. Formamos equipo. Un equipo letal.

—Estrechamente unidos. Nuestro vínculo es profundo, definitivo. ¿Por qué?

Con voz monótona, Milo dijo:

—Cuando un emperador entraba triunfal en Roma ante las aclamaciones de la gente, llevaba en la cuadriga, a su lado, un esclavo que le susurraba al oído todo el rato: «Solo eres un hombre». —Clavó la mirada en un punto del parabrisas—. En nuestro caso fue al revés. No cesé de repetirte: «Eres dios». Tenía que hacerte sentir invencible. Cuestión de supervivencia.

Giró la cabeza hasta encararse con Rebeca. Se encorvó sobre ella. La subinspectora vio el vacío que asomaba en sus ojos, su expresión demente, y palideció mientras se hundía en el asiento, empequeñecida.

—A partir de ahora yo te dirigiré —dijo Milo—, harás todo lo que yo te ordene. Solo vivirás la realidad que te imponga. Me lo debes, me abandonaste en el centro. Para obtener el perdón, serás mi leal lacayo. Obedéceme, y jamás nadie volverá a humillarnos. Serás dios infligiendo castigo. Mi brazo ejecutor, un ejecutor implacable. Esta será tu misión.

Rebeca acató con levedad, intimidada.

—Seré tu siervo.

—Y yo tu dueño.

Ella bajó la vista. Se agarró las manos y las puso entre las piernas, estremecida.

—¿Y por qué tú, mi amo, has decidido intervenir ahora? ¿Por qué precisamente ahora?

—Porque hemos vuelto a sufrir una nueva humillación. Y no lo puedo tolerar.

La sangre se le agolpó en el cerebro al notar cómo las piezas encajaban de repente.

Se volvió hacia él poco a poco.

—Muchas cosas cuadrarían —murmuró, parpadeando.

Milo ensombreció la expresión.

—O puede que todo sea una conjetura. —Hizo una mueca—. Una bonita conjetura.

Sonó un móvil y ambos pegaron un brinco. Rebeca reconoció la sintonía de *Born in the USA*, de Springsteen. Lo abrió.

—¿Sí? —dijo, con voz inaudible. Carraspeó y volvió a repetir —: ¿Sí?

Milo se frotó los ojos con los nudillos. Luego, retornó la vista a la plaza. Observó a los *skaters*. Kata no estaba entre el grupo de jóvenes y maldijo en silencio.

—Era la jueza Cabot —dijo Rebeca, guardando el teléfono—. Acaba de recibir la llamada de la Guardia Civil. Ha fichado el embarque. Nos vamos al aeropuerto.

—Mauricio Navarro.

—Mauricio Navarro.

Milo llevó una mano a las llaves. Se detuvo. Permaneció quieto, sin dar al arranque.

—¿Qué sucede?

—Félix Torrens no llegó a montar ningún centro de acogida en Barcelona. Entonces, ¿por qué queremos vejarla? ¿Qué nos ha hecho la maldita ciudad?

Rebeca resopló.

—No fastidies, inspector. Dame un respiro.

Dejaron atrás la plaza Cerdà, el complejo de la Ciudad de la Justicia, y enfilaron la C-31 rumbo al aeropuerto. Los seis carriles estaban repletos de vehículos, marchaban con paso de tortuga, y

Milo se vio obligado a aminorar la velocidad.

—Pon la sirena, llegaremos tarde —dijo Rebeca.

—¿Qué sirena? Yo las odio, no las soporto ni en pintura. Y no llegaremos tarde. Tenemos cincuenta minutos y solo son seis kilómetros. ¿Habrá allí una dotación de agentes?

—Con la puñetera orden —confirmó, poniendo mala cara.

Milo movió el cuello a izquierda y derecha.

—Por aquí fue donde el Verdugo inició su barrido desde el promontorio del parque Güell. —Ella no abrió la boca—. Y también donde acabó el vídeo, soltando la frasecita de la lucha antisistema. —Frunció el ceño—. ¿No te resulta extraño?

—Lo que me resulta extraño es que no lleves una puta sirena y que ni siquiera te metas en el arcén para avanzar más rápido. Somos la policía, ¿recuerdas? Y estamos de servicio.

—Esa cara de mala uva no te va a favorecer por la tele. ¿Me dejas tu bloc de notas?

Ella se lo entregó.

—¿Para qué lo quieres? ¿De qué hablas?

Milo lo guardó. Metió segunda y recorrieron un tramo sin tiempo de utilizar la tercera.

—Me estoy poniendo de los nervios, te aviso. Si tuvieras aire acondicionado la cosa sería menos insufrible. Inspector, este coche es un desastre. Deberías cambiarlo.

—Por cierto, estamos fuera de la investigación oficial. ¿No te lo había dicho?

Rebeca se revolvió hacia él hecha una furia.

—¿Qué mierdas estás diciendo?

—Que estamos solos, al margen del Grupo. —Se encogió de hombros—. Lo lamento por ti, has tenido la mala pata de que te destinaran a ser mi canguro.

Ella apretó los labios, le lanzó una mirada asesina, y volvió a mirar al frente.

—Rectifico lo de antes. Todo tú eres un inmenso desastre. Joder.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio.

Aparcaron ante la terminal del Puente Aéreo, detrás del coche de los Mossos d'Esquadra. Milo impartió instrucciones y uno de los agentes fue con ellos. El otro aguardó en el vehículo.

Franquearon la entrada y un golpe de aire frío los hizo estremecer de pies a cabeza. Sin reducir el paso, fueron directos a la zona de llegadas en el preciso instante en que el rostro inconfundible de Mauricio Navarro, con su perilla blanca y el ondulado cabello negro, hacía su aparición en las puertas correderas escoltado por dos individuos. El de su izquierda era un melenudo de mirada distraída, con una cámara colgando al costado, y vestido con vaqueros, camiseta sin mangas y deportivas. El de su derecha, en cambio, iba completamente trajeado y, por la expresión ceñuda de su rostro, Milo adivinó problemas.

Se dirigieron hacia ellos. La subinspectora Mercader se les adelantó.

—Mauricio Navarro —dijo. Les mostró la placa—. Tiene usted que acompañarnos.

—Un momento, caballeros —se interpuso el hombre trajeado —. Mi cliente, el señor Navarro, no va a ir a ningún sitio sin una orden. Soy su abogado y...

—Aquí tiene su maldita orden —espetó Rebeca, plantándosela en el pecho.

El melenudo se colocó la cámara al hombro, retrocedió un par de pasos y empezó a filmar como si hubiera recibido instrucciones de antemano.

—¿Estoy detenido? —preguntó Navarro con una amplia sonrisa. La gente comenzó a apiñarse en círculo. Levantó las manos en un gesto estudiado y se dirigió a los curiosos—. Ustedes son testigos de cómo la policía autonómica trata de amordazar la libertad de prensa.

—Eso lo determinará la jueza —dijo Rebeca. Lo agarró del brazo—. De momento solo tenemos orden de ponerlo a disposición judicial, y esto es lo que vamos a hacer.

—¡No toque a mi cliente! —bramó el abogado—. ¡Suéltelo de inmediato!

Mauricio Navarro adoptó una pose de mártir.

—Tranquilo, Carlos —dijo—. Ya conozco cómo se las gastan. ¿No les he presentado? Carlos Nin, abogado de Telecinco. Quizá les suene su nombre.

—Todo este numerito les va a salir caro —amenazó—. Si la jueza quería hablar con mi cliente bastaba con una llamada. Hubiera acudido con mucho gusto. ¡Pero esto es intolerable, no pueden tratarlo como a un delincuente!

Navarro extendió las muñecas hacia la subinspectora.

—¿No me pone las esposas?

—¿Va a oponer resistencia?

—Por supuesto que no, guapa, pero siempre he deseado que me espose una mujer.

—Guárdese sus fantasías y camine, vamos —repuso con gesto autoritario.

El periodista no se movió ni un milímetro y Rebeca titubeó un instante.

—Un momento, señores —intervino Milo, sonriendo—. ¿Qué tal si nos calmamos todos un poco? Veamos —dijo. Pasó un brazo por los hombros de Navarro—. Este señor y yo somos amigos desde hace mucho tiempo y creo que todo esto es innecesario. —El melenudo continuó recogiendo la escena sin perderse detalle—. ¿Qué me dices, Mauricio? ¿Por qué no charlamos cinco minutos en privado? —Señaló unos asientos del gigantesco vestíbulo—. Tal vez podamos solucionar aquí el asunto, quién sabe. Por los viejos tiempos.

Navarro lo miró con estupor, confundido. Rebeca le soltó el brazo, tan sorprendida como él por aquella insólita amabilidad. Milo cabeceó para convencerlo.

—¿Qué son cinco minutos para dos amigos?

Dio un paso y el periodista se dejó llevar. Milo le palmeó la espalda.

—¡Mi cliente no habla con nadie si no es en mi presencia! —voceó el letrado.

—¿Ahora necesitas un guardaespaldas? —dijo Milo, burlón—. Cómo has cambiado.

Navarro se volvió a su abogado.

—No pasa nada, Carlos. El inspector y yo nos conocemos y puedo hablar con él a solas perfectamente. No creo que me prepare una encerrona.

—¿Una encerrona, yo? —Milo soltó una carcajada—. ¿Por quién me tomas?

El cámara se apartó para dejarlos pasar sin cesar de enfocarlos.

Rebeca se apresuró a ponerse a su altura.

—Subinspectora, a solas —la detuvo Milo. Sonreía con los labios, no con los ojos.

El abogado se quedó de una pieza observando cómo ambos se alejaban. El agente forzó un gesto de incomprensión hacia Rebeca. Ella se encogió de hombros.

Los curiosos empezaron a desperdigarse por el hall.

—Eres todo un elemento, Navarro. Un profesional como la copa de un pino. No das un paso sin haberlo calculado antes. Ahora me explico tu éxito.

—¿Me estás dando coba? —preguntó, incómodo bajo su abrazo.

Milo alzó la cara al techo y soltó una nueva carcajada sin dejar de avanzar.

Se aproximaron a una zona apartada, con asientos acolchados, y tomaron asiento uno junto al otro. Milo cruzó las piernas, se apoyó contra el respaldo. Navarro, en cambio, se sentó en el borde, con el torso girado hacia él. Lo observó unos segundos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó.

El cámara aplicó el zoom y siguió realizando su trabajo.

—Has montado una buena, ¿eh? —Le dio un golpecito amistoso en la rodilla—. La central de teléfonos saca humo por el aluvión de llamadas que está recibiendo. Ciudadanos indignados que protestan por nuestra falta de eficacia, por haber permitido emitir esas imágenes. Ni te lo imaginas. —Cabeceó—. Bueno, claro que te lo imaginas. Nada de esto te viene de nuevas, es tu especialidad. Y

oye, no tengo nada en contra, cada uno hace su labor.

—Me alegra oírlo.

—Tu acoso está siendo brutal —dijo, sin perder la sonrisa.

—Me halagas.

—Con tu sensacionalismo basura estás logrando justo lo que persigue el asesino, extender el miedo por la ciudad. El pánico.

—Daños colaterales. No es asunto mío.

—Le estás haciendo el juego, dándole la publicidad que desea. Te has convertido en su correa de transmisión. ¿Ahora trabajas para él?

—Soy un periodista libre, no tengo dueño. Lo llevo en los genes.

—¿Y cuando ya no le seas útil? —Chasqueó la lengua—. ¿Has pensado en esto?

Navarro se removió inquieto. La pregunta revoloteó en su cerebro.

—No supongo ninguna amenaza para él. Además, soy un tipo con suerte.

—Sí, hasta que se te acabe. Fíate de un psicópata. —Hizo un mohín—. Estás jugando con fuego. ¿Fuego? ¿He dicho fuego?

—Mi vida es una balsa de aceite, lo tengo todo controlado. Y ya han pasado tres de los cinco minutos. ¿Alguna cosa más o solo querías hablar conmigo para meterme miedo?

Milo se rio abiertamente.

—Eres un lince, Navarro, un fuera de serie.

—Pierdes el tiempo llevándome a comisaría, no vais a conseguir nada.

—Lo sé, por eso te llevaremos a la Ciudad de la Justicia. Lo siento por ti, pero como dice mi compañera, te tenemos cogido por los huevos. Esta vez has cometido un error.

—Yo no cometo errores.

Milo descruzó las piernas. Se inclinó hacia el periodista.

—El asesino contactó contigo para entregarte el vídeo. En ese momento Félix Torrens estaba vivo y tú lo sabías. Pero cerraste el pico. A eso lo llamamos ser cómplice de asesinato. Y está castigado por la ley. Si nos lo hubieras contado, podríamos haberle salvado

la vida.

—Os equivocáis, como siempre —dijo, fingiendo infinita paciencia—. Me encontré el vídeo en mi buzón el viernes por la mañana a primera hora, al salir de casa para venir aquí. El asesino no contactó conmigo ni yo me cité con él. Así de fácil. No sabía nada.

Milo separó los brazos con teatralidad.

—En tu sección del jueves anunciaste a bombo y platillo que al día siguiente harías una intervención especial para presentar un reportaje en exclusiva sobre el Verdugo de Gaudí.

—Me refería a otro.

—Pero sacaste el vídeo del cautiverio y la muerte de Félix Torrens.

—Que obtuve por azar, y la actualidad manda. Me debo a ella. Así funciona este negocio. ¿Qué quieres que haga yo?

—Mientes.

—Demuéstralo.

Ambos sostuvieron la mirada, en silencio.

—No tenéis nada —dijo Navarro, luciendo una sonrisa.

—*Touché* —dijo Milo. Esbozó una más amplia. Extrajo el bloc de Rebeca y tomó unos apuntes sin dejar de asentir—. Entonces, ¿no sabes nada del Verdugo de Gaudí?

—Igual que vosotros. Nada de nada. Como cualquier ciudadano.

—¿Cómo te enteraste de ese apodo? —preguntó, con naturalidad.

Navarro se echó para atrás.

—¿Pretendes que te revele la identidad de mi fuente?

—Estaría bien, sí —dijo Milo, bolígrafo en ristre.

—Mis fuentes son sagradas. Lo que me pides es imposible.

—No hay nada sagrado, Mauricio. Y yo estoy abierto a negociar.

Navarro entornó los ojos.

—¿Qué tienes para ofrecerme?

—A mí —dijo—. En tu sección. Una entrevista en directo. ¿No era eso lo que querías?

El periodista enarcó las cejas.

—Y a cambio, el nombre de mi fuente. —Se acarició la barbilla—. No es un mal trato.

—No quiero ayudarte a ganar audiencia, pero París bien vale algún sacrificio.

—Te destruiré en mi programa. —Sonrió—. Acabaré contigo de un plumazo.

—Eso habrá que verlo. —Acentuó su sonrisa—. Aunque no es tuyo, es de Julia Valle. —Puso los ojos en blanco—. Dices que no tienes dueño y sin embargo ella te tiene bien ceñido con un collar de perro. Te asoma por debajo de la camisa. ¿No te aprieta mucho?

—Los cinco minutos han acabado. —Se levantó de inmediato.

—¿Cómo quedamos entonces? —preguntó, haciendo otro tanto. Guardó la libreta.

—Ya te llamaré.

—Muy bien, como digas.

Extendió una mano y Navarro la estrechó en un acto reflejo.

—Esther Garcilaso —dijo Milo, sin soltarlo.

—¿Cómo dices?

—La última víctima del Asesino del Parking. —Le apretó el brazo suavemente con la mano libre—. Fue por tu culpa. Yo no la he olvidado. Tu filtración dejó dos huérfanos.

Navarro retrocedió un paso y Milo no lo evitó. Continuaba sonriendo.

—Esta conversación ha terminado.

—Eres de lo que no hay —dijo, meneando la cabeza en actitud amigable—. El asesino sabe dónde vives. El buzón. Y tú tan tranquilo. Me quito el sombrero.

—No te pierdas *La ronda* de mañana sábado. Serás la estrella. Prepárate.

El periodista se alejó con rapidez hacia donde le esperaba su abogado.

—No, la estrella serás tú —murmuró Milo. Y al ver que el melenudo bajaba la cámara, desactivó la sonrisa y su rostro adquirió una expresión neutra, impenetrable.

—Eres una caja de sorpresas —dijo Rebeca, de pie en la acera. En el vehículo de los Mossos aguardaban Mauricio Navarro y Carlos Nin, acomodados en el asiento posterior junto al agente—. ¿Algún día lograré entenderte?

Milo se volvió hacia el melenudo de la cámara.

—¿Te llevo a la ciudad?

—Iré en taxi —dijo Lucas, dirigiéndose con grandes zancadas a la parada.

—¿No vienes con nosotros a la Ciudad de la Justicia? —preguntó ella, extrañada.

—Tengo cosas que hacer.

—No te comprendo, de veras. ¿Esas ganas de hablar con él solo eran de boquilla? Parecías una colegiala ante su ídolo musical. ¿Ya le has pedido un autógrafo?

—Como dijo tu jueza, se consigue más con azúcar que con vinagre. —Le devolvió el bloc—. No he hecho más que seguir sus consejos.

—No es mi jueza —replicó Rebeca.

—El asesino volverá a ponerse en contacto con él. —Señaló el coche con los ojos—. Pregúntale a Susana si está dispuesta a dictar una orden para intervenirle los teléfonos. Si se lo pides tú, a lo mejor acepta.

—¿Y de qué nos va a servir? Puede llamar desde una cabina. Nuestro sujeto es inteligente, no cometerá un error de este calibre. Sería más útil someterlo a vigilancia.

—Es la segunda petición que le harás, que alguien no lo pierda de vista ni un segundo. Ya me imagino la cara de Singla, el cabreo.

Rebeca arrugó la nariz.

—¿Y por qué estás tan seguro de que volverá a contactar con él?

—Llámalo corazonada.

Lo observó con fijeza. Milo sostuvo su mirada inquisitiva. Ella asintió despacio.

—Está bien, se lo pediré a la jueza. Aunque pondrá el grito en

el cielo. No creo que le haga mucha gracia eso de pinchar los teléfonos a un periodista.

—A ti parece hacerte mucho caso.

—Te estás poniendo muy pesado con este tema —dijo, molesta.

Dio media vuelta y entró en el coche. Arrancaron. Hojeó el bloc. En una página, garabateado de forma casi ilegible, leyó lo que Milo había escrito. «Este tipo es un capullo.»

Volvió la cabeza, pero el inspector Malart ya había desaparecido.

20

Abrió los ojos. Palpó en la oscuridad hasta que encontró sus vaqueros y extrajo el móvil. Marcaba las 5.14 horas. Se incorporó, se vistió a toda prisa y abandonó el ático. Condujo a toda velocidad por las calles desiertas rumbo a la plaza Lesseps. Luego, tomó por las callejuelas que ascendían por la montaña. Llegó a la calle Santuario esquina con Olot y aparcó el coche.

Se acercó al boquete en el muro y, sin dificultad, se coló en el parque Güell.

Ascendió jadeando hasta el promontorio. Sorteó la cinta balizadora y se detuvo junto a las tres cruces para recuperar el aire. Confiaba en no haber alertado a los vigilantes.

Miró la hora. Las 5.42. Observó la ciudad que dormía a sus pies.

Una urbe capaz de lo mejor, capaz de lo peor.

Capaz de haber engendrado a un psicópata. A dos.

De repente, tuvo una visión apocalíptica. La ciudad era un enorme vertedero donde se amontonaban todas las miserias humanas. Un mito donde convivían víctimas y verdugos: a un lado, los monstruos, los corruptos; al otro, los averiados por los primeros, otro tipo de monstruos; y en medio, la población indefensa. Una coctelera explosiva que amenazaba con convertirla en ruinas. Como dijo el poeta, «el dolor engendra».

El móvil marcaba las seis menos cuarto. Ya era el momento.

Procuró sentir como el asesino. Ver con sus ojos. Inspiró con fuerza y recorrió el panorama de este a oeste, lentamente, hasta dar media vuelta y quedar encarado con la cruz. Luego, hizo el camino inverso y se detuvo en el lugar donde había comenzado. Contempló la Zona Franca, la extensión donde se apiñaban las industrias y naves comerciales, la C-31 que se adentraba en la

planicie. Sacudió la cabeza y enfocó el mar.

Estaba oscuro, tan oscuro como su mente.

Recordó sus sueños de muerte, como si vivir fuera un juego. Como si morir fuera un juego. Los fantasmas se desataron en su interior. *El dolor engendra*. Comenzó a espantarse por los impulsos que martilleaban en su cerebro. *Somos legión*. La decisión dependía de él, ahora, más tarde, en cualquier momento. *Se acaba mi tiempo*. Era una idea que valoraba cada vez más a menudo. *Ahora me ocuparé de ti*. Vislumbró su situación, el porqué de su aliento autodestructor. *Buen chico*. Su pesimismo irredento. *No hay esperanza*.

Entonces cayó en la cuenta.

—No te importa morir —murmuró, aturdido—. Sabes que no hay salida...

—¡Arriba las manos! —gritó una voz—. ¡Ahora!

Dos potentes focos lo cegaron y obedeció la orden en un gesto mecánico.

—¿Quién eres? ¡Contesta! ¿Qué andas buscando aquí?

Las linternas se apartaron un segundo de sus ojos y pudo atisbar los uniformes de dos vigilantes. Ambos le apuntaban con sus armas. Y la expresión de sus rostros era feroz.

—Esto no es lo que parece —dijo—. Mi placa está en el bolsillo.

—¿Eres policía? —preguntó uno de ellos sin acercarse.

—Inspector Malart, del GEHME. Estoy de servicio.

—¿A estas horas? —inquirió, desconfiado.

—Los asesinos no cierran.

Los dos vigilantes intercambiaron una mirada y uno de ellos se acercó para palparle los bolsillos. Extrajo la placa y la enfocó con la linterna.

—Todo en orden, ya puede bajar las manos. —Le devolvió la placa—. Verá, con la que nos cayó encima... Hemos redoblado la vigilancia. Ha sido un malentendido.

—Estoy acostumbrado. Y ahora, si no les importa, me voy.

—¿Quiere que lo acompañemos? Todavía está oscuro y sin luz puede...

—Sabré encontrar el camino.

Pasó por debajo de la cinta balizadora y descendió del promontorio agarrado a la barandilla. Luego, se dirigió hacia el boquete del muro en la calle Olot con el pulso disparado.

Entró en el coche y dio al arranque. Ahora sabía que eran unos kamikazes. Que fuera lo que fuese lo que habían planeado como broche final, les daba igual la muerte. Que no iban a ser detenidos. Metió la marcha y cogió por la primera calle que bajaba hacia el centro.

—Lo que los convierte en una bomba de relojería.

Despejado por completo, sin rastro de sueño, se dirigió a la plaza Universidad. Esta vez aparcó en una parada de taxis, en el lateral de la Gran Vía. Quitó el contacto y se acomodó en el asiento. La espera iba a ser larga. Se cruzó de brazos mientras el cielo empezaba a clarear.

Le despertaron unos golpes en el techo.

—Jefe, aquí no puedes aparcar. Es para los taxistas.

Con gesto aburrido, mostró la placa y el hombre se alejó sin rechistar. Se enderezó. La gente cruzaba la plaza con paso rápido, algunos niños corrían alborozados, y media docena de ancianos ocupaban los bancos al sol. Adormilado, estiró los brazos. Bajó del coche y se acercó a un bar a tomar un café. En la barra vio la portada de *La Vanguardia*. «Félix Torrens quemado vivo en el parque Güell.» La abrió y leyó las páginas interiores. Alguien de la alcaldía declaraba en una entrevista la necesidad de replantear el asunto. «Quizás entre todos hemos cometido una injusticia con él y debamos reparar su memoria.»

—Ya empezamos a cerrar filas —murmuró.

Repasó el resto de la prensa mientras apuraba el café. Abandonó el bar y regresó al coche. Clavó la vista en la plaza. Los del monopatín no habían llegado. Notó plomo en los párpados y decidió no luchar contra el sueño. Al mediodía volvió a abrir los ojos, alertado por el ulular de una sirena. El calor era asfixiante. Caminó un rato por los alrededores, sin apartarse de la sombra. En

un Spar hindú de Tallers compró un par de botellas de agua y unas barritas de cereales. El reloj de la plaza marcaba las siete de la tarde cuando decidió volver a ocupar su asiento tras el volante. Se despertó una hora después. Los monopatines ya circulaban por el lugar. Observó los rostros, ninguno era la chica que buscaba. Al caer la noche, vio a los jóvenes recoger sus bártulos y cómo se alejaban en grupo hacia la plaza Castilla. La paz volvió a reinar sobre el pavimento. Se llevó la segunda botella de agua a los labios y la vació de un largo trago. Acto seguido, dio al contacto y se dirigió a casa.

Subió a oscuras los cuatro pisos y entró en la sala. Puso el televisor. Abrió de par en par las puertas de la terraza y echó un vistazo a la multitud de gente que todavía ocupaba la playa. El mar estaba como todos los días, plano como un espejo. Agarró el mando. Zapeó un rato hasta que se vio a sí mismo sentado frente a Mauricio Navarro en el aeropuerto charlando amigablemente. La voz en off del periodista comentaba las imágenes desde el plató mientras narraba su odisea en la Ciudad de la Justicia, cómo le habían obligado a prestar declaración. Dio al botón de MUTE en el preciso momento en que ambos se levantaban y estrechaban la mano. Clavó la vista en las sonrisas, en el largo apretón, al igual que los millones de telespectadores con que contaba el programa *La ronda*, el de mayor audiencia de la noche del sábado en todo el país. Incluida Barcelona.

Fiel a su cita de todos los domingos, Georgina Perricot acudió a misa de doce en la iglesia de los jesuitas en la calle Caspe y ocupó, como tenía por costumbre, uno de los bancos de atrás, el primero situado frente a la entrada lateral, justo en la cruceta de los dos pasillos. Ella no era como aquellas ancianas fervorosas que llegaban con antelación para coger sitio en los primeros bancos, a la vista de todos, y dejar bien patente sus piadosas creencias. Su fe era reposada y sencilla, y no necesitaba presumir de ella ante nadie. Además, le gustaba observar desde la distancia a los fieles, quién acompañaba a quién, repasar la lista de asistentes, y rezar

por el descanso eterno de los que faltaban por segundo domingo consecutivo, o bien por una pronta y sin dolor, sobre todo sin dolor, resolución de sus problemas de salud. La mayoría de los feligreses pertenecían a la tercera edad, los conocía de vista después de tantos años, y no era difícil imaginar qué les había impedido presentarse a su cita dominical. El resto eran personas de mediana edad, principalmente mujeres, aunque también había algunos hombres, parados lo más probable. Los escasos jóvenes vestían ropas grises y tenían la piel muy pálida.

Entonces apareció el padre Gabriel y todos se incorporaron.

Georgina lo conocía bien. Era un jesuita de pelo blanco, mejillas hundidas y manos de color ceniza. Hablaba con voz profunda, bien timbrada, pero lo hacía con desgana y apenas se le entendía. Se le notaba que había perdido el entusiasmo. Pasado un rato, comenzó a leer el texto de un libro con bordes dorados y cintas de colores sobre las páginas. Con tono aburrido, dijo algo sobre el viento y los sensatos, pero Georgina no acabó de captar el sentido pues el padre Gabriel no vocalizó correctamente. Aquello le dio rabia. Esa clase de textos no se podían leer como si fueran un folleto, sin énfasis. Le faltaba garra, concluyó para sí, no tenía ningún interés en cautivar la atención de la feligresía. Echó un vistazo y, en efecto, nadie parecía atenderle en realidad. Daban la impresión de estar ausentes, con la mente en otra parte. Si fuera ella quien celebrara la misa, no ocurriría lo mismo. Sabría recabar su interés, avivarlo hasta límites insospechados. Claro que ella no había perdido la pasión por las cosas. El padre Gabriel era capaz de dormir a las ovejas.

Las ancianas de los primeros bancos se levantaron y el resto las imitó de forma mecánica. Cuando la gente volvió a tomar asiento, Georgina hizo otro tanto mientras se abstraía en sus problemas. No había derecho a lo que le estaban haciendo. Los representantes del bien común no se sometían a los precios de mercado mientras que ella no tendría más remedio a la hora de adquirir otra casa. Y luego la excusa de la crisis, como si a ella no le afectara. Y lo más irritante es que no pasaba nada. Pretendían echar de sus hogares a más de un centenar de familias a cambio de

indemnizaciones de risa, y no pasaba nada. Y estas cosas no ocurrían en Costa de Marfil, Congo o Marruecos, sino en Barcelona. En su adorada Barcelona. Aquello no podía ser legal, de ninguna de las maneras. Y si lo era, entonces es que la justicia estaba dictada por miserables. Sulfurada, se sintió tentada de pedirle al Señor que intercediera. Pero lo descartó de inmediato. Él ya había hecho bastante por su familia y no tenía por qué encargarse de su trabajo. No, lo haría ella, y sus hijas, por descontado. Precisamente hoy iba a comer a casa de Mariona, la pequeña, y luego habían planeado colgar juntas las pancartas como protesta por aquel atropello. Estaba pensando en otras posibles fórmulas cuando de súbito percibió algo extraño a su espalda.

Se giró, asustada. No había nadie.

Dejó escapar una risita nerviosa. «Figuraciones», se dijo. No obstante, la sensación de peligro había sido intensa. ¿Estaría empezando a chochear? ¿O tal vez era que las tensiones comenzaban a pasarle factura? Soltó un suspiro mientras se llevaba una mano al pecho y oyó, con sorpresa, que los feligreses estaban rezando ya el padrenuestro. ¡Virgen santa, con sus preocupaciones no se había percatado de la consagración y ni siquiera se había arrodillado! Turbada, se apresuró a bisbisear la oración. Al acabar, más tranquila, aguardó estoicamente de pie a que prosiguiera el rito que precedía a la comunión, su sacramento preferido. La voz del padre Gabriel seguía sonando rutinaria mientras recitaba unos párrafos y alzaba los brazos.

—Hermanos, podéis daros fraternalmente la paz —dijo el sacerdote.

Georgina dudó entre acercarse a los bancos de su izquierda o a los de su derecha. Entonces notó un golpecito en el hombro y se volvió con la mano extendida, contenta de no verse obligada a abandonar su sitio.

Un hombre de rostro agraciado, con el pelo rubio muy corto, le tendía la mano y Georgina la estrechó sin vacilar. Todo sucedió en unos segundos. Sintió el leve pinchazo en su muñeca y, sin entender nada, miró los ojos azules del desconocido al tiempo que sus piernas empezaban a flaquear. Una placentera sensación de

debilidad se extendió por todo su cuerpo. Caballeroso, el desconocido la sujetó con fuerza con ambas manos y ella quiso darle las gracias, pero algo le nublaba la mente y entorpecía su lengua.

—Te doy fraternalmente la paz —dijo el hombre con una voz rasposa, áspera.

Mientras la sentaba con suavidad en el banco, Georgina se preguntó dónde había visto ese rostro, por qué no podía hablar, y, lo más importante, qué le estaba ocurriendo. Sumida en una progresiva somnolencia, notó cómo el hombre la ayudaba a apoyar la cabeza contra el pecho, colocaba sus manos en el regazo, una sobre la otra, y enderezaba sus hombros para mantenerla recta. Lo siguiente que sintió fue muy parecido a coger el sueño. La única diferencia fue que sucedió de forma fulminante, sin darle tiempo a reparar en que iba a perderse la comunión, su última comunión. Ni a pensar que, en verdad, los caminos del Señor eran inescrutables.

Harto de permanecer sentado en el coche, Milo cogió el libro que había retirado de la pila del ático y salió a caminar por la plaza. La recorrió de punta a punta y luego cruzó el paso de peatones para rehacer el camino, esta vez bordeando el gigantesco edificio que acogía varias facultades. Llegó hasta el kiosco de Aribau y se entretuvo en ojear las portadas del día. Todas se hacían eco en exclusiva del asunto Félix Torrens. Una de ellas, sin embargo, ya incluía otra noticia. El titular era alarmante: la más que segura marcha del hasta ahora entrenador del Barça, según un periódico deportivo italiano, la próxima temporada.

Decidió ir al supermercado hindú de ayer y comprar algo para engañar al estómago. Escogió una bolsa de patatas fritas, dos barritas de cereales y una botella de agua. Con disimulo, dejó el libro en la sección de chocolates y pagó en caja. Fue a la plaza. Se recostó en la valla acristalada de la entrada del metro, a la sombra, y se comió las provisiones. Luego, regresó al coche y se sentó al volante con la vista clavada en el banco de granito, desierto a aquellas horas. Una ambulancia cruzó la Gran Vía a toda velocidad

provocando con su estridencia la desbandada de las palomas. Poco después, se le cerraron los ojos.

Ya avanzada la tarde, unos nudillos golpearon el parabrisas y Milo se irguió de golpe al tiempo que se abría la puerta del copiloto y la subinspectora Mercader tomaba asiento.

—Sabía que te encontraría aquí.

El suelo estaba lleno de envases vacíos y los apartó con el pie. De una bolsa extrajo un sándwich de jamón y queso, envuelto en celofán transparente, y se lo entregó.

—También te he traído otro de pollo, dos plátanos y dos latas frescas de Coca-Cola. —Le pasó una—. Si no comes te va a dar algo.

Milo contempló adormilado el sándwich y la lata en sus manos.

—Comer, beber. ¿Te acuerdas de cómo se hace? —ironizó Rebeca. Él dijo que no tenía apetito y se lo devolvió todo—. De nada. Tú siempre tan amable.

—Me tapas —farfulló Milo, empujándola contra el respaldo. Vio su camiseta blanca, planchada, impoluta. Las letras DEA estampadas en azul oscuro—. Bonita camiseta.

—No se puede decir lo mismo de la tuya —señaló—. Está para el arrastre.

Milo guardó silencio.

—¿Desde cuándo llevas aquí? —Él se encogió de hombros sin apartar la vista del centro de la plaza—. ¿La has visto?

Hizo un ademán negativo.

—Inspector, ¿cuánto va a durar esto? Ya te lo dije, puede haberse marchado de la ciudad, cambiado de amigos, estar enferma...

—Vendrá —cortó—. Más tarde o más temprano.

—Deberías marcarte un límite. Poner un...

—Se lo debo a Marc.

Rebeca inspiró de forma sonora. Transcurrieron unos minutos. Ella abrió una lata y empezó a dar pequeños sorbos. Milo soltó un gruñido. Permanecieron callados un rato.

—¿Te explico cómo le fue a la jueza Cabot con Mauricio

Navarro?

—Solo quiero saber si accedió a pincharle los teléfonos y ponerlo bajo vigilancia.

—A lo primero se negó en redondo; y sobre lo otro, aceptó, pero a regañadientes. Ya le ha enviado la orden a Singla, y el inspector jefe, después de subirse por las paredes, se lo ha encargado a Cervera.

—¿Cervera? Ese palurdo no sería capaz ni de vigilar a su propia sombra.

—La Cabot no termina de entender tu actuación en el aeropuerto —añadió—. Le pasa lo que a mí. Anoche te vi en la tele y me pareció surrealista, no eras tú. ¿Qué pretendías con todo ese repertorio de gestos y sonrisas?

Milo volvió a extender el brazo para apartarla de su ángulo de visión.

—Tú lo has dicho. Actuación.

Rebeca ladeó el cuello para observarlo. Él se limitó a poner cara de palo.

—¿Adónde fuiste después? —quiso saber ella.

—Por ahí.

—¿Has averiguado algo más sobre nuestros asesinos?

—Puede —dijo, apretándola contra el respaldo por tercera vez.

—¡Para ya de empujarme, inspector! Si lo que quieres es que...

—Es ella —la atajó, con tono seco—. Kata acaba de sentarse en el banco.

La subinspectora Mercader volvió la cabeza de inmediato.

Vio a una joven menuda, vestida con pantalones negros abombados, camiseta de tirantes también negra y sandalias. Permanecía sentada con las piernas dobladas contra el pecho, la cabeza inclinada. Era la única ocupante del banco de granito y, desde la distancia, tuvo la impresión de que formaba parte de un conjunto escultórico. La soledad. O bien, la derrota. Era la viva

imagen de ambas.

—¿Estás seguro de que es ella?

No respondió. Dio a la maneta para bajar del coche cuando ella lo agarró del brazo.

—Deja que yo me acerque primero. —Lo miró con fijeza—. Se logra más con azúcar que con vinagre. —Él asintió lentamente—. Espera a que te haga una señal, y entonces vienes. Pero con calma, ¿entendido? Sin nervios.

Rebeca salió del vehículo y caminó despacio hacia la joven. Milo la vio abordarla con naturalidad, entablar conversación. Por los gestos, adivinó que la subinspectora se estaba ganando su confianza. Kata se mostraba algo alelada y respondía con ademanes torpes, que contrastaban con los de Rebeca, enérgicos y decididos. De pronto, la joven negó con la cabeza y Rebeca se encaró con ella, la sujetó por los hombros y empezó a hablar con mayor intensidad, puntualizando cada palabra con un movimiento firme para vencer sus reticencias.

Al rato, Kata pareció acceder de mala gana a sus propuestas y la subinspectora señaló un extremo de la plaza. Milo las vio dirigirse hacia una zona de bancos convencionales, tomar asiento una al lado de la otra, y cómo Rebeca extraía su bloc y anotaba las respuestas de la joven de los *piercings*. Minutos después, le hizo una seña y fue hasta ellas. Se sentó junto a la muchacha, quien se encorvó sobre sí misma como un caracol.

—He leído tus e-mails con Marc, con Doble M. Lo sabemos todo.

—Tío, no quiero problemas —dijo la joven, sin separar la vista del suelo.

—Solo queremos aclarar las cosas. —Llenó los pulmones de aire—. Tú no eres culpable, solo una víctima.

Kata se estrujó las manos. Luego, se las puso entre las piernas. Dio un leve balanceo mientras Milo le ofrecía una lata de Coca-Cola.

—Aún está fresca —dijo. La joven no hizo ningún gesto—. ¿La quieres o no?

—¿No tienes algo más fuerte? —Su voz sonó pastosa.

—¿Qué te has metido?

—No jodas, tío. ¿De qué vas? Pareces mi viejo.

Milo la contempló perder el equilibrio un instante, mirarlo con ojos enturbiados.

—Cuéntanos cómo empezó todo —intervino Rebeca—. El principio.

—¿El principio? —Cerró los ojos y meneó la cabeza de un lado a otro, con flojedad—. No quiero problemas, tía. No quiero problemas.

Rebeca volvió a agarrarla por los hombros y la sostuvo.

—No los vas a tener, te lo prometo.

Kata la miró. Un momento y señaló a Milo.

—Este tío me quiere meter un puro, lo sé. Lo veo en su careto. Es chungo.

—Solo necesita saber —aseguró—. Y lo chungo es por la pena. Desde la muerte de Doble M pone esa cara. No tiene nada que ver contigo.

—Yo también lo echo de menos, era un tío guay.

—El principio, Kata —insistió, con suavidad—. ¿Cómo fue?

La joven dejó caer la cabeza. Hizo una mueca y empezó a hablar.

—No nos hacían nada, solo nos pagaban para ir a esa choza del parque, ponerme ropas de puta y estar juntos, chuscando. Solo eso. —Curvó la boca—. La sala era grande, todo en esa keli era grande. Nos hacían poner en el centro. Se encendía un foco y chingábamos. Nada más. Hacíamos lo que nos decían. Nada más.

Milo inspiró con fuerza. Rebeca se irguió.

—Esa choza, la casa de la que hablas, ¿en qué parque está? —preguntó.

—Uno muy grande, arriba de todo. Tiene un dragón, y muchos colores.

—¿El parque Güell?

—No sé, tía. Desde la keli se veía una plaza, y columnas, y escaleras. Y tres cruces en un monte. En la entrada hay una verja. Y dos casitas más pequeñas, muy raras.

—El parque Güell —dijo Rebeca—. Continúa.

—No hay nada más que contar. Chingábamos en la sala, delante de todos esos viejos, nos pagaban y aire. Estaban tirados en los sofás, con unas pavas dándoles arriba y abajo. Pero Doble M y yo a lo nuestro. Nos lo decían por la oreja.

—¿A qué te refieres?

—Joder, como en la tele. Te metes una cosa en la oreja y oyes lo que tienes que hacer.

—¿Un auricular?

—No, más pequeño —negó, irritada—. Como un tapón. ¿No veis la tele o qué?

—Vale, y os daban instrucciones sobre lo que teníais que hacer.

Asintió sin fuerza.

—¿A los dos?

Volvió a afirmar con un gesto. Levantó la cabeza.

—Convencí a Doble M, prefería con él. Me gustaba. Se lo pude haber dicho a otro, pero Doble M me gustaba. —Miró asintiendo a Rebeca—. Y yo a él. Decía que yo era su chica. —Dibujó una sonrisa desvaída que se diluyó en el acto—. Nos daban quinientos por noche, a cada uno. Es mucha pasta, tía. Y solo por calentar al personal. Las pavas se lo hacían a los viejos, pero nosotros no. A nosotros solo nos decían lo que teníamos que hacernos. Y era fácil. Era cosa de olvidarse de los mirones y a lo nuestro. Doble M me molaba cantidad. Y yo a él —insistió—. Era su chica.

—¿Sabrías reconocer la casa?

Afirmó con una leve sacudida.

—Y nunca os obligaron a hacer nada con ellos, ¿no es eso? —preguntó Rebeca.

—Bueno...

—Acabas de decir que no.

—Joder, tía, era mucha pasta. Mil por una paja, mil quinientos con la boca y dos mil por un polvo. —Se encogió de hombros—. Les ponía que tuviera catorce tacos. No sé.

—¿Y Marc?

—No sé. Creo, pero no sé. —El *piercing* del labio superior

empezó a temblar—. En esos momentos nos separábamos. Y luego, no abríamos el pico. A Doble M le parecía sucio, le daba vomitera y todo eso. Y lo era, si sabes lo que te digo. Pero era pasta fácil. Y la pasta es la pasta, joder. O la tomas, o pringas. Yo elegí tomar. —Apretó los labios—. Pero no soy una puta. Tampoco lo hice tantas veces; tres, cuatro..., no sé, ¿diez? No soy una puta, tía.

—Kata, no te estamos juzgando —dijo Rebeca. Lanzó a Milo una mirada—. Y después de lo de Doble M, ¿te buscaste a otro?

Negó con fuerza. Las tachuelas plateadas que jalonaban su oreja despidieron destellos.

—Me encerré en el chabolo de mis viejos, en mi puta cueva.

—Pero tú eras una habitual, ibas por la pasta. Disponías de colegas a manta.

—Y yo qué sé, tía. Me harté de esa mierda y punto. —Pegó las rodillas al pecho y escondió la cara—. Un día fui muy ciega. Ya no sabía a quién tenía detrás, ni a cuántos. Todo estaba muy confuso. Y Doble M luego estuvo potando dos días, sin parar. Y cuando..., cuando se voló los sesos, ya no pude seguir. —Alzó medio rostro—. Ahora no soporto que nadie me toque. ¡Nadie, joder! —Volvió a sepultar la cara—. No sabía que se lo tomaría así, yo solo lo llamé para que ganara pasta. Decía que la necesitaba, que sus viejos la necesitaban. Yo..., yo..., yo lo perdí todo en esa keli de mierda. Todo.

Milo se removió en el banco. Clavó la vista en una paloma.

—¿Y cómo empezó el asunto? —preguntó Rebeca.

Kata tardó unos instantes en responder. Su cabeza oscilaba entre los brazos.

—Por internet —dijo. La voz sonó amortiguada—. Flipaba en los chats, poniendo caliente al personal. Era un juego. Flipaba la hostia.

—¿Y de este modo se ponían en contacto contigo?

Afirmó con un movimiento brusco.

—¿Cómo ibais al parque, quién os llevaba?

Asomó la cara.

—Nos pasaban a buscar en coche. —Señaló el kiosco de Aribau con la barbilla—. Como unos señores. Y lo mismo a la

vuelta.

—Una pregunta más, la última —dijo Rebeca. Se aclaró la garganta—. ¿Quién era el dueño del parque que citabas en tus e-mails?

Kata la miró con los ojos velados. Arrugó los labios.

—El que movía todo el cotarro —musitó—, el amo de la choza. Nos observaba desde arriba, dirigiéndolo todo. Como si fuera un puto director de orquesta.

—¿Sabes su nombre?

Negó muy despacio.

—Pero ¿podrías identificarlo?

Asintió con suavidad.

—Es muy famoso —murmuró.

Milo tuvo una intuición, tensó todos los músculos. Rebeca lo detuvo con la mano.

—¿Por qué dices que es muy famoso? —preguntó, reprimiendo la ansiedad.

—Salió en la tele —dijo Kata. Dirigió a Rebeca una sonrisa fría—. Lo quemaron vivo. Y me alegro, tía.

Milo conducía por la ciudad sin rumbo fijo. Ya sabía el atajo que tomó Félix Torrens, el hueco que le faltaba por llenar, cómo logró su ascenso meteórico, su red de influencias. Organizaba fiestas con prostitutas, invitaba a hombres en puestos clave, y reclutaba un par de menores para dar morbo.

—Apuesto un mes de sueldo a que filmaba esas veladas, a que hay películas de las orgías. Para someterlos luego a chantaje.

—No lo podemos afirmar —dijo Rebeca—. Solo nos basamos en el testimonio de una joven que va ciega la mayor parte del día. Mientras no contrastemos la información, yo no daría nada por sentado. Ha dicho varias cosas que no tienen mucho sentido.

—Te equivocas. —Aceleró con rabia—. Esa joven es la prueba que necesitábamos para pedir la orden de registro. Llama a la jueza Cabot y cuéntaselo todo.

—No, primero llamaré a una inspectora que conozco de la

Unidad de Delitos Sexuales para pasarle los datos de Kata y que abra una investigación. Esto no se puede quedar así.

—Vale, pero luego a Susana. Y le pides también una orden para esa casa del parque.

—Eso es a lo que me refería —señaló Rebeca—. ¿Qué casa del parque?

—Analiza sus palabras —dijo Milo, apartando los ojos un instante del tráfico. Pegó un volantazo y volvió la vista al frente—. Ha dicho que desde la casa se veía el parque. Debe de estar aneja al recinto, en la montaña del Carmelo. Rodeada de árboles, le pudo parecer que se hallaba dentro del perímetro. Por eso creyó que Torrens era el dueño del parque.

—Suposiciones —repuso ella.

—Se lo preguntaré a la viuda cuando vayamos a registrar su casa. —Adelantó a un coche por la derecha y acto seguido hizo otro tanto por el carril de la izquierda—. Ese cabrón los engañó poco a poco, de forma progresiva. Al principio consentían, solo era entre ellos dos, y después se vieron forzados, seducidos por los billetes que agitaba en sus narices. Hasta que los convirtió en nada, en unos cuerpos sin espíritu.

—¿Sin espíritu? Te veo muy poético. Los hundió en la mierda, diría yo.

Se abstuvo de replicar. Pensaba en Marc. Solo, sin salida, perdido. Y él no lo supo ver. La jodida invisibilidad. Y le falló. Le vino a la memoria un acantilado, con él al borde del abismo. Parecía haber transcurrido una eternidad. Había llegado tarde, como siempre. Ahora sabía las respuestas, pero no se sentía en absoluto satisfecho.

Rebeca dijo unas palabras que lo devolvieron al presente.

—Los jóvenes de quince años ya son viejos —comentaba—. Mimetizan los mismos tics de los adultos, como lo más natural. —Sacudió la cabeza—. Todo esto es sórdido. El vacío, el caos de papeles. Y los depredadores como Torrens a punto de saltar sobre ellos, las presas vulnerables. Lo que más me joroba es que no era la primera vez que lo hacía. —Se volvió hacia él—. ¿Crees que puede estar vinculado con nuestro caso? Sería una coincidencia.

—¿Coincidencia? —Frenó en una esquina, se encaró con ella —. Subinspectora, esos jóvenes tienen familia, solo que yo soy policía, y de la Central. Marc sabía que más tarde o más temprano el asunto acabaría en mi mesa. Es mi trabajo. No, no es coincidencia, sino fatalidad. Se cruzó con un monstruo que venía extendiendo su mierda desde hacía veinte años.

—Y por eso fue a tu casa, para contártelo, quizá para destapar el asunto.

Milo asintió sin energía.

—Pero la vergüenza fue más fuerte —dijo, bajando la cabeza.

21

El mecanismo de apertura se activó y Milo y Rebeca, seguidos por dos parejas de agentes, entraron en la suntuosa propiedad. Echaron a andar en procesión por el camino asfaltado y, al final de la cuesta, se desviaron por el sendero de losetas repartidas sobre el mullido césped.

La puerta principal de la mansión se abrió y una mujer de rostro afilado, con los brazos cruzados a la altura del pecho, se interpuso en la entrada. En una de sus manos sostenía un pañuelo arrugado.

—¿Es que no tienen ya bastante? ¿Por qué no dejan de molestarla ya de una vez? La señora Torrens está muy afligida, tratando de superar esta tragedia. —Adoptó una expresión de ira —. Y ustedes..., y ustedes no hacen otra cosa que interrumpir su duelo.

—Inspector Malart y subinspectora Mercader, del Grupo de Homicidios —dijo Rebeca, mostrando su placa. Se la guardó en el bolsillo y extrajo un documento—. Traemos una orden de registro. ¿Está en casa la señora Virginia Colomer?

—¡Esto es intolerable! —exclamó la mujer, furiosa.

Del interior de la lujosa vivienda surgió una voz apagada.

—¿Laura? ¿Con quién estás hablando, Laura?

—Señora, apártese y déjenos hacer nuestro trabajo —replicó Rebeca con firmeza.

Entraron en el amplio recibidor sin hacer caso a sus protestas. Se detuvieron ante una mesa redonda, ubicada en el centro de la sala. Un exótico ramo de flores, dentro de un florero no menos exquisito, reposaba en la superficie junto a una bandeja de plata repleta de tarjetas. La puerta acristalada del fondo se abría al jardín. Otras cuatro, con tiradores dorados y molduras de madera

blanca, permanecían cerradas.

Milo desvió los ojos y vio a Virginia Colomer, vestida completamente de negro, descender la escalinata. Su oscuro cabello lacio había encanecido, el porte ya no parecía tan regio, y el único complemento que lucía en esta ocasión era el anillo con el grueso diamante. La observó bajar con un paso lento y vacilante que le remitió a una vieja película norteamericana. Tuvo la impresión de que para aquella mujer habían pasado veinte años en vez de diez días desde su último encuentro.

—Señora —dijo Rebeca, avanzándose—, la acompañamos en el sentimiento.

—Déjese de formalidades —repuso con frialdad—. ¿A qué han venido? —Llegó hasta ellos y los repasó con una mirada despectiva —. ¿A regodearse con mi dolor? —Se volvió hacia la mujer de rostro afilado—. Laura, haz el favor de echarlos de mi casa.

—No puedo, Virginia, traen una orden de registro. Y yo..., yo...

—Tendrán que disculpar a mi hermana —dijo la viuda de Torrens—, no tiene carácter.

—La orden está firmada por un juez y cubre toda la propiedad. —Rebeca le alargó el documento. Ella lo apartó con la mano—. Lamentamos molestarla en estos momentos, pero...

—Ustedes no lamentan nada, no tienen sentimientos —dijo. Recuperó parte de su altivez—. Me recuerdan a las hienas, husmeando en los cadáveres.

—¿Son las condolencias? —preguntó Milo, señalando la bandeja de plata.

—Sí, del alcalde, empresarios, *consellers*... De todas las personalidades del país.

—Pronto dejará de recibirlas —dijo—. Cuando saquemos a la luz todas las miserias de su marido, nadie querrá tener nada con usted. La tratarán como a una apestada.

—¡Cómo se atreve a hablarme así!

—Usted tenía que estar al corriente de las inclinaciones de su esposo —acusó—. Es algo que no se puede ocultar en el lecho conyugal.

—No sé de qué me habla. Mi marido y yo dormíamos en habitaciones separadas.

—Hablo de los jueguecitos maestro-discípulo, ¿también los practicaba con usted? No, claro. Usted era demasiado mayor, no encajaba en sus gustos. A él le ponía hacerlo con jovencitas y muchachos. ¿Quizá se limitaba a observar, a ejercer de dómine?

Virginia Colomer, enrojecida, dio un paso hacia Milo.

—¡Ha perdido el juicio, está loco! ¡Haré una llamada y le quitarán la placa!

Rebeca se interpuso entre ambos y se encaró con ella.

—Ya basta, señora. Sabemos la clase de fiestas que organizaba su marido en la casa del Carmelo. Tenemos un testigo, lo sabemos todo. No nos hable de hienas.

—¿Fiestas? ¿En la casa del Carmelo? —Titubeó un instante—. Esa casa está vacía... La compró hace mucho tiempo, poco después de las olimpiadas, como inversión. Yo..., yo solo la he visitado una vez. Está en un barrio muy..., muy operario, ¿me comprenden? Jamás pondría los pies en..., en esa casa.

—La comprendemos perfectamente —aseguró Rebeca—. Y ahora, le agradeceremos que nos deje hacer nuestro trabajo. —Se dirigió a los agentes—. Vosotros dos, la planta baja. Y vosotros, el garaje. El inspector y yo nos encargaremos de la planta superior.

Mientras todos se ponían los guantes de látex, la señora Colomer, viuda de Torrens, se agarró del brazo de su hermana.

—Prepárame una copa, Laura —jadeó—. Algo fuerte.

—¿Estás segura, Virginia? ¿A estas horas?

—¡Prepárame esa copa te digo!

Rebeca y Milo ascendieron por la elegante escalinata.

—Veo que has cambiado de opinión —dijo Milo—. ¿No decías que no había que tratarla con dureza, que era una mujer que estaba sufriendo y todo ese rollo?

—No soporto que me llamen «hiena» de buena mañana.

Se detuvieron en el distribuidor. Un enorme ventanal se abría a la ciudad.

—Las vistas siguen siendo espectaculares —dijo ella.

—Puede, pero ahora Barcelona me da claustrofobia.

Rebeca alargó el cuello hacia una puerta entreabierta. La señaló.

—Yo me encargo del dormitorio de la viuda.

—Muy bien, yo del de Félix Torrens. Y oye, no busques, dedícate a encontrar. Es tan clave ver lo que hay como lo que no hay. Si esperas hallar algo concreto, no verás lo demás.

—Entendido —asintió—. Como cuando fisgaba en el cuarto de mi hermano.

—A ese tipo le pirraban los mecanismos y escondijos más rebuscados. No te fíes de ningún objeto o mueble por más que su apariencia sea normal.

—Inspector, me estoy durmiendo. ¿Podemos empezar de una maldita vez?

Desde una esquina, sentado en un confortable sillón de orejas, Milo recorrió el dormitorio con los ojos. Empezando por su izquierda, enfocó la pared de cristal, con la puerta que salía a la terraza, enmarcada por cortinas dobles, unas densas y tupidas de color granate, y otras blancas, más finas. A continuación, una cama de tamaño gigantesco, flanqueada por dos mesillas de noche, y coronada con un baldaquino de otra época. Enfrente, a un lado, la puerta del baño; y al otro, la del vestidor, ambas abiertas. En medio, un cuadro de Lempicka, la pintora polaca, de medianas dimensiones. Representaba a una niña de cabellos rubios, con los ojos y labios maquillados, sentada junto a un balcón; la mano izquierda agarraba la barandilla y los edificios grises se agolpaban detrás de las cortinas. Vestía una corta camisola gris que le cubría las piernas morenas hasta medio muslo; calzaba merceditas, con blancos calcetines altos. Su mano derecha descansaba en la falda con la palma hacia arriba, y su pie derecho se apoyaba de canto, ligeramente inclinado hacia dentro, en una pose infantil. Era un óleo de belleza fría, irritante por sus contrastes. Siguió el recorrido visual. En la pared a su derecha, una cómoda isabelina; sobre ella, en un extremo, una reproducción en cobre de las famosas chimeneas-soldado de Gaudí que jalonaban la azotea de La

Pedrera. Y colgado encima, como si fuera otro cuadro, un gran televisor Bang & Olufsen de plasma, extraplano.

Se incorporó y abrió los armarios de la cómoda. En uno encontró un equipo de música y en el otro dos reproductores, de vídeo y DVD, ambos de la misma marca.

Iba a hacer otro tanto con el armario central cuando sonó el móvil. Leyó que era Irene.

—Me pillas en un mal momento —dijo. Abrió la pequeña puerta.

—He hablado con mi padre, le he contado mis problemas con la tienda. —Vio que estaba ocupado por cientos de cedés, una colección completa de música clásica—. Ahora está estudiando con sus abogados la posibilidad de salvar los muebles.

—Hay que hacer caso a los expertos —dijo, distraído. También había una variada selección de música contemporánea. Ojeó los títulos—. ¿De qué posibilidad se trata?

—Está por decidir, pero me ha avanzado que el ajuste va a ser muy severo.

—¿Hasta qué punto? —Se acercó a una de las mesillas y abrió el cajón.

—No se lo he preguntado.

—Mal hecho —dijo. Encontró los mandos de los aparatos. Estaban todos.

—He seguido tu consejo —señaló.

—Bien hecho. —Reparó en que faltaban los vídeos y los DVD.

—No te interesan mis problemas —soltó Irene. Milo regresó al sofá—. Ni siquiera me has llamado para preguntarme cómo me iban las cosas.

—Pensaba hacerlo dentro de un rato. —Dejó vagar la vista por el lujoso dormitorio. El baño, el vestidor, el cuadro—. ¿Cómo te va todo?

—Y tampoco te has acordado de lo del piso.

—No me lo quito de la cabeza. —Se preguntó dónde podrían estar. El baldaquino, las mesillas, la cama apoyada directamente sobre el parquet. Qué era lo que no había allí.

—Nada. No te interesa nada de nada —dijo ella, enfadada. Y

colgó.

—Patas —dijo Milo, levantándose—. No hay patas.

Se arrodilló en el suelo, junto al lateral de la cama, y apartó los faldones de las ropas. El colchón era grueso, de látex, y debajo había un somier con soportes especiales. El conjunto descansaba sobre una tarima de madera blanca. La golpeó con los nudillos. Estaba hueca. Revisó la superficie, todo el perímetro. Al otro lado, en un extremo junto a la cabecera, sus dedos notaron un leve desnivel apenas perceptible. Aproximó la cara y vio que se trataba de una especie de tapa blanca. La descorrió con la uña sin dificultad. Dentro, camuflada, halló una pequeña hendidura. Introdujo el dedo enguantado y tropezó con un resorte. Lo accionó. En el acto, una sección de medio metro se desplazó hacia arriba lentamente, amortiguada por unos muelles. Vislumbró un asa y estiró. Sin esfuerzo, extrajo una plataforma con ruedas. En su interior se apilaban de forma ordenada una serie de vídeos, fechados y numerados, seguidos por otra serie de DVD, estos últimos con fechas más recientes.

—¡Subinspectora! —rugió.

Después de visionar varias películas en ambos soportes, escogidas al azar y evitando las de los últimos seis meses, Rebeca se levantó de la cama y apagó el reproductor.

—Ya tengo suficiente —dijo—. Todo esto me parece vomitivo.

—¿Has reconocido a alguien?

—Cómo no. Al director jurídico del Área de Urbanismo, un teniente de alcalde, un regidor del ayuntamiento, por no hablar del gerente de Urbanismo y un joven político de izquierdas que hoy es secretario general de un partido conservador.

Intercambiaron una mirada.

—Tenemos en nuestro poder un material muy caliente, incendiario.

Asintió.

—A mucha gente no le va a gustar lo que hemos encontrado.

—Pues que les den —soltó Milo. Echó a caminar por el cuarto

—. Félix Torrens llega a la ciudad poco antes de los Juegos, busca apoyo en diferentes grupos políticos y no lo obtiene. Luego, intenta ser aceptado en una sociedad masónica y es rechazado.

—Persigue su ascenso a todos los niveles del entramado social de Barcelona, pero sus planes se frustran. Y un hombre como él no acepta un no con facilidad.

—Entonces, por despecho, toma un atajo. Compra una casa apartada en la montaña del Carmelo, y se dedica a organizar fiestas fuertes a las que invita a toda clase de hombres que puedan servirle para tejer su red de contactos e influencias.

—Sí, tanto a hombres valiosos en aquella época como futuribles.

—Y mientras satisfacen sus impulsos, nuestro buscavidas los filma dando rienda suelta a sus fantasías sexuales. —Se detuvo—. Pero hasta aquí, no ha cometido ningún delito. Las mujeres son profesionales, mayores de edad, y ellos son adultos.

—El problema es cuando uno de ellos se niega, por ejemplo, a la petición de recalificar unos terrenos. Entonces saca su artillería y lo convence. El miedo al escándalo, a arruinar su carrera, surte efecto, y empieza la corrupción.

—Y su ascenso meteórico. Y con él, el éxito de un espacio cultural como Círculo Gaudí. Comienzan a lloverle patrocinios, cargos relevantes. Todo lo que toca se convierte en una nueva fuente de ingresos millonarios. Es el hombre del momento.

—¿Y nadie abrió la boca? —preguntó Rebeca—. ¿A nadie le llamó la atención que llegara a acumular más de sesenta cargos? ¿No resultó sospechosa tamaña voracidad?

—No seas ingenua, era uno de los nuestros. —Hizo una mueca—. Y lo que pasa en casa, se queda en casa. Todos tienen intereses ocultos. Dado el renombre que pronto alcanzó la fundación, los cuatrocientos apellidos ilustres miraron a otro sitio. Vale, era una oveja descarriada, pero la máquina funcionaba y lo demás eran nimiedades, como nos dijo su mujer.

—Un lobo disfrazado con la piel de cordero —replicó ella—. Y no tuvo bastante. Le faltaba un ingrediente. Lo que experimentó en los centros de acogida. Se hizo adicto a lo que allí sintió, a lo

prohibido.

Milo señaló el monitor.

—Y comenzó a incluir en sus fiestecitas la guinda del pastel. A menores en acción.

—Sabía dónde encontrarlos, poseía fuentes inagotables de ellos en sus centros. Y cuando estos dejaron de serle útiles, rastreó los chats de internet a la caza de carne joven.

—De este modo, mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, satisfacía sus necesidades de dominación. Y por otro, ataba con ligaduras de acero a los prohombres implicados.

Rebeca contrajo el rostro en una expresión de asco.

—Los tentaba con la manzana envenenada. Y a los menores, los seducía con dinero.

—Se convirtió en un Midas de la mierda.

La subinspectora separó los brazos, las palmas hacia arriba.

—¿Y por qué hasta ahora? Ya no necesitaba su red de chantaje ni seguir con la corrupción de menores. Tenía a todo el mundo a sus pies, ¿por qué arriesgarse a continuar?

Milo se volvió hacia ella.

—Era su juguete particular, un divertimento. Le encantaba ver a los poderosos temblando en su presencia. Nunca tenía suficiente. Y como has dicho, estaba enganchado a su obsesión. Imagina el placer que sentía aquí viendo una y otra vez estas películas, reviviendo la sensación de ordenar a unos críos que hicieran todo lo que a él se le antojaba.

—Bien —suspiró. Puso los brazos en jarra—. ¿Y dónde nos deja esto?

—Conocer a la víctima es básico para saber por qué ha sido asesinada. Ahora tenemos la prueba de cómo era en realidad, sus tendencias. Sabemos cuál era su verdadero rostro.

—¿Crees que alguno de esos hombres pudo haberlo eliminado para terminar con el chantaje? Es un móvil tan bueno como cualquier otro.

—Demasiadas complicaciones. Bastaba con contratar a un sicario y un tiro en la nuca.

—¿Alguno de los menores que salen en las películas, alguien

relacionado con ellos?

—¿Y para qué encerrarlo siete días y luego prenderle fuego en un sitio de Gaudí? No, se trata de nuestros dos psicópatas. Y está vinculado con un centro de acogida.

—A lo mejor protagonizan alguno de los primeros vídeos y podemos ver sus caras.

Milo volvió a sacudir la cabeza.

—Comenzó a filmarlos después de las olimpiadas y ellos eran mayores de edad, ya no tenían ningún interés para ese cabrón.

—¿Y qué tiene que ver Eduard Pinto con todo este asunto? Su perfil es completamente opuesto al de Félix Torrens.

—Eso es lo que todavía tenemos que averiguar. Aún se nos escapan muchas cosas.

Rebeca indicó las películas con un gesto.

—Habrá que inventariarlas en la comisaría, una por una.

—Y luego pasarlas a tu inspectora de Delitos Sexuales.

—No le envidio su trabajo —dijo. Agarró el tirador—. Voy a llamar a un agente para que suba bolsas de basura y las meta dentro, que es donde les corresponde estar.

Abrió la puerta.

—Subinspectora —dijo. Ella se volvió—. En ninguna hemos visto a Marc y te...

—Olvídalo —dijo. Antes de abandonar la habitación, señaló la reproducción de las chimeneas-soldado—. Asustan, ¿verdad?

Milo tomó asiento a los pies de la cama. Clavó la mirada en los rostros embozados de los soldados, en sus yelmos puntiagudos, en sus cuencas vacías. Sintió un escalofrío.

Se encerraron con Crespo en la sala de visionado. Después de contarle lo que habían hallado en el registro, Milo le entregó las tres bolsas de plástico con las películas.

—Tendrás que hacer un inventario de toda esta basura.

El sargento resopló ante el trabajo que se le venía encima.

—¿Las deposito luego en el almacén de pruebas?

—No, me las devuelves —dijo Rebeca—, y yo las llevaré a

Delitos Sexuales.

—Pero entretanto no las pierdas de vista —ordenó Milo—. Ni un segundo.

Asintió.

—¿Os explico ahora los resultados que he obtenido en mis búsquedas?

—Haznos un resumen —dijo Milo, acomodándose en la silla.

Crespo dejó las bolsas en el suelo. Se rascó la cabeza y escogió una de las carpetas.

—Empezaré por las buenas noticias —anunció—. Hemos tenido suerte. La inspectora Serra, de Robos, me ha llamado esta mañana para decirme que uno de sus confidentes le pasó anoche un soplo. Por lo visto, un tipo compró un descodificador-reproductor de frecuencias en una tienda de electrónica de la calle Sepúlveda. El artilugio está prohibido a la venta, pero algunos comerciantes lo tienen debajo del mostrador, ya sabéis.

—Debemos ir a esa tienda de inmediato —dijo Rebeca.

—Ya he mandado a dos agentes esta mañana.

—¿Han logrado una descripción del individuo?

—Este es el problema —dijo Crespo—. El dueño les ha explicado que no le pudo ver bien la cara, que iba con sudadera y una gorra encasquetada hasta las cejas.

—¿Y dónde están aquí las buenas noticias? —se quejó Milo.

El sargento respiró con hondura.

—Ha aportado varios datos. Uno, es de complexión fuerte —enumeró—, algo que ya sabíamos; dos, tiene los ojos azules; y tres, su voz.

—¿Qué pasa con su voz?

—Era rota, desgarrada. Muy desagradable. Según el dueño, ponía los pelos de punta.

—Algo es algo —dijo Rebeca—. Lo podemos sumar a su pelo rubio muy corto, a que es un tipo bien parecido, y a que según nuestra teoría hoy tiene treinta y ocho años. Todo señala a que su fisonomía es de rasgos nórdicos.

—Tenemos a un sujeto de aspecto nórdico con la voz rasposa y cerca de los cuarenta, ¿adónde vamos con eso? —masculló Milo

—. No sirve de mucho. ¿Tiene cámaras esa tienda?

—No.

—Otra pista que no nos conduce a ningún sitio.

—Al menos encaja con la descripción que dio el indigente, y descarta a Jon Grau.

—Pero sigue sin ser suficiente para confeccionar un retrato robot —concluyó Milo.

—Tiempo al tiempo, inspector. Ya veremos.

—Siguiente tema —dijo Milo. Cruzó los brazos—. Ahora las malas noticias.

El sargento Crespo abrió una nueva carpeta.

—Casas de acogida montadas por Félix Torrens —empezó—, los nombres de los centros. El primero, inaugurado en la provincia de Tarragona en enero de 1987, lo llamó La Ferradura. El segundo, en Lérida, en diciembre del mismo año, El Mussol. Y el tercero y último, en Gerona, a mediados de 1988, El Trèvol. Según he podido averiguar, ninguno recibió denuncias, y tampoco circularon rumores acerca de lo que ocurría en sus instalaciones. En apariencia, los tres funcionaron con normalidad.

—Algo que sabemos que es falso —apuntó Milo.

—Algo que no sabemos con certeza —puntualizó Rebeca.

—Habla por ti, subinspectora —replicó con dureza—. Yo no tengo ninguna duda.

Crespo se encogió de hombros.

—No le faltaba sentido del humor; macabro, pero humor al fin y al cabo —dijo—. Los tres nombres de los centros hacen referencia a la buena suerte. La herradura, un búho y un trébol, más si es de cuatro hojas, son símbolos de buena estrella. Al menos en Cataluña. Y visto el éxito que alcanzó después de montarlos, parece que la logró.

—Eso cuéntaselo a los menores que sufrieron sus vejaciones.

Rebeca negó con un gesto.

—No consiguió tal buena suerte, mira cómo ha acabado.

—¿Los centros siguen en activo? —quiso saber Milo.

—Ninguno, y eso es lo más curioso —dijo Crespo—. Los de Lérida y Gerona fueron cerrados unos años después. Pero el de

Tarragona ardió hasta los cimientos, quedó completamente destruido. Ocurrió en las Navidades de 1990, cuando todavía estaba en funcionamiento. Según el informe, no hubo víctimas.

Los tres cruzaron una mirada.

—¿El Asesino del Listado? —apuntó el sargento.

—Los incendios provocados son un delito de reafirmación de poder —dijo Rebeca—. Y encajaría con el perfil de asesino en serie, con las prácticas que pudo haber llevado a cabo en su niñez y desarrollado al llegar a su mayoría de edad.

Milo sacudió la cabeza.

—Pero estaba aguardando una orden, ¿recuerdas?

—¿Qué orden? —preguntó Crespo.

Ambos le pusieron en antecedentes sobre las conjeturas a las que habían llegado.

—Esto solo puede significar una cosa —dijo Rebeca—. Que su compañero en el centro también había abandonado la casa de acogida por esas fechas.

—Repasemos la secuencia —propuso Milo. Se volvió hacia Crespo—. ¿Cuándo regresó Félix Torrens a Barcelona?

—En 1990, en agosto.

—Bien, el Asesino del Listado sale del centro unos meses antes que él, pongamos en marzo por ejemplo. Deja a su compañero a solas con ese monstruo y vuelve a la ciudad. Una vez aquí, espera pasivo su salida.

—Que se produce como máximo en diciembre, cerca de Navidades —intervino Rebeca—. Ha sido el juguete de ese depravado durante seis, ocho meses, tiempo suficiente como para experimentar su transformación de víctima a verdugo.

—Y nada más llegar a Barcelona, se pone en contacto con el Asesino del Listado y le ordena su primera misión: quemar el centro de acogida, el escenario donde ha sufrido tortura y vejaciones. Reducirlo a cenizas.

—Cosa que realiza de manera implacable y eficaz. Sin víctimas.

—Exacto, ningún niño resulta herido —confirmó el sargento.

—Y luego, una vez le ha puesto a prueba, le concede un

premio. Podrá satisfacer sus instintos criminales, la psicopatía que arrastraba antes de entrar en el centro, una vez al año, cada 10 de junio. El Verdugo ya se ha convertido en su amo.

—Y ambos ya forman un tándem letal, despiadado —concluyó Rebeca—. Cuadra.

—Ahora solo nos faltan pruebas —dijo Milo—. Toni, ¿has obtenido la lista que te pedí de los niños y niñas que ingresaron en los centros, en especial el de Tarragona?

El sargento hizo un gesto negativo.

—Esta es la mala noticia —dijo—. Con el incendio, todos los archivos quedaron destruidos. No hay constancia de sus nombres. —Abrió una carpeta—. Tengo las identidades de los menores que estuvieron en las otras dos casas, pero no creo que...

—No, la única que nos interesa es La Ferradura —atajó Milo —. El incendio la señala como el lugar donde nuestros asesinos residieron durante una época. No puede ser otra.

—Estamos de acuerdo —concedió Rebeca—. Lo que es una lástima.

—Pero reduce las posibilidades de búsqueda —replicó Milo—. Ahora ya sabemos el lugar exacto donde empezó todo. —Se levantó de forma brusca—. Tiene que haber algún trabajador de ese centro que nos pueda contar algo sobre esos muchachos, un pedagogo, un cuidador, alguien que estuviera empleado allí en esas fechas. ¿Toni?

—Intentaré encontrarlo, inspector. Aunque ten en cuenta que hablamos de unos sucesos acaecidos hace veinte años. No va a ser fácil.

—¿Y cuándo lo es, sargento? No lo intentes, consíguelo. Remueve cielo y tierra, necesitamos nombres. Tal vez con uno nos baste. ¿Subinspectora?

—Estoy en blanco, pero pensaré en ello. ¿Y a ti? ¿Se te ocurre algo?

—Tengo una amiga, Martina Cots, de la época de la universidad. Es inspectora de Robos en la Comisaría Central de Tarragona. —Se encogió de hombros—. No creo que se acuerde de mí, pero podría pedirle que hiciera unas preguntas. Nunca se sabe.

—Seguro que te recuerda, inspector. Tienes una mano muy especial con nosotras. —Empezó a desplegar dedos—. Tu jueza, tu ex, la loquera, yo... Estás rodeado de mujeres.

—¿Qué pasa? Me entiendo mejor con vosotras, lo que ya es decir.

—A eso me refiero. Lo más probable es que le hicieras alguna trastada y las mujeres no olvidamos a los canallas universitarios. Llámala, ahora. ¿O te da corte contactar con ella?

Milo rememoró a Martina. La fiesta estudiantil. La borrachera. Ella rodeada de tipos, inmovilizada por brazos y piernas. La ropa desgarrada, los forcejeos, los gritos. Y cómo él acudió con lo primero que encontró a mano: un extintor.

—¿Vas a hacer esa llamada sí o no?

—A solas. —Señaló la puerta—. Sargento, subinspectora, si no os importa.

—¿Qué tal si quedo con Gombrowicz mañana a las siete de la tarde? —preguntó Crespo, recogiendo las bolsas con las películas —. A esa hora podrá atendernos en la biblioteca con más comodidad.

—Lo que tú digas, Toni.

Los dos abandonaron la sala, ella a regañadientes.

—No entiendo por qué tanto secretismo —masculló, cerrando la puerta.

Milo buscó un número en su agenda y pulsó el botón de llamada.

El saludo fue formal, cortés, no exento de cierta frialdad. Después de las preguntas de rigor acerca de sus respectivas carreras, Milo le contó la situación y le preguntó si podía echarle una mano. Ella accedió, aunque avanzándole que podría encontrar dificultades.

—Si alguno de los exempleados del centro aún reside en Tarragona, a lo mejor puedo dar con algo. En la costa se han instalado muchos jubilados y quizá sea este el caso. Pero si se ha largado de la provincia...

—Lo sé, va a ser difícil. Solo es echar la caña, por si pescas

algo.

Se hizo un embarazoso silencio.

—De todos modos, gracias por intentarlo.

—Para eso están los viejos amigos.

Volvieron a quedarse callados. Incómodo, Milo fue a colgar cuando ella dijo:

—Todavía te recuerdo con el extintor, dispersando a todos aquellos cabrones.

—Fue lo primero que me vino a la cabeza.

—Armaste un buen sarao.

—Igual que tú, pegando patadas y rompiendo huevos.

—No hice más que seguir tu ejemplo cuando te liaste a soltar porrazos con el extintor de marras. Estabas como loco, aullando como un perro rabioso. Dabas miedo.

—Menudo numerito, sí.

Martina adoptó un tono serio.

—Me puse como una histérica. Estaba aterrada. Si no llegas a intervenir...

—Pasaba por allí, olvídalo.

Ella dejó transcurrir unos segundos.

—Una histérica y un loco. —Soltó una risa breve, fugaz—. Formamos buen equipo.

—De leyenda.

—Nunca te lo agradecí. Después de aquello, no pude ni mirarte a los ojos. Incluso ahora me cuesta hablar contigo.

—Son cosas que pasan, Martina. No tiene importancia.

De nuevo, ella permaneció unos instantes en silencio.

—Bueno —dijo—, muevo el asunto y te llamo, ¿de acuerdo? —Suspiró—. Alguna persona que haya trabajado en La Ferradura entre 1987 y 1990, ¿es así?

—Correcto, inspectora. Me alegro de haberte oído.

—Lo mismo digo. Y oye, aunque sea con retraso...

—Estamos en contacto, Martina —dijo Milo. Y colgó.

22

La secretaria de la jueza Cabot lo vio venir y se levantó de la mesa, fue hasta la puerta con rapidez y se interpuso abriendo los brazos.

—Esta vez no se saldrá con la suya, inspector Malart —dijo con firmeza.

Milo vio que le temblaba el labio superior y retrocedió un paso.

—Está bien, señora Conte, como quiera. Pero si repasa su agenda verá que tengo cita para hoy martes a las diez de la mañana con su señoría. Y ya llego tarde.

Alba Conte lo miró con la duda bailándole en los ojos.

—Juraría que esa cita es una invención suya, inspector.

Milo levantó las manos.

—¿Acusa de mentiroso a un miembro de los cuerpos policiales? Compruébelo, haga el favor, y que desaparezca ahora mismo si no es cierto.

—Usted no se mueva de aquí —señaló la mujer, dirigiéndose a su mesa.

Nada más alejarse, Milo se coló en el despacho de la jueza. Cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella dejando escapar un suspiro.

—¿Vuelves a las andadas con mi secretaria? —dijo Susana Cabot, levantando la vista de unos documentos—. Es una buena mujer, Milo; la vas a matar a disgustos.

Sonó el intercomunicador mientras Milo avanzaba hacia ella y tomaba asiento.

—Sí, Alba, lo sé —contestó la jueza—. No, no hace falta que llames a Seguridad. El inspector Malart me dice que te haga llegar sus disculpas, pero que es por causa de fuerza mayor. Sí, eso me ha dicho. Por causa de fuerza mayor. Sí, tranquila, todo está en orden.

Colgó el auricular y le lanzó una mirada furibunda.

—Que sea la última vez que te presentas en mi despacho de esta manera. Desobedeces mis instrucciones y encima vienes aquí como Pedro por su casa. La última vez, ¿me oyes?

—¿Qué instrucciones he desobedecido? —preguntó Milo.

—No te hagas el tonto, lo sabes perfectamente.

—Te aseguro, señoría, que no sé de qué me hablas.

Susana Cabot inspiró con fuerza y soltó el aire de forma ruidosa.

—Te dije que aparcaras los temas personales y ¿qué haces tú? Seguir investigando el suicidio de tu sobrino. Inspector, que no me chupo el dedo.

Milo la contempló reclinarse contra el respaldo, enfadada.

—Vayamos por partes, Susana. Sí, continué con un asunto personal, pero de forma paralela al caso. Y nos ha conducido a Félix Torrens. Ha sido un golpe de suerte.

—¿Un golpe de suerte, dices? —gruñó. Se inclinó hacia delante con expresión de pocos amigos—. La noticia del hallazgo de las películas ha corrido por toda la ciudad como la pólvora. La señora Colomer se ha encargado de ello, por supuesto. ¿Y dónde crees que ha estallado el polvorín? ¡Justo aquí, en mi cara! ¡Joder, Milo, te dije que no provocaras más incendios! ¿Te puedes imaginar la hoguera que has desatado?

—Lo único que he hecho ha sido destapar un feo asunto de corrupción de menores.

—Un asunto en el que están implicados varios peces gordos del ayuntamiento, por no hablar de otros estamentos. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Tormenta política? ¿Nervios en la parte alta de la ciudad? Que les den a todos, Susana. Mi instinto me decía que ese mal bicho de Torrens escondía algo más que pufos económicos y así ha sido. ¿Que esto desencadena presiones? ¡Pues a tomar tila a destajo, a mí qué me explicas! Utilizaban menores para calentarse, Susana. ¡Menores! ¡Como mi sobrino!

—No hagas de esto una cruzada personal —dijo ella.

—Lo llevó a acabar con su vida, toda esta mierda le cayó

encima, no supo cómo salir..., y tú me hablas de que no lo convierta en algo personal. ¿Dónde está el límite, Susana? ¿Serías tan amable de indicarme la línea que separa lo personal de lo profesional?

La jueza suavizó la expresión de su rostro.

—Tienes razón, disculpa. Todos estamos muy nerviosos.

La observó con fijeza. Caviló un momento. Empezó a sentir el cosquilleo de la rabia.

—No me jodas, ya han puesto en marcha la maquinaria para desestimarlas —dijo, con alarma—. Me pediste una prueba para extender la orden y te la di. Félix Torrens sometía a chantaje a todo tipo de personalidades y se valía de menores. Su corrupción no tenía límites con tal de conseguir sus fines y lo he demostrado. ¿Qué más es necesario?

—La orden de registro es legal —declaró Susana.

—Me alivia oírlo.

—Otra cosa es que tenga que ver con el caso —añadió.

—Tiene que ver con prostitución infantil.

—Algo que no está demostrado —puntualizó ella, bajando la vista—. Por lo que ha llegado a mis oídos, hubo consentimiento.

Milo cabeceó, perplejo.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Y yo no te digo nada que tú no sepas.

—No puedes hacerme esto, Susana. Tú no.

La jueza Cabot levantó los ojos.

—Yo no voy a permitirlo —dijo—. Pero si, como todo indica, no guardan relación con las muertes de Eduard Pinto y Félix Torrens, otro juez se hará cargo del sumario y él podrá tomar las medidas que crea oportunas, incluyendo la anulación de esas películas como prueba.

—¿Hablas en serio?

Ella asintió sin energía.

—Lo único que digo es que puede juzgar que la orden no se ciñó al caso por la que fue redactada, que se obtuvieron de forma incorrecta, procedimentalmente hablando.

—¿Y entonces?

—Harías bien en esperarte cualquier cosa.

Milo apretó los labios, y se levantó. Fue hacia la puerta.

—Milo —llamó la jueza—. ¡Inspector Malart!

Agarró el tirador y se dio la vuelta.

—Tú eres policía, no un vengador.

—Lo sé. Pero respóndeme una pregunta: ¿por qué tengo la impresión de que alguien pretende echar por tierra mi trabajo?

Susana Cabot no contestó.

—¿No respondes? Lo haré yo por ti. Hay dos tipos de ciudadanos, los que mandan y los que obedecen. Y a mí no me gusta ser sumiso.

—Exageras —dijo, apartando el aire con la mano—. No deberías tomártelo así.

—No exagero. Virginia Colomer me lo avisó. Son intocables.

—Siéntate, venga. Todavía no me has contado el motivo de tu visita.

—Lo he olvidado —repuso Milo, saliendo del despacho.

Cruzó la antesala sin despedirse de Alba Conte y llegó al pasillo. Extrajo el móvil.

—Sargento, esconde las películas en sitio seguro. Luego te lo explico. ¿Toni?

—Inspector, lo siento. El juez Nadal las acaba de incautar. Ha traído una orden y todo estaba en regla. No he podido evitarlo.

Se apoyó en la pared. Notaba las sienes a punto de reventarle la cabeza.

—Se han dado prisa —murmuró.

Atravesó la oficina y se dejó caer en una silla junto a la mesa de Bruno.

—Este calor aplasta —dijo, derrengándose en el asiento—. Es inhumano.

—No tengo tiempo para chorradas —soltó el inspector Bachs —. Déjame en paz.

—¿Sabías que el olor activa la memoria más que ninguno de los otros sentidos?

Bruno apartó la vista del ordenador.

—¿Y qué con eso?

—Nada, que yo tengo un olfato muy desarrollado.

—Te felicito. Y ahora, largo de aquí —dijo, encarándose de nuevo con el monitor.

—Los aromas dejan huella.

—Y los elefantes van en manada, ¿de qué cojones hablas? —Torció el cuello.

—De que percibo un hedor a podrido. —Se dobló hacia él—. ¿Qué quisiste decir el otro día? Aquello de que buscara dentro y fuera de la comisaría.

Bruno entornó los ojos. Miró con rapidez a izquierda y derecha.

—¿Ya te has vuelto a olvidar de tomar la medicación?

Milo prorrumpió en carcajadas al tiempo que se palmeaba el muslo con fuerza.

Varias cabezas se giraron en su dirección.

—Bachs, eres la hostia. Siempre me ha gustado tu sentido del humor. En serio, incluso en los momentos más delicados sabes sacarle punta al asunto.

—¿Qué momentos? —dijo, sin inflexión—. ¿Qué asunto?

—Esto va a traer cola y tú tan pancho, gastando bromas. Me dejas de piedra.

—Como no te expliques, no entiendo ni jota.

—Tengo que reconocer que tu tapadera es impecable. Lo haces de fábula.

—Sigues siendo un capullo, Malart. Vete a la mierda. —Volvió el rostro a la pantalla.

—Genial, tío, genial. Eres un actorazo. Claro que siempre puede haber alguien que sume dos más dos y le salgan las cuentas. —Se arrellanó en la silla—. ¿De quién fue la idea?

—¿Todavía estás aquí? ¡Que te des el piro, joder!

—Veamos, hay que pensar qué se sabe y qué no se sabe —dijo —. ¿Y qué sabemos? —Empezó a enumerar con los dedos—. Uno, que el poder está en la mentira. Dos, que el topo siempre es el menos sospechoso. Y tres, que quién mejor para desenmascararlo

que alguien que fue acusado hace dos años. —Frunció la nariz—. ¿Te vas haciendo una idea? —Bruno siguió con la vista fija en el monitor—. Y ahora, lo que no sabemos. ¿Juegas con dos barajas? ¿Te están presionando mucho? Y la última pregunta: ¿a por quién vais?

El inspector Bachs tecleó con impaciencia sin responder.

—Te estoy aburriendo, lo sé —prosiguió Milo—. Mira, te voy a contar un chiste aunque no sean lo mío. ¿Qué tienen en común la Inteligencia Artificial y Asuntos Internos? —Aguardó un instante—. Que son lo contrario, estupidez natural. ¿Lo pillas? Las siglas, puestas al revés, IA y AI. ¿Caes ahora? Es malo de solemnidad, pero adecuado, ¿no crees?

Bruno levantó las manos y se volvió lentamente hacia Milo.

—Eres un bocazas —dijo, la voz gélida—. Empiezas a hartarme.

—¿Te ofreciste tú mismo o vinieron a buscarte?

—¡Estás como un cencerro!

Varios miembros de la oficina dejaron lo que hacían para atender a la conversación.

Milo, consciente de la curiosidad despertada, adoptó un tono condescendiente.

—Félix Torrens tuvo que apoyarse en alguien de la Central para extender su red de corrupción. Alguien que controlara las cosas aquí. —Se miró las uñas—. ¿Me equivoco? Solo es una teoría, por descontado. —Alzó la vista—. Alguien que vigilara que no se colara ninguna denuncia inoportuna, por ejemplo. —Hizo una pausa. El rostro de Bachs se congestionó en una mueca de desprecio—. Control y dominio. Sus especialidades. Y claro está, todo a cambio de suculentos premios en metálico. Pero tú ya sabes de qué te hablo, ¿no?

Bachs se incorporó muy despacio.

—Más vale que cierres el pico de una vez —masculló.

—Ese tipo sale en alguna de las películas requisadas —dijo Milo—. ¿Acierto?

—¡Deja de tocarme las pelotas, coño!

Milo sonrió de oreja a oreja.

—Un trabajo muy concienzudo el tuyo.

Bachs dio un paso hacia él. Enrojecido, blandió un puño en su dirección.

—He dicho que cierres el pico, no te lo pienso repetir.

Milo volvió a concentrarse en sus uñas.

—Si yo fuera ese tipo, podría tener la tentación de mantener abierto el chiringuito. Y entonces tú estarías entre dos fuegos. Menuda faena, ¿eh?

El comisario jefe Bastos y Singla hicieron su entrada en la oficina. El contraste entre ambos era llamativo. Uno, alto y corpulento, con la cabeza pelada y redonda; el otro, más bajo y delgado, de andares rápidos y atléticos. De camino al despacho del segundo, los dos giraron la cabeza para contemplarlos. Bachs se pasó la mano por el pelo rubio con gesto nervioso.

Milo dejó escapar un suspiro de resignación y se levantó de la silla.

—A lo mejor estoy equivocado —dijo. Dio unas palmaditas en su hombro—. Vigila tu culo. Es un consejo. Por los viejos tiempos.

Dio media vuelta y se alejó con calma. Varias miradas se clavaron en su espalda.

Para matar el tiempo hasta la hora de la cita se acercó al parque de la Ciudadela. Estaba atestado de gente. Echada sobre el césped de los diferentes jardines, cobijada en bancos bajo la sombra, cómodamente sentada en las terrazas de varios bares. Vio a familias enteras, turistas, grupos de estudiantes. Los niños revoloteaban alrededor de los ancianos mientras los extranjeros se afanaban en disparar sus cámaras sin importarles cazar como fondo del encuadre a jóvenes parejas retozando sobre la hierba. La temperatura era abrumadora y los ciudadanos aprovechaban para refrescarse en un rincón alejado del rumor del tráfico y la contaminación. Se sintió un extraño en el paraíso. Un bicho raro. Por un momento experimentó la envidia de no ser uno más. De no poder sumarse a alguno de aquellos grupos y tomar un respiro charlando amigablemente acerca de cualquier tema, sin

desconfianza, sin sospechas. Sin pensamientos oscuros. Echó de menos la vida, vivir. Vibrar con las personas normales. Reír. Hablar con un refresco en la mano, incluso con una cerveza, y no tener miedo. Y no mentir. Dejar la mente libre, y sentir. Pero fue solo por un momento.

Observó las señales indicadoras y se dirigió con paso cansino hacia la cascada del parque, el lugar donde había aparecido la primera víctima del Asesino del Listado. Después de echarle un vistazo, hizo otro tanto con la plazoleta Aribau, en el extremo noroeste, frente al castillo de los tres dragones que acogía el Museo de Ciencias Naturales. Por último, abandonó el parque y subió por el paseo Lluís Companys, atravesó el monumental Arco del Triunfo y caminó arrastrando los pies por el lateral del paseo San Juan hasta llegar a la biblioteca Arús.

Atontado por el calor, no prestó atención a la réplica de la Estatua de la Libertad del vestíbulo y entró cabizbajo en la primera de las salas donde un cartelón anunciaba un próximo curso titulado «El simbolismo masónico», organizado por el Gran Priorato de Hispania.

—Llegas tarde —dijo Rebeca, saliendo a su encuentro.

—¿Crespo ya ha llegado?

—Está con Gombrowicz en una de las salas, charlando de sus cosas. He preferido no entrometerme y esperarte aquí, curioseando los libros. ¿Sabías que en algunas culturas la impuntualidad se considera una grave ofensa?

—Subinspectora, no estoy de humor.

Ella se encogió de hombros y le guio por los pasillos hasta desembocar en una sala pequeña, recóndita, ocupada por estanterías de pared a pared. En el centro, unos viejos butacones rodeaban una mesilla baja. Era un lugar tranquilo y poco transitado.

Eugeni Gombrowicz se levantó en el acto con la mano extendida.

—Celebro volver a verlo, inspector. Aunque por su expresión de cansancio diría que el trabajo le está resultando una carga demasiado pesada. ¿Le apetecería beber algo?

Estrechó su mano, negó con un gesto. Saludó a Crespo con una inclinación de cabeza.

—Señor Gombrowicz —dijo, desplomándose en uno de los butacones—, usted no cree en el pensamiento positivo, ¿verdad?

—Sí, cómo no, pero también en el realismo —repuso el bibliotecario, tomando asiento a su lado—. La idea es acabar el trabajo, no que el trabajo acabe con uno. La pasión está bien, pero no cuando se transforma en obsesión. La clave es no perder nunca el control.

—¿Algo más?

Eugeni Gombrowicz se echó a reír.

—Tiene que disculparme, uno de mis vicios es meterme donde no me llaman.

—¿Qué tal si vamos al grano? —Dirigió la mirada al sargento —. Me hablaste sobre la peculiar geometría que presentaban entre sí los lugares donde el asesino dejó a sus víctimas, que todos estaban relacionados, y no sé qué acerca de unas extrañas coincidencias que estabas encontrando. ¿Empezamos por ahí?

Toni Crespo desplazó el cuerpo hasta sentarse en el borde de la butaca.

—Eugeni, le conté lo de las líneas de Gaudí, pero tú eres el experto. —Titubeó un instante—. Lo que te vamos a explicar no puede salir de estas paredes, nos pondría en un...

—Toni, lo sé perfectamente —cortó—. Mis labios están sellados, como siempre.

El sargento inspiró hondo.

—Tenemos una teoría.

Acto seguido, le explicó de forma escueta lo que habían descubierto sobre el Asesino del Listado, los emplazamientos que había escogido para abandonar los cadáveres, y la suposición de que se las tenían que ver no con uno, sino con dos psicópatas. Al terminar, el aire de la sala se hizo denso de repente, plomizo.

El rostro afable del bibliotecario se endureció, marcado por la preocupación.

—Ahora entiendo su cansancio, inspector Malart —dijo—. No sé ustedes, pero yo necesito un buen té helado. Me he quedado con

la garganta seca.

Se levantó con un ágil movimiento y se marchó sin añadir una palabra.

Los tres observaron cómo Gombrowicz, armado con lápices de colores y una regla, extendía un mapa de la ciudad sobre la mesilla, junto a cuatro vasos y una jarra de té donde tintineaba el hielo. Luego, marcó una serie de puntos y agarró la regla.

—Están todos —dijo—. Y observen ahora, son las famosas y enigmáticas líneas de Gaudí. —Se dobló sobre el mapa y cogió un lápiz de color rojo—. Vayamos a por la primera. Si nos situamos en el comienzo de la avenida Gaudí, frente al hospital de San Pablo, en el lugar donde el asesino dejó a su víctima de 1992, y trazamos una línea recta, esta nos conduce, pasando por el ábside de la Sagrada Familia, justo hasta el Palau Güell, el sitio donde abandonó a la víctima de 1999. De igual forma, si cogemos como punto de partida la plazoleta Aribau del parque de la Ciudadela, lugar de la víctima de 1998, y tiramos una línea que pase por la Plaza Real, esto es, el sitio de la víctima de 2004, verán que finaliza en el mismo punto, el Palau Güell de nuevo. —Levantó la vista del mapa—. ¿Qué les recuerda la figura formada por estas dos líneas?

—¿Una flecha? —aventuró Rebeca.

—Exacto, una especie de señal indicadora de un punto concreto: el Palau Güell.

—Sede de la fundación Círculo Gaudí —dijo Crespo.

—Que presidió Félix Torrens tras abandonar el proyecto de los centros de acogida —apostilló Milo con tono sombrío—. El responsable de desatar el torrente de crímenes.

Los demás permanecieron en silencio.

—Prosigamos —dijo el bibliotecario. Cogió un lápiz azul—. Ahora tracemos una línea desde el parque Güell, lugar donde apareció quemado y crucificado Félix Torrens, hasta la plazoleta Aribau; y a continuación, tomando el mismo punto de partida, otra que vaya hasta la verja de los pabellones Güell de Pedralbes. Estas

dos líneas son iguales y perpendiculares, lo que no deja de resultar curioso; pero lo que todavía resulta más singular es que, si unimos los dos puntos lejanos, la verja de Pedralbes y la plazoleta Aribau, esta recta es la hipotenusa que forma con las dos anteriores un triángulo rectángulo de catetos idénticos. Estarán de acuerdo conmigo en que esta geometría del genial arquitecto es, cuando menos, enigmática.

Los tres asintieron sin despegar los ojos del mapa.

—Pero no acaban ahí las coincidencias geométricas —dijo Gombrowicz—. La distancia que separa la cascada del parque de la Ciudadela y la escalinata central del parque Güell, justo desde el atanor, es la misma que hay entre este lugar y la verja de Pedralbes.

—Sin embargo —intervino Crespo—, esa verja de los pabellones Güell que dices no ha sido utilizada por los asesinos para dejar ninguna víctima.

El bibliotecario separó los brazos y forzó una mueca de perplejidad.

—¿Tiene algo de particular esa verja? —quiso saber Milo.

—Bueno, es donde se encuentra el dragón forjado que representa a Ladón, el guardián del jardín de las Hespérides, vencido por Hércules en su undécimo trabajo tal como narra Jacint Verdaguer en su poema *L'Atlàntida* —explicó Gombrowicz—. Está sostenido por una columna en cuya cúspide hay un naranjo construido de antimonio, el metal de los alquimistas y alusivo también a las Hespérides. La forma del dragón corresponde a la posición de las estrellas de la constelación de la Serpiente, en la que fue convertido Ladón como castigo por el robo de las naranjas.

Mientras Crespo y Rebeca asimilaban aquella información, Milo murmuró:

—Apuesto a que es el lugar elegido por el Verdugo para quemar a su próxima víctima.

—Inspector, no se ha producido ningún nuevo secuestro —rebatió el sargento.

—Lo sé, pero ese tipo es muy minucioso. Y por lo que parece, está reproduciendo uno por uno todos los puntos que forman las

dichosas líneas de Gaudí.

—No todos —dijo Rebeca—, falta otro.

Todos se volvieron hacia ella. Señaló el mapa con el índice.

—Falta la Sagrada Familia, en concreto el ábside.

—El templo que el Papa visitará el próximo domingo —dijo Crespo.

Milo apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Sí, pero estará acorazada por cientos de efectivos de todos los cuerpos policiales.

Los tres enmudecieron sin saber qué decir a continuación.

—Hablando de templos expiatorios, ¿sabían que hay dos en Barcelona? —informó el bibliotecario—. Además de la Sagrada Familia, tenemos el Tibidabo. Se lo digo porque volvemos a encontrarnos con singularidades geométricas. Verán —se dobló de nuevo sobre el mapa—, si trazamos la línea que une ambos templos, esta pasa prácticamente por el punto más alto del parque Güell, el promontorio de las Tres Cruces, donde apareció el cuerpo de Félix Torrens. Y esto no es todo, si trazamos otra que una el Tibidabo con la Casa Xifré, lugar aledaño de donde se descubrió a la víctima de 2009, la línea transcurre justo sobre La Pedrera, edificio que el asesino utilizó para colgar en llamas a Eduard Pinto.

Milo soltó un resoplido de impaciencia.

—Comienzan a marearme tantas coincidencias.

—Pues todavía no le he explicado las peculiaridades que entraña el promontorio de las Tres Cruces —apuntó Gombrowicz —, así como tampoco la profusión de símbolos masónicos y herméticos que utilizó Gaudí en la mayoría de sus obras.

—Háble me de ese promontorio —dijo Milo—; pero en resumen, si no le importa.

—Es un lugar francamente misterioso, la verdad. De entrada, una de las cruces no es tal cosa sino una señal que indica la dirección arriba-abajo; otra está orientada norte-sur, y la tercera hacia este-oeste. Es decir, son tres elementos que señalan las seis direcciones. Y de hecho, ninguna de ellas debería ser considerada una cruz puesto que en realidad son taus culminadas por la forma menos católica de todas: un cubo en punta, que es el símbolo

masónico del grado de maestro, y que también se encuentra en...

—Todo esto está muy bien —interrumpió Milo—, pero dejémoslo para otra ocasión. Lo que me gustaría saber es qué significan todas estas líneas que ha trazado en el mapa. Yo no creo en las coincidencias y no acabo de entender cuál pudo ser la intención de Gaudí, si es que tuvo alguna, al disponer sus obras de una manera tan..., tan matemática.

—¿Quiere saber lo que opino acerca de ellas? —preguntó el bibliotecario, algo molesto por la interrupción. Milo asintió—. Pues bien, son líneas que muchos expertos han estudiado a fondo sin llegar a ninguna conclusión. Resultan llamativas, enigmáticas, un buen reclamo para especialistas, pseudoestudiosos y divulgadores... pero que, hasta que no se demuestre lo contrario, no significan nada. En mi opinión, fueron una travesura de Gaudí, un simple desafío a su genial intelecto, tal vez arrastrado por su gusto por la exactitud.

—¿Y todo se reduce a eso, a un mero juego geométrico?

—Es lo que opino, sí. Otra cosa es que los dos asesinos, llevados por una fijación más que evidente con la figura de Gaudí, hayan querido aprovechar el misterio para incorporar confusión al asunto.

—¿Confusión?

—Ahondar en lo inexplicable, aumentar las teorías más peregrinas, incidir en el simbolismo hermético. Lo que estoy diciendo es que sus motivos son subrayar la obsesión hacia el genio, pero que no tienen un significado concreto. Un masón no lo haría, y alguien contrario a las sociedades masónicas tampoco; ¿para qué tendrían que hacerlo? No, aquí subyace un trauma, una grave avería en la psique, que se traduce en una mente torturada.

El sargento Crespo se aclaró la garganta.

—Lo que, de forma escabrosa, los hace sentirse unidos a Gaudí, aunque remotamente.

—Explícate.

—Según los expertos, su vida sigue siendo un misterio. Hay muchos puntos que no logran aclarar. Por de pronto, no se ponen de acuerdo en su lugar de nacimiento; unos citan Riudoms y otros

Reus. Y luego está el cambio drástico que dio a su vida, un giro de ciento ochenta grados. Cuando llegó a Barcelona para estudiar arquitectura, las crónicas hablan de que era un joven orgulloso y esnob, que se hacía acompañar en calesa a las obras, y que no se bajaba de ella ni para consultar los planos. En esa época entabló relaciones con conocidos miembros de la francmasonería y se mostraba indiferente al culto religioso. Y de pronto, de ser un joven dandi, con gustos de gourmet, un habitual del teatro y la ópera, experimentó una radical transformación y se convirtió en todo lo contrario, en un místico de misa diaria, refugiado por completo en su trabajo, practicante del ayuno y la más severa frugalidad, que vestía trajes viejos y gastados, y descuidaba su aspecto hasta el punto de que a veces lo confundían con un mendigo, como ocurrió en el momento del atropello del tranvía que le provocó la muerte.

Gombrowicz afirmó lentamente con la cabeza.

—El porqué de este giro tan notorio continúa siendo un enigma.

—Sí, y dicha transformación guarda cierto paralelismo con la que padecieron nuestros asesinos —agregó Crespo—. A esto me refería. Sus vidas también sufrieron un cambio radical, y puede que este aspecto, en un plano mental perturbado, los haga *hermanarse* con su figura. —Se encogió de hombros—. Sé que suena rebuscado y algo pillado por los pelos, pero explicaría las razones de su fijación con el arquitecto.

Milo se dirigió a Rebeca.

—Cuando me hablaste del perfil de los dos asesinos, dijiste que uno, el del Listado, parecía estar inmerso en un proceso de transformación.

—Sí, y el otro, el Verdugo, en uno de purificación —terminó la subinspectora—. Ambos coincidirían con lo señalado por el sargento.

Milo se llevó las manos al rostro. Se apretó los ojos y estiró la piel de las mejillas en un intento por despejar la mente. Luego, se reclinó en la butaca y parpadeó mirando el techo.

—El que me interesa es el Verdugo. Hemos deducido que es él

quien dirige al Asesino del Listado, ¿no es eso? Pues centrémonos en sus pasos.

Rebeca y Crespo cruzaron una mirada mientras Gombrowicz se servía más té aguado.

—Un momento —dijo Milo, incorporándose de golpe. Se inclinó sobre el mapa y lo observó con fijeza. Al cabo de unos instantes, cogió un lápiz y trazó un aspa en el Palau Güell—. La flecha lo señala. No lo ha utilizado para exponer y quemar a sus víctimas, pero sí nos lo ha remarcado con alguna intención. Ahora, si añadimos los lugares que sí ha utilizado, el parque Güell, La Pedrera —trazó dos aspas sobre ellos—, y agregamos los dos que nos faltan, la verja de Pedralbes y la Sagrada Familia —repitió la operación—, ¿qué tenemos?

—¿Cinco aspas? —dijo Gombrowicz con una sonrisa.

—En efecto. Ya solo nos falta unirlas. —Se dirigió a Crespo—. Gaudí sentía predilección por las líneas curvas, ¿no es verdad? Da igual, las rectas también nos valdrán. —Plantó el lápiz en el aspa más alta a la derecha y lo hizo resbalar hacia el de la izquierda; a continuación, descendió hasta el aspa más baja y, de ahí, fue en busca de los dos siguientes para terminar en el último, casi en el centro del mapa. Observó el resultado—. El dibujo no es lo mío, pero con un poco de imaginación se distingue perfectamente la letra que ha salido, ¿no os parece?

Gombrowicz y Crespo enmudecieron.

—¡Es una G! —exclamó Rebeca.

—Exacto, el Verdugo está firmando la ciudad.

Salieron a la calle todavía abrumados por la información obtenida. Frente a la puerta estaba la moto del sargento; sin embargo, meditabundos, cada uno rumiando para sus adentros, descendieron por el paseo San Juan sin despegar la vista del suelo. Rebeca llevaba bajo el brazo el mapa con las líneas que les había entregado Gombrowicz.

Milo se detuvo. Se giró hacia Crespo.

—¿Piensas regresar a la Central o ya das la jornada por

terminada?

—Debería volver. Pero para ser sincero, no me apetece nada.

—¿Y tú? —se dirigió a Rebeca.

—Lo mismo. ¿No vienes con nosotros?

—Ya he tenido bastante comisaría por hoy. Necesito respirar.

El sargento carraspeó.

—¿Puedo hacerte una pregunta, inspector? —Milo asintió—. ¿Qué pretendías con tu conversación de antes con Bachs?

Un camión de bomberos pasó atronando con la sirena a todo volumen y Milo aguardó a que se apagara la molesta estridencia.

—Sacudir el árbol —dijo—. Para ver qué pájaro levanta el vuelo.

—¿Qué conversación? —se interesó Rebeca.

—Es un juego que puede resultarte peligroso —declaró Crespo —. ¿Eres consciente?

—La idea es que alguien se ponga nervioso y cometa un error.

Rebeca se interpuso entre ambos con los brazos en jarra y les preguntó de qué estaban hablando. El sargento Crespo se lo explicó brevemente.

—Tú estás majara, inspector —soltó ella.

—En absoluto. Estoy convencido de que Félix Torrens tenía sometida a mucha gente en puestos clave de la ciudad. Hacienda, por ejemplo. —Sacudió la cabeza—. Me juego lo que quieras a que la denuncia anónima que destapó todo el asunto no era la primera, a que hubo más y que fueron paralizadas por una mano invisible. La diferencia es que la última llegó al despacho del fiscal anticorrupción y este no estaba en su agenda, eso es todo.

—¿Y crees que ocurría otro tanto en la Central?

—¿Por qué tenía que ser diferente? También es un puesto clave. —Se volvió hacia Crespo—. ¿Cómo era aquella máxima de las sociedades masónicas?

—«Lo que tú haces, te hace» —respondió Toni con rapidez.

—Eso es. Si te sometes, te vuelves sumiso. Si aceptas presiones, te corrompes.

—Y si actúas como un corrupto, te conviertes en un nombre en una agenda.

—Es una cadena. ¿No os sorprende la celeridad con la que el juez Nadal se ha presentado en la comisaría para hacerse con las películas?

—Y ha venido acompañado por la plana mayor, Bastos y Singla —informó Crespo.

Milo chasqueó la lengua.

—No han tardado ni veinticuatro horas en ponerse en marcha.

—¿Quiénes? —preguntó Rebeca.

—No lo sé —reconoció—, pero algo se está moviendo. Los cargos que salen en las filmaciones temen que salgan a la luz y sus carreras sean destruidas además de acabar con sus huesos en chirona. Con Torrens desaparecido, se mantenía una calma tensa. Pero ahora, las cosas han cambiado y los poderes de facto han movido pieza para protegerse y tapar el asunto. «Son de los nuestros», y no podemos permitir que la ciudadanía lo sepa todo. Así es como funcionan las cosas, y así debe continuar siendo.

—¿Sospechas de alguien en concreto? —quiso saber la subinspectora.

—Tengo una ligera idea.

—Para que luego digan del secretismo de las sociedades masónicas —se quejó Toni.

—Sargento, todo se basa en lo mismo. Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. —Pasó un brazo por sus hombros —. Os acompaño a buscar la moto.

Rehicieron el camino de vuelta en silencio.

Al llegar al vehículo, Crespo extrajo dos cascos y le pasó uno a Rebeca.

—Inspector, antes de que se me olvide. Esta tarde he recibido un informe sobre la muerte de una anciana mientras asistía a misa. Te lo cuento porque con el tema del listado veo muertes extrañas por todas partes.

—¿Cuándo ocurrió?

—El pasado domingo.

—No fue 10 de junio —repuso Milo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué le ves de particular?

El sargento se encogió de hombros. Incómodo, jugueteó con la visera del casco.

—Georgina Perricot, viuda, cuatro hijas, ochenta y dos años. Vivía sola en el paseo Turull. Según el informe, todo indica que falleció de un infarto.

—¿Se le practicó la autopsia?

—Ochenta y dos años, inspector.

—Insisto, ¿dónde ves lo extraño?

—El paseo Turull está muy cerca del parque Güell. Justo debajo.

Milo alzó una ceja.

—Continúa.

—Sucedió durante una misa.

—Eso ya lo has dicho.

—En la iglesia de los jesuitas de la calle Caspe —añadió Crespo.

—¿Y qué?

—La he buscado por internet y el arquitecto fue Joan Martorell...

—Maldita sea, Toni, desembucha de una vez.

—Pero el delineante fue Gaudí. Fue una de sus primeras colaboraciones.

Milo frunció los labios.

—A lo mejor solo es una coincidencia —murmuró el sargento. Se puso el casco.

—Tú y tus dichosas coincidencias —gruñó Milo—. ¿Jesuitas de Caspe?

Crespo asintió mientras se montaba en la moto.

—No perdemos nada por echarle un vistazo. Subinspectora, ¿te apuntas?

—¿Yo, ir a una iglesia? —preguntó, ocupando su sitio.

—Se está muy fresco y podrás rezar a gusto. De paso, te presentaré a unos amigos.

—Olvida lo de rezar. —Se agarró a la cintura del sargento—. ¿A las nueve?

—Seré puntual. Y oye, no te olvides de guardar ese mapa en mi cajón.

Crespo arrancó. Plantado en la acera, Milo los observó bajar a la calzada y alejarse entre el tráfico. Acto seguido, hundió las manos en los bolsillos y caminó cabizbajo hacia donde tenía aparcado el coche.

23

Cruzó Pau Claris en rojo y corrió hasta llegar a la otra esquina. Allí se abría el portalón del colegio de los jesuitas y no pudo evitar la tentación de asomarse y dar una ojeada. Durante años estuvo franqueando a diario aquellas puertas para asistir a clase y le picó la curiosidad por ver si habían cambiado mucho las cosas. El vestíbulo permanecía igual, solo que ahora desierto por las vacaciones. La misma garita acristalada del conserje, las orlas colgadas en las paredes, la puerta de secretaría; y enfrente, las escaleras que ascendían a las aulas, la escultura del Sagrado Corazón de Jesús en el primer recodo que tanto le intimidó durante las primeras semanas. Un recuerdo destelló en su cerebro: los niños, subiendo ordenadamente en fila de a dos los gastados escalones, rozando con la mano los pies de la estatua para luego besarse los dedos. Sacudió la cabeza. La época del colegio. En realidad, no fue tan mala. Una vez se hubo acostumbrado al cambio, a compartir el enorme edificio con cientos de alumnos, todo fue relativamente bien. Salvo un detalle. Un pequeño detalle. Confiaba en que sí hubieran cambiado algunas cosas.

La iglesia se encontraba más allá, a media manzana en la calle Caspe, y se apresuró para no hacer esperar a la subinspectora Mercader. Nada más ver su rostro supo que no valía la pena acelerar el paso.

—No digas nada y entremos —comentó al llegar a su altura.

Rebeca se mordió la lengua. Contuvo su malhumor y fue tras él.

El lugar era oscuro, un leve aroma a incienso se esparcía por los bancos. Caminaron por uno de los laterales, provocando que se alzaran algunas miradas inquisitivas de los pocos feligreses que a aquellas horas se encontraban arrodillados aguardando la misa de

diez.

Entraron en la sacristía. El olor a cerrado era penetrante. Un hombre, vestido de gris, les daba la espalda mientras preparaba las ropas del sacerdote que iba a oficiar la liturgia.

Milo soltó un carraspeo y el hombre se volvió.

—Inspector Malart y mi compañera, la subinspectora Mercader. —Le mostraron las placas—. Quisiéramos hacerle unas preguntas al cura que celebró la misa del domingo.

—¿Vienen por lo de la pobre señora Perricot? Una desgracia —dijo, juntando las manos—. Morir así, sin tomar la comunión. Qué fatalidad, Dios mío.

—¿Estaba usted presente?

El hombre asintió.

—Ayudé al padre Gabriel, como siempre. —Cerró los ojos—. Se quedó como un pajarillo, sentada en su banco de costumbre. —Los abrió al tiempo que elevaba la vista al techo—. Que Dios la tenga en su Gloria. Era una de nuestras feligresas más fieles; nunca, que yo recuerde, faltó a misa de doce los domingos. Los designios del Señor son inescrutables.

—¿Vio algo extraño? —preguntó Rebeca—. ¿A alguien no habitual cerca de ella?

El sacristán puso cara de desconcierto.

—No... no sé a qué se refieren. Los de la ambulancia dijeron que fue el corazón, un ataque súbito. No pudieron hacer nada por la pobre señora Perricot. Ya saben, a esa edad ocurren estas cosas. Es muy triste, pero créanme, por la expresión de su rostro, se marchó en paz. —Se santiguó de forma veloz—. Ahora nos contempla desde el Cielo, sentada a la diestra del Señor.

—En primera fila, sí —dijo Milo—. Entonces, ¿no vio nada que le llamara la atención? ¿Un desconocido sentado en su proximidad? ¿Tal vez un hombre rubio, con el pelo muy corto?

El estupor aumentó en las facciones del sacristán.

—Ocupaba los bancos del fondo —musitó—, en la cruceta. Los domingos suelen asistir muchos fieles con sus familias. No..., yo no... Estaba lejos, en el primer banco del pasillo, cerca de la puerta. Decía que le gustaba sentarse allí porque de esa forma

estaba más tranquila, sin gente alrededor. Y la verdad, yo ya no me fijo en quién asiste. Es cierto que también vienen algunas personas no habituales, incluso turistas, pero no les sabría decir...

—¿Qué es lo que no sabrías decirles, hermano Josep?

—Padre Gabriel, son policías —los señaló—, y vienen por lo del fallecimiento. Son los inspectores Malart y Mercader.

—Subinspectora —corrigió Rebeca. Se volvió hacia el hombre de pelo blanco y mejillas hundidas que había entrado en la sacristía. Vestido con camisa y pantalones negros, el alzacuello era la única nota de color en su indumentaria—. Es una investigación de rutina, padre Gabriel, y solo queríamos saber si durante la liturgia del domingo observó algo extraño en torno a la finada, algún detalle inusual que...

—¿Malart? —interrumpió el sacerdote—. ¿Camilo Malart?

—Milo, si no te importa —dijo.

El padre Gabriel lo repasó de arriba abajo.

—Siempre es un placer reencontrarme con un antiguo alumno —dijo.

—Yo no utilizaría esa palabra entre estas paredes, Gabriel. Suena inadecuado, ¿no te parece? Y más, en labios de un profesor de Lengua.

—Exprofesor, señor Malart; ya he dejado la enseñanza.

—Exseñor, Gabriel, ya no voy al colegio. Ahora soy inspector.

—Padre Gabriel, si eres tan amable. Recuerdo que no sacabas muy buenas notas en mi asignatura, tus redacciones estaban plagadas de errores de ortografía.

—Tienes buena memoria.

—Nunca olvido una cara —aseguró el sacerdote. Sonrió—. Veo que la vida te ha tratado bien. Inspector, nada menos.

—¿Qué puedes decirnos de lo sucedido el domingo?

El cura se giró hacia el sacristán y este le tendió un lienzo rectangular de lino blanco.

—Nada de particular. Oficié la misa como siempre. —Introdujo la cabeza y se colocó el amito sobre los hombros, alrededor del cuello—. Me extrañó que la señora Perricot no se acercara a recibir la comunión, pero no le di importancia. —El

sacristán lo ayudó a cruzar las cintas por la espalda y luego se lo ató él mismo por delante—. Fueron los feligreses quienes la descubrieron inconsciente. —El hermano Josep le entregó el alba, larga hasta los pies, y el sacerdote se puso la blanca camisola bordada—. Acudí al oír el revuelo y alguien llamó a la ambulancia. Pero todo fue en vano. Solo pude rezar una oración por su alma. —La ajustó con el cíngulo a la cintura y le llegó el turno a la estola —. No tenía pulso, la pobrecilla. Y no, no vi nada de particular, a nadie hacer nada que no fuera lo normal en estos casos. —Por último, se vistió la casulla verde sobre la larga y estrecha banda del mismo color—. Abanicarla, pasarle un pañuelo húmedo por la frente, limpiarle la muñeca...

—¿Limpiarle la muñeca?

—Nada, una gota de sangre que alguien debió de hacerle con la pulsera; a lo mejor fui yo mismo con las prisas por tomarle el pulso. Sus hijas están desconsoladas, como es lógico. Fue una tragedia. —Se encogió de hombros—. Pero cuando el Señor nos llama a su vera, ¿qué mejor sitio que una iglesia? —Adoptó una expresión grave—. Me consta que Georgina Perricot vivió una vida de fe y plenitud con Dios, obediente a sus enseñanzas y fiel a su credo. Que descanse en paz. Y ahora, si me disculpas, mis feligreses me están esperando.

El sacerdote inició la salida, pero Milo se interpuso.

—Un minuto, Gabriel. Antes de tomarle el pulso, ¿estás seguro de que no sangraba? Piensa en ello, es importante.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Con el tumulto no tuve tiempo de fijarme en detalles. Fue un infarto, ocurre todos los días, y más a personas de la tercera edad. No quieras ver cosas donde no las hay. —Puso una mano en su hombro—. Siempre fuiste un diletante, Malart. Te recuerdo discutir por todo, lo que te gustaba buscarle tres pies al gato.

—Vosotros me lo enseñasteis, a pensar por mí mismo. ¿Cómo era aquello que decíais? —Engoló la voz—. «Pretendemos educar a los jóvenes de manera que no acaben de encajar en el sistema para que de este modo logren cambiarlo.» Loable objetivo, pero incómodo para los alumnos. Vamos de cabeza, todo el día

chocando contra todas partes.

El padre Gabriel sonrió de oreja a oreja.

—Deberías venir a las reuniones de antiguos alumnos. Disfrutaríamos contigo.

—¿También acude Federico Pires a esas reuniones?

La sonrisa se borró en el acto de su rostro.

—El padre Pires está en nuestra misión de Honduras.

—Bien lejos de nuestro alcance. No deberíais protegerlo.

—Realiza una gran labor con los niños desfavorecidos —dijo, la voz ronca.

—¿Con los niños? —Un arrebato de ira se apoderó de Milo—. Es un depredador, lo sabéis, y tendría que estar entre rejas. No tenéis perdón.

—¡Jesús, María y José! —exclamó el sacristán—. Hijo, no pierdas la fe.

—No soy su hijo —soltó. Se encaró con el padre Gabriel—. ¿Recuerdas a Carlos Guevara? Fue uno de mis compañeros de clase.

—No, no me acuerdo de él —repuso, bajando la voz dos octavas.

—Y lo dice alguien que acaba de afirmar que nunca olvida una cara —dijo Milo, con desdén—. Te lo juro, Gabriel, no os entiendo. Al encubrirlo estáis provocando que continúe con sus bajezas. Sería más sencillo decir la verdad y pedir perdón. Sobre todo a sus víctimas, como mi amigo Guevara. Después de lo de Montserrat desapareció del colegio.

—¡Cómo se atreve a hablarnos así, insensato! —clamó el hermano Josep.

—No te sulfures, hermano. Malart debe de tener problemas con la bebida o las drogas.

—No, nada de eso. Yo solo leo libros de autoayuda.

—Entiendo.

—No entiendes nada, como me temía. —Negó con la cabeza muy despacio—. Si un día ves a Pires, dale recuerdos de mi parte. Dile que yo no olvido, al igual que Guevara, y que rezo para tropezarme con él por la calle. —Sonó el móvil y Milo lo extrajo de

inmediato. Vio que era un número desconocido—. ¿Crees que Pires tendrá el mismo valor con un adulto que con un niño de doce años?

El color rojo se acentuó en las mejillas del sacerdote. El móvil siguió sonando.

—Siempre fuiste un insolente.

—Saber lo que pasaba y mirar hacia otro lado es la peor cobardía.

Pulsó el botón de responder con cierta aprensión. Enseguida reconoció la voz al otro lado. Era Alba Conte, la secretaria de Susana. Estaba muy nerviosa.

—¡Esta es la casa del Señor! —aulló el sacerdote.

Tapó el micrófono con la mano.

—Pues a ver si lo demostráis de una vez. Necesita una buena limpieza.

Sin prestar atención a los exabruptos del padre Gabriel, se llevó una mano a la oreja libre y salió de la sacristía. Rebeca fue tras él.

La voz de Alba Conte rozaba el histerismo.

—Inspector Malart, la jueza Cabot tenía una reunión a las nueve en su despacho y aún no se ha presentado. Son las diez, no es nada habitual en ella. Me hubiera avisado. Y no me contesta al móvil ni en su casa. Le ha sucedido algo, lo sé. Le llamo porque ella no se cansaba de repetirme que si le ocurría cualquier cosa usted fuera el primero en enterarse. ¿Qué hago? ¿Qué hacemos?

Milo palideció de golpe.

—¿Qué pasa? —quiso saber Rebeca, alarmada.

—Señora Conte, no se preocupe. Yo me encargo. La llamo más tarde. Procure calmarse y esté atenta al teléfono. La mantendré informada.

Colgó. Entonces se dio cuenta de que se encontraba en el altar. Los rostros de los feligreses lo contemplaban perplejos mientras el padre Gabriel le señalaba indignado la salida.

—Por el amor de Dios —clamó.

Milo atravesó la iglesia a toda velocidad con Rebeca pegada a sus talones.

Una vez en la calle, dijo:

—Puede que Susana haya sido secuestrada. —Buscó un número en la agenda—. La visita al paseo Turull la haremos otro día. —Estableció la comunicación—. ¡Toni, pásame con Sonseca, de Personas Desaparecidas! ¡Ahora!

El dispositivo de investigación pronto dictaminó que, en efecto, la jueza había sido secuestrada. Su coche, un Mercedes clase M, fue descubierto en la calle General Batet, en las proximidades del hotel Juan Carlos I, abandonado y cerrado. Su bolso descansaba en el asiento del copiloto y en el maletero encontraron una bolsa; en su interior se halló ropa deportiva y otros útiles de hacer ejercicio, junto a un carnet del Club Laietà. El Departamento de Personas Desaparecidas, tras regresar de ambos escenarios, estableció a media tarde la secuencia de los hechos en el despacho del inspector jefe Mateo Sonseca.

—El método es muy similar al utilizado en los casos de Eduard Pinto y Félix Torrens, solo que en esta ocasión, en vez de abordar a su víctima al salir del trabajo, lo hizo cuando la jueza abandonaba las instalaciones del club deportivo al que acudía regularmente los martes y jueves para realizar su clase de pilates.

—Maldita obsesión por la línea —dijo Milo, entre dientes. Se había convertido en la sombra de Sonseca durante todo el día y su rostro empezaba a reflejar las huellas del cansancio—. Típico de ella.

—Salió de la Ciudad de la Justicia alrededor de las ocho de la tarde y se dirigió al club. Hora y media después, los testigos afirman que se montó en su coche y salió del recinto. Una compañera de clase se despidió de ella cuando cruzaba la barrera levadiza del aparcamiento. Fue la última en verla.

—Suponemos que el secuestrador ya iba en el asiento trasero —dijo el inspector Cruz.

—Todo indica que debió de introducirse en el parking del club. Está al aire libre, y no tan vigilado como el de la Ciudad de la Justicia. Es fácil colarse en las instalaciones, como un socio más.

El..., el secuestrador...

—Puedes llamarlo Verdugo —interrumpió Milo, sin inflexión —. Es él.

Rebeca asintió con un cabeceo y Sonseca prosiguió:

—Abrió el vehículo sin dificultad con el reproductor de frecuencias, se ocultó en la parte trasera y aguardó el momento oportuno para neutralizarla.

—Creemos que la jueza condujo por Pintor Ribalta, tomó por la avenida de Chile y giró a la derecha por General Batet. Este fue el lugar elegido por el Verdugo.

—De nuevo una calle solitaria y poco frecuentada, sin cámaras.

—Sí, la animación comienza más tarde, cuando las prostitutas y los travestis se instalan allí. Pero entre las nueve y media y las diez apenas circula gente, y por el momento no hemos encontrado a ningún testigo ocular del secuestro.

—Los de Rastros han hallado huellas, fibras y cabellos en el interior. Ahora los están analizando. A lo mejor tenemos suerte y...

—El Verdugo no comete este tipo de errores —cortó Milo.

—Siguiendo su *modus operandi*, imaginamos que la neutralizó de forma fulminante con algún tipo de sustancia anestésica o droga, y luego la trasladó inconsciente a su vehículo.

—La furgoneta blanca —señaló Rebeca.

—No lo sabemos con certeza, ninguna cámara la ha recogido.

—Todo en un abrir y cerrar de ojos —murmuró Milo—. Susana no tuvo tiempo ni de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Si no, se hubiera resistido, la conozco.

—Este tipo es un jodido fantasma. Lleva a cabo el secuestro y desaparece del lugar sin apresurarse, para no llamar la atención.

—La debió de seguir las últimas semanas, para conocer al dedillo todas sus rutinas.

—Y escogió el lugar más adecuado, preparando la acción con meticulosidad.

Rebeca carraspeó ligeramente.

—Sé que es una tontería, pero ¿se ha recibido alguna petición de rescate?

El inspector jefe Sonseca hizo un gesto negativo.

—La pregunta es: ¿por qué el Verdugo ha secuestrado a Susana Cabot?

—Porque es la jueza que lleva el caso —respondió Cruz.

Milo se mantuvo callado. Se preguntó si el inspector estaba en lo cierto.

—Malart, siento todo esto —dijo Sonseca—. Sé que os unía una buena amistad y...

—Nos une, Mateo. En presente. —Se alejó hacia la puerta—. El Verdugo ha cometido su primer error. Ha tocado a uno de los míos y esto no ha terminado. ¿Me mantendrás informado de lo que vayáis averiguando?

—Dalo por hecho.

Un tenso silencio lo acompañó mientras abandonaba el despacho del inspector jefe.

Cruzó la oficina y se dirigió a las escaleras. Se sentó en un tramo. Permaneció un instante con los ojos clavados en el suelo. Luego, respiró hondo y llamó a Alba Conte para ponerla al corriente de las novedades. La voz de la secretaria sonó apelmazada. A lo largo del día la había estado informando puntualmente, pero pocas horas antes habían tenido que administrarle una fuerte sedación y mandado a casa.

—Inspector Malart, ella confía ciegamente en usted —dijo, articulando muy despacio las palabras—. No nos defraudará, ¿verdad? Esto..., yo...

—Le doy mi palabra.

Mientras colgaba, oyó que la puerta de las escaleras se abría.

Momentos después, Rebeca se sentó a su lado.

—¿Cómo estás?

—Eso no importa —dijo, con acritud. Se mordió los labios—. Susana Cabot no será la nueva Esther Garcilaso.

—Tenemos cinco días para atrapar al Verdugo antes de que...

—Antes de que la cuelgue en un maldito sitio de Gaudí y la queme viva.

Rebeca contuvo la respiración.

—La verja de los pabellones de Pedralbes —musitó.

—O la Sagrada Familia.

Asintió.

—Cinco días, inspector. El próximo domingo. El día de la ceremonia de consagración.

—Sé contar, subinspectora. La cuenta atrás empezó anoche.

Los dos se miraron fijamente.

—¿Qué me escondes, cabrón? —preguntó en voz alta—. ¿Qué es lo que no hay aquí?

Se encontraba en la sala de visionado. El reloj marcaba más allá de las cuatro de la madrugada y ya había repasado varias veces la filmación de la agonía de Eduard Pinto sin hallar lo que estaba buscando. Intuía que algo se le escapaba, pero por más que se devanaba los sesos no lograba desentrañar qué era. Molesto consigo mismo, agarró la taza vacía y se levantó. La llenó de nuevo en la sala de descanso y aprovechó para dar un paseo por la oficina casi desierta y estirar las piernas. Se detuvo ante una de las ventanas y contempló la calle.

La soledad. El silencio. La negrura.

Unas imágenes restallaron en su cabeza. El rostro de Eduard Pinto desgarrado por los aullidos de dolor. El cuerpo de Félix Torrens devorado por las llamas. El primero, colgado en un balcón; el segundo, crucificado en un calvario. Los dos, consumiéndose en la pira humana. Un escarmiento. Castigados. *El espíritu ha muerto*. Una mano retorciendo el cuello de una paloma. *Barcelona lo estropeó todo*. Susana encerrada en una celda nauseabunda. Sin agua. Aguardando su hora. El fuego.

Dio media vuelta y regresó a la sala de visionado.

Volvió a repasar la grabación de las cámaras de vigilancia. El vehículo de Parques y Jardines llega a las 5.40 horas. Se detiene bajo la balconada del lateral. La figura vestida de negro de pies a cabeza carga el cuerpo de la víctima en la plataforma elevadora. Lo cuelga en la barandilla del primer piso, lo riega con gasolina. Eduard Pinto abre los ojos, la boca. Son las 5.42 y la figura se pone de espaldas a las cámaras, se entretiene con él unos segundos.

Desciende hasta el suelo. El contador de tiempo marca las 5.43. Aparta el vehículo y prende a la víctima. Grandes lenguas de fuego la envuelven en el acto. La figura se marcha y abandona el vehículo en la calle de arriba. Cruza el paseo de Gracia a la carrera y desaparece del ángulo de la cámara. El reloj señala las 5.44. Eduard Pinto patalea en el aire. A las 5.47 sus movimientos son más pausados. El fuego se mantiene constante. La víctima deja de moverse a las 5.49. Un fuego fatuo oscila en su cabeza ennegrecida. Los bomberos llegan a las 6.02. Un minuto después se acaba la filmación.

—Me la sé de memoria —farfulló en la sala vacía.

Sustituyó la película por la que había grabado el asesino y dio al PLAY. Un primer plano de la víctima, su terror sin límites cuando comprendió que iba a ser devorado por el fuego tras lamer unas gotas de gasolina. La cámara era digital, de alta definición. Tenía desactivado el sonido y la función del contador de tiempo.

—Las 5.42 —dijo Milo, recordando el dato a la perfección.

Observó sus facciones al escuchar las palabras del asesino, el espanto en sus ojos. En el siguiente plano, tomado ya desde la esquina de enfrente, su cuerpo aparecía envuelto en llamas. Calculó las 5.45, un minuto después de salir del vehículo y cruzar a la carrera el paseo de Gracia. El zoom aproximaba su rostro en un cruel primer plano. Sus mejillas comenzando a derretirse por el fuego lacerante. Dos minutos después, el objetivo se alejaba para encuadrar un plano medio. Las convulsiones cada vez más pausadas. Y tras dos nuevos minutos, un largo plano general mostrando el cuerpo inmóvil colgado en el fastuoso cadalso de Gaudí, la cimbreante fachada de...

—Espera —murmuró.

Hizo retroceder la filmación hasta el segundo plano corto. Acercó la cara a la pantalla. Contempló los detalles con detenimiento. Parpadeó, atónito, y se echó para atrás.

Sacó el móvil y llamó a Rebeca. Tamborileó impaciente escuchando la señal.

—¿Sí? —dijo ella, la voz adormilada.

—Tengo la prueba de que son dos. Y ya sé cómo lo hicieron.

La subinspectora Mercader llegó a la Central con el rostro aún abotargado por el sueño.

—¿Es que tú nunca duermes? —preguntó, entrando en la sala con un café en la mano.

—Ya lo haces tú por los dos. —Palmeó el asiento de una silla —. Siéntate y observa.

Puso en marcha la filmación del asesino y señaló el monitor.

—¿Qué ves?

—Unas imágenes horribles de la muerte de un hombre envuelto en...

—¿Y qué es lo que no ves? —atajó, sacudiendo el índice de forma perentoria.

Mientras Rebeca escrutaba la pantalla, Milo contempló su rostro concentrado, los ojos grises reflejando el fulgor de las llamas. Instantes después, la vio arquear las cejas.

—Es obvio, no hay contador de tiempo —dijo.

—Premio. Ahora dime, ¿por qué el asesino desactivó esa función de la cámara? No le importa que lo veamos de cuerpo entero, su complexión y demás, pero sí el reloj. ¿Por qué?

—Imagino que quería ocultarnos los minutos transcurridos, no se me ocurre otra explicación. Lo que se me escapa es el motivo.

—Ahora vamos a eso, pero antes... —Maniobró con los mandos hasta detener la película en el segundo plano corto del rostro de Eduard Pinto—. ¿Qué es lo que no ves aquí?

Rebeca hizo una mueca al observar su boca desencajada por los gritos mudos, la piel de sus mejillas empezando a deshacerse como mantequilla. Entrecerró los ojos.

—¿Compasión, clemencia?

Milo hizo un gesto de fastidio.

—No, no hablo de lo intangible. Me refiero a lo tangible. ¿Qué falta en este plano?

Rebeca frunció los labios. Negó con la cabeza.

—Dímelo tú.

—Consunción, los estragos del fuego. —Señaló la imagen—.

El asesino lo prende a las 5.43, sale a la carrera a las 5.44, se sitúa en la esquina opuesta y retoma la filmación más o menos a las 5.45. Eduard Pinto lleva unos dos minutos ardiendo... ¿y la piel de su cara empieza justo ahora a derretirse?

—Está poco quemado —susurró ella.

—Exacto. Y esto solo puede significar una cosa: hay otra cámara, y la maneja el segundo asesino. Aguarda a que su compañero se vaya con el vehículo, espera... pero se precipita, quizás un minuto, y comienza a filmar antes de tiempo. Por eso el rostro de la víctima no presenta más destrozos, el fuego acaba de iniciarse. Simplemente, se adelantó.

—Dos cámaras, dos asesinos —dijo Rebeca, la voz queda—. Hay un salto en el tiempo de filmación, editaron la película.

—Y para evitar que lo descubriéramos, suprimieron la función del contador.

—¡Esta es la prueba que confirma que son dos, ya no es solo una conjetura nuestra!

—Es lo que pienso, sí. —Esbozó media sonrisa al ver su entusiasmo—. Y en mi opinión, el de la segunda cámara es el Verdugo. Es él quien firma con la G, y el encargado de filmar las escenas más plásticas. Es quien tiene la tendencia creativa, el artista. El otro es la fuerza bruta, el ejecutor que acata todas sus órdenes.

—El Asesino del Listado —concluyó Rebeca.

Milo hizo un gesto afirmativo.

—Repasemos la secuencia de los hechos. Ambos llegan a La Pedrera con el vehículo de Parques y Jardines, llevan a Eduard Pinto en el suelo de la parte delantera.

—Tal y como señaló Bonhora, como un bulto a sus pies —dijo ella, nerviosa—. El vehículo se detiene poco antes del ángulo de las cámaras y el Verdugo se apea.

—Se sitúa en la esquina de enfrente, a cara descubierta, como un peatón más —siguió Milo—. Entretanto, el del Listado hace lo que ya sabemos. Con eficacia y rapidez. Igual que un autómata.

—El Verdugo aguarda, impaciente. ¿Firma entonces la G en la acera?

—No, después, al terminar. El Verdugo no quería perderse el espectáculo. Era su gran momento. Necesitaba saborear su venganza.

—Y presa de la excitación, se precipita al grabar el sufrimiento de su víctima.

—Sí, el del Listado abandona el vehículo en la calle de arriba y sale a todo meter, cruza el paseo de Gracia y se aleja corriendo. Pero no baja hasta la esquina, sino que sigue recto, llega a la Rambla Cataluña y, evitando las cámaras, va a buscar la furgoneta blanca a Consejo de Ciento, donde la había aparcado.

—Y a continuación regresa para recoger al Verdugo —apuntó Rebeca—, quien seguía filmando tan tranquilo la muerte de Eduard Pinto y la llegada de los bomberos.

—Es el momento que me contó el indigente. Sucedió tal y como él dijo. Lo que explica por qué pudo verle la cara. El Verdugo no llevaba casco, solo el del Listado.

—Para poder filmar sin dificultades. Y como no se ha pegado la carrera —añadió—, las imágenes no salen movidas por el esfuerzo. Mantiene el pulso firme. Vale, su cámara puede tener función estabilizadora, pero los planos están perfectamente encuadrados, sin vacilación. Entonces llega la furgoneta y lo recoge, como un señor. Y se van juntos.

Milo asintió. Pensativo, dijo:

—Gracias a ese viejo mendigo sabemos la descripción del Verdugo. Rubio, con el pelo rapado, un tipo guapo.

—Y según el dueño de la tienda de electrónica, con ojos azules y voz desagradable.

—Un hombre de treinta y ocho años y aspecto nórdico. —Ensombreció el rostro—. Que ahora tiene en su poder a Susana.

Rebeca puso una mano en su hombro. Luego, se levantó para apagar el monitor.

—No, no lo apagues. Aún no hemos terminado. Falta otro detalle.

Abrió los ojos poco a poco. Un intenso dolor en las sienes la hizo

cerrarlos. Respiró con dificultad. Quieta, procuró librarse de la opresión que sentía en el pecho. Una vez que hubo acompasado el ritmo de sus pulmones, intentó poner en orden las ideas. La clase de pilates, las bromas con las compañeras en las duchas, la despedida en la cafetería. En el coche, dejó su bolsa en el maletero, se sentó al volante. Arrancó y salió del club.

El pinchazo en el cuello.

Al recordarlo, quiso llevarse una mano a la zona, pero el brazo le respondió a cámara lenta, como si no fuera suyo. Lo obligó hasta lograr que la obedeciera con exasperante lentitud. No sintió nada, el dolor había desaparecido. Esto, o su sistema nervioso aún estaba anestesiado. Rememoró el momento. La inyección y, después, la oscuridad. Hasta ahora.

Era el método del Verdugo.

La había cazado como a Eduard Pinto y Félix Torrens. De súbito, dos sentimientos la inundaron: el primero, de vergüenza; el segundo, de terror. Luchó contra ambos. Era una jueza, pero no podía haber previsto que el psicópata se volviera contra ella. Y respecto al otro, se dijo que nunca en su vida se había rendido sin presentar batalla.

—No va a ser esta la primera vez —murmuró, la boca pastosa.

Entonces aparecieron en su cerebro las imágenes de los vídeos y volvió a notar cómo se le aceleraba el corazón. Tragó saliva. Con el estómago encogido, su seguridad empezó a tambalearse. La sed, el fuego. Una mala muerte, lenta. El dolor de las sienes aumentó. El dolor. No lo soportaría, se vendría abajo. Iba a morir de la peor forma posible. Y no quería, no quería. Todavía no, por Dios. Unas lágrimas se le escaparon y esto la puso furiosa. Se ordenó apartar aquellos pensamientos de su mente. Como un mantra, se repitió que ella era fuerte, una roca. «Eres de acero, una mujer de acero.» A continuación, repasó las armas que tenía en su poder. El dominio del sentido común sobre el corazón. Una fortaleza inquebrantable. La cabeza, su único talento natural. Nunca la perdía, ni siquiera en las situaciones más difíciles. Además, ella era una mujer y ese miserable un hombre. La inteligencia. No, no le iba a dar la satisfacción de verla acobardada. Y por nada del mundo pensaba

suplicarle. Tras superar el ataque de pánico, resolvió mantenerse firme y no desfallecer. Y que pasara lo que tuviera que pasar. Ya cruzaría cada puente en su momento.

Abrió los ojos de nuevo y vio las sombras alargadas que se reflejaban en el techo. Rodó sobre sí misma y, con un supremo esfuerzo, se puso en pie lentamente apoyándose en la pared. Levantó la cabeza. A pocos metros, se alzaban los barrotes. Y detrás, un foco de luz cegadora. Pestañeó mientras con la mano se protegía de aquel resplandor tan hiriente.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Silencio.

Notó las cuerdas vocales resecas. Pese a ello, tomó aire y dijo:

—No me das miedo.

Silencio.

Se insufló ánimos y avanzó hasta los barrotes.

—Voy a resistir lo que sea necesario —declaró—. Cinco, siete, diez días. Soy como los camellos, mis reservas de agua son inagotables. ¿No has visto mis cartucheras?

Agarró con fuerza los barrotes e introdujo la boca entre ellos.

—Hasta que me rescaten, hijo de puta.

—No te van a rescatar —dijo alguien, más allá del foco de luz.

Susana Cabot enmudeció, sorprendida. La voz había sonado suave, y ella se esperaba una más grave. Desconcertada, permaneció unos instantes callada hasta que cayó en la cuenta de que había logrado arrancarle unas palabras. Uno a cero. Era un buen comienzo.

—Ni te imaginas la de gente que te sigue la pista.

No recibió respuesta.

Sin amilanarse, continuó azuzándolo.

—Hay uno en concreto que lo conoce todo de ti. Y es el mejor. Nunca falla.

Silencio.

—Es capaz de bajar al infierno para atraparte. Y sabe leer tu mente, lo que piensas.

Silencio.

—¡Estás loco si crees que voy a suplicarte agua! —gritó.

—¿Sabes rezar, jueza Cabot?

Los barrotes impidieron que se cayera al suelo.

De uno en uno, sin soltarse, fue a la pared y se recostó en ella. Acto seguido, se dejó deslizar hasta quedar sentada. Extendió las piernas y trató de hacer como antes, acompasar la respiración. Había perdido los nervios. Un fallo imperdonable. Empate. Inspiró hondo. La espera iba a ser larga y no podía permitirse errores infantiles. Todo estaba en manos de Milo. Milo. El contradictorio y extraño Milo. Impredecible y descreído. Tan cambiante como las fases de la luna, vertiginoso como una montaña rusa. Su leal e ingobernable Milo. Con un suspiro, cruzó los dedos. Confiaba que, en esta ocasión, no llegara tarde. Que por una vez en su vida fuera puntual.

Consciente de que era observada, volvió a cerrar los ojos.

Intentó dejar la mente en blanco. No temer, no imaginar lo peor.

Le resultó imposible. Entonces acudió al plan B. Improvisó una oración.

—Buena chica —dijo la voz.

—¿Qué detalle?

Milo hizo retroceder la filmación y la detuvo en el primer plano corto.

—Observa. —Señaló la pantalla—. El asesino se pone de espaldas a las cámaras de vigilancia. Se inclina sobre Eduard Pinto y le susurra algo.

—No quiere que le leamos los labios y averigüemos qué le dice.

—Correcto. Fíjate ahora en el rostro de la víctima. Está aterrorizado, sí, pero por una fracción de segundo lo contrae en una expresión de horror todavía más grande. ¿Qué te muestran sus ojos?

Rebeca contempló las imágenes mientras Milo las hacía pasar adelante y atrás.

—Reconocimiento —concluyó. Se volvió hacia Milo—. Lo acaba de reconocer.

Asintió.

—Le ha dicho su identidad. —Pulsó el botón de pausa—. El asesino quería cerciorarse de que supiera su nombre, si no ¿dónde está la satisfacción de su venganza? Por este motivo, le comunica quién es. Y lo hace en el último momento, después de tenerlo encerrado cinco días. ¿No te resulta raro?

—¿Por qué?

—¿En todo ese tiempo Eduard Pinto no lo reconoció, no ató cabos sobre quién era?

—A lo mejor permaneció siempre con la cara tapada.

—Igualmente, subinspectora. —Negó con la cabeza—. Observa su gesto. Es el de alguien que recuerda de pronto, que de súbito cae en la cuenta. Hasta ese instante ni se le había pasado por la imaginación quién podría ser su captor. En cambio, el asesino sí conocía a Eduard Pinto. ¿Y por qué? Porque le hizo algo en el pasado que no puede perdonar ni olvidar. Que no *quiere* perdonar ni olvidar. Y por eso, refresca su memoria. La única explicación que se me ocurre es que la víctima no era consciente, ni siquiera se acordaba. —Volvió a señalar la pantalla—. De ahí su mueca de horror. Acaba de saber que un hecho del que no se sentía especialmente responsable iba a ser el causante de su muerte.

—Un hecho que sucedió hace mucho tiempo.

—Sí, cuando los asesinos eran unos muchachos. En la década de los ochenta. —Apagó el monitor—. Para ser más exactos, pocos años antes de 1990.

Rebeca arrugó el ceño.

—¿Y cómo deduces esa fecha?

—Por su perfil psicológico, tú misma lo dijiste. Ese hecho no pudo ocurrir después de salir de La Ferradura, sino *antes*. Piensa. Cuando abandonaron la casa de acogida en 1990 eran invulnerables, ya nada podía hacerles más daño. Llegaron a la ciudad transformados: uno, en asesino implacable; el otro, en un verdugo planificando su venganza. Y se volvieron invisibles. —Bajó la voz—. Fuera lo que fuese lo que sucedió, tuvo que ocurrir antes

de caer en manos de Félix Torrens, cuando aún tenían el perfil de víctimas. —Se encogió de hombros—. Hasta ahora creíamos que allí empezó todo. Estábamos equivocados.

—Pero nada parece vincular a Eduard Pinto con Félix Torrens —replicó Rebeca.

—Lo sé.

Inclinó la cabeza y enlazó las manos sobre la nuca. Clavó la vista en el suelo.

Las piezas del rompecabezas seguían sin encajar. Todo parecía tener un significado, pero insuficiente para obtener una visión completa del cuadro. Intuía que se encontraba cerca, muy cerca, y al mismo tiempo también muy lejos. Frustrado, llegó a la conclusión de que necesitaba una perspectiva distinta, un nuevo enfoque.

—Nos estamos equivocando otra vez —dijo en un murmullo.

Se incorporó y empezó a caminar de un extremo a otro de la sala.

Tenía que pensar de forma diferente, menos lineal. Abandonar las líneas rectas y hacer lo que siempre le había funcionado: contemplar las piezas desde dentro, sentir como si él fuera una de ellas. Palpar la arquitectura, el diseño, la urdimbre de los asesinos. Partir de ellos y dirigirse hacia fuera. Realizar el camino inverso. Y cambiar el ángulo de la luz, ver el caso en su esencia, darle la vuelta. Solo así podría componer una nueva imagen.

Se detuvo en seco.

—Es al revés —dijo.

—¿Cómo dices? —preguntó Rebeca, perpleja.

—Buscamos una relación entre Pinto y Torrens y no la hallamos. ¿Y qué hacemos? Nos estrellamos una y otra vez como moscas contra el cristal. ¿Por qué? —Se dio la vuelta—. Porque miramos en la dirección errónea. Sencillamente, no hay relación directa entre ellos.

—No puede ser, tiene que haberla...

—Pero al cambiar el enfoque, el nexo se ve enseguida. Tan claro como el agua.

—¿Y cuál es?

—Los asesinos.

Rebeca lo observó aturdida, sin comprender.

—Ellos son su único vínculo, ¿no lo ves? —Se aproximó—. Ni Pinto ni Torrens, ni ahora Susana, guardan relación entre sí. Pero si le damos la vuelta, cada uno tuvo que conocerlos por separado hace veinte años. Lo acabamos de ver en la filmación. Eduard Pinto no tenía ni idea de quién era su captor hasta que este se lo dijo. Entonces lo reconoció. Y recuerda la grabación de Félix Torrens, lo que pudimos leer en sus labios: «Tú no eres, tú eres...». Ese fue el preciso momento en que supo de quiénes se trataba: las víctimas de sus vejaciones. Lo único que los tres tienen en común es el episodio de finales de los ochenta.

—¿Y qué pudo hacerles Eduard Pinto en esa época que justifique una muerte tan horrible? Solo era un cargo de La Caixa, un tipo pacífico y un trabajador ejemplar.

Milo la dejó con la palabra en la boca y salió en estampida de la sala. Llegó hasta su mesa y, haciendo caso omiso a los saludos de los miembros de la oficina que acababan de llegar, revolvió en su cajón hasta encontrar la carpeta que buscaba. Regresó a la sala de visionado y se la lanzó a Rebeca.

—Apuesto a que ahí tienes la respuesta.

La subinspectora la atrapó en el aire. Sin inmutarse, la puso en su regazo.

—Búscala, ¿a qué esperas? —se extrañó Milo.

—Inspector, ¿y Susana? Tú y yo la conocemos. Parece incapaz de hacer daño a nadie. ¿Por qué alguien habría de secuestrarla para someterla a una tortura tan cruel?

Milo se quedó paralizado.

Al cabo, se dejó caer en la silla.

—No puedo pensar, necesito un café.

—Lo que necesitas es dormir, descansar un par de horas.

—Olvídalo. ¿Recuerdas las imágenes de la celda? —Cruzaron una mirada—. Pues eso. Ya habrá tiempo más adelante.

—Voy a traerte ese café.

—No, iré yo. Mientras, empieza a repasar la carpeta. De

principio a fin. Tienes que encontrar a qué se dedicaba Pinto durante esa época.

Rebeca la abrió de inmediato. Iba a iniciar la lectura de los informes que había elaborado Crespo sobre la primera víctima cuando vio de soslayo que Milo no se movía.

—¿Inspector?

Milo abrió los ojos y se despabiló un instante.

—Voy —dijo, la voz soñolienta—, ya voy.

A continuación, desplomó la cabeza y volvió a quedarse profundamente dormido.

24

Dos horas después, se despertó de golpe. Confundido, observó a Crespo y Rebeca.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—¿Qué hora es?

—Las nueve pasadas —dijo el sargento.

—Joder, ¿por qué me habéis dejado dormir? —Se frotó los ojos ahogando un bostezo—. ¿Qué has descubierto en los informes?

—Ese café con hielo es para ti —señaló Crespo—. Te lo acabo de traer.

Mientras Milo lo alcanzaba y bebía un sorbo, Rebeca empezó con su explicación.

—Durante la década de los ochenta Eduard Pinto desempeñó varios cargos intermedios en diferentes empresas participadas por el Grupo La Caixa. —Bajó la vista a los papeles—. Estuvo tres años en Servihabitat, desde 1983 hasta 1986, cuando la empresa tenía otro nombre, como director de Operaciones. De ahí pasó a Aucat, donde permaneció cinco años, hasta 1991. Luego, coincidiendo con los Juegos Olímpicos, ascendió a las oficinas centrales del Grupo y, poco después, inició su andadura en la política.

—Aucat es la que nos interesa. ¿Cuál era su tarea allí?

—Lo mismo, director de Operaciones.

—¿Y a qué se dedicaba esa empresa?

—Se dedica —matizó Rebeca—. A construir carreteras. Autopistas de Cataluña.

Milo detuvo la taza poco antes de llegar a sus labios.

—Carreteras. Olimpiadas. Expropiaciones. —Repasó sus caras —. Los dos asesinos, sus familias, pudieron ser expropiados. Las fechas coinciden.

—¿Pertenecen a ese club que llamaste «de los damnificados»? —inquirió Rebeca.

—Si sales de la ciudad por la Meridiana verás una pintada gigantesca en uno de los laterales de un edificio. Reza: LOS JUGOS DE BARCELONA. —Apuró la taza—. Hasta ahora nos preguntábamos qué pudo haberles hecho la ciudad para convertirse en el objetivo de su rencor. Una expropiación podría ser la respuesta.

—¿A dos muchachos a la vez? —replicó ella—. ¿Qué pasa, eran vecinos?

Milo contuvo un gesto de impaciencia.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —dijo—. ¿Se te ocurre una explicación mejor? —Rebeca no respondió—. Esa expropiación pudo provocar algo, no sé.

—Supuesta expropiación —puntualizó Crespo.

—¿Tú también me sales con estas? —Se levantó, irritado—. Estamos aquí para formular una hipótesis sólida, una premisa lo suficientemente plausible como para construir encima el resto de la historia. —Les dirigió una mirada de cólera—. Y no para poner palos en las ruedas; para eso, ya está el resto de la comisaría. ¿Queda claro?

—Inspector, estás confundiendo discrepancia con enfrentamiento —señaló Crespo.

—Déjalo, Toni, cuando se despierta siempre está de un humor de perros —dijo ella.

Se ruborizó como una colegiala y el sargento desvió la vista al suelo.

—De acuerdo, Toni, lo que tú digas —continuó Milo, sin apercibirse—. Tenemos dos muchachos y una *supuesta* expropiación. Esto explicaría por qué se vengaron de Eduard Pinto. Si él fue el encargado de las negociaciones, pudieron verlo como el principal responsable de la pérdida de sus casas. Y también, su horror cuando descubrió por qué iba a morir poco antes de ser quemado vivo. ¿Estáis de acuerdo? —Se detuvo ante el sargento y este asintió—. A partir de aquí, ¿qué pudo suceder que cuadre con lo que sabemos? ¿Cómo llegaron a la casa de acogida? Sus familias, sus padres, ¿se arruinaron, los abandonaron?

—No es por discutir, inspector, pero una expropiación no arruina a la gente. Puede ser un trance muy doloroso, incluso traumático, pero a cambio los expropiados reciben una cantidad de dinero más o menos justa, lo suficiente como para rehacer su vida en otra parte.

—Me he informado, Toni, y borra eso de «más o menos justa». En la actualidad hay una oficina de apoyo a los afectados con abogados y asesores, pero aun y así, la gente recibe mucho menos de lo que vale su propiedad. Si esto pasa ahora, imagínate hace veinte años, sin tantos recursos ni defensas. No, los expropiados no cogen el dinero y hala, a vivir que son dos días. En absoluto. Es un golpe muy duro de encajar. Y más, si a continuación se desencadena lo que seguimos ignorando. Vuelvo a preguntar: ¿por qué acabaron en La Ferradura?

—No hay forma de saberlo —concluyó Rebeca—. Estamos atascados.

—Habla por ti, subinspectora —gruñó Milo—. Sargento, ¿has localizado a algún trabajador de ese centro? —Crespo sacudió la cabeza en silencio—. Mierda, nada funciona.

Apretó los puños y se dirigió a la ventana con grandes zancadas. Sintió la tentación de golpear el cristal, pero se contuvo a tiempo y se limitó a apoyar ambas manos.

Las imágenes volvieron a su mente.

Eduard Pinto aullando entre las llamas, Félix Torrens ardiendo crucificado, Susana encerrada en una celda a la espera de ser pasto del fuego.

Una paloma con el cuello retorcido.

—Barcelona lo estropeó todo —musitó—. El espíritu ha muerto.

—¿Perdona?

Se dio la vuelta poco a poco.

—Fueron expropiados, y eran menores. Este fue el detonante de todo. La ciudad, ante sus ojos, fue la culpable. La que inició su descenso a los infiernos. Y allí, en La Ferradura, se encontraron con el mismísimo demonio: Félix Torrens. Ese monstruo acabó de arruinar sus vidas, de averiar sus cerebros. Mató sus espíritus a

conciencia. Eduard Pinto, Félix Torrens y Barcelona, tres objetivos de su odio.

—Falta Susana —dijo Rebeca.

—¡Eran menores! —exclamó—. ¡*Alguien* tuvo que enviarlos a ese centro de acogida!

Crespo y Rebeca lo miraron pasmados.

—¿El Tutelar de Menores? —preguntó el sargento.

Milo afirmó con un gesto rabioso.

—He sido un estúpido —dijo—. Susana Cabot ejerció de jueza una temporada en el Tutelar, hace un millón de años, poco antes de conocernos. Ella fue quien envió a esos dos muchachos al centro. Lo escogió sin saber que con aquella decisión estaba sellando el destino de dos infelices... y firmando su propia sentencia de muerte. —Respiró hondo—. Por eso es el nuevo objetivo de su venganza.

Extrajo el móvil y, sin perder un segundo, llamó a Alba Conte.

—Señora Conte, por ahora no hay novedades en el secuestro. La llamo para que me haga un favor. Necesito que busque en los archivos de Menores los casos que llevó Susana Cabot durante los años que estuvo en el Tutelar, allá por finales de la década de los ochenta. Y escuche, solo aquellos que tuvieron como destino un centro de acogida en la provincia de Tarragona llamado La Ferradura. Es muy urgente. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Por descontado, inspector Malart —dijo con aplomo la secretaria de la jueza—. El problema será dar con los sumarios.

—Explíquese.

—Verá, hace veinte años los ordenadores no eran lo que son ahora, y muchos de esos archivos que me pide todavía no han sido pasados a soporte informático. Y con el traslado a las nuevas dependencias de la Ciudad de la Justicia, me temo que se hallen amontonados por cualquier parte. Usted ya ha visto que trabajamos inundados de documentos.

—Maldita sea, señora Conte, es de crucial importancia que encuentre esos archivos.

—Y lo haré, no lo dude —aseguró—. Pero me va a requerir tiempo, eso es todo.

—Justo lo que no tenemos.

—Póngase en mi lugar, pueden hallarse bajo una montaña de legajos, traspapelados o perdidos entre miles de casos, y yo...

—Me pongo en el lugar de Susana Cabot —cortó Milo con aspereza. Se produjo un silencio al otro lado—. Movilice a todo el personal que pueda. Y, señora Conte, disculpe mi brusquedad, pero ahora no hay tiempo de sutilezas. ¿Ha tomado bien los datos? La Ferradura, en la provincia de Tarragona. Tutelar de Menores a finales de los ochenta. ¿Señora Conte?

—Haré lo imposible —dijo la mujer, con voz temblorosa.

—Con eso me conformo.

Colgó mientras reprimía un gesto de impotencia. Rebeca carraspeó con suavidad.

—Inspector, ¿estamos seguros de que el Verdugo es el responsable del secuestro?

—Por completo, pero no por los motivos que dijo Cruz. —Se dirigió al sargento—. Necesitamos una nueva lista, Toni, una que recoja las expropiaciones que Eduard Pinto se encargó de llevar a cabo en esos años. Solo en Barcelona ciudad y su área metropolitana. Llama a Aucat y que te la proporcionen. ¡Y mételes prisa! Cuando la tengas, la cruzaremos con la lista que elaboraron Bachs y Sena sobre los damnificados. Tienen que salir dos nombres, ¿me oyes? Es todo lo que te pido. ¡Dos nombres!

—Tranquilízate, yo me encargo. ¿Algo más?

—No, sargento. —Lo miró con fijeza—. Pero si se te ocurre alguna idea, por más peregrina que te resulte, no me lo preguntes y hazlo. Cualquier cosa. Lo que sea.

Crespo asintió levemente y abandonó la sala de visionado.

Milo se derrumbó en una silla. Dejó escapar un suspiro.

—¿Qué pasa por tu cabeza, subinspectora? Te veo muy callada.

—No me atrevo a contártelo. Estás muy nervioso, a la que salta.

—¿Una chica dura como tú? No me hagas reír. Habla.

—Son las piezas, no me acaban de cuadrar —dijo, con prudencia—. Veo demasiados interrogantes. Las expropiaciones por

ejemplo. ¿Dos a la vez, al mismo tiempo? ¿Y por qué Susana los envió a ambos a ese centro? Por no hablar de los padres de cada uno de esos muchachos. ¿Qué fue de ellos, o de sus familias? Lo veo todo muy impreciso, la historia. Y antes de que me saltes a la yugular, está lo de la anciana muerta en la iglesia. ¿Es una nueva víctima de la demencia asesina de esos dos psicópatas? Y para rematar el asunto, todo mezclado con el elemento Gaudí. ¿Qué pinta el arquitecto en toda esta locura? —Hizo una pausa. Separó los brazos—. Y la pregunta clave: ¿por qué ahora? Después de veinte años, ¿por qué justo ahora el Verdugo ha decidido poner en marcha su venganza?

—¿Alguna pregunta más?

Rebeca afirmó con un gesto.

—Muchas, pero me las guardo para cuando te vea más calmado.

—Es un detalle por tu parte —graznó.

—De nada.

—Te digo lo mismo que a Crespo. Estoy abierto a cualquier sugerencia. Cualquiera.

Permanecieron unos instantes en silencio.

—Creo que deberíamos repasar la filmación de Félix Torrens —dijo Milo.

—Santo Cielo —resopló Rebeca—. ¿Es realmente necesario?

—Hoy es jueves, subinspectora. Tenemos un día menos.

—Adelante con esa película. Me encanta el cine.

La puerta de la sala se abrió y el sargento Crespo asomó la cabeza.

—Inspector, el comisario jefe Bastos te llama a su despacho.

—Hoy hemos bajado dos puntos —dijo Julia Valle, consultando unos papeles a la salida del plató—. No has estado muy fino.

—El secuestro de la jueza no tiene tanto gancho, y el espectador lo que quiere son más imágenes impactantes.

Julia le soltó las hojas de audiencia en el pecho y Navarro se apresuró a cogerlas.

—Pues consíguelas.

El periodista la observó alejarse con su enervante taconeo rápido. Se sintió enrojecer. Aquella bruja ya estaba agotando su paciencia. Dos puntos menos, ¿y qué? Su material era de primera. Quizás había llegado el momento de plantearse la marcha a otra cadena.

Se puso los papeles bajo el brazo y activó el sonido de la BlackBerry mientras se dirigía al camerino para desmaquillarse y cambiarse de ropa. Tenía el fin de semana por delante y ahora solo quería regresar a Barcelona y descansar. Tomarse un buen respiro. Ya vería las cosas más claras después de desconectar dos días. Entonces tomaría la decisión.

Nada más franquear la puerta, el móvil empezó a sonar.

—¿Sí? —preguntó, sin ganas.

—Tengo un nuevo disquete para ti —dijo una voz, rota y desagradable.

Navarro la reconoció enseguida y se puso alerta.

—¿De la jueza?

—Esta madrugada, a las cinco. En el mismo sitio.

Notó que se le aceleraba el corazón. De fondo, oyó el ulular de una sirena.

—Allí estaré, sin falta. Puntual como un clavo.

—Un aviso. Te han colocado un madero a la espalda.

—¿Me están siguiendo? ¡Jodido Malart! Descuida, me desharé de él.

—Sin trucos. Tú solo.

—Sin trucos, palabra.

Iba a preguntar cómo había descubierto que le habían puesto bajo vigilancia cuando oyó que la línea se había cortado. Se guardó la BlackBerry con un gesto de satisfacción.

Sonrió ante el espejo.

—Mauricio, sigues siendo un tipo con suerte.

—Pase y siéntese, inspector Malart —ordenó el comisario jefe Bastos.

Estaba apoyado con los codos en la mesa, la barbilla en las manos, y Milo obedeció sin rechistar. Tomó asiento, cruzó las piernas. Una extraña sensación se apoderó de él.

—No me andaré por las ramas —dijo Bastos, sin cambiar de postura—. Está armando mucho revuelo con las películas que halló en casa del malogrado Félix Torrens.

—¿Mucho revuelo? No sé a qué se refiere.

Lo perforó con la mirada.

—No me tome el pelo, inspector. Yo mismo fui testigo de su pamema con el inspector Bachs hace dos días. Está en boca de toda la comisaría. Y es algo que no puedo permitir.

—Le aseguro que no sé de qué me habla. Solo fue una conversación intrascendente entre dos compañeros. Si la oyeron unos cotillas, no es problema mío.

El comisario jefe apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanca.

—En este asunto hay cosas que lo sobrepasan —declaró, la voz ronca.

—¿Cómo dice?

—Que hay temas que están por encima de su nómina.

—Pues súbame el sueldo y punto.

Bastos retiró las manos de la barbilla y las dejó sobre la mesa. Cerró los puños.

—No quiere enterarse, ¿verdad?

—Hable claro, comisario jefe, y no me haga perder el tiempo.

—Esto le viene grande, no es el hombre adecuado. Le falta visión de altura, comprender la situación. Nos encontramos ante un grave problema de Estado.

—Le aseguro que lo comprendo perfectamente, quizá demasiado.

—Entonces, preste un servicio al país y deje de tocar los huevos con este asunto.

—Lo que me pide es imposible, señor.

—No se lo estoy pidiendo, es una orden.

Milo sintió la sangre hervir en sus venas.

—Comisario jefe, creo que se está excediendo en sus

funciones. Puede ordenarme que investigue, pero no que haga la vista gorda cuando se ha cometido un grave delito.

Bastos convirtió los ojos en una estrecha ranura.

—Usted no es quién para decirme lo que puedo o no hacer.

—Ni usted para ordenarme que eche tierra sobre este asunto.

El timbrazo del intercomunicador sonó en aquel instante y Bastos aplastó el botón para apagarlo. Milo se preguntó si aquello señalaba el fin del primer asalto.

—No me gusta su actitud, Malart —dijo el comisario, recuperando el control—. Nunca me ha gustado. Los que van por libre siempre crean problemas. Le recuerdo que si está aquí fue por expresa voluntad de la jueza que llevaba el caso. Pero como me temía, usted nunca ha sido uno de los nuestros.

—En efecto, no soy uno de los suyos, pero Susana Cabot sí es una de los míos.

—La jueza ya no está en disposición de cubrirle las espaldas —dijo, con cierto aire velado de amenaza—. Está solo, Malart.

—¿Qué quiere decir con eso? —Un sudor frío empezó a recorrerle la espalda—. ¿A quién he molestado? ¿A los cargos que salen en las películas, a sus amigos? ¿Tal vez a alguien más próximo, a alguien de la Central?

—No diga bobadas. Sus teorías conspirativas provocan vergüenza ajena.

—¿Vergüenza? Es curioso que sea usted quien pronuncie esta palabra.

—Divaga, como siempre. —Lo señaló con el índice—. Usted es un experto en humo, no pienso caer en sus provocaciones. La ciudad nos paga y nos debemos a ella.

—Yo me debo a los ciudadanos, a todos los ciudadanos, y no solo a unos cuantos. Si eso no les gusta a algunas familias, por mí como si aprenden danza tirolesa.

Bastos tomó aire muy despacio y abrió una carpeta que tenía sobre el escritorio. Pasó unas hojas distraído. Al cabo, sin levantar la mirada, dijo:

—No es una buena política morder la mano que te da de comer.

—Yo no practico la política, eso se lo dejo a usted. Yo, trabajo.

—Como hizo por ejemplo con Virginia Colomer. —Alzó los ojos—. La volvió a tratar sin la consideración que se merecía después de haber perdido a su esposo, y ya es la segunda queja que presenta. Por lo que veo, usted no tiene nunca bastante. ¿Por qué su animadversión hacia ella? Le advertí de que no volviera a suceder, que su cabeza pendía de un hilo. Pero usted ni caso. —Pasó otra hoja—. Y luego lo de su numerito con ese periodista.

—¿Qué pasa con él?

—A mí no me engaña con su teatro de aficionado en el aeropuerto. —Hizo una pausa de las suyas, larga, interminable—. Hablando con él de forma amistosa, delante de todo el mundo. Era una provocación, lo convirtió en un blanco. Rece para que no le ocurra nada a ese hombre. Si resbala en la ducha y se parte la crisma, yo personalmente me encargaré de acusarle de incitación al asesinato.

—Ordené su vigilancia, comisario jefe, ¿qué más quiere que haga?

Bastos no respondió. Volvió a concentrarse en los papeles.

—La lista de irregularidades es interminable —dijo, pasando una hoja tras otra—. A lo que hay que sumar el informe de la psicóloga Judit Gaig y su comportamiento errático en las dos últimas semanas.

—¿Qué comportamiento errático?

—Amenazas a un compañero, intento de agresión, ebriedad por la calle, intromisión en otro departamento, ausencia injustificada durante dos días... ¿Le parece suficiente munición? Inspector Malart, usted está quemado. El informe de la doctora lo deja bien claro. —Lo leyó por encima en voz alta—: Inestabilidad emocional, mentiroso compulsivo, problemas con la autoridad, dificultades con su capacidad de control, etcétera, etcétera. —Apartó la mirada del informe y lo miró con frialdad—. La doctora aconseja que lo visite un psiquiatra por sus, y cito textualmente, «peligrosas fugas a la irrealidad».

Una sensación de ahogo le impidió pronunciar palabra.

—Pero la gota que colma el vaso —prosiguió Bastos—, es su comportamiento con ella, los dos últimos plantones. ¿En qué estaba pensando, Malart? Cuando congelé su suspensión le dije que no quería quejas, cero errores. ¿Y usted qué hace? —Cerró el dosier y lo empujó con desdén en su dirección—. Ponernos en evidencia allí donde va. No, usted nunca ha sido uno de los nuestros, y jamás lo será. Es la deshonra de la comisaría. —Hizo otra pausa—. Desde este momento queda de nuevo suspendido de servicio con efectos inmediatos. Le entregará la placa y el arma a su superior directo. Eso es todo.

—Pero... el caso, la jueza...

—Se encargará el departamento. Puede usted marcharse.

Milo se levantó con lentitud, fue hasta la puerta. Agarró el tirador. Se dio la vuelta.

—Comisario jefe, ¿le gusta el cine?

Bajó las escaleras de dos en dos hasta que se obligó a detenerse. Aquello no le podía estar ocurriendo. No ahora. La vida de Susana tenía los días contados y necesitaba seguir en el caso. Como fuera. Una espiral de rabia comenzó a ascender rumbo a su cabeza. Tras la explosión, identificó a un culpable. A una culpable. Judit Gaig. Se sintió traicionado, pero ahora no tenía tiempo de arreglar cuentas con la doctora. Acabó de bajar las escaleras y empujó la puerta. Cruzó la oficina como una exhalación, camino del despacho de Singla.

Entró según su costumbre, sin llamar.

—Inspector jefe, ¿eres tú el responsable?

—Órdenes superiores.

—No puedes ser cómplice de esto —dijo. Se acercó hasta su mesa—. ¿No ves que todo es una maniobra para apartarme de las películas? ¡Joder, piensa un poco! Tenemos un topo en el Grupo, sacudo el árbol, y ¿qué pájaro levanta el vuelo? Bastos, para suspenderme apenas cuarenta y ocho horas después. ¿No ves nada extraño?

Singla se echó contra el respaldo. Cruzó los brazos.

—¿Estás acusando al comisario jefe?

Milo sostuvo su mirada de incredulidad.

—Blanco y en botella. Alguien de arriba tiene entre nosotros a su hombre de paja. No tienes más que seguir la cadena de mando. —Se apoyó en el escritorio—. Termina en Félix Torrens y su red de chantaje. Piensa, inspector jefe, piensa. —Se inclinó hacia él—. ¿Quién hay en toda la maldita Central que no sea policía? ¿Quién llegó aquí proveniente del mundo de la política?

Singla no tuvo que meditar demasiado.

—No puede ser —dijo—. ¿Por qué motivo? ¡Es ridículo!

—¿Alguna vez has interpretado una película porno?

El rostro del inspector jefe se mantuvo inexpresivo.

—No me puedes quitar del caso —arremetió Milo—. No mientras la jueza Cabot esté en poder de esos dos psicópatas. Y estamos muy cerca de ellos. Pero para atraparlos necesito la placa, al menos hasta el domingo.

Singla enarcó las cejas.

—¿Dos?

Milo contuvo los nervios y le explicó telegráficamente las conclusiones a las que había llegado con Rebeca y Crespo durante la última semana. A medida que avanzaba en su teoría, las mandíbulas del inspector jefe se fueron desencajando.

—Tenemos pruebas, la subinspectora Mercader te las puede enseñar. —Estrechó la distancia entre ambos—. Escucha, tú y yo hemos tenido desavenencias en el pasado, pero ambos somos policías y hablamos el mismo lenguaje. Sabemos tragarnos el orgullo cuando es necesario. ¿No puedes echarle huevos y hacer lo correcto por una vez? Solo hasta el domingo, es lo único que te pido. Luego puedes hacer conmigo lo que te dé la gana.

Singla se lo sacó de encima con un gesto.

—Antes era como tú, Malart. Todo impulso y coraje. Pero el tiempo me ha enseñado a actuar con prudencia. Lo que me pides es imposible.

—Nunca has sido como yo —masculló Milo—. Haz lo que tengas que hacer y habla con quien tengas que hablar, tú sabrás —remarcó con intención—. Pero hay dos asesinos en la ciudad, en

nuestra ciudad, y no puedes permitir que uno de tus hombres quede fuera del caso. Soy el figura, ¿recuerdas?

Singla empujó la silla y se incorporó de un salto.

—No puedo desobedecer una orden.

—¡Tenemos que detenerlos para averiguar dónde tienen encerrada a la jueza!

—¡No hay más que hablar! —gritó.

Fue hasta la ventana y observó la calle sin dejar de atusarse el bigote.

—Sé cuándo va a ocurrir, e intuyo dónde —dijo Milo a su espalda—. El domingo, el día en que el mundo estará pendiente de Barcelona. El Papa y la Sagrada Familia. Las autoridades al completo. —Suavizó el tono y añadió—: Si mis sospechas son ciertas, tú podrías ser el próximo comisario jefe. Serías el hombre que detuvo al Verdugo de Gaudí, por no hablar del Asesino del Listado. Portada en todos los periódicos. Tu nombre, tu cara. El hombre del año.

Calló de golpe, confiando en que sus palabras surtieran efecto.

La espera se le hizo eterna.

—Tienes hasta el domingo —dijo el inspector jefe Singla, sin volverse.

Milo salió del despacho a la carrera.

Llegó hasta su mesa y empezó a vaciar el cajón.

—¿Qué haces? —preguntó Rebeca, atónita.

—Quitarme de en medio, por si acaso. —Le contó la situación mientras introducía las carpetas, el mapa y los papeles en una mochila—. No me fío. Te recojo delante de la Casa Milà esta tarde a las cinco. Y por favor, no me hagas esperar. Aparcar allí es misión imposible.

—¿Adónde iremos después?

—Al paseo Turull, lo más lejos posible de la comisaría. —Echó un vistazo al cajón para comprobar que lo había vaciado por completo y lo cerró de un puntapié—. Y oye, Singla te espera. Explícaselo todo, sin ahorrarte ni una coma, ¿de acuerdo? —Agarró la mochila y se la colgó al hombro—. Chica dura, las cosas se van a poner feas. —La miró directamente a los ojos—. ¿Estás

conmigo?

—Tienes un morro que te lo pisas —dijo Rebeca, encendida —. Jamás te he hecho esperar, y encima me haces preguntas estúpidas. ¿Eres gilipollas o qué?

Milo observó un instante el brillo de sus pupilas felinas, el enfado en su rostro. Nunca la había visto tan hermosa. Sin dudarlo, le estampó un beso fugaz en los labios.

Arrancó a caminar de espaldas.

—Cuando veas a Toni dile que esté pendiente del móvil, que no se despegue de él ni un momento, ni para ir al baño.

Dio media vuelta y se alejó, la mochila golpeando el costado con cada paso.

El paseo Turull no era un paseo. El nombre resultaba demasiado rimbombante para una callejuela mal asfaltada, estrecha y sin señalizar, salvo un único poste indicador que advertía de que se trataba de una calle sin salida. Se accedía tras tomar una angosta curva en subida, escondida y muy cerrada, razón por la cual no la vieron ninguno de los dos la primera vez que pasaron por delante. Perdidos en un laberinto de calles, recorrieron la zona en repetidas ocasiones hasta que, por fin, atinaron a dar con ella.

—Joder con la callecita de marras —soltó Rebeca—. Si tuvieras GPS...

—Dudo que este barrio salga en esos aparatos. A diez minutos de la plaza Lesseps y parece el fin del mundo. Debió de ser por aquí donde Cristo perdió los clavos.

Ascendieron por la empinada calle mirando a ambos lados. A diferencia de otros barrios de la zona alta, allí no había ninguna uniformidad y la mezcla de tipos de viviendas era chocante. Las había de todas clases. Construcciones sencillas y baratas, con paredes de ladrillos descascarillados y techos de uralita, junto a viejas casonas deslucidas que vivieron sus tiempos de esplendor en otra época. Coquetos chalés estilo suizo y humildes casas adosadas. Auténticas chozas y lujosas mansiones de altos muros. Solares abandonados, repletos de vegetación salvaje, y refinados jardines

con piscina y solárium.

—¿Qué número estamos buscando?

—El 142. Estará al final de la calle. Según Crespo, linda con el parque Güell.

Continuaron colina arriba, con el coche protestando por la pronunciada cuesta que serpenteaba hacia la cima. A cada curva, la suspensión hacía oír sus chirridos.

—Este trasto debería pasar ya a mejor vida, inspector.

—Funciona.

—Un día de estos te va a dejar tirado.

—Nos enterrará a todos.

En el último tramo, Rebeca señaló una casa.

—Tiene que ser ahí —dijo.

Milo frenó junto a una verja blanca, de media altura, que daba paso a un camino asfaltado que terminaba en lo que supusieron que era el garaje. Se apearon del coche. Rodeada de árboles, era una vivienda de aspecto cuidado y funcional. La cal de sus paredes no estaba desconchada, el jardín aparecía sin rastrojos, y las persianas relucían al sol. Dos terrazas se abrían en la planta de arriba mientras un porche recorría todo el perímetro de la planta baja, secundado por una hilera de maceteros repletos de flores.

—¿Oyes? —preguntó Milo.

—¿El qué? No oigo nada.

—Exacto. El silencio es absoluto, un verdadero milagro. —Señaló la arboleda—. Abetos, cipreses, pinos mediterráneos... por eso el calor aquí no aprieta tanto. ¿Crees que me la querrán alquilar por un precio razonable?

—Ya te la regalo. ¿Has visto las ventanas? No hay una que no tenga rejas, parece una cárcel. Y fíjate en las puertas. Son de acero blindado, como una caja fuerte.

—Cambio la seguridad por el silencio y la sombra. No hay color. —Introdujo medio cuerpo sobre la verja blanca y echó un vistazo—. ¿A qué se dedicaba el marido?

—Mayorista de pescado en Mercabarna. Cuatro hijas. Pasta larga.

—Un hombre inteligente. Vida familiar en la cima de Barcelona, una casa agradable, no ostentosa. Aire puro y tranquilidad. Sin sirenas ni polución. Los hay que nacen con suerte.

—¿Te refieres al matrimonio?

—A las hijas. ¿Ves algo de particular?

Rebeca oteó en todas direcciones sin distinguir nada extraño. Encogió los hombros.

—Lo que veo es normal. Estamos perdiendo el tiempo.

—No corras tanto.

Milo dio la espalda a la vivienda y contempló la vista. Al fondo, la ciudad, con sus edificios apiñados como una colmena. Y colina abajo, el repertorio de torres, casitas y casuchas, desperdigadas entre árboles y vegetación. Justo enfrente, al otro lado de la calle, había un descampado. A su izquierda, descendía un vertiginoso pasadizo de escaleras que, salvando el pronunciado desnivel, cruzaba el paseo en varias ocasiones y desembocaba en la vieja casona que habían visto al principio. Pudo vislumbrarla desde allí. El edificio era gris, de líneas clásicas, cuadradas; un estanque vacío presidía el terreno que lo circundaba, pelado, sin una triste flor. En un extremo se amontonaban trastos, tablas y hierros. La única señal de vida era un alto eucalipto de gruesas ramas. Sin el esplendor de antaño, la casona era la imagen de la desolación y el abandono. En cambio, un tramo de escaleras más arriba, vio dos chalés que eran todo lo contrario. Tejados de pizarra, paredes blancas, flores, césped recién cortado, y media docena de tumbonas en la parte de atrás, rodeando una piscina de pequeñas dimensiones. Tres jóvenes adolescentes, sin el top del bikini, se tostaban al sol.

—Se te van los ojos, inspector. Un poco más de disimulo.

—No sé de qué me hablas.

Volvió a contemplar la casa que les había llevado allí con el ceño arrugado.

—¿Nos vamos? —insistió Rebeca—. No le des más vueltas. Una anciana muere de un infarto en una iglesia y Crespo ve fantasmas, lo que no me extraña después de elaborar tu lista de muertes y desapariciones. Sí, Gaudí fue el aparejador de la dichosa

iglesia, ¿y qué?

—Delineante —dijo, distraído.

—Y qué más da. Solo es una coincidencia.

—No creo en...

—¡Lo sé, lo sé! —se impacientó—. Pero ¿me puedes decir qué ves aquí que resulte sospechoso? No hay nada que se salga de lo normal. Es un barrio diferente, eso es todo.

—El parque Güell se encuentra allí arriba —señaló Milo.

—Sí, y la Sagrada Familia ahí abajo. Te lo repito, ¿y qué? La anciana murió de un infarto, es lo que dictaminaron los de la ambulancia.

—No le hicieron la autopsia, y en su muñeca brotó una gota de sangre.

—Una muñeca repleta de pulseras, lo dijo tu amigo, el padre Gabriel.

—No me fío de él, y no es mi amigo.

Rebeca resopló mientras Milo se acuclillaba. Lo vio agarrar una ramita y ponerse a trazar dibujos sobre la tierra del arcén. De pronto, se detuvo y observó el puntero con interés, en concreto su extremo.

—El asesino neutraliza a sus víctimas con una sustancia anestésica —murmuró.

—¿Y?

—Se vale de una jeringuilla o algo parecido. Un artilugio inyector. —Se incorporó. Le enseñó la ramita—. Si te pincho con esto, te haré sangre. ¿Lo comprobamos?

—Ni te atrevas.

—Una gota. Con las prisas, lo hizo mal y brotó una gota de sangre. Pudo haber ocurrido así. Nadie en la iglesia lo habría advertido.

—Y para qué, ¿me lo puedes explicar? No encaja en su método. Ese tipo secuestra a la gente, la encierra unos días sin agua ni comida, y luego la quema. Esto no es obra suya.

Milo cabeceó. Sulfurada, la subinspectora prosiguió con más argumentos.

—Solo era una anciana, ¿por qué quiso acabar con ella? ¿O su

idea era secuestrarla en plena misa y se le fue la mano? Te recuerdo que escoge sitios apartados y solitarios, ¿realmente crees que una iglesia cuadra con esta descripción? No, ni es su *modus operandi* ni la fallecida tiene nada que ver con el caso. ¡Por Dios, una viuda de un mayorista de pescado!

—Una mujer que estaba acostumbrada a levantarse cada día de madrugada para prepararle el desayuno a su marido antes de ir a Mercabarna. Toda su vida. Se levanta, sale a tomar el fresco a la terraza del dormitorio principal —la señaló— y se asoma.

—¿Crees que vio algo? —dijo Rebeca, tensa de repente.

—¿Una anciana de ochenta y dos años?

—Pudo ponerse gafas.

—¿Recién levantada de la cama? —Negó con un gesto—. Solo quiere tomar el aire, relajarse un poco antes de intentar volver a coger el sueño. La oscuridad es total, el silencio...

Enmudeció de golpe.

—¿Qué pasa?

—No vio nada... pero sí pudo *oír* algo. Algo que le llamó la atención en plena noche, un ruido fuera de lugar. ¿Y qué hace entonces?

—Picada por la curiosidad, entra a buscar las gafas. Las tiene en la mesilla y...

—Enciende la luz. —Se volvió hacia ella—. Con la preocupación, teme tropezar y enciende la luz, pero no la de la mesilla. Otra más potente. ¿No caes? —Abarcó con un gesto el barrio—. Es de madrugada, todo permanece a oscuras. Y esta casa está en la cima de la colina. Una luz en la terraza, o en el dormitorio. Brillando en la negrura.

—Destacaría como un faro en medio de la niebla —-dijo Rebeca.

Asintió lentamente.

—Ella no fue testigo, pero alguien pudo creer que sí había visto algo.

—El asesino. Los asesinos.

—Y cometieron el error que estábamos esperando. Nos han atraído a este barrio.

Se les aceleró el pulso.

—La mataron motivados por su necesidad de cerrarle la boca —concluyó Rebeca.

Milo inspiró con fuerza.

—La pregunta ahora es: ¿alguno de ellos vive aquí, es en esta zona donde tienen su guarida? ¿O solo estaban de paso con su furgoneta camino del parque Güell?

—¡Joder! —exclamó ella—. ¡El parque Güell, me había olvidado! Fuera como fuese, tuvo que suceder la madrugada del jueves al viernes..., poco antes de introducirse en el recinto y colgar a Félix Torrens en la cruz del promontorio.

—Un parque que está justo sobre nuestras cabezas.

—Pasaron por aquí —dijo ella, abriendo el Volkswagen—. ¿Seguimos su recorrido?

—Sí, pero en el coche de san Fernando, un rato a pie y otro andando.

—¿Por qué? —preguntó, extrañada.

—Para no perdernos detalle, subinspectora. Quiero verlo todo con lupa.

Quiso hacer las cosas con tiempo y se preparó para salir de casa. Un baño relajante de espuma, ropas cómodas, una copa para animarse. Echó un vistazo por la ventana. Al otro lado de su portal estaba aparcado un Opel Astra de color gris oscuro. En su interior, distinguió las piernas de su ocupante. Sonrió. Iba a divertirse un rato con aquel sabueso.

Cogió las llaves y abandonó el domicilio. Una vez en la acera, paró un taxi.

—Al centro —dijo.

Giró el cuello y, en efecto, el Astra arrancó y se situó tras ellos, dos coches por medio.

—¿Adónde del centro exactamente? —preguntó el taxista.

—Ya le iré indicando.

—Oiga, ¿usted no es el tipo ese que sale por televisión? Tiene a mi esposa embobada con sus crónicas negras, aunque si le digo la

verdad, a mí quien me gusta es Julia Valle. ¡Qué gran mujer!

—No me diga —replicó Mauricio Navarro entre dientes mirando por la ventanilla.

25

Caminaron por la calle asfaltada sin dejar de observar a izquierda y derecha. A medida que ascendían, las casas fueron desapareciendo para dar paso a descampados y solares vacíos, dentro de los cuales se amontonaba gran cantidad de basura. Latas, escombros, bolsas, incluso divisaron un retrete. La vegetación era cada vez más densa en aquella tierra de nadie.

—Este sol va a acabar conmigo —jadeó Rebeca, chorreando sudor—. Es como un horno al rojo vivo.

—Ya falta poco, chica dura.

El asfalto dejó de existir súbitamente, como si los de Fomento se hubiesen hartado de pavimentar el paseo, y la gravilla pasó a ocupar su lugar. Poco después, llegaron a una planicie donde moría la calle para convertirse, torciendo a la derecha, en una nueva más empinada que conducía a las entradas norte y oeste del parque, claramente delimitado por los altos muros.

Se detuvieron para tomar aire.

Milo observó que desde el llano partían tres senderos que se adentraban en el bosque a continuación. Una mujer, apoyada en un bastón, se alejaba cojeando por el del centro acompañada por un hombre alto. La zona estaba ocupada por una fauna variopinta. Dos mochileros permanecían sentados en un tronco preparando un pícnic; uno de ellos tenía el pelo rubio muy corto y el otro, por contra, lo llevaba largo, atado por una coleta. Unos pasos más allá, tres deportistas de diferentes edades se afanaban en hacer estiramientos. Sobre uno de los muros de considerable altura, dos jóvenes practicaban la escalada mientras otros dos los escrutaban desde abajo, esperando su turno. Por último, un grupo de turistas consultaban un mapa, un hombre y su hijo pequeño paseaban a dos perros de raza rottweiler de aspecto fiero, y tres muchachos

con pinta de pijos liaban unos porros a la sombra de las acacias.

—Estoy muerta —resopló Rebeca, apoyada en las rodillas—. ¿Descansamos un poco?

—La calle tiene salida, lo que pasa es que es para caballos.

—Y para burros como nosotros.

Se aproximaron a la sombra. Rebeca se desplomó en el suelo, recostando acto seguido la espalda en el tronco de un árbol. Cerró los ojos.

—Tú y tus ideas de bombero —protestó.

Milo se enjugó el sudor mientras contemplaba la habilidad de los escaladores. El grupo de turistas, tras decidir la ruta que iban a seguir, se encaminaron por la cuesta que conducía al parque. De fondo, se escuchaban las risas burlonas de los tres pijos colocados.

Una de las atletas inició un suave trotecillo al tiempo que apremiaba a sus compañeros a terminar con los ejercicios. El mochilero de la coleta extrajo un tetrabrik de vino barato y dos vasos de papel, los llenó por la mitad y le pasó uno al del pelo corto. Mientras los entrechocaban, la mujer del bastón reapareció por el sendero con su acompañante. Este último vestía de forma informal; pantalones de camuflaje, camiseta y deportivas. Una gorra militar le protegía del sol. No cesaba de parlotear con ella. Media melena rubia, cuerpo bien torneado, una ligera cojera en una de las piernas. Desde la distancia, calculó que había sobrepasado la treintena. Su aspecto era el de una mujer que no se esforzaba en acentuar sus encantos. Es más, tuvo la impresión de que para ella su belleza era una carga, un defecto que la avergonzaba y del que quería huir como de la peste. Sin saber por qué, aquello le resultó singular, muy atractivo, de una carnalidad imanadora. Entonces alzó la mirada y le flaquearon las piernas. Sus ojos de cervatillo, la delgadez de sus mejillas. Algo en ella le resultó familiar, muy cercano. *Marc*. Las risotadas de los emporrados lo trajeron de vuelta a la realidad. Y en ese momento, uno de los rottweiler, libre de la correa que sostenía el niño, se impulsó con los cuartos traseros y se abalanzó sobre la mujer.

Mauricio Navarro hizo parar al taxi frente a la Casa del Libro, en el paseo de Gracia. Pagó la carrera y se bajó con tranquilidad. Sin prisas, se arregló la camisa en la acera mientras se sacaba de encima a una pedigüeña con un niño en brazos. Quería hacerle sudar tinta china a su vigilante, jugar con él al ratón y al gato, pero no que lo perdiera de vista a las primeras de cambio. Le tenía reservada una jornada memorable.

Entró en la librería y fue directo a las novedades de novela negra, su género preferido. Ojeó los títulos. Vio un par que le resultaron interesantes, uno de una autora islandesa y otro de una canadiense, pero dejó la compra para otro día. De improviso, giró sobre sus talones y se dirigió con paso rápido a la salida que daba a la calle Valencia. Una vez al aire libre, aguardó impaciente a que pasara un taxi desocupado. Entonces, sacudió la mano y el vehículo se detuvo a pocos metros. Se subió de forma apresurada.

—Al Corte Inglés —dijo.

—¿A cuál de ellos?

—Al que le haga más gracia. Arranque.

El taxista se encogió de hombros y activó el contador. Sin dudarlo un instante, eligió el más lejano, el de Meridiana. Miró por el retrovisor lateral y se sumó al tráfico. No estaban los tiempos como para despreciar una carrera larga. Al llegar al primer semáforo en rojo, echó una ojeada al espejo. En el asiento trasero, el cliente se había girado para observar algo a su espalda; luego, se acomodó sonriendo de oreja a oreja. El taxista volvió a encogerse de hombros y aguardó el cambio de color. Valoró llevarlo al de Sabadell, pero lo descartó; cabía la posibilidad de volver de vacío y entonces el tiro le saldría por la culata. Cuando se puso verde, aceleró lentamente y se dispuso a cruzar toda la ciudad.

Milo saltó hacia el perro sin pensarlo dos veces. El tiempo quedó suspendido. En el aire, fue consciente de tres cosas: la primera, que la mujer no reaccionaba; quieta, sin despeinarse un cabello, se limitó a mostrarse indiferente, sin miedo. La segunda, que a medida que se aproximaba su atracción crecía de forma progresiva;

la cara sin maquillaje, el cuello esbelto, de cisne, su imagen desprovista de cualquier asomo de feminidad. Y la tercera, que su inusual belleza le estaba nublando el entendimiento pues el rottweiler pesaba más de cincuenta kilos y aún no se había planteado cómo iba a enfrentarse contra una mole tan robusta como aquella.

Impactó contra el perro con todas sus fuerzas y lo desplazó un par de metros. Fue igual que golpear un saco de arena. A continuación, se aprestó a enfrentarse con el segundo que ladraba enfurecido pugnando por librarse de la correa del hombre. Desatado, con la visión teñida de rojo, adelantó un antebrazo mientras se lanzaba a gritar como un poseso, fuera de sí.

—Jo, tío, qué fuerte —soltó uno de los emporrados.

La atleta impaciente se situó a su lado, y poco después llegó Rebeca, la mano en la funda del arma. Los mochileros dejaron caer los vasos, y uno de los escaladores perdió pie y se quedó agarrado al muro con una mano. Los de abajo corrieron a situarse junto a Milo y la joven deportista. En corro, rodeando a la mujer del bastón, mientras su acompañante permanecía agachado en el suelo abrazado a sí mismo, los cinco lograron contener a los perros el tiempo suficiente como para que el hombre se hiciera con la correa del primer rottweiler, estirara de ambas para hacerse con el control de los animales, y lograra apaciguarlos. Entretanto, su hijo prorrumpió en lágrimas, pálido como un cadáver.

El estallido se apagó de forma repentina, tal y como había empezado.

—Lo siento, lo siento —decía el hombre, reculando con los perros—. No entiendo qué ha sucedido. De veras, nunca han atacado a nadie.

—¡Un bozal, eso es lo que necesitan sus fieras! —abroncó Rebeca, aún con la mano en el costado—. Son un peligro, ¿es que no lo ve?

El hombre se alejó con los rottweiler, que sacaban la lengua y trotaban mirando con cara de inocentes a todo el mundo. El niño, sin levantar la vista, fue tras ellos.

Milo se volvió a la mujer.

—¿Todo bien? ¿Algún rasguño?

—Solo ha sido el susto —dijo.

Se miraron a los ojos y él adivinó, por su lividez, que algo no marchaba del todo. Al instante, ella dio un leve cabeceo y, por más que se sujetó al bastón, perdió el equilibrio. Milo la agarró del brazo y la llevó casi en volandas a sentarse en el tronco, a la sombra, junto a los mochileros. Era ligera como una pluma. Tomó asiento a su lado.

—¿Tenéis un poco de agua? —preguntó al de la coleta.

La mujer bebió a sorbos, poco a poco. Mientras, Rebeca se hizo cargo de la situación. Agradeció a la atleta y los dos escaladores la ayuda prestada, y luego se encaró con Milo.

—¿Estás loco? —espetó—. Enfrentarte con esa fiera, ¿en qué pensabas, inspector?

El color regresó a la cara de la desconocida.

—¿Qué tal ahora, mejor? —se interesó él.

—Sí, gracias. —Esbozó una sonrisa rígida—. ¿Inspector?

—No por mucho tiempo, puedes llamarme Milo.

—Entiendo —dijo. Inspiró lentamente—. Yo igual, me queda poco en la empresa.

—¿A qué te dedicas?

—Soy correctora de libros, trabajo en casa.

—Es la número uno —dijo el tipo de la gorra militar, acercándose—. Hace maravillas con los textos, al menos con los míos. —Nervioso, se quitó la gorra y pasó una mano por su cabeza pelada. Volvió a encasquetarla, la mirada huidiza—. Los perros me aterrorizan.

—¿Eres escritor?

Asintió mientras desviaba los ojos. Milo se volvió hacia la mujer.

—Entonces, ¿corriges libros? —Oyó un bufido de Rebeca—. Si me dices algún título, a lo mejor ha caído en mis manos.

—Ahora preferiría irme a casa. —Se levantó con esfuerzo—. Estoy un poco mareada.

—Tengo el coche aparcado aquí cerca, te puedo llevar. ¿Vives muy lejos?

—No, al principio del paseo. Todo es bajada y me conviene caminar, por la pierna.

Hablaba con voz calmada, firme, sin titubeos. Se dirigió al escritor.

—Otro día acabamos de comentar los cambios.

El tipo bajó la vista y se encaminó hacia la cuesta del parque mientras ella se alejaba despacio, cojeando, rumbo al paseo.

—¡Insisto, no me cuesta nada! —volvió a ofrecer Milo a su espalda.

Ella agitó una mano sin dejar de caminar. Cuando llegó al asfalto, Rebeca soltó:

—Sois la hostia, veis un culo bonito y os ponéis a babear.

Milo guardó silencio hasta que la mujer desapareció en una curva.

—¿Culo bonito? ¿Sabes cuál es la primera imagen que me ha venido a la cabeza al verla? —Ella aguardó—. Una chica vieja. Como Marc. Él también era un joven anciano.

Rebeca se quedó desarmada, de piedra.

—En marcha, chica dura. Sigamos el maldito recorrido hasta el parque.

Después de matar el tiempo arriba y abajo por el centro comercial, decidió poner en marcha la última fase de su plan. Salió a la calle y detuvo un nuevo taxi.

—Hotel Arts —dijo.

Una vez en el lujoso hotel, se dirigió a cenar al Arola, uno de los restaurantes del complejo. No le gustaba la cocina rebuscada y experimental, pero le encantaba ver las expresiones de la gente guapa al reconocerlo. Y el Arola era un sitio frecuentado por ese tipo de personas. Se situó en una de las esquinas, con la pared a la espalda, para dominar el local. La vista desde allí era espléndida. El Puerto Olímpico a sus pies, el mar, una parte de la escultura de bronce que representaba la gigantesca ballena de Gehry. Encargó una cena ligera y se dedicó a lanzar sonrisas a diestro y siniestro. Estaba de un humor excelente.

Eligió la terraza como escenario para tomar el café. Todos los jueves, en temporada estival, una agradable música *chill out* amenizaba las veladas, y aquella noche tuvo la suerte de que fuera en directo. Ocupó el extremo más alejado y pidió, además, un whisky de malta, sin hielo, dejando al camarero la elección de la marca y los años. Cuando le trajo la gran copa de boca ancha, dio un sorbo y comprobó que había acertado. A un personaje como él, tan reconocido, nunca le servirían un brebaje de estar por casa. Paladeó la copa mientras dejaba transcurrir las horas, sin emplear ni un segundo en meditar acerca de su marcha de Telecinco y plantar de una vez a aquella endiosada de Julia Valle. Ya lo decidiría mañana. Había tiempo.

Poco antes de cerrar, pagó la cuenta y abandonó el restaurante. Se dirigió por los pasadizos del hotel a la terraza de la piscina. Tomó asiento en el sector más apartado, cerca del Paseo Marítimo, y en esta ocasión pidió un agua mineral con gas. En poco rato se encontraría con el desconocido de la voz rota y no sería buena idea acudir a la cita con la mente enturbiada. Se relajó escuchando una suave música, aderezada por el sordo rumor de las olas como fondo. La vida era maravillosa. No podía juzgar su trayectoria sin catalogarla de éxito total, abrumador. Ni en sueños la hubiera podido concebir tan perfecta. Su buena estrella, unida a su olfato como periodista, lo había guiado hasta la cumbre y ahora solo tenía que recoger los frutos ya maduros. Dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Media hora después, sacó la BlackBerry y realizó una llamada.

—Lucas, recógeme en la entrada del hospital del Mar dentro de veinte minutos.

Sin prisas, apuró el vaso y barrió con los ojos la terraza. Ni rastro del sabueso. Lo más probable es que se encontrara aparcado en la entrada del hotel, aguardando su salida. Se iba a llevar un gran chasco. Mauricio Navarro era un hombre de recursos.

Levantó la mano y llamó al camarero.

—Verá, con una noche tan preciosa, me gustaría dar un paseo por la playa antes de subir a dormir a mi habitación. —Extrajo un billete de cincuenta euros—. ¿Le importaría abrir la salida lateral?

Sé que va en contra de las normas, pero le estaría muy agradecido.

—No faltaba más —dijo el camarero, cogiendo el billete de forma solapada.

Cruzó la puerta, bajó unas escaleras, y salió al Marina Village, en los bajos del hotel, una zona arbolada, fresca y a nivel del mar. Caminó por entre los locales con mirada distraída. Ya en la arena, bordeó con paso tranquilo la animada zona de bares que se extendía bajo el Paseo Marítimo. La luna se recortaba en el cielo, le faltaba muy poco para ser llena. Anduvo por una rampa y desembocó en el paseo. Lo cruzó atento a ciclistas y patinadores, y llegó al hospital del Mar donde divisó el coche de su cámara aparcado con el motor en marcha.

—Arranca —dijo, ocupando el asiento delantero.

Se alejaron de la Barceloneta. Esta vez, Navarro no se tomó la molestia de girarse. Sabía que había despistado a su vigilante. Todo iba sobre ruedas.

Después de revisar el hipotético recorrido que realizaron los asesinos, sin descubrir nada de particular, Milo y Rebeca fueron al ático de la calle Atlántida. Subieron los cuatro pisos a oscuras y se desplomaron en el sofá. Tras descansar un rato, ambos se pusieron a la tarea de despejar la sala. Empujaron los escasos muebles contra la pared, y arrinconaron cajas y sillas. Por último, esparcieron de cualquier manera las carpetas de colores sobre el suelo.

—Parece un *trencadís* de Gaudí —dijo Rebeca.

Milo sacudió la cabeza.

—Hay una diferencia, nuestras piezas no están rotas, no son material de desecho.

—Lo que tú digas —repuso ella—. Pero me sigue pareciendo una composición gaudiniana. Todos esos colores…

—Falta el mapa de la ciudad. También lo necesitamos a la vista.

Entre los dos lo colgaron en la pared con unas chinchetas. Luego, regresaron al sofá.

—Bien, lo tenemos todo ante nuestros ojos —señaló Milo—. Ahí está la respuesta, ¿alguna idea? —Se volvió hacia Rebeca—. ¿Subinspectora?

—Se me cierran los ojos —murmuró, derrengada sobre los almohadones. Se descalzó con sendos golpes en el aire y agregó—: ¿Tú no estás exhausto?

—La celda, sin agua. El fuego —dijo, seco—. No hay tiempo para el cansancio.

Ella se enderezó en el acto.

—Vamos a ello —suspiró—. ¿Sirve para algo la venganza?

—No soy filósofo.

Contemplaron las líneas trazadas en el mapa, la G sobre Barcelona.

—¿Las víctimas nacen o se hacen? —preguntó ella, al cabo de unos segundos.

—Según la teoría que aplicaste en tu juventud, diría que se hacen; pero no sé. Lo que está claro es que el Verdugo se negó a ser una. Y luego, con el tiempo, asumió su sombra.

—Y hace dos semanas, decidió empezar esta pesadilla. ¿Por qué?

Milo la imitó y también se quitó las deportivas. Se dejó caer en el sofá.

—Ni idea.

—Los pequeños detalles pasados por alto son la clave.

Pasaron unos minutos en silencio.

—Aunque suene macabro, gracias al secuestro de la jueza hemos podido descubrir la conexión entre las tres víctimas —apuntó ella—. Tú ya me entiendes.

—Y con el asesinato de la anciana en la iglesia, sabemos que cometieron un error.

—Actuaron con prisa, sin planificar. Por primera vez.

—No, tardaron casi tres días —replicó Milo—. Ocurrió el domingo, y lo de Félix Torrens la madrugada del jueves al viernes. ¿Por qué esperaron?

—A que se diera un escenario Gaudí —sugirió ella—. El Verdugo es un obseso de la exactitud. Todo debe coincidir. Su

fijación es enfermiza. Y si no, seguro que tenía un plan B.

—Sí, todo ha de estar perfecto, hasta el último detalle.

—Es su obra, y quiere que sea maestra. ¡Jodido loco!

—Es lo que pretende cualquier artista con su trabajo, ¿están todos sonados?

—Mata, inspector, este tipo tortura y mata. En vez de utilizar pinceles, música o palabras, ese demonio se vale del fuego, la sed y la crueldad. ¿Dudas de su estado mental?

—No, me refiero a que..., a que... —Se quedó con la mente en blanco—. No sé a qué me refiero. —Se levantó pesadamente—. Estar sentado me atonta.

—Es el agotamiento. Estás como yo, hecho polvo.

—Ya hemos hablado de eso —dijo, saliendo a la terraza.

Contempló la noche, la estela de la luna sobre el mar. Estiró los brazos y respiró con fuerza. La música de los chiringuitos comenzaba a remitir. Regresó a la sala.

—Se acabó el recreo —dijo—. Empecemos por el principio. ¿Qué sabemos?

Lucas torció a la izquierda al llegar al Mercat de les Flors y subió por el paseo de Santa Madrona. Minutos después, Navarro lo hizo detenerse en la entrada del parque.

—Yo me bajo aquí. Aparca donde el otro día.

Descendió del vehículo. Lucas se inclinó hacia la puerta abierta.

—¿Y por qué no puedo aparcar detrás de esa furgo? —señaló al otro lado de la calle.

—No quiero que ese tipo descubra que no vengo solo.

—Al menos esta vez podrías llevarte la cámara —pidió el joven melenudo.

—¿Y arrugarme la camisa? —Soltó un resoplido—. Escucha, aunque tenemos tiempo, no tardes. No me gusta nada este lugar.

—Serán dos minutos.

—Que sea uno. Te espero junto al estanque.

Cerró de un portazo y observó cómo se alejaba. Echó una

ojeada a la furgoneta. Era blanca, sin rótulos. Se dio la vuelta. Un hombre estaba a un palmo de su rostro. Vestido de negro, con la cara descubierta. Tenía el pelo rubio muy corto y acerados ojos azules.

—Llegas pronto —dijo, con voz rasposa.

Se le heló la sangre. Una intensa sensación de peligro bloqueó su cerebro. Intentó bajar la mirada, pero los músculos no le respondieron. La luz de la luna destelló en las pupilas del desconocido y el periodista intuyó de golpe que su buena suerte se había acabado.

—He..., he despistado a la policía —farfulló.

—Buen chico.

Su movimiento fue rápido. Sintió el pinchazo en el cuello. Sin comprender qué estaba ocurriendo, Navarro supo que su olfato había acertado de nuevo. La jornada iba a ser memorable. Y cuando empezó a notar que le fallaban las fuerzas, ya no le cupo ninguna duda.

El hombre dobló las rodillas para recibir el peso muerto del periodista sobre uno de sus hombros, y acto seguido se impulsó hacia arriba.

—No deberías haber hecho sombra a Julia Valle. —Arrancó a caminar—. Ella no es como tú, es una estrella. —Cruzó el paso de peatones—. Y tampoco me gustó que hablaras con ese inspector.

Llegó hasta la furgoneta blanca y abrió la parte trasera. Lo tiró dentro, como un fardo.

—Pero lo de Julia es imperdonable —dijo, cerrando el portón sin ruido.

Rodeó el vehículo hasta subirse detrás del volante. Arrancó con suavidad.

Segundos después, Lucas entró en el parque con la cámara al hombro.

—¿Navarro? —susurró a los arbustos.

—¿Otro café?

—No me entra ni una gota más —dijo Rebeca, bostezando.

Milo vio sus ojos enrojecidos, la expresión estragada.

—Está bien, vayamos a despejarnos.

Fue al dormitorio y regresó con dos toallas. Se detuvo en el recibidor.

—¿No vienes?

—¿A darnos un baño? —Se frotó los párpados—. Estoy muerta de sueño, me ahogaré.

—No te ahogarás.

Abrió la puerta y empezó a descender las escaleras. A su espalda oyó unos pasos apresurados seguidos por un portazo.

Se desvistieron en la orilla. La playa estaba desierta.

Milo fue el primero en meterse en el agua. Rebeca tardó unos segundos. Introdujo un pie y se abrazó a sí misma. Luego, se adentró hasta que el mar cubrió sus rodillas.

—Está fría —protestó.

—Solo es la primera impresión.

Milo se zambulló y nadó unas brazadas hacia lo hondo. Cuando tuvo bastante, se dejó flotar. Miró hacia la orilla. La subinspectora permanecía en el mismo sitio, con los brazos cruzados en el pecho. Entonces, contuvo el aire y se lanzó hacia delante. Nadó de forma furiosa hasta llegar a su altura. Sacó la cabeza, boqueando.

—Quita el aliento.

—Es de lo que se trata. No hay manera más eficaz de despejar la mente.

—Y de sufrir un infarto.

—Exageras, chica dura. En Port de la Selva sí que está helada, tengo que llevarte un día. Esto son aguas termales.

Volvieron a nadar, cada uno por su lado, y luego regresaron hasta hacer pie.

—Tengo la impresión de encontrarme en otro sitio —jadeó ella, con el agua por el cuello—. Como si no fuera Barcelona.

—El mar lo cambia todo.

—Esto es una gozada. Comprendo que en vez de dormir prefieras pasarte las noches en remojo. Es muy diferente a bañarse de día.

—No hay gente.

Rebeca rodó sobre sí misma y se sumergió, buceando a ras de arena varios metros.

Aprovechando el silencio, Milo observó la línea de la costa, las luces de la urbe. De improviso, recordó la visión de los cuerpos inertes a su alrededor. Los ciudadanos olvidados, aquellos que a golpe de piquetas habían sido desposeídos. Las víctimas invisibles que flotaban junto a él. Miles de cuerpos. Como en una morgue. El alma perdida de la ciudad.

—Les robaron la pasión.

—¿Qué dices? —preguntó Rebeca, surgiendo a su lado.

—Somos emoción, estamos enganchados a ella como si fuera una droga —dijo, la voz monótona—. Emoción por las cosas, por las personas, por una ciudad. —Se volvió muy despacio—. Pero nuestros asesinos carecen de espíritu. Ese monstruo los anuló como seres vivos. Se la arrebató. Y desde entonces actúan como autómatas, sin sentimientos. Ya no son humanos, ahora viven como máquinas. Están muertos, y lo saben.

Sonó el timbre del móvil y Milo salió del agua a toda prisa. Lo extrajo de un bolsillo de los vaqueros y se lo puso en la oreja.

—Soy Bonhora, ha aparecido otro cuerpo en llamas. Colgado en la verja de los pabellones Güell de Pedralbes. Ahora mismo lo están...

—¿Lo habéis identificado? —preguntó, el corazón en un puño.

—No es la jueza Cabot. Un vecino insomne descubrió el fuego y bajó enseguida con un extintor. No está carbonizado por completo, su perilla blanca es inconfundible.

Sintió un aguijonazo en la espalda. Más problemas.

—¿No lo estaba vigilando Cervera?

—¿Ese zopenco? —El forense jefe hizo una pausa—. Los de la Central ya se han marchado. Solo quedamos los de la Científica. Ya puedes venir.

—¿Tú también estás al corriente de los rumores?

—No estoy sordo. ¿Te encargas tú de localizar a Mercader?

—Nos vemos en veinte minutos. Y oye, Bonhora, gracias por

el aviso.

Colgaron. Rebeca se aproximó. La luz de la luna teñía su piel de plata.

—Tenemos que irnos —dijo Milo, recogiendo sus ropas y la toalla. Mientras ella hacía otro tanto, le contó lo que había sucedido—. Ya solo queda un escenario Gaudí.

Los dos salieron a la carrera.

Llegaron a la esquina de la avenida de Pedralbes con la calle George R. Collins. Varias dotaciones de la Guardia Urbana permanecían estacionadas, las luces bailando en el techo. Una cinta balizadora recorría todo el perímetro. Bajaron del coche y se aproximaron. El cuerpo ya había sido descolgado, y los ayudantes del forense estaban terminando de introducirlo en una bolsa de nailon negro. El dragón de la verja, entre las luces y las sombras de la calle, tenía un aspecto terrorífico. La boca abierta, los afilados dientes, las patas recogidas en posición de ataque. Un rastro negro provocado por el fuego tiznaba su ala y parte de una garra. En el suelo, se esparcían media docena de cuñas numeradas.

Goyo Bonhora se acercó hasta ellos.

—Impresionante, ¿verdad? —Señaló el dragón—. Como para soñar con él.

—¿Ha sido el Verdugo?

—Según lo aportado por el testigo, no hay duda. Un tipo con casco, vestido de motorista. Tenemos el Zippo y un par de huellas de sus suelas. Y el cable de acero, a falta de analizarlo en el laboratorio, es idéntico. Hay cámaras de vigilancia ahí —indicó un poste elevado— y ahí enfrente, en esa oficina de La Caixa de Catalunya. Pero me temo que veremos lo que ya hemos visto. Mismo método, mismos resultados. La diferencia es que esta vez la rápida actuación del vecino insomne ha evitado que el cuerpo ardiera por completo. Y otra cosa, lo vio marchar en una furgoneta blanca, sin matrícula. Algo es algo.

Milo miró a uno y otro lado del pavimento.

—¿Qué buscas?

—¿No hay G?

—La tienes ahí —señaló el alto pilar que sostenía un extremo de la verja—. Grabada en piedra, por el mismísimo Gaudí. Imagino que debe de tratarse de la inicial de su principal valedor, el conde Güell. Los pabellones de dentro eran suyos, como media ciudad.

—Al haber una G, no se entretuvo en dibujar otra con espray —conjeturó Rebeca.

Milo arrugó el ceño.

—¿Qué es eso de ahí arriba, en el pináculo?

—El naranjo de antimonio del que nos habló Gombrowicz —respondió ella.

Milo hizo un gesto con la barbilla hacia la bolsa de nailon.

—Mauricio Navarro, el ladrón de las naranjas.

—Sí, un nuevo escarmiento. Y otra vez, ha representado una cruel paradoja.

—Tiene sentido poético —comentó Bonhora—. Colgado en el cuello de la bestia.

—Pero en esta ocasión, no lo ha sometido a la tortura del encierro sin agua ni comida. Ha cambiado su *modus operandi*. ¿Por qué?

—Porque Navarro no intervino en el episodio de hace veinte años, era alguien del presente —dijo Rebeca—. Ha jugado con él, se ha valido de su ambición para obtener la repercusión pública que pretendía, y luego, tras servir a sus fines, lo liquida de forma rápida con su sistema preferido: el fuego. Y de paso, marca el penúltimo punto para su firma.

—Pero aún no ha terminado su venganza —replicó Milo, sombrío—. Tiene en su poder a Susana, habrá más filmaciones. Lo seguía necesitando para publicitar sus crímenes.

—Con Eduard Pinto usó la vía de internet —dijo Bonhora—. ¿Quién sabe lo que pasa por la mente de ese psicópata?

—O quizá descubrió que Navarro le hizo alguna jugarreta. Ese periodista no se casaba con nadie, y pudo incumplir alguna de sus instrucciones. Lo veo muy capaz.

Milo observó cómo introducían la bolsa de nailon en el furgón forense.

—¿Hora de la muerte? —preguntó a Bonhora.

—Alrededor de las cinco y media de la madrugada.

—¿Estaba vivo antes de arder?

—Como los otros, hay marcas de forcejeo en las muñecas. Pero te lo confirmaré cuando le haga la autopsia.

—¿Quién ha sido el juez encargado de ordenar el levantamiento del cadáver?

—Marcel Godia, se acaba de ir. Joven, inexperto. Tendrías que haber visto su cara cuando ha echado un vistazo al cuerpo medio calcinado. Blanco como el papel.

Milo desvió los ojos.

—¿Pertenencias?

—Ahí es donde quería yo llegar. —Caminó hasta una maleta plateada, abierta sobre la acera, y sacó una bolsa de plástico transparente—. Solo está chamuscada. —Destapó el cierre hermético y extrajo una BlackBerry con la mano enguantada—. Es de la víctima, quizá te pueda interesar. —Le lanzó una mirada elocuente—. Utiliza guantes, haz el favor.

Milo se agachó para coger unos de látex de la maleta y se los puso con rapidez. Agarró la BlackBerry con cuidado. Era de última generación. Buscó la agenda de contactos. La lista era interminable y abundaban las iniciales. Apretó la B. Fue bajando el cursor. El sexto que aparecía eran dos siglas: BB. Levantó la cara.

—¿Benet Bastos?

—O Bruno Bachs —repuso Rebeca.

Bonhora se encogió de hombros.

—No te la puedes llevar —extendió la mano—. Tenemos que revisar las últimas llamadas recibidas y las que realizó la víctima. El asesino tuvo que llamarlo para citarse con él, aunque lo más seguro es que lo hiciera desde una cabina y no nos sirva de nada.

—Un momento, Goyo. Subinspectora, apunta. —Recitó el número—. ¿Lo tienes?

—Lo tengo.

Sacó su móvil y dijo:

—Dicta. —Fue tecleando a medida que ella le cantaba las cifras. Al terminar, oyó una grabación. «El teléfono al que llama

está apagado o fuera de cobertura.» Colgó—. Apuesto a que está a nombre del mismo Navarro. Se lo entrega a su confidente y este, a la primera señal de problemas, se deshace de él. Fácil y sencillo, a prueba de seguimiento. Un teléfono limpio.

—Es lo más probable —coincidió Rebeca—. De todas formas, dale el número a Crespo y que lo compruebe.

Milo asintió mientras le devolvía el aparato a Bonhora, quien volvió a introducirlo en la bolsa y luego la guardó en la maleta. La cerró y, con ella en la mano, se giró muy despacio.

—Antes de irme, Milo. —Carraspeó ligeramente—. Puede que la Unidad de Caligrafía Forense de la Central haya obtenido un resultado significativo sobre la G.

—¡Joder, Goyo, haber empezado por ahí!

El forense jefe exhibió una amplia sonrisa.

—No es concluyente, así que no te hagas ilusiones. Recuerda que no es una ciencia exacta, y que con tan escasa muestra gráfica es muy difícil llegar a alguna parte.

—Suéltalo ya, Bonhora.

—Bien, la Unidad ha estudiado distintas variables, como el trazo, la rapidez, la dirección, la forma y la continuidad, y ha concluido que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que el autor haya sido una mujer. Sorprendente, ¿no?

—¿Solo un cincuenta por ciento? —dijo—. Ya lo sabíamos sin realizar el estudio, Bonhora. ¡Maldita sea, decir esto y nada es lo mismo!

—Perdona que te corrija, Milo. Antes de analizar las muestras gráficas, el autor podía ser hombre o mujer, a partes iguales. En cambio, lo que ahora sabemos es que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que *no* sea un hombre, lo que es muy diferente.

—No veo la diferencia por ninguna parte —rebatió, irritado.

—Te falta mentalidad científica, inspector. Conclusiones más cruciales se han alcanzado con porcentajes más pequeños. En fin, por mi parte, eso es todo. Si no tenéis ninguna pregunta más, me espera una autopsia. —Meditó un instante y dijo—: «El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible», Oscar Wilde.

Milo hizo un gesto de resignación.

—Tú ganas, mi cabeza está hoy para el arrastre. —Endureció la mirada—. Escucha, vigila esa BlackBerry, ponla a buen recaudo. Y no te lo digo en broma.

—Descuida, la caja fuerte del laboratorio es a prueba de bombas y solo tres personas sabemos la combinación.

Se dirigió hacia el furgón forense cargando la maleta.

—¡Goyo! —Bonhora se giró—. «Lo que no me mata me hace más fuerte», Friedrich Nietzsche. Acabamos el partido otro día.

El forense jefe asintió con fastidio y ambos lo vieron subirse al asiento delantero. Poco después, el vehículo desapareció por la avenida de Pedralbes en dirección a la Diagonal.

El cielo de la ciudad comenzaba a clarear.

—¿Crees que el Verdugo puede ser realmente una mujer?

—No hay nada imposible, subinspectora. Deberías saberlo. —Echó a caminar hacia el Volkswagen—. Pero diga lo que diga Bonhora, con ese porcentaje estamos como al principio. A oscuras. —Ocupó el asiento del conductor—. ¿Te llevo a alguna parte?

Rebeca entró en el coche.

—A casa, me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa antes de ir a comisaría.

Arrancó. Metió primera y dio la vuelta para tomar la misma dirección que el furgón.

—¿Regresarás al ático para seguir con las carpetas? —preguntó ella.

—Primero quiero hacer una visita a un viejo amigo.

—¿Otro jesuita?

—Algo parecido.

26

Se situó a espaldas de la Escuela Industrial, frente a la calle Córcega, y se dispuso a esperar hasta las nueve de la mañana sin despegar la vista del edificio ubicado en la esquina. Sus ojos iban del quinto piso al portal, repasando a cada vecino que salía a la calle.

Reconoció a la mujer en el acto. Su rostro afable apenas había cambiado con los años. Arrastraba un carrito de la compra y, tras bajar el tramo de escaleras que conducía a la acera, se encaminó hacia el mercado que se encontraba varias manzanas más abajo. Milo cruzó el paso de peatones sin aguardar a que el semáforo se pusiera en verde. Entró en el ascensor y apretó el botón del quinto piso. El inmueble era lujoso, con una puerta por rellano, entrada directa a la cocina para descargar la compra, y acceso al parking situado seis plantas en el subsuelo. Tocó el timbre. Se oyeron unos pasos en el interior, seguidos del descorrer de la mirilla.

—Milo, por Dios, qué sorpresa —dijo Emilio Vilaplana, franqueándole la entrada.

—Jefe.

Se estrecharon la mano en el recibidor y acto seguido le hizo pasar a la sala.

El hombre que había guiado su carrera, promoviéndole a los sucesivos ascensos hasta llegar a inspector, tenía buen aspecto. Vestía ropa cómoda, de estar por casa, y sus hombros mantenían la antigua complexión robusta. La inteligencia seguía presente en sus ojos. La única huella del paso del tiempo se reflejaba en sus cabellos; el color blanco asomaba por las sienes mientras empezaba a ralear sobre la frente.

—Menuda visita más inesperada —dijo el ex comisario jefe. Señaló el tresillo al tiempo que se dirigía a una pequeña alacena,

encajada en la gran estantería que presidía el salón—. Sé que es muy temprano, pero mi mujer acaba de irse y no está para pegarme la bronca. —Alcanzó una botella de brandy—. Además, qué demonios, un día es un día. ¿Continúas sin beber alcohol?

Milo hizo un gesto ambiguo. Lo observó servirse una generosa cantidad.

—Sigo pensando que un policía que no bebe de vez en cuando es, cuando menos, sospechoso. Claro que tú siempre has sido diferente. —Tomó asiento en el sofá—. Los medios te han vapuleado, ¿eh?

—Nada que no pueda resistir.

Vilaplana bebió un sorbo, hizo una mueca, y dejó la copa en una mesita baja.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Va todo bien por la Central?

—De eso venía a hablarte. Están ocurriendo cosas muy graves y quería saber tu opinión. A ti nunca te arredraron las presiones.

Le explicó de forma breve el asunto de las filtraciones, el hallazgo de las películas, la apresurada intervención del juez Nadal y sus sospechas al respecto.

El ex comisario jefe se quedó pensativo unos instantes.

—¿Tienes pruebas?

—Solo indicios, pero todo apunta a dos nombres. —Le puso al corriente de las siglas encontradas en la agenda telefónica de Mauricio Navarro—. La investigación de los datos bancarios de ambos no dio resultado, pero ya sabemos que eso no quiere decir nada.

—En efecto, no quiere decir nada —repitió, ensimismado—. ¿Quieres oír mi consejo?

—A eso he venido.

—No te encabrones. Da carpetazo al asunto y concéntrate en el caso que tienes entre manos. —Sacudió la cabeza—. Lo demás es perder el tiempo. Son cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? —Milo se quedó de una pieza—. Jefe, no te estoy hablando solo de una filtración más o menos interesada a la prensa, sino de corrupción. En la Central hay un topo que estaba al servicio de Félix Torrens y que ahora campa a sus anchas

tapando todos los rastros que conducen hasta él. Son cosas que no deberían pasar.

—¿Y crees que no lo sé? —Alargó la mano y volvió a beber otro trago—. Pero sin pruebas no vas a ningún sitio. —Se dobló hacia él—. Escucha, si sigues adelante con esto te crearás problemas, problemas serios. Yo de ti pensaría en tu carrera.

—Son la sal de la vida, jefe. Sin ellos, sería muy aburrida.

—Sigues con la manía de meterte en todos los charcos. Siempre fuiste muy testarudo.

—Y tú, que yo recuerde, nunca te inclinaste ante nadie; contigo los políticos dieron en hueso. ¿Entonces tu carrera no te importaba lo suficiente?

—No sabía lo que sé ahora, y me costó el puesto.

—¿Y qué sabes ahora?

—Que hay muy pocas cosas por las que valga la pena arriesgar el cuello.

—Has cambiado.

—Me he hecho viejo.

Milo se rascó la nuca. La conversación no estaba yendo como esperaba. Contrariado, se hundió en el sofá y guardó silencio.

—Recapacita, Milo, no tienes nada sólido contra esos dos. Solo sospechas. —Apuró la copa y se levantó para servirse otra—. Uno fue tu compañero, y el otro es un gestor, no un policía. ¿Por qué tenía que filtrar nada?

—A río revuelto, ganancia de pescadores —dijo, sin cadencia —. Si estaba a sueldo de Torrens, le convenía crear confusión, obstaculizar mis indagaciones sobre sus asuntos, dejar que las cosas se apagaran por sí solas. En aquellos momentos creía que se había fugado, y cuanto más caos hubiera alrededor del caso, mejor. ¿No lo viste balbucear como un crío en la rueda de prensa? Logró sus objetivos, marear la perdiz. Y respecto a Bachs, es un trilero, metido siempre en todos los saraos para sacar tajada. Creo que puede estar jugando con dos barajas, a la espera de saber por cuál decantarse. Pero de lo que no tengo ninguna duda es de que está metido hasta las cejas. ¿En qué me baso? En que lo conozco como si lo hubiera parido. Es el hombre de paja, dispuesto a sacar

beneficios de donde sea.

A su espalda, lo oyó forcejear con la alacena.

—Déjalo estar, Milo, apártate de esta historia. Vas a caer en desgracia.

—¿Todavía más?

El alcohol cayendo dentro del cristal. Un suspiro pronunciado.

—¿Has visto esas películas? —preguntó su antiguo jefe, la voz un punto distinta.

—Solo unas cuantas. —El sonido de una pieza al encajarse en su cerebro lo dejó aturdido. Resonó como un disparo. Contrajo la cara en una expresión de dolor—. No tuve estómago, y el dormitorio de ese gusano no era el lugar apropiado.

El cierre apresurado de la botella, el nuevo forcejeo tenso con el pequeño armario.

—¿Y el sargento Crespo?

—Tampoco. El juez Nadal las incautó antes de que tuviéramos tiempo.

Vilaplana palmeó su hombro de camino al sofá. El contacto le abrasó como el fuego.

—Milo, te estás quedando antiguo —dijo—. Hoy la intuición es ya solo una reliquia. Los rastros de ADN, las pruebas de laboratorio, los avances técnicos... Esto es lo que vale en la actualidad. Los tiempos cambian.

—Pero permanecen los antiguos vicios.

El ex comisario jefe encajó el golpe con disimulo. Tomó asiento y se acercó la copa a los labios con un ligero temblor.

—¿A qué vicios te refieres? —dijo.

—Félix Torrens, su red de chantaje. Veinte años extendiendo su mierda. Veinte años.

Vilaplana bajó los ojos. Los clavó en el líquido ámbar.

—Son muchos años, sí —murmuró.

—¿Cuánto dinero hace falta para comprar a un comisario jefe?

Se desinfló en el sofá.

—El suficiente, Milo, el suficiente. —Trató de esbozar una sonrisa, pero solo logró un remedo que le desfiguró la cara—. Veo

que estás en forma, tu dichosa parabólica.

—Jefe, no te voy a preguntar si estuviste en su agenda. Te respeto demasiado. Pero...

Vilaplana lo interrumpió alzando una mano. Miró la pared más allá de Milo.

—Fue solo una vez, una jodida vez. Cuando era intendente. Un estúpido error que me ha perseguido desde entonces. —Fijó los ojos en un punto por encima de su cabeza—. Había prostitutas profesionales, y me dejé enredar como un aprendiz. Luego vino lo que ya te imaginas, me agarró por los cojones y no me soltó. Tú no lo puedes comprender, pero mis hijos, mi mujer... Lo hice por ellos, para evitar el escándalo. Me plegué a sus exigencias. Ese maldito capullo. —Enfocó a Milo—. Y cuando me harté de ser su perro, movió los hilos y me sacó de en medio. —Chasqueó los dedos—. Así de fácil. Quería a uno más obediente. Por eso acepté el relevo sin presentar batalla. Lo último que quería era hacer ruido, para no perder la pensión. Y me retiré... aunque no del todo.

Intercambiaron una mirada.

—Tú fuiste quien realizó la denuncia anónima al fiscal anticorrupción.

—Al menos hice algo. —Volvió a desviar los ojos—. La conciencia, ya sabes.

Una súbita sensación de derrota invadió a Milo. Se incorporó del tresillo.

—Una conciencia un poco tardía. —Endureció la voz—. Si lo hubieras hecho antes, quizá hoy Marc estaría vivo. —Vilaplana bajó la cabeza—. Tuvo más valor que tú. No es necesario que me acompañes. Conozco el camino.

—Milo. —Se detuvo en el umbral de la sala—. Te debes a tus jefes, que son políticos, pero todavía más a los ciudadanos. Haz lo que creas oportuno, el Cuerpo lo resistirá. Pero hazlo con discreción, sin que trascienda. Los medios lo despedazarían como hienas.

—¿Qué sugieres?

—Bachs es el eslabón más débil, y la pieza clave. Yo empezaría por él.

—¿Pues a qué esperas? —dijo, cansado—. No me vendría mal un poco de ayuda.

—¿Me estás diciendo que llame a Asuntos Internos?

Milo reemprendió la marcha hacia la puerta.

—Suerte con el Verdugo —dijo Vilaplana, deslizándose en el sofá.

Vació la copa de un trago antes de oír el portazo. Le sacudió de pies a cabeza.

La espera del ascensor se le hizo eterna y bajó por las escaleras, la mente a cien. Salió a la calle y tomó aire con fuerza. Rabioso, extrajo el móvil.

—¿Señora Conte? ¿Cómo va la búsqueda de esos sumarios?

—Estamos en ello, inspector. Hemos removido media Ciudad de la Justicia, pero aún no hemos dado con ellos. Falta la otra mitad, no pierda la esperanza.

—Nunca la pierdo.

Colgó. A continuación realizó otra llamada.

—Crespo, ¿los de Aucat te han entregado esa lista?

—Todavía no, les acabo de llamar hace unos minutos y...

—¡La necesitamos, Toni! ¡Haz que muevan el culo!

—Te aseguro que hago todo lo que puedo, incluso les he insinuado una denuncia por obstruir la investigación. Pero se escudan en que son informes de hace veinte años y...

—¡Sé más contundente, joder! ¡Déjate de insinuaciones y hazlo de una puta vez!

—Inspector, están colaborando. Hay que tener paciencia.

Milo se mordió los labios.

—Apunta el número que te voy a dar. —Lo dictó de memoria —. Quiero saber a nombre de quién está. Te espero.

Se dirigió al coche con el móvil pegado a la oreja. Lo había aparcado en un chaflán, en una zona de carga y descarga, y una multa destacaba en el parabrisas. La retiró furibundo.

Mientras la estrujaba, oyó la respuesta del sargento.

—Mauricio Navarro.

—Te llamo esta tarde.

Se puso tras el volante y arrancó a toda prisa. Condujo hacia

el ático sin prestar atención a los bocinazos de los otros vehículos. Lo suyo era prioritario.

La luz entró por sus párpados cerrados y se tapó la cabeza para proteger los ojos. Negó con floja vehemencia mientras exhibía una sonrisa desdibujada.

—Gracias, pero no quiero agua —graznó, la garganta reseca —. Estoy bien.

Entonces pensó que a lo mejor la estaba filmando y se arregló la falda. Cambió de postura. Lentamente, se arrastró hasta la pared, apoyó la espalda, y cruzó las piernas.

—No queremos escandalizar a los telespectadores, ¿verdad?

El dolor en sus cuerdas vocales era insoportable. Pronunciar cada palabra era igual a arrancarle un trozo de carne. Intentó tragar saliva, pero ya no tenía ni una gota.

—Aunque si me ofreces una cerveza, no te diré que no — logró decir.

Silencio.

—Sé que estás ahí, no seas tímido. Si me conocieras, sabrías que no muerdo.

Silencio.

La jueza Cabot soltó una risotada que le martilleó todo el cuerpo.

—Esta dieta me va a ir de fábula. Cuando salga de aquí, seré una sílfide.

—Te conozco —dijo una voz más allá del foco.

Susana se volvió con parsimonia en su dirección. De nuevo, le sorprendió el tono suave. Bajó la barbilla e hizo visera con una mano.

—¿De veras?

No obtuvo respuesta.

Partiendo de aquella voz, trató de adjudicarle un rostro. Pero su cerebro no estaba en condiciones. Espeso, solo atinó a recordarle que no debía mostrarse débil ante aquel sujeto.

—Si te envié a chirona fue porque te lo merecías.

Escuchó con claridad el sonido de un líquido al ser trasegado y se le hizo la boca agua. Cuando el desconocido terminó de saciar su sed, soltó un aliento de satisfacción.

—Está fresca —dijo.

—Malo para el gaznate —replicó, pugnando por no perder el control.

El siguiente ruido fue el golpeteo del líquido contra el pavimento. Un chorro, como una cascada, interminable. Se llevó las manos a los oídos, incapaz de soportarlo. Cerró los ojos para contener las lágrimas. Agua, agua resbalando por su garganta. Colmándola. Podría estar bebiendo un día entero. «¡Basta!», se ordenó. Una semana entera. Bañarse en un lago de agua helada y entreabrir los labios para cicatrizar el ansia. «Por Dios, cállate», se suplicó a sí misma, intentando dominar los temblores.

—Fue peor que la cárcel —dijo la voz, cortante como un cuchillo.

Susana Cabot se limpió la nariz con el antebrazo.

—¿Quién... eres? —balbuceó, sorbiendo.

—Ayer pastor, hoy señor.

—No..., no entiendo.

—Ayer víctima, hoy verdugo.

El miedo empezó a apoderarse de ella. Era evidente que aquel tipo era un perturbado, un loco que la tenía en su poder para ponerla al límite de sus fuerzas y luego..., luego... Se negó a seguir por ese derrotero. Debía aunar su fortaleza, no debilitarla con el enemigo interior.

Meditó una respuesta y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Has... has prosperado. ¿Así me... lo agradeces?

—Te reservo algo muy especial.

La voz era fría, insensible. Sonaba sin energía. Por más que intentaba provocarle, no mostraba signos de enfado ni crispación. Despojada de emociones. Sin vida. Escalofriante.

Entonces recordó un detalle.

—Si no fue a..., a chirona, ¿adónde te..., te envié?

—A casa del monstruo. Con sus guardianes. La Ferradura.

Aquel nombre no le dijo nada, pero sus palabras la

aterrorizaron.

De golpe, la luz se apagó.

—Ya recibió su castigo —dijo la voz, acercándose—. Como tú muy pronto.

Percibió su respiración en la oscuridad, a pocos metros. Y algo más. Una implacable voluntad, de hierro. Presa del pánico, reculó hasta la esquina de la celda. Le faltaba aire. Se agarró a las rodillas hasta arrebujarse en el rincón.

—Dulces sueños, señoría —dijo la voz, parodiando a una criatura.

Llevaba tres horas repasando las carpetas y no había obtenido ningún resultado. El dosier con el historial de Eduard Pinto, los informes de Rebeca sobre la conducta criminal de los asesinos en serie, el listado de ladrones de vehículos en activo, la lista de llamadas sobre las diferentes localizaciones donde Félix Torrens había sido visto, el expediente que la jueza le había entregado sobre la muerte de la primera víctima. Al pensar en Susana, el mundo se le cayó encima. Era desesperante. Tenía ante sus ojos una inmensa sopa de letras, pero no le servía de nada hasta que no localizara la palabra clave y la redondeara en rojo. Desalentado, se echó para atrás y contempló el cielo que se abría más allá de la terraza. En la calle se alzaba el rumor de la gente, los gritos de los niños, la música de los chiringuitos. Se preguntó cómo era posible que en aquellos momentos los demás prosiguieran con su vida como si tal cosa.

Agarró el móvil.

—Crespo, novedades.

—Sigo metiéndoles caña a los de Aucat. He logrado que uno de los responsables de no sé qué sección me asegurara que no piensa parar hasta enviarme la información; pero se acerca la hora de cerrar, y el fin de semana está por medio. —Hizo una pausa—. No soy muy optimista, la verdad.

—Escucha, no hay fin de semana para nadie. Ya se lo puedes decir a ese individuo. Y por Dios, persuádelo de la importancia de

este asunto.

—Ya me las ingeniaré, inspector.

—¿Has encontrado el nombre de algún empleado de La Ferradura entre 1987 y 1990?

—Nada, como si se los hubiera tragado la tierra. No hay forma.

Milo se llevó las manos a la cabeza.

—Esto, inspector, se me ha ocurrido una idea que...

—Toni, no me lo cuentes, hazlo.

Colgó. A continuación llamó a Alba Conte. Recibió la misma respuesta. Los sumarios seguían perdidos bajo montañas de expedientes antiguos. Lanzó el móvil al sofá.

Al incorporarse, se tambaleó. Comer. Necesitaba comer algo.

Extrajo varias piezas de fruta de la nevera y las mordisqueó sin hambre mientras volvía a concentrarse en los papeles esparcidos por el suelo. Repasó el historial de la Casa Milà, el de Félix Torrens, el listado de las sociedades masónicas en Barcelona, el de las muertes extrañas y desapariciones durante los últimos veinte años. Le atenazó intuir que estaba cerca de algo, pero enseguida se diluyó la sensación, desbordado por un mar de informaciones y datos. Las dudas lo acosaron. ¿Qué era lo siguiente que tenía que hacer? ¿Por dónde tirar? ¿Debía esperar sentado a que los sumarios aparecieran, a que la nueva lista aportara un poco de luz al caso? Negó con la cabeza. Cualquier cosa menos aguardar de brazos cruzados. Eligió otra carpeta y se sumergió en su lectura.

Más tarde, hojeó los papeles que habían elaborado Bachs y Sena, la lista de los damnificados. Entonces recordó que no estaban acabados, que al cerrar Singla sus líneas de investigación quedaron sin completar. Dejó de leerlos y los arrojó contra la pared, cerca del mapa con las líneas y aquella G ominosa. Maldiciendo en silencio, contempló por enésima ocasión las rectas que había trazado Gombrowicz, la letra picuda que él mismo había dibujado uniendo los puntos donde los cuerpos en llamas habían sido colgados. Observó el detalle de la flecha que señalaba el Palau Güell, la sede de la fundación Círculo Gaudí. Allí no había aparecido ninguna víctima del Verdugo, aunque sí una del Asesino

del Listado. Se cuestionó si aquello significaba algo, si entrañaba alguna clave que les hubiera pasado desapercibida.

—¿Qué te dice el instinto?

Cerró los ojos. La primera imagen que le asaltó fue la de un mar en llamas. En el centro, se erguía un árbol de fuego. Asoció la escena con las palabras de Jon Grau, el antisistema detenido. «Barcelona volverá a ser la Rosa de Fuego.» Se le aceleró el corazón. El mito de la ciudad anarquista, un siglo después. Y hoy, las víctimas escondidas, invisibles, sobre las que se asentaba la urbe para crecer. Crecer. Solo eran unos niños. De repente, experimentó algo muy parecido a asomarse por un precipicio. Vértigo. Pero a la inversa. Como subir en un ascensor a toda velocidad. Abrió los ojos.

Se tiró al suelo en busca de una carpeta. En el interior se hallaba un cedé en su funda de plástico. Lo introdujo en el aparato de música y apretó el PLAY. Era la grabación de la llamada al 010 que realizó uno de los asesinos advirtiendo de la rotura de las farolas en el paseo de Gracia. Subió el sonido.

La duración era muy corta. Pero se podía percibir perfectamente que la voz no era rota ni desagradable; distorsionada, seca, inexpresiva, impostada varios tonos más grave, pero no rasposa. Detuvo el cedé, y volvió al desorden de carpetas para encontrar la que contenía las grabaciones de las llamadas que habían realizado los zumbados habituales afirmando ser los autores de la muerte de Eduard Pinto. Repitió la operación en el aparato y, al poco, sonaron en la sala un repertorio de chaladuras a cuál más inverosímil y peregrina. Iba a detener la sarta de burradas cuando una voz, nuevamente distorsionada, dijo: «Barcelona lo estropeó todo, y va a pagar por ello». Apretó el STOP. Se le erizó la piel. La voz no le había arañado los oídos, no era como papel de lija; al contrario, a pesar de sus esfuerzos por deformarla, había sonado como la otra, seca e inexpresiva, un punto arrogante y gutural, pero normal.

Algo no cuadraba.

El dueño de la tienda de electrónica había dicho que el hombre de ojos azules tenía la voz rota y desagradable. Por otro

lado, el indigente lo había descrito como un tipo agraciado, con el pelo rubio muy corto, y no escuchó su voz. Pero sí ellos, en la película de la agonía y muerte de Félix Torrens, al soltar aquella frase sobre la lucha antisistema. La voz era muy parecida a la que había hablado en la llamada al 010, igual de impostada. Y habían deducido que el Verdugo era el encargado de filmar, el que tenía una tendencia artística, pues el viejo mendigo lo había visto frente a La Pedrera. Y basándose en los dos testimonios, habían cometido un nuevo error: el Verdugo no tenía la voz cascada. Lo demostraba la película. Se podía disfrazar el habla, pero no hasta ese punto.

—El aspecto de ambos nos ha confundido —murmuró.

Se quedó quieto, helado. Los mecanismos de su cerebro trabajando. Los asesinos eran similares, de apariencia muy semejante. Los dos eran agraciados, confundibles. De ahí su error. De súbito, vio una palabra en la gigantesca sopa de letras y la redondeó en rojo.

Al principio pensó que no podía ser. Una explicación tan sencilla resultaba difícil de creer. Pero con esa palabra, todo encajaría. Escéptico, le dio vueltas durante unos minutos. No había duda, esa palabra explicaría muchas cosas.

—Hermanos —dijo—. El Asesino del Listado y el Verdugo son hermanos.

Una energía poderosa lo atravesó de pies a cabeza. Los dos vivían juntos con su familia, juntos fueron expropiados, y juntos los envió Susana Cabot a La Ferradura. ¿Por qué? Porque se quedaron sin familia. Algo tuvo que ocurrir, algo trágico, y los dos perdieron hogar y familia, a la vez. Y entonces vino la puntilla: la casa de acogida. Expropiación, tragedia familiar, La Ferradura. Y veinte años después, el Verdugo había iniciado su venganza.

Como un torbellino, rebuscó el móvil por el sofá.

Se dispuso a llamar a Rebeca cuando se detuvo en el aire. La película de Félix Torrens en el promontorio. Comenzaba en una imagen, y era la misma del último plano. Ató cabos en una décima de segundo. Lo habían tenido delante de las narices todo el tiempo. El Verdugo se lo había mostrado, pero ninguno de ellos había tenido el acierto de caer en el detalle.

—Todo empezó en el lugar que señala el primer fotograma.

Marcó el teléfono del sargento Crespo.

—¿Sabes algo de Aucat?

—Inspector, no han pasado ni dos horas desde la última vez que me lo has preguntado y no, no hay novedades. He llamado hace poco y la respuesta es la misma, están en ello.

—Diles que concentren la búsqueda en el principio de la C-31, o por la Zona Franca. A partir de la plaza Cerdà, más adelante, justo enfrente de donde hoy se ubica la Ciudad de la Justicia. ¿Recuerdas el primer plano de la película de Félix Torrens? Pues por ahí.

El sargento guardó silencio.

—¿Toni?

—¿Crees que en esa zona es donde se produjo la expropiación?

—La filmación empieza y acaba en el mismo sitio. ¿Y por qué lo utilizó como fondo para soltar su frasecita? Lo más lógico hubiera sido un plano general de la ciudad.

Crespo soltó un silbido de sorpresa.

—La leche, tuvo la audacia de señalarnos el lugar, y repitió el plano al final...

—Llama de inmediato a ese responsable de Aucat. Si estamos en lo cierto, hemos acotado una barbaridad el territorio de búsqueda. No se lo podemos poner más fácil.

Colgó con impaciencia y se quedó mirando el móvil.

Al cabo de unos instantes, se sentó en el suelo y volvió a releer todos los informes. No quería que se le pasara por alto ningún otro detalle. Empezó por el que tenía más a mano, el expediente de la primera víctima. Repasó el informe forense, las fotos de la escena del crimen, los testimonios de la esposa, los amigos y vecinos. Fue pasando las hojas una tras otra.

Al terminar, cogió unos papeles que estaban desperdigados. Formaban parte de la lista que habían elaborado Sena y Bachs, la lista incompleta. Nervioso, volvió a apartarlos de en medio con un gesto de fastidio. Eligió otro dosier.

Ya de noche, seguía con la cabeza sumergida en las carpetas cuando sonó el interfono del portal. Era la subinspectora Mercader.

—¿Puedes bajar un momento? Creo que te interesará ver una cosa.

Una vez en la calle, vio que Rebeca estaba acompañada por el melenudo que ejercía de cámara para Mauricio Navarro.

Ella lo señaló con un gesto.

—Lleva todo el día pensando qué hacer con unas imágenes que tiene, hasta que se le ha ocurrido la brillante idea de acudir a comisaría.

—¿Qué imágenes?

—Como suponíamos, Navarro mantuvo un encuentro con uno de los asesinos. Pues bien, escondido en unos arbustos, aquí este joven llamado Lucas filmó la cita.

El melenudo asintió con cara de susto, levantando la cámara.

—¿Podemos verlas en ese trasto?

El joven volvió a asentir y los tres se dirigieron a un banco de la plaza. Desplegó un visor, ajustó la altura, y Milo y Rebeca se apretujaron para ver la secuencia.

Navarro y la figura del casco ocupaban el centro de la pequeña pantalla. Conteniendo la respiración, los escucharon hablar. La voz del desconocido era rugosa.

—El Asesino del Listado —apuntó Milo.

—¿Cómo lo sabes?

—Luego te lo explico.

Observaron cómo le entregaba un disquete que el periodista se apresuró a coger. Y a continuación, oyeron la breve charla que ambos sostuvieron, su oferta de ayudarlo.

—Estúpido —soltó Milo—, no se puede confiar en un psicópata.

—Espera —hizo callar Rebeca.

En aquel momento el Asesino del Listado respondía a la pregunta sobre su identidad. Ambos oyeron claramente la respuesta. Cruzaron una mirada de perplejidad. Poco después, la filmación terminaba cuando la figura de negro salía de plano.

—«Ayer pastor, hoy señor» —repitió Rebeca—. ¿Tienes idea de a qué se refiere?

Milo negó con un gesto mientras observaba a Lucas cerrar el visor.

—Necesitaré la película —dijo, extendiendo la mano. El joven se la entregó sin rechistar—. Supongo que la pasada madrugada el imbécil de Navarro acudió a una nueva cita con la promesa de otra grabación.

Lucas afirmó con un leve encogimiento de hombros.

—Y tú también estabas ahí. ¿Pudiste grabar algo?

—No, fui a aparcar el coche. Y luego, cuando volví, ya había desaparecido.

—Te libraste por los pelos. —El cámara asintió—. Achicharrado por un maldito programa televisivo. Perder la vida así es de gilipollas.

—Tío, para ya de hablar mal de los muertos.

Milo reprimió un gesto de impaciencia al tiempo que se mordía los labios.

—¿Algo más? —intervino Rebeca.

—Había una furgoneta —dijo Lucas. Agarró la cámara y se levantó—. Blanca, sin rótulos. Cuando llegué al lugar del encuentro ya no estaba.

—Bien, agradecemos tu información, ¿verdad, inspector?

Milo ya se alejaba hacia el portal. Rebeca se despidió del melenudo y corrió tras él. Detuvo la puerta cuando ya se cerraba. Por las escaleras, oyó que Milo hablaba con Crespo.

—Sí, la frase que te he dicho: «Ayer pastor, hoy señor». A ver si averiguas algo sobre ella, quizá le suene a Gombrowicz —resopló—. Seguimos en contacto.

La subinspectora lo alcanzó y juntos recorrieron el último tramo.

—Ya sabemos la jugarreta de Navarro al Asesino del Listado —dijo, a oscuras—. Filmó el encuentro a distancia, y lo más probable es que luego quisiera vender la grabación o entregárnosla a nosotros, ya sabes, para marcarse un tanto y darse publicidad.

—¿De verdad crees que el asesino no se lo figuraba? —dijo

Milo, entrando en el piso.

—¿Por qué se lo cargó si no?

—Solo era una ficha en su partida de ajedrez, subinspectora. Cuando ya no le fue útil, se lo sacó de encima como el simple peón que era. ¡Y ese mamón le ofreció su ayuda!

Rebeca se quedó paralizada en el umbral.

—¿No entras? —preguntó Milo.

—Eso que has dicho del ajedrez. La última pieza que queda en pie es el rey. El amo. El señor. Todas las demás están a su servicio.

—Incluso el Asesino del Listado, su brazo ejecutor. Su hermano.

Ambos permanecieron inmóviles un instante.

—Tienes que explicarme algunas cosas —suspiró Rebeca.

—De acuerdo, son hermanos, pero ¿perder la familia en una expropiación? —replicó—. Me resulta poco verosímil. ¿Mueren los padres al mismo tiempo? ¿De qué? ¿Del disgusto?

—¿Cómo sabes que no eran ya huérfanos de padre o madre? Cabe la posibilidad de que uno de sus progenitores hubiera fallecido y el otro estuviera delicado de salud. Y sin otros familiares, su custodia habría pasado a la tutela del Estado. Esto explicaría cómo llegaron al tribunal que entonces presidía Susana. A mí no me parece tan descabellado.

—Vale —concedió—, pero seguimos encallados en el mismo sitio: ¿por qué ahora?

—¡Joder, solo te oigo peros y preguntas! —saltó Milo—. ¿Te crees que tengo una bola de cristal? Estoy igual que tú, perdido, a ciegas. Y yo fui el último en llegar al caso. ¡El último! ¡Así que vete espabilando de una maldita vez!

De improviso, las fuerzas lo abandonaron. Aturdido, caminó hacia la terraza como un boxeador al borde del KO. Se dejó caer en la tumbona. Cruzó un brazo sobre el rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rebeca, acuclillándose a su lado. Le acarició la mejilla.

Milo retiró su mano, pero no la soltó. Ladeó la cara hasta

enfocarla, los ojos velados.

—Puedo estar equivocado.

—Mira, descansa un poco; estás exhausto. Todo irá bien, ya lo verás.

—Media hora, solo media hora. —La apretó con suavidad. Tomó aire y dijo—: Llama a Alba Conte, y a Crespo. Para que no cesen la búsqueda.

—Yo me encargo, no te preocupes.

Ella cogió el móvil y se incorporó. Milo siguió sujetando su mano.

—Subinspectora, llama por el tuyo. Necesito el mío libre.

La encontró dormida en el sofá, agarrada a uno de los almohadones. Su rostro mostraba la placidez del sueño. Volvió a salir a la terraza para contemplar el amanecer.

El mar, plano como un espejo. El cielo, adquiriendo un brillante tono luminoso. El silencio, por todas partes, salvo el ocasional canto de algún pájaro madrugador. La paz.

Sonó el móvil. Vio que era Martina Cots, la inspectora de Robos de la Central de Tarragona. Contestó sin perder un segundo.

—Sabía que te encontraría despierto —dijo ella con voz soñolienta.

—Tú no pareces haber dormido mucho.

—Hemos pasado una noche movidita, desde las doce que estamos en danza. —Soltó un bostezo—. Perdona, pero es que estoy que me caigo. Te llamo porque hemos tenido un golpe de suerte. Unos ladrones han intentado entrar de madrugada en casa de Eva Messeguer y la patrulla local nos ha pasado los datos de la denuncia. Al leerlos ha sido cuando me he dado cuenta, y ya me ves a mí recorriendo Cambrils para dar con ella y preguntarle si...

Milo sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Quién es Eva Messeguer? —interrumpió.

—Una mujer de cincuenta y ocho años, medio zumbada por los medicamentos que toma para su cáncer de pulmón; va con oxígeno, ya sabes, bombona y todo el equipo. Hablar con ella es un

suplicio, te lo aseguro. Solo tiene oídos para la televisión y es capaz de hacer perder los nervios al mismísimo Job.

—Martina, ¿quién es Eva Messeguer y por qué me cuentas todo esto?

—Fue pedagoga en una casa de acogida situada en Reus, La Ferradura. ¿No querías que localizara a alguien que hubiera trabajado en ese centro? Pues ya lo he hecho.

Se le disparó el pulso.

—¿Tienes su dirección?

—Apunta.

Milo tomó los datos y se despidió de ella a toda prisa. Luego, fue al dormitorio y cogió ropa limpia. Antes de entrar en el baño, lanzó una camiseta a Rebeca. Al caerle en el rostro, la subinspectora se despertó de golpe.

—Tenemos prisa —dijo él, abriendo los grifos de la ducha—. Está amaneciendo y aún tienes que cambiarte. Si quieres una muda, tendrás que conformarte con una de las mías.

—¿Qué sucede? —preguntó, adormilada—. ¿Adónde vamos?

—¡A Cambrils! —exclamó, bajo el chorro del agua—. ¡No hay tiempo que perder!

Agotada, Rebeca miró la camiseta gris, sin estampados; a continuación, a izquierda y derecha. No había comprendido una palabra. El sol que despuntaba por el horizonte la hipnotizó unos minutos. Pero cuando Milo salió del baño pegando gritos, la ensoñación desapareció como por ensalmo.

27

Abandonaron la ciudad por la Diagonal, y tomaron la AP-7 en dirección sur. El tráfico era fluido y no tuvieron dificultad en dejar atrás Barcelona. Hasta llegar al peaje de Martorell.

El día iba a ser espléndido y mucha gente había decidido aprovecharlo ya de buena mañana, eligiendo la Costa Dorada para pasar el sábado en la playa. Las colas de vehículos eran vertiginosamente largas y, a diferencia de ellos, sus ocupantes parecían armados de paciencia. Después de diez minutos sin apenas avanzar, Rebeca bajó del coche.

—Métete por el arcén y sígueme mientras voy a hablar con el tipo de la cabina.

Arrancó a correr al tiempo que Milo salía de la cola y obedecía sus instrucciones. Se detuvo en paralelo. La observó gesticular, enseñar su placa. Por último, extrajo un billete, se lo lanzó por la ventanilla, y el tipo le entregó un ticket. Regresó al coche empapada de sudor.

—Asunto solucionado, tira.

La barrera se levantó y salieron disparados sin hacer caso del concierto de bocinas que se desató a su espalda. Recorrieron varios kilómetros a toda velocidad. Poco después, Milo se vio obligado a aminorar a causa de una nutrida caravana. Y más adelante, descubrieron que el depósito estaba casi vacío. Milo se detuvo en la primera estación de servicio. Una treintena de vehículos aguardaba en fila india ante cada surtidor. Sulfurada, Rebeca se apeó y, placa en ristre, empezó a ordenar el tráfico para que el Volkswagen pudiera avanzar. Por fin, pusieron gasolina y pudieron incorporarse a la autopista, con la subinspectora indicando una y otra vez los carriles por donde Milo debía meterse para ganar velocidad.

—A la vuelta conduciré yo —dijo—. Eres una tortuga.

Abandonaron la AP-7 y siguieron las indicaciones hasta llegar a Cambrils. En vez de la hora y media habitual, habían empleado más del doble en llegar. La localidad era inmensa. Decidieron orientarse bajando hasta el Paseo Marítimo. Una vez allí, lo recorrieron hasta el final, doblaron por varias travesías, hasta que por fin hallaron el nombre de la calle que les había proporcionado Martina.

—Según las señas, tiene que estar por aquí —dijo Milo.

La casa estaba situada en segunda línea de mar, en una calle donde predominaban los grandes hoteles y enormes edificios de apartamentos. Una hilera de sencillas torres, separadas por estrechos pasadizos ajardinados, se alineaba entre dos bloques. Aparcaron frente al número 24 y bajaron del coche con las espaldas chorreando, el cuerpo anquilosado.

—Bien, vamos allá —señaló ella.

Franquearon la verja y caminaron hacia la entrada. Llamaron al timbre. Desde el porche se oía el volumen del televisor. Un rato y volvieron a llamar. Al no obtener respuesta, Rebeca se puso a aporrear la puerta. Las paredes temblaron. Entonces se abrió muy despacio hasta chocar con una cadena. El rostro demacrado de una mujer se asomó por la abertura.

Milo y Rebeca mostraron sus placas.

—¿Vienen otra vez por lo del robo?

—Por supuesto, señora. Somos muy diligentes, nos gusta hacer bien las cosas.

La mujer cerró la puerta, descolgó la cadena, y la abrió de nuevo para dejarlos pasar.

Un nauseabundo olor a cerrado y enfermedad los golpeó nada más entrar en la sala.

La estancia ofrecía un aspecto cochambroso. Muebles desvencijados, cortinas deshilachadas, la alfombra raída. En el centro, un televisor sobre una mesa con ruedas, una de ellas rota. Por todas partes suciedad, abandono, pilas de periódicos

amontonados. En una estantería se acumulaban docenas de figuritas de porcelana cubiertas por una capa de polvo. Debajo, en precario equilibrio sobre el suelo, una tostadora, dos microondas y varias batidoras. En una mesa arrinconada contra la pared aún reposaba una lata de conservas vacía, goteando aceite sobre el mantel lleno de migas, junto a un plato con cáscaras de naranja.

Eva Messeguer caminó pesadamente hacia el sofá situado ante el televisor. A su lado, una bombona de oxígeno conectada a una mascarilla; y en el otro, una mesilla donde había varios botes y cajas de medicamentos junto a una botella de agua, sin vaso. Vestía un holgado camisón con el logotipo de un hospital de la comarca, y calzaba unas zapatillas de estar por casa, desparejadas. Una peluca sintética de color platino tapaba su cabeza, asomando varios mechones de pelo ralo y gris por la frente. Su expresión era adusta, la mirada de indiferencia, y sus gestos eran mecánicos, sin energía. Clavó los ojos en la televisión sin ofrecerles asiento.

Milo acercó un par de sillas y ambos se sentaron. Rebeca miró la alfombra con aprensión, convencida de que iba a ver cucarachas de un momento a otro.

El volumen era ensordecedor. En el televisor, una mujer teñida de rubio discutía con un calvo mientras el presentador se esforzaba por mantener el orden. Entre los aplausos del público, los dos tertulianos se enzarzaron en una pelea verbal.

—Esa sí que sabe poner a los hombres en su sitio —comentó Eva Messeguer.

—Señora, quisiéramos hacerle unas preguntas.

—Ya les conté todo a sus compañeros —dijo, sin apartar la vista del programa—. Unos gamberros forzaron la ventana del baño, los oí y llamé a la patrulla. Se largaron sin llevarse nada. Eso fue todo. Pero puse la denuncia por el seguro. Destrozaron la ventana y alguien tiene que pagarla. —Señaló la televisión—. Ya verán ahora, se va a liar la de Dios.

—Señora, ¿podríamos bajar el volumen?

—Ese tipo se va a enterar, no sabe con quién se ha metido.

Milo agarró el mando y quitó el sonido. Ella alzó los ojos con sorpresa.

—¿Qué hace?

—Señora, no hay tiempo. Necesitamos que nos hable de La Ferradura.

Al oír aquel nombre, la mujer cogió la mascarilla de oxígeno y se la llevó a la cara. Aspiró una bocanada de aire sin dejar de contemplarlos con sus ojillos apagados.

—La Ferradura, señora Messeguer, queremos que nos hable de ese sitio —repitió Milo—. Las cosas que ocurrían allí, Félix Torrens, los niños. Usted trabajó en ese centro como pedagoga.

Ella se apartó la mascarilla de la boca.

—Fue hace veinte años, ya no me acuerdo —dijo. Volvió a ponerse el artilugio.

—Sí, sí que se acuerda. Tiene que acordarse. En concreto de dos hermanos.

La mujer desvió la mirada hacia el televisor. Respiraba con dificultad.

—No tendría que haberse divorciado —dijo. No entendieron sus palabras. Alejó la mascarilla y señaló la pantalla—. Digo que no tendría que haberse divorciado. Antes era más guapa, pero parecía una mosquita muerta. Tantas operaciones de estética la han echado a perder. Aunque ya ven, ahora es una estrella.

Rebeca soltó el aire con fuerza. Se levantó y se interpuso entre la mujer y el televisor.

—Señora, hay dos formas de hacer las cosas —dijo. Colocó los brazos en jarra—. O nos lo cuenta por las buenas, o la arrastramos con bombona y todo hasta la comisaría. Usted elige. —Extrajo unas esposas—. Comisaría o aquí, en su casa de mierda.

Sin inmutarse, la mujer dio otra bocanada y apoyó la mascarilla en la bombona.

—No han venido por el robo —dijo. Se ajustó la peluca—. Y yo tengo mis derechos.

—Dos hermanos —insistió Milo—. Agraciados, muy unidos. Háblenos de ellos.

Eva Messeguer hizo una mueca y chasqueó la lengua.

—El señor Torrens se fue al otro barrio, lo vi por la tele. ¿Para qué quieren ahora remover el asunto? Es mejor dejar en paz a los

muertos. —Se quedó pensativa unos instantes—. Pronto me reuniré con él. Era una buena persona.

—¿Buena persona? —dijo Rebeca.

—Tenía sus rarezas, sí, pero todo lo hacía por el bien de esos muchachos. —Levantó la cara hacia ellos—. Ustedes no lo comprenden. Llegaban hechos unas fieras al centro y había que domarlos. Eran unos mocosos salvajes, sin educación. Con ellos solo valía el castigo, la mano dura. Los métodos que aplicamos eran los habituales en estos casos.

—Explíquenos esos métodos —dijo Rebeca, con frialdad.

—Los habituales, ya les digo. —Ladeó el cuello para ver la pantalla detrás de la subinspectora—. Joven, ¿podría apartarse un poco? Es que me tapa la tele.

—Los métodos —repitió ella, sin moverse.

—Pues dejarlos sin comer, sedarlos en momentos de crisis, el aislamiento, todo eso.

—¿Dónde los aislaban? —quiso saber Milo.

—En el sótano, en un cuarto especial. —Se encogió de hombros—. Lo corriente.

Milo contuvo un gesto de rabia.

—Ha dicho que el señor Torrens tenía sus rarezas. Háblenos de ellas.

—¿Sus rarezas? —Fijó la vista en un punto entre Rebeca y el aparato—. Él iba y venía a la casa, no siempre estaba con nosotros. El sótano era su espacio reservado. Yo era la única a quien le permitía entrar, pero solo cuando estaba ausente. Los demás lo tenían prohibido. Era su refugio. Lo llamaba «el laboratorio». Se encerraba allí para meditar cuando nos visitaba. —Exhibió media sonrisa floja—. Y no sé por qué tanto secretismo y puerta cerrada bajo siete llaves, lo que tenía allí no era nada del otro mundo. Todos tenemos nuestras manías.

—¿Qué había en ese sótano? —inquirió Rebeca.

—Su pasión, Gaudí. Le chiflaba cualquier cosa relacionada con él. Libros, cuadros, esculturas en bronce, incluso diapositivas que pasaba en una pantalla desplegable. Tenía de todo. —Sacudió la cabeza—. Si no me creen, les diré que una gigantesca

reproducción fotográfica cubría una pared de parte a parte. Se pasaba el tiempo libre contemplándola, sentado delante en su silla de brazos, como en un trono. ¿Eso es estar obsesionado o no?

—No era su única obsesión —dijo Milo.

—¿Qué mostraba esa fotografía gigante? —intervino Rebeca.

—Las famosas chimeneas-soldado. En primerísimo plano. Eran espeluznantes, con sus cuellos retorcidos, las cuencas vacías, embozados. —Reprimió un escalofrío—. Dicen que es arte, pero a mí me parecen repulsivas, de pesadilla. Nadie en su sano juicio puede crear una cosa así y exhibirla en público. Pero contra gustos... —Volvió a encogerse de hombros. Luego, alargó la mano hacia la mascarilla—. Hay gente para todo. A mí me atraen las figuritas de porcelana. —Hizo un gesto hacia ellas—. No soy quién para hablar de rarezas.

Dio una nueva bocanada de aire, larga, profunda.

—Encerraban a los revoltosos en ese sótano —dijo Milo.

—En un cuarto especial, ya se lo he dicho. Estaba al fondo, en una esquina.

—Y allí aislaban a los que no se portaban bien, ¿no es eso?

Ella asintió sin fuerza, inclinando otra vez el cuerpo para ver la televisión.

—Los dos hermanos eran inquilinos asiduos de ese cuarto oscuro, ¿me equivoco?

—¿Quién ha hablado de que fuera oscuro? Era un cuarto normal, sin ventanas. Y sí, eran muy conflictivos. Sobre todo el mayor. Se peleaba mucho con los demás chicos. Era un auténtico rebelde. Tuvimos que emplearnos a fondo con él. —Puso los ojos en blanco—. No podíamos permitir que siguiera provocando pequeños incendios, ¿lo entienden?

—¿Le gustaba el fuego? —preguntó Rebeca, tensa.

—Nada, cosas de niños. Quemaba hojas en el jardín, rollos de papel higiénico en los baños, soldaditos en el comedor... Por más que le requisábamos las cerillas siempre lograba hacerse con otra caja. —Separó las manos—. ¿Comprenden ahora? No podíamos permitirlo, suponía un riesgo para los demás. ¿Se imaginan si hubiera prendido algo más grande? Podría haberse incendiado la

casa entera y estábamos a rebosar de niños. No, se merecía un castigo, uno lo más severo posible, y el señor Torrens se encargó personalmente de meterlo en cintura.

La atmósfera de la sala se hizo más y más opresiva y a Milo le costó respirar.

—¿Y al otro?

—Lo mismo, se ponía como una furia cuando a su hermano lo encerraban en el cuarto del sótano. Se negaba a hacer los deberes, a recoger sus cosas. Estaban muy unidos. —Intentó coger el mando, pero Milo lo alcanzó primero. Lo miró enfadada—. Me estoy perdiendo el programa. No pienso seguir hablando si al menos su compañera no se aparta.

Rebeca se desplazó un par de pasos.

—Y entonces el señor Torrens se encargó de ellos, de los dos —dijo Milo.

Eva Messeguer se acomodó en el sofá. Aliviada, cruzó las manos en el regazo.

—Sí, dijo que él se ocuparía de esos dos revoltosos.

—Y se ocupó de ellos. Vaya que sí. A fondo.

—Era parte de su responsabilidad —dijo, la vista clavada en el televisor. Sus ojos recuperaron algo de brillo—. Esa mujer los tiene bien puestos. Lo está regando de saliva y el tipo ni se atreve a levantarle la voz. ¿No podrían subir un poco el volumen?

—Luego —zanjó Milo—. Veo que sí recuerda a los dos hermanos.

—Claro, cómo los iba a olvidar. Sus nombres no, pero sí sus caras. Eran muy..., no sé cómo decirlo. Desde luego, no pasaban desapercibidos. Dejaban huella. Tenían carisma, eran especiales. Guapos, pero en un sentido diferente. No sé si me explico. Con la medicación me cuesta pensar. Eran..., eran... singulares. No, más que eso. ¿Andróginos? Sí, ni carne ni pescado. Sobre todo ella. Era la que sobresalía, la que más llamaba la atención. —Señaló la pantalla—. ¿Ven a esa mujer? No se parecía en nada, pero durante el tiempo que estuvo con nosotros experimentó un cambio parecido. Pasó de ser una mosquita muerta a convertirse en una chica dura. La mirabas a los ojos y notabas una intensidad muy

extraña, fuerza, no sé, como si tuviera mucho poder. ¿Entienden lo que digo?

—¿Una chica? —dijo Milo, rígido—. Señora Messeguer, ¿de quién nos está hablando?

—De ella, de la hermana pequeña. ¿No les había dicho que era una chica?

—El día que llegaron al centro me fijé en un detalle muy curioso —contó Eva Messeguer—. Franquearon la cancela del jardín y caminaron hacia la casa, él delante, estirando de ella. No sé si saben que el chico abandonó La Ferradura antes que la joven. —Ambos asintieron—. Pues bien, cuando la fue a recoger tras obtener la tutela de la chica, salieron ella delante, con él caminando detrás, como un perrito. ¿A que es curioso?

Cruzaron una mirada de conmoción. Bajo el impacto de la noticia, pugnaron por asimilar algo que, a pesar de las palabras del forense jefe, habían juzgado muy poco probable hasta ese momento. El Verdugo era una mujer. Tratando de digerirla, atendieron a la charla insulsa de la antigua pedagoga del centro.

—Lo recuerdo con claridad, como si hubiera ocurrido ayer. Qué cosas tiene la mente, ¿verdad? Me olvido de tomar una dichosa pastilla, y en cambio soy capaz de acordarme de viejos episodios que nada tienen que ver conmigo. Los médicos deberían estudiar más el cerebro. Muchos cohetes a la Luna, a Marte, y no saben nada de lo que hay en la sesera. Y lo primero es lo primero; vamos, digo yo.

Volvió a llevarse la mascarilla a la boca para aspirar oxígeno fresco.

—Y Félix Torrens se encerró con ellos en el sótano, ¿es así? —preguntó Milo.

La mujer movió la cabeza arriba y abajo una vez.

—¿Juntos o por separado?

Desplazó el artilugio unos centímetros.

—Primero por separado, con el chico. Luego, más adelante, también con ella.

—Y usted nunca supo lo que sucedía en ese sótano, por descontado —soltó Rebeca, el asco reflejado en la cara—. ¿Cómo es posible que no lo sospechara, que no adivinara las prácticas a las que eran sometidos por ese cerdo?

—¿De qué prácticas me habla? —dijo, con tono inocente—. Se encerraba con ellos para educarlos. —Los miró asombrada—. Les pasaba diapositivas de Gaudí, intentaba reconducirlos por el buen camino, procuraba hacerles entender las consecuencias de sus actos. Demostró tener mucha paciencia con esos dos salvajes. —Inspiró con esfuerzo—. ¿Saben?, creo que su padre era un chiflado. O algo así. Habían crecido bajo una mala influencia, no había más que verlos. Les faltaba el cálido apoyo de una madre, los pobrecillos.

—¿Y no observó nada raro en sus comportamientos tras esas sesiones de *educación* en el sótano? —insistió Rebeca.

La mujer clavó la mirada en el televisor. El calvo se había levantado y hacía el amago de marcharse del plató. El resto de tertulianos se afanaba en disuadirlo.

—Ese no se larga —soltó—. ¿Se juegan algo? Le gusta demasiado salir por la tele.

—¡Conteste a mi pregunta, maldita sea!

—¿Qué…, qué me ha preguntado? —balbuceó, sorprendida por su ferocidad.

La subinspectora se la repitió, mascullando cada palabra con desprecio.

—¿Raro? —Reflexionó unos segundos, embobada—. Bueno, un día el chico trató de ahorcarse con una cuerda en las duchas. Pero tenía problemas, ya se lo he dicho. Llegó al centro mal de la cabeza, era un pirómano, por Dios. Conseguimos descolgarlo en el último momento. Luego ya no fue el mismo. Se encerró en el silencio, sin hablar con nadie que no fuera su hermana. La voz, ¿saben? Le daba vergüenza. Tras lo de las duchas le quedó una voz horrible, rasgada. Puro papel de lija. Por suerte, poco después cumplió los dieciocho y abandonó la casa. No sé qué más hubiéramos podido hacer por él. Lo adecuado era que recibiera ayuda psiquiátrica, atención personalizada. —Se encogió de

hombros por tercera vez—. Estaba lejos de nuestras posibilidades, nos sobrepasaba.

Milo sintió despertar una ira desquiciada que le resultó muy familiar.

Se encaró con la mujer.

—¿Y la chica? ¿Qué pasó con la chica cuando su hermano dejó el centro?

Ella hizo el gesto de volver a colocarse la mascarilla, pero Milo la agarró del brazo.

—¿Qué..., qué hace? ¡Cómo se atreve!

—Ella también intentó suicidarse, ¿no es así? Se quedó a solas con ese monstruo y su primer impulso fue acabar con su vida. ¡Responda!

—Se..., se tiró de cabeza desde el piso de arriba. No pudimos impedirlo. Era tan..., tan callada y frágil. Parecía un ratoncito asustado. Nos pilló de..., de improviso. Ninguno nos lo esperábamos. Se destrozó la pierna.

Milo le arrancó la mascarilla. La sujetó por los brazos en el sofá. Se dobló hacia ella.

—Estaban bajo la tutela del Estado, bajo su responsabilidad, y usted los dejó a merced de un cabrón que les arruinó la vida. Los vejó una y otra vez, como simples pedazos de carne, hasta hartarse de ellos; se obsesionó hasta el paroxismo. Y no me diga que no lo sabía porque hasta un ciego lo hubiera visto. ¿Cuánto le pagó Torrens para que cerrara la boca? ¿Cuánto?

—Yo..., yo no sabía nada. No..., no podía saberlo... Solo era..., solo era...

—Su alcahueta. Y calló. Como una puta.

Rebeca corrió a apartarlo.

—Inspector, déjala ya. No vale la pena. Te estás ensuciando las manos.

Milo se mantuvo firme, sin separarse un milímetro.

—Dígame sus nombres. Ahora.

—No..., no los recuerdo, de verdad —dijo, lívida—. Necesito... oxígeno, por favor.

—Dígamelos.

La mujer empezó a soltar agónicos estertores por la falta de aire.

—¡Sus nombres!

—Néstor, Nerón..., no recuerdo, era poco habitual. Y ella, Magdalena..., Alicia, algo similar, no sé... —sollozó—. La memoria me falla..., estoy enferma...

—¡El apellido!

La piel de su rostro comenzó a adquirir un tono amoratado.

—Me..., me ahogo... —gimió.

Rebeca recogió la mascarilla y se la enchufó en la cara. Milo la soltó. La señora Messeguer respiró hondo, blancos los ojos, agarrada a la mano de Rebeca.

Mientras recuperaba el color, Milo dijo:

—Es probable que se haya librado de una muerte horrible al no vivir en Barcelona, pero pienso poner todo esto en conocimiento del fiscal. No se va a ir de rositas.

La mujer oscureció la mirada. Entonces forcejeó con Rebeca para liberar la boca.

—Me quedan tres meses de vida, no me hable de muertes horribles. La que me espera no va a ser ninguna fiesta.

Milo se revolvió contra ella. Le temblaba la voz.

—Usted se ha provocado su cáncer como castigo. Por haber bloqueado su luz interior. Podría curarse si se perdonara. Pero no puede hacerlo, y lo sabe. Buen viaje al infierno.

Dio media vuelta y se dirigió como una exhalación hasta la puerta. La abrió de un tirón, salió al aire libre. Por el ímpetu, la portezuela giró sobre sus goznes y rebotó en la jamba. Se alejó camino del coche con los puños apretados.

Rebeca llegó segundos más tarde.

—Eso que le has dicho es una canallada, además de una memez como un templo.

—Lo sé, por eso lo he hecho. ¿Has visto sus ojos? Se lo ha creído. —Le lanzó las llaves—. Tu turno. Regresemos a nuestra bonita ciudad.

—El Verdugo es una mujer —repitió Rebeca por enésima vez, sin acabar de creerlo.

Habían tardado más de lo esperado en salir de Cambrils. La localidad costera estaba repleta de turistas y veraneantes y, para su desesperación, toparon con un tráfico colapsado. Ahora circulaban a toda velocidad por la autopista, las ventanillas abiertas de par en par.

—Sí, la cerebral, la metódica. Ella es el amo, y su hermano, el fiel esclavo.

La subinspectora aceleró para dejar atrás una fila de camiones.

—Tras la muerte del padre, los dos se centraron exclusivamente el uno en el otro, formando un vínculo emocional exclusivo, indestructible.

—Llegan a la casa de acogida y el chico se enzarza en toda clase de peleas para proteger a su hermana, que en aquellos momentos era la desvalida. Y entonces comienza la pesadilla con Torrens. Tiene ante él dos hermanos que le atraen como un imán, vulnerables, muy parecidos, casi gemelos, y vuelca en ellos su fetichismo, su necesidad de dominación. Fue demasiado para ese gusano, una tentación irresistible, lo prohibido.

—Y los sometió a sus juegos, dañando todo su mapa del amor. —Lo miró de soslayo—. Así fue como cimentó su unión. A partir de ese momento, fueron lo único que tuvieron. El uno al otro. En todos los aspectos. Y cerraron la puerta al resto del mundo. Solo confiaban en ellos. Y dejaron crecer la agresividad, el rencor, el odio.

Milo se reclinó hasta apoyarse en el reposacabezas. Cerró los ojos.

—Primero empieza con el chico, es el más fuerte. Utiliza el encierro, el castigo sin comida, tal vez drogas. Hasta que logra doblegarlo. Entonces suma a la chica. Su perversión no tiene límites y puede obligarlos a cualquier cosa en su presencia, incluso entre ellos, para luego usarlos a su antojo, por turnos. Era el jodido señor, el que mandaba. Rompió sus resistencias hasta transformarlos en robots al servicio de su libido, de su ansia de

poder. Los convirtió en obedientes, en seres inanimados para el resto de sus vidas.

—El muchacho no lo puede soportar e intenta suicidarse. Pero no lo consigue. Acto seguido se viene abajo. —Apretó el volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos—. Y poco después, abandona la casa de acogida. Ella se queda sola con el monstruo.

—Ya no es una chica rebelde, ahora es mansa, dúctil —prosiguió Milo, la voz monótona—. Accede a todos sus deseos. Ha pasado por las cinco fases de la muerte, de lo que ella consideró como su muerte. Negación, ira, negociación, depresión y aceptación; en este caso, sumisión. Antes de esta última, empujada a la locura por fantasmas perturbadores, imita al hermano y se lanza al vacío. Pero tampoco logra poner fin a su vida. Y de vuelta en el sótano, a la situación del horror, inicia un cambio. Da principio a una nueva fase. Por supervivencia. De ser dominada, pasa a convertirse en dominadora. Poco a poco, de forma sutil. Con inteligencia, con una voluntad de hierro. Y cambia las tornas. «Lo que tú haces, te hace.»

—Descubre el mundo del poder y el control. Y se vuelve feroz, inflexible. Ya no hay vuelta atrás. Ahora es el Verdugo. Y le gusta. Todos los rasgos de su antigua personalidad desaparecen en la hoguera donde arde su pasado. Tenía que disociarse para sobrevivir, y se disoció. —Se giró hacia Milo—. La psique de una persona puede ser aniquilada en apenas setenta y dos horas. Ella estuvo meses con ese monstruo, meses.

Milo apretó los labios.

—Y todo, bajo la mirada vacía de los soldados embozados de Gaudí, unos rostros pavorosos. —Entornó los ojos—. Que no hicieron nada por defenderla. Al contrario, que fueron sus carceleros. Tal vez su odio a la obra del genio, su fijación, se deba a esto.

—Y como Gaudí, sufrió una transformación, aunque de signo distinto. En vez de pasar de lo frívolo al misticismo, lo hizo de la vida normal al horror y la demencia.

Circularon unos minutos en silencio, la luz del atardecer tiñendo el cielo de púrpura.

—Regresa a la ciudad y ¿qué hace? Devuelve la vida a su hermano, le da un sentido. Dirige sus pasos para liberar sus necesidades de destrucción, su furor contra el mundo. La felicidad de los demás les agrede, les irrita. Escondidos, le permite un desahogo una vez al año, cada 10 de junio, ignoramos el porqué. Mientras, ella planifica su venganza.

—Que desata hace dos semanas. Tampoco sabemos la razón.

—Cuando la justicia no funciona, llega la hora de tomarla por tu mano —salmodió Milo, sin energía—. Sufrieron lo indecible y nadie movió un dedo por ellos. Solo eran unos críos, maldita sea. Viven con su padre, y de repente el cielo se desploma sobre sus cabezas. Son expropiados, el padre muere, son enviados a La Ferradura, al infierno. En cuestión de días, unas semanas, todo cambia para ellos. ¿Y por qué? —Se quedó mudo unos instantes—. Por las malditas olimpiadas. Esa secuencia se inició cerca de la C-31, en una de las principales entradas de la ciudad, la que utiliza la gente que viene del aeropuerto. Fuera lo que fuese lo que tenían allí, lo perdieron por los Juegos. —Se calló—. ¿Sabes lo que pienso?

Rebeca aguardó a que prosiguiera. Pero él volvió a sumirse en el mutismo.

Le echó una rápida ojeada. Los hombros hundidos, la espalda encorvada, la mirada perdida. Lo vio negar con un lento vaivén de cabeza, como si lo que cruzaba por su cerebro fuera una idea surrealista. Algo impensable.

—Imagen, apuesto a que todo fue por la imagen —dijo, abatido—. Por esa zona había casas muy humildes, desguaces, viejas fábricas. Barcelona se preparaba para recibir a millones de visitantes y no podía permitir que lo primero que vieran fuera algo tan desastrado. Me figuro que la excusa para limpiar toda esa vía de acceso fue declararla zona de equipamientos. —Se llevó las manos a la cara—. Hoy en día hay edificios de oficinas, centros comerciales, hoteles ajardinados. ¿Dónde están esos equipamientos? No, expropiaron a toda esa gente para lograr una imagen más bonita, más acorde con el modelo de ciudad que querían transmitir. ¿No te parece gracioso? Las vidas de los dos

hermanos fueron destrozadas porque su inmueble afeaba la postal. Por la puta imagen.

La noche cayó sobre la autopista. En silencio, la subinspectora activó las luces.

—Fue ella —dijo Milo, como en sueños. El tráfico había empezado a hacerse más denso y Rebeca, sin aminorar, iba sorteando vehículos cambiando una y otra vez de carril—. A quien vio el indigente fue a ella. «Ese marica.» Agraciado, cabello rubio muy corto. Lo llamó «ese marica». Creyó que era un hombre, pero era una mujer. Con el pelo rapado.

La subinspectora asintió con un suspiro.

—Ella es la que filmaba, la de las tendencias artísticas que decías. Y también, la que dibujó la G con espray. La autora de las firmas. Un momento. ¿Cuáles fueron los significados que nos contó Gombrowicz sobre esa letra?

—Hubo varios.

—Pero uno de ellos se refería a *generación*. Hombre y mujer, dos en uno, y uno en dos generadores tras los efectos de la destrucción. —Señaló a Milo y el coche se desvió contra el guardarraíl. Pegó un volantazo—. Tenemos a un hombre y a una mujer. Tenemos la destrucción. La G es de *Generación*.

—¿Y qué más da? —dijo Milo. Se sentía extrañamente apagado desde su estallido con la pedagoga—. ¿De qué nos sirven nuestras deducciones? Susana continúa en su poder. Y el tiempo corre. Seguimos a oscuras.

—Ahora no es momento de derrotismos, inspector.

A lo lejos vislumbraron un gran número de luces rojas apiñadas. El peaje. Se aproximaron a media velocidad. Rebeca maniobró con súbitos acelerones, cruzó en diagonal los tres carriles, y llegó al arcén, donde dio gas sin cesar de apretar el claxon. En las cabinas, repitió la operación de la ida y reemprendieron la marcha zigzagueando entre vehículos.

—Ni una palabra sobre mi forma de conducir.

Milo dejó vagar la mirada por la ventanilla.

Las nubes de calor eran vibrantes. El aire, estático, tórrido. El bochorno, en oleadas.

—Hemos reconstruido gran parte de su historia —dijo Rebeca —. Digas lo que digas, nos tiene que servir de algo. —Milo guardó silencio—. Inspector, la celda. Cuatro días sin agua. El fuego. Susana necesita que actives de una puta vez tus neuronas. ¡No le puedes fallar ahora, jodido lunático!

Una sombra oscureció el rostro de Milo. Se enderezó en el asiento.

—Hago todo lo que puedo.

—¡Pues no lo parece! —azuzó—. ¡Dime!, ¿qué hacemos ahora?

Milo rebulló a medio camino entre la rabia y la confusión.

—Despertar —dijo—. Despertar, loca del demonio.

Cogió el móvil.

—Señora Conte, ¿cómo va esa búsqueda? ¿Ha encontrado los...?

—¡Inspector Malart, no diga nada y déjeme en paz! —saltó la secretaria—. ¡Estoy hasta la coronilla de polvo, hundida en legajos de hace un millón de años, con media docena de personas sudorosas, y aquí no hay quien respire! ¡No tengo tiempo de aguantar sus preguntitas! ¿Me ha oído? ¡Cuando encuentre algo ya lo llamaré!

La mujer colgó. Milo se quedó mirando el aparato.

—¿Por qué de pronto todo el mundo se cree con derecho a gritarme?

—¡Porque nos sacas de nuestras casillas, Malart! ¡Por eso! Ya era hora de que entre todas te pusiéramos en tu lugar.

Milo llamó al sargento Crespo.

—Espero que tú no te pongas también a gritarme —dijo—. ¿Hay noticias de Aucat?

—Todavía no. Pero he logrado que el responsable de la sección regrese a la oficina para continuar trabajando en la búsqueda y...

—¿Que regrese a la oficina? —cortó, exasperado.

—Es muy largo de explicar, inspector. Tiene familia y hoy

sábado era el cumpleaños de su hija. En fin, lo importante es que ha vuelto y seguimos en contacto.

—Y tú, ¿en qué andas mientras tanto?

—En aquella idea que te dije. Lo de las forjas.

—¡Qué forjas, maldita sea!

Al otro lado de la línea oyó un suspiro de impaciencia.

—Te lo cuento de forma telegráfica. Esta mañana he ido a la verja de Pedralbes, por lo de Navarro. Quería verla con mis propios ojos. Y me ha recordado mucho, salvando las distancias, a la de la celda donde estuvo Torrens. Le he sacado unas fotos y luego la he comparado con la de la filmación. A mi juicio es una réplica, pero burda, mal hecha. Entonces he pensado en lo que dijimos cuando vimos el vídeo y me he preguntado por qué no podía ser obra de uno de los asesinos. Podría ser un forjador, y haberla hecho en su época de aprendiz. ¿Me sigues? Pon que uno de ellos trabaje en una forja, ya sea como operario o dueño. No hay tantas en la ciudad, es un oficio artesanal y se está extinguiendo; de hecho, solo hay cinco en toda el área metropolitana. Pues bien, desde el mediodía estoy recopilando los nombres de todos ellos. Y sí, antes de que me lo digas, a lo mejor estoy perdiendo el tiempo. Pero es un tiro al aire que puede funcionar por si nos falla la lista de Aucat o la otra, la de los niños de La Ferradura. Es una tercera posibilidad para cruzarlas, ¿entiendes?

—Me dejas de piedra.

—No te burles, inspector. Las forjas trabajan con fuego, una forma muy limpia de deshacerse de los cuerpos de los desaparecidos. Tú mismo lo dijiste y...

—Toni, es una idea brillante. ¿Te falta mucho para terminar?

—Dos forjas, una de la calle Badajoz y otra en Pueblo Seco.

—Buena suerte. Ahora escucha, el Asesino del Listado y el Verdugo son hermanos; mejor dicho, el Verdugo es su hermana pequeña.

El sargento se quedó mudo. Milo le puso al corriente.

—Cada vez que despejamos una incógnita, surge otra —comentó Crespo, perplejo.

—Sí, hasta que atemos todos los cabos. ¿Has averiguado el

origen de aquella frase?

—Forma parte del escudo de armas que diseñó Gaudí para el conde Güell cuando este obtuvo el título nobiliario. Lo dividió en dos partes utilizando el templete del Palau Güell. A la derecha, encima de una paloma sobre una rueda dentada, símbolo de su espíritu industrial, está la leyenda «Ayer pastor»; y a la izquierda, sobre un búho posado en media luna, expresión de prudencia y sabiduría, «Hoy señor». ¿Te explico el resto del escudo?

—No hace falta, Toni. Cuando haya noticias, llámame enseguida.

Colgaron. Se volvió hacia la subinspectora Mercader y le explicó el contenido de la llamada. No había terminado cuando el móvil volvió a sonar. Irene. No contestó.

—Continúa la obsesión con Gaudí —dijo Rebeca—. Otra vez una obra suya, ahora un escudo de armas.

—Y de nuevo, el Palau Güell —señaló Milo. El móvil siguió sonando.

—¿Crees que tiene intención de utilizarlo como escenario con Susana?

Milo se encogió de hombros.

—La Sagrada Familia está blindada, cubierta por multitud de hombres armados y experimentados. Es imposible.

Rebeca pegó el morro del Volkswagen al guardabarros trasero de un deportivo que le cerraba el paso. Mientras le lanzaba destellos con las largas, repuso:

—Y ya ha utilizado la verja de Pedralbes. —Señaló el móvil —. ¿No contestas?

—Es mi ex. Ya sé lo que me va a decir. Que su padre se ha apropiado del negocio. —El teléfono dejó de sonar—. ¿Qué hora tienes?

—Cerca de las diez. —Inspiró hondo—. Nos quedan unas siete horas hasta las cinco de la madrugada, cuando más o menos el Verdugo tiene por costumbre colgar a sus víctimas.

—Siete horas. Ocho como máximo.

—¿Qué tal si volvemos a montar guardia junto al Palau Güell?

Milo señaló el parabrisas con gesto decidido.
—Acelera.

28

Llevaban aparcados en la calle Nou de la Rambla dos horas, vigilando los movimientos que se producían cerca de la entrada del Palau Güell. Hasta el momento, lo único que había atraído su atención fue la aparición, en un par de ocasiones, de dos miniautocares que descargaron varios grupos de turistas en el hotel de enfrente tras visitar la Barcelona nocturna. A juzgar por las voces y los cánticos, la sangría había corrido a espuertas. Tras apagarse el jolgorio en el interior del establecimiento, todo había regresado a la tranquilidad. Desde el vado donde estaban estacionados, el mismo de la otra vez, ni siquiera observaron las habituales escenas entre prostitutas y clientes.

—Con el Papa en la ciudad, las habrán obligado a cerrar las persianas —dijo Rebeca.

Milo cabeceó sin apartar los ojos del edificio.

—¿Tienes alguna idea de lo que va a ocurrir? —preguntó la subinspectora.

Hizo un gesto negativo.

—¿Y qué harás el lunes? —insistió, para entablar conversación—. ¿Irás a la Central?

Él forzó una mueca.

—Oye, yo también estoy preocupada por Susana, pero encerrarse en el silencio no es ninguna solución. Hablar puede ser positivo.

No obtuvo ningún comentario.

—Está bien, no quiero ser una plasta.

Una furgoneta blanca, con el logotipo de una marca de alquiler de coches, circuló por su lado y llegó hasta el final de la calle, donde se detuvo ante el semáforo. Tensos, ambos la observaron con fijeza. Cuando cambió a verde, torció las Ramblas

abajo.

—Falsa alarma —concluyó Rebeca.

Con un suspiro, extrajo su HK para comprobar que estuviera en orden.

—Hay algo que no me gusta —murmuró Milo.

—¿A qué te refieres?

Empleó varios minutos en responder. Al cabo, dijo:

—Estamos aquí por una G trazada en un plano. —Se volvió hacia ella—. Y sí, está la flecha que lo señala y todo lo demás; pero básicamente, este es el motivo. No sé, me resulta insuficiente. Hay otras muchas posibilidades. De entrada, podemos dibujar la misma letra pasando por otros puntos, y todos son edificios de Gaudí.

—¿Como por ejemplo?

—La Casa Calvet, el colegio de las Teresianas, la Casa Batlló... También se encuentran a lo largo del trazo. —Se rascó la nuca—. Y luego está lo de la Sagrada Familia. No me creo que esos dos no aprovechen la obra más emblemática de Gaudí para su venganza. Y más, en un momento como este, cuando el Pontífice la va a consagrar para el culto. Es una gran ocasión, única. El problema es que no se me ocurre qué pueden haber preparado.

—Ya hemos descartado lo de Susana.

—Por eso lo digo —indicó. Un fugaz rastro de dolor asomó a sus ojos—. Ella forma parte de su plan, pero tienen otro, seguro. Y este último tiene como escenario la Sagrada Familia, no puede ser de otra manera.

—¿Qué sugieres?

—Son demasiados frentes, necesitamos ayuda. Voy a llamar a la caballería.

—La sensación de *déjà vu* es muy intensa. ¿Estás seguro?

—¿Tienes una idea mejor? —dijo Milo, a punto de marcar un contacto del móvil. Ella negó con un gesto. Pulsó el botón de llamada—. Inspector jefe Singla, tenemos que hablar.

—Maldita sea, Malart. ¿De verdad te crees todo eso?

—Jefe, no es momento de discutir, sino de actuar. Hay mucho

en juego.

Singla ahogó un bufido de exasperación.

—Tú ganas —dijo—. Movilizaré a todo el Grupo por esos edificios de Gaudí.

—Que pasen desapercibidos, sin llamar la atención. Nada de cortar calles ni sirenas. No queremos alertarlos y que huyan con la jueza en su poder. Y otra cosa, jefe, tenemos que cogerlos con vida. No debe haber errores ni nadie de gatillo fácil, ¿entendido?

—Se hará como dices —gruñó—. ¿Alguna cosa más?

Milo hizo una pausa antes de contestar.

—Tenemos que cubrir también la Sagrada Familia. El interior del templo.

—Definitivamente te falta un tornillo, Malart —saltó Singla—. ¿Sabes cuántos hombres forman el dispositivo de seguridad y antiterrorismo alrededor de la basílica? Estamos nosotros, la Guardia Civil, la Policía Nacional, la Guardia Urbana, por no contar los agentes de la Casa Real que protegerán a los Reyes, y los de la seguridad vaticana que harán otro tanto con el Pontífice. Y claro, los desactivadores de explosivos, los grupos especiales caninos, las unidades del subsuelo, los grupos especiales de asalto, tanto los GEO como nuestros GEI, los tiradores de élite que vigilarán desde las azoteas y las torres del templo, y los helicópteros que ya están sobrevolando el espacio aéreo cerrado de la ciudad. ¡No podría pasar ni un alfiler!

—Tienen un objetivo, jefe, quizás uno de los invitados —repuso Milo. Un calambre en el estómago le nubló la visión unos instantes. Singla estaba en lo cierto, era imposible que alguien en su sano juicio pretendiera actuar en la Sagrada Familia con un despliegue tan nutrido. No tenía sentido. Pero los dos hermanos no estaban en su sano juicio—. Preparan algo, no me preguntes cómo lo sé, pero lo sé.

—De la seguridad del interior del templo se encarga la Policía Nacional, hablaré con ellos —cedió Singla, a regañadientes—. Lo más probable es que me acaben poniendo una camisa de fuerza cuando les vaya con el cuento.

—¿Cómo accederán los invitados?

—Por rigurosa invitación nominativa más DNI y acreditación personal. Se calculan unos 7.500 entre autoridades, feligreses representantes de parroquias, sacerdotes, cantores, empleados de las obras y servicios del templo, quienes podrán acudir con un acompañante, y los colectivos de religiosas, enfermos y minusválidos que serán situados en la zona cero. Todos sus datos personales ya han sido revisados por las Fuerzas de Seguridad del Estado en busca de antecedentes, así que no vayas por ahí, Malart. Ese camino ya ha sido cerrado.

—¿Y a qué hora empieza el espectáculo?

—La ceremonia, Malart, habla con respeto. La Sagrada Familia se abrirá a las siete de la mañana, y todos deberán estar sentados en sus respectivos sitios a las nueve.

—Una última pregunta, jefe; ¿cuándo saldrá el Papa del arzobispado?

—Está previsto que se suba al papamóvil a las nueve en punto para iniciar el recorrido de tres kilómetros y medio hasta el templo, donde nada más llegar se encontrará con los Reyes a las nueve y media; luego accederá al interior por la Puerta de la Gloria, en la calle Mallorca, para iniciar la ceremonia a las diez. No estarás insinuando que...

—Solo pregunto, para estar preparado. Imagino que el tráfico de los distritos cercanos ya estará cerrado.

—Cerrado y vigilado desde el sábado a las dos de la tarde hasta el lunes a las ocho de la mañana. Nadie que no tenga autorización podrá circular por las vías adyacentes a la basílica. Más de cuatro mil mossos de uniforme estarán repartidos a ambos lados de las calles, uno cada ocho metros, sin incluir a los de paisano, lo que hace un total de más de veinte mil agentes de todos los cuerpos policiales controlando el acto, ¿satisfecho?

—Agénciate un buen traje, inspector jefe. Y un pase para acceder al interior.

—¿Cómo?

—Necesitamos a alguien del Grupo dentro. ¿Quién mejor que tú?

—Bromeas.

—Nunca he hablado más en serio. Y oye, la noche va a ser larga. Deja las líneas abiertas. —Tomó aire y agregó—: Inspector jefe, confía en mí una vez más. Se me han encendido todas las luces rojas de alarma. Rojo sangre.

Al otro lado se escuchó un silencio repentino, seguido de un suspiro.

—Idearé una forma de cubrirnos las espaldas. A todos.

Colgaron. Milo apoyó la cabeza sobre el salpicadero.

—¿De verdad piensas que puede suceder algo? —preguntó Rebeca.

—¿Qué hora tienes? —replicó, sin moverse.

—Las dos y cuarto de la madrugada.

—Pronto lo sabremos —dijo.

—Héctor, inyéctale una dosis pequeña, lo justo para que no me cause problemas. Pero que tampoco se pierda el espectáculo. Quiero que sufra.

Su hermano llenó la jeringuilla y abrió la celda. Susana Cabot entreabrió los párpados.

—¿Ya..., ya es... la hora? —jadeó, deshidratada. Enfocó la mirada y vio el rostro agraciado, con el pelo rubio muy corto, el iris de un azul brillante—. Bonitos... ojos.

Héctor le sujetó el brazo mientras clavaba la aguja en su vena.

A su espalda, la jueza vislumbró la figura de una mujer. Semejaba una réplica en femenino del tipo que estaba inclinado sobre ella. Tenía el mismo color de ojos. La única diferencia era que su azul cielo irradiaba fuego negro.

—¿Vamos de... viaje? —logró preguntar.

—Tu último viaje —señaló la mujer, sin inflexión.

—Nadie vive... eternamente —gimió, esbozando una sonrisa desvaída.

Héctor dejó caer su brazo, que golpeó el suelo como un peso muerto.

—Hecho —dijo, la voz rasposa.

—Ha sido... un placer... conoceros... —balbució Susana, la

cabeza dando vueltas—. Es una... lástima que... acabéis en... la trena. Tan guapos..., tan delgados...

La mujer hizo un gesto imperativo a su hermano. Héctor se cargó la jueza al hombro.

—No tememos las leyes, ya estamos condenados —dijo, fría como el hielo—. Conozco el precio de la venganza, pero vale la pena pagarlo.

Boca abajo, desmazalada sobre aquella recia espalda, la jueza tuvo tiempo de escuchar unas últimas palabras.

—¿Puedo quedarme un trozo de su cuerpo? —preguntó Héctor, saliendo de la celda.

—Estas son mías —dijo la mujer, inmutable—. No se tocan. Las quiero enteras.

Héctor se detuvo ante ella. Bajó la cabeza.

—Pero... mi obra —suplicó.

—Tú ya tienes las tuyas.

El hombre avanzó hacia la puerta y, sin apenas esfuerzo, subió por el angosto pasadizo de escaleras que desembocaba en una cocina. Una vez allí, salió al aire libre. Bajo la noche estrellada, se dirigió hasta la furgoneta blanca que estaba aparcada a pocos metros con los portones traseros abiertos. Depositó el cuerpo ya inconsciente en su interior.

Su hermana aguardaba quieta, los brazos cruzados, supervisando la operación.

Héctor cerró los portones sin hacer ruido.

—Ahora, sube a vestirte —ordenó ella.

—¿Tan pronto? ¿No podríamos estar juntos un poco más? La noche es preciosa.

—He dicho que subas a vestirte. Y no te olvides de nada.

—Lo tengo todo preparado, aún tenemos tiempo...

—Esto es una despedida —interrumpió—. Tengo que marcharme.

Héctor asintió, cabizbajo.

—No entiendo el cambio de planes —dijo—. Me gustaría estar contigo cuando todo suceda. Para protegerte.

La mujer se alejó un par de pasos.

—Tú no puedes protegerme, me dejaste sola.

—Lo sé, no tengo perdón. —Alzó la cabeza hacia las estrellas —. Añoro los viejos tiempos, cuando éramos pequeños. Nuestros juegos, cuando te defendía de tus miedos y...

—Yo no.

La mujer inició el camino hacia la parte delantera de la furgoneta. Héctor corrió a abrirle la puerta.

—Nos vemos en el infierno, majestad —dijo, con una leve inclinación.

—No, allí ya hemos estado —replicó ella, tomando asiento tras el volante—. En el cielo, hermano, nos vemos en el cielo.

Arrancó el vehículo. Hizo marcha atrás. Ya iba a salir de la propiedad cuando frenó.

—Héctor. —Su hermano acudió solícito—. Que no quede nada en pie. Quiero que todo quede reducido a cenizas. Asegúrate antes de marcharte. —Dolido por sus dudas, él no se atrevió a sostener su mirada—. Y recuerda, eres de hierro. Nadie puede detenerte. Nadie.

A las tres y media de la madrugada distinguieron el coche de Rojo y Cervera aparcando en la esquina al principio de la calle, junto a las Ramblas. Los dos flancos estaban cubiertos. Luego, se produjeron en cascada las llamadas de los otros inspectores anunciando cada cual su posición. Una hora después, seguía sin suceder ningún movimiento sospechoso.

Con los nervios a flor de piel, Milo llamó a Crespo.

—Dime que tienes algo.

—Lo siento, inspector, pero aún no hay resultados. Ya tengo la relación de los dueños y operarios de todas las forjas de la ciudad, pero hasta que no aparezca otra lista para cruzarla es en balde. El de Aucat sigue con su búsqueda, al igual que la secretaria de la jueza; un consejo, mejor que no la llames, está que se sube por las paredes.

Colgó.

—Se nos acaba el tiempo, ¿alguna idea?

Rebeca movió lentamente la cabeza de lado a lado.

Continuaron aguardando, sin despegar los ojos del reloj. Las cinco menos cuarto.

—Esto es desesperante, subinspectora. Necesitamos un rapto de lucidez. Di algo.

—Estoy en blanco —lamentó.

Las cinco y media. Nada.

—Es ahora, o este no es el sitio —dijo Milo.

Rebeca permaneció quieta, observando el edificio.

Los relojes marcaron las seis en punto de la mañana. Ninguna furgoneta blanca apareció por la calle. Nadie se acercó al Palau Güell.

—Nos hemos vuelto a equivocar.

—O han cambiado de planes —apuntó Rebeca.

Minutos después, el cielo de la ciudad empezó a clarear.

Los inspectores del Grupo llamaron para pedir instrucciones.

—Contesta tú, diles que abandonamos la vigilancia —masculló Milo.

Bajó del coche. Anduvo unos metros y pateó una lata vacía de refresco que salió despedida, rebotando de forma escandalosa contra la acera. Se apoyó en una pared.

Rebeca pasó la orden a los inspectores y luego se apeó para aproximarse.

—Ahora no puedes venirte abajo.

Milo se mantuvo en silencio, abstraído. Miraba las baldosas del pavimento.

—Sí, han cambiado de planes. Han intuido que lo sabíamos. No sé cómo han llegado a esa conclusión, pero lo han hecho.

—¿Y entonces?

—Entonces Susana está perdida si no se nos ocurre algo nuevo. ¿Qué coño planean hacer con ella? ¿Dónde la tienen encerrada? —Apretó los dientes—. ¡Joder, Milo, piensa! ¿Qué se nos está pasando por alto? —Se encaró con Rebeca—. Tú eres el Verdugo, ponte en su piel. ¿Qué sientes? ¡Dime lo primero que te dicte tu intuición! ¡Lo primero!

—E... estoy furiosa. Necesito hacer ruido, daño. Mucho ruido

y mucho daño.

—¿Qué más?

—Quiero que la jueza sufra al máximo, por lo que me hizo.

—¿Y qué más?

—Que la ciudad padezca mi ira, sin compasión por nada ni por nadie...

—¿Por qué?

—Porque no hay perdón para Barcelona —dijo, el pulso acelerado.

Milo se acercó a un palmo de su cara.

—¿Qué te hice yo, la ciudad? ¡Responde!

—Me desposeyó, destruyó mi familia. Me envió al infierno. Solo éramos unos niños, unos niños... —gimió. De golpe, la oscuridad tiñó sus ojos—. ¡Tienes que pagar por ello!

—¡Explícate! ¡Eso no basta! —Blandió un puño en su dirección—. ¿Por qué?

—Es la única alternativa que me queda —dijo ella, parpadeando—. Me lo quitaste todo. Solo puedo revolverme contra ti, atacarte en lo que consideras más sagrado. Es de justicia: si tú me enloqueces hasta transformarme en una bestia, yo te enloqueceré hasta volverte mi igual. ¡Es la justicia de los aplastados!

—¡Te lo impediré! —voceó Milo—. ¡Pondré todos los medios para evitarlo!

Rebeca bajó la voz. Como en trance, repuso:

—La violencia contra mí no sirve de nada, ya estoy inmunizada.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque ahora soy el Verdugo —dijo—. He soportado más de lo que un ser humano es capaz de soportar. ¿Cuántas veces crees que se puede joder a unos niños?

—¿De qué hablas?

—¡De la gota que ha colmado el vaso! —rugió, los ojos entrecerrados—. ¿Por qué a nosotros otra vez, eh? ¡Dime, maldito cabrón! ¿Por qué has vuelto a jodernos de nuevo?

—No..., yo no...

—Tú eres el monstruo. Yo no hago más que defenderme. Primero fue por los Juegos, y ahora..., ahora..., ¿por qué la pesadilla vuelve a empezar? ¿Qué te hemos hecho nosotros?

—Dímelo tú —murmuró Milo, conmocionado.

—Has vuelto a convertirnos en víctimas de nuevo.

Rebeca se desinfló de súbito, y Milo tuvo que cogerla para que no cayera al suelo.

—Ha habido una segunda vez —dijo, con ella en brazos—. ¡Este es el detonante! Has aguardado veinte años... hasta que la situación se ha repetido. Lo impensable ha vuelto a suceder. Y entonces le has dado la orden a tu hermano de comenzar la venganza.

—Hemos vuelto a ser desposeídos... ¿Una segunda expropiación?

—¡Vamos! —ordenó, saliendo a la carrera hacia el coche—. ¡Tú conduces!

—¿Adónde?

Caminó tras él a duras penas. Tomó asiento y arrancó. Derrapó hacia las Ramblas.

—Al ático —señaló hacia el mar—, quiero ver unos papeles. ¿Crees que puedes responder una pregunta más?

Ella asintió con decisión.

—Eres de nuevo el Verdugo. Piensa, ¿cuál es tu presa más valiosa? Y no es la jueza. ¿Cuál es el desafío imposible?

Rebeca rodeó el monumento a Colón con gran chirriar de neumáticos y enfiló el paseo apretando a fondo el acelerador. Concentrada, repasó lo sucedido. La presa más valiosa. Su rostro mostró la fuerza de una revelación.

Encorvada sobre el volante, dijo:

—Todavía le recuerdo pegar saltitos de euforia cuando la ciudad fue designada sede de los Juegos de 1992... LOS JUGOS DE BARCELONA. El principio de nuestro final.

—¿Te estás refiriendo a...?

—Sí, al alcalde de la ciudad durante esa época. Él fue el

impulsor de todo.

Milo extrajo el móvil. Marcaba las 6.37 horas.

—¡Singla! —gritó al aparato—. ¿Tienes una lista de las autoridades que van a asistir a la ceremonia de la Sagrada Familia?

—La puedo obtener en un par de minutos, ¿por qué?

—¡Búscala, te espero! —dijo a pleno pulmón mientras se agarraba al techo para no estrellarse contra la puerta—. ¡Subinspectora, tienes permiso para saltarte los semáforos en rojo, pero no para volcar el coche!

Haciendo caso omiso a sus quejas, Rebeca volvió a trazar con velocidad la curva para coger el paseo Borbón. Luego, tomó la de Almirante Cervera de forma aún más vertiginosa. Torció por la calle Atlántida y frenó en seco en la plaza delante del inmueble.

Se bajaron del coche, dejaron las puertas abiertas. Ella extrajo las llaves y corrió camino del portal. Milo lo abrió, sin apartar el móvil de la oreja, y dio al interruptor de forma mecánica. De improviso, la luz iluminó todo el hueco de la escalera, desde la planta baja hasta el ático. Sin salir de su asombro, bajó el móvil. Entonces oyó los gritos del inspector jefe.

—¡Dime! —voceó a su vez.

—¡Ya la tengo! —repitió—. ¿Y ahora qué?

Le dio un nombre para que lo buscara en la lista.

—¿El exalcalde? ¡Joder, Malart! ¿Por dónde me sales ahora?

—¿Está o no está entre las autoridades invitadas?

—Un momento. —Lo oyó maldecir por lo bajo. Entretanto, llegó con Rebeca al rellano del ático. Sin aliento, le entregó las llaves para que abriera—. Sí, aquí está. Acudirá en compañía de su esposa.

—¡Pégate a él como una lapa! —soltó. Tenía sentido. Era una locura, pero tenía sentido. *¿Y Susana?* Una oleada de náuseas lo inundó—. ¡Ve a la Sagrada Familia y no te separes de él!

—Pero...

—¡Singla, es el objetivo del asesino! ¡Ahora no hay tiempo para explicaciones!

—No tiene pies ni cabeza. El exalcalde es un tipo bonachón, padece una...

Milo lo interrumpió sin contemplaciones.

—El asesino está loco, programado para matar, y el Verdugo le ha dado una orden que va a cumplir a rajatabla. Escucha, es un kamikaze, le da igual morir en el intento. Y ha escogido el ábside de la basílica como escenario. ¿Se te ocurre un sitio mejor? Ante los ojos del mundo, en presencia del Papa. ¿Lo entiendes?

—¡Voy para allá!

—¡Singla! —detuvo—. Lo quiero vivo, ¿me oyes? Nos tiene que decir dónde tienen a Susana Cabot, no lo...

—¡No te prometo nada!

El inspector jefe cortó la comunicación. Milo se quedó ofuscado un instante.

—No tienen plan de escape —susurró—, saben que no van a ser detenidos. Son dos bombas de relojería y cada uno actúa por su lado. Y ambos ya están disparados. —Levantó la cabeza—. No hay salida, subinspectora.

—En el ajedrez, la última pieza que queda en pie es el rey, el amo —recordó—. Todas las demás están a su servicio. Y ha enviado a su hermano como último movimiento; su pieza más valiosa, pero también sacrificable. El ejecutor implacable.

—Penúltimo movimiento —corrigió—. El último le corresponde al Verdugo. Es ella quien tiene en su poder a Susana. Y no necesitan plan de huida. Son dos suicidas.

—Siempre hay una salida. —Señaló el ático—. ¿Qué demonios hacemos aquí?

Milo regresó al presente. Indicó las carpetas diseminadas por el suelo.

—Bachs y Sena —dijo—. Hablaron de tres PERI en marcha en la ciudad en estos momentos. Y al no terminar el listado, no presté atención a esos papeles. Tienen que estar por aquí. ¡Rápido, tenemos que encontrarlos!

Los dos se pusieron a gatas sobre el montón de dosieres multicolores.

—¿Son estos? —preguntó Rebeca, agitando unos papeles.

Milo se los arrancó de un manotazo. Empezó a pasar hoja tras hoja.

—Aquí está. Hay tres PERI, uno en Les Corts, otro en la Sagrera y uno más en... los Tres Turons. ¡La montaña del Carmelo! Joder, el paseo Turull. Viven en el paseo donde estuvimos. Toda la zona va a ser expropiada.

Miró la hora en el móvil antes de llamar al sargento. Las 6.58. Le pidió con urgencia el censo de los vecinos del paseo Turull. Colgó. Entonces vio que Rebeca se dirigía al baño.

—¿Adónde vas?

—Oye, que llevamos toda la noche encerrados en un coche y una es humana —dijo, entrando en el baño—. Crespo empleará unos minutos en obtener el censo, tiempo más que de sobra. ¿No te parece un barrio algo caro para que vivan dos asesinos?

—Puede ser la casa familiar, donde vivían antaño con sus padres —aventuró.

—¿Y entonces qué les expropiaron en la C-31? ¿El negocio?

Milo fue hasta la terraza. Sin salir, recordó una imagen de pesadilla. Dos niños delante de una hoguera. Cogidos de la mano. Inocentes. Vulnerables. Dos víctimas asustadas.

Oyó la descarga de la cisterna. Ella apareció subiéndose la cremallera de los vaqueros.

—Mi turno —dijo Milo, ocupando el baño—. ¿Por qué mientras tanto no coges dos camisetas limpias del armario? Las que llevamos apestan.

Rebeca entró en el dormitorio y repasó las prendas. No había ninguna con estampados.

—¿No deberías ponerte una americana o un traje? La Sagrada Familia, ya sabes, para no llamar tanto la atención...

—Solo me verás con traje el día de mi entierro.

Estiró de la cisterna. Acto seguido, abrió el grifo para lavarse las manos. Se agachó para refrescarse la cara. Una chispa le encendió la memoria. El paseo Turull. Una mujer de aspecto muy especial. La carnalidad. Esforzada en no acentuar su belleza. Tan frágil como Marc. Con bastón. Cerró el grifo.

—Ten, una blanca. Yo escojo una azul oscuro —dijo Rebeca.

—La mujer que fue atacada por los perros.

Algo en su tono la obligó a girarse.

—¿Qué pasa con ella?

—La chica de La Ferradura saltó al vacío y se destrozó una pierna —comentó—. Nos dijo que era correctora de libros. ¿La tendencia artística? Su meticulosidad, su puntillismo, su afán perfeccionista por la exactitud...

—No puede ser —rebatió Rebeca—. El indigente dijo que llevaba el pelo muy corto.

—Puede haber hecho como Eva Messeguer, llevar peluca —señaló—. No se le movió ni un cabello durante el ataque del rottweiler. Era demasiado rígido.

Ella se detuvo con la camiseta por el cuello.

—Eso explicaría el cambio de planes —dijo—. Después del ataque, oyó que te llamaba «inspector» y supuso que nos estábamos aproximando. Por eso alteró los planes, sospechó que andábamos tras su pista. ¿Dónde dijo que vivía?

—Al principio de la calle. ¡Pasamos junto al lugar donde tenía encerrada a Susana!

—Es pronto para llegar a esa conclusión.

—¿Pronto? Confío en que no sea demasiado tarde.

Acabaron de vestirse bajando de dos en dos las escaleras. Subieron al coche y Rebeca arrancó rumbo al paseo Turull. Sobre las baldosas dejó marcadas las rodaduras negras de los neumáticos. El reloj marcaba las 7.07.

Notó los cachetes en las mejillas y pugnó por desprenderse de la pesadez que aplastaba sus párpados. La última bofetada logró que abriera los ojos.

—Te quiero despierta —dijo la mujer de pelo corto—, bien consciente.

Amodorrada, extremadamente débil, Susana vio su rostro a un palmo. Era una máscara inexpresiva, sin vida. Los ojos vacíos, muertos. Se acercó a escasos centímetros de su cara. Abrió la boca y soltó un grito pavoroso, agudo, interminable.

—Nadie va a oírte aquí —dijo, a continuación.

Ensordecida, Susana intentó preguntarle por qué le hacía aquello, pero sus labios agrietados no se despegaron.

—Vas a morir en este sitio, señoría. ¿Estás cómoda?

Una leve palpitación se acentuó en su pecho. Aterrada, la miró con ojos desorbitados.

—Tu Milo no te va a rescatar —dijo—. No ha logrado leerme la mente.

La imagen de Milo acudió a su cerebro. Se agarró a ella como un náufrago a una tabla. Milo. Por Dios, Milo. Aferrada a su nombre, exhibió un rictus que quería ser una sonrisa.

La mujer, sorprendida, se enderezó.

—¿Aún tienes esperanzas? —preguntó—. Eres una ingenua. No sirven de nada.

Acto seguido, movió algo muy pesado y la negrura se cernió sobre Susana Cabot. Una oscuridad completa, abrumadora, hermética. En silencio, se negó a dejarse convencer. No iba a rendirse. Milo aparecería. Seguro.

Luchando contra el terror que la atenazaba, se dispuso a esperar.

Rebeca tomó por la cortada Vía Layetana. Era parte del mismo trayecto que iba a realizar la comitiva papal. Mostró su placa a los agentes y estos apartaron las vallas para dejarlos pasar. Las banderolas blancas y amarillas que jalonaban la calle se agitaron a su paso. Debido a lo temprano de la hora, la gente aún no había ocupado las aceras. Según cálculos de la Guardia Urbana, unas trescientas mil personas iban a presenciar el recorrido del papamóvil. Se le hizo extraño circular a toda velocidad por una calle vacía, bajo la asombrada mirada de cientos de agentes que se encontraban repartidos a cada pocos metros.

A su lado, Milo llamaba por enésima vez al sargento Crespo.

—Joder, está comunicando.

—¡Inténtalo de nuevo!

Pulsó el botón de llamada. El reloj del móvil marcaba las 7.18

horas.

—Lo siento, inspector —dijo Toni, atribulado—, estaba intentando hablar con Manel Santaló, el propietario de la forja de la calle Badajoz para confirmar...

—¿Tienes el censo del paseo Turull? —bramó Milo—. ¡Los asesinos viven en una casa al principio del paseo!

—Lo sé, he cruzado el censo con la relación que elaboré de dueños y operarios de forjas y ha surgido un nombre: Héctor Guitart. Trabaja como forjador y vive con su hermana Helena. —La voz del sargento reflejaba un inusual nerviosismo—. He pedido un informe NIP de cada uno y ya tengo sus datos personales, dirección, teléfonos, todo. —Le dio las señas—. Héctor tiene a su nombre una furgoneta blanca, una vieja Nissan del 91. Ninguno de los dos tiene antecedentes, están limpios.

—Los tenemos —dijo Milo, asintiendo con un cabezazo.

—Intento localizar al dueño de la forja para obtener más información sobre él, nos puede ser útil. Te llamo cuando la consiga.

—Nosotros nos dirigimos al paseo Turull. Seguimos en contacto.

Iba a colgar cuando oyó que Crespo gritaba su nombre.

—¡Dime!

—Inspector, según la mitología griega, Héctor es el Guerrero, protegido por los dioses. Ten mucho cuidado con él.

—¿Y Helena?

—La Belleza, hija de Némesis, la Venganza.

Colgó. Con el corazón en un puño, se volvió lentamente hacia Rebeca.

—Héctor y Helena Guitart —murmuró.

—¡Ya son nuestros!

—No cantes victoria —dijo—. Tengo un mal presentimiento.

Llegaron a la plaza Urquinaona y Rebeca viró por ronda de San Pedro para subir por el paseo de Gracia hacia Lesseps. El motor del Volkswagen rugía cuando pasaron por delante de La Pedrera. Al unísono, ambos observaron el edificio donde había comenzado el caso.

El sonido del móvil interrumpió el hilo de sus pensamientos. Lo abrió en el acto.

—Soy Alba Conte, acabo de encontrar el sumario —dijo la secretaria, exhausta—. Los niños se llamaban Guitart, Héctor y Helena Guitart. Se quedaron huérfanos de madre a los ocho y seis años, respectivamente, y luego, en 1989, murió su padre, Artur Guitart, a causa de un derrame cerebral. Fue entonces cuando el Estado se hizo cargo de su tutela y la jueza Cabot los envió a La Ferradura, la casa de acogida que...

Una pregunta estalló en la cabeza de Milo.

—¿Conoce la fecha exacta de la muerte del padre?

—Sí, cómo no. —La oyó mover unos papeles—. El 10 de junio de 1989.

—Gracias, señora Conte. Su información es crucial.

—Inspector, encuentre a la jueza —dijo—. Aquí estamos muchas personas pendientes de usted. Espero su llamada de buenas noticias.

Tragó saliva mientras interrumpía la comunicación.

—El 10 de junio —repitió—. Ya sabemos cuál era el aniversario que el Asesino del Listado celebraba cada año cobrándose una víctima.

Rebeca aceleró por las calles del barrio de Gracia hasta desembocar en la plaza Lesseps. En el cielo se recortaba una densa columna de humo negro.

—Mierda —rezongó Milo, señalándola—. Me lo temía.

Recorrieron la última parte del trayecto sin pronunciar palabra.

Al llegar al paseo Turull, vieron que estaba cortado por varios camiones de bomberos que les impedían el paso.

Se apearon a toda prisa y mostraron sus placas. Corrieron hasta el lugar del incendio.

La reconocieron enseguida, era la vieja casona gris, de líneas clásicas y aspecto abandonado, que vieron el otro día. En línea recta, ascendiendo por la montaña, estaba la casa de Georgina Perricot. Entraron en la propiedad. Lo único que permanecía indemne era el alto eucalipto de gruesas ramas. Pequeñas

llamaradas surgían de las ventanas.

—Y aquí está la hoguera —susurró.

—¿Qué dices?

—Ya solo faltan los niños. Unos niños que ya no son vulnerables ni están asustados.

Un bombero salió a su encuentro. Tenía la cara tiznada de negro y en su espalda colgaba una bombona de oxígeno boca abajo.

—No pueden estar aquí, el incendio todavía no ha sido apagado por completo.

Volvieron a mostrar sus placas.

—¿Han hallado algún cuerpo en el interior? —preguntó Milo.

—No, por suerte la casa estaba vacía cuando estallaron las llamas.

—¿Provocado?

—Sin duda. Gasolina y temporizadores, la fórmula usual. La casa estaba repleta de bidones volcados, del sótano a las buhardillas. —Señaló la casona—. Ninguna estancia se ha librado del fuego. Es un milagro que no se haya venido abajo. Si no llega a ser por el pronto aviso de los vecinos, ahora estaríamos ante un montón de ruinas y el incendio podría haberse extendido por toda la montaña debido a la gran vegetación de esta zona.

—Ha hablado de un sótano —dijo Rebeca—. ¿Ha visto lo que había allí?

El hombre se sacó el casco, lo colocó bajo el brazo y se pasó un pañuelo por la frente.

—De lo más extraño. Una celda en una esquina. Abierta y vacía. Nunca había contemplado nada igual. La reja es escalofriante, una especie de dragón con la boca abierta.

El móvil de Milo empezó a sonar. Marcaba las 7.52.

—¿Han calculado la hora en que se inició el incendio? —preguntó Milo. Lo abrió—. Un momento, Toni.

—Sí, sobre las seis, poco antes de amanecer.

—Su hora acostumbrada —dijo Rebeca.

Milo se dio la vuelta.

—Dime, Toni. ¿Algo nuevo?

—Tengo a Manel Santaló en la otra línea, te lo paso.

—¿Manel Santaló? ¿Quién es?

—El propietario de la forja de la calle Badajoz. Es un anciano de ochenta y tantos, pero todavía está al pie del cañón. Te lo paso y que te lo cuente él mismo.

Aguardó unos instantes sin comprender nada. Los acontecimientos se estaban precipitando y seguía sin saber el paradero de Susana.

—¿Oiga? —dijo una voz débil, propia de alguien muy mayor —. ¿Con quién hablo?

—Inspector Malart al aparato. ¿Podría decirme algo sobre Héctor Guitart?

—Como le he dicho a su compañero, es uno de mis mejores operarios, un artesano de los pies a la cabeza. Lo que es natural, siendo nieto de uno de los mejores forjadores que ha tenido la ciudad.

—No le entiendo.

—Joan Guitart, el abuelo de Héctor, trabajó con el mismísimo Gaudí, ¿entiende lo que le digo? Fue el forjador de los principales diseños del genio, la mayor parte de sus obras contienen trabajos suyos. Era un verdadero maestro. Pero la saga se interrumpió con el padre, Artur, un hombre que heredó el oficio pero no el talento. ¿Usted cree que, teniendo como progenitor al gran artesano del hierro..., va y se dedica a la chatarrería y los desguaces? Y lo digo con todo el respeto, no me malinterprete. Pero es que me sigue resultando un auténtico despropósito. Si le digo la verdad, no debía de andar muy bien de la cabeza el pobre. Fue un disgusto para el insigne Joan que por poco no lo manda a la tumba. Aunque a mí me fue de perlas, ya que al quedarse sin sucesor para la forja, la pude adquirir yo y ponerla a mi nombre.

Milo parpadeó confundido. ¿A qué conducía todo aquello?

—Por eso, cuando Héctor se presentó en el taller de fundición, lo acogí con los brazos abiertos —prosiguió el anciano —. Es un chico muy reservado, circunspecto, de pocas palabras, pero es como su abuelo, un maestro del *coup de fouet*, una de las

artes más difíciles y características. Tiene su mismo talento, lo que nos ha valido para ser los forjadores de la Sagrada Familia. Las vueltas que da la vida, señor Malart. Si su abuelo levantara la cabeza, estaría muy orgulloso de todos nosotros. Hemos retomado su relevo en la obra magna de la historia de la arquitectura. Y por este motivo, hoy es un día de profunda alegría para nuestra forja. Todos estamos muy emocionados.

—¿A qué se refiere? —preguntó Milo, con una punzada de angustia.

—La ceremonia de la Sagrada Familia, estamos invitados por ser los autores de los trabajos en hierro del templo. Todo un honor, y un premio a nuestra trayectoria, como puede usted com...

—¿Estamos? —interrumpió—. ¿A quiénes se refiere?

—A Héctor y a un servidor, por supuesto. Yo todavía estoy en la cola de acceso, pero acabo de verlo entrar. Va muy elegante con su traje nuevo, tendría usted que...

Milo colgó sin dejarle terminar la frase. Las 7.58 horas. Marcó un nombre en su móvil.

—Singla —dijo, procurando mantener la calma—. El asesino está dentro.

29

El interior del templo lucía espléndido sin los andamios. Era, en verdad, como un gigantesco bosque de piedra. Fastuoso, único, sublime. De unas dimensiones descomunales. La singular nave central, con sus diáfanos lucernarios en cada una de sus cincuenta y dos altísimas columnas, brillaba con insólito fulgor. Geometría y naturaleza en una proeza arquitectónica sin parangón. Arcos y curvas, piedra en movimiento, juego luminoso de una audacia técnica nunca vista, círculos formados por los brazos que brotaban de los pilares hasta conformar unas bóvedas laberínticas. La estructura arborescente bajo un cielo estrellado era tan espectacular que se sintió sobrecogido. Porque él, Héctor Guitart, era parte de toda aquella magnificencia. Había colaborado con sus propias manos, unas manos que poseían una misteriosa virtud magnética. Por unos instantes, abrumado, se quedó sin aliento.

Hasta que bajó la vista y vio a su objetivo.

Se encontraba a veinte metros, dentro de la zona reservada a las autoridades, pero unas filas más atrás, cerca de la cruceta. Su esposa lo agarraba del brazo mientras ambos saludaban a un grupo de minusválidos y varios invitados. No cesaba de sonreír. El hombre que había encabezado la candidatura de Barcelona como sede olímpica de los Juegos de 1992, que había firmado la recalificación de los terrenos donde se levantaba Hierros Guitart, S.L., que había desencadenado toda la tragedia que había arruinado su vida, no cesaba de sonreír. Él borraría aquella sonrisa de su cara para siempre. Nadie podría detenerlo. Nadie. Su fuego interno se avivó hasta límites insospechados. Pura lava.

Necesitaba calmarlo.

Y sabía cómo hacerlo. Pero debía esperar al momento que su hermana le había ordenado. La comunión. En el pasillo central.

Frente al altar. Delante de Su Santidad. Entonces se situaría en la fila, detrás de su víctima, y podría sosegar sus ansias de destrucción. El cuerpo ardería como una tea, y sus gritos serían para él como rociar el fuego con aspersores de agua. Una sensación muy agradable. Ante su mayestática Helena, ante los ojos del mundo, cumpliría así con su venganza. Y la ceremonia de consagración del templo contaría con un sacrificio humano. Con dos. El círculo estaría cerrado. De forma inolvidable.

Un detalle le llamó la atención.

La gente iba y venía, acompañada por los voluntarios que ejercían de acomodadores. El tráfago era constante. Sin embargo, había un hombre que no se despegaba del exalcalde. Era recio, de complexión fuerte a pesar de su baja estatura. Vestía traje oscuro, camisa azul y corbata negra. En su rostro destacaba un bigote. Y sus ojos no paraban de mirar a uno y otro lado, con nerviosismo. Su lenguaje corporal le indicó que estaba en guardia. Era otro cazador experimentado, como él.

De pronto, lo vio hablar por el móvil, tensar las mandíbulas, barrer con la mirada en todas direcciones, y acto seguido llevarse la mano libre al costado, bajo la chaqueta, mientras enganchaba la espalda al exalcalde.

Se quedó quieto. Todos los sentidos alerta.

El hombre del bigote sustituyó el móvil por un *walkie-talkie*, soltó unas frases con decisión, y disparó el cuello con movimientos secos, frenéticos. Le recordó a un perro husmeando su presa.

Sus ojos se encontraron.

Héctor ató cabos con rapidez. Alguien le había advertido de su presencia, dado su descripción, y el hombre del bigote acababa de pedir refuerzos. De soslayo, comprobó que había acertado. Varios hombres trajeados, con peculiares cables colgando tras las orejas, se aproximaban hacia él con disimulo desde la fachada de la Pasión, el presbiterio y la fachada del Nacimiento. Bien, lo habían descubierto. Cambio de planes. El Papa se perdería el espectáculo.

Era ahora o nunca.

Arrancó hacia su objetivo con celeridad, acortando la

distancia en pocos pasos. El hombre del bigote extrajo un arma. Lo apuntó directamente entre los ojos. Vio su HK, el cañón oscuro, su mirada. La decisión. No llegaría hasta ellos. Lo comprendió en una décima de segundo. Sobre su hombro izquierdo, distinguió la cabeza del exalcalde. Ya no sonreía. Sus ojillos exudaban temor. Con eso se conformó. Se desvió hacia el lateral cruzando por uno de los bancos.

Esquivando niños cantores y monjas, llegó hasta el pasillo. La gente comenzó a apartarse. El cerco se estrechaba y aceleró el paso hacia la cripta. Debía darse prisa. Sin dejar de avanzar, extrajo un inocente botellín de plástico, lleno de líquido incoloro, y se lo vertió por la cabeza. Luego, sin detenerse, hizo otro tanto con el que tenía atado bajo una de las perneras del pantalón. Por último, notando el aliento de sus perseguidores, repitió la operación con un tercero. Empapado de alcohol, los ojos ardiendo, alcanzó la puerta de la cripta.

—¡Alto! —exclamó uno de los trajeados.

Héctor se llevó una mano al bolsillo y empuñó un Zippo plateado. Inmóvil, lo enarboló con un dedo sobre la tapa. El hombre bajó su arma.

—Si te acercas, me prendo fuego —dijo Héctor sin entonación, la voz rasposa.

Los demás trajeados se detuvieron de golpe. Permanecieron quietos, en semicírculo.

En aquel instante, Héctor oyó un grito desgarrador. Volvió la mirada muy despacio. Un rostro familiar terminaba de abrirse paso por la fachada del Nacimiento, forcejeando entre la gente y demás miembros de seguridad.

—¡No disparen! —repitió Milo, las manos en alto, la placa en una de ellas—. ¡Por lo que más quieran, no disparen! ¡Lo necesito vivo!

Aprovechó el momento de desconcierto y bajó las escaleras de la cripta.

Los trajeados fueron tras él, seguidos por Milo.

Héctor caminó lentamente hasta la tumba de Gaudí, una austera losa de mármol blanco. Allí estaban sus espartanas barandillas de hierro, las humildes lámparas que había forjado con sus manos. Una sencilla corona de flores blancas reposaba a sus pies. Dos velas ardían a cada lado. El lugar poseía la sobriedad que había caracterizado al genio durante sus últimos años de vida. Se dio la vuelta y se enfrentó con la media docena de hombres.

Repasó sus rostros. Al llegar a Milo, desvió la vista y contempló el ábside.

Con solemnidad, embebido de su fortaleza indestructible, alzó el Zippo.

—Soy el orgullo de mi padre —dijo, con su voz como papel de lija.

—¡No se mueva! —exclamó uno de los trajeados, levantando el arma.

Milo avanzó hacia Héctor. Le enseñó sus manos vacías.

—¿Dónde tenéis a Susana Cabot? Dímelo, por Dios.

—El árbol se muestra indiferente a la tempestad y a la calma, al calor y al frío —dijo el hombre de pelo rubio y ojos de un azul acerado. Abrió el mechero. Dio a la ruedecilla. La llama aleteó furiosa—. Y yo soy fuerte como un árbol.

Lo aproximó a sus ropas. El fuego lo prendió enseguida.

—¡No! —gritó Milo, abalanzándose hacia él. Tres hombres lo sujetaron con fuerza. Debatiéndose contra ellos, volvió a gritar fuera de sí—: ¡Dímelo! ¡Dime el lugar!

—Nadie puede detenerme —dijo Héctor, el rostro en llamas —. Nadie.

Dejó caer el mechero. Separó las manos. Alzó la cabeza hacia el ábside.

—Soy un árbol de hierro —pronunció, envuelto en fuego.

A continuación, se inclinó poco a poco hacia la losa de mármol blanco.

Se recostó con delicadeza, a lo largo, y apoyó sus manos flamígeras sobre la inscripción del nombre de Gaudí. Lo acarició con dulzura.

—Padre —susurró en un quejido ronco, abrazado a la piedra.

El fuego lo consumió con avidez antes de que llegaran nuevos hombres ahora armados con extintores. El olor a carne quemada se extendió por la cripta.

Milo dio media vuelta y subió las escaleras con paso vacilante.

—¡Usted, no se vaya! —ordenó uno de los trajeados—. ¡Tenemos que hablar!

No le hizo caso y llegó hasta la nave central. Cabizbajo, notó cómo alguien lo detenía.

—¿Quién cojones se cree que es, saltándose así el dispositivo de seguridad?

Se desasió con un golpe de hombro. A lo lejos, Singla vio la escena y se aproximó a toda prisa. Se interpuso entre Milo y los miembros de otros grupos policiales.

—Soy el inspector jefe Singla del GEHME —dijo, con autoridad—. Yo me encargo de este hombre. Hablen con sus mandos, están al corriente.

—¿Está a salvo el exalcalde? —preguntó Milo.

Singla asintió con un gesto.

—Lo que tú decías, iba a por él —agregó, enjugándose la frente con la mano.

—No todos tienen la misma suerte —repuso.

—Esa fiera quería quemarlo vivo delante de todo el mundo.

—¿Esa fiera? —Se revolvió con rabia—. ¿Cuántas veces hay que joder a esos niños?

—¿Estás loco? ¡No era un niño, era un psicópata! ¡Un asesino adulto!

Uno de los trajeados llegó hasta ellos.

—¿Inspector jefe Singla? Hay unas personas que quieren felicitarlo por su valiente intervención, ¿sería tan amable de acompañarme? Tenemos el tiempo justo antes de que llegue el Sumo Pontífice.

Cruzaron una mirada.

—¿Estás bien? —quiso saber Singla.

—Esto no ha acabado —dijo Milo.

Abandonó el templo cuando su móvil empezó a sonar.

Marcaba las 8.46 horas.

—Qué quieres, Toni —dijo, caminando hacia el coche, donde le esperaba Rebeca.

—El de Aucat acaba de llamarme. Eduard Pinto se encargó de la expropiación de unos terrenos en la C-31, al inicio de la antigua autovía de Castelldefels, ocupados por un negocio de hierros y desguace a nombre de Artur Guitart.

—Te lo dije —masculló, en dirección a Rebeca—. La puta imagen.

Subió al Volkswagen.

—Según el expediente, ocurrió el 10 de junio de 1989.

—¿La misma fecha en que murió el padre?

—Por lo visto, se resistió a abandonar la propiedad. Se negó a negociar con la empresa y los últimos meses vivió encerrado allí dentro con sus hijos. Formó con los coches una especie de parapeto fortificado, dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias. Inspector, tuvieron que utilizar excavadoras y fuerzas policiales para sacarlo de allí. Y con el forcejeo final, cayó fulminado por un derrame. —Hizo una pausa—. Todo delante de sus hijos.

—Vivieron la tragedia en primera fila —murmuró—. ¿Algo más?

—Nada, es todo de momento. ¿Sabes algo del paradero de la jueza?

—Luego, Toni, hablamos luego.

Colgó al tiempo que señalaba hacia delante.

—Salgamos de aquí. Todo esto es solo un panteón, el más grande de la ciudad.

—¿Adónde vamos?

—Ni idea, pero quiero perder de vista este mausoleo. Arranca.

Rebeca puso el vehículo en marcha y circuló despacio por la calle Provenza hasta cruzar el cordón policial.

Dejaron atrás la Sagrada Familia, imponente con sus ocho torres.

—Piensa en Helena, dónde puede estar —dijo Milo—. ¿Qué

sabemos de ella?

Circularon en silencio un par de travesías desiertas.

—Es despiadada, metódica, fría como el hielo.

—Y está poniendo en práctica lo de la tierra quemada. No deja nada en pie a sus espaldas. Ha destruido su casa, a su hermano, ¿qué le queda? ¿Dónde puede esconderse?

Rebeca frenó en la esquina con Bruc. Se volvió hacia Milo.

—Es una fanática de la exactitud, hasta la médula. ¿Recuerdas la filmación de Félix Torrens? Acababa en el mismo sitio que empezaba. La estructura era circular. —Calló unos instantes. Titubeó—. A lo mejor es una tontería, pero el primer escenario que utilizó fue La Pedrera. Allí comenzó el caso. Hace un rato hemos pasado por delante.

Milo la contempló con fijeza. Cinco segundos, diez. Se le iluminó el rostro.

—Y allí, en la azotea, es donde están las famosas chimeneas-soldado.

—Las mismas que tanto la perturbaron —concluyó Rebeca—. ¿Tú crees que...?

Se encogió de hombros.

—No perdemos nada visitando esa azotea. Está a un par de calles, a unos minutos.

Rebeca se encaró ante el volante y arrancó con suavidad.

—¿Y Susana? No creo que la lleve consigo.

Milo no respondió. Cerró los ojos y se dedicó a contar los segundos.

Aparcaron en el paso de peatones y se dirigieron a la entrada de donde partía una cola muy reducida de turistas, media docena a lo sumo.

El guarda de seguridad salió a su encuentro. Le mostraron las placas.

—¿Cómo es que hay tan pocos visitantes hoy? —preguntó Milo, extrañado.

—¿No se ha enterado, amigo? El Papa está en la ciudad. Esto

no ocurre todos los días.

—¿Ha subido mucha gente a la azotea? —terció Rebeca.

—Muy poca, unas diez personas.

—¿Ha visto a una mujer de treinta y tantos, guapa, el pelo rubio muy corto o media melena, de ojos azules, y que camina con un bastón?

El guarda sacudió la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

—¿A ese encanto? Ha sido la primera en subir. Cuando hemos abierto el portal ya estaba esperando. Si no fuera porque estoy de servicio yo mismo la...

Milo se irguió de repente, igual que si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—¿Tiene algún compañero allí arriba?

—Sí, claro, dos.

—Que despejen de inmediato la azotea. Deles la descripción de esa mujer y que no se acerquen a ella bajo ningún concepto, ¿me ha oído? Y todo de forma discreta. ¡Ahora!

Mientras el guarda obedecía sus instrucciones, Milo se giró hacia Rebeca.

—Encárgate de que no dejen subir a nadie más, que cierren la entrada. Y oye, llama a la Central pidiendo refuerzos para rodear el perímetro. Sin sirenas. —Dio media vuelta. Se detuvo—. Una cosa más, que la acera quede vacía de gente. No quiero a nadie bajo esa azotea, ¿entendido? Ni un alma. Y cuando lleguen los refuerzos, que no interfieran, que aguarden mis órdenes. Nada debe impedir que me diga dónde tiene a Susana. ¡En marcha!

—Inspector.

—¿Qué? —preguntó, deteniéndose otra vez.

—Ella es la última pieza que queda en pie. Es el rey, el Verdugo. Buena suerte.

Milo tomó aire y salió corriendo. Franqueó la entrada. Un guarda le indicó el ascensor. Subió el tramo de escaleras hasta el primer piso y se metió en el cubículo. La espera se le hizo interminable. Cuando por fin la cabina se paró, un pequeño grupo de gente se cruzó con él.

—¿Inspector? —dijo un guarda, *walkie-talkie* en mano—. Todo

despejado. La mujer se encuentra en las chimeneas-soldado que dan al paseo de Gracia. —Las señaló—. Es el único visitante que queda. Aguardaré aquí.

—No deje pasar a nadie —ordenó—. Con una excepción, la subinspectora Mercader. Mercader. ¿Lo recordará? La única.

Sin esperar respuesta, avanzó por la azotea desierta.

La vio al girar un recodo. Pese a no llevar peluca, la reconoció al instante.

Contemplaba el cielo, la ciudad. Con calma. Estaba apoyada contra un murete, las piernas cruzadas. El bastón reposaba junto a ella, inclinado. En sus manos sostenía un botellín de agua. De nuevo, al igual que en la explanada del bosque, lo invadió una sensación extraña. Había algo que los unía. Un vínculo. El nexo con aquella mujer era tan potente que lo dejó sin aliento. Pero no tenía tiempo de preguntarse cuál era.

Avanzó decidido.

La mujer volvió la cabeza al escuchar sus pasos.

—Milo, te estaba esperando —dijo, sin inflexión—. Sabía que vendrías.

El tiempo quedó suspendido.

Observó su pelo rapado, el rostro. La rara belleza, despojada de cualquier feminidad. Pura, sin adornos. Desvalida. La imagen de alguien que ansiaba someterse a tus deseos. La inocencia y la carnalidad juntas, de la mano.

Por unos instantes, no pudo pensar.

—Una amiga tuya me dijo que eras capaz de leer mi mente. ¿Lo has hecho?

Entornó los ojos y de súbito se operó en ella una transformación completa. La sumisión se tornó en dominación, y lo desvalido en invulnerable. Su cuerpo adquirió una nueva dimensión. Energía. Fuerza. Un poder salvaje, de una fiereza apabullante. Majestuosa.

—Todo ha terminado, Helena. Tu hermano ha muerto. Dime dónde está Susana.

—Héctor solo era un don nadie. Se creyó todas las patrañas que le contó nuestro padre. Otro sonado. Pero me servía con lealtad. ¿Ha cumplido su última misión?

Milo negó con un gesto.

—Retiro lo dicho. Era otro siervo inútil.

—¿Como quién más?

—Como todos. —Desvió la vista a los tejados de la ciudad—. ¿Sabes qué hizo cuando abandonó La Ferradura?

—Esperarte.

—No, llorar como una niña ante la tumba de nuestro padre. Se pasó dos días allí dentro. Héctor ni siquiera era un hombre. Cuando aquel monstruo lo obligó a que me...

—Puedo imaginármelo —interrumpió Milo—. ¿Dónde tienes a Susana?

Helena volvió la mirada lentamente, sin emoción.

—No —dijo, gélida—, no te lo puedes imaginar. Tanta maldad es inimaginable. Pero ahora el pasado ya está enterrado. Fin de la historia. Solo queda un último acto.

Desenroscó con tranquilidad el tapón del botellín de agua.

—«A medida que mi cuerpo se debilita, se fortalece mi espíritu» —dijo. Y añadió—: Es una cita de Gaudí. Tengo que aprovechar el momento.

—¿Por qué Gaudí?

—¿Por qué no? Él me envió sus demonios para torturarme —señaló los soldados con el botellín abierto—, yo le mandé los míos para hacer otro tanto con su obra. En paz.

Milo detectó los síntomas. La indiferencia y la apatía, la impasibilidad del ánimo. Aquella mujer tampoco podía experimentar afectos. Se le disparó el corazón.

—Antes me aterraban —agregó Helena, la expresión anodina —, ahora son mis ángeles protectores.

De improviso, se vertió el botellín por encima. Hasta la última gota.

Y a continuación, antes de que él pudiera reaccionar, extrajo un Zippo.

—¡Marc, hay otra salida! —soltó Milo, en un grito lunático—.

¡Tiene que haberla!

—¿Marc? —dijo, con la belleza extraviada—. No, no la hay. Esa es la verdad.

Abrió la tapa.

Milo dio un paso hacia ella.

—Helena, la jueza es inocente. Dime dónde está —rogó.

—Nadie es inocente. Todo es cuestión de equilibrio.

Dio a la ruedecilla.

Milo avanzó otro paso.

—De venganza.

—No. —Emitió una mirada dura. Negra—. De justicia.

Volvió a dar a la ruedecilla. No brotó ninguna chispa.

—¡Dónde tienes encerrada a Susana! —aulló, saltando sobre ella.

El tiempo se activó de repente. De hecho, se dividió en dos velocidades. En una, anormalmente rápida, Helena lo esquivó a la vez que se subía al murete. En la otra, singularmente lenta, Milo solo tuvo ocasión de darse contra la piedra ondulada.

Desde lo alto, Helena convirtió su voz en un sonido gutural, profundo.

—Para conseguir la purificación, es necesario el sacrificio.

La desesperación lo envolvió como una ola. Cayó de rodillas, a sus pies.

—Por favor, ¿dónde está la jueza? Te lo suplico, dime dónde la tienes encerrada.

—Buen chico. Ahora contesta una pregunta: ¿quién manda aquí?

Milo bajó la cabeza.

—Tú, Helena, tú. Tú eres la reina. Mi amo y señor.

—Me decepcionas, creía que tú sí eras un hombre —dijo—. ¿Ves el cielo? Ahora me pertenece por completo. El juego ha terminado.

Y saltó.

Milo permaneció inmóvil unos segundos. El odio era lo único que no le habían quitado a aquella mujer. Cogió el bastón y se puso en pie trabajosamente. Entonces, acudió la ira y lo destrozó

contra el murete. Hasta hacerlo trizas.

Negó muy despacio mientras acompasaba la respiración.

—¿Quién quiere el cielo? Solamente es una postal.

Dio media vuelta y se alejó del vacío.

Milo descendió por las escaleras. Una idea daba vueltas en su cabeza. De pronto, aceleró el ritmo y las bajó de tres en tres.

En la calle, corrió en dirección opuesta al cuerpo que yacía en la acera, hacia el coche. Rebeca fue tras él. Ambos cerraron de un portazo, sin pronunciar palabra.

Milo lo puso en marcha. Hizo rechinar las ruedas sobre el asfalto.

—¿Has averiguado dónde está encerrada Susana?

—Tengo una ligera idea.

—¿Te lo ha dicho?

—Por la boca muere el pez. Llama a Toni y que averigüe en Pompas Fúnebres en qué cementerio hay un panteón familiar o mausoleo a nombre de Guitart.

Sorprendida, Rebeca hizo la llamada. Minutos después, dijo:

—Cementerio de Montjuïc, en la Agrupación Santa Eulalia, junto a la Vía Sant Josep.

—Que una ambulancia vaya para allá con todo el equipo de reanimación. Cagando leches. ¡Y esta vez con las sirenas a tope!

Rebeca vio sus mandíbulas apretadas, su gesto transfigurado por la decisión.

Circularon sin respetar ni un solo semáforo en rojo. Dejaron atrás el paseo de la Zona Franca y se internaron por las distintas calles sin reducir la velocidad.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Rebeca.

El Volkswagen atravesó las verjas de entrada al cementerio como una exhalación.

—«El pasado ya está enterrado.»

Ella lo miró con estupor. Un instante y dijo:

—¿Y por qué un mausoleo?

—Cuando el hermano salió del centro, fue a la tumba de su

padre y se pasó dos días allí dentro. *Allí dentro*. Me lo acaba de decir ella.

Derrapando en cada curva, ascendieron siguiendo las indicaciones.

—¡Aquí es! —exclamó Rebeca.

Frenó en seco, el coche derivando hasta golpear un árbol con la trasera.

El panteón era una sencilla y solitaria construcción que se adentraba bajo unas escaleras, empotrada en la pared. Sin adornos ni lujos, un nombre en mayúsculas aparecía grabado sobre el dintel de piedra. GUITART. Encima, se erguía una cruz de hierro profusamente elaborada. Las puertas eran de recia madera.

Milo no se anduvo con remilgos y disparó la HK sobre la cerradura. Saltó hecha pedazos. A continuación, pateó las puertas hasta abrirlas por completo.

Lo que vieron les sobrecogió de espanto.

Era una estancia reducida, nichos a izquierda y derecha, unos sobre los otros, cada cual con el nombre del finado y las fechas de nacimiento y muerte. Enfrente, la obra del diablo. En un *trencadís* del horror, distinguieron las urnas de cristal, de formas y colores distintas, que contenían en su interior trozos de cuerpos humanos. Herméticas, estaban selladas por una red de finas barras de hierro artísticamente dispuestas. Gracias a la luz que se colaba del exterior, vislumbraron los torsos, los pies, una cabeza y gran mayoría de manos.

—Las veinte víctimas del Asesino del Listado —señaló Rebeca, la voz ahogada.

Milo no le prestó atención. Se encontraba arrodillado en el suelo, pugnando por desplazar una losa de mármol blanco. En su superficie estaba grabado un nombre: Helena Guitart; la fecha de nacimiento, 24 de junio de 1974, y la de muerte: 25 de julio de 2010.

Hoy.

—¡Mueve el culo y ayúdame! —gritó Milo.

Poco a poco, lograron deslizar la losa a un lado. Dentro, Susana Cabot mantenía los ojos cerrados, la boca abierta, torcida

en un rictus mortuorio.

Milo se abalanzó sobre ella. Apoyó la mejilla contra su pecho.

—¡Respira, Susana, por favor! —La zarandeó—. ¡Abre los ojos! ¡Maldita sea, respira! —Le dio un cachete suave. Otro. Y otro más—. ¡Señoría, joder! ¡Ya basta de dietas!

La jueza parpadeó con debilidad, al borde de la inanición.

Una sirena atronó no muy lejos, seguida de un frenazo. Rebeca salió a indicarles el camino. Dos sanitarios entraron en la reducida estancia.

Mientras uno le colocaba una pequeña botella de oxígeno, el otro empezó las tareas de reanimación. Milo observó todos sus movimientos sin cesar de repetir su nombre a gritos.

Instantes después, Susana Cabot entreabrió los párpados. Su vulnerabilidad, el terror que vio en su mirada, le precipitó a cogerla de la mano.

—Susana, soy Milo —dijo—. Estás a salvo.

Ella empleó unos minutos en distinguir las palabras, las imágenes. Cuando por fin lo logró, clavó los ojos en su rostro. Pronunció unas palabras ininteligibles.

Uno de los sanitarios apartó ligeramente la boquilla del oxígeno.

Las repitió de nuevo.

—... manía... de llegar... tarde —jadeó.

Sentado en las escaleras sobre el panteón, marcó un nombre en el móvil.

—¿Señora Conte? Su señoría va camino del hospital. Se recuperará. Sí, hemos llegado a tiempo. Lo mismo digo, bendita sea usted también.

Colgó para realizar otra llamada.

—Toni, misión cumplida. La jueza nos seguirá dando la lata muchos años. —Escuchó su grito de júbilo. Luego, ambos intercambiaron información. Milo le puso al corriente del final del caso y Crespo acerca de los últimos acontecimientos ocurridos en la Central—. Bien, te llamo más tarde. Sí, mejor mañana. Nos

conviene un descanso.

Rebeca se sentó a su lado. Apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué cuenta el bueno de Toni?

—Bruno Bachs acaba de ser detenido por dos agentes de Asuntos Internos. Se lo han llevado esposado para interrogarlo.

Se enderezó para mirarle a la cara.

—¿Y Bastos?

Milo se encogió de hombros.

—Veremos. De momento se le espera mañana lunes en comisaría.

Rebeca recogió unas piedrecillas del suelo. Lanzó una contra ninguna parte.

—¿Has llamado a tu hermano o a Sara? —Lanzó otra piedra —. Creo que deberías contarles lo sucedido. Todo.

—Pueden esperar unos días.

Lanzó una tercera.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó, como al desgaire.

—Primero darme un baño.

—¿Y luego?

—Dormir una semana entera.

—¿Y después?

—Tengo un juicio pendiente. Sabe Dios.

Lanzó la última y se frotó las manos para sacudir el polvo.

—¿Me necesitas para algo?

Milo levantó los brazos y se estiró todo lo que pudo.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—No sé, ¿qué clase de pregunta te parece a ti que es? —replicó ella.

—Una pregunta muy tonta, la verdad.

El rostro de Rebeca mostró su decepción.

Milo alzó los ojos. El cielo lucía despejado, sin una nube. El día iba a ser espléndido. Observó el panorama a lo lejos, la ciudad. Allí la gente normal charlaba de cualquier tema, sin sospechas, sin pensamientos oscuros. Se preguntó si no era hora de sumarse a la vida, reír, incluso tomarse una cerveza. Sin miedo. Dejar la mente libre, y vivir.

Se puso de pie. Le tendió una mano.

—Programa para el resto del día: espirar, inspirar, espirar. Vámonos, subinspectora, esto pronto estará lleno de agentes y miembros de la Científica.

Ella agarró su mano y se incorporó. Golpeó los tejanos para desprender la tierra.

—¿Adónde? —interrogó.

Milo se encogió de hombros otra vez. Llenó los pulmones de aire.

—Al mar de verdad —dijo—. ¿Te apetece conducir, chica dura?

Nota del autor

La fundación Círculo Gaudí es ficticia. Todo lo demás referente al genial arquitecto modernista, incluyendo sus líneas sobre el mapa de Barcelona, es rigurosamente cierto.

Agradecimientos

Si en el comienzo fue el Verbo, el principio de este proyecto fue mi editora, Anik Lapointe. Ella fue la inspiración, el impulso, la fuerza. Luego, se sumó mi agente Úa Matthíasdóttir, quien con su conocimiento, experiencia y aliento contribuyó a hacerlo avanzar. Por último, pero no menos importante, conté con la ayuda de Bárbara, mi esposa, primera lectora, crítica y apoyo vital. A las tres, mi gratitud eterna. Son un equipo de ensueño, y yo un privilegiado. Asimismo, quiero agradecer la colaboración y el asesoramiento de un sinnúmero de amigos y amigas. Olga Marco, Alberto Prats, Gloria Oliveras, Manu Casas, Juan de Mora, Joan Carles, Jaume, Mamen, Marina, Teresa, Ana, Mercè, Mónica... y un largo etcétera. Y de igual modo, también a Mauricio Bach por sus acertadas opiniones. A todos ellos y ellas, gracias.

El Verdugo de Gaudí
Aro Sáinz de la Maza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Adaptación de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta, © Cover Kitchen

Esta obra se publicó originalmente bajo el título *El asesino de la Pedrera*

© Aro Sáinz de la Maza, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5691-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta